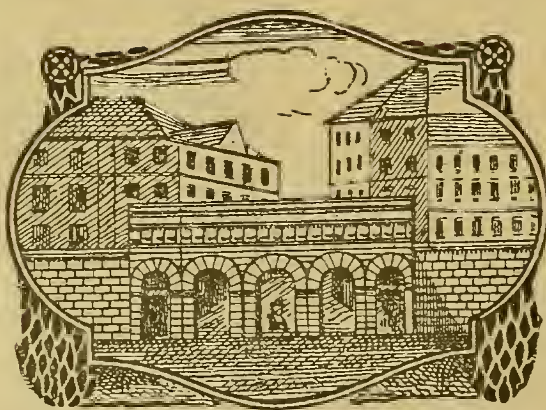





EX LIBRIS
OSCAR
LADNER
WIEN
MDCCCCVI
Alice



Frontispicio. Tom. 1. y 2.



Antonio Carnicero lo inv.to y dibujó. Fernando Selma la gravó en Madrid 1780.

EL INGENIOSO HIDALGO DON QUIXOTE DE LA MANCHA

COMPUESTO

POR MIGUEL DE CERVÁNTES SAAVEDRA.

NUEVA EDICION

CORREGIDA

POR LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA.

PARTE PRIMERA.

TOMO I.

CON SUPERIOR PERMISO:
EN MADRID
POR DON JOAQUIN IBARRA IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.
Y DE LA REAL ACADEMIA.
MDCCLXXX.

LICENCIA DE S. M.

Don Manuel de Lardizábal y Uribe, del Consejo de S. M. su Alcalde del Crímen y de Hijosdalgo de la Real Chancillería de Granada, Académico de la Real Academia Geográfico-Histórica de Caballeros de Valladolid, del Número de la Española, y su Secretario perpetuo: certifico, que en papel del Excelentísimo Señor Marques, hoy Duque de Grimaldi, del Consejo de Estado de S. M. y su Embaxador en la Corte de Roma, se comunicó á la expresada Real Academia, por mano de Don Francisco Antonio de Angulo mi antecesor, la resolucion siguiente: *Ha merecido la mayor aceptacion y aplauso al Rey el pensamiento de imprimir la Historia de Don Quixote, tan correcta y magníficamente, como V. S. me expresa en su papel de 12, con la Vida de Miguel de Cervántes y el Juicio de sus obras, escritos con gusto, crítica y copia de observaciones y noticias por el erudito Académico y hábil Oficial Don Vicente de los Rios.*

La Academia Española tenia ya bien acreditada con el Rey nuestro Señor su infatigable actividad en las tareas de su instituto, y hoy manifiesta á S. M. la extiende á asuntos, que aunque nada agenos de aquel, no la ocuparian ciertamente, si para ello no la estuviese siempre estimulando el deseo de contribuir en mas de una manera al lustre literario de la Nacion.

S. M. viene muy gustoso en conceder á la Academia la licencia que solicita, para hacer reimprimir en la forma expresada aquella obra, gloria del Ingenio Español, y precioso depósito de la propiedad y energía

del Idioma Castellano. Yo, como tan parcial de ámbos, tan empeñado en la mayor perfeccion de nuestra Imprenta, y en la digna ocupacion de los sobresalientes Profesores de las Artes, no debo ocultar á V. S. la complacencia que me resulta, de que en uno solo, abrace hoy la Academia tantos objetos, ni la gran satisfaccion que siento todas las veces, que me toca hacer presente al Rey alguna nueva prueba del laborioso afan de ese Ilustre Cuerpo, y el gusto con que noto en S. M. el bien merecido aprecio que le debe.

Partícipolo á V. S. para noticia de la Academia, y ruego á Dios le guarde muchos años como deseo. El Pardo á 14 de Marzo de 1773.=El Marques de Grimaldi.=Señor Don Francisco Antonio de Angulo. Y esta Real resolucion queda original en los papeles de la Secretaría de la Academia, que están á mi cargo. Madrid á 6 de Noviembre de 1780.

Don Manuel de Lardizábal y Uribe.



PRÓLOGO

DE LA ACADEMIA.

Seria abusar de la paciencia de los lectores, y perder el tiempo inútilmente, detenerse en este prólogo en recomendar una obra, que por el largo espacio de cerca de dos siglos ha corrido siempre con el mayor aplauso y estimacion entre las naciones cultas, habiendo merecido á todas ellas muy grandes elogios.

II. Tal es *EL INGENIOSO HIDALGO DON QUIXOTE DE LA MANCHA* compuesto por Miguel de Cervántes Saavedra, cuya edicion repite ahora la Academia despues de tantas como se han hecho dentro y fuera de España.

III. Los que conozcan el mérito de esta obra, y sepan apreciar la pureza, elegancia y cultura de su lenguage, no extrañarán, que un Cuerpo, cuyo principal instituto es cultivar y promover el estudio de la lengua castellana, haya resuelto publicar uno de los mejores textos y modelos de ella: particularmente quando entre tantas ediciones como se han hecho del Quixote dentro y fuera del Reyno, puede con verdad decirse, que ninguna hay, que no tenga defectos substanciales,

hasta haberse llegado á alterar y corromper el mismo título de la obra, pues habiéndola intitulado Cervántes con mucha propiedad y conocimiento: EL INGENIOSO HIDALGO DON QUIXOTE DE LA MANCHA, en casi todas las ediciones posteriores á las primeras se ha puesto: *Vida y hechos del Ingenioso Hidalgo Don Quixote de la Mancha*: título tan impropio y tan ageno de esta fábula, como si á la Odisea de Homero se pusiese: *Vida y hechos del prudente Ulíses.*

IV. La costosa y magnífica edicion hecha en Lóndres por J. y R. Tónson el año de 1738 en quatro tomos en quarto real, y la que con arreglo á esta se publicó en quatro tomos en dozavo en la Haya el año de 1744, son sin duda las que se han hecho hasta ahora con mas cuidado y exâctitud. Sin embargo se ha conservado en ellas el título de la obra adulterado como en las antecedentes, y ademas de los errores de ortografía, de que abundan, tienen tambien otros muy substanciales, por haberse corregido en ellas algunos lugares, creyendo con equivocacion que estaban viciados, y haberse dexado sin correccion otros, que la necesitaban, por estar conocidamente errado el texto. Bastará citar aquí dos, ó tres para prueba de esta verdad.

V. En la Cancion del pastor Grisóstomo, que está al capítulo XIV. de la primera parte, la quinta y sexta estrofa dicen en la edicion de Lóndres, en la de la Haya, y tambien en algunas del Reyno de esta suerte:

El rugir del leon, del lobo fiero
El temeroso ahullido, el silvo horrendo
De escamosa serpiente, el espantable.

Balando *de algun monstruo, el agorero*
Graznar de la corneja, y el estruendo
Del viento contrastado en mar instable.

No es fácil comprehender, que quieren decir el último verso de esta primera estrofa, y el primero de la segunda. Esto depende de haberse cometido dos errores: el primero haber puesto punto en la voz *espantable*, no debiéndose poner nada, porque es un adjetivo que concierta con la primera palabra del verso siguiente, en la qual está el otro error, por haberse puesto el gerundio *balando*, que no admite concordancia, ni hace sentido alguno, en lugar del substantivo *baladro*, que significa lo mismo que grito, ahullido, ó voz espantosa, y concertando con el adjetivo *espantable*, dice muy bien: *el espantable baladro de algun monstruo*. Es verdad que la primera edicion de 1605 dice: *balando*; pero es un yerro conocido de imprenta, el qual no le hay en la segunda edicion de 1608, y aun quando le hubiera en todas, debiera haberse corregido, particularmente quando Cervántes ha usado de esta misma voz en el cap. v. de la parte II. en donde dice Sancho: *No vamos á bodas, sino á rodear el mundo, y á tener dares y tomares con endríagos, y con vestiglos, y á oir silvos, rugidos, bramidos y baladros*. En otras ediciones en lugar de *baladro*, pusiéron *balido*.

VI. En el soneto del caprichoso Académico de la Argamasilla en loor de Rocinante, que está al fin de la primera parte, y segundo tomo de esta edicion, el segundo terceto dice en la de Lóndres y en la de la Haya de esta suerte:

Hoy á Quixote le corona el Aula
De *Belona* valiente, *y dél se precia,*
Mas que Grecia ni Gaula la alta Mancha.

Las demas ediciones, inclusas las primeras, dicen:

Hoy á Quixote le corona el Aula
De *Belona* preside, *y dél se precia*
Mas que Grecia ni Gaula la alta Mancha.

Como las palabras: *de Belona preside* nada quieren decir, particularmente poniendo punto al fin del verso anterior, como sucede en algunas ediciones, el editor de Lóndres para darlas sentido substituyó al verbo *preside* el adjetivo *valiente*, para concertarle con *Belona*, haciendo esta alteracion sin necesidad, pues con haber corregido un ligero yerro de imprenta poniendo *do* adonde dice *de*, hace muy buen sentido, y consta el verso diciendo: *Do Belona preside, y dél se precia.*

VII. En el cap. LXIII. de la parte II, que trata de la aventura de las galeras, por ignorar la significacion de la voz *espalder*, creyendo que era yerro de imprenta el editor de Lóndres corrigió *espaldar:* y como de esta suerte no hacia sentido alguno, trastornó toda la cláusula, poniéndola de diverso modo que la escribió Cervántes, como se puede ver en la variante 51 puesta al fin del quarto tomo de esta edicion.

VIII. Estos y semejantes descuidos son casi inevitables en un pais en donde no es nativa la lengua castellana, y por consiguiente disculpables en las ediciones de Lóndres y de la Haya; pero nunca podrán serlo

en muchas que se han hecho en España, y en la misma Corte con iguales y aun con mayores yerros.

IX. No cree la Academia que la presente edicion sea tan perfecta, que no se pueda encontrar en ella ningun defecto, aunque ha procurado evitarlos, cuidando ante todas cosas de que el texto saliese puro y correcto. Para conseguirlo, á falta del manuscrito original, que no se sabe le haya en parte alguna, se buscáron con diligencia las primeras ediciones hechas en vida del autor.

X. Para la primera parte se han tenido presentes la primera edicion hecha en Madrid por Juan de la Cuesta el año de 1605, y la segunda hecha tambien en Madrid y por el mismo impresor año de 1608. El texto se ha arreglado á la primera, y se han conservado las variantes de la segunda, aun aquellas que no son substanciales, y que solo varían en la pronunciacion por la mudanza ó substraccion de alguna letra, como: *mismo*, *mesmo*: *efecto*, *efeto*: *perfeccion*, *perfecion* &c. con el fin únicamente de dar al Público una prueba de la prolixidad y exâctitud con que se ha hecho el cotejo y correccion de esta obra.

XI. La segunda parte de ella no se publicó hasta diez años despues de la primera. Para su correccion se han tenido presentes la primera edicion hecha en Madrid por Juan de la Cuesta año de 1615, y la segunda hecha en Valencia por Pedro Patricio Mey, año de 1616. El texto se ha arreglado á la de Madrid, y se han conservado las variantes de la de Valencia. Estas igualmente que las de la primera parte se han puesto al fin del tomo á que corresponden, por no afear las

márgenes, ni interrumpir la lectura; pero se han señalado en el texto con números pequeños los reclamos correspondientes, para que los que quieran verlas, puedan hacerlo con facilidad, y sepan adonde corresponden. Tambien se han puesto entre las variantes aquellas correcciones mas notables, que se han hecho en la edicion de Lóndres sin necesidad.

XII. Dividió Cervántes el primer tomo del Quixote en quatro partes, conservando la numeracion de los capítulos sin interrupcion desde el primero hasta el último del tomo. Esta division parece que desagradó despues al autor, pues no quiso continuarla en el segundo tomo; ántes bien le intituló: *Parte segunda* sin otra division que la de capítulos: de donde puede muy bien inferirse que su intencion despues de haber publicado el tomo primero, fué dividir toda su obra en solas dos partes con sus capítulos correspondientes. Por esto, y por evitar la disonancia que causaria, ver en una misma obra repetirse la parte segunda á continuacion de la quarta, ha parecido conveniente omitir la division en quatro partes de la primera edicion, dividiendo toda la obra en dos partes, y cada parte en sus capítulos correspondientes, siguiendo en todo lo demas dicha edicion, pues se han conservado en esta hasta los principios de aquella, como son licencias, aprobaciones, y dedicatorias.

XIII. Por lo que toca á la ortografía ha creido la Academia poder seguir la suya, respecto á no constar que Cervántes se hubiese formado un sistema uniforme y constante, y haber bastante variedad en las ediciones, así del Quixote, como de sus demas obras.

XIV. Aunque el principal cuidado de la Academia ha sido dar al Público un texto del Quixote puro y correcto, ha procurado tambien, que lo material de la impresion y sus adornos se hiciesen con todo el primor y magnificencia posible, y que todo lo necesario para ella se trabajase dentro de España, y por artífices Españoles. El papel se mandó hacer en Cataluña en la fábrica de Joseph Llorens. Se hiciéron tres fundiciones nuevas de letra destinadas precisamente para esta obra, con las matrices y punzones trabajados en Madrid por Don Gerónimo Gil para la imprenta de la Biblioteca Real, y franqueadas á la Academia por Don Juan de Santander, del Consejo de S. M. su Bibliotecario Mayor y Académico supernumerario. La impresion se ha hecho en casa de Don Joaquin Ibarra impresor de Cámara de S. M. y de la Academia, quien ántes de ahora tenia muy acreditada dentro y fuera de España su sobresaliente habilidad en el arte de la imprenta con las buenas ediciones que han salido de su oficina, y particularmente con la excelente y magnífica del Salustio hecha á expensas del Serenísimo Señor Infante Don Gabriel.

XV. Pudieran haberse omitido las estampas, cabeceras y remates, sin que por eso faltase ninguna cosa esencial á la Obra. Pero la Academia, sin detenerse en los crecidos gastos que era necesario hacer, ha querido que no la faltasen tampoco estos adornos, en obsequio del Público, y con el objeto de contribuir al mismo tiempo por su parte á dar ocupacion á los Profesores de las Artes. Y deseando que esto se hiciese con el mismo esmero que todo lo demas, se ha valido de dibu-

xantes y grabadores hábiles, cuyos nombres se ven en las mismas estampas.

XVI. Para que estas ademas de la bondad del dibuxo y grabado, tuviesen tambien el mérito de la propiedad en los trages, se han tomado en el Real Palacio nuevo, y en el del Buen Retiro de varias pinturas y retratos del tiempo, en que supone Cervántes haber exîstido los personages de su fábula. Las armas y armadura de Don Quixote se han dibuxado por los originales del mismo tiempo, que exîsten en la armería del Rey nuestro Señor. Y para los asuntos de las láminas se han escogido las aventuras mas principales, cuidando de representarlas en aquel punto, ó accion, que las distingue y caracteriza mas. Últimamente para satisfacer mas la curiosidad de los lectores, se ha puesto un mapa, que comprehende una buena porcion de España, y en el qual se ven demarcados con una linea encarnada los viages de Don Quixote, trabajado con toda exâctitud por Don Tomas Lopez Geógrafo de S. M. con arreglo á las observaciones hechas sobre el mismo terreno por Don Joseph de Hermosilla, Capitan que fué del Real Cuerpo de Ingenieros.

XVII. En una edicion hecha á tanta costa y con tanto esmero, era muy justo que se pusiese un retrato verdadero de Cervántes, siempre que se pudiese hallar. Practicáronse las diligencias posibles para descubrir los que hiciéron Don Juan de Jáuregui y Francisco Pacheco en vida del autor; pero todas en vano. Tal vez han perecido por injuria de los tiempos, y por el descuido que generalmente ha habido en conservar los retratos de los hombres ilustres de la nacion, ó acaso

estarán cubiertos de polvo y abandonados en poder de quien ignore que los tiene, ó no sepa apreciarlos.

XVIII. Despues con noticia que tuvo la Academia, de que en Sevilla habia un retrato antiguo de Cervántes en poder del Conde del Águila, Académico honorario, le escribió por medio de su Secretario, pidiéndole que permitiese sacar una copia de él. Pero este caballero tuvo la generosidad de regalársele á la Academia, y remitirle inmediatamente, diciendo, que le habia comprado en esta Corte algunos años habia á un comerciante de pinturas, el qual se le vendió por de Alonso del Arco, y que visto despues por algunos inteligentes habian convenido en que era de la misma mano. Este pintor, segun Palomino en su *Museo Pictórico*, floreció en el siglo pasado, y murió el primer año del presente á los setenta y cinco de su edad.

XIX. Luego que vino el retrato se advirtió, que era tan parecido al de la edicion de Lóndres de 1738, que el uno debia ser precisamente copia del otro: y aunque la pintura manifestaba bastantemente no serlo de la estampa, como el Doctor Oldfield en las advertencias que puso á dicha edicion asegura, *que por mas solicitud que se puso, no se halló retrato alguno de Miguel de Cervántes*, y al pie de la estampa se dice que es *sacado por él mismo*, esto es por la relacion que él hace de su persona en sus obras, para salir de esta duda se dió á reconocer á los pintores de Cámara de S. M. y Directores de pintura de la Real Academia de San Fernando Don Antonio Gonzalez y Don Andres de la Calleja prácticos en el conocimiento de pinturas antiguas, y entrámbos, despues de haber cotejado la

pintura con la estampa de Lóndres, declaráron por escrito: *Que el retrato pintado es mucho mas antiguo que la estampa, porque el lienzo donde está, por su vejèz se conoce no ser de este siglo, como tambien por el rancio de los colores, y ser el estilo de las escuelas de Vicencio Carducho y Eugenio Cáxes, que floreciéron en tiempo de Felipe IV, y juntamente se reconoce estar retocado nuevamente todo el vestido, y mas de la mitad de la gorguera del lado derecho, y algunas pinceladas eñ el rostro; pero el fondo principal del rostro y gorguera es del tiempo dicho. Tambien se ve, que el rostro de la estampa está sacado puntualmente por el pintado, porque á la impresion de la lámina resulta la estampa al contrario, y si hubieran copiado dicho retrato por la estampa, estuvieran ámbos á un mismo lado. Tambien nos parece* (continuan dichos pintores) *no ser retrato voluntario* (el pintado) *por tener los efectos del natural en el claro y obscuro, que resulta del natural mismo, aunque se notan algunos defectos en el dibuxo, como es la boca diminuta, y la niña del ojo izquierdo mas circular que la derecha, debiendo ser al contrario, porque siendo esférico el ojo, debe ser mas ovada la niña del lado que escorza mas: y esto mismo prueba estar sacado dicho retrato por otro mejor y mas antiguo.*

XX. No es fácil conciliar esta declaracion con lo que dice la estampa de Lóndres, y el Doctor Oldfield en sus advertencias. Lo cierto es, que no parece natural, que un retrato imaginario sacado de una mera relacion, qual se supone el de Lóndres, pueda tener

una tan perfecta uniformidad con otro que no sea copia de él, ó al contrario, como tiene la estampa inglesa con la pintura española. Esta es sin duda mucho mas antigua que aquella, aun quando sea de Alonso del Arco, y no del tiempo de Carducho y Cáxes, como dice la anterior declaracion: la qual, y el convenir perfectamente dicha pintura con todas las señas que Cervántes da de sí mismo, producen una conjetura muy racional y fundada, de que es copia de algun buen original hecho en vida de Cervántes, y acaso del de Jáuregui, ó Pacheco arriba mencionados.

XXI. Ademas de las diligencias expresadas hasta aquí, no se ha omitido tampoco, para hacer mas apreciable esta edicion, la de poner al principio de ella una Vida de Cervántes escrita nuevamente, y comprobada con documentos auténticos. Pudiéranse haber puesto tambien muchas notas en la obra, indicando los lugares de los libros de caballerías, que ridiculiza Cervántes, ó á que hace alusion en ella. Pero este material trabajo solo serviria para satisfacer la curiosidad de algunos, que quisiesen verlos en sus mismos originales, sin que esto contribuyese, ni á la mejor inteligencia de la fábula del Quixote, ni al conocimiento de su artificio: y aun esta estéril curiosidad apénas habria quien pudiese satisfacerla enteramente, porque serán muy pocos, ó acaso ninguno los que tengan todos los libros de caballerías, que el Quixote ha desterrado felizmente, hasta haberse llegado á extinguir casi del todo algunos de ellos.

XXII. Por esta razon ha creido la Academia deber poner en esta edicion con preferencia á dichas notas, co-

mo mas útil y agradable á los lectores el Juicio crítico, ó Análisis del Quixote, que va á continuacion de la Vida de Cervántes, compuesto igualmente que la Vida por el Teniente Coronel Don Vicente de los Rios, Caballero del hábito de Santiago, Académico del número, y Capitan del Real Cuerpo de Artillería.

XXIII. Este hábil Oficial y erudito Académico muy apasionado de Cervántes, se dedicó sin perdonar trabajo, ni diligencia á buscar noticias y documentos auténticos para escribir su vida con toda la posible exâctitud: y no contento con haber hecho este obsequio á la memoria de nuestro autor, quiso tambien dar á conocer la novedad, estructura, y singular mérito de la fábula del Quixote, la mejor de las obras de Cervántes, y en la qual parece que quiso hacer como un alarde de la superioridad de su talento, y de la admirable fecundidad de su ingenio.

XXIV. Con este fin escribió el citado Discurso ó Análisis: y aunque la Academia no adopta como propias sus opiniones, ni toma partido en ellas, conociendo sin embargo, que está escrito con buen gusto, selecta erudicion y mucho juicio, ha juzgado que era digno de publicarse, y en ninguna parte con mas oportunidad que á la frente de una obra que tanto ilustra, descubriendo en ella muchos primores, que sin este auxîlio solamente los podrán conocer los que tengan bastante instruccion en las letras humanas, de cuya clase no son ciertamente la mayor parte de los que leen el Quixote.

XXV. El mismo trabajo, y con el propio fin se habia propuesto hacer Don Vicente de los Rios en las

demas obras de Cervántes. Pero quando la Academia esperaba recoger estos nuevos frutos de su bien cultivado ingenio, tuvo que llorar su temprana muerte, igualmente que los demas Ilustres Cuerpos de que era individuo, y con particularidad el Real Cuerpo de Artillería, á quien dexó un monumento indeleble de su amor, y de su ciencia militar en la *Táctica de Artillería*, que trabajó con incesante desvelo, y concluyó poco ántes de morir.

XXVI. Esta obra junta con el mérito anteriormente contraido en la carrera militar, y sus demas circunstancias recomendables grangeáron á Don Vicente de los Rios el aprecio y estimacion del Soberano, y tuvo la gloria de que S. M. se dignase de manifestarlo, diciendo públicamente quando supo el peligroso estado de su salud: *Sentiré que se muera, porque perderé un buen Oficial.* Perdió con efecto el Rey y la Patria un buen Soldado, y perdió la Academia un Ilustre Miembro; pero vivirá eternamente en su memoria.

XXVII. Su constante aplicacion, y anhelo por concluir quanto ántes la Táctica no le permitió acabar del todo el Análisis; pero solo quedó por concluir una parte muy corta, y para esta dexó en apuntamientos todos los materiales necesarios: de suerte que no ha habido que hacer mas que ordenarlos.

XXVIII. Como el objeto de este Discurso, ó Análisis es dar á conocer la estructura y artificio de la fábula del Quixote, haciendo un juicio crítico de ella comprobado con sus mismos pasages, ha parecido conveniente en favor de los lectores que quieran juzgar de esta crítica, cotejándola con los lugares á que se refiere, indi-

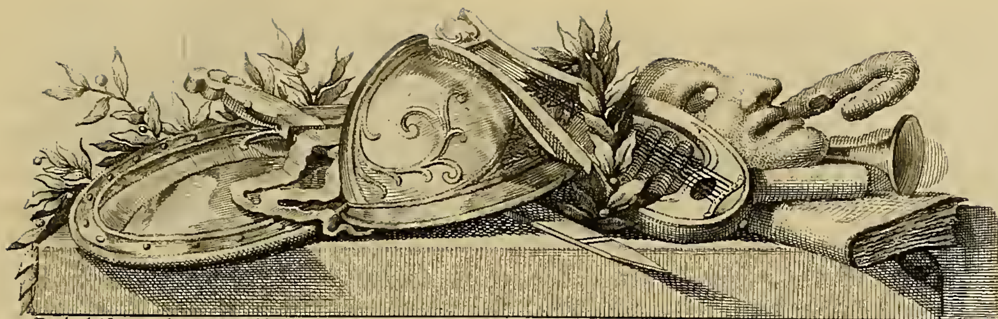
car estos por medio de citas puestas entre paréntesis en el mismo Discurso con números romanos y arábigos, de los quales los primeros denotan el tomo de esta edicion, y los segundos la página del mismo tomo. Igualmente los números que se ven esparcidos en la Vida de Cervántes son otros tantos reclamos, que corresponden á los documentos que la comprueban, los quales se han puesto despues del Plan cronológico que va á continuacion del Análisis.

XXIX. Don Juan Antonio Pellicer dió á luz el año de 1778 su *Ensayo para una Biblioteca de Traductores Españoles*, en el qual publicó algunas noticias y documentos acerca de la Vida de Cervántes de los que se han puesto en esta edicion. Pero mucho tiempo ántes de haberse publicado dicho Ensayo, Don Vicente de los Rios habia escrito, y tambien leido en la Academia su Vida de Cervántes y los documentos que la comprueban: y no debe extrañarse, que sin haberse comunicado uno á otro su trabajo, hubiesen adquirido iguales noticias y documentos, porque son de cosas de hecho, y unas mismas las fuentes de donde debian sacarse para que fuesen verídicos. Lo que esto prueba únicamente es, que Don Juan Antonio Pellicer, y Don Vicente de los Rios trabajáron con igual diligencia, y por diversos medios y conductos llegáron á conseguir un mismo fin, sin que el trabajo del uno disminuya en nada el del otro.

Esto es quanto ha ocurrido que advertir acerca de la presente edicion, con la qual cree la Academia lisonjear el gusto del Público, y espera que no desmerezca su aceptacion.



Joseph del Castillo la inventó y dibuxó. *Manuel Salvador y Carmona la grabó.*



VIDA
DE
MIGUEL DE CERVÁNTES SAAVEDRA, Y ANÁLISIS DEL QUIXOTE.

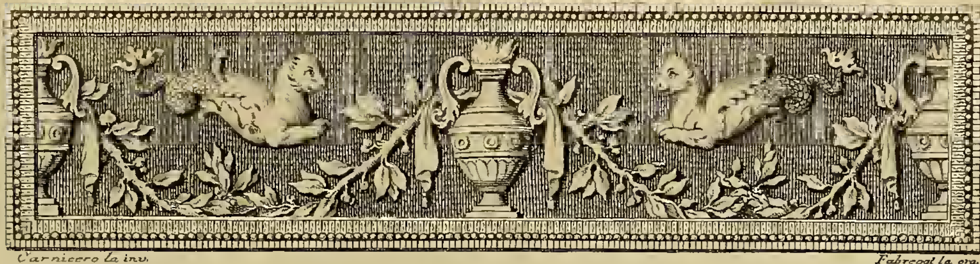
ntre los ingenios españoles ninguno merece mas aprecio que Miguel de Cervántes Saavedra. Este ilustre escritor digno de mejor siglo, y acreedor á todas las recompensas debidas al valor, á la virtud y al talento, vivió pobre, despreciado y miserable en medio de la misma nacion que ilustró en la paz con sus obras, y á cuyas victorias habia contribuido con su sangre en la guerra, y murió sin lograr despues la fama póstuma que merecia. Destino infeliz y singular aun entre los grandes hombres desgraciados, cuyas cenizas son por lo regular objeto del aplauso y honor, que debia haberse tributado á sus personas.

Los contemporaneos de Cervántes que le despreciáron, ó persiguiéron miéntras vivió, tratáron tambien con igual injusticia su memoria. Desdeñáronse de publicar la vida de este autor en aquel tiempo, en que la inmediacion á los sucesos les daba toda la oportunidad posible para executarlo con exâctitud y facilidad, y esta negligencia, que fué causa de que sus hechos se envolviesen en la confusion del tiempo, y se obscureciesen con las sombras del olvido, ha hecho tambien muy difícil por una conseqüencia natural el escribir su vida en los tiempos posteriores.

Por esto nuestros literatos, ó solo han escrito de paso algunas noticias de Cervántes, ó se han contentado con publicar algunas memorias, en que la fecundidad y riqueza que presentan los varios, é ingeniosos escritos de este autor, disfraza y encubre diestramente la escasez, é ignorancia en que estamos de sus hechos y de su vida: y aun de este último obsequio es deudor Cervántes á la solicitud de una de las naciones sabias de Europa, la qual, conociendo y apreciando su distinguido mérito, le ha ilustrado con una magnífica edicion del Quixote, y ha hecho para dar su vida al público unas diligencias y esfuerzos, que la buena memoria de este Español debia esperar con mas razon de la obligacion de sus patricios, que de la gratitud de los extrangeros.

En un asunto tan propio de nuestra historia literaria no será inútil, ni desagradable qualquiera ilustracion fundada, que procure llenar los vacios que se descubren en la vida de nuestro autor, y dar una idea completa del verdadero mérito del Quixote. Este es el objeto que nos hemos propuesto en el presente discurso, que consta de dos partes: la primera es una relacion sencilla de la vida de Cervántes, la segunda un juicio raciocinado, ó analísis del Quixote, y á su continuacion se ponen las autoridades, y documentos, que justifican los sucesos que se refieren en la vida. Como estos han sido tan obscuros y disputados hasta ahora, ha sido forzoso para aclararlos entrar á veces en algunas discusiones, que interrumpirian el hilo de la narracion, y que solo pueden agradar á los que tienen aficion á este género de literatura. Por lo mismo ha parecido oportuno referir primeramente con sencillez los hechos, poniendo despues á parte las autoridades y razones en que se fundan. De este modo hemos creido cumplir con la obligacion de satisfacer la curiosidad de los sabios y estudiosos, dexando al mismo tiempo á los que no gustan de esta lectura la libertad de omitirla.

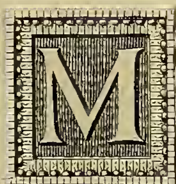




Carnicero la inv. Fabregat la gra.

PARTE PRIMERA.

VIDA
DE MIGUEL DE CERVÁNTES.



Miguel de Cervántes Saavedra, hijo de Rodrigo Cervántes, y de Doña Leonor de Cortínas su muger, nació en Alcala de Henáres á 9 de Octubre del año de 1547[1].

2 Los primeros años de su niñez estuvo en su patria: despues, siendo aun de corta edad, le lleváron á Madrid, donde se crió y avecindó. En esta Villa estudió[2] las letras humanas baxo la direccion, y en la escuela del erudito Maestro Juan Lopez Catedrático del estudio de ella. Es regular que sus padres tuviesen la idea de aplicarle á la teología, jurisprudencia, ó medicina, que son las únicas profesiones útiles en España; pero la inclinacion que el mismo Cervántes confiesa haber tenido desde sus primeros años á la poesía[3], le hizo preferir esta ocupacion agradable y estéril á otras en que hubiera logrado mayor comodidad. Lo cierto es, que siendo muchacho, concurria en Madrid á las representaciones de Lope de Rueda[4], quien tenia ingenio singular para componer comedias y gracia natural para representarlas. Esta diversion que lisonjeaba el gusto de Cervántes, fué sin duda uno de los mayores estímulos que le induxéron á dedicarse del todo á estos estudios, y continuarlos en la escuela del Maestro Juan Lopez.

3 El año de 1568, teniendo ya cumplidos nuestro autor los veinte y uno de su edad, permanecia aun en dicha escuela, y era estimado sobremanera del Maestro Juan Lopez, como el mejor y mas adelantado de sus discípulos. Por esto en la relacion de las

exêquias y funeral de la Reyna Doña Isabel de la Paz, que imprimió el expresado Maestro Juan Lopez el año de 1569, insertó unas redondillas compuestas á la muerte de esta Princesa por Miguel de Cervántes, á quien llama su *muy caro y amado discípulo*, y una elegía tambien en lengua vulgar, hecha en nombre de todo el estudio, y dirigida al Cardenal Don Diego de Espinosa [5].

4 Esta obra, la primera que dió al público Cervántes, no tiene gran mérito: porque aunque la poesía era su pasion dominante, no estaba dotado de aquel talento poético, que es el verdadero maestro de los grandes poetas, y así sus obras poéticas de ningun modo son comparables con las que escribió en prosa. Regularmente incurren los hombres en la extravagancia de no cultivar los talentos que poseen, por manifestarse dotados de los que no tienen: ó bien no quieren contenerse dentro de sus límites, deseando por una especie de ambicion lucir y acreditarse en aquellas materias á que se inclina mas el gusto de su siglo.

5 Los Romanceros y poesías amatorias, en que los autores se disfrazaban á sí propios, y al objeto verdadero, ó fingido de sus composiciones con nombres supuestos, eran muy freqüentes y recibidos con especial aplauso en aquellos tiempos. La nacion española fecunda entónces en hombres ilustres en las artes y ciencias, produxo tambien una maravillosa multitud de estos poetas y romancistas, y Cervántes arrastrado de la corriente de su siglo, ó llevado como jóven del atractivo y gracias de la poesía, puso todo su conato en escribir versos de esta especie, sin pensar en cultivar y perfeccionar aquel singular ingenio que tenia para las obras prosaycas de invencion y remedo, en que despues fué tan famoso. Así á mas de las expresadas poesías que imprimió su Maestro Juan Lopez, compuso entónces infinitos romances, varias rimas, muchos sonetos, y tambien la *Filena*, especie de poema pastoral: obras todas que el mismo Cervántes refiere como suyas en el *Viage del Parnaso* [6], y es muy verosímil fuesen los primeros ensayos de su pluma, y le adquiriesen el crédito de poeta que tenia ya ántes de su cautiverio.

6 Esta inclinacion tan temprana y vehemente á la poesía y libros de entretenimiento, fué tambien el verdadero orígen de la estrechez y pobreza en que vivió siempre Cervántes. Las letras humanas, y singularmente la poesía, son unas Sirenas que encantan á todos los que se dedican enteramente á escucharlas. La pasion

por este género de literatura, aunque noble, desinteresada y útil á la sociedad, es por la misma razon mucho mas alhagüeña, seductiva y perniciosa á los intereses peculiares de un erudito, que las otras pasiones ménos decorosas, y mas freqüentes entre los hombres. Tal fué la de Cervántes: su gusto y su aficion á la poesía le embelesáron de suerte que no le dexáron arbitrio para buscar un remedio oportuno á la pobreza que le habia oprimido aun en la cuna. Abandonó su subsistencia al cuidado de la fortuna, y se consagró del todo á las Musas. Su inclinacion fortificada con aquella extraña aplicacion, en fuerza de la qual no se desdeñaba de leer hasta los papeles rotos de las calles [7], fué creciendo con él, y aumentándose cada dia. Por este medio adquirió una erudicion singular, que á cada paso se manifiesta en sus escritos principalmente en el *Canto de Calíope*, en el *Escrutinio de la librería de Don Quixote*, y en el *Viage del Parnaso*. Erudicion selecta á la verdad; pero al mismo tiempo funesta á su autor, que se apartó por ella del verdadero rumbo de su ingenio, y empleó en conseguirla los años mas floridos de su vida, y los mas á propósito para haberse grangeado un establecimiento seguro, con que libertarse de la miseria y de la necesidad.

7 Al fin este conocimiento llegó, aunque tarde, á quitar el velo de los ojos de Cervántes, y le determinó á salir de España. El despecho de verse ya adulto, y sin ningun destino, ni medios para subsistir conforme á su calidad, y tal vez algun secreto disgusto ocasionado de ver que sus obras poéticas no lograban un aplauso correspondiente á su esperanza, eran suficiente motivo en un jóven de espíritu para dexar su pais, pensando quizá mejorar fácilmente de fortuna en los extraños. Con esta idea despues de la composicion de las mencionadas poesías impresas el año de 1569, pasó á Italia, y se estableció en Roma en casa del Cardenal Julio Aquaviva, á quien sirvió de Camarero [8], hasta que la guerra contra los Turcos, que principió el año de 1570, le presentó una ocasion oportuna para emplearse en otro exercicio mas noble, y mas propio de su nacimiento y valor.

8 El Gran Turco Selin deseoso de apoderarse de la Isla de Chipre, rompió las paces que tenia con la República de Venecia, y envió su armada á la conquista de esta Isla. Los Venecianos imploráron el auxîlio de los Príncipes christianos, singularmente

del Sumo Pontífice Pio V, que nombró por General de sus armas, y de las galeras destinadas para esta guerra á Marco Antonio Colona Duque de Paliano. Cervántes se alistó entónces en las banderas de este General [9], y sirvió en la campaña que se hizo á fines del expresado año para socorrer á Chipre, y levantar el sitio de Nicosia: lo que no pudo lograrse por la dilacion y disensiones ocurridas entre los Generales que mandaban las varias esquadras de que se componia la armada christiana, cuya inaccion dió tiempo á los Turcos para tomar por asalto á Nicosia, y continuar despues sus conquistas.

9 Esta campaña fué un preludio de la del siguiente año de 1571, año eternamente memorable por la victoria que consiguió en el Golfo de Lepanto la armada de los Príncipes coligados contra la Otomana. Cervántes acreditó su valor en aquella funcion, sacando para perpetuo testimonio una herida, que le dexó estropeado el brazo y mano izquierda [10], de lo que se gloría en varios lugares de sus escritos con mucha razon: pues si los golpes de fortuna deben ser recibidos con sufrimiento y resignacion, ninguno mejor que aquel, que marca para siempre á un soldado con el verdadero sello del honor y de la gloria militar.

10 Despues de esta funcion se retiró la armada victoriosa por lo adelantado de la estacion, y arribó á Mecina, donde estaba prevenido el hospital para los heridos. Allí desembarcáron todos, y entre ellos sin duda desembarcaria Cervántes, quien con motivo de la curacion de su peligrosa herida es verosímil que no sirviese en la campaña del siguiente año de 1572, sin embargo de que refiere con individualidad los principales sucesos de ella en la *Novela del Cautivo* [11].

11 El glorioso éxito de la batalla de Lepanto, y el crédito que adquirió en ella Cervántes, le confirmáron tanto en la eleccion que habia hecho de la carrera militar, que á pesar de la falta de su mano, se empeñó en seguir toda su vida esta profesion ilustre, de la qual hizo siempre ostentacion en sus escritos, confesando que no tenia otro empleo ni carácter, sino el de soldado. Con este intento luego que recobró su salud se alistó en las tropas de Nápoles [12], donde estuvo sirviendo á Felipe II. hasta el año de 1575.

12 Por este tiempo pasando de Nápoles á España en la galera llamada del Sol, fué cautivado el dia 26 de Setiembre [13] por el fa-

moso corsario Arnaute Mamí, Capitan de la mar de Argel, á quien cupo en suerte en la division de las presas. El cautiverio en África, una desventura tan temida de los Españoles, principalmente en aquel tiempo, es sin embargo capaz de hacer en algun modo felices á los esclavos, quando sus dueños están poseidos de mucha codicia, ó tienen alguna humanidad, y hasta este consuelo negó la suerte á Cervántes. El expresado Arnaute Mamí era un renegado Albanes de nacion [14], tan cruel enemigo de los Españoles y del nombre christiano, que es forzoso echar un velo á la sangrienta historia de sus atrocidades por no estremecer la humanidad refiriéndolas: basta decir que su dominio era generalmente reputado por el mas insufrible y duro de Argel en Argel mismo.

13 Esta situacion capaz de postrar y rendir á qualquier hombre de espíritu, hizo un efecto contrario en Cervántes. Su ánimo heroyco encorvado baxo el yugo de una esclavitud tan violenta, pugnó con mayor vigor y con doblado esfuerzo para escaparse de su opresion. Cuesta dificultad persuadirse que un esclavo fuese capaz de intentar tan extraordinarias y arriesgadas empresas á vista de un dueño bárbaro y sanguinario; pero el éxîto acreditó que Cervántes debió su conservacion á la firmeza y osadía con que porfió siempre, aunque en vano, por evadirse del cautiverio.

14 El Alcayde Asan renegado griego tenia [15] á tres millas de Argel en la inmediacion del mar un jardin, de que cuidaba un esclavo christiano natural de Navarra, el qual habia hecho muy de antemano una cueva [16] en lo mas oculto y secreto de él. Cervántes huyó de casa de su amo, y se escondió [17] en esta cueva á fines de Febrero del año de 1577, teniendo la generosidad de franquear el mismo asilo á todos los cautivos que le solicitáron. Estos se fuéron agregando succesivamente de modo que á fin de Agosto del expresado año eran ya quince los cautivos escondidos [18], todos hombres principales, muchos de ellos caballeros españoles, y tres mallorquines. La subsistencia, custodia, y gobierno de esta república subterranea estaban á cargo de Cervántes [19] que se arriesgó mas que todos para sostenerla. Á este efecto hizo partícipes del secreto al jardinero y á otro cautivo llamado el Dorador, convidándolos con la esperanza de la libertad. El primero servia de escucha y atalaya, velando siempre para que no fuesen descubiertos, y el segundo tenia cuidado de comprar víveres y conducirlos

secretamente á la cueva, de la qual ninguno se atrevia á sacar la cabeza sino entre las sombras de la noche: semejantes á aquellos infelices que están condenados á vivir siempre en unas minas muy profundas, sin gozar jamas de la luz y claridad del sol.

15 Ya habia muchos meses que estaban soterrados en esta voluntaria prision, sin hallar ocasion favorable para la fuga, quando se rescató á primeros de Setiembre del referido año de setenta y siete un mallorquin [20] llamado Viana, con el qual concertáron que armase un bergantin, y volviese á sacarlos de Argel para restituirlos á España. El mallorquin que era valeroso, activo y práctico en la mar y costa de Berbería, equipó la embarcacion luego que llegó á Mallorca, se hizo á la vela á últimos de Setiembre, y arribó á Argel el 28 del mismo mes. Luego que medió la noche se acostó á tierra en aquella parte donde estaba el jardin, cuya situacion habia exâminado muy bien ántes de partirse: y al tiempo que enderezaba ya la proa para saltar en tierra y embarcar sus cautivos, acertáron á pasar por allí unos Moros, los quales divisando entre la obscuridad la barca y los Christianos, comenzáron á apellidar auxîlio con tal estruendo y algazara que el patron tuvo á bien retirarse y hacerse á la mar por no ser descubierto [21]. Entre tanto Cervántes y sus compañeros ignorantes de este acaso, se consolaban mutuamente con las lisonjeras esperanzas, que promete la proxîmidad de un suceso feliz; pero su adversa fortuna, no contenta con haberles impedido el logro de esta dicha entónces, quiso privarles tambien hasta de la misma esperanza por un medio que les era imposible adivinar, ni prevenir.

16 El Dorador, en cuyas manos habia depositado Cervántes el buen éxîto de su empresa, era un hombre maligno y taimado, de un disimulo profundo, y de singular astucia para cubrir con apariencias de buena fe las mas depravadas intenciones. Su corazon no conocia otro ídolo que el interes: por él habia renegado siendo jóven, por él se reconcilió con nuestra Religion despues, y por él volvió á renegar entónces. Con este pretexto se presentó al Rey Azan el dia último de Setiembre: le [22] reveló el secreto de los cautivos escondidos, el parage de la cueva, y la destreza con que Cervántes habia dispuesto y manejado aquella empresa. Alterado el Rey con esta noticia, mandó que marchasen á la cueva con mano armada, llevando por guia al delator, y traxesen asegu-

rados al jardinero, á los demas cómplices, y particularmente á Cervántes, como al mas culpado: y luego que los conduxéron á su presencia ordenó que los encerrasen todos en su Baño, á excepcion de Cervántes, á quien retuvo en su casa para averiguar de él los autores de este atentado. No hay ingenio mas pronto, ni mas agudo que el de un codicioso, quando le parece que ha encontrado un medio seguro para saciar su ambicion. Así sucedió entónces. Estaba [23] en Argel el Padre Jorge Olivar Mercenario, Comendador de Valencia y Redentor por la Corona de Aragon: era particular amigo de Cervántes, y el Rey para apoderarse de este Padre, y sacar por su libertad una considerable suma, queria hacer creer que él habia sido el principal autor de la evasion de los cautivos. Con este intento exâminó muchas veces á Cervántes, valiéndose de todas las armas que subministran la astucia, el halago y las amenazas; pero jamas pudo sacarle otra respuesta, sino que él solo era el culpado [24], recompensando con esta intrepidez y nobleza de ánimo la desgracia que habia tenido en la eleccion del Dorador. Efectivamente el Rey cansado de su constancia, desistió al fin, contentándose con apropiarse todos aquellos cautivos y entre ellos á Cervántes.

17 El Alcayde Asan informado de este suceso acudió prontamente al Rey, reclamó su jardinero para hacer justicia de él, y le aconsejó que la hiciese áspera y exemplar de todos los demas que habian estado fugitivos. Luchaban entónces en el corazon de aquel Príncipe la tiranía y la codicia. Esta venció al fin, y fué causa de que escapasen con la vida Cervántes y sus compañeros: porque con la idea de aprovecharse de su rescate, queria considerarlos como perdidos, y ponerse en posesion de ellos; pero le fué preciso restituir algunos á sus antiguos dueños, entre los quales fué Cervántes, que por este medio volvió segunda vez [25] á poder de Arnaute Mamí.

18 Apénas entró en él, quando las infelicidades, que habia sufrido por lograr su libertad, le sirviéron de estímulo para que se empeñase de nuevo en intentarla. Con este fin ideó varias trazas, y se valió de muchos medios para escaparse: y aunque el éxîto nunca correspondió á su esperanza, pues de resultas estuvo á pique de perder la vida quatro veces, con todo no desistió de aquel primer intento; ántes bien formó un proyecto cuya grandeza y dificultad acredita el valor y constancia de Cervántes.

19 Hasta entónces habia solicitado su libertad por el medio comun de la fuga, limitando su deseo á evadirse con maña y sagacidad del poder de los Argelinos. La repetida desgracia, que experimentó en el éxîto de estas débiles y vulgares empresas, le dió tanta osadía y aliento, que aspiró á levantarse con Argel [26], y quitar de una vez el temor de sus piratas de sobre la haz del Mediterraneo. Esta famosa conspiracion no llegó á efecto por la cobardía de algunos conjurados, que la descubriéron; pero Cervántes la conduxo con tanta destreza, que sabida por los Argelinos llegáron á temerle y respetarle en extremo. El mismo Rey decia [27]: *Que como tuviese bien guardado al estropeado Español, tendria segura su capital, sus cautivos y sus baxeles.*

20 El rezelo de este Príncipe llegó á tal extremo, que efectivamente creyó no estaria seguro, si no tenia en su poder y custodiado á satisfaccion suya á Cervántes. Como despues del suceso de la cueva se habia visto precisado á restituirle al General Arnaute Mamí, no le quedaba ya otro recurso sino comprársele, lo que executó pagando por él quinientos escudos en que se concertáron [28]. De esta manera pasó Cervántes á ser esclavo de Azanaga, que le tuvo aherrojado y lleno de prisiones en la cárcel que llaman Baño; pero tratándole al mismo tiempo con una moderacion y suavidad extraña, y no acostumbrada por él con ninguno de sus cautivos.

21 El mismo Cervántes lo confiesa así en la *Novela del Cautivo.* Despues de referir la tiranía con que el Rey Azanaga, ó Azan los trataba, añade: *Solo libró bien con él un soldado español, llamado tal de Saavedra, el qual con haber hecho cosas que quedarán en la memoria de aquellas gentes por muchos años, y todas por alcanzar libertad, jamas le dió palo, ni se lo mandó dar, ni le dixo mala palabra, y por la menor cosa de muchas que hizo temíamos todos que habia de ser empalado, y así lo temió él mas de una vez* [29].

22 Parecerá sin duda cosa maravillosa que Cervántes escapase sin castigo alguno en medio de estos atentados, y que pudiese salir ileso entre dueños tan tiranos y enemigos de la humanidad; pero el valor sólido y el ánimo heroyco y extraordinario son prendas recomendables y respetadas hasta de los mismos bárbaros. No es mucho pues que Arnaute, y Azan, ambos verdugos de sus esclavos, perdonasen á Cervántes, ni tampoco que este Rey le distinguiese entre los demas cautivos con una benignidad y templanza tan

opuesta á su elevacion, y á su natural carácter. Hay un cierto respeto, que no ha sido establecido por convenio de los hombres, y que la naturaleza misma se ha reservado para disponer de él en favor del mérito y de la virtud.

23 Este empeño con que habia procurado Cervántes alcanzar su libertad en Argel, no le estorbó que solicitase al mismo tiempo su rescate en España, como el medio mas seguro para alcanzarla. A este fin pasáron de Alcalá á Madrid por Julio del año de 1579 Doña Leonor de Cortínas su madre ya viuda, y Doña Andrea de Cervántes su hermana, y entregáron [30] trecientos ducados de vellon á los Padres Fray Juan Gil y Fray Antonio de la Vella Trinitarios, destinados á la Redencion de Argel.

24 Los expresados Padres llegáron [31] á aquella ciudad á fin de Mayo del siguiente año de 1580, y comenzáron á tratar del rescate de los cautivos. El de Cervántes era difícil, tanto por ser esclavo del Rey, como porque este queria [32] mil escudos por su libertad, á fin de doblar el precio en que le habia comprado. Esta fué sin duda la causa que dilató tanto el rescate de Cervántes, y verosímilmente no le hubiera logrado, á no haber tenido el Rey Azan órden [33] del Gran Turco para ceder su Reyno á Jafer Baxá, en quien nuevamente le habia provisto. Sin embargo pidió por su rescate entónces quinientos [34] escudos de oro en oro de España, y amenazó que si no le aprontaban esta cantidad, le llevaria consigo á Constantinopla, á cuyo efecto le tenia embarcado ya en su galera. El Padre Gil compadecido de Cervántes, y temiendo no se perdiese, buscó dinero prestado, y le aplicó [35] varias cantidades de la Redencion hasta completar su rescate, que se efectuó [36] á 19 de Setiembre del referido año de 1580. El mismo dia se hizo á la vela [37] el Rey Azan para Constantinopla, y Cervántes se desembarcó y quedó en libertad para restituirse á España, como lo executó entrado ya el siguiente año de 1581.

25 Luego que llegó á ella, dexó correr libremente su inclinacion á la poesía y letras humanas. Como el forzado sacrificio, que habia hecho de esta pasion á su adelantamiento, no le produxo ventaja alguna, abrazó con mucho gusto el sosiego y tranquilidad de las Musas, ocupándose todo el resto de su vida en escribir obras divertidas, ingeniosas y útiles, las quales le proporcionáron en la secreta complacencia de seguir su inclinacion un desquite de su ma-

la fortuna, recompensándole en parte las desgracias y trabajos que acababa de padecer.

26 La primera de estas obras fué la *Galatea*, que imprimió en Madrid el año de 1584, novela pastoral acomodada al gusto de aquel tiempo, y á propósito para dar á conocer el ingenio, fecundidad y agradable estilo de su autor.

27 En ella refiere la vida, costumbres y ocupaciones de los pastores, que segun supone habitaban las orillas del Tajo y del Henáres. La pasion dominante entónces era el amor. Con él sazonaban los autores todas sus poesías y novelas, valiéndose de nombres supuestos para lograr la libertad de publicar su pasion de un modo oculto y misterioso, y por lo mismo mas lisonjero y agradable á las que eran objeto de ella.

28 Así lo hizo Cervántes en la Galatea. Su edad, que apénas habia salido de los límites de la juventud, le inclinaba al amor: su ingenio y gusto, á la poesía: y el exemplo de sus contemporaneos, á satisfacer ambas pasiones con la publicacion de esta novela. Es muy verosímil que la pastora Amarili, objeto del culto y amor de Damon (nombre con que se disfrazó Cervántes) no era una dama fantástica y fingida, sino real y verdadera, y que este autor para vencer su indeterminacion, ó su recato se valió del medio de celebrar su mérito, y perpetuar sus amores en esta novela, haciéndole el obsequio mas delicado y estimado en aquellos tiempos.

29 Sea como fuere, no admite duda que, acabada de estampar la Galatea, se desposó [38] Miguel de Cervántes en Esquívias á 12 de Diciembre del mismo año de 1584 con Doña Catalina Palacios de Salazar. Esta señora era de una de las mas ilustres familias de aquella villa: se habia criado [39] en casa de su tio Don Francisco de Salazar, que la dexó un legado en su testamento, y por esta razon se llamó comunmente Doña Catalina de Salazar, conforme al estilo que habia en aquel tiempo de tomar el apellido de las personas, á quienes se debia la educacion, ó la subsistencia.

30 La de Cervántes era mas difícil despues de su matrimonio. Este yugo que aparece tan suave y lisonjero desde léxos, suele pesar y agravarse demasiado despues de puesto sobre los hombros, principalmente quando faltan los medios para sostenerle. Tal era la situacion de Cervántes. La mudanza de estado nada influyó en la fortuna de este autor, y así para entretener su inclinacion á la

poesía, su ociosidad y su pobreza, se aplicó al teatro, y compuso varias comedias, que se representáron en Madrid con crédito y aceptacion, y contribuyéron por lo mismo al alivio y sustento de su autor.

31 En el tiempo que estuvo dedicado al teatro compuso hasta [40] treinta comedias, número por el qual puede conjeturarse que empleó en esta ocupacion diez años. Lo cierto es que se aplicó á componerlas despues de concluida la Galatea, primera obra que trabajó de vuelta de su cautiverio, y tambien que la entrada de Lope de Vega al teatro fué muy inmediata á la separacion de Cervántes, el qual movido de otras ocupaciones dexó la pluma y las comedias verosímilmente por los años de 1594.

32 No ha quedado rastro, ni indicio alguno de estas ocupaciones, por cuya causa abandonó Cervántes el teatro. Es natural que consistiesen en algun empleo, ó comision proporcionada para mantenerse con mas comodidad, que la que podia esperar de sus escritos: é igualmente es verosímil que hubiese de exercer este empleo fuera de la Corte, puesto que le fué preciso dexar las comedias, á que estaba dedicado en ella, no obstante el aplauso y utilidad que le habian grangeado. Efectivamente por el tiempo en que Cervántes pudo separarse del teatro vivió algunos años en Sevilla [41], donde estaba á fines del de 1598, en que sucedió la muerte de Felipe II.

33 Para el funeral de este Príncipe hizo aquella ciudad [42] un túmulo ostentoso y magnífico, y le mantuvo en pie mucho mas tiempo del regular en fuerza de una rara competencia, que no puede omitirse por la relacion que tiene con esta parte de la historia de Cervántes. El dia 24 de Noviembre del expresado año se principiáron las exêquias con asistencia de la Ciudad, de la Audiencia y de la Inquisicion. Al dia siguiente destinado para la celebracion del oficio y misa, se originó [43] tal altercado entre la Inquisicion y Audiencia con motivo de haber cubierto su asiento el Regente con un paño negro, que sin embargo del lugar, de la solemnidad y del objeto de ella, se fulmináron excomuniones, en virtud de las quales se retiró el Preste, y se suspendiéron mas de un mes las honras, esperando que el Rey decidiese la competencia. Los excesivos hipérboles con que el vulgo sevillano ponderaba la grandeza y bizarría de este túmulo, y su casual duracion, provocáron el buen humor de Cervántes, que pintó estas graciosas escenas en un soneto [44], cuyo contexto

manifiesta en la viveza y calor de las expresiones, y en la exâctitud de las circunstancias, que su autor habia sido testigo ocular de ellas.

34 Cervántes al mismo tiempo que celebra el referido túmulo, como expresion digna del ilustre cuerpo que la hizo, y del soberano objeto á quien se dirigia, usa en sus alabanzas aquel estilo hinchado, ponderativo y fanfarron, propio de los valentones y presuntuosos del pais donde estaba, imitando sus frases y expresiones, y pintando hasta sus movimientos con una delicada ironía, y con un discreto y fino donayre, con el qual se burla tambien de la dilatada y larga duracion del tal túmulo. No es mucho pues que en el *Viage del Parnaso* [45] llamase *la honra principal de sus escritos* á este soneto, tan propio de su genio inclinado á corregir los vicios, haciéndolos ridículos con el remedo, é imitacion.

35 El conocimiento que Cervántes tenia del genio é índole de los Sevillanos, se manifiesta en esta y otras descripciones que hace de aquella metrópoli, descripciones tan individuales y circunstanciadas, que no es posible haberlas hecho por relacion agena, sino precisamente en fuerza de un conocimiento personal, y de un trato familiar y continuado. Tal es la que hizo de varias clases de sus ciudadanos en la *Novela de Rinconete y Cortadillo*, la qual (como tambien otras varias) la compuso ántes del Quixote, sin duda quando estaba en Sevilla, donde permaneció verosímilmente desde el tiempo en que era Asistente el Licenciado Don Juan Sarmiento Valladáres, hasta que estaba ya próxîmo á dexar este empleo el Conde de Puñonrostro: esto es desde que dexó las comedias hasta los años de 1599.

36 Por el mismo tiempo estuvo tambien Cervántes en Toledo, donde fingió haberse encontrado el manuscrito original del Arabe Benengeli: é igualmente pasó por Córdoba en su marcha á Sevilla, y notó varias particularidades de aquella ilustre capital, que refiere por menor en sus obras [46]. Estas menudencias parecerán quizá impertinentes en la vida de un escritor tan conocido y famoso; pero por lo mismo no es justo ocultar al público ninguna de las escasas noticias que han quedado de él.

37 Una de las mas esenciales es la de haber estado de asiento en la Mancha á su vuelta de Sevilla, porque á esta casualidad se debe la ingeniosa fábula de Don Quixote, que proyectó y escribió en aquella provincia. Habia vivido en ella, y observado pun-

tualmente sus particularidades, como las lagunas de Ruydera y cueva de Montesínos, la situacion de los batanes, puerto Lápice y demas parages que hizo despues teatro de las aventuras de Don Quixote, quando de resultas de una comision que tenia, le capituláron, maltratáron y pusiéron [47] en la cárcel los vecinos del Lugar donde estaba comisionado. En medio del abandono, é incomodidad de esta triste situacion, compuso sin otro auxîlio que el de su maravilloso ingenio esta discreta fábula, cuya difícil execucion, que pide mucho espacio, madura reflexîon y continuado trabajo, manifiesta que permaneció largo tiempo en la prision. El Lugar donde aconteció á Cervántes este suceso fué la Argamasilla, que por esto fingió haber sido patria de Don Quixote, y no quiso nombrar por moderacion, ó por enojo en el principio de su fábula, en la qual se desquitó del mal hospedage de los Manchegos, haciendo inmortal su nombre, y fixando para siempre su memoria en la de la posteridad.

38 Este fué el orígen de la primera parte del Quixote, que se imprimió en Madrid el año de 1605, dirigida al Duque de Béjar, cuya proteccion solicitó Cervántes en la dedicatoria que le hizo, y en aquellos discretos versos que puso al frente de esta obra en nombre de Urganda la desconocida [48].

39 No fué la falta de medios la principal causa que le induxo á buscar tan ilustre Mecénas, sino el conocimiento que tenia del carácter de su obra, y de la fortuna que debia correr en los principios. La leccion de los libros de caballería era el único entretenimiento de la gente rústica, ú ociosa, y el objeto de la censura de los hombres sabios y sensatos de la nacion. Omitiendo el testimonio de Alexo Venégas [49], Pedro Mexía [50], Luis Víves [51], y otros hombres igualmente doctos y juiciosos, basta para confirmar uno y otro la deposicion del erudito autor del *Diálogo de las lenguas* [52]. Este sabio crítico, que censuró con tanta severidad y entereza nuestros libros de caballería, quando la edad y estudio habian ilustrado y perfeccionado su razon, confiesa al mismo tiempo que malgastó en esta perniciosa lectura diez años, los mejores de su vida, en los quales por no haber tenido otro empleo, que el de cortesano, los leyó casi todos con tan singular gusto y placer, que si por casualidad tomaba un libro de historia verdadera, le fastidiaba su leccion de modo, que no le era posible continuarla. El exemplo y testimonio de tan auto-

rizado escritor manifiesta que las extravagancias caballerescas encantaban á los ociosos, é ignorantes, y eran despreciadas de los sabios. En tales circunstancias el Quixote, cuyo título anunciaba las aventuras de un caballero andante, debia ser desde luego desestimado de las personas serias, é instruidas, y poco apreciado del vulgo, que ni encontraria en él los portentosos y extraordinarios sucesos á que estaba acostumbrado en los demas libros de caballería, ni podia penetrar y descubrir la delicada y fina sátira que contiene. Cervántes conociendo el mérito de su obra, y la dificultad que le habia de costar darle á conocer, se valió del medio de buscar un Mecénas sabio é ilustre, cuyo testimonio fuese la primer recomendacion de la obra, y estimulase á los demas á buscarla, leerla y celebrarla.

40 La tradicion ha conservado en el éxîto de esta idea de Cervántes la solidez de sus conjeturas, la mala acogida que tuvo generalmente su obra á los principios, y los discretos medios que puso en práctica para acreditarla.

41 Efectivamente el Duque, sabido el objeto del Quixote [53], no quiso admitir este obsequio, pareciéndole que expondria su reputacion, si permitia que se leyese su nombre al frente de una obra caballeresca. Cervántes no se empeñó en molestarle con súplicas, ni razonamientos, que verosímilmente hubieran sido inútiles; al contrario se conformó con la voluntad de este caballero, contentándose con que le prometiese oir aquella noche un capítulo del Quixote. Este ardid surtió el efecto que Cervántes habia previsto. La complacencia, el gusto y diversion que causó aquel capítulo en todo el auditorio, fué tal, que no paráron la leccion hasta concluir enteramente la obra, y el Duque admirado de las singulares gracias que contiene, depuso su preocupacion, colmó de elogios á su ilustre autor, y admitió gustosísimo la dedicatoria, que ántes desdeñaba. Manifiesta prueba del dominio que exerce un espíritu sublime sobre las almas vulgares, y de lo expuesto que es juzgar de las obras por la apariencia, y sin haberlas leido con reflexîon y conocimiento.

42 Bien lo experimentó Cervántes en esta ocasion. Ni la aceptacion que el Quixote mereció á su Mecénas, ni las públicas aclamaciones que le diéron á manos llenas quantos asistiéron á su leccion, pudiéron suavizar la aspereza de un Religioso que goberna-

ba la casa del Duque. Este sin hacer caso de la general aprobacion que daban á aquella excelente obra los que la habian visto, y sin quererla ver, ni exâminar por sí, se empeñó en despreciarla, en injuriar y desacreditar al autor, y en reprehender el agasajo y estimacion con que el Duque le trataba. Dícese que Cervántes copió al natural los lances que le pasáron con este grave Eclesiástico en la pintura del que acompañaba á los Duques, que introduce en la segunda parte del Quixote; pero sea lo que fuere de esto, lo cierto es que Cervántes, el mayor panegirista de sus bienhechores, y el mas agradecido de los hombres, no volvió jamas á hacer mencion de aquel Mecénas: claro indicio de que este, ó vencido de la autoridad del Religioso, ó por otro motivo, no le trató con la generosidad que correspondia á su grandeza, y al mérito y necesidad de tan insigne escritor.

43 No es de admirar esta indiferencia, que debe reputarse mas como defecto de la naturaleza humana, que de aquel tiempo. Naturalmente celebramos con mayor gusto las cosas pasadas que las presentes. Un ingenio original, un talento sublime y grande, no descubre la pequeñez del de los demas quando se ve de léxos; pero si está inmediato la hace patente y manifiesta. Los contemporaneos de Cervántes, que no solamente podian leer y celebrar sus escritos, sino tambien escucharle á él mismo, admirarle, amarle y socorrerle, le despreciáron y abandonáron entónces. Si viviesen ahora, buscarian con anhelo sus libros y sus retratos, y colmarian de elogios sus cenizas y su memoria.

44 Las que se han conservado en la tradicion testifican, que el Quixote fué recibido del público despues de impreso de la misma manera que de su Mecénas ántes de estamparse. Quando esta obra salió á luz, hasta su título fué objeto de la burla y desprecio de los semidoctos. La obscuridad en que vivia su autor tampoco excitó la curiosidad de los sabios, y así uno de los monumentos literarios mas apreciables de nuestra nacion fué mirado desde luego por ella con la mayor indiferencia. Su autor conociendo que el Quixote era leido de los que no le entendian, y que no le leian los que podian entenderle, procuró excitar la atencion de todos, publicando el [54] *Busca pie*. En esta obrita, que se imprimió anónima, y es extremamente rara, hizo una aparente y graciosa crítica del Quixote, insinuando que era una sátira fina y paliada de varias

personas muy conocidas y principales ; pero sin descubrir , ni manifestar aun por los mas leves indicios ninguna de ellas. Crítica discretísimamente manejada , con la qual dió tanto crédito y reputacion al Quixote , y picó la curiosidad del público de modo, que todos le buscaban y leian á porfía , creyendo descubrir claramente en su lectura los objetos de la sátira que insinuaba el *Busca pie*.

45 Nada hace tan palpable el singular ingenio de Cervántes, el conocimiento que tenia del corazon humano , y la destreza con que sabia manejarle , como el haberse valido del medio de censurar su obra para acreditarla y darla á conocer. La sátira es el hechizo y encanto del vulgo, y no hay lazo alguno mas seguro para prenderle : la del *Busca pie* contra Cervántes fué causa de que esta obrita fuese bien recibida y leida : su leccion incitó á la del Quixote, y la de este hizo conocer á todos su discreta é ingeniosa invencion. Todos leyéron esta fábula con atencion y cuidado : los enemigos del autor para hallar motivos con que perderle, y los demas para satisfacer su curiosidad ; pero el único fruto que unos y otros sacáron , fué no poder confirmar, ni desmentir la crítica indicada en el *Busca pie*, y conocer al mismo tiempo todo el mérito del Quixote con una secreta envidia , ó con una admiracion pública.

46 Aumentóse esta á medida que se multiplicáron las ediciones de aquella fábula. Al fin los verdaderos jueces tuviéron lugar y proporcion de leerla, y fuéron dándole poco á poco la estimacion de que era digna ; mas quando llegó á conocerse su mérito, entónces los sufragios, que habia ganado tan lentamente , prorumpiéron por todas partes y formáron un solo eco de la voz y del aplauso general de toda la Europa.

47 Por lo mismo los enemigos del buen gusto reuniéron sus fuerzas contra Cervántes. Si la muchedumbre de impugnaciones, sátiras y persecuciones que padeciéron la obra y el autor, no se hubiesen sumergido en el olvido , ó ahogado entre los elogios y apologías de los hombres sabios , que procuráron retirar estos desagradables objetos de los ojos de la posteridad , pareceria ahora, que el Quixote se habia escrito en medio de una nacion enemiga de las Musas.

48 Cervántes hace memoria de algunas de dichas sátiras , y se-

ñaladamente de una que le dirigiéron dentro de una carta [55] estando él en Valladolid. Las circunstancias de este suceso manifiestan que vivia de asiento, y tenia casa puesta en aquella ciudad, y la particularidad de ser la expresada sátira un soneto contra el Quixote, indica que se escribió inmediato á la publicacion de aquella obra, y por consiguiente á tiempo que estaba allí la Corte. Felipe III. juzgando conveniente al bien público mudar su Corte á Valladolid, lo efectuó por Enero del año de 1601, y permaneció hasta Febrero [56] de 1606, que se restituyó á Madrid. Por entónces se publicó el Quixote año de 1605. En el mismo año nació Felipe IV. y al tiempo de su nacimiento consta que Cervántes estaba [57] en Valladolid. Sin duda confiado en el mérito de esta obra, y estimulado de su necesidad se estableció allí para solicitar por medio de sus protectores algun socorro, ó empleo con que mantenerse.

49 Como jamas llegó á lograrlo, y ya estaba acostumbrado á la vida de Madrid, es verosímil volviese con la Corte á esta villa para continuar sus pretensiones, fixar su residencia, y estar mas inmediato á Alcalá y Esquívias, donde tenia sus parientes. Lo cierto es que desde este tiempo hasta el de su muerte no se encuentra noticia, ni memoria alguna por donde conste haberse establecido fuera de la Corte. Todas las que han quedado contestan que residió y murió en Madrid: que se avecindó en la parroquia de San Sebastian, donde vivió primero en la calle de las Huertas [58], y despues en la del Leon [59]: que su subsistencia la debió á la generosidad del Conde de Lémos y del Arzobispo de Toledo: y en fin que su único empleo fuéron las letras humanas.

50 Así era natural que sucediese. Los desengaños que tuvo este autor en sus peregrinaciones debian determinarle al fin á elegir una vida estudiosa y sedentaria, tal como convenia á su situacion desgraciada, á su aplicacion y á su avanzada edad. Por esto es preciso considerarle en esta última época de su vida como á un sabio, cuyos hechos no constan de otros monumentos que de sus obras, y como á un ciudadano, cuyas principales acciones fuéron la composicion y publicacion de estas mismas obras. Cervántes pobre, anciano y retirado, no podia tener parte en aquellos sucesos que se representan en el teatro de la historia, y conservan en ella la memoria de sus actores.

51 En el tiempo que sobrevivió á su establecimiento en Ma-

drid, y estuvo dedicado enteramente á las letras, las cultivó con el mismo calor y ardimiento que si fuera jóven, y las ilustró con la madurez y circunspeccion que correspondia á un anciano. Su imaginacion fecunda, viva y felicísima le empeñó en la composicion de muchas obras; pero su juicio y buen gusto no le permitiéron dar á luz, sino aquellas que pudo concluir y perfeccionar ántes de su muerte. Prefirió á la utilidad de publicar todas sus obras, la gloria de estampar solo las que juzgó dignas de la posteridad: gloria propia de la flaqueza humana; pero disculpable en su edad, y peculiar de los hombres grandes. Por lo comun estos ponen mayor esfuerzo y conato en aumentar su fama á medida que se consideran mas cercanos á la muerte. El mismo presentimiento de ella les incita á buscar una especie de inmortalidad en sus acciones, ó en sus escritos.

52 Con este fin quiso nuestro autor privarse por un cierto tiempo del aplauso que podia adquirir con nuevas obras. Cultivó por espacio de seis años dentro de las paredes domésticas su ingenio, para sacarle despues al público colmado de frutos. Los primeros fuéron las doce Novelas impresas en Madrid el año de 1613. Cervántes, que conocia su mérito y novedad, las ofreció al público con un discretísimo prólogo, en que se hace justicia á sí mismo, y las dirigió al Conde de Lémos Don Pedro Fernandez de Castro por medio de una carta, que puede servir de modelo para elogiar con discrecion, y ser agradecido sin baxeza.

53 Muchos motivos tenia Cervántes de serlo: pues la estimacion que hiciéron de él este ilustre caballero, y el Cardenal Arzobispo de Toledo, no procedió de ningun servicio, ni obsequio que les hubiese hecho, sino únicamente de la pasion que ámbos tenian á las letras y á los literatos, y de su buen gusto y discernimiento. Conociéron el sobresaliente ingenio de este autor, sus persecuciones y pobreza, y se dedicáron voluntariamente á favorecerle, ampararle y socorrerle. Otros Mecénas lo han sido por amistad, por gratitud, ó por otros respetos; el Cardenal de Toledo, y el Conde de Lémos lo fuéron por pura generosidad.

54 El mismo Cervántes lo publicó quando sus émulos, é invidiosos intentáron deslucir su ingenio, y menoscabar sus intereses con la edicion del Quixote de Avellaneda. La segura confianza que tenia en sus dos bienhechores fué el único escudo que opu-

so á sus enemigos. *Viva* [60], les dixo, *el gran Conde de Lémos, cuya liberalidad y christiandad bien conocida, contra todos los golpes de mi corta fortuna me tiene en pie, y vívame la suma caridad del Ilustrísimo de Toledo Don Bernardo de Sandoval y Róxas, y siquiera no haya imprentas en el mundo, y siquiera se impriman contra mí mas libros que tienen letras las coplas de Mingo Revulgo. Estos dos Príncipes sin que los solicite adulacion mia, ni otro género de aplauso, por sola su bondad han tomado á su cargo el hacerme merced, y favorecerme, en lo que me tengo por mas dichoso y mas rico que si la fortuna por camino ordinario me hubiera puesto en su cumbre.* Respuesta digna de Cervántes, con la que acreditó la generosidad de sus patronos, igualmente que su propio agradecimiento, haciéndolos partícipes de la inmortalidad de su nombre y de sus escritos.

55 En ellos vivirán el Cardenal de Toledo y el Conde de Lémos, miéntras dure en los hombres la racionalidad, y el amor á las letras humanas. Es y será siempre grata y agradable la memoria de unos Héroes, que empleáron su poder y autoridad en proteger al mayor ingenio de su siglo. La fama de los Próceres, que no conociéron, ó desdeñáron á Cervántes, está ya borrada con el olvido, y ha perecido enteramente con la succesion del tiempo; la de sus bienhechores encomendada por él á la posteridad, será eterna.

56 No parece fuera de propósito, puesto que se ha hecho mencion de ellos, dar al público una idea de su carácter, como un modelo digno de ser imitado. Se iba perdiendo entónces en España la buena educacion y amor á las letras, que habia producido tantos hombres grandes en el siglo anterior. La nobleza, entregada á la ociosidad, mantenia muchos bufones y aduladores, y buscaba excelentes maestros para sus halcones, no cuidando de elegirlos buenos para sus hijos, los quales salian al teatro del mundo con aquellas mismas inclinaciones que habian observado en sus padres. Pero en medio de esta negligencia y abuso se conservaban aun algunos preciosos restos de la sabia y varonil crianza de los tiempos anteriores. De estos eran el Cardenal de Toledo, y el Conde de Lémos. Su edad, su gerarquía, su pasion por la literatura eran casi las mismas: igual su magnanimidad y tambien su fama, aunque diferentemente adquirida. El primero fué discípulo del doctísimo Cordobes Ambrosio de Moráles, padre de nuestra Historia, cuya casa estuvo dedicada á la educacion de

la nobleza española, y era escuela de virtud y de buenas letras. El segundo se crió en el seno de su propia familia, en la qual era hereditario el valor, nativa la generosidad y característico el ingenio y buen gusto. El uno fué respetado por su retiro é integridad: el otro aplaudido por su popularidad y mansedumbre. El Cardenal miraba las letras humanas con aficion: el Conde de Lémos con empeño. Este convidaba á todos los ingenios con su benevolencia: en aquel la hallaban los que eran necesitados y virtuosos, y la facilidad del uno era alabada, igualmente que la circunspeccion del otro. En fin el Conde de Lémos no conocía límites, ni excepciones en su magnificencia y amor á las letras. Á un mismo tiempo tenia consigo á los Argensolas, fomentaba á Villégas y socorría á Cervántes: gloriábase de ser su Mecénas, y celebraba verse elogiado como tal en sus escritos. La aficion del Cardenal á las bellas artes era mas reservada, y su liberalidad modesta. Honró con un magnífico sepulcro la memoria de su maestro; mas no consintió que le pusiesen durante su vida. Protegió y sustentó á Cervántes; pero sin admitir de él ningun obsequio, ni reconocimiento público. Quiso mejor ser Mecénas que parecerlo, y por lo mismo logró tanto mas esta gloria, quanto ménos la solicitaba.

57 La publicacion de las Novelas acabó de estrechar el lazo que unia á nuestro autor con estos esclarecidos protectores. La *Galatea* es ingeniosa; pero enteramente amatoria, y el Quixote burlador, aunque ingeniosísimo. En las Novelas está mas templado el amor, y mas suavizada la correccion. Sus argumentos son tomados de los sucesos que habia oido, ó visto en el discurso de su vida, tanto en España, como en Italia, y su narracion manifiesta que ántes de publicarlos los perfeccionó con la experiencia, é ilustracion que habia adquirido en sus viages.

58 Los viageros juiciosos y reflexîvos se aventajan por lo comun á los que nunca han salido de su patria: semejantes á los rios que crecen á medida que se alexan de su nacimiento, ó como aquellos manantiales que filtran por venas preciosas, donde adquieren singulares virtudes. El trato con los hombres sabios de Italia hizo conocer á Cervántes muchos de los abusos y preocupaciones de la educacion vulgar; pero como su objeto era ilustrarse y aprender, exâminando con desinteres las costumbres y

literatura de otros paises, volvió tan racional y tan sabio, que supo conocer los defectos de su nacion sin desdeñarla, y celebrar el mérito de sus nacionales, igualmente que el de los extrangeros.

59 Una prueba evidente dió en el *Viage del Parnaso*, que se imprimió en Madrid el año de 1614. El mismo Cervántes [61] confiesa haberle compuesto á imitacion del que con el propio título dió á luz César Caporal poeta italiano, de quien no pudo hacer mayor aprecio, que elegirle para dechado y exemplar de este poema, cuya invencion es sumamente ingeniosa y discreta.

60 Cervántes se glorió siempre de ella, ya fuese por la idea con que compuso esta obra, ya por el anhelo que tenia de parecer poeta. Habia tantos entónces en España, que era casi imposible numerarlos, y la mayor parte poetizaba sin otro Apolo que un capricho, hijo de la preocupacion y de la moda. El crédito y fama de algunos excelentes poetas, y la viveza con que se imprimian los sucesos amorosos y lances de valor, representados en los dulces versos de Lope de Vega y otros elegantes cómicos, dió tal auge á la poesía y la hizo tan familiar, que llegó á ser una manía contagiosa, y general hasta en la ínfima plebe de la república de las letras. Todos se creian inspirados de las Musas, y agitados del Númen, y todos prorumpian en décimas y sonetos repentinos, cuya composicion se ha tenido por largo tiempo como la mas concluyente y calificada prueba de ingenio, y era entónces tan comun, que en las juntas poéticas reynaba un ímpetu y desórden muy parecido al de las asambleas de los Quákaros. Cervántes conocia este vicio, veia claramente su orígen, deseaba lograr el premio que le era debido, y quiso desengañar al público con el *Viage del Parnaso*, cuyo verdadero objeto fué hacer una relacion de sus méritos, manifestar la decadencia de nuestra poesía por culpa de los malos poetas, y elogiar á los que eran dignos y sobresalientes.

61 Por esto fingió que Apolo para desalojar del Parnaso á los unos, convocaba á los otros por medio de Mercurio mensagero de los Dioses. Esta ficcion le dió motivo para referir sus méritos, y hacer patente su desgracia en los dos coloquios, que supuso haber tenido con estas dos deidades. Siempre ha sido bien visto, que los que han servido á su patria en la carrera de las armas, ó en otras profesiones útiles, hagan presentes sus servicios para so-

licitar recompensa y adelantamiento: la injusticia y sinrazon de los hombres ha exceptuado de esta regla general á las letras humanas, que en realidad son las mas útiles de todas, pues sin ellas no es posible llegar á ser consumado en las demas. Los siglos y los hombres en quienes reyne semejante injusticia, jamas serán nombrados en la posteridad, la qual venerará siempre los felices tiempos de Alexandro, Augusto, Leon X. y Luis XIV, en que el aplauso público y la liberalidad de los Príncipes iban á buscar á los sabios en el retiro de su estudio. Cervántes experimentó esta injusticia, y se quejó de ella en los dos expresados coloquios con tanta viveza, modestia y naturalidad, que excita la compasion y lástima de los lectores.

62 En el capítulo quarto de este Viage finge que Apolo, luego que recibió el socorro de los poetas españoles conducidos por Mercurio, los llevó á un rico jardin del Parnaso, y señaló á cada uno el asiento correspondiente á su merecimiento. Solo Cervántes no logró esta distincion: él solo quedó en pie y sin ningun arrimo á vista de aquel concurso, ante el qual alegó todas las obras que habia compuesto y estampado, é hizo presente su amor á las letras humanas, y la persecucion que le suscitaban por esto la envidia y la ignorancia; pero todo en vano, porque no pudo conseguir el asiento que deseaba. Aun no es esto lo mas: el Dios Apolo para consolarle le aconsejó que doblase su capa y se sentase sobre ella; mas tal era su pobreza, que no la tenia, y así hubo de ceder, y quedarse en pie á pesar de sus canas, de su talento, de su mérito, y del sentimiento de algunos que sabian la honra y preferencia que le era debida.

63 Fácil será conocer que este coloquio es un verdadero retrato de la desdichada situacion de Cervántes en el tiempo que compuso aquel poema: y á la verdad no podia buscar modo mas ingenioso para mostrar su extrema miseria, y la injusticia con que le trataban los que por su carácter y destino estaban obligados á discernir el mérito, y premiarle.

64 Bien de manifiesto les puso Cervántes el suyo en el coloquio que supuso haber tenido con Mercurio. Luego que este desembarcó en España quedó maravillado de hallar á nuestro autor tan desacomodado y pobre: le colmó de elogios por sus servicios militares, excelente ingenio, y aceptacion general de sus escritos,

y le alistó consigo, eligiéndole para que le informase del mérito de los poetas españoles, comprehendidos en una prolixa, é individual relacion hecha por el mismo Apolo. Cervántes despechado de que los hombres le negasen el sustento y honor que merecia, se valió como poeta del ministerio de los Dioses, para que el sufragio de los unos confundiese la injusticia, é insensibilidad de los otros.

65 Esta inocente apología fué recibida en contrarios sentidos. Los émulos y enemigos de nuestro autor, aquellos que si hubiese callado hubieran atribuido su silencio á falta de razon, la notáron de arrogante y presuntuosa; mas los generosos, é imparciales la recibiéron como una defensa justa y moderada, y como un memorial presentado al público por el ingenio mas sobresaliente y desvalido de la nacion, que escribia con aquella sabia libertad, tan distante de la elacion de los ignorantes, como de la baxeza de los hipócritas.

66 Igual libertad usó en la crítica que hizo de los malos poetas, censurando el arrojo con que querian apoderarse de nuestro Parnaso, y ajar el decoro de las Musas españolas. Pero esta crítica fué en general, y sin determinar personas; al contrario que las alabanzas, en las que nombró expresamente á todos los poetas distinguidos por sus obras, ó por su gerarquía. Elogió excesivamente á quantos tenian algun mérito, y pasó en silencio á los que eran dignos de reprehension y censura. Tanta era su modestia que contemplaba á todos como si él tuviera muchas faltas, y procuraba evitarlas como si no contemplase á ninguno.

67 El fruto de esta moderacion no pudo gozarle desde luego, porque no se atrevió á publicar aquella obra hasta mucho tiempo despues de haberla concluido. Temia que los poetas medianos sintiesen no verse elogiados al par de los excelentes: conocia que unos tomarian á mal que los nombrase, y otros que no hiciese mencion de ellos: y este conocimiento, junto con el rezelo de que su obra fuese quizá mal recibida del Conde de Lémos, le determináron á suspender su publicacion, y á buscar para ella otro Mecénas.

68 No era su sospecha infundada, ni voluntaria. Habíase valido de los Argensolas para que le recomendasen al Conde de Lémos, con quien estaban á la sazon en Nápoles. Estos dos ilustres hermanos le hiciéron al tiempo de su marcha tantas y tan gran-

des promesas, que nuestro autor confiado en ellas habia esperado mejorar su suerte con las liberalidades y generosidad de aquel Caballero; pero esta esperanza salió vana. Los Argensolas no hiciéron los buenos oficios que habian ofrecido, ni se acordáron de Cervántes, y así quedó este no solo sin el auxîlio que tanto necesitaba; sino tambien con el rezelo de que aquellos famosos poetas no le tenian buena voluntad, y con el temor de que le hubiesen indispuesto con su protector. Este suceso completó su afliccion, y le obligó [62] á pintar tan al vivo su desgracia, y á quejarse de los Argensolas en el referido Viage.

69 Serenaba en parte el rezelo de Cervántes, y desvanecia sus sospechas el testimonio de la propia conciencia. Profesaba á los Argensolas un amor sencillo y una amistad inviolable, y les habia dado pruebas auténticas de ella en el *Canto de Calíope* [63], donde les hizo un elogio apasionado y discreto, y en la primera parte del Quixote [64], en la que propuso como dechado de nuestras composiciones dramáticas las tragedias de Lupercio, *Isabela*, *Filis*, *y Alexandra*; pero por lo mismo se le hacia mas sensible el olvido de sus dos amigos, que sin duda seria esta la única vez que faltáron á las leyes de la buena correspondencia.

70 La que encontró despues Cervántes en el Conde de Lémos lo hace creer así. Este autor difirió prudentemente la edicion de su Viage, y adelantó la de las Novelas, que á mas de ser de mayor mérito, tenian la circunstancia de tratar asuntos divertidos, é indiferentes. El público, y el Conde de Lémos, á quien las dirigió, las aplaudiéron sin término, y Cervántes captó de tal manera la benevolencia de este Mecénas, y se vió tan favorecido de él, que le dedicó todas sus demas obras, á excepcion del citado Viage, que habia destinado ántes á Don Rodrigo de Tapia, Caballero del Órden de Santiago, y publicó despues de las Novelas quando estaba asegurado ya de la aceptacion del Conde de Lémos, y de la amistad de los Argensolas.

71 No merecia ménos su buena fe, é integridad. En el mismo Viage del Parnaso, y al propio tiempo que estaba quejoso de ellos, los elogió excesivamente, con particularidad á Bartolomé Leonardo, aunque con la desgracia de que esta accion tan loable fuese mal entendida y censurada por Don Estéban de Villégas[65].

72 Supuso Cervántes que los Argensolas no concurriéron al

Viage del Parnaso, aunque llamados y solicitados del Dios Apolo, por estar empleados en el obsequio del Conde de Lémos. Villégas tomó por sátira lo que en realidad era un elogio delicado, é ingenuo, y baxo este falso supuesto, queriendo desagraviar á Bartolomé de Argensola, motejó á Cervántes, llamándole [66] *mal poeta, y quixotista*: inconsideracion freqüente en Don Estéban de Villégas, y que solo podian disculpar sus pocos años. El mismo apodo que aplicó á Cervántes debiera haberle acordado, que el ser inventor del Quixote era un título ilustre, en fuerza del qual debia tener en el Parnaso un lugar preferente á los Argensolas, y á los demas escritores de su siglo.

73 A continuacion de este Viage publicó la *Adjunta al Parnaso*: diálogo en prosa, cuyos interlocutores son el mismo Cervántes, y otro poeta que le traia una carta de parte de Apolo, donde estaban inclusos ciertos privilegios y ordenanzas para los poetas españoles. El objeto de esta obra aparece el mismo que el del Viage del Parnaso; pero en realidad no fué otro que querer Cervántes acreditar sus comedias. Por esto supuso que el poeta mensagero de Apolo, como aficionado á este género de poesía, deseaba saber quantas habia compuesto, y con este motivo refiere y celebra las que se habian representado suyas en los teatros de Madrid, y las que habia compuesto despues, y no querian representar los comediantes.

74 Estaba nuestro autor sentido de ellos, porque sabiendo que tenia comedias y entremeses, no se las pedian, ni apreciaban, y para desquitarse determinó imprimirlas, á fin que el público conociese su mérito y la ignorancia de los farsantes. Así lo ofreció en la *Adjunta al Parnaso*, y lo cumplió el siguiente año de 1615, publicando ocho comedias, y ocho entremeses nuevos.

75 Para conseguirlo le fué preciso sufrir otros desayres originados de su forzada inclinacion á la poesía. Nunca se verificó mejor la máxîma de que los hombres jamas se deslucen tanto por las qualidades que tienen, como por las que afectan tener. Cervántes no podia costear la impresion por sí, y le era forzoso valerse de otras personas. Acudió para esto al librero Juan de Villaroel, quien le desengañó desde luego, asegurándole [67] *que de su prosa podia esperarse mucho; pero de sus versos nada.* Esta respuesta le dió tanta pesadumbre, que vendió las expresadas come-

dias al mismo Villaroel, quien las hizo imprimir por su cuenta.

76 La tibieza con que fuéron recibidas del público, y el no haberse representado jamas, sin embargo de estar impresas, fuéron dos nuevos desayres que experimentó nuestro autor por no querer contenerse dentro de sus justos límites. Es casi imposible que un mismo hombre sea excelente en verso y en prosa, y que abrace al propio tiempo dos extremos tan distantes. Séneca el Filósofo refiere, que Virgilio escribia tan mal en prosa como Ciceron en verso. Si así es, tuvo este poeta un mérito que no tuviéron, ni el Orador romano, ni el Fabulista español. Virgilio no dió á luz prosa alguna por no desacreditarse; pero Ciceron y Cervántes publicáron versos que deslucen su memoria.

77 No obstante, quizá convendria Cervántes en la impresion de estas comedias mas por socorrer su necesidad, que por lucir su ingenio. Se sabe que las tenia destinadas á perpetuo silencio, y que las publicó movido del precio que le diéron, y se ve que el mayor elogio que las hace, se reduce á decir que [68] no eran desabridas, ni descubiertamente necias. Tal vez su mismo juicio, y las continuas censuras que escuchaba, le abririan los ojos para que divisase los defectos de estas obras á la luz de la razon.

78 Lo cierto es que la modestia y llaneza con que habla en el prólogo de dichas comedias, es muy loable, ya procediese de conocimiento propio, ya de deferencia al dictámen ageno. De qualquier modo que fuese, dió una prueba manifiesta de que su genio era mas inclinado á la moderacion de Virgilio, que á la ambicion de Ciceron.

79 Lo mismo comprueba la honorífica memoria que hizo en dicho prólogo de los cómicos mas sobresalientes de aquel tiempo, especialmente de Lope de Vega, olvidándose [69] con singular generosidad de las persecuciones que le habian suscitado por su causa.

80 Nuestro sabio Filósofo Juan Huarte [70] dice que para la aplicacion de los ingenios se debe exâminar no solo la ciencia que se adequa mas á cada uno; sino tambien si se acomoda mejor á la teórica que á la práctica de aquella ciencia, porque estas requieren por lo comun diferente clase de ingenio. En Cervántes se verificó plenamente esta reflexîon. Nunca acertó á componer comedias, y poseia perfectamente su teórica, como lo acredita el coloquio entre el Cura y el Canónigo de Toledo, que insertó en la

primera parte del Quixote [71]: coloquio juicioso y agradable, donde se ven unidas las mejores leyes y reglas del arte cómico. Parecia natural que así como las comedias de nuestro autor fuéron censuradas por no ser buenas, así tambien debiesen haber sido celebradas y estimadas sus observaciones teóricas; pero el encono de sus enemigos se valió de ellas para insultarle, tomando por pretexto á Lope de Vega.

81 Desde fines del siglo diez y seis, en que este poeta principió á alzarse con el aplauso del vulgo y la preferencia de los teatros, comenzáron tambien muchos á reprehender sus comedias por no estar ajustadas á los preceptos del arte. Desentendióse de esta censura con el efugio de que las composiciones dramáticas deben variar segun el tiempo y gusto del auditorio. Sus censores le impugnáron de nuevo con mayor calor y vehemencia, y la contienda se enardeció de modo que la Academia poética de Madrid ordenó al mismo Lope de Vega escribiese un arte, en que manifestase los fundamentos del nuevo método que seguia en sus comedias.

82 En este arte, que se imprimió el año de 1602, confiesa paladinamente los defectos de sus comedias, lo distante que estaban del arte todas á excepcion de seis, la justa censura de las naciones extrangeras á que se exponia, y en fin que su ánimo era olvidarse de los preceptos del arte, y del exemplo de Terencio y Plauto, para captar el aplauso del vulgo [72], y hacer de este modo vendibles sus composiciones. De manera que Lope de Vega no solo confirmó las objeciones que le habian hecho; sino tambien su intencion de preferir siempre la ganancia al acierto, y el provecho á la honra: semejante al cómico Dosenno, á quien Horacio reprehende con tanto donayre y agudeza.

83 Cervántes hablando de la comedia española no podia prescindir de sus defectos, ni de la causa de donde procedian: así en el expresado coloquio toca estos puntos; pero con una política y urbanidad inimitable. Dice de Lope de Vega lo mismo que él habia estampado en su arte: conviene en que por querer acomodarse al gusto de los representantes no habian llegado todas sus comedias al punto de perfeccion que llegáron algunas; pero al mismo tiempo colma de elogios á este autor ensalzando su fama y su mérito. Supone que sabia extremadamente los preceptos del ar-

te: echa la culpa de su inobservancia al mal gusto de los actores, y no á la ignorancia de los poetas: y guarda tanto decoro á todos, que no nombra á ninguno: de suerte que bien mirado su razonamiento mas parece una apología, que una censura de Lope de Vega y sus imitadores.

84 Así lo creyó el mismo Lope, correspondiendo siempre con igual estimacion á nuestro autor, á quien alabó aun despues de su muerte en el *Laurel de Apolo*; mas no lo creyó así otro compositor de comedias implacable enemigo de Cervántes. El ardid mas comun de los malévolos es enlazar y hacer una su causa con la de los hombres grandes, para engañar y sublevar al vulgo, á la manera que hizo Antonio con la toga sangrienta de César. Estaba grandemente sentido aquel poeta de la justa censura que Cervántes habia hecho de sus comedias en el Quixote: sabia la estimacion que le habia grangeado esta obra, cuya segunda parte deseaban todos, y para saciar su odio intentó desacreditar de un golpe el ingenio y buen corazon de Cervántes. Su ingenio continuando el Quixote, y su buen corazon publicando que habia ofendido en él á Lope de Vega, porque su fama le daba pesadumbre, é invidia.

85 Con esta idea salió á luz en Tarragona el año de 1614 el segundo tomo del Ingenioso Hidalgo Don Quixote de la Mancha, compuesto, segun dice su título, por el Licenciado Alonso Fernandez de Avellaneda natural de la Villa de Tordesíllas; pero escrito en realidad por el expresado poeta, de quien no se sabe otra cosa, sino que era Aragones, y que ocultó su patria y nombre con el mismo artificio con que quiso ocultar su intencion.

86 Á este efecto supone en el prólogo que continuaba el Quixote con el fin de desterrar la perniciosa leccion de los libros caballerescos, y que censuraba á Cervántes por desagraviar á Lope de Vega; pero él propio arrebatado de su cólera rasga imprudentemente este velo, y dexa al descubierto su ánimo en el mismo umbral de la obra. Su prólogo es un libelo infamatorio, en que cubre de oprobios las venerables canas de Cervántes, llamándole *viejo*, *manco*, *pobre*, *invidioso*, *murmurador*, y notando hasta el acogimiento que hallaba en el sabio Cardenal de Toledo. Demanera que todo hombre racional confesará leyendo este prólogo, que su autor escribió aquella obra sin otro fin que injuriar la per-

sona de Cervántes, y desacreditar su ingenio, manifestando, ó que no podia continuar su Quixote, ó que habia otros tan capaces como él para continuarle.

87 No era menester mas que la audacia de aquel poeta, y bastaban sus odiosas expresiones, para que el público hiciese justicia á nuestro autor; pero este como sabio y discreto le presentó otra apología mas calificada y completa en la segunda parte del Quixote impresa en Madrid el año de 1615.

88 En ella se descubre la inmensa distancia que hay de un contrario noble y generoso, á un enemigo ratero. Avellaneda encubrió su nombre para insultar descubiertamente á Cervántes, y este ni quiso disfrazarse, ni quitar la máscara á su agresor para responderle. Satisfizo con invidiable modestia las personalidades que habia estampado contra él, paró sus injurias y amenazas con el escudo de la templanza y de la razon, dexóle corrido en el juicio público con singular gracia y donayre, y logró que triunfase en esta lid la inocencia de la calumnia, la moderacion de la audacia, y la urbanidad de la grosería.

89 El paralelo entre el prólogo de Avellaneda y el de Cervántes manifiesta la ventaja que este le hacia en honradez y nobleza de ánimo, así como el cotejo de las dos obras hace patente la preferencia de su ingenio. Luego que salió á luz la de Cervántes hizo ver que no era capaz de continuar dignamente aquella obra otra pluma que la de su inventor. El Quixote castellano ahuyentó [73] de la república de las letras al aragones, desterrando la leccion de sus aventuras al par de los demas libros caballerescos: y aquel anónimo que habia creido deslucir á Cervántes, no consiguió otra cosa que añadir este mustio y marchito laurel á su triunfo.

90 Entre todas las obras que puede producir el entendimiento humano, ningunas hay mas exêntas del imperio de la sinrazon y parcialidad que las de pura invencion, porque en ningunas es mas sensible el placer, ó fastidio. En los demas escritos puede la destreza de un censor, ó de un panegirista prevenir el juicio de los lectores; pero en estos cada uno juzga por sí propio á medida del embeleso, ó disgusto que le causa su leccion. Era preciso pues que la de Cervántes hiciese insufrible la del Aragones, á pesar del empeño y diligencia de los émulos del uno, y de los parciales del otro.

91 Avellaneda no pensaba con dignidad, ni escribía con decencia: á cada paso presenta imágenes torpes, é indecorosas, cuyo colorido basto, grosero y desapacible, sonroja y enmudece al lector: al modo que sucedió á la hermosa Sparre, precisada por órden de la Reyna Cristina á leer la licenciosa obra de Beroaldo de Verville. El que compare los dos cuentos del rico desesperado, y los felices amantes con las novelas *del Curioso Impertinente*, y *del Cautivo*: el que cotejare el carácter de Bárbara con el de Dorotea, conocerá que un mismo asunto aparece chocante, ó agradable segun el ingenio y habilidad del que le trata.

92 Seria hacer poca justicia á Cervántes, y demasiada merced á su competidor, detenerse mas en este asunto. Para decidirle basta poner las urbanas graciosidades é ingeniosos donayres del uno, al lado de las bufonadas y chocarrerías del otro.

93 El juicio conforme del público, no interrumpido, ni alterado por espacio de dos siglos, está á favor de Cervántes. Los profesores de las bellas artes, las lenguas vivas de Europa, y las prensas de todas las naciones cultas no han cesado de multiplicar y enriquecer los exemplares del Quixote; pero la obra de Avellaneda quedó obscurecida y sepultada en su misma cuna, ya fuese por su poco valor, ya porque los apasionados de Cervántes quemasen sus exemplares, segun da á entender él mismo en la visita de la imprenta de Barcelona.

94 Lo cierto es que aquella continuacion no volvió á estamparse en su siglo, ni fué apreciada de los literatos de él, y si alguno la mencionó, como Nicolas Antonio [74], fué para notar la disparidad que habia entre el ingenio de su autor, y el de Cervántes.

95 La censura de aquel sabio Bibliotecario, y la conducta de sus contemporaneos, son un indicio vehemente contra la pretendida ilustracion de este siglo, en el qual ha encontrado Avellaneda unos obsequios que no pudo lograr en el suyo. El año de 1704 se imprimió en Paris una traduccion francesa de su Quixote. El traductor descompuso el original para componerle de nuevo, quitóle la mayor parte de las torpezas, é indecencias de que abunda, y le adornó con varias adiciones y episodios que le mejoráron mucho, y diéron algun crédito á su primer autor en el concepto de los lectores que creian fiel y exâcta su traduccion. Así sucedió á los autores del *Diario de los sabios*, y así tambien

al Doctor Don Diego de Tórres, que habla de Avellaneda sin haberle visto, y atribuye al autor español los discursos del traductor frances.

96 No era extraño que este intentase preferir la obra de Avellaneda á la de Cervántes para grangearle aceptacion y salida, ni tampoco que sus lectores ignorantes del castellano, y de las alteraciones que habia hecho en la traduccion, le creyesen sobre su palabra. Lo singular es, que en este siglo, y dentro de la Corte, se haya estampado y sostenido lo mismo, poniendo por fundamento la autoridad de los Diaristas franceses, que no viéron el original de Avellaneda, y la de su traductor, de quien se asegura que no le entendió.

97 Este fué el objeto de Don Isidro Peráles en la nueva edicion de Avellaneda, que imprimió el año de 1732. Al frente de ella hay una coleccion de invectivas contra Cervántes, entre las quales la mas infundada es la del editor, que supone *estar exênto Avellaneda de los defectos en que incurrió Cervántes, y haber imitado y casi copiado este la segunda parte de aquel*: como si no fuese constante que Cervántes tenia trabajado y concluido lo principal de su segunda parte, quando publicó la suya Avellaneda, y como si el cotejo de las dos no evidenciase, que tienen tanta semejanza entre sí, como la Odisea de Homero con la de Triphiodoro, y la Jerusalen del Taso con la de Lope de Vega.

98 El que quisiese inquirir la causa por que este editor faltó á la modestia y circunspeccion con que debe hablarse siempre de autores tan beneméritos como Cervántes, no descubrirá otra, sino el empeño de defender á qualquier precio á su compatriota: empeño en que no ha sido único. El mismo se ve en el famoso Don Juan Martinez Salafranca quando dice [75]: *que Avellaneda tuvo sobrada razon para creer que Cervántes no queria, ó no podia continuar el Quixote*: y quando asegura: *que á este se le está conociendo la calentura del enojo en quanto habla de Avellaneda.* Si aquel sabio Diarista hubiera reflexîonado mas esta censura, la hubiera omitido, ó moderado. Cervántes ofreció en el prólogo de sus Novelas publicar inmediatamente la segunda parte del Quixote, y Avellaneda confiesa [76] haber leido este prólogo, por consiguiente no ignoraba que nuestro autor podia y queria continuar su obra, pues sabia que estaba tan próxîmo á concluirla. Y aun quando lo du-

dase, esta duda no le daba razon para insultar é injuriar, á Cervántes, así como este la tenia sobrada para desquitarse del insulto y del agresor. Nadie tenia tantos motivos para hacer esta reflexîon como Don Juan de Salafranca; pero los hombres mas sabios y juiciosos suelen á veces dexarse poseer de un ardimiento que les pareceria reprehensible en los demas, y creyéndose linces para descubrir en los semblantes agenos la calentura del enojo, no aciertan á conocerla en el pulso de su genio.

99 De todos estos empeños no resultó al continuador de Cervántes mas que una atencion pasagera, á modo de las exhalaciones, que apénas se ven quando desaparecen. Su obra tuvo alguna estimacion ántes de reimprimirla, y esto hizo creer al editor que su nueva edicion y apología serian bien recibidas; pero sucedió al contrario. La obra fué apreciada porque era rara, la reimpresion la hizo comun, y la dexó sin aprecio. Comenzaba á propagarse ya en España aquella secta de literatos, cuyo instituto es acopiar libros, y elegirlos no por su mérito, sino por su escasez y singularidad.

100 El Quixote de Cervántes ha gozado el privilegio de todas las obras excelentes, que nunca son raras, porque siempre son apreciadas. En vano se esforzáron contra él los apasionados de Avellaneda. El aplauso público, que sacó victorioso al Cid de la censura de la Academia Francesa y del teson de Richelieu, hizo tambien triunfar al Quixote de todos sus impugnadores.

101 Cervántes lo conocia así; pero juzgando que no era bastante satisfaccion la que habia tomado de su competidor en el templado y pacífico prólogo de esta obra, añadió en el cuerpo de ella otras muy ingeniosas y festivas. Entre todas sobresale la que insertó en su dedicatoria, donde alude diestra y delicadamente á varios sucesos, que no le era lícito, ó decoroso mencionar de otra manera.

102 Despues de haber informado al Conde de Lémos quan deseado era su Quixote para quitar las nauseas que habia causado el de Avellaneda, añade[77]: *y el que mas ha mostrado desearle ha sido el grande Emperador de la China, pues en lengua chinesca habrá un mes que me escribió una carta con un propio, pidiéndome, ó por mejor decir suplicándome, se le enviase: porque queria fundar un colegio, donde se leyese la lengua castellana, y queria que el li-*

bro fuese el de la Historia de Don Quixote. Junto con esto me decia que fuese yo á ser el Rector del tal colegio. Preguntéle al portador, si su Magestad le habia dado para mí alguna ayuda de costa. Respondióme que ni por pensamiento. Pues, hermano, le respondí yo, vos os podeis volver á vuestra China á las diez, ó á las veinte, ó á las que venis despachado, porque yo no estoy con salud para ponerme en tan largo viage. Ademas que sobre estar enfermo, estoy muy sin dineros, y Emperador por Emperador, y Monarca por Monarca, en Nápoles tengo al gran Conde de Lémos, que sin tantos titulillos de colegios, ni rectorías, me sustenta, me ampara, y hace mas merced que la que yo acierto á desear. Parece á primera vista que el objeto de Cervántes en esta ficcion era solo alabar su obra, y obsequiar á su Mecénas; pero no fué así. Sirvióse de aquella apariencia para disfrazar su idea, de modo que únicamente pudiesen entreverla los que tenian discernimiento para referirla á sus antecedentes.

103 El primero á quien reprehende es á su competidor. Este no habló mas que una vez del Quixote de Cervántes en el suyo, ni le puso otra objecion sino: *que su estilo era humilde*: objecion dictada por la cólera é invidia, y desmentida por el voto de toda la nacion. Nuestro autor, á quien no era decente contestar abiertamente este reparo, se valió del discreto, é indirecto medio de suponer que desde los climas mas remotos y separados del nuestro solicitaban su obra por la pureza y excelencia de su estilo.

104 Bien pudiera haber satisfecho igualmente aquel reparo sin hacer mencion del Emperador de la China, ni ponerle en paralelo con el Conde de Lémos; pero en esto aludió con singular agudeza á un suceso reciente, que por sus circunstancias era el testimonio mas auténtico del mérito del Quixote, y de la desgracia de su autor. Estando el Rey Felipe III. en Madrid á un balcon de Palacio, observó que un estudiante leia un libro á la orilla de Manzanáres, é interrumpia de quando en quando su leccion dándose en la frente grandes palmadas, acompañadas de extraordinarios movimientos de placer y alegría. Adivinó al momento este Monarca la causa de su distraccion, y dixo[78]: *aquel estudiante, ó está fuera de sí, ó lee la Historia de Don Quixote.* Los Cortesanos interesados en ganar las albricias del acierto de los Príncipes, corriéron á desengañarse, y halláron que el estudiante leia en efecto

el Quixote. Una aprobacion tan pública del mérito de esta obra dada por el Soberano, y confirmada por las primeras personas de su Corte, debia haberles recordado la memoria de su autor y del abandono en que vivia; pero fuese que no hiciéron mencion de él, ó que hecha la desestimáron, lo cierto es que ninguno tuvo la generosidad de solicitarle con tan oportuno motivo una moderada pension para que se sustentase. No es mucho pues que Cervántes se valiese de la sombra del Emperador de la China para dar mayor realce á este suceso, y que desengañado con él prefiriese la liberalidad efectiva del Conde de Lémos á las alabanzas estériles de otras personas de mas alta gerarquía. En la nacion en que estén desvalidos generalmente los sabios, qualquiera que los proteja como Mecénas es acreedor á los honores de Augusto.

105 Eran mas sensibles para nuestro autor estos desayres domésticos, por el grande aplauso y estimacion personal que debia á los extrangeros. Los que venian entónces á España solicitaban conocerle y verle como á un milagro, instados del mérito de sus obras, y del aprecio con que habian sido recibidas en Francia, Alemania, Italia y Flándes. Acababa de experimentar esta honrosa distincion con motivo de haber llegado á nuestra Corte un Embaxador extraordinario de la de Paris, y por tanto quiso dar á entender en aquella parábola, que su persona obscura, é ignorada en su patria, era conocida y solicitada de las naciones mas extrañas. Como el objeto de la embaxada era el mutuo y recíproco enlace entre los Príncipes de la Casa de Borbon y la de Austria, se presentó el Embaxador en Madrid con un ostentoso y lucido séquito de Caballeros franceses, cortesanos, discretos y amigos de las buenas letras, y tuvo precision de visitar entre otros Próceres de la Corte de Felipe III. al Cardenal Arzobispo de Toledo Don Bernardo de Sandoval. El dia 25 de Febrero del año de 1615 le pagó [79] este Prelado la visita acompañado de varios Capellanes, y entre ellos del Licenciado Francisco Márquez Tórres, su Maestro de Pages. Esta casualidad dió motivo á que en el coloquio que tuviéron los Caballeros franceses con los Capellanes del Arzobispo, miéntras este visitaba al Embaxador, se tratase de las obras de ingenio que andaban entónces mas validas, y consiguientemente de la segunda parte del Quixote, cuya censura estaba cometida al Licenciado Márquez. Apénas oyéron aquellos Caballeros

el nombre de Cervántes, quando comenzáron á hacerse lenguas, y ponderar la estimacion que tenian tanto en Francia, como en los Reynos confinantes el Quixote, las Novelas, y la Galatea, que alguno de ellos sabia casi de memoria. Sus encarecimientos fuéron tales que el Licenciado Márquez se ofreció á llevarlos á casa del autor de estas obras para que le viesen y conociesen, lo que aceptáron y estimáron con mil demostraciones de vivos deseos, preguntándole entre tanto muy por menor la edad, profesion, calidad y facultades de Cervántes. El Licenciado Márquez se vió obligado á responderles, que era viejo, soldado, pobre, é hidalgo, y su respuesta conmovió de suerte á uno de aquellos Caballeros, que exclamó sin detenerse [80]: *¿pues á tal hombre no le tiene España muy rico, y sustentado del erario público?* Pero otro le repuso con mucha discrecion diciéndole: *si necesidad le ha de obligar á escribir, plegue á Dios que nunca tenga abundancia, para que con sus obras, siendo él pobre, haga rico á todo el mundo.* Ocurrencias agudas é ingeniosas, propias de la urbanidad y viveza de aquella sabia é ilustre nacion, y muy oportunas para desagraviar á Cervántes de la indiferencia, ó malicia con que desdeñaban su persona los mismos que no podian dexar de confesar y conocer sus talentos.

106 Singular es el que manifestó en la expresada parábola, donde se atrevió á retratar la verdad desnuda; mas con tal arte y maestría que no alcanzáron á percibirla aquellos á quienes podia ofender. Las obras puramente agudas suelen ser demasiado punzantes: las muy circunspectas tocan por lo comun en el extremo opuesto, y son frias y desmayadas. Nuestro autor supo evitar ambos defectos, templando la libertad con su prudencia, y avivando la circunspeccion con su ingenio. Este es el primer mérito de la segunda parte del Quixote, obra en que luce el talento original de Cervántes mas que en otra alguna, y que por lo mismo debe servir de regla para medir la elevacion de su ingenio.

107 Verdad es que no fué igual en todas sus producciones; pero el Quixote solo basta para colocarle en la clase de aquellos hombres grandes, que producen rara vez los siglos. Ninguno hasta ahora ha podido exîmirse de aquella desigualdad propia de nuestra naturaleza. El incomparable Newton fué autor de los Principios Matemáticos, de la Filosofía Natural, y de unas Observaciones sobre las profecías de Daniel, y del Apocalipsi: Cervántes

publicó sus entremeses y comedias al mismo tiempo que la continuacion del Quixote. En uno y otro se verificó que el espíritu humano es un conjunto de fuerza y flaqueza: y ámbos consoláron á los demas hombres de la superioridad que tenian algunas de sus obras, con el descrédito que mereciéron otras.

108 La segunda parte del Quixote fué la última de Cervántes que se imprimió durante su vida. Su salud, que estaba ya muy alterada á fines del año de 1615, fué decayendo mas y mas á principios del siguiente; pero sin debilitar su ingenio, ni perturbar su imaginacion. Desde el año de 1613 [81] tenia ofrecidos al público: *los Trabajos de Pérsiles y Sigismunda*, y á 31 de Octubre del año de 1615 repitió [82] la misma oferta al Conde de Lémos, asegurándole que tendria finalizada aquella obra dentro de quatro meses. Así lo cumplió, no obstante la grave enfermedad que padecia, la qual iba acabando con su vida casi al mismo paso que él concluia esta Novela.

109 El objeto que se propuso en ella fué imitar al célebre Griego Heliodoro, y hacer émulos de los castos amores de Teágenes y Cariclea, los de Periándro y Auristela. Su desempeño es evidente prueba de su infatigable actividad y del vigor de su espíritu, que conservó sin alteracion, aun entre los brazos de la muerte.

110 Á principios de Abril de 1616 tenia acabado ya el Pérsiles, tan á costa de su salud, que sin componer la dedicatoria, ni el prólogo pasó á Esquívias, creyendo quizá mejorarse mudando de ayre y temperamento; pero fué al contrario, porque se agravó de suerte que, ó con el deseo de morir en su casa, ó con la esperanza de lograr algun alivio en ella, se volvió á Madrid acompañado de dos amigos. En el camino tuvo un encuentro, que le dió motivo para escribir el prólogo que está al frente del Pérsiles, y referir en él las circunstancias y estado de su enfermedad.

111 El caso fué que quando volvian de Esquívias, y estaban ya cercanos á Madrid, sintiéron que venia á sus espaldas uno picando con gran priesa y dándoles voces para que se detuviesen. Hiciéronlo así, y viéron que era un estudiante, el qual en llegando se quejó de que caminaban tanto, que no podia alcanzarles para ir en su compañía. Á lo que uno de los dos amigos de nues-

tro autor le respondió, que la culpa era del caballo del señor Miguel de Cervántes por ser bastante pasilargo. No bien hubo pronunciado el nombre de Cervántes, quando el estudiante, que era su apasionado, aunque no le conocia, se apeó sin detenerse, y cogiéndole la mano izquierda, dixo: *sí, sí, este es el manco sano, el famoso todo, el escritor alegre, y finalmente el regocijo de las Musas.* Abrazóle Cervántes, dándole gracias con su acostumbrada modestia, y le pidió que volviese á montar, y caminarian juntos en buena conversacion lo que le faltaba del camino. Así lo hizo el comedido estudiante, y su coloquio es la única noticia que hay de la enfermedad de Cervántes conservada por él mismo [83]. *Tuvimos*, dice, *algun tanto mas las riendas, y con paso asentado seguimos nuestro camino, en el qual se trató de mi enfermedad, y el buen estudiante me desanció al momento diciendo: esta enfermedad es de hidropesía, que no la sanará toda el agua del Océano que dulcemente se bebiese. Vuesa merced, señor Cervántes, ponga tasa al beber, no olvidándose de comer, que con esto sanará sin otra medicina alguna. Eso me han dicho muchos, respondí yo; pero así puedo dexar de beber á todo mi beneplácito, como si para solo eso hubiera nacido. Mi vida se va acabando, y al paso de las efeméridas de mis pulsos, que á mas tardar acabarán su carrera este domingo, acabaré yo la de mi vida. En fuerte punto ha llegado vuesa merced á conocerme, pues no me queda espacio para mostrarme agradecido á la voluntad que vuesa merced me ha mostrado. En esto llegamos á la puente de Toledo, y yo entré por ella, y él se apartó á entrar por la de Segovia.*

112 Quando Cervántes puso por escrito este diálogo despues de estar en su casa, fluctuaba aun entre el rezelo y la esperanza; pero sin desmentir su genio festivo y donoso, como lo acredita la graciosa descripcion que hizo del vestido, montura y ademanes del estudiante. Por una parte le aquejaba tanto el mal, que le precisó á dexar la pluma sin concluir el diálogo, y á despedirse para siempre de sus gracias, de sus donayres y amigos: por otra no desconfiaba de volver á anudar aquel discurso en mejor ocasion, y suplir lo que le faltaba y convenia haber dicho en esta. Al fin la enfermedad desvaneció todas sus esperanzas, porque le postró de suerte, que considerándole ya sin remedio le administráron [84] la Extrema Uncion el dia 18 de Abril del referido año de 1616.

113 Ya desamparaban á Cervántes las fuerzas del cuerpo, y

aun mantenia firme el espíritu y viva la memoria de su bienhechor el Conde de Lémos. El dia despues que le oleáron escribió una carta despidiéndose de él, y ofreciéndole por último obsequio los trabajos de Pérsiles y Sigismunda. Carta digna de que la tuviesen presente todos los Grandes y todos los sabios del mundo, para aprender los unos á ser magníficos, y á ser agradecidos los otros[85]. *Ayer me diéron la Extrema Uncion*, le dice Cervántes, *y hoy escribo esta. El tiempo es breve, las ansias crecen, las esperanzas menguan, y con todo esto llevo la vida sobre el deseo que tengo de vivir, y quisiera yo ponerle coto hasta besar los pies á V. E. que podria ser fuese tanto el contento de ver á V. E. bueno en España, que me volviese á dar la vida. Pero si está decretado que la haya de perder, cúmplase la voluntad de los Cielos, y por lo ménos sepa V. E. este mi deseo, y sepa que tuvo en mí un tan aficionado criado de servirle, que quiso pasar aun mas allá de la muerte mostrando su intencion. Con todo esto, como en profecía me alegro de la llegada de V. E. regocíjome de verle señalar con el dedo, y realégrome de que saliéron verdaderas mis esperanzas, dilatadas en la fama de las bondades de V. E.* Las expresiones de esta carta[86] son tanto mas honoríficas al Conde de Lémos, quanto mas deplorada era la situacion del que las escribia. No puede haber mejor exemplo de una gratitud noble, sencilla y desinteresada, y estas postreras líneas de Cervántes merecen leerse con la misma atencion y respeto, con que la antigüedad escuchó los últimos acentos de Séneca.

114 Igual serenidad mantuvo hasta el último punto de la vida. Otorgó[87] testamento dexando por albaceas á su muger Doña Catalina de Salazar, y al Licenciado Francisco Nuñez, que vivia en la misma casa: mandó que le sepultasen en las Monjas Trinitarias, y murió[88] á 23 del expresado mes de Abril, de edad de 68 años, 6 meses, y 14 dias.

115 Su funeral fué tan obscuro y pobre como lo habia sido su persona. Los epitafios que compusiéron en alabanza suya no merecian haberse conservado. En su entierro no quedó lápida, inscripcion, ni memoria alguna que le distinguiese, y parece (si es lícito decirlo) que el hado siniestro, que le habia perseguido miéntras vivo, le acompañó hasta el sepulcro para impedir que le honrasen sus amigos y protectores.

116 La misma suerte padeciéron los retratos que hiciéron de él

Don Juan de Jáuregui y Francisco Pacheco, ambos Sevillanos, y muy hábiles en la poesía y pintura. Si se hubiesen conservado las suyas, veríamos al natural el semblante y talle de Cervántes, que aunque mediano, fué bien proporcionado: tenia [89] rostro aguileño, cabello castaño, color vivo y blanco, frente lisa y desembarazada, ojos alegres, nariz corva, boca pequeña, dientes desiguales, mal acondicionados y peor puestos, grandes vigotes y barba poblada: era ademas tartamudo, algo cargado de espaldas y tardo de pies. Su gran mérito disculpa esta relacion tan individual de sus circunstancias personales.

117 Las prendas de su alma se veian grabadas en su semblante, cuya serenidad alegre anunciaba desde luego la afabilidad y elevacion de su ingenio.

118 Sus principales virtudes fuéron la sinceridad, moderacion, rectitud y agradecimiento. Tenia aquella sencillez nativa, que se conserva tratando mas con los libros que con los hombres; pero la tuvo exênta del embarazo y encogimiento que suele notarse en los que tratan únicamente con los libros. Sabia vivir al lado de los Grandes que le protegiéron, y supo retirarse con discrecion para no abusar de sus favores. Amaba la tranquilidad, y perdia su desenfado y gracia natural quando no estaba solo con su ingenio, su aplicacion y su reposo: por esto aunque vivió casi siempre en Madrid, nunca aspiró á ser cortesano. Alexáronle de aquel forzoso desasosiego y disimulo su modestia y su penetracion: conocia muy bien que las alegrías de la Corte son visibles, pero falsas, y sus pesares verdaderos, aunque ocultos.

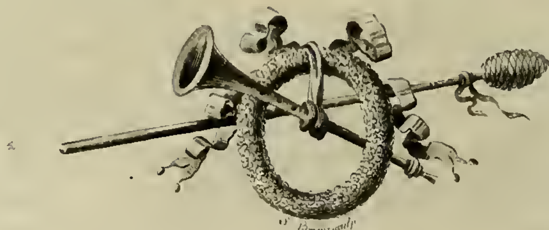
119 Era igualmente recto que agradecido; pero su gratitud fué mucho mas feliz que su integridad. Con aquella conservó los amigos y apasionados, que le grangeaba su condicion mansa y apacible, y con esta ofendió á muchos, que ofuscados con su amor propio, no podian sufrir la luz de la verdad que brilla en sus obras, sin embargo de estar suavizada con el velo de la urbanidad, discrecion y modestia. Su rectitud severa y manifiesta contra los vicios, era muy indulgente y reservada con las personas. Solo se exceptuó á sí mismo de esta ley, confesando sus defectos con una ingenuidad mucho mas estimable que la entereza de Caton. Este no se perdonó á sí propio por no hacer gracia á los demas; Cervántes perdonaba á todos, no haciéndose gracia á sí mismo.

120 Ocioso seria detenerse mas en la pintura de sus costumbres: todas eran igualmente rectas, porque todas procedian de un ánimo noble, é ingenuo, dirigido enteramente por los principios de la religion. Ellos le preserváron del engaño, de la detraccion y de la lisonja, y le cerráron por consiguiente todas las sendas de la ambicion. Como no sabia darse valor de otro modo que con sus producciones literarias, ni hacer corte con otra cosa que con su mérito, era incapaz de seguir la fortuna y de alcanzarla, y así no dexó otra herencia, ni succesion que sus obras.

121 Á mas de las que ya se han referido, escribia otras quatro al tiempo de su muerte: *la segunda parte de la Galatea*, *las Semanas del Jardin*, *el Bernardo*, y *el Engaño á los ojos*, comedia ideada y compuesta con el fin de evitar los defectos que le habian notado en las que imprimió el año de 1615. Estas obras quedáron sin concluirse, ni perfeccionarse, y solo se han conservado sus títulos en los demas escritos de este autor [90].

122 No sucedió así con los Trabajos de Pérsiles y Sigismunda. Doña Catalina de Salazar solicitó y obtuvo [91] privilegio para publicarlos, y los hizo imprimir en Madrid el año de 1617. Este fué el último obsequio que ella pudo hacer á la memoria de su marido, y el único interes que él podia legarla en su testamento.

123 Si hubiera florecido este ilustre Español en Aténas, ó en Roma, le hubieran erigido estatuas, y trasladado su vida á la posteridad con aquella noble eloqüencia, con que sabian honrar el mérito de los claros Varones. En España no fué celebrado dignamente entónces por falta de diligencia, ó de voluntad: las presentes noticias de su vida recogidas y ordenadas ahora, sin otro objeto que un desinteresado y honesto amor de la patria, merecerán disculpa, si no mereciesen alabanza.



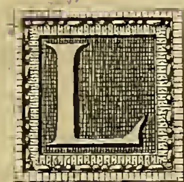


PARTE SEGUNDA.

ANÁLISIS DEL QUIXOTE.

ARTÍCULO PRIMERO.

PRINCIPIOS EN QUE SE FUNDA ESTE ANÁLISIS.



La mayor parte de los autores que celebran el Quixote, se han empeñado mas en darle elogios generales, que en formar un análisis exâcto que descubra clara y distintamente su plan, su carácter y objeto. Esta empresa aunque ardua y difícil, es indispensable en el presente discurso, por ser el medio mas adequado y oportuno para manifestar cada una de las excelencias de la obra, y todo el mérito de su autor.

2 El modo mas obvio y natural de calificar las obras de ingenio es compararlas con otras del mismo arte y de la propia especie. La emocion y placer que siente un lector instruido y sabio en la *Eneyda* de Virgilio, le sirve de regla para juzgar la *Jerusalen* del Taso, ó el *Paraiso* de Mílton, por la semejanza, ó desproporcion que encuentra entre estas obras comparadas con la primera. La fábula del Quixote original y primitiva en su especie, no puede sujetarse á este juicio, porque no hay otra con quien compararla. Cervántes está en el mismo caso que Homero: y las reflexîones que se saquen del arte y método observado por este autor en el Quixote, servirán de regla para juzgar las demas fábulas burlescas, así como las observaciones hechas por Aristóteles sobre la Ilíada y Odisea fuéron el fundamento de las leyes, que este sabio Filósofo dió en su Poética á las fábulas heroycas.

3 Para encontrar los verdaderos principios en que debe fundarse el juicio del Quixote, es preciso recurrir á las fuentes del buen

gusto, y descubrir en ellas el modo mas natural y agradable para divertir el espíritu y mover el corazon humano, imitando la accion de un personage ridículo y extravagante. Este presenta desde luego á la imaginacion de los lectores la idea de un Héroe, á quien el autor atribuye una sola accion con un determinado fin, lo que igualmente sucede en las fábulas épicas: por consiguiente los principios generales de estas fábulas pueden servir tambien para hacer juicio del Quixote, no perdiendo nunca de vista en su aplicacion la diferencia que debe haber entre contar naturalmente la accion ridícula de un Héroe burlesco, cuyo exemplo debemos huir, ó referir poéticamente la accion maravillosa de un verdadero Héroe, á quien por precision hemos de admirar.

4 Con esta limitacion se puede comparar Cervántes á Homero. Ámbos fuéron poco estimados en sus patrias, anduviéron errantes y miserables toda su vida, y despues han sido objeto de la admiracion y del aplauso de los hombres sabios en todas las edades, paises y naciones. Siete ciudades poderosas disputáron entre sí el honor de haber servido de cuna á Homero, y seis villas de España han litigado el derecho de ser patria de Cervántes. Ámbos fuéron ingenios de primer órden, nacidos para ilustrar á los demas, y para fundarse un imperio particular en la república de las letras. Uno y otro sacáron sus invenciones del tesoro de la imaginacion, con que los habia dotado la naturaleza; pero Homero remontando su vuelo presentó á los hombres toda la magestad de sus Dioses, toda la grandeza de los Héroes, y todas las riquezas del Universo. Cervántes ménos atrevido, ó mas circunspecto, se contentó con retratarles al natural sus defectos, tirando al centro del corazon humano las lineas de su instruccion, y adornándola con todas las gracias que podian hacerla amable, provechosa y suave. Aquel sacó á los hombres de su esfera para engrandecerlos, y este los encerró dentro de sí mismos para mejorarlos. En Homero todo es sublíme, en Cervántes todo natural. Ámbos son en su linea grandes, excelentes, é inimitables; pero en esta parte conviene mejor á Cervántes que á Homero el elogio de Veleyo Patérculo: porque efectivamente, ni ántes de este Español hubo un original á quien él imitase, ni despues ha habido quien sepa sacar una copia de su original imitándole. Por esto los literatos, que han visto la multitud de volúmenes escritos en alabanza de Homero, disimularán con facilidad la proli-

xidad de este análisis : en el qual es preciso ántes de formar juicio del Quixote dar una idea de los principios en que debe fundarse, y aplicarle despues con individualidad las reglas que resulten de ellos. De este modo no solo servirá de ilustracion á los lectores para conocer y apreciar esta obra ; sino tambien les dará luz para calificar el mérito de las demas fábulas burlescas.

5 Los principios generales, que pueden aplicarse á la fábula del Quixote igualmente que á las heroycas, se encuentran con mayor facilidad observando sencillamente la naturaleza y fin de las mismas fábulas, que estudiando las varias obras didácticas escritas sobre este asunto, cuyas ideas vagas, informes y opuestas entre sí sirven mas para confundir el entendimiento , que para ilustrarle. La sana razon enseña que los preceptos de las artes deben ser breves, claros, sencillos , y deducidos todos de un principio fixo y determinado, qual es, que las obras del arte sean medio preciso y seguro para que el artista logre el fin que se propuso.

6 El fin de todos los fabulistas sensatos y juiciosos consiste principalmente en instruir deleytando. Fin muy útil á la sociedad, porque destierra de ella el ocio con el entretenimiento, y los demas vicios con la enseñanza. El deleyte ocupa el espíritu, previene la atencion de los lectores, y los precisa á que reciban con gusto la enseñanza disfrazada con la máscara de la ficcion, y dorada con la novedad de lo maravilloso, ó de lo ridículo: extremos ámbos, que bien manejados embelesan y suspenden el ánimo, porque le sacan de la esfera de los sucesos comunes y ordinarios de la vida, con los que ya estamos familiarizados. De que se sigue, que el objeto de la fábula debe ser á propósito para agradar á los lectores, á fin de que por su medio consiga el autor instruirlos.

7 El objeto de la fábula es la basa en que estriba todo el edificio de ella, y la idea que regla su arquitectura. El cuerpo, ó el todo de la obra no es otra cosa que esta misma idea desenvuelta y delineada por menor con todas sus circunstancias : por consiguiente el deleyte y placer, que está como encerrado y contenido en el objeto de la fábula, debe manifestarse clara y distintamente á los lectores en el todo de ella y en cada una de sus partes, creciendo y aumentándose desde el principio hasta el fin, ó á lo ménos sosteniéndose con igualdad en toda la obra.

8 Las reglas fixas para lograr este agrado de los lectores pro-

ceden de la naturaleza del espíritu humano, cuyo placer, deleyte, é instruccion se solicita en las fábulas.

9 Nuestro espíritu es naturalmente curioso, inconstante y perezoso. Para agradarle es indispensable incitar á un tiempo mismo su curiosidad, prevenir su inconstancia y acomodarse á su pereza. Todo lo que es raro, extraordinario, nuevo y de un éxîto dudoso é incierto, mueve la curiosidad del espíritu: la simplicidad y unidad convienen á su pereza: y la diversidad y variedad entretienen su inconstancia. De esta discreta observacion de Fontenelle se deduce con evidencia que para agradar á los hombres es necesario unir estas tres qualidades en el objeto que se les presente.

10 Esta reflexîon y las anteriores dan la verdadera norma para formar juicio de las fábulas agradables é instructivas. El autor ha de elegir un objeto propio y apto para deleytar á los lectores, y conducirlos insensiblemente al fin que se propone. De este objeto debe deducir una accion sola, completa, de proporcionada duracion, que excite la curiosidad, y sea verosímil, y variada con otras acciones subalternas, ó episodios enlazados naturalmente con ella. Los actores han de ser conformes á la accion, dependientes del Héroe, ó principal actor, todos de diverso carácter, y constantes en su diversidad. La narracion de la accion, que es el todo, ó cuerpo de la fábula, debe ser hermosa, dramática y dulce. Últimamente el estilo ha de ser puro, enérgico y conveniente al asunto de la fábula. Observando estas reglas formará un todo capaz de mover la curiosidad del lector, variado y uniforme, correspondiente al objeto de la fábula, y á propósito para la moral que quiera enseñar en ella. De la novedad en el objeto elegido resultará la fábula original, de la discrecion en la moral útil, y de las otras circunstancias agradable. El mérito de Cervántes, y la destreza con que supo unir y manejar estas tres qualidades se manifestará palpablemente aplicando las referidas observaciones al Quixote para hacer juicio de esta obra: de la que solo se notarán aquellas gracias, ó perfecciones mas exquisitas, ó mas ocultas, pasando en silencio muchas, que ningun lector dexará de percibir aunque no las conozca.

ARTÍCULO II.

NOVEDAD DEL OBJETO DEL QUIXOTE.

11 La eleccion de Cervántes en el objeto de esta obra fué tan

acertada, que solo el título de ella presenta desde luego al lector en el ridículo carácter del Héroe la idea y el objeto de una fábula, no solamente nueva y original, sino tambien mas agradable é instructiva por su naturaleza, que las otras fábulas, cuyo asunto es heroyco, y su moral seria é indeterminada.

12 La mayor parte de los sabios creen que el fin de los autores de estas fábulas no es enseñar á los hombres una verdad sola, sino darles un tratado completo de moral: é igualmente convienen en que el objeto de las mismas fábulas es excitar la admiracion de los lectores con la union de lo maravilloso y heroyco. Por consiguiente el deleyte y placer que se siente en su leccion, debe resultar precisamente de la claridad y distincion con que el lector penetre la mutua dependencia de las acciones de los Héroes con el influxo y decretos de las Deidades: conocimiento y placer reservado al corto número de personas sabias, capaces de leer estas obras con inteligencia: el resto de los hombres, ni las entiende, ni las aprecia, ni las lee, ni las conoce. La moral, la enseñanza y los exemplos, que encierran para instruccion de los lectores, tienen igual limitacion, y solo pueden aprovechar á alguno de estos, de los quales verosimilmente ninguno ha corregido sus costumbres movido de los sanos consejos de la Ilíada, ó Eneyda. El poco efecto de estas instrucciones pende precisamente del carácter de las mismas fábulas y de la índole del corazon humano. Homero, padre y maestro de todas ellas, eligió para las suyas dos asuntos heroycos: los demas á su imitacion han hecho lo mismo, y por tanto sus consejos, sus moralidades y exemplos son generales, serios, aplicados á personas de alta clase, y por lo comun á Príncipes, cuyos defectos por pequeños que sean son muy perjudiciales á la sociedad, y sus resultas trágicas y lastimosas. Por otra parte el corazon humano, naturalmente inclinado á la felicidad, al ocio y á la libertad, oye regularmente con disgusto las reprehensiones generales que le comprehenden, escucha con repugnancia el tono magistral de los consejos serios, mira con despego los sucesos trágicos, y ve con indiferencia los exemplos de la miseria humana en personas de otra esfera y clase distinta: porque se persuade que jamas podrá hallarse en igual situacion, ni peligro. De aquí proviene que la moral de estas fábulas no hace mas que una impresion pasagera en el ánimo de los lectores, la

qual se desvanece y acaba con la misma leccion, sin dexar estampado en su ánimo rastro alguno que pueda contribuir despues á la correccion, ó enmienda general, que sus autores solicitáron.

13 Todo es al contrario en el Quixote. El fin principal de Cervántes fué la correccion de un vicio solo; pero de un vicio arraigado y altamente impreso en el vulgo, que estaba infatuado con el falso pundonor de la caballería andante, y con las perniciosas historias que contenian las extravagantes proezas de sus imaginados Héroes. Para lograr este fin le sugirió su ingenio original un medio nuevo y jamas intentado de otro alguno. Eligió por objeto de su fábula excitar la risa y diversion de los lectores pintándoles en ella un caballero andante tan desvariado y fanático, que sola su idea y su nombre hiciéron ridícula y despreciable aquella caballería tan aplaudida. El vulgo mismo avergonzado de su error derribó el ídolo, luego que le vió tan graciosamente representado al natural.

14 Este medio, hallado por Miguel de Cervántes en la república literaria para corregir los vicios de la civil, es mas llano, mas popular y ménos elevado que el de Homero y sus imitadores; pero por lo mismo es mas fuerte, mas poderoso para contrastar y vencer el carácter y complexîon de la multitud, y mas adequado al temple del corazon humano. Todos los hombres tenemos una secreta propension á la sátira y á la burla, y todos somos tambien naturalmente inclinados á la imitacion y al remedo: asimismo el amor propio, que es la pasion mas dominante y mas profundamente grabada en nuestro corazon, nos fuerza insensiblemente á creernos superiores á los demas de nuestra especie, y consiguientemente á disimular las faltas propias, y á descubrir y notar las agenas. No hay escena alguna en el teatro de la vida donde logre nuestro amor propio mayor complacencia que en la representacion satírica, ó en el remedo burlesco de un vicio, y mucho mas si está contrahido á una determinada persona. En ella encontramos dos gustos, el de ver lo ridículo de los vicios, y el de verlo aplicado á otro sugeto distinto. Esto nos hace estar atentos á la representacion, fixa las gracias y circunstancias de ella en nuestro ánimo, y nos mueve á desviar y apartar léxos de nosotros la ridiculez que en otros nos ha provocado á risa. Igualmente aquellos pocos á quienes el mismo amor propio les permite que se conoz-

can poseidos de aquel vicio, y comprehendidos en la burla y remedo, no solo no se atreven á continuarlo; sino que lo evitan con cuidado, temiendo hacerse objeto de la risa de los demas, y parecer en público como retratos de aquel original. Así por este medio de contrahacer y remedar los defectos como ridículos, y dignos de la risa y desprecio comun, se consigue un deleyte y pasatiempo general, y una correccion aun mas general que el mismo deleyte.

15 Este placer y enseñanza fuéron los efectos que causó el Quixote, purgando con el eléboro de la risa las cabezas tercas y obstinadas, que habian resistido al poder de las leyes civiles, y á las vigorosas y serias impugnaciones de la moral. La experiencia ha manifestado que este específico tan diestramente aplicado por Cervántes, no tiene solo el mérito de la novedad, sino al mismo tiempo una fuerza irresistible á la dolencia, y un gusto naturalmente acomodado al paladar de los enfermos.

16 La union de estas circunstancias en el objeto del Quixote acredita la eleccion de Miguel de Cervántes: pues en fuerza de ella abrió desde luego á su ingenio una senda tan original como la de Homero, y mucho mas acomodada para encaminar por ella á los hombres hácia su utilidad y deleyte: eleccion discreta, oportuna y peculiar de los grandes maestros, que saben dar todo el realce posible á sus obras con una sola pincelada.

ARTÍCULO III.

QUALIDADES DE LA ACCION.

17 De este objeto escogido con tanto acierto deduxo Cervántes la accion de su fábula, que es la locura de Don Quixote: al modo que la de la Ilíada es la ira, ó cólera de Achîles. Aristóteles dice que Homero, así como en las demas cosas fué excelente, tambien conoció lo mejor en la unidad de sus fábulas, porque en la Ilíada y Odisea no finge todas las cosas que sucediéron á Ulíses y Achîles, sino solo aquellas que pueden constituir una sola accion. Del mismo modo Cervántes no fingió toda la vida de Don Quixote, sino únicamente aquella parte de ella relativa á su locura, que es la única accion de la fábula. Por esta razon la comenzó desde el principio de la manía y no desde el nacimiento

de Don Quixote, á semejanza de Homero, que segun la discreta observacion de Horacio, no empezó por la muerte de Meleagro para referir la vuelta de Diomédes, ni tampoco la guerra de Troya desde el nacimiento de Cástor y Pólux. Los que han aplaudido el Gerundio como una obra comparable al Quixote, pueden aplicarle esta y las restantes observaciones, y conocerán quan difícil es quitar la clava de la mano de Hércules.

18 La accion del Quixote tiene tambien las circunstancias de completa, y proporcionada en su duracion. Ya se sabe que una accion se llama íntegra, ó completa quando consta de principio, medio y fin. La Ilíada principia por la cólera de Achîles, continúa con sus efectos, y finaliza con su satisfaccion, é igualmente en la fábula de Cervántes vemos nacer, crecer y acabarse la locura de Don Quixote.

19 La magnitud de la accion, ó la distancia que debe haber entre su principio y su conclusion, es lo que entendemos por duracion. Aristóteles la explica con una agradable metáfora. Qualquiera cosa hermosa que sea compuesta de diversas partes, dice este Filósofo, no solo debe estar bien ordenada, sino ser tambien de una congruente magnitud, pues la hermosura consiste en la proporcion y el órden. Por lo qual así como no puede parecer hermoso un animal demasiadamente pequeño, porque se hace imperceptible á la vista y la confunde, así tampoco podrá parecerlo el que fuere en extremo grande, porque la vista no puede comprehenderle de una vez; ántes bien aquel todo huye y se oculta á la consideracion de los que le contemplan. Este exemplo aplicado á la accion de la fábula manifiesta, que su magnitud y duracion deben arreglarse de modo que exerciten la atencion del lector sin confundirle.

20 Homero es alabado justamente por la sabia economía con que limitó la duracion de la Ilíada á solos quarenta y siete dias, resultando de esta corta duracion la proporcionada magnitud de la fábula, y la facilidad para comprehender toda su accion juntamente con los episodios, máquinas y demas ornamentos poéticos con que la varió y enriqueció. El Quixote, adornado con tanta diversidad de episodios y circunstancias agradables, tiene igual proporcion en la magnitud de su fábula, cuya accion dura solos ciento sesenta y cinco dias.

21 La unidad y competente duracion de la accion son qualida-

des acomodadas á la pereza de nuestro espíritu. La integridad, el interes y verosimilitud de esta misma accion son respectivas á su curiosidad: la integridad, ó complemento de la accion la satisface, y el interes y verosimilitud la excitan y mantienen.

22 El interes nace de dos principios: ó de la naturaleza de la misma accion, ó de los estorbos que se oponen á la empresa del actor. El primero pertenece á la voluntad, porque nos mueve, y el segundo al entendimiento, porque nos divierte y entretiene. Nuestro corazon se interesa mas, y siente mayor emocion, quanto mayor es la relacion que tiene con el actor que se le presenta en la fábula: porque qualquier hombre se complace mas en ver obrar y triunfar á un individuo de su misma especie, de su mismo pais y de su propia religion, que á otro á quien falte qualquiera de estas circunstancias. La accion de la fábula determina la especie de interes dominante en ella respecto á la situacion de los lectores: así el interes de religion es el principal para los christianos en la *Jerusalen* del Taso, el interes de nacion el que mueve mas á los Franceses en la *Henríada*, y el interes de humanidad el que nos ha quedado solamente en la *Ilíada* y *Eneyda*. Este es el mas esencial en qualquiera fábula, porque es el único que subsiste siempre, y que comprehende á todos los individuos de la especie humana. La Ilíada es superior á las demas fábulas en este punto, porque su accion no es una empresa particular respectiva á esta, ó la otra nacion; sino una pasion, una accion sacada del corazon humano, que por consiguiente interesa á todos los hombres en general.

23 El interes de humanidad varía relativamente al objeto de las fábulas. En las heroycas nos interesamos por la admiracion que nos causa la accion de un Héroe á quien favorecen las Deidades, y en las burlescas nos divertimos con la risa á que nos mueve la locura y extravagancia de un actor ridículo: aquella admiracion y esta risa son agradables á todos los hombres, y generales en ellos: consiguientemente la accion ridícula del Quixote interesa á toda la humanidad, como la heroyca de la Ilíada, con la diferencia que la emocion causada por un objeto ridículo es mas natural y permanente, que la que resulta de la admiracion de un asunto heroyco.

24 De esta observacion se infiere que la religion del Héroe se mira con indiferencia en las fábulas burlescas, y que el interes de nacion obra en ellas al contrario que en las heroycas. En estas se

aumenta á proporcion de la mayor inmediacion al Héroe, y en aquellas se disminuye en la misma razon. La accion de Achîles interesaba mas á los Griegos que á los Bárbaros, y mas á los Mirmídones que á los otros Griegos: la de Don Quixote interesó ménos á los Españoles que á los extrangeros, y ménos á los Manchegos que al resto de la nacion. La razon es obvia, porque todos los hombres nos atribuimos parte de la gloria de los que nos pertenecen, y procuramos evitar lo ridículo de ellos que se nos puede atribuir. De aquí nace que las fábulas heroycas son desde luego recibidas con aplauso por todos los nacionales del Héroe, y las burlescas sufren siempre en su misma patria grandes persecuciones de aquellos que se creen retratos del actor original; pero esto mismo cede en aumento del interes de humanidad: porque al fin los opositores se enmiendan, la persecucion calma, y la fábula triunfa, y conserva para siempre el principal mérito de agradar á todos los hombres, despues de haber corregido á algunos. En este caso está ya el Quixote: el interes de nacion y de religion de su Héroe son indiferentes como en la Ilíada, y ambas fábulas agradan por el interes de humanidad que vivirá siempre.

25 El interes de la accion perteneciente al entendimiento es aquel que mueve su curiosidad por medio de los obstáculos opuestos al Héroe. Los humanistas llaman á estos obstáculos nudos, y al medio que sirve para vencerlos, desenlace. De esta circunstancia proviene la diferencia entre las acciones ordinarias de la vida, y las extraordinarias de las fábulas. Aquellas para que sean completas basta que tengan principio, medio y fin: estas para serlo, y para interesar al lector, necesitan que su medio sea un nudo, y su fin el desenlace, ó solucion de aquel nudo. Todo hombre que lee una fábula pone su atencion en la empresa del Héroe, y en los medios de que se vale para conseguirla: los obstáculos, que impiden el logro de esta empresa, incitan á un mismo tiempo el esfuerzo del Héroe para sobrepujarlos, y la curiosidad del lector para ver el efecto que surten, hasta que llegando el fin, ó desenlace de la accion queda el esfuerzo del Héroe triunfante, y la curiosidad del lector satisfecha.

26 Á mas del nudo principal de la accion debe haber en ella otros varios obstáculos ménos considerables, que pongan al Héroe en algun peligro, mantengan la curiosidad del lector, y varien la fábula. La solucion, ó éxîto de estos lances ha de ser de modo que el Hé-

roe quede en salvo, y no en reposo, y la curiosidad del lector contenta, pero no satisfecha.

27 Todo obstáculo, ó nudo es mejor miéntras mas indisoluble parezca, y la solucion lo será tambien á proporcion que fuere mas sencilla y natural, y mejor deducida de la accion.

28 Los obstáculos nacen precisamente de la flaqueza, ó ignorancia del actor. Quando resultan de esta se disuelven con el conocimiento claro de lo que ántes se ignoraba, y quando provienen de flaqueza, se vencen auxîliándola con una fuerza superior. Á la primera solucion llaman, en aquel idioma con que han querido obscurecer las artes, desenlace por *agnicion*, ó *reconocimiento*: y á la segunda por *peripecia*, ó *revolucion*.

29 Como el objeto de la fábula épica consiste en interesar á los hombres admirándolos, es necesario que los obstáculos opuestos al Héroe sean de una dificultad extraordinaria y superior á sus fuerzas, y que los desenlaces provengan del concurso de las Deidades. De este modo se aumenta succesivamente la admiracion, se enlaza lo maravilloso con lo heroyco, y lo extraordinario del nudo con la naturalidad y verosimilitud de la solucion.

30 Del objeto de la fábula burlesca se origina que su accion conste de una infinidad de nudos y desenlaces que presentan á la curiosidad é inconstancia de nuestro espíritu un incentivo continuo, y un espectáculo agradable por su variedad. La accion de un Héroe es una empresa dirigida con eleccion y conocimiento hácia un cierto fin: todos los medios de que se vale para lograrle van gobernados por la prudencia, y encadenados recíprocamente: al contrario un actor ridículo se propone un fin disparatado, é incapaz de lograrse por ningun medio, y los que pone en práctica son extravagantes, desvariados, inconexôs entre sí, y con el objeto de sus ideas. Tambien un Héroe encuentra obstáculos efectivos propios de su accion, ó dispuestos por una causa superior para impedirla, y los supera realmente con sus esfuerzos, ó con el auxîlio de otra causa mas poderosa; pero el actor ridículo solo, y abandonado á su locura, ni tiene quien determinada y constantemente se le oponga, ni ménos halla en sí recurso para remover los estorbos que se le presenten: por lo que toda su accion es una serie de sucesos casuales, vagos, é indeterminados. Cada uno de ellos es un óbstáculo accidental, que se disuelve tambien casualmente: y el conjunto de todos compone el nudo

principal de la accion, que consiste en el aumento de la extravagancia del actor, y no tiene otro modo mas natural de desatarse que el fin y la conclusion de aquella extravagancia.

31 La Ilíada es excelente en el enlace de lo maravilloso y heroyco, de cuya union resulta que los obstáculos sean extraordinarios y difíciles, y su solucion verosímil. Achîles para satisfacer su cólera encuentra un estorbo invencible en la suprema autoridad de Agamenon. Aquel Héroe, el mas valeroso del exército, estaba justamente ofendido, y era ademas hijo de una Diosa: por consiguiente tenia á favor suyo la justicia de su causa, la proteccion de su madre, y el interes de todas las Deidades amigas de los Griegos, con cuyo auxîlio triunfó al fin de Agamenon, y quedó satisfecho. De todas estas circunstancias compuso Homero el admirable dechado de su fábula, donde están entretexidos con singular destreza y profusion lo maravilloso con lo extraordinario, y uno y otro con lo verosímil: pues no hay cosa mas creible para los hombres que ver los obstáculos, insuperables en su concepto, vencidos por el concurso, ó disposicion de la Divinidad.

32 Cervántes merece igual alabanza por la discrecion con que supo manejar lo ridículo haciéndolo verosímil, y sacándolo de varios objetos donde solo su ingenio podia encontrarlo. Como la accion de su fábula es la manía de Don Quixote por resucitar la caballería andante, era preciso que este Héroe saliese á campaña. Los caballeros andantes encontraban á cada paso una aventura, y el todo de estas aventuras era el asunto de las historias que Cervántes queria desterrar, y Don Quixote intentaba imitar: así el fin del autor y del Héroe requerian que su accion fuese un texido continuo de aventuras procedidas todas de la locura del actor, y unidas con ella. Esta es la causa por que el Quixote entretiene á los hombres mas agradablemente, que las fábulas heroycas, y porque tambien los obstáculos de su accion son tan extraordinarios, y su éxîto tan nuevo y natural. En la fábula épica ve el lector todos los acontecimientos como fuéron en sí, y como los vió el Héroe, de suerte que la relacion de ellos le presenta, quando los lee, el propio espectáculo que tuvo el Héroe quando sucediéron. Por otra parte la naturaleza misma de la accion pone desde luego presentes al entendimiento del lector los estorbos que pueden resultar de ella: y la relacion del Héroe con las Deidades le manifiesta las causas sobre-

naturales que es regular concurran á impedirla, ó facilitarla: por lo qual quando el Héroe se ve en algun peligro natural, ó dispuesto por alguna Deidad enemiga, el lector espera que el valor y prudencia del Héroe, ó el auxîlio de los Dioses que le favorecen, le sacarán salvo de aquel peligro, y este anticipado conocimiento quita parte de la novedad á los sucesos, y disminuye la curiosidad previniéndola.

33 No sucede así en la fábula de Cervántes: cada aventura tiene dos aspectos muy distintos respecto al Héroe y al lector. Este no ve mas que un suceso casual y ordinario en lo que para Don Quixote es una cosa rara y extraordinaria, que su imaginacion le pinta con todos los colores de su locura, valiéndose de la semejanza, ó alusion de las mas mínimas circunstancias para transformar los molinos de viento en gigantes, la bacía del barbero en yelmo de Mambrino, y los títeres en ginetes moriscos. El lector siente un secreto placer en ver primero estos objetos como son en sí, y contemplar despues el extraordinario modo con que los aprehende Don Quixote, y los graciosos disfraces con que los viste su fantasía. Este placer es una de aquellas gracias privativas del Quixote, que no pueden tener las fábulas heroycas.

34 Ántes que se disipe la complacencia que resulta de estos dos aspectos de las aventuras tiene el lector otro espectáculo igualmente curioso en el enredo y éxîto de las mismas. Como la dificultad verdadera de estas pende de su naturaleza, y la que tienen respecto á Don Quixote procede de su aprehension y locura, el lector, aunque conoce clara y distintamente la facilidad, ó dificultad de estos nudos, no puede graduar como los estrechará el antojo de Don Quixote, ni ménos conjeturar qual será su éxîto, porque uno y otro han de ser efectos del capricho de un loco, ó de la casualidad, que no guardan reglas fixas. Esta indecision aumenta su curiosidad, y contribuye á que sienta una agradable sorpresa viendo el extravagante y singular modo con que Don Quixote aumenta la dificultad de las aventuras mas asequibles, y se representa como fáciles las que son en realidad insuperables. El éxîto, ó solucion de estas aventuras es igualmente natural é imprevisto. Rara vez sale bien Don Quixote de sus empresas, y quando sucede así, es por un efecto de la casualidad; pero en su concepto siempre queda victorioso, porque la felicidad casual la atribuye á su propio valor, y la infelicidad verdadera á

la casualidad, á la fuerza superior de un encantador enemigo, ó bien á otras disculpas propias de su locura, con las que cada vez se confirma mas en ella. Así en cada aventura hay por lo regular dos obstáculos y dos éxîtos, uno efectivo en la realidad, y otro aparente en la aprehension de Don Quixote, y ámbos naturales, deducidos de la accion, y verosímiles, sin embargo de ser opuestos: porque el lector no compara las dificultades y soluciones aprehendidas por Don Quixote con las verdaderas; sino con la manía de este Héroe, que es preciso se las represente al reves de lo que son: de que procede que los mismos hechos que en las Historias de Amadis, Belianis, y demas Caballeros andantes son enfadosos é increibles, son al contrario verosímiles y agradables en el Quixote, porque en este se presentan como una apariencia de su loca imaginacion, y en aquellas como sucesos reales y efectivos.

35 Si se reflexîona el destino que tienen los obstáculos y desenlaces en las fábulas, se conocerá que el tener dos éxîtos las aventuras de Don Quixote es una de las circunstancias que acreditan mas el ingenio y juicio con que Cervántes dispuso los nudos y soluciones de su fábula respecto al objeto de ella y al carácter de su Héroe. Los obstáculos deben estrechar el nudo de la accion en qualquiera fábula, para poner al Héroe en precision de obrar y darse á conocer: por consiguiente la solucion debe ser tal, que el Héroe se confirme en su designio, y continúe en él segun corresponde al objeto de la fábula. Conforme á este principio está siempre en peligro el Héroe en las fábulas épicas, y sale siempre victorioso, porque de esta suerte los obstáculos impiden y hacen difícil su accion, y al mismo tiempo el éxîto feliz de ellos le confirma en su designio, le anima á continuar en él, y nos le representa admirable, que es el objeto de estas fábulas. En las burlescas, cuyo objeto es movernos á risa, ha de quedar siempre el actor principal malparado, ó ridículo á los ojos de los lectores para divertirlos, y venturoso y feliz en su concepto para confirmarle en su extravagancia, y darle motivo á que la siga: pues un loco, que efectivamente fuese valeroso y afortunado, seria mas bien odioso é importuno que agradable y divertido, como al contrario si él mismo conociese que siempre era desventurado y cobarde, al fin escarmentaria de su locura, y no seria verosímil que la con-

tinuase. Este es el mérito principal de Cervántes: aquellos hechos que vistos como son en sí hacen ridículo y digno de risa á Don Quixote, aquellos mismos mirados con el lente de la locura de este Héroe, le representan como un caballero valiente y afortunado. Sola la discrecion de este autor podia haber descubierto un medio tan ingenioso para que las aventuras de Don Quixote ridiculizasen su accion en la realidad, y la hiciesen plausible en su imaginacion.

36 De aquí se sigue por una conseqüencia natural, que el nudo principal de una accion ridícula debe tener tambien estos dos aspectos relativos á los lectores y al Héroe, y ha de proceder de la locura del mismo Héroe, y no de otra causa extraña. La propiedad esencial del nudo de qualquiera fábula es tener siempre al Héroe en precision de obrar segun su carácter, y mover la curiosidad del lector conforme al objeto de la fábula. En las heroycas una causa superior y opuesta al Héroe le fuerza á luchar continuamente con ella hasta sobrepujarla, con lo que manifiesta su heroycidad, y excita la admiracion de los lectores. En las burlescas la misma extravagancia del actor le precisa á continuar constantemente en su locura, y á dar que reir á los demas con ella. Si el nudo de la manía de Don Quixote procediese de una fuerza extraña, si era superior, acabaria luego con el esfuerzo del actor, y si fuese inferior, seria destruida al punto por él, y en uno y otro caso se cortaria la accion en los principios por faltarle un obstáculo permanente que la sostuviese.

37 Del mismo principio se deduce que la revolucion, ó mudanza de fortuna, y el reconocimiento, ó nocion clara de lo que ántes se ignoraba, deben causar en la fábula burlesca una solucion, ó éxîto inverso del que producen en la heroyca: é igualmente que las infelicidades en que caiga el actor ridículo han de ser burlescas y no graves. Una pedrada, ó una caida son males leves que mueven á risa: una herida, ó golpe mortal seria un objeto de compasion, mas bien que de alegría. Esta razon convence que el desenlace principal de la accion debe ser feliz como en la epopeya, porque en esta se representa al Héroe admirable, como en el Quixote ridículo, y si acabasen con desgracia, serian mas dignos de piedad que de admiracion, ó de risa. Qualquiera que lea con atencion á Cervántes conocerá la destreza con que se valió para

perfeccionar la accion de su fábula de estas observaciones, y de otras muchas que es forzoso omitir en este discurso.

38 El nudo principal se desata naturalmente con la conclusion de la locura del Héroe. Don Quixote vencido como caballero andante, dió palabra de no continuar en aquel exercicio: así concluyó su locura por un efecto de la misma locura, que le precisaba á cumplir su promesa infaliblemente, y ademas quedó en reposo y consiguientemente feliz en la realidad, aunque no en su aprehension. Los críticos que convienen en que el desenlace mejor es aquel que fuere mas natural, sencillo, inesperado y deducido de la misma accion, tendrán precision de confesar que la solucion del Quixote es de las mas perfectas que ha producido el ingenio de los hombres.

39 No es mas estimable esta obra por el interes con que su accion mueve y satisface nuestra curiosidad, que por la agradable variedad con que sus episodios entretienen nuestra inconstancia. El destino de estos es servir de descanso á los lectores presentándoles otros objetos distintos de la accion principal en estas acciones subalternas, las quales deben estar enlazadas con ella para conservar la unidad, tratar asuntos diversos entre sí para multiplicar la variedad: ser mas, ó ménos dilatadas á proporcion de su relacion con el objeto de la fábula, y tener, si es posible, su nudo y solucion particular. Aristóteles establece como regla precisa, que las fábulas épicas deban extenderse y dilatarse con muchos episodios, y por esta causa dice que Homero en la Ilíada se muestra divino sobre todos los demas poetas, pues habiendo elegido una accion de proporcionada magnitud, no quiso ceñirse á sola ella, sino interponer en su narracion muchos episodios, con los quales hace su fábula riquísima y llena de variedad.

40 Si fuera lícito hacer enumeracion de los episodios del Quixote, se manifestaria claramente el ingenio de Cervántes, la fecundidad de su imaginacion, y la puntualidad con que observó todas las reglas del arte. El que leyere atentamente esta fábula, observará con una secreta admiracion que la mayor parte de sus episodios, á mas de ser deducidos naturalmente de la accion, y estar enlazados con ella, influyen tambien en su continuacion, y preparan diestramente los sucesos posteriores. Tal es el escrutinio de la librería de Don Quixote, cuyo objeto es hacer crítica y jui-

cio de los libros de caballería (1.37). Este episodio tan estrechamente unido con el objeto de la fábula, y tan divertido para los lectores por la revista que pasan ante ellos todas las historias caballerescas, parece á primera vista contrario á la continuacion de la fábula, porque con la quema, ó reclusion de estas historias, y la ocultacion del aposento que servia de librería, se le quitaba á Don Quixote la causa y principal fomento de su locura; pero en esto mismo es donde se mostró mas la discrecion de Cervántes. Como para satisfacer á Don Quixote quando buscase sus libros era forzoso darle una disculpa que le aquietase, y ninguna podia quadrarle si no tenia alusion con su manía, supusiéron que un encantador se habia llevado los libros y el aposento, y esta respuesta, que al parecer debia sosegarle y curarle poco á poco, borrándole las ideas que no podia renovar con la leccion, fué la que inflamó mas su extravagancia, y atizó el fuego de su locura. Persuadióse desde luego que respecto á que tenia un encantador por enemigo declarado, era sin duda ya tan famoso caballero andante como aquellos, que se habia propuesto por modelo, en cuyas historias representaban el primer papel los encantadores, y de esto deduxo todas las conseqüencias que podian confirmarle en su necia resolucion, como lo manifestó despues, atribuyendo las desgracias, que eran efectos de su locura, á la ojeriza de este sabio enemigo. Aquí se ve claramente que la solucion de este episodio surtió un efecto contrario al que se habian propuesto los autores de ella, y animó á Don Quixote para continuar su accion en vez de impedírsela. El célebre Pedro Daniel Huet, que cuenta á Cervántes entre los mas aventajados ingenios de España, le elogia con razon por la aguda y prudentísima censura que hace de los libros de caballería en este episodio; pero aun es mucho mas digno de alabanza por la oportunidad de su solucion, que por todas las otras apreciables qualidades, que concurren en él: y la circunstancia de ser el primero, que la casualidad presenta en la fábula de Cervántes, puede servir de prueba para conocer el mérito que generalmente tienen los demas, con que está entretexida y variada.

41 Ninguna cosa contribuye mas á hacer agradable esta variedad que la contraposicion, porque hace mudar enteramente de objeto á los lectores, representándoles á continuacion de una escena triste otra alegre, y mostrándoles el espectáculo de unos jue-

gos marciales despues de la pintura de una Corte espléndida y deliciosa. Pero este modo de diversificar los episodios, dándoles objetos de especies distintas, ú opuestas entre sí, no es tan delicado, ni tan singular como quando son de una misma especie, y su variedad nace de la diferente graduacion que tienen dentro de aquella especie. Mas alabanza merece Homero por el arte con que supo diferenciar el carácter de Achíles, Héctor, Diomédes, Áyax, Telamon y Patroclo, todos valerosos, y todos de distinta graduacion en el valor, que si les hubiera dado caractéres de especies diversas, ó contrarias. En este caso está Cervántes: los episodios del Quixote, que son distintos en su especie, son muy agradables por la variedad respectiva con que divierten á los lectores, desviando su atencion de la locura de Don Quixote; pero lo son con mucha mas particularidad aquellos que tienen por objeto comun el amor, y manifiestan á los lectores por grados y succesivamente todas las figuras y disfraces con que se apodera de nosotros esta pasion tan propia de nuestra naturaleza, y tan agradable y general en la flaqueza humana. Si se lee la fábula de Cervántes con reflexîon y conocimiento, se verá retratado al natural el amor en todas sus posiciones y actitudes: el trágico é infeliz en el episodio de Grisóstomo (I.83), el precipitado y mudable en las historias de Cardenio (II.31) y Dorotea (II.96), el ingenuo y pueril en el suceso de Clara (II.309), el falso y engañoso en el casamiento de Leandra (II.391), el constante y resuelto en el lance de Quiteria y Basilio (III.181), el fingido y burlesco en la pasion de Altisidora (IV.81,309), y el ligero y poco decoroso en la aventura de la Dueña Rodriguez (IV.112). Estos episodios son excelentes por el discreto modo con que muestran á los hombres todos los embelesos, y todos los peligros de esta dulce y venenosa pasion. La relacion de los sucesos mueve nuestro corazon con el estímulo mas sensible del amor, y el éxîto de cada uno presenta á nuestro entendimiento el consejo mas prudente que se le podia dar en igual situacion. No son seguramente tan útiles los tratados filosóficos en que nos dan á conocer la naturaleza de esta pasion por medio de ideas abstractas, y sutilezas refinadas, que se evaporan y disipan al momento: la leccion de Cervántes animada con exemplos prácticos, y determinada á personas fixas, es mas permanente, agradable y provechosa.

42 La duracion de estos episodios es muy proporcionada á la conexîon que tienen con la fábula, y así el de Cardenio y Dorotea es el mas dilatado, porque contribuye á la continuacion de la fábula, y al fingido encanto (II.92) de Don Quixote con la graciosísima suposicion del Reyno de Dorotea. Cervántes graduó con mucha destreza la extension de los episodios, y si dormitó como Homero alguna vez, supo igualmente que él recompensar un pequeño descuido con grandes aciertos.

43 Entre las maravillosas ocurrencias del poeta griego una de las mas singulares es la que tuvo en la eleccion del asunto de algunos episodios, que por lo vario, agradable, ó extraordinario de su objeto son la admiracion de todos los hombres, y han sido y serán imitados por todos los poetas épicos. La copia de los juegos fúnebres de Patroclo se ve en el certámen, que celebró Enéas en Sicilia por el aniversario de Anchíses, y en los combates con que ganó Telémaco el cetro de Creta: Calipso y Circe están retratadas en Dido, y en la misma Calipso: y finalmente la baxada de Ulíses al infierno fué tambien imitada por Virgilio en la Eneyda, y por Fenelon en el Telémaco. Cervántes supo enriquecer su fábula con tres episodios igualmente admirables que los de Homero, y en esta parte el fabulista español no es inferior al poeta griego, ni en la variedad de los objetos, ni en lo extraordinario y nuevo de los asuntos, ni en las demas qualidades, que son causa de la celebridad de aquellos episodios de la Ilíada y Odisea.

44 En las bodas del rico Camacho (III.168) tienen los lectores un equivalente á los juegos y certámenes de las fábulas épicas. En él se describen las parejas que corriéron los labradores, y las danzas de los zagales, de las doncellas y de las Nínfas, todas diversas por los adornos, y muy agradables por el artificio de unas, por la discreta alegoría de otras, y por la propiedad de todas. La relacion del sitio, del aparato y acompañamiento de las bodas es en extremo amena, natural y divertida. El nudo de este episodio excita la curiosidad del lector, y su inesperada y agudísima solucion es admirable: de modo que atendido el objeto popular del Quixote, era imposible encontrar teatro mas adequado para representar unos juegos, ni juegos mejor proporcionados y correspondientes á aquel objeto.

45 La morada de Don Quixote en casa de los Duques, corresponde perfectamente á la detencion de Enéas en Cartago (III.262). Es

muy digna de atencion la idea con que Cervántes introduxo este episodio para representar en él todas las aventuras extraordinarias y maravillosas, que no podian suceder verosímilmente á Don Quixote sin el auxîlio del poder y habilidad de un Príncipe que se las proporcionase. En este episodio se presenta á los lectores la pintura de una montería semejante á la de Enéas y Dido (iv.2); pero mucho mas variada por las máquinas y aparato con que despues de ella y en el silencio de la noche se celebró la magnífica y noble aventura del desencanto de Dulcinea. El extraño suceso de la Trifaldi (iv.23), y su continuacion son tambien un espectáculo tan divertido como la relacion del saco de Troya: la aparicion del Clavileño alígero (iv.47) no es ménos oportuna, ni agradable que la descripcion del Paladion troyano, y los amores de Altisidora (iv.81) son comparables en su linea con la pasion de Dido.

46 Aunque los mencionados episodios son extraordinarios y raros, con todo no parecen tan singulares como el de la cueva de Montesínos (iii.193), adonde fingió Cervántes haber baxado Don Quixote, al modo que los Héroes de la Mitología descendiéron al infierno. El nombre de esta cueva, tomado de un caballero andante, hace mas natural y verosímil este episodio, que los sueños en que se fundan los de la Eneyda y Telémaco. Cervántes unió en él toda la singularidad de que era capaz su asunto, con toda la gracia y ridiculez propias de su objeto, y de la locura de Don Quixote. Primero se ve á este Héroe abriéndose camino con la espada, y derribando las malezas que estorbaban la entrada de la cueva: y tambien se ve salir de entre su espesura una multitud de aves nocturnas, negras y agoreras. Despues sigue la relacion del mismo Don Quixote, en que encadena y ata con la historia de Montesínos todas las extravagancias de su imaginacion y de la caballería andante, como si efectivamente las hubiese visto en los senos de aquella caverna. De aquí tomó ocasion Cervántes para fingir que en ella estaban encantados el caballero Montesínos, su escudero Guadiana, la Dueña Ruydera, sus siete hijas, y sus dos sobrinas: dando así á las antigüedades de la Mancha, un orígen fabuloso, y acomodado al carácter de Don Quixote, al modo que Virgilio se valió de la baxada de Enéas al infierno para describir la descendencia de este Héroe y la grandeza Romana. La aparicion de Dulcinea encantada en aquella cueva no es ménos oportuna que el encuentro de Enéas con

Dido en la selva infernal, y no solamente enlaza este supuesto encanto con los anteriores sucesos, sino que abre un camino natural al Héroe para continuar su extravagante empeño de desencantarla. En fin, si se considera la delicada union de lo extraordinario, lo ridículo y lo verosímil en este episodio, se conocerá el ingenio, el arte y la fecundidad prodigiosa de su autor.

47 Una de las mas sabias reglas de Aristóteles para las fábulas épicas es, que abunden en sucesos probables y extraordinarios. Esta observacion aplicada á los referidos episodios, no dexa que objetar á los críticos mas severos y ceñudos. Verdad es que los episodios del Quixote no son, absolutamente hablando, tan magníficos y extraordinarios como los de las epopeyas; pero lo son respectivamente á la naturaleza de aquella fábula, y tienen tanto mérito en ella como los de Homero. Cervántes hubiera podido á poca costa vestir su fábula con episodios del todo heroycos y maravillosos; pero estos retazos de púrpura la hubieran afeado en vez de adornarla. El punto de la dificultad consiste en hermosear la ficcion con lo extraordinario hasta la linea señalada por lo verosímil, la qual jamas perdió de vista Cervántes en la accion de su Quixote.

48 Esta tiene la singularidad de haber sido sacada toda de la imaginacion de Cervántes. Homero es original; pero las acciones de sus Héroes, y la intervencion de sus Deidades, las encontró en la tradicion y en la Mitología Griega que le sirviéron de norte para acomodar los sucesos de sus fábulas al gusto de aquellos lectores: lo que manifiesta, que así como los defectos que ahora notamos en ellas no deben imputarse á Homero, sino á las ideas y costumbres de su tiempo, del mismo modo muchos de sus aciertos serian efecto de estas ideas, mas bien que de su ingenio. Homero tomó lo maravilloso de sus obras de la boca de los Griegos, y Cervántes lo ridículo de su fábula de las manos de la naturaleza: de ella sola sacó la accion del Quixote, que pulió despues con el arte y la lima hasta ponerla en estado de entretener, interesar y complacer á todos los hombres.

ARTÍCULO IV.

CARACTÉRES DE LOS PERSONAGES DE ESTA FÁBULA.

49 Para que la accion de una fábula sea correspondiente al objeto de ella, no basta que tenga en sí todas las qualidades, que se

han manifestado en la del Quixote: es forzoso tambien que determine los personages y se enlace con ellos, porque todo el interes y verosimilitud de la accion pende de que sus actores sean proporcionados y conformes á ella. Por esta razon despues de haber exâminado la accion del Quixote, se sigue naturalmente la consideracion del carácter, y costumbres de este Héroe y demas personages que le acompañan.

50 El carácter no es otra cosa que aquella disposicion natural que nos inclina á obrar siempre de un determinado modo, la qual influye en nuestras operaciones, y se fortifica y da á conocer por medio de ellas: de suerte que el carácter es propiamente lo que llamamos genio, y la repeticion de actos conformes á este genio equivale á lo que se llama costumbres.

51 Estas en sentir de Aristóteles deben ser buenas, convenientes y constantes. La bondad no ha de ser moral, sino respectiva á la idea que nos den del personage la fama, la Historia y la Mitología, ó bien el mismo autor de la fábula quando su Héroe es ideal, como sucedió á Cervántes: por lo que representando á Enéas piadoso, furioso á Achíles, y loco á Don Quixote, sus costumbres son buenas con esta bondad respectiva.

52 La conveniencia, ó decoro de las costumbres es tambien relativa á la edad, al sexô y á la clase, ó gerarquía del personage. Si á un niño, á una muger, ó á un simple soldado, se les atribuyesen las costumbres de un Príncipe adulto y belicoso, no serian convenientes, ni guardarian el decoro. Esta conveniencia en los Héroes conocidos por la Historia, ó la Mitología, se llama semejanza, porque los pinta conformes á su fama. Aristóteles la nombró tambien como circunstancia precisa de las costumbres, en atencion á que los actores de la tragedia y epopeya, de que trataba, debian ser conocidos por fama.

53 La última qualidad de las costumbres es la constancia, que consiste en que no desmienta el actor su carácter con sus operaciones, las quales deben dar siempre indicios de su genio y de su condicion, á ménos que no concurra alguna causa poderosa y suficiente para que obre de distinto modo.

54 Los personages de una fábula, que sean dependientes del Héroe, tengan diversos caractéres, y los tengan arreglados á estas leyes, serán proporcionados á su accion, y presentarán á la ima-

ginacion el interes , unidad y variedad precisas para dar gusto.

55 Las fábulas narrativas deben esmerarse en la pintura y expresion de las costumbres, para que su continua consideracion imprima en nuestro ánimo los exemplos que resultan de ellas. Por esta razon la magnitud y duracion de estas fábulas es mayor que la de las dramáticas, porque la relacion de una accion es naturalmente mas débil y ménos activa que su representacion. Si la cólera de Achíles, ó la locura de Don Quixote se executasen en el teatro , no necesitarian manifestar los hábitos de estos Héroes tan difusamente como se hace en la Ilíada y en el Quixote.

56 Homero excedió á todos los poetas épicos en la muchedumbre y variedad de sus caractéres. Cada Deidad, cada Héroe de la Ilíada representa un papel tan propio y peculiar suyo , que es imposible confundirle, ó equivocarle con otro : hasta los Héroes, cuya principal qualidad es el valor, tienen un cierto distintivo que los caracteriza , como ya se ha notado. Los caractéres de Nestor, Príamo y Héctor son excelentes ; pero descuella sobre todos el de Achíles, el qual causa temor y respeto á todos los hombres, y es el objeto del cuidado , ó del rezelo de todas las Deidades.

57 Para no perderse en el laberinto de estos caractéres se guió Homero por el hilo de la Historia y de la Teogonía, que le presentaban el modelo de las costumbres de los Dioses y de los Héroes. Cervántes fué el inventor de sus caractéres como de su accion, y así la gloria de sus aciertos le pertenece toda, sin que nadie pueda pretender una mínima parte de ella.

58 La mayor dificultad que tuvo que vencer Cervántes fué la escasez de personages á que le reducia su accion, la qual le imposibilitaba variar los caractéres para evitar el fastidio de la uniformidad. El Héroe de la fábula épica ha de tener forzosamente muchos que le acompañen y ayuden por causa de su gerarquía, por la naturaleza de su accion, ó por la disposicion de las Deidades; pero la fábula de Cervántes le limitaba á dos personages solos en la mayor parte de su accion. Restablecer la caballería andante imitándola, no requeria otra cosa que un caballero que obrase, y un escudero que le sirviese: otro qualquiera unido constantemente con ellos, hubiera sido impertinente é inverosímil. Las aventuras relativas á esta accion debian tambien buscarse en la soledad de los campos, y esta circunstancia ponia igualmente á Cervan-

tes en la necesidad de manejarla con estos dos únicos personages.

59 Entre todos los poetas épicos solo Mílton tuvo que vencer una dificultad semejante. El género humano se componia al tiempo de la accion del Paraiso perdido de solos Adan y Eva; pero la misma conseqüencia de la accion multiplicaba sus caractéres, representándolos primero como dechados de perfeccion en el estado de la inocencia, y despues como exemplos de la infelicidad y miseria en el del pecado, y por esta razon el poeta ingles encontró naturalmente en su accion el recurso de quatro caractéres en solas dos personas.

60 Este medio que Mílton debió á su asunto, le buscó mucho tiempo ántes Miguel de Cervántes, y le halló dentro de su imaginacion. Don Quixote es un hidalgo naturalmente discreto, racional, é instruido, y que obra y habla como tal; ménos quando se trata de la caballería andante. Sancho es un labrador interesado, pero ladino por naturaleza, y sencillo por su crianza y su condicion. De suerte que estos dos personages tienen un carácter duplicado, el qual varía el diálogo y la fábula, y entretiene gustosamente al lector, representándole á Don Quixote unas veces discreto, otras loco, y manifestando succesivamente á Sancho como ingenuo y como malicioso. Estos caractéres jamas se desmienten. Don Quixote dentro de su misma locura conserva las vislumbres de su discrecion, y en los asuntos indiferentes siempre toma el hilo del discurso desde su manía, ó va al fin á parar en ella.

61 No es posible leer con reflexîon el Quixote sin conocer esta agradable variedad que reyna en el carácter del Héroe. La pintura que Don Quixote hace de los dos rebaños que le parecian exércitos (I.145), y el coloquio en que cuenta muy por menor á Sancho todo lo que habia de sucederles quando se presentasen en la Corte de un Monarca (I.188), son asuntos propios de su locura; pero están referidos con mucha discrecion. Los razonamientos sobre la edad dorada (I.77), sobre la preferencia de las armas respecto á las letras (II.239), y sobre las vicisitudes de las familias y linages (III.48), aunque discretísimos é indiferentes en sí mismos, están no obstante enlazados con la locura de Don Quixote, la qual es el orígen de unos, y el paradero de otros. Estos exemplos manifiestan que Cervántes observó el decoro y constancia de las costumbres propias del carácter que habia dado á su Héroe.

62 Los dos aspectos de este carácter producen otro efecto tan eficaz como la variedad para sujetar gustosamente la atencion de los lectores. El Héroe de qualquiera fábula debe ser amable, á fin que el lector se interese en su accion, y le siga en ella. Si la locura de Don Quixote fuera continua, y sin ningun intervalo, seria por precision fastidiosa, ó intolerable; al contrario su racionalidad y buenas partidas le hacen amable, aun quando obra como loco, y no habrá ningun lector que se canse, ó enoje de ver sus operaciones, ó escuchar sus discursos.

63 Sancho procede siempre segun le inclina el interes. Quando le parecia tenerle seguro, creia con el mayor candor del mundo todos los disparates de su amo, le obedecia ciegamente, y le servia con la mayor voluntad; pero en las ocasiones en que imaginaba que no sacaria fruto alguno de aquellas correrías, se disgustaba con él, le replicaba, sentia todas las incomodidades de la vida andante: y el dolor de perder aquel interes que esperaba, le hacia agudo y malicioso. Para conocer que el verdadero carácter de Sancho es este, basta ver sus costumbres en toda la fábula, y señaladamente en el suceso de la Princesa menesterosa (II.115) y en el desencanto de Dulcinea (IV.17,315). Todas las acciones y palabras de Sancho en estas dos aventuras prueban que su qualidad principal era el interes, y que este unas veces le adormecia en su sencillez, otras dispertaba su malicia, y algunas le hacia intrépido y determinado á pesar de su natural cobardía.

64 Con este conocimiento manejó Cervántes de tal modo los sucesos de la fábula respecto á Sancho, que siempre le tiene suspenso con alguna esperanza, ó cebado con algun interes, como por exemplo, con los escudos de Sierra Morena (II.18,III.37), los del Duque (IV.197), la paga del desencanto de Dulcinea (IV.315), y el Gobierno de la Ínsula (I.49,III.101). Con el propio fin hace que Sancho desprecie la honra de comer al lado de su amo, pidiéndole la conmute en otra cosa de mas provecho y comodidad (I.76), y con el mismo finge tambien que salió de la venta contento y alegre por haberse excusado de pagar la posada á costa del manteamiento (I.142): en lo que palpablemente se ve que el carácter de Sancho no es ser simple, ni agudo, animoso, ó cobarde, sino ser interesado, y serlo de modo que el interes le hace parecer baxo distintas formas, segun el conato que necesita emplear para conseguirle. Los que han

objetado á Cervántes que no guardó conseqüencia en las costumbres de Sancho, no penetráron la idea de este autor, ni el arte con que supo variar los caractéres, sin faltar á su igualdad.

65 Si este interes tan arraigado en el corazon de Sancho procediera de un principio vicioso, seria poco amable su carácter, y nada á propósito para divertir á los lectores. Cervántes tuvo tambien presente esta circunstancia. El Morisco Ricote, extrañado de España con los demas de su secta, volvió disfrazado, á fin de desenterrar su tesoro y llevársele. Confió este secreto á Sancho, ofreciéndole doscientos escudos porque le auxîliara, á tiempo que acababa de perder el Gobierno, y con él la esperanza de enriquecerse, y sin embargo Sancho como buen vasallo, despreció el interes por no desobedecer á su Rey, y como honrado aseguró voluntariamente al Morisco que no le delataria (IV.178). Esta observacion prueba que el interes de Sancho no procedia de una codicia desenfrenada, sino solo del terco anhelo de tener con que sustentarse, adquiriéndolo por medios lícitos en su dictámen.

66 Las gracias de este escudero son urbanas, nativas, é inimitables, y se encuentran en todas sus acciones y discursos. Sus soliloquios son saladísimos, particularmente el que hace entrando en cuentas consigo para hallar el medio de engañar á Don Quixote, sin volver al Toboso en busca de Dulcinea (III.76). Este es original y comparable en su linea á los monólogos de Juno en la Eneyda. El aplauso general de los sabios es infalible prueba del mérito de Cervántes en esta parte, y los que leyeren los donayres de Sancho sin emocion y complacencia no deben atribuirlo á defecto del autor, sino á su mal gusto, ó á la torpeza de su comprehension.

67 Una de las circunstancias, que manifiestan mejor el decoro, é igualdad de las costumbres de Don Quixote y Sancho, es la facilidad con que se conoce quando obran, ó hablan estos dos personages, sin otro indicio que la conveniencia de sus operaciones, y la propiedad de sus discursos: circunstancia que tambien se encuentra respectivamente en los demas interlocutores de la fábula.

68 En ellos varió y multiplicó Cervántes los caractéres con una profusion admirable; pero enlazándolos con la accion de modo, que casi todos son precisos, é indispensables para su continuacion, y todos dependen del Héroe. Nada se hace en esta fábula

que no sea por respeto suyo, y no tiene en ella menor papel, que Achíles en la Ilíada.

69 Las personas que intervienen casualmente en la accion, se presentan en dos posiciones diversas, una verdadera, y otra aprehendida por Don Quixote, y el lector ve los graciosos arranques de la fantasía de este Héroe, y goza tambien de la sorpresa y novedad que su no esperada locura causa en los demas interlocutores. Las costumbres de cada uno de ellos, aun de los que hacen papel solo de paso en la fábula, son tan convenientes á su carácter, y este tan propio de su condicion, que mas parecen retratos al natural, que pinturas sacadas de la imaginacion de Cervántes. Los Barberos, los Quadrilleros, los Bandoleros, el Ventero, Maritórnes, Maese Pedro, en una palabra todos los personages son unos papeles excelentes, y tan bien representados como si su autor los hubiera estado observando con el mayor cuidado para copiarlos. Sobre todo son notables los pastores y los enamorados, porque sus caractéres están discretamente variados, no obstante que son de una misma especie.

70 Aquellos interlocutores, que concurren determinada y personalmente á la accion, tienen dos caractéres distintos, uno propio de su verdadera situacion, y otro relativo á la que fingen para con Don Quixote, y en este último caso tienen tambien para los lectores dos aspectos como los demas que entran solo por casualidad en las aventuras. Tales son la Princesa Dorotea (II.115), el Caballero de los Espejos (III.115), la Condesa Trifaldi (IV.29), y los demas personages de estas aventuras, de la del desencanto de Dulcinea (IV.6), y de la resurreccion de Altisidora (IV.299). Pero principalmente es digna de notarse la variedad de actitudes en que se presenta Dorotea. Quando Cervántes la pinta como es en sí, enamorada, prófuga, inconsolable, é infeliz (II.96), causa su desdicha una emocion tan grande como la complacencia, que resulta despues de la mudanza de su fortuna, y del feliz éxîto de sus amores (II.224): quando la representa como una Princesa, que viene á buscar auxîlio en los brazos de Don Quixote para subir al Trono de su Reyno (II.117), es singular el placer que causa la propiedad con que desempeña su fingido papel, y la conformidad de sus acciones y discursos con este supuesto carácter, con el qual hace reir á los lectores al mismo tiempo que maravilla y sorprehende á Don Quixote y á San-

cho. Tanta variedad de caractéres, de situaciones y de afectos en una sola persona no se encuentran seguramente en las fábulas épicas : y lo que mas debe admirarse es el arte con que Cervántes los dispone y enlaza para unirlos con la locura de Don Quixote , y hacerlos verosímiles y agradables. El lance que habia puesto á Dorotea en aquella triste situacion era procedido del amor caballeresco de Don Fernando, que queria abandonarla (II.106) por Luscinda esposa de Cardenio : su encuentro con este y con el Cura le proporcionó el consuelo de que Cardenio como interesado (II.94) le ayudase á lograr su fin : y le dió ensanche y motivo para ganar tambien el favor del Cura, contribuyendo á su idea de engañar á Don Quixote. Este papel le representa perfectamente, hablando á veces como instruida en los libros de caballería con toda la propiedad precisa para que Don Quixote la creyese, é incurriendo otras en (II.127) equivocaciones muy graciosas, y naturales en una muchacha incapaz de fingir de improviso una historia seguida. Estos descuidos de Dorotea hacen verosímil su relacion para con los lectores, y las oportunas interpretaciones y advertencias del Cura la hacen creible respecto á Don Quixote. El que leyere con este conocimiento el papel de Dorotea, á mas del gusto y diversion que causa por sí á todos los lectores, tendrá aquel delicado placer que resulta de ver los primores de la obra, observando al mismo tiempo el arte y maestría de su autor.

71 Entre los personages, que no contribuyen directamente á la accion del Quixote, hay tres clases. Unos se divierten con sus extravagancias, sin pensar en aumentarlas, ni ponerles remedio : otros le presentan ocasiones para que acreciente su locura : y los últimos buscan medios para curársela. Los caractéres de todos ellos son los mas apropiados que pudieran encontrarse, atendida su condicion, su calidad, y el destino que les dió Cervántes. El Caballero del Verde Gaban, que era un hidalgo rico, pero modesto, racional, é ingenuo, ni se determinó á incitar la locura de Don Quixote, ni se empeñó tampoco (III.139) en reprehendérsela. Los Duques solicitáron con todo su poder divertirse á costa de Don Quixote, (III.303) porque eran jóvenes, ociosos, ricos, y estaban poseidos de aquella costumbre, que reynaba entónces entre los poderosos, de sustentar locos y entretenerse con ellos. El Religioso que estaba en su casa, el Canónigo de Toledo y el Cura, debian por su carácter emplearse en desengañar á Don Quixote y reducirle á la sana razon. Es-

tos tres interlocutores tienen un mismo objeto, y no obstante sus caractéres son muy diversos. El Religioso, que por su profesion debia ser pacífico y humilde, entonado de verse en la abundancia y grandeza de la casa del Duque, era arrogante, imperioso y despreciador de los demas: y por esto eligió para el buen fin de aconsejar á Don Quixote el impropio medio de injuriarle, maltratarle y menospreciarle (III.277). El Canónigo de Toledo, hombre de calidad, serio, é instruido, intenta persuadir á Don Quixote (II.376) con razones sólidas, oportunas, y expresadas con discrecion, prudencia, blandura y cortesanía. El Cura como mas interesado en la sanidad de Don Quixote, y mas bien informado de la extrañeza de su locura, le sigue pacíficamente su humor (II.69), y se empeña en buscar los medios mas conformes y proporcionados para llevarle á sus hogares, y retirarle de aquella vida. Cervántes expresó con mucha propiedad las costumbres de estos tres personages, y los hizo representar en la fábula á medida del interes, que podian causar sus caractéres. El Religioso solo se presenta de paso, y se retira en fuerza de su mal genio voluntariamente; pero despues de haberle corrido Don Quixote con su discreta respuesta, la qual manifiesta, que la locura de un hombre cortes y bien educado, es mas tolerable que el juicio áspero y duro de las personas que no han tenido crianza. El Canónigo de Toledo desiste de su pretension luego que conoce la inflexîbilidad de Don Quixote; pero desiste sin enojo, acompañándole hasta que le fué forzoso separarse de él. Es muy notable la racionalidad y decoro que manifiesta este Canónigo en todos sus discursos, los quales corresponden á su carácter y dignidad, como se ve en sus razonamientos sobre las comedias y libros de caballería (II.360). Un Eclesiástico ménos instruido, ó mas ceñudo se contentaria con despreciar y condenar absolutamente el objeto de los unos y la representacion de las otras: el Canónigo de Toledo, como sabio y modesto, exâmina el asunto y destino de las comedias, é historias caballerescas, hace patentes sus defectos y abusos, enseña el modo de corregirlos, confiesa la utilidad que podria sacarse de ellas, y agrada y convence á los lectores, porque impugna su error y mal gusto con las invencibles armas de la razon y de la urbanidad. Este Eclesiástico es uno de los personages mas apreciables del Quixote, por la urbanidad, discrecion y solidez que manifiesta en todos sus discursos.

72 Las impugnaciones serias, y deducidas de la moral contra los libros de caballería, las puso Cervántes en boca de este Canónigo y del Cura para que su carácter les diese mas autoridad y peso. Ámbos manifiestan el error vulgar de creer ciertas aquellas historias por estar impresas con licencia, del mismo modo y con la misma seriedad que lo manifestó el incomparable Melchor Cano; pero el Canónigo lo hace presente así al mismo Don Quixote (II.383), y el Cura al Ventero y demas que le acompañaban, en ocasion que no asistia este Héroe (II.155), porque segun su carácter no debia aconsejarle, ni reprehenderle su manía; sino ántes bien valerse de ella para retirarle á su casa, como al fin lo hizo, sin perderle de vista hasta que lo consiguió.

73 Estos interlocutores del Quixote, que disponen las aventuras para confirmar al Héroe en su locura, ó preparan los medios para retirarle de ella y reducirle á su juicio, hacen en esta fábula el mismo papel que los Dioses en la Ilíada; pero sus caractéres son mas propios, y de mayor decoro. Ciceron dice que Homero se empeñó en atribuir á las Deidades las qualidades humanas, en lugar de haber trasladado las divinas á los hombres. Longino estrecha mas esta objecion: *quando veo*, dice, *las heridas*, *las conspiraciones*, *los suplicios*, *las lágrimas*, *las prisiones*, *y demas sucesos de las Deidades en la Ilíada*, *me parece que Homero se esforzó todo lo posible para representar á los Dioses de peor condicion que los hombres*, *porque al fin nosotros tenemos en la muerte un puerto seguro para acabar nuestras miserias*; *pero los Dioses*, *segun Homero los pinta*, *no son propiamente inmortales*, *sino eternamente miserables*. Los personages del Quixote están exêntos de semejante impropiedad, y aunque su intervencion no es tan brillante, ni deslumbra tanto como las máquinas de Homero, es sin duda alguna mas sólida, é ilustra mas á los lectores.

74 En las fábulas épicas no deben introducirse caractéres moralmente perfectos. Un personage completo, que no tuviese defecto alguno pareceria un prodigio mas bien que un hombre, seria inverosímil, y como tal llamaria poco la atencion. Algunos críticos han notado á Virgilio la demasiada perfeccion de su Héroe, cuyo carácter desluce á los demas, y quita mucha parte del interes de la fábula. Si esta objecion es justa respecto al Héroe y demas personages épicos, mucho mas lo será en las fábulas populares: porque

su Héroe, como propuesto para objeto de risa, ha de tener forzosamente algun vicio moral, y los demas actores principales serian impropios representantes de una accion ridícula, si fuesen un modelo de perfeccion. Cervántes sin faltar á esta regla introduxo un carácter perfecto en la persona de la imaginada Dulcinea, la qual es de los principales y mas notables personages del Quixote, y concurre á la accion de este Héroe baxo de tres formas distintas. Como la circunstancia de estar enamorado era esencial á la caballería andante, Don Quixote eligió para objeto de sus amores á Dulcinea (I.7), figurándosela como una dama perfecta, *hermosa sin tacha*, *grave sin soberbia*, *amorosa con honestidad*, *agradecida por cortes*, *cortes por bien criada* y *finalmente alta por linage* (III.287). La pintura de las costumbres de esta dama, que hace Don Quixote, puede servir de exemplo á todas las de su sexô: y su carácter no es impropio, ni inverosímil, porque es fantástico, y exîste solo en la imaginacion del Héroe.

75 Esta misma dama tan perfecta quando se ve por la aprehension de Don Quixote, es un objeto de risa y complacencia mirada como es en sí, ó segun la graciosa transformacion (III.80) que hizo de ella Sancho. Dulcinea en realidad era una labradora, moza, bien parecida, é ignorante de los amores de Don Quixote; pero conforme al ardid de Sancho es una aldeana fea, grosera y rústica. Las distintas figuras de Dulcinea, la confusion que causan en la imaginacion de Don Quixote y Sancho, y las extraordinarias aventuras y sucesos que resultan de su fingido encanto, son un manantial de placer y entretenimiento para los lectores.

76 Otro objeto no ménos divertido les presentó Cervántes en dos actores irracionales, pero precisos para la accion, la qual sin ellos seria inverosímil, porque Don Quixote y Sancho era preciso que fuesen montados conforme á su ridículo carácter. La pintura de estos animales, los graciosos nombres que les puso Cervántes, la amistad que supone habia entre los dos, y la intervencion que tienen en los sucesos (como en el de los Yangüeses (I.115) y en el hurto (II.16) de Gines de Pasamonte) los enlazan con la accion y con el Héroe, y manifiestan que los objetos mas extraños, groseros, é insensatos toman proporcion, alma y nobleza entre las manos de un hombre hábil, é ingenioso.

77 Estas observaciones bastan para dar una idea de los perso-

nages del Quixote, de sus diversos y singulares caractéres, de la bondad, conveniencia y decoro de sus costumbres, de su relacion con el Héroe, y de la conformidad y enlace que tienen con la accion. Cervántes del mismo modo que hizo patente su ingenio en la invencion de la accion, y de las personas, mostró tambien su buen gusto en el órden con que colocó y dió la debida proporcion á los sucesos y á los personages en la narracion del Quixote.

ARTÍCULO V.

MÉRITO DE LA NARRACION DE ESTA FÁBULA.

78 La accion con sus personages y episodios es la materia de la fábula, y la narracion es su forma. Aunque un autor tenga excelente ingenio y fecunda imaginacion para inventar una accion, y crear las personas mas conformes y propias de ella, no podrá hacer una obra perfecta si no está dotado del juicio y tino preciso para expresar sobre el lienzo cada parte en su correspondiente lugar, y cada figura en la actitud y término que le compete, colocándolas de modo que resulte de su recíproca union un todo bien ordenado, agradablemente dispuesto y variado. Este es el objeto de la narracion, que por tanto debe considerarse como la parte mas esencial de qualquiera fábula, y la que mas contribuye á su perfeccion.

79 Para lograrla es indispensable que el título sea propio, y sacado del asunto: que su narracion principie proponiéndole con llaneza y brevedad: é igualmente que para hacerla mas verosímil y admirable suponga el autor, que está inspirado por una Deidad, y solicite su auxîlio invocándola. Estas circunstancias son unos preliminares de la narracion, á que los humanistas llaman partes de cantidad de la fábula.

80 Homero tomó el título de sus poemas del lugar de la accion, ó del nombre del Héroe, y limitó la proposicion, é invocacion de la Ilíada á un solo verso: de suerte que en la propiedad del título todos le han imitado, y en la sencilla brevedad de la proposicion, é invocacion nadie le ha igualado.

81 Cervántes dió á su fábula el nombre del Héroe, intitulándola: EL INGENIOSO HIDALGO DON QUIXOTE DE LA MANCHA, y aunque en la mayor parte de las ediciones le han puesto por título: *Vi-*

da y Hechos del ingenioso Hidalgo Don Quixote de la Mancha, ha sido equivocacion, ó descuido de los editores.

82 La facilidad y llaneza de su proposicion es correspondiente al asunto: pues si en las fábulas heroycas ha de ser sencilla para que el primer arranque del autor no desluzca el resto de la obra, con mucha mas razon debe observarse esta regla en las fábulas populares.

83 En ellas seria defectuosa la proposicion si fuese tan concisa y breve como en las épicas. El Héroe de estas es tan famoso y conocido por la Historia, ó la Mitología, que con indicar su accion basta para que el lector forme una idea clara del asunto de la fábula: al contrario el Héroe fingido y la imaginaria accion de una fábula burlesca precisan á que el autor principie manifestando á los lectores las principales circunstancias de la empresa y del actor, á fin que tengan el conocimiento indispensable para leer la obra con gusto y con inteligencia. Cervántes lo practicó así en el Quixote, exponiendo en el primer capítulo concisamente, y sin ninguna superfluidad el carácter del Héroe, y las causas de su accion.

84 De esta diferencia que hay entre las fábulas heroycas y burlescas procede que la invocacion, que no es precisa en estas, sea necesaria en aquellas. En la accion de un Héroe intervienen causas sobrenaturales, cuyo proceder es oculto y misterioso, y por esto Homero no podia saber sin la inspiracion de las Musas las determinaciones de los Dioses respecto á la cólera de Achíles, ó á la peregrinacion de Ulíses; pero los sucesos naturales y ordinarios del Quixote no necesitaban para saberse el auxîlio de estas Deidades. Cervántes conmutó discretamente la invocacion en el recurso á Cide Hamete Benengeli, quien como Árabe y Manchego debia saber por menor las particularidades de la locura de Don Quixote, lo que hace verosímil la fábula, y al mismo tiempo indica el orígen de nuestras historias caballerescas, como advirtió Pedro Daniel Huet.

85 La reflexîon de este sabio acredita el acierto con que Miguel de Cervántes compensó la invocacion principal en el Quixote con otra circunstancia mas oportuna y propia de su objeto. Pero como las invocaciones no tienen lugar solo en el principio de la fábula, sino tambien siempre que conviene dar crédito y auto-

ridad á las cosas extraordinarias, ú ocultas que se refieren en ella, Cervántes la usó ántes de la narracion de los singulares sucesos del Gobierno de Sancho (IV.85), al modo que Homero recurre á las Musas para hacer el catálogo, ó enumeracion de las naves, que los Príncipes griegos lleváron al sitio de Troya.

86 Á estas partes precedentes á la narracion de las fábulas heroycas añadió Cervántes en la suya el prólogo, que debe reputarse como parte precisa de su cantidad, destinada á dar á conocer previamente á los lectores el fin del autor, para que desde luego entren á leer la obra con esta inteligencia. El personage destinado en el teatro antiguo, para informar al auditorio del asunto de la comedia ántes de principiarla, justificaria plenamente el prólogo de Cervántes, si la razon necesitara valerse del apoyo de la autoridad.

87 Esta es una de las máxîmas que establece en el expresado prólogo, el qual es uno de los mas discretos que se han escrito, y todos los sabios reconocen en él el ingenio, juicio y buen gusto del autor de Don Quixote. Fontenelle, Crousaz, ó quien quiera que se disfrazó baxo el nombre de Matanasio, traduxo en frances este prólogo, que habian omitido los traductores del Quixote, y le dedicó al autor de la *Historia crítica de la República literaria* para confundir su afectacion, manifestándole en el proceder de Cervántes el retrato de un verdadero sabio, que *desprecia las prefaciones, se burla de los panegíricos, ridiculiza las citas, y se rie de las notas marginales, comentos y acotaciones, con que los que quieren parecer literatos acostumbran adornar sus escritos, disfrazando con tan extraños afeytes la razon en trage de cortesana.*

88 No necesitó de ellos Cervántes para unir en la narracion del Quixote todas las qualidades que podian perfeccionarla. La narracion de qualquiera fábula ha de ser hermosa, dramática y dulce. La hermosura consiste en el órden y regularidad con que deben proporcionarse los sucesos raros y extraordinarios, de suerte que esten variados discretamente, y encadenados de modo que su enlace parezca natural, y no efecto del arte. Lo comun y ordinario de los sucesos verdaderos, dice Bacon de Verulamio, y la seguida uniformidad con que la historia los presenta, estomaga y fastidia al entendimiento humano; en la fábula por el contrario se re-

crea y explaya gozando de un espectáculo nuevo, inesperado y singular, por la variedad de sus mutaciones.

89 De aquí se sigue que la narracion ha de ser dramática: pues así como el historiador refiere, el fabulista imita, y por tanto no debe hablar en persona propia, sino en la de los interlocutores para variar y animar la narracion.

90 La dulzura de esta consiste en la mocion de los afectos, la qual gana la volunad, al modo que su hermosura agrada al entendimiento. Por esta razon Horacio, el mas sabio legislador de las fábulas, pone por ley fundamental de su perfeccion que sean útiles y dulces.

91 Este mismo poeta encarece la hermosura de las narraciones de Homero, presentándolas como norma y modelo de todas. La moderacion con que empieza, el arte con que deduce de un principio llano y natural tantas decoraciones maravillosas, el juicio con que elige el punto de donde debe principiar, transportando á sus lectores en medio de los sucesos como si estuviesen enterados de sus causas, que despues refiere oportunamente: la eleccion con que sabe descartar todas las cosas que el arte no puede hacer lucir: el buen gusto en fin con que varía y mezcla la realidad y la ficcion, de suerte que el principio corresponda al medio, y este al fin, son las virtudes y gracias que hermosean las narraciones de Homero en el dictámen de Horacio.

92 Los críticos distinguen dos especies de órden en la narracion, uno natural, que comienza por el principio, á que siguen el medio y fin, y otro artificial, en el qual el medio está colocado ántes del principio. Conforme á esta division es artificial el órden de la narracion en la Odisea, y natural en la Ilíada. Cervántes eligió con mucha propiedad el órden natural en el Quixote, como mas acomodado á su asunto llano y popular.

93 Con este órden dirige todos los acontecimientos de la fábula, y todas las acciones y discursos de los interlocutores al punto preciso de su objeto, preparando de antemano los sucesos con la mayor naturalidad, variando las pinturas y situaciones con singular destreza, aumentando succesivamente el interes del lector de aventura en aventura, y dexándole siempre columbrar los léxos de otras mas agradables para incitar su curiosidad, y llevarle insensiblemente hasta el fin de la fábula.

94 Muchas de las observaciones que se han hecho sobre los episodios y personages del Quixote manifiestan, que aun aquellos acontecimientos que parecen opuestos, ó indiferentes á la accion están ordenados de suerte que influyen en su continuacion. Los medios de que se valió el Cura para reducir á Don Quixote fuéron los que contribuyéron mas oportunamente al aumento de su locura por el mismo término con que intentaba remediarla. La condicion, que puso Cardenio al principio de su historia, de que no le interrumpiesen (II.30), parece á primera vista indiferente para la accion, y es la que enlaza con ella este episodio, y le hace servir de medio para continuarla. Lo propio sucede con el hecho de haber estorbado el Cura la ida de Sancho al Toboso para entregar aquella graciosa carta á Dulcinea (II.72), el qual es el orígen de su transformacion y encanto, y de todos los sucesos que resultan de él. La baxada á la cueva (III.194), la entrada en casa de los Duques (III.268), y la mayor parte de las aventuras, concurren igualmente á la prosecucion de la accion. Hasta los sobrenombres atribuidos á Don Quixote le dan un ayre caballeresco muy á propósito para confirmarle en su locura, principalmente el de *Caballero de los Leones*: epiteto arrogante y sonoro, con el qual le parecia que llevaba un sobrescrito recomendable para dar á conocer su valor, y por esto Cervántes le hizo ganar este título poco ántes del encuentro con la Duquesa (III.145), para que se valiese de él al tiempo de presentarse á esta Señora (III.263).

95 Las aventuras que tienen particular relacion con el carácter del Héroe, ó con su accion, están preparadas con tal arte, que es necesario observarle atentamente para descubrirle. Entre las circunstancias que hacen mas admirables á Enéas y Achíles, y dan mayor verosimilitud á sus victorias, debe reputarse como una de las mas esenciales la de las armas, que les hiciéron fabricar Tétis y Vénus por mano del Dios Vulcano. Esta máquina es de las mas singulares y agradables, que hay en la Ilíada y Eneyda. Pero Homero no solo excedió á Virgilio en haber sido el original de ella, sino tambien en la destreza con que la conduxo y manejó. Vénus lleva armas divinas á Enéas sin motivo y sin precision, porque este Héroe conservaba las que habia tenido siempre, y debia pelear con Turno, cuyas armas eran obra de mano humana. Tétis las dió á Achíles en ocasion que estaba desarmado, y tenia que

combatir con Héctor vestido de las armas divinas, que el mismo Achíles habia cedido á su amigo Patroclo. Esta diferencia manifiesta que la copia de Virgilio es forzada y fria, y el original de Homero animado y muy oportuno.

96 Si se comparan las armas de Tétis con el yelmo de Mambrino (I.184), se verá igual ingenio y arte en Cervántes para ridiculizar á su Héroe, que en Homero para hacer admirable al suyo. Qualquiera que lea esta aventura, y contemple á Don Quixote cubierta la cabeza con una bacía de barbero, conocerá fácilmente el ingenio de Cervántes; pero no todos penetrarán el arte con que fué preparando este suceso desde el principio de la fábula. Las armas que tenia Don Quixote, á mas de ser viejas, tomadas de orin y llenas de moho, estaban sin celada de encaxe, por lo que le era indispensable buscar medio para completarlas. Primero fabricó con cartones una media celada, que desbaratada al primer golpe le precisó á rehacerla y fortificarla con unas barras de hierro (I.5): despues se rompió segunda vez en la batalla del Vizcaino, quedando de resultas herido y desarmado Don Quixote, el qual indignado juró no sosegar hasta adquirir á fuerza de armas el yelmo de Mambrino, ú otro de igual temple (I.72), á lo que contribuyó tambien Sancho representándole que sus desgracias procedian de no haber cumplido aquel formidable juramento (I.156). Todas estas circunstancias hacen precisa, oportuna y muy graciosa la aventura de la bacía, que se le figuró á Don Quixote yelmo de Mambrino: y porque fuese mas verosímil previno igualmente Cervántes la causa por que relumbraba, el motivo de llevarla el barbero sobre la cabeza, y la ocasion con que este pasaba por aquel sitio: de suerte que la aventura de este yelmo fraguado en la imaginacion de Cervántes, es semejante á la máquina de Homero, y mas natural que la de Virgilio.

97 El desenlace de la accion está preparado tambien desde ántes de la tercera salida de Don Quixote con la introduccion del Bachiller Sanson Carrasco, que es uno de los principales y mas bien imaginados personages de la fábula (III.21). Su intervencion la dispuso Cervántes de modo que hace verosímil el enredo, y natural el éxîto, ó solucion. El Ama se vale de él para que estorbe con sus consejos la salida de Don Quixote, y él lo promete así, y lo hace al reves, alentándole á que salga, y ofreciéndose á servir-

le de escudero. El lector no extraña la mudanza de este interlocutor, quando sabe que tiene intencion de valerse de otro medio para curar á Don Quixote, y con esta idea sigue la fábula, deseando ver que medio será el que pondrá en práctica para el logro de su intento; pero queda suspenso y absorto quando al fin reconoce en el Caballero de los Espejos al mismo Bachiller (III.118), que esperando curar á Don Quixote venciéndole, contribuyó al aumento de su manía quedando vencido. Esta catástrofe, y el disimulo con que oculta su intencion desde el principio, vencen la indeterminacion de Sancho, estimulan la locura de Don Quixote, entretienen la curiosidad de los lectores con los nuevos coloquios de los dos caballeros y escuderos, y hacen verosímil la prosecucion de la accion al mismo tiempo que preparan su desenlace. Si Sanson Carrasco hubiera vencido á Don Quixote como pretendia, ó le disuadiera su salida, segun queria el Ama, se hubiera concluido, ó cortado la accion fuera de tiempo. Las persuasiones de este interlocutor y su vencimiento fuéron causa de que continuase, y diéron motivo para que él mismo, incitado despues con el mensage que la Duquesa envió á la muger de Sancho (IV.139), volviese mas prevenido y con mayor precaucion á buscar á Don Quixote, y le venciese (IV.275), dando de este modo un desenlace natural á la accion.

98 Todos los acontecimientos raros y extraordinarios del Quixote los previno Cervántes con igual destreza. La historia del desencanto de Dulcinea, tantas veces nombrada, y que merece serlo por su singularidad, está encadenada desde el principio hasta el fin con mucho arte y habilidad. Los juicios y disposiciones de Sancho durante su Gobierno, que parecen á primera vista inverosímiles, y superiores á sus talentos y capacidad, los preparó de antemano Cervántes en el coloquio del Canónigo de Toledo, el qual hablando con Sancho sobre el mejor modo de gobernar, le asegura que lo principal es la buena intencion de acertar, porque *así suele Dios ayudar al buen deseo del simple como desfavorecer al malo del discreto* (II.387). El ardid con que le precisáron á dexar el Gobierno es tambien muy verosímil (IV.164), porque está naturalmente prevenido con la carta anterior del Duque (IV.104). La graciosa manía de hacerse pastor, en que dió Don Quixote, despues que se vió precisado á dexar la caballería y las armas (IV.289),

la indicó igualmente el autor en el escrutinio de la librería, quando la Sobrina rogó al Cura quemase las poesías pastorales juntamente con los libros caballerescos, no fuese que sanando su señor de una dolencia, diera en otra (I.42). Estos exemplos manifiestan suficientemente el órden y naturalidad con que Cervántes dispuso y enlazó los hechos en la narracion de su fábula.

99 La variedad que tiene en las pinturas y situaciones, es igualmente arreglada y fecunda. Las descripciones están sembradas por toda la obra, de modo que la hermosean sin confundirla, ni embarazarse unas á otras. Corriendo la vista por todo el lienzo de la fábula, se descubren colocadas simétricamente, y distribuidas de trecho en trecho la pintura de los estudios, amores y desastre de Grisóstomo (I.83): la de los desdenes y condicion de Marcela (I.86): la del carácter y circunstancias de Dulcinea (I.98): la del alba (IV.19), la de la noche, del rumor que causa el viento en los árboles, y del temeroso ruido de los batanes (I.166), la del desasosiego de los bandoleros (IV.240), y la de la mañana de San Juan (IV.241). Entre ellas se verán tambien agradablemente interpuestas las descripciones de las aventuras caballerescas, las que hace Don Quixote de sus imaginados exércitos (I.146), la del ameno sitio donde se divertian cazando las pastoras (IV.208), y finalmente entre otras muchas, la del desencanto anunciado por Merlin en aquella selva (IV.6), comparable por su magnificencia con el bosque encantado del Taso; pero exênta de la inverosimilitud, que con tanta razon han objetado á este admirable y excelente poeta.

100 Quando estas descripciones son dilatadas, ó relativas á sucesos posteriores, conviene interrumpirlas para dar mayor realce y hermosura á la narracion, enlazándola con el resto de la fábula, evitando el fastidio á los lectores, ó incitando su curiosidad. Cervántes no omitió tampoco este agradable artificio en la descripcion de la batalla del Vizcaino (I.61), en el episodio de Cardenio (II.37), en las dos Novelas (II.206,257), y en los demas acontecimientos entretexidos en la obra.

101 Las situaciones de los sugetos hermosean igualmente la narracion por la contraposicion y diversidad con que las ordenó y varió Cervántes. El análisis de las actitudes de aquellos personages que hacen algun papel en la fábula, seria la demostracion mas

á propósito para convencerlo, si su indispensable extension no precisara á reducirse únicamente á los dos principales.

102 Estos jamas se presentan en una situacion uniforme y constante: todos los sucesos varian alternativamente su felicidad, ó infelicidad, y mudan el semblante de su fortuna. Quando los dos se lisonjean de algun acontecimiento próspero, les sobreviene al momento una aventura desgraciada é infeliz, que los abate, é inopinadamente se les presenta otra ocasion favorable, que los consuela y llena de esperanza para continuar. Á mas de esta vicisitud comun al amo y al escudero varió tambien Cervántes las situaciones del uno respectivamente al otro. Regularmente Sancho queda salvo en las ocasiones en que Don Quixote sale apedreado, herido, ó mal parado, y por el contrario quando mantean, ó apalean á Sancho, Don Quixote queda fuera de peligro, y sin la mas mínima lesion. Esta variedad es causa de que la narracion sea verosímil y agradable. Las graciosas infelicidades de Don Quixote y Sancho dan que reir á los lectores: las prosperidades, que los confirman y engrien en sus fantásticos proyectos, hacen natural su continuacion, y la diversa fortuna que corren en un mismo suceso, los precisa á prorumpir en aquellos dislates propios de su respectivo carácter, con los que se anima el diálogo, y se complacen y divierten los lectores.

103 La hermosura, que resulta á la narracion del órden, enlace y variedad de los sucesos, se realza mas quando el autor presenta inopinadamente un acontecimiento raro y extraordinario, ó deduce de los sucesos comunes alguna circunstancia nueva é inesperada, ó bien los adorna con ocurrencias graciosas y oportunas. La repentina aparicion de Marcela (I.108) al fin del episodio de Grisóstomo es una especie de máquina singular y agradable, porque satisface la curiosidad, y da motivo á Don Quixote para obrar conforme á su locura. El encuentro de las doradas y resplandecientes Imágenes de San Jorge, Santiago, y San Pablo es tambien original (IV.202). Cervántes despues de tantos acaecimientos terrenos presenta de improviso una aventura celestial á su Héroe, el qual llevado de su manía al punto gradua de caballeros andantes aquellos Santos, y les hace un elogio discretísimo, pero propio de su extravagante imaginacion.

104 La libertad de Melisendra representada por Maese Pedro

con los títeres (III.229), y la necia simplicidad con que Sancho consoló á los vecinos del pueblo del rebuzno (III.246), son unas circunstancias sacadas de aquellos sucesos con tal arte, que sin ellas seria su narracion fria, lánguida y poco divertida. Las ocurrencias con que Cervántes llena algunos vacíos de su fábula, hermosean tambien la narracion y contribuyen á aumentar la curiosidad. Tal es el cuento que Sancho refiere á su amo entre tanto que esperaban la venida del dia para acometer la aventura de los batanes (I.170), é igualmente el que contó con motivo de rehusar Don Quixote la cabecera de la mesa con que el Duque le convidaba (III.274). Este es tan del caso, tan agradable y bien traido, que excede y hace mucha ventaja á la fábula de Níove referida por Achíles para convidar á Príamo. No es ménos singular y graciosa la descripcion de las siete cabrillas, que el mismo Sancho hace, suponiendo que se habia apeado del Clavileño para entretenerse con ellas, y verlas á su sabor (IV.59): descripcion que tiene mucho mérito por la agudeza con que en ella zahiere y moteja Cervántes aquella agradable y disparatada locura del Ariosto, quando Astolfo va sobre su Hipogrífo á la luna para traerle á Orlando la redoma donde estaba despositado el juicio que habia perdido. Estos adornos esparcidos con discreta economía, y sembrados ordenadamente por toda la narracion, la hacen hermosa y agradable, no tanto por la multitud de decoraciones, quanto por el buen gusto y el acierto con que cada cosa ocupa el lugar que le es mas propio y conveniente.

105 El mismo órden observó Cervántes en el todo de la narracion. Primero sale Don Quixote solo: despues vuelve á salir acompañado de un escudero, y se va dando á conocer poco á poco en algunas aventuras: luego crece su fama con la ocurrencia de los extraordinarios sucesos de la venta y de su encantamiento: á la tercera salida ufano ya con la publicacion de su Historia, y famoso por ella hasta en los Reynos extrangeros, emprende hazañas mayores, vence caballeros, arrostra leones, sale de los términos de la Mancha y de los Lugares pequeños, para correr otras provincias, y presentarse en las ciudades: se hospeda en casa de los Grandes y principales caballeros, y va aumentando succesivamente su fama y su locura, y con ella la diversion é interes de los lectores, que siguen á este Héroe desde el principio hasta

la conclusion de la fábula, creciendo siempre su curiosidad y gusto por medio de un particular embeleso é ilusion, que supo manejar Cervántes de modo que se siente, y no se descubre.

106 Este succesivo aumento del entretenimiento y complacencia de los lectores prueba que la segunda parte del Quixote es superior á la primera. Efectivamente las aventuras son mas extraordinarias y magníficas, los personages tienen mas nobleza, y la narracion está mejor seguida y mas animada. Longino compara á Homero en la Odisea con el sol quando está en su ocaso, que conserva su grandeza, pero no tiene ni tanta fuerza, ni el mismo ardor. Igual censura han merecido el Paraiso conquistado de Mílton, y los seis últimos libros de la Eneyda. Estos grandes ingenios, ó por haberse agotado en sus primeras invenciones, ó por haberlos debilitado la edad, no tuviéron igual fuerza en todas sus obras. La imaginacion del autor de Don Quixote se conservó siempre como un rico y abundante manantial, cuya fecundidad no conoce término, ni menoscabo.

107 Cada parte del Quixote se divide en varios capítulos: estas divisiones están hechas con mucho discernimiento, y sirven de pausas oportunas para no fatigar la atencion, ó para animarla, contribuyendo así á la economía y buen órden de la narracion.

108 Aristóteles alaba la de Homero sobre todas las de otros poetas, porque para hablar introduce siempre á los interlocutores, y dice muy pocas cosas en su propia persona. La simple leccion del Quixote evidencia que Cervántes siguió su exemplo. Todo lo hacen y dicen los interlocutores, el autor jamas parece, sino quando es indispensable para enlazar los discursos entre sí, ó con los sucesos de la fábula.

109 De esta observacion se infiere que la narracion no debe interrumpirse con digresiones, ni ménos ha de cortarla el autor para hacer reflexîones en persona propia. Virgilio evitó estos defectos. Si hace alguna reflexîon es breve, é indispensable para el desenlace de la accion: las sentencias y máxîmas morales nunca las dice él, ni ménos las propone directamente, sino las disfraza poniéndolas en boca de los interlocutores para darles mayor fuerza y energía. Cervántes procedió con el mismo juicio y moderacion. La reflexîon mas dilatada es la que hizo sobre la pobreza con motivo de haberse roto las medias á Don Quixote en casa del Duque,

y aun esta la hace en persona de Cide Hamete Benengeli (IV.79). Si tal vez pone alguna digresion á la entrada de los capítulos, es tambien en boca del mismo, y con el fin de ridiculizar esta costumbre introducida por los Árabes. Pero lo hace con grande discrecion, evitando el exceso de la Mosquea y otros poemas, en que cada canto empieza con una arenga, ó termina con una larga despedida. Las máxîmas y sentencias de que abunda el Quixote, estan embebidas en los razonamientos de los interlocutores, y jamas se vale Cervántes de ellos para ostentar una erudicion importuna: dice solamente lo que conviene, y omite todo lo demas con un juicio, gusto y moderacion singular, de suerte que es tan digno de alabanza por lo que calla, como por lo que dice. Verdad es que algunos han notado falta de erudicion en Cervántes; pero tambien es cierto, que son de aquellos que graduan la literatura por el número de citas, ó prefieren la ciencia intempestiva de Lucano, á la oportuna instruccion y sabiduría de Virgilio.

110 Su Eneyda puede servir de norma para la dulzura de la narracion. En ella se excita todo género de pasiones: el amor, la compasion, la tristeza, la alegría y el regocijo; pero sobresalen la bondad y la piedad, como mas conformes al carácter de Enéas, al modo que en la Ilíada el furor y la venganza predominan á todos los demas afectos. Los principales del Quixote son la locura del Héroe, y la alegría y risa de los lectores: mas no por esto faltan el amor, la compasion y tristeza en los sucesos de Cardenio (II.78), Dorotea (II.96) y Basilio (III.181): el terror en el éxîto de Grisóstomo (I.88), y Torréllas (IV.232): la admiracion en la aparicion de Marcela (I.108), en la aventura de Merlin (IV.10), y en la resurreccion de Altisidora (IV.299): el furor en los pueblos del rebuzno (III.218), y la venganza en los Bandoleros (IV. 235). Toda la fábula abunda en varias pasiones expresadas al natural, y compuestas con destreza, las quales hacen dulce y afectuosa la narracion, al mismo tiempo que el órden y proporcion le dan hermosura, y los interlocutores la representan, ocultando con su bien seguido diálogo la persona del autor.

111 Este es semejante á Homero hasta en la conclusion de la fábula. La Eneyda y la Jerusalen acaban con la accion: en la Ilíada, terminada la accion, sigue la fábula con los juegos fúnebres de Patroclo, y el rescate del cadáver de Héctor, que son unas con-

seqüencias de la accion, á las quales llama Horacio el final de las obras largas y dilatadas. Cervántes tuvo aun mayor motivo que Homero para continuar la fábula despues de concluida la accion, á fin de dexar á su Héroe perfectamente feliz, y realzar mas la moralidad de la obra. La locura de Don Quixote por resucitar la caballería andante imitándola, aunque cesó en quanto á esta accion con la victoria de Sanson Carrasco (IV.273), le dexó expuesto á otras extravagancias: y por tanto para curarle radicalmente y dexarle en una situacion del todo feliz, era forzoso volverle á su antiguo estado. Así lo hace Cervántes siguiendo la fábula con la mayor verosimilitud, llenando el intermedio con escenas muy propias del asunto, y del carácter y actual situacion del Héroe, hasta que cobrado su juicio, despejada su razon en fuerza de una calentura (IV.334), y restituido Don Quixote á su antiguo ser de Alonso Quixano el Bueno, conoció sus desvaríos, detestó su locura y los libros que la habian causado, y murió en el seno de la paz y tranquilidad christiana (IV.339), terminando este personage con toda la felicidad imaginable, y concluyendo la fábula con la instruccion mas oportuna y propia del fin para que se compuso.

ARTÍCULO VI.

PROPIEDAD DEL ESTILO DE ESTA FÁBULA.

112 No podria conseguir este fin agradando á los lectores, si no tuviese la narracion un estilo correspondiente al objeto de la obra, del mismo modo que una pintura de buena invencion, y dibuxo no gusta, ni complace á los inteligentes si le falta el realce de la luz y la sombra, y la última mano del pintor en el buen gusto y perfeccion del colorido.

113 Dista tanto el lenguage sublime y poético de las epopeyas, del que debe usarse en las fábulas populares, que no cabe otra comparacion entre ellos, sino la de su respectiva conformidad con la naturaleza y asunto de cada una de estas obras. La razon, la experiencia, y el dictámen uniforme de los sabios, concuerdan en que el estilo de unas y otras ha de ser puro, enérgico, y conveniente. La pureza consiste en la naturalidad y propiedad de las voces: la energía en la precision y claridad de las expresiones: y la conveniencia en la eleccion del estilo correspondiente á la mate-

ria, que es la regla fixa y segura para determinar su locucion. Los maestros de eloqüencia señalan tres géneros de materias, de que derivan igual número de estilos. El sublime, el sencillo, y el medio entre estos dos. El primero corresponde á las materias heroycas y grandes, el segundo á las populares, y el último á las medianas.

114 Hasta los críticos mas severos confiesan á Homero la sublimidad de sus pensamientos, y la magestad y elevacion de su estilo. Longino sacó de la Ilíada y Odisea los principales exemplos de su tratado de lo sublime, y Quintiliano dió en pocas palabras una idea de la perfeccion de su estilo, graduándole de sublime en los objetos grandes, propio en los pequeños, difuso y conciso á un mismo tiempo, festivo y grave, y tan admirable por la abundancia como por la brevedad. Toda la antigüedad ha mirado á Homero como el mejor modelo de la eloqüencia, y los modernos no pueden separarse de esta decision, porque ni conocen toda la nobleza y propiedad de las voces, ni tienen oidos capaces de distinguir el legítimo acento de la Musa griega.

115 El estilo del Quixote tiene á favor de su pureza y energía un número de aprobaciones igual al de los sabios que han hablado de él. La respetable autoridad de estos, entre los quales se cuenta la Academia Española, se confirma con la facilidad y complacencia que encuentran en su leccion hasta los hombres mas ignorantes y rudos, que no comprehenderian la locucion si las voces fuesen extrañas é impropias, ni ménos penetrarian el alma y las gracias de los pensamientos, á no tener extremada claridad y precision. Ninguno ha repetido jamas la leccion de un paso del Quixote para descifrar su sentido, sino para volver á gustar de nuevo la festividad y elegancia con que los expresó Cervántes: y si la pureza y energía de su estilo tuvieran el auxîlio de la rima y cadencia poética, se sabrian de memoria y cantarian los lugares mas escogidos del Quixote, al modo que se practicaba en Grecia con los episodios de la Ilíada y Odisea, segun el testimonio de Eliano.

116 Esta general aprobacion del estilo de Cervántes prueba tambien que es llano, natural y conveniente á la materia de su fábula, á la qual se acomodan el lenguage popular y sencillas expresiones de la prosa, igualmente que á los asuntos heroycos

de Homero las figuras y ornamentos de la poesía. El diferente estilo que usan los autores mas famosos en las comedias y tragedias confirma esta eleccion de Cervántes, y es otra prueba de la conveniencia que hay entre su locucion y su asunto.

117 Nada da á conocer el talento de un autor tanto como el que su estilo se conserve siempre dentro de su esfera, sin tocar en ninguno de los vicios con quienes tiene afinidad. Los poetas faltos de ingenio y juicio suelen ser afectados y frios, queriendo parecer heroycos, y la mayor parte de los que usan el estilo popular han equivocado la sencillez con la vileza, y la templanza con la sequedad. Homero y Cervántes están exêntos de estos defectos. La Ilíada es sublime sin hinchazon, noble sin afeyte, y elevada sin obscuridad: el Quixote llano sin baxeza, sencillo sin debilidad, y familiar con decoro. Ámbas obras conservan la conveniencia de su estilo con una igualdad y temperamento muy difícil, y reservado á los ingenios de primer órden.

118 Si esta dificultad se hubiera de graduar por la apariencia, pareceria que el mérito y la ventaja estaban de parte del estilo sublime, y que el familiar tiene tanta facilidad quando se imita, como quando se lee; pero los jueces mas respetables de la eloqüencia Ciceron, Horacio y Quintiliano confiesan que la facilidad de este estilo es aparente, y que en la práctica suda y trabaja en vano el que se determina á imitarle. Á la verdad la grandeza misma de los objetos, la nobleza de las figuras y metáforas, y el artificio de la locucion épica, arrebatan la atencion de los lectores de modo que no les permiten pararse en las menudencias, ni divisar los defectos; mas en el estilo llano no hay falta por pequeña que sea, que no se note, ni descuido que no se advierta: y el continuo esfuerzo indispensable para evitarlos no es ménos difícil, que el conato que requiere el estilo elevado y sublime.

119 Los modos de hablar triviales y baxos desfiguran mas á este estilo, que al popular; pero la naturaleza de su asunto desvia por sí misma al autor de la ocasion de emplearlos. El Quixote abunda de objetos muy familiares, tanto como la Ilíada de heroycos, y la exâctitud con que Cervántes los pinta sin envilecerlos, ni confundirlos es mas apreciable y singular, que lo que comunmente se cree.

120 Los antiguos que escribiéron en lenguas ya muertas para

nosotros tienen en este punto una ventaja, que no alcanza á los modernos. Si hubiese en la Ilíada frases envilecidas con el uso popular, ó expresiones baxas, no chocarian ahora á los críticos mas delicados, como hubiera sucedido entónces á los Griegos, que las oian todos los dias en la conversacion y en el trato civil. Los escritos en lenguas vivas están sujetos á la censura del vulgo, y no pueden tener siquiera una voz impropia, ó muy trivial, que no la note al punto la mayor parte de los lectores. Pero hasta ahora no se ha encontrado en el Quixote término, ni expresion que no sea noble y decorosa, sin embargo de que su estilo ha sido exâminado á la luz de dos siglos, y juzgado por oidos sabios, circunspectos, é inteligentes.

121 Este mérito crece y se aumenta, si se considera el estado de la lengua castellana por aquel tiempo. El autor del Diálogo de las lenguas, el Maestro Francisco Medina, Fernando de Herrera, y Ambrosio de Moráles, que floreciéron en él, se quejan del abandono y descuido con que los Españoles miraban su lengua, la qual llegó á envilecerse y abatirse de modo que nadie se determinaba á valerse de ella en asuntos capaces de mejorarla y perfeccionarla. No se escribian por lo comun en castellano sino vanos amores, ó fábulas vanas: nadie osaba encomendarle cosas mas nobles, temiendo obscurecer la obra con la baxeza del lenguage: de lo que resultaba que no habia libros, cuyo estilo fuese texto de la lengua, y cuya leccion, é imitacion sirviese de regla para decir correcta y elegantemente. A esta sazon principió á escribir Cervántes, y á mejorarse nuestra lengua hasta llegar á lo último de su perfeccion. España admirada vió en el Quixote una repentina y súbita transformacion de nuestras antiguas fábulas: la vanidad cambiada en solidez: la baxeza en decoro: el desaliño en compostura, y la sequedad, dureza y grosería del estilo en elegancia, blandura y amenidad. Cierto es que á esta mutacion habian contribuido otros autores amantes de su lengua; pero tambien es verdad que la naturaleza dotó á Cervántes con las particulares perfecciones de todos. La gravedad de Luis de Granada, la dulzura de Garcilaso, la pureza de Luis de Leon, la elevacion de Fernan Perez de Oliva, y la sencillez de Hernando del Pulgar están enlazadas en el Quixote, y unidas á la gracia y festividad propia de su asunto, y peculiar de su autor, que es tan inimitable en lo jocoso; como Homero en lo sublime.

122 Hay dos géneros de jocosidad: uno servil, chocante, torpe, é indecoroso: otro elegante, urbano, ingenioso y festivo. Aquel en sentir de Ciceron es indigno de los hombres, y este propio solamente de los discretos, que saben usarle en tiempo y con oportunidad. Cervántes sazonó el Quixote con todas las gracias de este estilo, sin desdorarle con bufonadas, ni chocarrerías.

123 Las jocosidades á propósito para movernos á risa, son segun Quintiliano, las que proceden de la persona propia, de la agena, ó de los objetos medios. Quando uno dice advertidamente algun disparate, ó despropósito, quando pinta los defectos agenos con viveza, é ironía, quando introduce un personage ridículo para que represente el papel de Héroe, un simple que habla á bulto de lo que no entiende, ó un indiscreto que descubre frescamente y sin embozo lo que debia ocultar., entónces se excita la risa de los oyentes por medio de las personas agenas, ó de la propia. Todas estas gracias se encuentran á cada paso en Cervántes. Las sencilleces y malicias de Sancho, la heroycidad ridícula de Don Quixote, y el disimulo burlador de los personages que siguen, ó incitan su locura, son unos exemplos tan visibles y freqüentes que no necesitan individualizarse.

124 Los dichos y respuestas inopinadas, que nacen de ignorancia ó disimulo, las ponderaciones irónicas, las frases burlescas, los juegos de palabras, los equívocos, y los modos de hablar familiares, son jocosidades sacadas de los objetos medios. Todas ellas son comunes en el Quixote, y agracian su locucion, porque Cervántes supo emplearlas sabia y comedidamente. Sin embargo de la fecundidad de nuestra lengua, y del ensanche que le permitia su asunto, rara vez se vale de equívocos, ó juega con las voces: y quando lo hace es con una propiedad y discrecion, que falta á muchos de nuestros escritores y poetas, cuyo principal númen consiste en aquellas puerilidades indignas de la poesía, y del estilo serio, é insufribles siempre que se usan sin juicio y sin moderacion.

125 Los modos de hablar familiares son tan castizos en nuestra lengua, que en ellos se conserva su primitiva pureza. La continuacion y freqüencia con que vulgarmente se repiten, les ha dado el nombre de refranes, y su abundancia es tanta que seria preciso hacer una larga digresion, si se hubiesen de nombrar las varias colecciones impresas y manuscritas desde Íñigo Lopez de Men-

doza hasta Luis Galindo, las quales ha procurado compilar el discreto y sabio caballero Don Juan de Yriarte. La gracia que dan estos refranes al estilo jocoso, quando se usan con oportunidad, y observando el decoro de las personas, está bien manifiesta en la Celestina, Florinea, Eufrosina y Selvágia, cuyo exemplo siguió Miguel de Cervántes con el mismo esmero, con que evitó la imitacion de los equivoquistas. En ninguna obra están los refranes mejor aplicados que en el Quixote, y ellos son los que llenan de pureza, gracejo y naturalidad los discursos de Sancho, por la propiedad con que los encadena algunas veces, por el despropósito con que los amontona otras, y por la conveniencia que tienen siempre con su carácter.

126 Valiéndose de él, usó Cervántes otro medio muy propio del estilo jocoso, introduciendo en los razonamientos de Sancho, del cabrero Pedro, y de otros personages, algunos vocablos corrompidos y desfigurados, que mueven á risa por la sencillez con que los dicen, y por el teson con que Don Quixote se empeña en reprehenderlos y enmendarlos.

127 Tambien el arcaismo, ó uso de voces antiquadas, conviene al estilo jocoso, porque divierte con la imitacion del lenguage antiguo y desusado. Cervántes tenia particular gusto y conocimiento para remedarle, y en nada se conoce mas la destreza con que manejaba nuestra lengua, que en la facilidad con que se acomoda á toda especie de locuciones, usando de cada una como si ella sola hubiera sido el objeto de su estudio y aplicacion.

128 Una de las pruebas mas auténticas de esta destreza, del desenfado con que ridiculizó las ideas caballerescas, y de la aceptacion de su obra, es haber enriquecido la lengua con voces nuevas. Los nombres de *Don Quixote*, *Sancho Panza*, *Pedro Recio*, *Maritórnes*, y *Rocinante*, formados en la imaginacion de Cervántes, son ya voces peculiares de nuestra lengua, que significan un *desfacedor de tuertos*, un *hablador simple*, un *Dotor impertinente*, una *muger tosca y zafia*, y un *caballo flaco*. Ademas de estas se han deducido del nombre de Don Quixote otras voces igualmente significativas, como *quixotada*, *quixotería* y *quixotesco*. Su inventor tuvo el mérito de introducirlas junto con la complacencia de verlas admitidas en la lengua castellana.

129 En ella pudieran usarse tambien proverbios sacados del Qui-

xote. No habria modo mas festivo y donoso para corregir á los que interrumpen á cada paso sus discursos con digresiones importunas, como decirles, *que volviesen presto de Tembleque*, al modo que lo dixo el Religioso de casa del Duque á Sancho (III.275). El mayor honor que puede tener una obra cómica en opinion de Fontenelle es que se saquen proverbios de ella. Si muchas de las ocurrencias de Cervántes no logran esta honra, es por culpa de los que no han tenido discernimiento para encontrarlos, ó buen gusto para agraciar con ellos su estilo.

130 Por falta de este gusto suelen nuestros escritores caer en afectacion, queriendo evitar la repeticion y monotonía de las voces, ó bien usar un estilo desaliñado por huir de esta compostura estudiada. Macrobio observó que las repeticiones de Homero tienen cierto mérito peculiar á este gran poeta, que no ha podido imitar otro alguno. Cervántes tambien repite á veces en un período los mismos términos y expresiones; pero de un modo tan suave y natural, que ni chocan al oido, ni alteran la energía y propiedad de su estilo. Uno y otro diéron á conocer en esta semejanza, que los grandes ingenios son eloqüentes, aunque no se afanen por parecerlo.

131 Ninguno lo será, no obstante que carezca de todo vicio, si le falta la primera y principal virtud, que es lo que Longino llama sublime. Este consiste en una cierta fuerza, viveza y novedad singular y extraordinaria, que deleyta, admira y suspende, arrebatando la atencion de los lectores como á pesar suyo. Los tres géneros de estilo admiten este sublime, el qual puede encontrarse en el estilo llano, y faltar en el heroyco, porque no es lo mismo estilo sublime, que lo que aquel crítico griego entiende por sublime en el discurso.

132 Boileau y los demas que han ilustrado esta materia convienen, en que el sublime no depende de la expresion, y puede hallarse en todos estilos; pero ni nombran, ni excluyen tampoco al jocoso: por lo que será conveniente proponer algunas observaciones sobre este punto, que á mas de ser curioso en sí mismo, no ha sido tratado hasta ahora por ningun escritor.

133 El principal mérito de una obra irónica y burlesca no consiste en la festividad del estilo, ni en lo donoso de la diccion; sino en un cierto ridículo que está en la substancia del discurso, no

en el modo, y pende del pensamiento, y no de la expresion. Al modo que en la pintura hay algunos pintores, que saben el secreto de copiar las cabezas mas serias, haciéndolas paródicas y ridículas, sin faltar á su semejanza, sin mudar sus facciones, ni alterar su combinacion: así tambien en la fábula se puede retratar con toda propiedad qualquier objeto, ridiculizándole al mismo tiempo con un cierto ayre burlesco mas fácil de conocer, que de definir. Este equivale en las obras jocosas al sublime de los discursos serios, y es el que las perfecciona y hace excelentes.

134 Que Cervántes use frases burlescas, expresiones festivas, voces graciosas: que sazone con refranes el lenguage de Sancho: que imite los idiotismos caballerescos en persona de Don Quixote: que adorne el diálogo de los demas personages, y su estilo con todos los donayres de la locucion, es un mérito singular y grande; pero mérito que agrada mas á los hombres de humor, que á los circunspectos, mas á los que poseen perfectamente la lengua, que al vulgo, y mucho mas sin comparacion á los Españoles, que á los extrangeros. Pero que quando los tiene á todos gustosamente divertidos con sucesos extraordinarios y graves: quando Don Quixote y Sancho están llenos de admiracion, y los demas personages ocupados enteramente en cosas las mas separadas de la locura de aquel Héroe: que entónces Cervántes saque de improviso, y como por una especie de mágia, una ridiculez donosísima, oportuna, y naturalmente deducida de aquellos objetos tan distantes, este es el universal y primer mérito de la obra, y donde mostró su talento original.

135 Para hacerlo visible basta un exemplo en la visita de las galeras, que hizo Don Quixote acompañado de un caballero de Barcelona. Cervántes pinta con su acostumbrada maestría el saludo y fueraropa de los forzados, el chasco de Sancho, el rezelo de Don Quixote, la admiracion que causáron á ámbos las maniobras y el zarpar de la Capitana, y últimamente la dureza del cómitre en el castigo de la chusma. El lector conoce la distancia é inconexîon de estos objetos con la caballería andante, está atento á la sorpresa y novedad que causan á Don Quixote, y no espera, ni imagina que pueda mezclarse allí su locura, ni enlazarse con aquel suceso; pero Cervántes arrebata inopinadamente su atencion, y la traslada al desencanto de Dulcinea (IV.260) con el ridículo y festivísi-

mo apóstrofe que Don Quixote dirige á Sancho, persuadiéndole que se desnude, tome lugar entre los forzados, y dexe el desencanto á la discrecion del cómitre. En esta y otras muchas ocurrencias, igualmente felices é inesperadas, se ve la fuerza de aquel ridículo, á cuya posesion debió Cervántes la palma de las gracias, que esparciéron el eco de su fama en toda la posteridad.

136 Longino asegura que el verdadero sublime es aquel á quien no podemos resistir, cuya impresion es casi eterna en nuestra memoria, y agrada universalmente á todos. Quando un grande número de personas de diferente humor, inclinacion, edad, profesion y lengua, sienten todas igualmente la fuerza de un lugar de qualquier discurso: entónces este juicio y aprobacion uniforme de tantas personas, discordes en lo demas, es una prueba indubitable y cierta de que hay en él verdadero sublime.

137 Estas mismas señales convienen de todo punto al expresado lugar del Quixote, y á todos los demas de igual naturaleza. Su gracia, festividad y donayre son independientes del estilo y de la diccion, y no están reservadas á los Españoles, ni á los hombres de buen humor, ni á los sabios; al contrario han hecho reir universalmente á toda clase de personas y naciones, y serán siempre escuchadas con gusto y aplauso en los quatro ángulos del mundo, y hasta la última Thule. Saint-Evremond aconseja á los desdichados que para aliviar y explayar el ánimo prefieran á la leccion de Séneca, Plutarco y Montaña, la de Luciano y Petronio, y á todas estas la del Quixote: *Sobre todo*, dice, *os recomiendo á Don Quixote, pues por grande que sea vuestra afliccion, la delicadeza y finura de su ridículo os encaminará insensiblemente á la alegría.* Esta finura y delicadeza es el sublime de la fábula, ó discurso burlesco.

138 El juicio que formó Julio César de las comedias de Terencio en aquellos discretos versos, que ha conservado Suetonio, confirma igualmente que las obras jocosas tienen un cierto sublime, que les es peculiar. Todo el mundo sabe el mérito de las comedias de Menandro, y el conato que puso Terencio en imitarlas: sin embargo no pudo llegar mas que á la mitad de su perfeccion. Su estilo es puro, suave, elegante y gracioso: en esta parte fuéron semejantes; pero al Latino le faltó la fuerza cómica, aquella virtud que sobresale tanto en el Griego, y es la que ca-

racteriza y da todo el valor á sus comedias. Los críticos la llamarán como gustaren ; pero no podrán negar que esta fuerza cómica de Menandro , y aquel ridículo fino de Cervántes hacen el mismo efecto en las obras jocosas que el sublime de Longino en las serias.

139 Ámbas varían su peculiar estilo con atencion á las circunstancias. El Quixote levanta la voz en algunas ocasiones, al modo que la Ilíada muda el tono en otras ; pero Homero quando quiere familiarizarse se baxa á veces tanto , que suele separarse de la gravedad de la Epopeya , degradándola con pinturas burlescas, como el retrato de Vulcano, el de Térsites, el de Iro, y la historia de Marte y Vénus. Cervántes divierte á sus lectores muy á menudo con objetos serios ; pero muy distantes de todo lo que es hinchado y gigantesco.

140 El estilo con que hablan en algunos asuntos Don Quixote , el Canónigo de Toledo , el Caballero del Verde Gaban y demas personages graves, es igual, serio y digno del carácter de estos interlocutores; pero á todos excede el de algunas pinturas, cuya dulzura y nobleza es tanta, que todas las ponderaciones no son capaces de encarecerla. Por esto conviene trasladar aquí una de ellas para complacencia de los lectores sabios , y satisfaccion de los incrédulos.

141 Quando Don Quixote imagina que son exércitos los dos rebaños, hace una hermosa é individual descripcion de sus principales caballeros, y despues para referir las naciones que los componen añade (1.148): *Á este esquadron frontero forman y hacen gentes de diversas naciones. Aquí están los que beben las dulces aguas del famoso Xanto , los Montuosos que pisan los Masílicos campos , los que criban el finísimo y menudo oro en la felice Arabia , los que gozan las famosas y frescas riberas del claro Termodonte, los que sangran por muchas y diversas vias al dorado Pactolo , los Numidas dudosos en sus promesas , los Persas en arcos y flechas famosos , los Partos , los Medos que pelean huyendo, los Árabes de mudables casas, los Scitas tan crueles como blancos, los Etíopes de horadados labios, y otras infinitas naciones , cuyos rostros conozco y veo , aunque de los nombres no me acuerdo.*

En estotro esquadron vienen los que beben las corrientes cristalinas del olivífero Bétis , los que tersan , y pulen sus rostros con el licor del siempre rico y dorado Tajo, los que gozan las provechosas aguas

del divino Genil, los que pisan los Tartesios campos de pastos abundantes, los que se alegran en los Elíseos Xerezanos prados, los Manchegos ricos y coronados de rubias espigas, los de hierro vestidos, reliquias antiguas de la sangre Goda, los que en Pisuerga se bañan, famoso por la mansedumbre de su corriente, los que su ganado apacientan en las extendidas dehesas del tortuoso Guadiana, celebrado por su escondido curso, los que tiemblan con el frio del silvoso Pirineo, y con los blancos copos del levantado Apenino, finalmente quantos toda la Europa en sí contiene y encierra.

142 La exquisita erudicion de Cervántes, y la propiedad con que señala á cada nacion su peculiar atributo, no son tan agradables como la suavidad de su diccion, que hizo mas grata valiéndose de los rios de nombre sonoro y dulce. Tal es su estilo en esta descripcion, semejante á un rio claro y cristalino, cuya sesga y mansa corriente está convidando á gozar de la amenidad de sus riberas y de la pureza de sus aguas.

143 Todos los críticos han celebrado el catálogo de las naves de Homero en la Ilíada, y la enumeracion de los auxîlios de Turno en la Eneyda. El paralelo con la expresada descripcion de los exércitos hace ver, que su autor no es ménos original y elegante que los poetas griego y latino.

144 En los lugares mas heroycos del Quixote elevó el estilo conforme á la grandeza del asunto, decorándole con todas las gracias de la eloqüencia. Los personages imaginarios de la Ilíada no los empleó Homero, segun observa Addison, sino para animar la expresion de las cosas sencillas. En lugar de decir que los hombres huyen quando temen, pinta el temor y la fuga como compañeros inseparables, y de la misma suerte representa á la victoria siguiendo los pasos de Diomédes, á las Gracias como camareras de Vénus, y á Belona vestida del terror y de la consternacion. Es evidente que estas figuras alegóricas tienen mucha gracia quando se usan de paso y con discrecion. Cervántes se valió así de ellas para expresar la atencion con que estaba todo el auditorio en la resurreccion de Altisidora. Dice que en aquel sitio *el mismo silencio guardaba silencio*: y á fin de exâgerar la delicadeza de manjares de un banquete, introduce al apetito dudoso y perplexo, *sin saber á qual de ellos debia alargar la mano*. Estas expresiones, y las demas que pudieran alegarse, manifiestan que Cervántes se

sirvió de los personages imaginarios, al modo que Homero, sin darles mas que una accion momentanea para presentar al lector las ideas sencillas mas agradablemente y con mayor viveza.

145 El mismo efecto hace en nuestro ánimo la armonía del estilo, por cuyo medio nos parece que vemos y oimos los sucesos de la fábula. En la Ilíada se oye el rozamiento de las cuerdas, el choque de las armas, el ruido de los combatientes, y se ve la ligereza de los caballos, y el enorme peso de la piedra de Sísifo. El poeta embelesa y suspende la atencion del lector con esta armonía propia de la heroycidad de su asunto, de la índole de su lengua, y de la medida y cadencia de la poesía. En el Quixote faltan todas estas circunstancias. El único objeto maravilloso es el desencanto de Dulcinea, y con todo se ve en él expresado (IV.6) *el veloz y precipitado curso de las exhalaciones, el tardo y sosegado paso de los perezosos bueyes, el rechinamiento de las chilladoras ruedas de los carros, y el confuso rumor y ronco mormullo de las lexanas trompas y vocinas*: de suerte que Cervántes empleó la armonía del estilo heroyco, extraña en su lengua, y conveniente solo en este lugar de su fábula, con un acierto igual por lo ménos al que tuvo Homero, quando se valió del estilo jocoso para expresar algunos objetos de su poema.

146 Otra de las virtudes del estilo de Cervántes es la multitud de expresiones diversas con que amplia los pensamientos, ó individualiza un mismo afecto en distintas personas. La pintura que hace de la admiracion (III.224) que causó el mono adivino en todos los circunstantes, quando Maese Pedro saludó á Don Quixote, basta para conocer la afluencia de este autor, y la riqueza y fecundidad de nuestra lengua.

147 Homero empleó los inmensos tesoros de la suya en la versificacion de la Ilíada: todos los dialectos griegos se perfeccionáron entre sus manos, y contribuyéron á la magestad, variedad y abundancia de la diccion de este poema. Cervántes no tuvo igual ensanche y libertad á causa de la respectiva escasez é imperfeccion de nuestra lengua, y de la corrupcion con que la hablaban algunos provinciales, y casi todos los autores caballerescos; pero no perdió la ocasion de imitar el lenguage vizcaino, el provincial de la Mancha, y el idioma de la caballería andante, burlándose de ellos, y enmendándolos con el remedo. Este dis-

creto autor, no contento con proscribir las locuras caballerescas, quiso desterrar tambien su afectado y ridículo estilo.

148 El de las poesías que introduxo en el Quixote, es castigado, puro y está exênto de los defectos que tienen las composiciones de la Galatea. En ninguna otra cosa se descubre mejor la madurez y circunspeccion con que escribió el Quixote, que en los versos de esta fábula. En ellos supo templar su aficion y esforzar su númen, usándolos con moderacion, trayéndolos oportunamente, y trabajándolos con mayor esmero y atencion que todos los demas de sus obras.

149 El Quixote es la mas á propósito para conocer la perfeccion de nuestra lengua, y la eloqüencia de Cervántes. Si fuera lícito dexar correr el discurso libremente, y la razon no precisara ya á ponerle término, se haria una enumeracion individual de las virtudes, adornos y variedad de su estilo. Se presentarian aquí todas las figuras de pensamiento y diccion vestidas con aquella gala y bizarría, que tienen quando salen voluntariamente del regazo de la eloqüencia, sin que las arranquen por fuerza de los senos de la retórica. Se descubriria la magestad con que se eleva en algunos lugares, la sencillez con que se acomoda á otros, y la nativa gracia con que los hermosea todos, y con esto se manifestaria juntamente, que es mucho mas fácil ampliar los elogios de este ilustre escritor, que moderarlos.

150 La propiedad de su locucion, unida á la invencion y disposicion de la fábula, forman de sus varias partes un todo uniforme, variado, que excita la curiosidad, y es tan agradable que lleva divertido y embelesado al lector, hasta ponerle en proporcion de aprovecharse con utilidad de su moral.

ARTÍCULO VII.

DISCRECION Y UTILIDAD DE LA MORAL DEL QUIXOTE.

151 Dos son los principales medios de proponer á los hombres las verdades morales: los exemplos de las virtudes y vicios sacados de la Historia, y los consejos y preceptos para su imitacion, ó desprecio tomados de la Filosofía. La Fábula los abraza ámbos y los anima y suaviza de modo que su moral es superior á la de la Historia y Filosofía. Los exemplos que nos propone la Historia son

imperfectos, diminutos y carecen del alma que les da la Fábula, la qual los pinta no como se encuentran en la sociedad, ni como ordinariamente son, sino como deben ser, retratándolos con toda la propiedad y verosimilitud precisa para ser creidos, y dándoles todo el fondo y extension que necesitan para hacer mayor impresion en el ánimo de los lectores. El historiador solo puede copiar la virtud y el vicio hasta el término que le permiten sus originales, pero el fabulista retrata los hombres con un pincel libre, manifestándoles sin limitacion su debilidad, su grandeza, sus pasiones, sus vicios y sus virtudes, para mostrarnos de un golpe toda su hermosura, ó deformidad, á fin de excitar nuestro amor, ó nuestro aborrecimiento.

152 La Filosofía se vale para corregirnos de preceptos y consejos; pero la Fábula, sin disminuir en nada su fuerza los mejora, solo con despojarlos del sobrecejo y sequedad del Pórtico. El velo de la ficcion templa los vehementes rayos de las verdades morales, proporcionándolos á la debilidad de nuestra vista, y la propension con que naturalmente anteponemos lo agradable á lo provechoso, sirve de medio para inducirnos á la práctica de las severas máxîmas de la Filosofía, proponiéndolas con todos los halagos de una insinuacion dulce, y con todos los adornos de una discreta persuasion. Á la manera que un camino largo, pero suave, ameno y divertido, fatiga ménos y se anda con mas gusto, que una senda áspera y desabrida, aunque conduzca al término con mas brevedad. Así perfecciona la Fábula las pinturas que la Historia dexa en bosquejo, y así tambien decora y viste las imágenes, cuyo desnudo esqueleto nos presenta la Filosofía.

153 Esta fuerza y discrecion con que se tratan las verdades morales en las fábulas, son las que causan su utilidad. La primera es mas precisa en las heroycas, y la segunda en las burlescas. Los asuntos serios necesitan realce, y los satíricos lenitivo.

154 De aquí nace la ventaja que tiene la moralidad de las fábulas burlescas. La sátira permite una cierta libertad para abultar sus objetos: y esta libertad corrige nuestras flaquezas y fixa nuestra curiosidad mejor que la seria é indeterminada moral de las Epopeyas. No hay eco mas agradable á nuestros oidos, ni que hiera con mas fuerza al corazon humano que el de la burla y la ironía, quando las sazona y templa la urbanidad.

155 Este es el dictámen de Horacio, el qual como de un crítico tan sabio y juicioso basta para autorizar la mayor utilidad del Quixote respecto á las fábulas heroycas, por la feliz y discreta eleccion que tuvo Cervántes en su objeto.

156 El mismo Horacio nos dexó encarecida la moral de Homero, graduándola por mejor y mas completa, que la de los célebres filósofos Crisipo y Crantor: elogio que prueba á un mismo tiempo el mérito del poeta griego, y la madurez y circunspeccion del latino.

157 Entre los muchos autores, que se arrogan el derecho de calificar las obras útiles y provechosas, habrá quizá muy pocos que procedan con el tiento y juicio que Horacio. Este sabio poeta no se determinó á juzgar la Ilíada y Odisea hasta que las volvió á leer de propósito en el retiro de Preneste. Si le imitasen los que intentan formar juicio del Quixote, si leyeran ántes esta obra con reflexîon é imparcialidad, moderarian tal vez sus censuras, y aplaudirian la discrecion de su moral y la utilidad de su enseñanza.

158 Lo cierto es que el principal fin de Cervántes no fué divertir y entretener á sus lectores, como vulgarmente se cree. Valióse de este medio como de un lenitivo para templar la delicada sátira que hizo de las costumbres de su tiempo: sátira viva y animada; pero sin hiel y sin amargura: sátira suave y halagüeña; pero llena de avisos discretos y oportunos, dignos de la ingeniosa destreza de Sócrates, y tan distantes de la demasiada indulgencia, como de la austeridad nimia.

159 Por este útil y divertido camino conduce Cervántes á sus lectores, enseñándolos é instruyéndolos desde el principio hasta el fin de su fábula. Su principal objeto es la correccion de los vicios caballerescos. Este es el primero, pero no el único asunto de su moral. En ella se comprehenden tambien aquellos defectos, que por ser mas freqüentes y perjudiciales á la sociedad y literatura hiciéron mayor impresion en el ánimo del autor, zeloso del bien de los hombres y en especial de los de su nacion. De manera que la moral de esta fábula no solo es útil por los varios objetos que abraza; sino tambien por la discrecion con que los reprehende, á medida del esfuerzo preciso para desarraigarlos del espíritu del vulgo.

160 Esto claramente se ve en la correccion de las extravagan-

cias caballerescas, la qual sobresale mas, y tiene mayor realce quando se dirige contra las que el vulgo miraba como acciones heroycas, y es mas sencilla y natural quando se propone por objeto aquellas que se oponian directamente á la Religion y á las leyes. Tal era la costumbre de invocar los caballeros á sus damas para que los socorriesen quando se veian en algun apuro, ó en peligro próxîmo de muerte : costumbre característica de los caballeros andantes, como evidencian las leyes de la Partida; pero costumbre enteramente contraria á la Religion, y aun á la razon misma. Cervántes para corregirla haciéndola ridícula, se valió del coloquio de Don Quixote y Vivaldo (1.96), en el qual este interlocutor manifiesta con una razon tan clara y sencilla que la expresada costumbre era indigna del christianismo , y propia solamente de idólatras y gentiles , que dexó mudo á Don Quixote, sin embargo del necio y porfiado teson con que se empeñaba siempre en sostener, y llevar al cabo todos los abusos caballerescos.

161 Así debia suceder en este que autorizaba á los caballeros andantes para consagrar sus errores, adorar sus imaginaciones, y persuadirse á que los atributos de la Divinidad exîstian en los objetos de su pasion , ó de su fantasía. Ceguedad mucho mayor que la del paganismo , pues este no ponia en el número de los inmortales sino á aquellos pocos hombres que habian sobresalido entre los demas por medio de hechos heroycos, extraordinarios y maravillosos, quando en la caballería andante se rendia este culto á las damas mas débiles, ménos estimables, y aun á veces fingidas y supuestas. Claro es que una costumbre tan vergonzosa, y tan en oprobio de la razon humana no necesitaba para hacerla despreciable y ridícula mas que una mera reflexîon sencilla y natural como la que Cervántes puso en boca de aquel discreto y festivo caballero.

162 Los que se preciaban de serlo se creian exêntos de la autoridad de las leyes , superiores á los Magistrados , y obligados á cubrir con su sombra y proteccion á todos los delinqüentes y facinerosos. Por este raro capricho llegó la caballería á trastornar los pactos fundamentales de la sociedad , y á contagiar é inficionar con una generosidad falsa y aparente la parte mas noble y mas distinguida de la nacion. Cervántes deseando arrancar de raiz un vicio tan general y nocivo , empleó las armas de la ironía, de la moral y del escarmiento.

163 En efecto la hazaña que emprendió y llevó al cabo Don Quixote de dar libertad á los forzados que iban á galeras (II.10), procedió de esta falsa generosidad; pero en su contexto y narracion está bien patente la ridiculez de semejantes acciones, la injusticia de los que las emprendian, y el desayre á que quedaban expuestos, tanto por la autoridad de la Justicia, quanto por la censura de las personas prudentes y juiciosas. Las prevenciones de Sancho á su amo luego que le manifestó este pensamiento (II.2): la burla que hizo de él el Comisario quando se le propuso (II.11): el desprecio, mofa, é insulto con que correspondiéron los galeotes á su beneficio (II.13): la retirada dentro de Sierra Morena á que le precisó el rezelo y temor de la Santa Hermandad (II.16): la seria y discreta reprehension del Cura (II.124): la vergüenza que tuvo, y el silencio que guardó Don Quixote al oirla, y los retos necios é insensatos en que prorrumpió quando Sancho le descubrió como autor de aquel atentado, retratan toda su deformidad con unos colores tan vivos, tan naturales y graciosos, que no es fácil hallar preservativo mas oportuno para los que puedan adolecer de semejante extravagancia.

164 Nunca lo será la proteccion de la nobleza para con los afligidos y menesterosos, siempre que se gobierne por las leyes de la equidad y de la prudencia, y que anteceda el previo é indispensable conocimiento de los hechos y de las personas. Pero no era así la que inspiraba á los nobles el espíritu caballeresco. Este les incitaba á defender todo lo que se acogia baxo de su sombra, y á impugnar quanto se resistia á sus antojos, sin mas exámen, ni otro fundamento. Creian bien hecho todo lo que executase un caballero, y tenian por suficiente este título para justificar qualquier crímen contrario á la razon y á las leyes, á las que solo les parecia que estaba sujeta la plebe. Así la falsa supersticion de los paganos adoraba en las aras de Júpiter los mismos atentados que castigaba con el último suplicio en los hombres.

165 De esta falta de discernimiento resultaba muchas veces que la proteccion importuna de un caballero hacia mas infelices las personas á quienes intentaba amparar. Cervántes que conocia este vicio tan propio de la vanidad caballeresca, fingió con singular discrecion que Don Quixote habia principiado sus fechos de armas, libertando á su parecer á un muchacho del castigo injusto

de su amo (I.26): que salió ufano y triunfante del hecho, creyendo haber dado un felicísimo y alto principio á sus caballerías: y al fin que habiéndose encontrado despues con el mismo muchacho, y renovado su vanidad con la memoria de aquel suceso, quedó avergonzado y corrido, sabiendo que su proteccion solo habia servido de aumentarle á aquel infeliz la pena, el castigo y la desdicha (II.147). Las naturales y sencillas reflexîones del muchacho, y la despedida que hizo entónces de Don Quixote, son una correccion muy oportuna y sabia, y una burla donosísima de los que se entrometen por puro capricho, por ligereza, ó por vanidad en asuntos que no les incumben.

166 Tal era el éxîto que naturalmente debian tener todas las aventuras, todos los hechos caballerescos, y qualquiera reforma, ó proteccion intentada por los que pretendian seguir el rumbo de la caballería andante. Todo debia ser extraño y ridículo, supuesta la constitucion que tenia ya entónces la Europa, donde aquella reforma y esta proteccion eran ya (como debian ser) peculiares y privativas de los Soberanos y de los Magistrados.

167 De este ridículo y desgraciado éxîto de las aventuras de Don Quixote infieren algunos, que el objeto de esta fábula es únicamente reprehender y ridiculizar la caballería andante como defecto peculiar de la Nacion Española. Este parecer han seguido varios autores extrangeros, que conforme á la debilidad del espíritu humano han abrazado con gusto la ocasion de pintar ridículamente la gravedad española, lisonjeándose de que han tomado sus colores de la paleta de Cervántes. Si fuese cierta esta objecion, se confesaria ingenuamente, anteponiendo la sinceridad al amor de la patria, y á la estimacion de Cervántes; pero la verdad es, que el espíritu caballeresco era comun á toda Europa, y que Cervántes fué demasiado sabio para ignorarlo, y muy honrado para ser ingenioso en desdoro de su nacion.

168 Esta verdad notoria á los sabios, no puede hacerse patente y manifiesta á todos sin subir hasta el orígen de la caballería andante, y delinear por menor las costumbres de aquellos tiempos: asunto que han ilustrado varios autores célebres; pero asunto vasto, complicado é incompatible con el objeto de este Discurso, donde solo puede darse una ligera idea de él.

169 Tres fuéron pues las causas que concurriéron al orígen y

progresos de la caballería andante en Europa: la legislacion de las Naciones septentrionales, el gobierno feudal, y la noble emulacion de las Cruzadas. En aquella legislacion el abuso de las pruebas negativas en los juicios introduxo la purgacion por agua y hierro, y la incertidumbre de esta prueba precisó á recurrir al combate judicial, que se extendió á toda especie de acciones y demandas.

170 Todas se reduxéron á hechos, y estos hechos se decidian en un duelo. Para arreglarlos se estableciéron leyes muy singulares y discretas, en las quales estaba enlazada la locura del hecho con la racionalidad del derecho: de modo que de su monstruosa union resultó la caballería andante vestida de todas sus extravagancias á la manera que salió armada Minerva del celebro de Júpiter.

171 El gobierno feudal era un estado perpetuo de guerra y rapiña, en que las personas débiles y desarmadas estaban siempre expuestas á los insultos de la fuerza y de la violencia. Aquel zelo guerrero y generoso que empeñó á tanta muchedumbre de caballeros á tomar las armas para defender á los peregrinos oprimidos en la Palestina, aquel propio incitó á otros á proteger y vindicar la inocencia en Europa misma, reprimiendo la violencia de los poderosos, libertando los cautivos, y vengando á las mugeres, á los huérfanos, á los Eclesiásticos y á todos aquellos que no podian por sí mismos tomar armas para resistir á la fuerza abierta, ó para defenderse en el combate judicial.

172 De un objeto tan noble en su principio, tan preciso segun las circunstancias en que se hallaba la sociedad, tan útil á la mayor parte de los hombres, y tan aplaudido por el valor, humanidad, pundonor y justicia de los que le exercian, resultó la órden de caballería, órden de una gerarquía superior á todas las demas, pues que hasta los Reyes hacian vanidad de recibirla de mano de un caballero particular.

173 Las distinciones y prerogativas de la caballería, inspiráron á varios hombres un fanatismo militar, que les induxo á emprender hechos muy extravagantes y desvariados. La ventaja que daban las armas ofensivas y defensivas de mayor fuerza y mejor temple, dió motivo al vulgo, que no penetraba, ni inquiria la causa de aquella ventaja, para persuadirse á que procedia de encantamiento.

174 La idea de los campeones protectores de la virtud y hermosura de las mugeres conduxo á un galanteo ciego y desatinado, y de este modo fué la debilidad humana viciando poco á poco la órden de caballería, hasta degradarla y reducirla al extremo de caballería andante.

175 Esta tuvo mayor auge quando por haberse introducido una legislacion equitativa, y afirmádose el poder monárquico, se desterró el combate judicial y la odiosa desigualdad que resultaba de la anarquía feudal. Entónces que la órden de la caballería no podia subsistir como ántes, porque sus funciones eran peculiares de los Soberanos y Magistrados, no quedó otra ocupacion á los que querian hacer alarde de caballeros, sino entrometerse á reformar los particulares abusos, que les representaba como tales su antojo, su capricho, ó su pasion.

176 De aquí procedió, y tomó cuerpo la manía caballeresca, que no pudo reprimirse, ni con la vigilancia de las leyes, ni con la autoridad soberana. De aquí el valor importuno y el galanteo idólatra, que se acreditáron mas y mas con el uso de las justas y torneos, y de los duelos particulares. De aquí finalmente un empeño continuo en impedir el curso de la justicia y substraerse de su poder, con otros excesos contrarios á la Religion, á las leyes y á la tranquilidad pública.

177 Las novelas caballerescas fomentáron estas ideas y trastornáron la fantasía de los lectores, pintándoles campeones imaginarios, caballos alados y dotados de inteligencia, hombres invisibles, ó invulnerables, mágicos interesados en la gloria y reputacion de los caballeros, palacios encantados y desencantados, y hazañas portentosas é increibles.

178 Aquellos excesos y estas ideas fuéron el primer objeto de la moral del Quixote, y eran comunes á España y á toda Europa aun en los siglos quince y diez y seis. Cervántes intentó desterrar aquellos excesos y los libros que los autorizaban, y lo intentó sabiendo por experiencia propia, que su práctica y lectura era moda dentro y fuera de España, y que eran vicios de los hombres, y no precisamente de los Españoles.

179 Por esto previno en el prólogo de su fábula, que su primero y principal fin *era derribar la máquina mal fundada de los libros caballerescos, y deshacer la autoridad y cabida que tenian en*

el mundo y en el vulgo, lo que igualmente confiesa su contrario Avellaneda; sin embargo del empeño con que en todo lo demas le zahiere, moteja y reprehende: y por lo mismo procuró corregir los vicios á que inducia su leccion, impugnándolos con las invencibles armas de la razon y de la ironía, abrazando todas las extravagancias caballerescas, y particularmente aquellas que se oponian directamente á las máxîmas de la Religion, de las leyes y de la sociedad.

180 Para combatirlas empieza Cervántes reprehendiendo irónicamente la preocupacion de creer, que la formalidad sola de ceñirle á uno la espada otro caballero, bastaba para darle autoridad de usar de ella, sin otra causa que su voluntad y sin otros límites que los de su antojo. Á este fin pintando á su Héroe ya en campaña, dice que solo le hizo titubear en su propósito de ir por el mundo á buscar las aventuras, el pensamiento de que no estaba armado caballero (1.8); mas para remediar esta falta propuso hacerse armar por el primer caballero que encontrase. Y como su fantasía fecunda en producir fantasmas caballerescas, se agitó con estos pensamientos, le representó como castillo una venta, como Castellano al ventero, como doncellas principales á unas rameras, y como trompeta militar el cuerno de un porquero (1.11). Las ridículas escenas que en esta venta sucediéron, ya quando Don Quixote suplicó al ventero que le armase: ya quando este le dió sus instrucciones sobre las cosas de que debia ir proveido: ya quando veló las armas en el patio, y ya quando se celebró la ceremonia de armarle caballero, son la mas graciosa y ridícula representacion de las vanas y extravagantes exterioridades en que se fundaba la caballería andante.

181 Cierto es que la costumbre de armar caballeros á los jóvenes, que iban á emprender el exercicio de las armas en defensa de su patria y tal vez de la Religion, no se debe mirar como una ceremonia vana. Los que hacen estudio de impugnar á Cervántes, y pintar como obra perjudicial su Quixote, en este y otros casos semejantes procuran confundir la justa sátira que hace este autor del abuso de las cosas, con el desprecio, ó impugnacion de las cosas en sí. Pero los hombres juiciosos y desapasionados conocen desde luego con quanta delicadeza y tiento supo el autor ridiculizar los abusos, sin impugnar los usos fundados en la razon. En

este claro está, que la burla recae sobre la injusta costumbre de entrometerse un caballero particular á dar armas, y facultad para usar de ellas á otro, sin mas autoridad que la de pedírselo á él el pretendiente. Los privilegios, las facultades y las distinciones solo son justas quando la autoridad legítima las confiere al mérito, y nunca pueden ser miradas con respeto las que por sí mismas se tomó la fuerza.

182 No es ménos digno de reprehension el abuso de las cosas sagradas, que censura nuestro autor en la vela de las armas que hizo Don Quixote. Todos saben, que los buenos católicos han procurado en todos tiempos implorar la asistencia del Dios de las batallas en los lances dificultosos y arriesgados, en que iban á entrar por su Religion, ó por su patria. Justo èra tambien que el que emprendia la carrera militar con estos honrados y heroycos designios, buscase el valor y la prudencia necesaria para tan glorioso como arduo exercicio en las bendiciones del Omnipotente: y así nada podia discurrirse mas acertado que las vigilias y velas de las armas, que hacian los pretendientes en las iglesias, ó capillas la noche ántes de ser armados (como prescriben los antiguos estatutos de las Órdenes Militares) consagrando á Dios sus armas y personas. Pero quando esta facultad de armar caballeros se la tomáron personas, que ninguna autoridad tenian para ello, quando la dignidad de caballero se buscó como puerta para poder oponerse á la Justicia, y como carácter que habilitaba al que le recibia para emprender galanteos locos y aun casi idólatras, claro está que la vela de las armas era ya tentar á Dios, buscándole para apoyo de la maldad. Cervántes lleno de prudencia y de religion se burla de este abuso; pero para no profanar con las burlas los lugares sagrados, hace que la vela de Don Quixote sea en el patio, dando el ventero la excusa de estar caida la capilla.

183 Aquel mirar como cosa sagrada las armas de un caballero, á las quales ninguno podia tocar sin serlo, está graciosamente ridiculizado en la aventura de los arrieros, que iban á dar agua á sus requas: y en la extraordinaria manía de Don Quixote, que quiso que en adelante se llamasen Don las dos mozas que le habian ceñido la espada y calzado las espuelas, está pintado con una graciosa ironía el capricho de mirar como dignas de la mayor atencion todas las personas, ó cosas que tienen alguna rela-

cion con un caballero, capricho que ha autorizado á muchos para que con el salvo conducto de una librea se atrevan á cometer desórdenes, y á no respetar á la Justicia.

184 De un principio tan ageno de toda razon como dar facultades y preeminencias, quien ninguna autoridad tenia para darlas, y de unos campeones, que empezaban la carrera de sus hazañas con la supersticiosa profanacion de las cosas sagradas, solo podian esperarse atropellamientos injustos, trastorno de la sociedad, desprecio de las leyes, y una continua transgresion de la moral christiana y de los primeros preceptos de nuestra Religion; pero cubiertos todos estos desórdenes con la brillante apariencia de procurar el bien de todos. En las varias y extrañas aventuras de Don Quixote se ven pintados todos estos abusos con tal viveza, que basta para detestarlos mirar en sus pinturas la vergonzosa ridiculez de los originales.

185 Á qualquiera le provoca á risa la extravagancia de Don Quixote en querer que unos hombres, á quienes casualmente encontró en el camino, confesasen que la hermosura de Dulcinea se aventajaba á la de todas las mugeres del mundo (I.29), y esto sin que ellos la hubiesen visto, ni tuviesen la menor noticia de quien era. Á la verdad el que leyere este pasage, conocerá claramente que estaba loco quien tal disparate pretendia. El mismo concepto formará tambien viendo el reto que en medio del camino de Zaragoza hizo á todos los que no quisiesen confesar: *que á todas las hermosuras y cortesías del mundo excedian las que se encerraban en las Ninfas habitadoras de aquellos prados y bosques, dexando á un lado á la Señora de su alma Dulcinea del Toboso* (IV.123): y todos mirarán estos retos como tan disparatados, que se persuadirán á que solo pudiéron exîstir en la fantasía de un poeta. Pero esto mismo que nos parece increible por descabellado, es lo que encontramos celebrado en varias historias antiguas. El famoso Hernando del Pulgar en su libro de los *Claros Varones de España*, ensalza hasta el extremo la famosa locura de Suero de Quiñónes en la defensa del paso de Órbigo, perpetuada en un libro intitulado *El Paso honroso*. El mismo Hernando del Pulgar Coronista de los Reyes Católicos, conoció á Don Gonzalo de Guzman, á Juan de Merlo, á Juan de Polanco, á Alfaran de Vivero, á Pero Vázquez de Sayavedra, á Gutierre Quixada, á Diego de Valera y otros que se fuéron

por los Reynos extraños á hacer armas con qualquiera caballero que quisiese hacerlas con ellos, sin otro objeto que lo que llamaban ganar prez y honra. Ve aquí los originales que copió Cervántes en los ridículos retos de Don Quixote, y los que supo retratar con tal destreza, que conservando todos los caractéres, en que se nota lo parecido de la copia, descubrió todo lo ridículo y despreciable de unas acciones, que aunque prueban el valor de quien las emprende, descubren al mismo tiempo el poco juicio de quien las imagina.

186 De aquí han querido inferir varios extrangeros, y aun algunos Españoles, que el Quixote destruyó las ideas del honor, y extinguió el fuego marcial, que ardia como en su propia esfera en los corazones guerreros de los invencibles Españoles. Pero Cervántes, que habia pasado su juventud en la verdadera escuela del valor, que es la guerra: Cervántes, que cargado de cadenas habia sabido procurar su libertad, y la de sus compañeros con acciones las mas arrojadas, que conserva en la historia de los siglos la memoria de los hombres: Cervántes, que gloriándose de sus heridas, dixo, *que el soldado mas bien parece muerto en la batalla, que libre en la fuga*: Cervántes finalmente, que supo manejar con tanta libertad la espada como la pluma, así como conocia que la intrepidez del valiente soldado no debe detenerse por obstáculos ni riesgos, sabia tambien que el verdadero valor nace de la razon, y que no merece el nombre de valiente, el que no gobierna sus acciones con la invariable regla de la justicia.

187 Los que han querido defender que el espíritu caballeresco era útil para mantener la honradez en los nobles, el valor en los militares y el pundonor en las damas, parece que no tienen siquiera noticia de lo que son los libros de caballerías, pues basta su lectura para conocer que estas monstruosas y perjudiciales novelas destruian el verdadero concepto de la honradez y de las obligaciones características de los nobles, que desfiguraban la idea del valor, torciéndole á lo injusto, y haciéndole degenerar en temeridad reprehensible, y finalmente que al paso que colocaban el pundonor de las damas en puras exterioridades, franqueaban la puerta para la disolucion mas abominable, enseñando tercerías, tratos clandestinos, robos y otras abominaciones, que doraban con solo pintarlas como executadas con esfuerzo, ó con temeridad.

188 En los tiempos del gobierno feudal, en aquellos siglos en que no habia mas ley que la fuerza, es cierto que podian ser útiles los desfacedores de tuertos. Entónces podia decirse que esta expresion significaba las obligaciones de todo caballero empleado en defender á las viudas, proteger á los huérfanos, y defender á los injustamente perseguidos. Pero Cervántes escribió en un siglo en que ya establecidas en un pie respetable las Monarquías, habia en ellas leyes que prohibian estos desórdenes, Magistrados que cuidaban de la observancia de estas leyes, y de proteger á los oprimidos: y finalmente Monarcas á quienes apelar de los agravios que pudiesen hacer los mismos Magistrados: siglo en que, segun toda razon, debian ser no solo inútiles, sino perjudiciales á la distribucion de la justicia esos hombres que á fuerza de armas quisiesen desfacer tuertos. Porque supongamos que los Magistrados faltasen á la distribucion de la justicia, y que el Soberano engañado cerrase los oidos á las quejas. Si en este lance (que es el mas estrecho que puede suponerse) saliesen esos hombres armados á restablecer la justicia, que no administraban ni los Magistrados, ni el Príncipe, el remedio de una injusticia particular produciria innumerables injusticias.

189 Pero si por desfacedores de tuertos entendemos los caballeros ú hombres poderosos, que emplean su autoridad y poder en beneficio de los desvalidos, autorizando sus quejas en los tribunales, sirviéndose de su cercanía al trono para que lleguen á los oidos de los Soberanos los ayes de los miserables, que suele apartar la adulacion, y finalmente socorriendo sus necesidades con las copiosas sobras de sus rentas, no hay duda en que estos son utilísimos en el mundo; mas tambien es cierto que ni eran estos los campeones celebrados en los libros de caballerías, ni los impugnados en el Quixote, y que por consiguiente su autor está libre del cargo que quieren hacerle de haber despojado á la nobleza de los pensamientos heroycos y grandes, que hiciéron eterna la gloria de sus progenitores.

190 Ni eran ménos contrarias las novelas caballerescas á la idea y concepto que debe formarse del verdadero valor, pues en ellas se destruian las justas causas que deben ponerle en exercicio, substituyendo otras que son ilegítimas y viciosas: se referian hechos que por increibles en el órden natural eran incapaces de ex-

citar á la imitacion, y así solo producian una admiracion inútil: y finalmente se recurria para las principales acciones á una especie de máquinas, que transformaban el valor en cobardía.

191 Quando el valor de los súbditos se ha reunido baxo la conducta de un Caudillo, ha producido sin duda las acciones mas gloriosas y mas útiles para el beneficio de los pueblos. Pero este mismo esfuerzo separado y dividido en bandos y facciones particulares ¿que perjuicios, que destrozos, que ruinas no ha causado á las naciones? Pues si miramos con ojos filosóficos y desapasionados el orígen de estos males, verémos que no ha sido otro, que el querer sostener la autoridad particular contra la pública y legítima.

192 Las fuerzas que tenian los particulares, y que habian servido para la defensa de los Estados, separadas de este digno objeto, se empleáron unas contra otras en daño de los mismos particulares y del comun. Cada uno porque era caballero y fuerte, creyó poder sostener sus derechos con sus armas, y canonizáron con el nombre de hechos valerosos las hostilidades cometidas contra sus mismos conciudadanos, y las rebeliones contra sus Señores legítimos. En esto colocaban el valor las novelas caballerescas, pintando Héroes respetados por la fuerza de su brazo: Héroes á quienes los mismos Soberanos hacian la corte, creyendo que de su capricho dependia la firmeza de sus tronos, y que si los descontentaban, eran capaces con sus esfuerzos de reducirlos del alto estado de Reyes al miserable de mendigos.

193 Cervántes que era mas filósofo de lo que muchos creen, descubriendo una de las principales fuentes de estos daños en el errado concepto que hacian formar del valor y mérito de los caballeros estas monstruosas novelas, reprehende este vicio, pintándole con toda su ridiculez, quando Don Quixote refiere á Sancho la llegada de un caballero á la Corte de un poderoso Rey (1.188), las distinciones que este le hace, y finalmente que el caballero le saca victorioso de sus enemigos, venciendo muchas batallas, y ganando muchas ciudades. Pero ántes que Don Quixote haga esta menuda descripcion de los heroycos hechos del caballero imaginario, tiene una conversacion con Sancho, en la qual se da á conocer mas claramente el objeto de Cervántes. Propone Sancho á Don Quixote que en lugar de andarse por el mundo buscando las aventuras, se vayan á servir en la guerra á algun Emperador, ó

Príncipe: y le demuestra con razones sencillas, pero convincentes, que aquel era el medio mejor de acreditar su valor y alcanzar recompensas dignas. Don Quixote convencido con la fuerza de la verdad, le dice que tiene razon, pero le añade, que *ántes que se llegue á ese término, es menester andar por el mundo, como en aprobacion, buscando las aventuras.* Ve aqui pintado al vivo el desvariado concepto que tenian del valor y del modo de acreditarle. Ántes de emplear el esfuerzo en el servicio y defensa de la patria quiere adquirir nombre con aventuras injustas y perjudiciales. Si es este el espíritu que echan ménos los impugnadores del Quixote, desde luego les concederémos que Cervántes pretendió extinguirle. Pero sepan que á pesar de sus discretas burlas ha durado largo tiempo esta desatinada creencia: que han sido menester muchas leyes, y mucho rigor para contener los freqüentes desafíos, que producia el arraigado error de querer acreditarse de valientes fuera de las campañas: que en España se ha disminuido mucho este daño, no tanto por las sátiras de Cervántes, quanto por las sabias providencias de los Soberanos de la Casa de Borbon, y que sin embargo vemos aun lastimosamente en nuestros dias, que quieren acreditar su valentía en un duelo particular algunos, que quizá no son capaces de mostrarla al frente del enemigo.

194 No paraba aquí el perjuicio que las novelas caballerescas causaban al verdadero valor. Ademas de sacarle de su natural esfera, que es la guerra, y emplearle en acciones temerarias é injustas, le pintaban con tales colores, que al mismo tiempo que aparecia digno de la mayor admiracion, se descubria incapaz de ser imitado. Aquel ponerse un hombre solo delante de un exército entero, y desbaratar sus esquadrones, arrebatarle sus banderas, y ganar una completa victoria, á qualquiera le parecerá que mas es un milagro, que un hecho valeroso. El derribar las murallas de un castillo, arrancar las puertas de una torre, y otras cosas semejantes, se miran como hechos de unos hombres de extraordinaria fuerza, y muy distantes de la esfera de los demas hombres: y así ninguno puede pretender imitarlos quando conoce por las experiencias cotidianas, que sus fuerzas son limitadas, y él incapaz de acabar empresas extraordinarias. Para que las hazañas que se nos refieren, nos provoquen á imitarlas, es necesario que las veamos en hombres como nosotros, y para esto es preciso que sean verosímiles.

195 El espíritu caballeresco no contento con atribuir estos hechos á los quiméricos Héroes de sus novelas, se atrevió á introducir semejantes ficciones en las historias, desfigurando de tal modo las hazañas de nuestros grandes Capitanes, que los hechos que contados sencillamente como fuéron, despertarian el valor de quantos los leyesen, referidos con tantas increibles añadiduras, solo sirven para excitar una estéril admiracion, ó tal vez la risa de los que miran su inverosimilitud. Y esto es lo que nota Cervántes en boca del Canónigo de Toledo, que encontró á Don Quixote quando le llevaban á su Aldea (II.381). Mosen Diego de Valera refiere, que habiéndose echado á dormir la siesta el Cid sobre unos escaños el dia de las bodas de sus hijas, se soltó un leon, y entró en la sala, de lo que se asustáron grandemente los Infantes de Carrion sus yernos. Pero dispertando el Cid los reprehendió tratándolos de cobardes, y ató el leon sin dificultad ninguna. Solo quien estaba infatuado con los desvaríos caballerescos podia pintar como posible atar un leon, como quien ata un perro, y qualquiera hubiera tenido por loco á un hombre que tratase de cobardes á los que huian de un leon. Estas fábulas bastarian para desacreditar al Cid, si no supiéramos otros hechos ménos maravillosos, pero que prueban mas claramente su valor. Quizá tuvo presente esta historieta Cervántes quando pintó la temeraria aventura de los leones (III.142), con la qual y con otras temeridades que emprendió Don Quixote, y de que salió unas veces bien por pura casualidad, y otras mal por el órden regular de las cosas, ridiculizó las fabulosas valentías de las novelas caballerescas, que admiraban los simples, y solo podian imitar los locos.

196 Pero aun los mismos autores de los libros de caballerías conociéron la inverosimilitud de estas proezas referidas como obras del valor de los hombres solamente, y por eso recurriéron á los encantamientos. Estos les servian no solo para hallar una solucion fácil en los lances mas intrincados, sino tambien para hacer creibles las acciones, que eran superiores á las fuerzas de un hombre. Nació esta quimera de la preocupacion, con que en los siglos de la ignorancia se creia maravilloso todo lo que no se comprehendia á primera vista. Por esto (como ya se ha notado) luego que viéron, que en los duelos particulares algunos campeones tenian armas de mucha mas fuerza, que las de los demas concurrentes

(efecto preciso de su mejor temple), como no conocian el mecanismo de esta causa, se diéron á creer que aquellas armas tenian una oculta virtud, que llamáron encantamiento. Las mismas leyes autorizáron esta preocupacion, mandando que los jueces hiciesen registrar á los combatientes para quitarles las yerbas encantadoras, caso que las llevasen, y para precisarlos á jurar que no tenian mas. De este modo se abrió la puerta á los encantamientos, prestigios y hechos de armas portentosos é increibles: y estas semillas fecundadas en la fértil imaginacion de los escritores de novelas, produxéron tantas y tan ridículas extravagancias, que no es posible referirlas todas. De aquí saliéron los palacios y jardines encantados, de aquí las transformaciones repentinas, de aquí el quedar en un momento despojado de sus fuerzas un caballero el mas valiente y esforzado, y de aquí finalmente aquellos encantadores amigos, ó enemigos que ayudaban, ó impedian las proezas de los caballeros.

197 Por solo estar mezcladas con semejantes encantamientos las hazañas que referian las historias caballerescas, es preciso que fuesen del todo inútiles para excitar el valor. Pues ¿que valor hay en exponerse á las flechas del contrario, quando está uno cierto de que es imposible, que penetren la coraza encantada, con que está guarnecido el que las espera? ¿Y como ha de temer el sonrojo de salir mal de una empresa, el que tiene la excusa de que un encantador contrario estorbó su feliz éxîto?

198 Estas reflexîones, que qualquiera podia hacer leyendo los libros de caballerías, hubieran bastado para hacer despreciables todas aquellas proezas y hazañas; pero el vulgo, enemigo siempre de reflexîonar, los leia con el aplauso que lee en nuestros tiempos los Romances de guapos y bandoleros, llenos tambien de acaecimientos falsos é imposibles: y aun la gente mas culta se contentaba con el gusto que causa lo maravilloso, sin querer tomar el trabajo de exâminar lo cierto, ó verosímil. Cervántes para que las gentes conociesen lo ridículo de estas invenciones sin el trabajo de reflexîonar sobre ellas, y se convenciesen de que el verdadero valor no se funda en imaginaciones fantásticas, sino que nace de un ánimo noble, acostumbrado desde la infancia á mirar la honra con mas aprecio que la vida, y persuadido de que esta se debe ofrecer gustosamente en sacrificio por la Religion, por la

patria y por el Soberano, representó en el quadro de su fábula la fantasma del encantamiento con todos los aspectos, que habia tenido en los libros de caballerías; pero descubriendo su inverosimilitud en todos ellos.

199 Burlóse de los palacios encantados en la aventura de la cueva de Montesínos (III.197), en que Don Quixote creyó haber visto á Durandarte, á Belerma, al mismo Montesínos y á otros personages, entre los quales no olvidó á la Señora de su alma.

200 De las transformaciones por encantamiento son repetidas y graciosas las burlas que se encuentran en el Quixote. La de los gigantes en molinos de viento (I.53), la de los exércitos en rebaños de carneros (I.152), la de Dulcinea en labradora (III.82), la del Caballero de los Espejos en el Bachiller Sanson Carrasco, y su escudero en Tomé Cecial (III.118) y la del que engañó á la hija de Doña Rodriguez en el lacayo Tosílos (IV.194) son todas excelentes; pero sobre todas la del jaez en albarda, quando en la venta disputaba Don Quixote que la bacía era el yelmo de Mambrino (II.330).

201 Uno de los efectos maravillosos de los encantamientos era quitar repentinamente las fuerzas á un caballero, para estorbarle alguna hazaña: de donde tal vez tuviéron principio ciertos hechizos y aligaciones á que aun en nuestros tiempos suele dar crédito el vulgo. La burla que de esto hace Cervántes es muy oportuna. Don Quixote viendo por las bardas del corral que manteaban á su escudero, quiso socorrerle; pero molido de los golpes del Moro encantado, y debilitado con la operacion del saludable bálsamo, ni pudo saltar las bardas, ni siquiera apearse: y al punto creyó que le habian encantado (I.143). Mas para acabar de descubrir lo ridículo de tales sucesos, es menester ver el discurso que despues de esta aventura hace Don Quixote á su escudero, proponiendo buscar una espada que estorbe el efecto de los encantamientos como la de Amadis.

202 Con todo, ninguna de estas cosas disminuia tanto el mérito de las acciones de valor de los caballeros andantes, como el suponer que cada uno tenia un sabio encantador que le ayudaba, y otro que se le oponia, semejantes en algun modo á los dos principios de los Maniqueos. Tales eran el sabio Freston, que por favorecer á otro caballero su ahijado, perseguia á Don Quixo-

te (I.48): el que llevaba á este (segun él creia) en el barco encantado (III.155), y el que le pareció que estorbaba ésta aventura (III.161), con otros diferentes de que se hace irónica mencion en el discurso de la fábula. Claro está que ayudados de estos encantadores podrian acabar los caballeros extraordinarias empresas; pero claro es tambien, que con este auxîlio sus acciones heroycas mas eran obras de encantamiento, que pruebas de valor.

203 Y si para este no eran conducentes los libros de caballerías, mucho ménos lo eran para mantener el recato y honestidad propia de las doncellas y matronas principales, pues los tales libros se puede con verdad asegurar, que son escuela de liviandad y desenvoltura, por lo qual Cervántes reprehendió discretamente en su Quixote los desórdenes de esta especie, que enseñaban y autorizaban semejantes novelas.

204 En los tiempos en que estaba recibida la apelacion por duelo, las damas combatian por medio de sus campeones, á los quales cortaban la mano en caso de vencimiento, y en algunas partes no condenaban á las mugeres á la prueba de agua, ó hierro sino quando no habia quien se presentase á defenderlas. Así la necesidad del combate judicial para las acciones y demandas, la poca confianza en los campeones mercenarios, y la flaqueza personal de las damas fuéron causa de que estas obsequiasen, y estimasen en mucho á los caballeros arrestados y valerosos, que podian ampararlas, y esta idea de proteccion tan lisonjera, y tan conforme al gusto dominante, los inclinó á emprender voluntariamente la defensa de las mugeres nobles y hermosas. De semejantes ideas recibidas generalmente en aquel tiempo provino el amor caballeresco, esto es la ciega pasion de las damas por los caballeros valientes, y la veneracion idólatra de los caballeros á las damas.

205 Por estos pasos logró introducirse en Europa el espíritu de la caballería y del galanteo, y todos adoptáron con gusto sus principios; pero singularmente los nobles, que al fin así como no reconocian otra ley que su espada, tampoco tenian otro ídolo que su dama.

206 Estos fuéron los Héroes que se propusiéron los escritores en sus obras, las quales diéron un prodigioso crédito al sistema de la caballería, porque sus copias excedian en mucho la extravagancia de los originales. *Las novelas de caballería* (dice un

autor moderno) *lisonjeáron el deseo de agradar á las damas, y diéron á una parte de la Europa el espíritu de galantería poco conocido de los antiguos. La idea de los paladines protectores de la virtud, de la debilidad, y de la hermosura de las mugeres conduxo á la galantería: la qual se perpetuó con el uso de los torneos, que uniendo en sí los derechos del valor y del amor, la diéron mucha consideracion y aumento.*

207 Imbuidos pues los caballeros en las máxîmas que leian en estos libros, y que con su lectura estaban generalmente recibidas, miraban como obligacion precisa de todo noble tener una dama á quien consagrar sus acciones: obligacion la mas opuesta, no digo á la moral christiana, sino á la misma fe que profesamos.

208 La vanidad y el deseo de ser celebradas y servidas son las pasiones que mas dominan á las mugeres, y por consiguiente las mas capaces de hacerlas atropellar los términos del decoro y la modestia, virtudes características de su sexô. Por esto para estorbar los peligros de unos galanteos tan públicos y autorizados por la costumbre, se viéron obligados los padres y deudos á guardar á sus hijas y parientas con medios mas rigurosos, que los que hasta allí habian bastado, recurriendo á la estrecha clausura de sus casas, y á la perpetua custodia de las dueñas.

209 Pero este remedio en vez de estorbar el daño, sirvió solamente para mudar su aspecto. Leian estas encerradas doncellas para divertir su soledad aquellos perjudicialísimos libros de caballerías: encontraban en ellos mil historietas amatorias, en las quales los caballeros enamorados se pintaban como Héroes, y la facilidad y desenvoltura con que los escuchaban las doncellas, se trataba de justa correspondencia: y estas especies formaban en la imaginacion viva de las jóvenes unas ideas muy contrarias á la razon. Miraban su encierro como una esclavitud, á sus padres como unos tiranos, y su vida retirada como la mayor miseria. Fortificaban tal vez estas ideas las mismas dueñas á cuya custodia estaban encargadas, las quales ó por ignorancia, ó por malicia les contaban cuentos de la misma moral que las novelas.

210 De tan perjudiciales principios se seguian ordinariamente lastimosas conseqüencias, pues deseosas de ser estimadas, veneradas y aplaudidas, como aquellas que en los libros y cuentos eran celebradas, correspondian fácilmente, y sin consideracion á las señas

y mensages que les enviaban los caballeros (perseguidores baxo el título de defensores de la honestidad) ganando con el soborno á los mismos domésticos y familiares. Seguíanse despues las conversaciones nocturnas en los terreros, proporcionando estos mismos desórdenes las dueñas, á quienes engañados los padres fiaban el cuidado de sus hijas: y aun por eso vemos quan acordes están nuestros escritores en tratarlas de terceras.

211 De aquí resultaba muchas veces que los padres, llegando á conocer, aunque tarde, estos desórdenes, convenian tal vez por no exponerse á otros inconvenientes, en matrimonios, que jamas hubieran aprobado en otras circunstancias. Otros tratándolas con mas dureza, las obligaban á dar la mano de esposas á personas que ellas miraban con aversion, ó las hacian por fuerza que entrasen Religiosas, á trueque de no tener un continuo sobresalto en su casa: y aunque estos males eran gravísimos, con todo solian producir otros de peor especie los amores clandestinos, protegidos y disimulados por las dueñas y por los escuderos de las casas.

212 Para conceder pues, que los libros de caballerías inspirasen máxîmas de recato y honradez á las doncellas, era menester cerrar los ojos y no ver estas funestas conseqüencias de sus principios y máxîmas: conseqüencias que no se siguiéron por pura casualidad, sino por una precisa conexîon, atendido el carácter de los dos sexôs, y la humana flaqueza.

213 Pero no decimos por esto que sea útil á las buenas costumbres criar á las doncellas principales con toda libertad, permitirlas sin distincion todo trato, y fiar de la prudencia de una niña de poca edad el evitar por sí misma los peligros, que se encuentran con freqüencia aun en la sociedad y trato, que parece mas inocente, pues para imaginarlo seria menester carecer de razon: y aun quando la razon no probara lo contrario, lo probarian tristemente mil experiencias de nuestros dias. Lo que decimos es, que las máxîmas de los libros de caballerías eran muy contrarias al recato y á la honestidad: que en ellos se aprendia leyendo, la disolucion que hoy se aprende tratando: y finalmente que la sátira de Cervántes contra los excesos de aquellos tiempos, no pudo ser de ningun modo causa de los que por camino contrario experimentamos en los nuestros.

214 Para evidenciar esta verdad será menester que recorra-

mos brevemente todos los principales amores de que se habla en el Quixote. Y empezando por los de este con su señora Dulcinea (1.7), verémos luego, que en ellos se ridiculiza aquella famosa preocupacion, de que todo caballero debia ser enamorado, pues ninguna otra razon tuvo Don Quixote para decir que lo estaba, sino seguir esta costumbre, que juzgaba tan precisa. Esto se conoce claramente en su conversacion con Vivaldo (1.96), así como en las juiciosas reconvenciones de este se ve, quan sin fundamento y quan contra la Religion era esta preocupacion caballeresca. Alguno podrá decir que unos amores tan castos y platónicos como los de Don Quixote, nada tenian de malo; pero nadie puede tener por bueno el creer, que todo caballero debe ser enamorado: y la experiencia nos enseña, que muchos galanteos, que se empiezan solo por vanidad, ó por hacer lo que otros hacen, suelen traer tan funestas conseqüencias, como los que son hijos de una pasion vehemente.

215 Al mismo tiempo que los caballeros miraban á todas las damas como unas Porcias en la fidelidad y en el recato, á ese mismo creian cosa muy natural, que enamoradas de un caballero, le buscasen y se entregasen á él: de modo, que parece que la facilidad mas detestable no era liviandad, siempre que fuera un caballero el objeto á que se dirigiese. Á tanto llegaban los privilegios de la caballería. Este extravagante modo de pensar descubre Cervántes, quando el mismo Don Quixote, que con tanta acrimonia reprehende á Sancho, porque creia haber notado alguna familiaridad entre Dorotea y su esposo Don Fernando (11.345), ese mismo cree, que la hija del Castellano le viene á solicitar de noche (1.128), y que la hija de un Rey á cuya Corte llega un caballero andante, es preciso que se enamore y entregue al tal caballero (1.189).

216 Esta persuasion del mérito intrínseco de los caballeros se extendió á creer, que un amante por solo estar enamorado era acreedor de justicia á ser correspondido: error que apoyáron y difundiéron los poetas. El amor que tenia Grisóstomo á Marcela es un retrato de las funestas conseqüencias de tan necio principio; pero el razonamiento de Marcela es la mas juiciosa impugnacion de esta locura (1.109).

217 No eran menores los daños que producia en las doncellas

la lectura de los libros de caballería. Los padres temerosos de los perjuicios que podian seguirse á sus hijas con el trato de aquellos jóvenes, que no solo creian inocente la paga de sus amores, sino que se miraban como con un derecho para exîgirla, se persuadiéron á que para defenderlas de este daño, era suficiente remedio el encerrarlas. Muchos han creido, que Cervántes pretendió reprehender este retiro, y por eso le miran como autor de la desenvoltura y libertad de nuestros dias; pero los que así piensan, ó no han leido el Quixote, ó no le han entendido. Don Quixote respondiendo á Altisidora en un Romance, la dixo estas quatro coplas, dignas de que las tengan presentes todas las madres (IV.96).

Suelen las fuerzas de amor
sacar de quicio las almas,
tomando por instrumento
la ociosidad descuidada.
Suele el coser y el labrar,
y el estar siempre ocupadas
ser antídoto al veneno
de las amorosas ansias.
Las doncellas recogidas,
que aspiran á ser casadas,
la honestidad es la dote
y voz de sus alabanzas.
Los andantes caballeros,
y los que en la Corte andan,
requiébranse con las libres,
con las honestas se casan.

218 Esto mismo confirmó quando dixo á los Duques la segunda vez que estuvo en su palacio, que el mal de Altisidora nacia de ociosidad, que la tuviesen ocupada, y se dexaria de amores (IV.313). Lo cierto es, que los inconvenientes que se seguian de aquel encierro, no consistian tanto en el mismo encierro, como en que en él, en vez de estar empleadas en ocupaciones honestas é inocentes, se divertian en leer historias caballerescas, comedias y poesías amorosas, y con esta lectura se dispertaban las pasiones, que no podia por sí solo extinguir el retiro. Este abuso da á enten-

der Cervántes quando Cardenio refiere que Luscinda le pidió el Amadis (II.37), y quando Dorotea dixo al Cura que habia leido muchos libros de caballerías (II.114).

219 Llenas pues de ideas caballerescas, no se detenian las doncellas mas recatadas en tomar las mas arrojadas resoluciones. Véase esto retratado al vivo en la de Luscinda, que tuvo escondida una daga para matarse la noche de sus bodas con Don Fernando (II.84), en la de Dorotea de ir á buscar al mismo Don Fernando, para vengar en él su deshonra (II.106), pero mas trágicamente en el arrojo de Claudia Gerónima, que por unos zelos mal fundados dió muerte por su propia mano á su amante Don Vicente Torréllas (IV.239).

220 Todos estos excesos provenian, de que las doncellas deslumbradas con las agradables pinturas del amor que leian, se arriesgaban con facilidad al clandestino trato de las rejas y terreros, como lo muestran los amores de Doña Clara y Don Luis, siendo ellos por otra parte dos criaturas inocentes (II.311).

221 Seguíanse despues las solicitudes de los amantes, y las tercerías de las dueñas ó criadas, como se ve en los amores de Don Fernando (II.99) y la historia de la Trifaldi (IV.34), y de este modo se venian á encontrar las inconsideradas doncellas en los lances que no supiéron precaver, de lo qual se arrepentian las mas veces, aunque tarde, pues su poca honestidad las obligaba despues á quedar deshonradas, ó contentarse con bodas desiguales y poco ventajosas. Así sucedió á la burlada hija de Doña Rodriguez, que se contentaba con casarse con el lacayo Tosílos (IV.195): y así tambien á Leandra, que despues de haber sido pretendida por los principales de su pueblo, se vió sola, abandonada y desnuda en una cueva por haberse salido de casa de sus padres con Vicente de la Rosa, de quien se enamoró solo por ver su gallardía, y oir las mentidas proezas que contaba (II.395). En esto tambien se nota otro riesgo de la lectura de los libros de caballería, pues como en ellos se pintan la verdad y la constancia como prendas propias de los enamorados, las doncellas ignorantes creian verdaderas las protestas de los hombres, y estos consultando sus livianos deseos, y no las verdaderas reglas del honor, las abandonaban, como Don Fernando á Dorotea. Por eso quando Sancho encontró á la hija de Diego de la Llana, fuera de su casa en trage

de hombre (iv.132), aunque conoció que todo aquello era una niñada, la reprehendió y amonestó, que no volviese á hacerlo, dando á entender las funestas conseqüencias, que suelen acarrear las libertades que parecen inocentes.

222 Tambien solia ser á veces inútil el recurso de la custodia y encierro para la guarda de las doncellas, porque llegaba tarde. Bien lo prueba la historia de los amores de Cardenio y Luscinda, á la qual guardáron sus padres despues que el trato de la niñez habia sembrado en su tierno corazon las amorosas ansias (ii.32). Lo mismo sucedió tambien con Quiteria, que ya estaba enamorada de Basilio quando sus padres impidiéron que le tratase (iii.161).

223 Solos estos pasages bastan para conocer, que las máxîmas del Quixote léxos de abrir la puerta á la desenvoltura y libertad de las doncellas, están continuamente reprehendiendo este abuso: y á esto mismo conspiran varias reflexîones que se encuentran esparcidas por toda la obra.

224 Tal es la que Don Quixote hizo hablando con Sancho, que extrañaba que Altisidora se hubiese enamorado de su amo, siendo tan feo: á lo que replicó Don Quixote, haciéndole ver que el amor que se funda en la estimacion de las prendas del alma, es firme y verdadero, y el que solo tiene por objeto la hermosura exterior, ligero, é inconstante (iv.207).

225 Tambien es oportunísima la reflexîon del cabrero amante de Leandra, sobre que los padres dexen á sus hijas, que escojan á su gusto el que ha de ser su esposo, pero que no les propongan sino partidos buenos, para que no sea el antojo, sino la razon quien mueva su ánimo (ii.392). Esto mismo apoya Don Quixote, yendo á ver las bodas de Camacho, con razones evidentes, haciendo ver que el capricho de las muchachas de ordinario se inclina á lo peor, y como la compañía de los esposos dura toda la vida, ellas mismas se arrepienten, aunque tarde, de sus malas elecciones (iii.162).

226 Quizá nos hemos detenido demasiado en referir los perjuicios que los libros de caballería causaban en las costumbres, y con quanta razon y prudencia los combatió Cervántes en su Quixote, pero todo era necesario para vindicarle del injusto cargo que han querido hacerle algunos críticos, mas severos que justos. Cervántes tuvo gran juicio, y gran conocimiento del corazon huma-

no, y así procuró, desterrando los libros de caballería, arrancar la raiz de innumerables vicios, que no eran, hablando con propiedad, un abuso que la malicia humana hacia de unas obras en sí buenas (como han pretendido algunos), sino una conseqüencia precisa de los principios fundamentales de los referidos libros.

227 Mas como nuestro autor se proponia el verdadero objeto de la sátira justa, que es mejorar á los hombres, no se contentó con impugnar los vicios caballerescos, sino que de paso y segun le venia la ocasion reprehendió casi todos los defectos de las demas profesiones y estados, ó ya proponiendo y alabando á los que estaban libres de ellos, ó ya ridiculizando á los que en ellos incurrian.

228 Con esta mira puso varios exemplos de la hospitalidad, que es la que mantiene el trato y comercio de los hombres unos con otros, ya en el buen acogimiento que hiciéron á Don Quixote los cabreros (I.75), con quienes cenó, y pasó la noche que precedió al entierro de Grisóstomo, ya en la afabilidad y cortes trato de Don Diego de Miranda y su familia (III.148): ya en la afable generosidad del Canónigo de Toledo con quien comiéron Don Quixote, el Cura y la demas comitiva al volver de Sierra Morena (II.388).

229 He citado estos exemplares, y no el magnífico recibimiento que tuvo en el palacio de los Duques (III.268), ó el que le hizo en Barcelona Don Antonio Moreno (IV.243), porque en los primeros se ve una voluntad sencilla de acoger á un hombre forastero, y procurarle el alivio y descanso, que no puede encontrar fácilmente el que está fuera de su patria, ó domicilio, en lo qual consiste la verdadera hospitalidad; pero en los Duques y en Don Antonio lo que mas se descubre, es el deseo de divertirse con un loco y con un simple, graciosos ámbos en su linea.

230 No le faltó á Cervántes motivo para suponer de este carácter á los expresados Señores. En aquellos tiempos era muy comun la costumbre de mantener bufones para su diversion los Príncipes y Grandes, y se premiaba mucho mas la chocarrería de un juglar, ó el insulso chiste de un tuno, que le hacia alguna burla, que los científicos descubrimientos de un sabio, y el laudable zelo de quien promovia sus estudios. Don Quixote discreto é instruido era objeto de compasion para el prudente Canónigo, que veia malogradas estas prendas por su loca caballería, y así procuraba to-

mar por instrumento su discrecion para desengañarle de sus extravagancias ; pero los Duques y Don Antonio, como solo procuraban divertirse, fomentaban su manía y hacian de modo, que su misma discrecion y buen discurso le enredase mas en el lazo de su locura.

231 Á la verdad es menester olvidarse de la caridad christiana, y aun de la humanidad misma, para estimar mas la diversion frívola de oir, ó ver quatro dislates, que la salud y la razon de un individuo de nuestra misma especie. Entre algunos pueblos de nuestra Europa se tienen y miran como un sagrado las casas de locos : nadie entra en ellas que no contribuya á la curacion, ó alivio de aquellos miserables. Costumbre digna de que se imitase en todas partes, cortando el inhumano abuso de que entren todos los que quieran á divertirse con hablarles de sus locuras, confirmándolos mas en ellas. Lo que mas debe admirar en este asunto, es que muchas gentes, que son naturalmente tiernas y compasivas, suelen sin embargo gustar de tan bárbaro recreo, lo qual procede sin duda de no considerar á los locos como enfermos, y creer que porque rien, comen y nada les duele, no son acreedores á nuestra lástima : error que nace, como otros muchos, de las falsas ideas que se reciben en la crianza.

232 Esta es la principal fuente de la felicidad, ó infelicidad de los hombres y de los Estados. Así lo conocia Cervántes, y así lo manifiesta en varios pasages, pero con especialidad en el discreto razonamiento en que dice Don Quixote á Don Diego de Miranda (III.132): *Los hijos, señor, son pedazos de las entrañas de sus padres.... Á los padres toca el encaminarlos desde pequeños por los pasos de la virtud, de la buena crianza y de las buenas y christianas costumbres, para que quando grandes sean báculo de la vejez de sus padres, y gloria de su posteridad.*

233 Sabia tambien nuestro autor que la crianza que mas importa es la de la nobleza, y por eso en el citado razonamiento hace decir á Don Quixote: *No penseis que yo llamo vulgo solamente á la gente plebeya y humilde, que todo aquel que no sabe, aunque sea Señor y Príncipe, puede y debe entrar en número de vulgo.* Pero no ignoraba que para la felicidad completa de un Estado es necesario que la buena crianza sea general, y que el pueblo se crie sin aquellas preocupaciones y resabios, que le sepa-

ran de las ocupaciones en que debe emplearse, ó le estorban los adelantamientos que pudiera lograr.

234 Deseando Cervántes abrir los ojos á sus compatriotas sobre un punto tan esencial, hizo un catálogo de los barrios, ó sitios que habia en casi todas las ciudades de España para servir de acogida, y aun de escuela de tunos y de vagos, en la enumeracion de los lugares de sus aventuras, que hace el ventero que armó caballero á Don Quixote (I.16): y tambien en la pintura de los que manteáron á Sancho Panza (I.141).

235 De la falta de crianza se siguen, como hemos dicho, muchas preocupaciones. Los hombres mas racionales y valientes si los han criado metiéndoles miedo, suelen sentir en el primer encuentro, que tienen con las cosas de que se servian en su niñez para amedrentarlos, un cierto movimiento de pavor, que para vencerle es necesario recurrir al valor y la reflexîon. Esto se ve pintado muy al vivo en la entrada de la Dueña Rodriguez en el quarto de Don Quixote, quando este la creyó bruja, ó fantasma (IV.111).

236 Otra preocupacion, que produce malas conseqüencias, es el creer en agüeros, error muy antiguo, pero que está grandemente impugnado en el Quixote. Sale este caballero de casa de los Duques, y encuentra á unos hombres que llevaban varias efigies de Santos á caballo, para un retablo. Las mira y las descifra, y quedando despues solo con su escudero le dice, *que el haber encontrado con aquellas imágines era para él felicísimo acontecimiento* (IV.205).

237 De aquí toma pie Cervántes para notar la inclinacion que tenia la nacion entónces á los agüeros, inclinacion tan ignorante como nociva. Hace que Don Quixote, aun siendo loco, se burle de estos necios agoreros, que mudan de camino si encuentran en él alguna cosa que les parezca infausta, ó se cubren de melancolía si se les derrama la sal: como si la naturaleza estuviera obligada á advertir las desgracias venideras con estas casualidades. La Religion y aun la razon sola basta para abominar esta credulidad supersticiosa, y así Scipion Africano y otros muchos Héroes, con sola la luz de la razon, no solo han despreciado estos acontecimientos casuales y frívolos, sino que los han aplicado diestramente á sus intentos, haciendo servir á ellos la credulidad é ignoran-

cia del vulgo. Aquí se ve que Cervántes estaba libre de las preocupaciones de su siglo, y que supo conocerlas, publicarlas y reprehenderlas con el tiento y circunspeccion que pedian aquellos tiempos: por lo qual merece mas gloria que algunos escritores de nuestro siglo, porque mucho ántes, y sin tener igual libertad que ellos, corrigió los mismos abusos.

238 Tambien lo era, y nacido de la misma causa el creer sobrenaturales todos los acaecimientos que pasaban algo de la linea de los comunes, ya fuesen de aquellos fenómenos, que aunque naturales, necesitan para su produccion una combinacion de causas que concurren raras veces, ó ya fuesen efectos de la destreza del que los producia, ocultando el verdadero principio, con cuyo conocimiento hubieran parecido frialdades las cosas que suspendian como prodigios.

239 En la aventura del mono adivino se burla Cervántes de esta ignorancia, quando Don Quixote dice á Sancho, que aquello no puede ser natural, sino por arte del diablo, por lo qual extrañaba que no le hubiesen delatado (III.226). Y con razon lo extrañaba, pues en aquellos tiempos bastaba para delatar una cosa el no entenderla, como lo hace ver tambien en la aventura de la cabeza encantada de Don Antonio Moreno (IV.254), la qual fué preciso desbaratar aun despues de haber visto la friolera en que estribaba el prodigio, porque *el vulgo ignorante no se escandalizase*, pues era tanto el número de los necios preocupados, que por mas que hubiesen querido desengañarlos, siempre hubieran quedado muchos, que cerrando los ojos á la razon, la hubieran mirado como obra del demonio.

240 Pero es muy de notar el fundamento que tiene Don Quixote para decir, que no pueden ser naturales las respuestas del mono, que es porque ni él, ni su amo sabian alzar figura. De modo que al mismo tiempo que miraban entónces como maravillosos y fuera del órden natural los sucesos mas comunes, creian que habia una ciencia, que enseñaba á adivinar lo futuro, considerando el aspecto de los astros, que esto era lo que llamaban Astrología judiciaria. Con ella se andaban por el mundo varios holgazanes alzando figuras, engañando á los simples y sacándoles el dinero. El cuento que refiere Don Quixote del que adivinó el color de los perritos que pariria una perra (III.227), es una graciosísi-

ma burla de estos embusteros, y de la ignorancia de los que les daban crédito.

241 Esta misma ignorancia y falta de educacion producia, y aun actualmente produce entre los pueblos vecinos disensiones, disputas y querellas. Muchas de ellas proceden de pretensiones particulares sobre términos, ó derechos, y estas son inevitables; pero otras muchas no tienen mas fundamento que el mal modo, hijo de la mala crianza. De aquí nace el ponerse apodos y nombres ridículos, y muchas veces de tan despreciables principios se encienden discordias y enemistades, que suelen costar mucha sangre.

242 Todo esto lo vemos en la aventura del rebuzno (III.218), en que se nos pintan dos pueblos armados, y en disposicion de darse una batalla por un suceso despreciable, que tomado en chanza hubiera servido á unos y otros de materia de risa. Las razones con que Don Quixote les manifiesta la necedad de su furor, aunque estan mezcladas con ideas caballerescas, son muy discretas y prudentes (III.244), y en ellas hace ver tambien, quan errados caminan los que hacen cargo, ó censuran á todo un cuerpo de los delitos y desórdenes de alguno, ó algunos de sus individuos.

243 Estos y otros defectos, que nacen de la falta de educacion, intentó corregir Cervántes, pero en los mas graves y perjudiciales procuró que la reprehension fuese mas fuerte, ó contrapuso los sugetos defectuosos á otros que no lo fuesen, para hacer amar la virtud, y aborrecer el vicio.

244 Ya hemos hablado del Religioso (III.273) que reprehendió públicamente á Don Quixote y al Duque estando á la mesa. Si exâminamos lo que pretendia este Eclesiástico, verémos que su fin no podia ser mejor. Apartar á Don Quixote de la locura de ser caballero andante, reduciéndole á que se volviese á su casa, y persuadir al Duque, que divertirse en seguir á un loco su manía, es ser mas loco que él, fuéron las dos cosas que intentó el buen Eclesiástico. Pero lo quiso conseguir á fuerza de reprehensiones y dicterios, y esto delante de la familia: con lo qual convirtió una pretension justa en tema ridícula, é importuna. Por el contrario el Canónigo de Toledo (II.378) con quien comió Don Quixote en el campo, vistió todas sus reconvenciones y cargos con la urbanidad y cortesía propias de la buena crianza, y aunque no logró curar-

le, porque no es fácil curar á un loco, á lo ménos no le irritó como el Religioso.

245 Siempre se han mirado como partes de la crianza el aseo y las atenciones, ó cumplimientos: y así no olvidó Cervántes recomendarlas en su fábula.

246 En quanto al aseo, compostura y decencia de las acciones exteriores, son muy dignos de aprecio los consejos segundos (IV.66) que dió Don Quixote á Sancho ántes que se partiese al Gobierno. Pero para hacer conocer que estas reglas se han de aprender con la costumbre desde la infancia, y que los que no se crian con ese cuidado, quando quieren tenerle, incurren en afectaciones ridículas, hizo Cervántes que quando Don Antonio trataba á Sancho de desaseado (merced al Licenciado Alonso Fernandez de Avellaneda) respondiese Don Quixote por él (IV.244) diciendo, que *en el tiempo que fué Gobernador aprendió á comer á lo melindroso, tanto que comia con tenedor las uvas y aun los granos de la granada.*

247 En quanto á la urbanidad no es necesario citar pasage alguno, pues en toda la fábula está brillando siempre esta virtud, la qual es utilísima y aun necesaria para la sociedad y trato de unos con otros, quando la regla y mide la prudencia; pero quando no está arreglada por esta, degenera en importunidad insufrible. Para corregir este molestísimo exceso de cumplimientos, es muy oportuno el cuento, que contó Sancho en casa del Duque sobre sentarse á la cabecera de la mesa, en el qual reprehende tambien la necedad de los que miran como expresiones y ofertas verdaderas las que son de pura urbanidad y política (III.274).

248 El carácter de honradez y buena fe, que siempre ha sido propio de los Españoles, es la verdadera causa de que en todos tiempos se hayan gloriado de exâctos en cumplir ya las promesas, ya los encargos que se han puesto á su cuidado. Por eso juzgaba Don Quixote que todos los vencidos á quienes mandaba que se presentasen ante la sin par Dulcinea del Toboso, lo executarian exâctamente (I.68, II.12, III.120). Pero como todas las cosas humanas, aun las mas perfectas, están sujetas á viciarse con abusos, esta misma exâctitud llegó á degenerar en una nimiedad escrupulosa, particularmente en la execucion de las últimas voluntades, poniendo en práctica todo quanto mandaba el testador, aunque

no fuese justo, y aunque pareciese repugnante á la razon. Para mostrar este abuso refiere Cervántes la exâctitud con que cumplió Ambrosio la última voluntad de su amigo Grisóstomo, quemando todos sus versos, por mas que le rogaban que los guardase (I.101), y lo que es mas, enterrándole en un lugar profano contra las reconvenciones de los Abades del pueblo (I.84), sin otro motivo que el no separarse de lo que dispuso su amigo, estando ciego y arrebatado de su rabiosa pasion.

249 De este mismo fondo de honradez y bondad procedia que no podian mirar los Españoles la necesidad sin remediarla. Pero la malicia del malo siempre ha procurado servirse de la bondad del bueno, y así esta compasiva caridad produxo dos especies de gentes muy perjudiciales: los falsos pobres, que ó no lo son, ó lo son porque quieren serlo, y los romeros, que con pretexto de visitar el cuerpo del Patron de España y otros santuarios de este reyno vienen á él, ó ya para sacar el dinero que recogen de la piedad de los Españoles, ó tal vez para servir de espías contra sus mismos bienhechores.

250 En nuestros tiempos, y particularmente en el feliz y justo reynado de Cárlos III. se han dado providencias muy oportunas para el remedio de ámbos abusos. Pero en el tiempo en que se escribió el Quixote, aunque nuestras leyes prohibian estos desórdenes, con todo hubiera parecido una impiedad negar la limosna á aquellas personas que tan sin derecho la pedian.

251 Los ingenios sublimes nunca han limitado sus pensamientos á la corta esfera del vulgo. Cervántes en medio del falso concepto de sus contemporaneos reprehendió ámbos excesos, el uno haciendo mencion del alguacil de pobres, que estableció Sancho, *no para que los persiguiese, sino para que los exâminase si lo eran, porque á la sombra de la manquedad fingida y de la llaga falsa andan los brazos ladrones y la salud borracha* (IV.155): y el otro en la pintura de los romeros que acompañaban á Ricote (IV.177).

252 Tampoco se dexó llevar nuestro autor de la obscuridad, con que en su siglo se confundian los hechos verdaderos con los fabulosos, fundándose esta confusion en las historias falsas y en los Romances vulgares. Para lo qual cita en boca de Sancho y de la Dueña Rodriguez (que le tenian por muy verdadero) el Ro-

mance de Don Rodrigo, en que se cuenta que este Rey fué enterrado vivo, y que gritaba desde la tumba:

Ya me comen, ya me comen
por do mas pecado habia (III.298).

Por esto una de las *Constituciones del gran Gobernador Sancho Panza* fué: *que ningun ciego cantase milagro en coplas, si no truxese testimonio auténtico de ser verdadero, por parecerle, que los mas que los ciegos cantan, son fingidos en perjuicio de los verdaderos* (IV.155). Si hubiera leido esto con cuidado Mr. d'Argens, ó por mejor decir, si fuera desapasionado, no diria que Cervántes se habia dexado llevar de la superaticion, que él cree propia de los Españoles.

253 Veo que insensiblemente nos hemos alargado, dexándonos llevar de las discretas y oportunas moralidades del Quixote, cuya enumeracion seria imposible, y así bastarán los exemplos citados para conocer, que la correccion de las costumbres en general, y no solamente el desterrar los libros de caballería, fué el objeto que se propuso Cervántes.

254 Si alguno cree, que no citamos mas pasages porque no los hay, lea el Quixote con atencion, y se desengañará muy presto, viendo que algunas veces en dos palabras, ó en una reflexîon pasagera censura un vicio, ó alaba una virtud. Al referir que Tosílos no quiso reñir con Don Quixote, nota como de paso, que *los mas quedáron tristes y melancólicos, de ver que no se habian hecho pedazos los tan esperados combatientes* (IV.195), y en esto censura justísimamente la barbaridad de las gentes, que aun en nuestros dias no se divierten en las fiestas de toros, si no hay muchos porrazos y caballos muertos, y tienen por una gran fiesta aquella en que suceden muchas desgracias.

255 Allí advertirá que Sancho, despreciando el Don que no le correspondia, descubre la necedad de los que buscan distinciones superiores á su esfera (IV.87). Allí verá contrapuesta la afabilidad y llaneza de la Duquesa al entono de las hidalgas de aldea (IV.138). Allí descubrirá en los consejos de Don Quixote á Sancho sobre el modo con que se ha de portar en el Gobierno (IV.63), y en las determinaciones de Sancho Gobernador (IV.87,123) un conjunto admirable de documentos morales. Allí finalmente mirará vituperado el vicio en todos los lances, y alabada siempre la virtud, y por consiguiente cumplida la obligacion del poeta fi-

lósofo de enseñar deleytando, que es toda la perfeccion á que puede aspirar un escritor, segun Horacio.

256 Esta perfeccion es á la que no pueden llegar los autores que no son verdaderamente sabios. Cervántes lo era: su mucha lectura de los autores mas célebres, su trato con los hombres grandes de su siglo así nacionales como extrangeros, y sobre todo sus reflexîones y meditaciones propias, le habian puesto en estado de poseer no solo la literatura necesaria para desempeñar su obra, sino tambien la que se requeria para corregir ciertos abusos, que habian hecho progresos entre los eruditos de su siglo.

257 La Europa, que en los tiempos florecientes del Imperio Romano habia sido el archivo de las ciencias, inundada de Bárbaros que la afligiéron con repetidas incursiones, perdió, ó sepultó entre ruinas los preciosos volúmenes de la literatura Griega y Romana. Apénas se conserváron en el retiro de los monasterios algunos códices, que los mismos Monges trasladaban y guardaban. El cuidado de la propia defensa apartó á los hombres del estudio de las letras para conducirlos al de las armas, y al mismo tiempo que formó legiones destruyó las escuelas.

258 Pasados estos siglos de turbulencias, é inquietudes, se empezáron á buscar en el sosiego de la paz los monumentos literarios, que se habian perdido con las guerras, y á fuerza de tiempo y de diligencia se encontráron muchos de ellos, bien que esparcidos en diversas partes, y tal vez alterados considerablemente por descuido, ó ignorancia de los copiantes.

259 De aquí nació el grande aprecio de los códices, que quanto mas antiguos eran mas estimables, porque eran ménos sospechosos: de aquí nació tambien la malicia de los que para acreditar alguna noticia, ú opinion que les acomodaba, suponian haberla encontrado en un manuscrito antiguo, y aun tal vez alteraban algun códice verdadero para introducir en él sus mentiras: y de aquí nació últimamente la necesidad de aplicarse los estudiosos á buscar el verdadero sentido de algunos lugares obscuros, confiriéndolos con otros de los mismos, ó de distintos autores, y procurando ilustrarlos con notas pertenecientes á las personas, ó cosas de que en ellos se trataba.

260 Supuesta la literatura en este estado, se pueden reducir á tres capítulos los defectos, ó abusos que en ella se introduxé-

ron. Unos se descuidáron en conservar los monumentos auténticos, y en seguir las huellas de los verdaderos sabios: otros abrazáron como buenos y auténticos todos los libros que llegáron á sus manos, sin exâminarlos en el crisol de la verdad y de la razon, y algunos aunque siguiéron los buenos exemplares, no supiéron imitarlos, abusando de la erudicion, y haciendo que su ciencia fuese molesta á los otros.

261 Estos vicios, que impugnó discretamente Cervántes en su Quixote, contamináron universalmente todas las ciencias. Pero él como afecto y apasionado á las letras humanas, los contraxo solamente á ellas, y á la historia.

262 Los mas auténticos testimonios de esta se perdiéron, no solo por la turbulencia de los tiempos, sino mucho mas por la ignorancia y descuido de los que poseian aquellos tesoros. Un papel carcomido, ó un pergamino viejo les parecia que para nada podia aprovechar, y así viniéron á parar en las boticas y tiendas los privilegios y los títulos de muchas preeminencias y posesiones.

263 Este descuido, que era grande en tiempo de Cervántes, y aun despues ha continuado todavía, le manifiesta graciosamente quando refiere el hallazgo de los manuscritos árabes, que contenian la primera parte del Quixote, los quales estaban en poder de un muchacho, que con otros papeles se los iba á vender á un sedero, y por fin se los dió á Cervántes por medio real (I.63).

264 Otro defecto comparable á este descuido era el de los que se dedicaban á las letras humanas, particularmente á la poesía, y olvidados de los antiguos maestros tenian por guia á su ingenio, y por regla su capricho, de donde se origináron por la mayor parte las ridículas extravagancias, que aun hoy se conservan en nuestro teatro.

265 De esto trató Cervántes magistralmente en la conversacion del Canónigo y el Cura (II.361), y aun tambien quando Don Quixote alabó á Don Lorenzo de Miranda, porque ántes de tomar el nombre de poeta (III.150), procuraba merecerle manejando dia y noche los exemplares griegos y latinos.

266 Pero no estaba todo el descuido en los literatos: tenian mucha culpa tambien los poderosos y Grandes. Sin la proteccion de estos no pueden hacer progresos aquellos. Cervántes, que lo sabia por propia experiencia, lo dió á entender quando Don Quixote

preguntó al estudiante que le llevaba á la cueva de Montesínos, si tenia algun Mecénas á quien dedicar sus obras (III.212).

267 La poca aficion de los poderosos á las ciencias, y la ignorancia del vulgo hizo, que los hombres capaces de ilustrar la nacion con su literatura, la abandonasen, y se dedicasen á lo que siendo del gusto del pueblo podia darles de comer. Por eso Lope de Vega se dedicó á componer malas comedias, sabiendo hacerlas buenas. Así lo da á entender Cervántes en el citado discurso del Canónigo de Toledo, y así lo confesó tambien el mismo Lope.

268 Como en los libros no se buscaba mas que la diversion, lo mismo se estimaban las historias verdaderas, que las novelas fingidas. Digna es de notarse la gracia con que da á conocer este error Cervántes, quando Don Quixote para probar al Canónigo la verdadera exîstencia de los caballeros andantes, alega por razon que sus historias estaban impresas con licencia (II.383), y ántes habia hecho una graciosísima enumeracion de Héroes verdaderos mezclados con otros fabulosos, y de pasages de historia entretexidos con aventuras caballerescas (II.379).

269 Fiados los escritores en esta credulidad del vulgo, abusaban de ella, poniendo en sus libros todo quanto les acomodaba, por inverosímil que fuese. El haber faltado el original del Quixote en la aventura del Vizcaino (I.61), y encontrarse justamente esta misma aventura en el primer cartapacio de los que llevaba el muchacho para venderlos al sedero (I.65), es una casualidad tan oportuna como inverosímil, y por tanto excelente para satirizar este abuso.

270 En esto se ve que la ignorancia comun era causa de que los que sabian algo, hiciesen mal uso de esta ventaja. Pretender que todo el mundo se componga de sabios, es un imposible; pero que la ciencia esté depositada en un reducido número de sugetos, tiene muy malas conseqüencias. Bien se ve quan ridículo es, que el Romance que cantó Antonio sobre sus amores á Olalla, se le hubiese compuesto su tio el Beneficiado (I.80); pero era muy ordinario esto quando solo los Eclesiásticos, y los que seguian la carrera de la judicatura se ocupaban en leer, y estudiar, y ellos hacian todas las obras de ingenio, fuesen, ó no correspondientes á su estado: de lo que tenemos un monumento permanente en nuestras comedias, compuestas la mayor parte por Eclesiásticos.

271 Los que estudiaban sin el fin de ganar que comer, se aplicaban de ordinario á la astrología judiciaria, engañándose á sí mismos, creyendo que sabian algo, quando nada podian saber de una ciencia imaginaria, que solo exîstió en la fantasía de los que creyéron que la sabian. Á la verdad parece que Dios para humillar el orgullo de los hombres, permitió que incurriesen en una ceguedad tan grande, como dar preceptos y escribir libros sobre una cosa, que ni tiene fundamento en la razon, ni objeto posible, y con todo se alzó con el título de ciencia, y se enseñó como si lo fuese. Ademas del pasage que ya se ha citado del mono adivino, hay otros en el Quixote que indican este error, ó ignorancia. Tal es lo que refiere Don Antonio de haber observado astros, y hecho círculos el que le hizo la cabeza encantada (IV.246): y tal es la mencion que se hace de haber estudiado esta facultad en Salamanca el pastor Grisóstomo y el Bachiller Carrasco.

272 La falta de conocimiento de las ciencias produxo mal gusto aun en las letras humanas, y con especialidad en la poesía. Creyéron que para ser poeta bastaba tener ingenio, y así en vez de aplicarse á perfeccionarle con el arte, se contentáron con proponerse caminos dificultosos para hacer ver su talento en superar las dificultades. Para esto inventáron las glosas, los acrósticos y otras composiciones semejantes, en que se malogra el ingenio, sin sacar otro fruto, que llenar de palabras unos versos vacíos enteramente de pensamientos sólidos, é instructivos.

273 Como este daño era grave, le corrige Cervántes con la sátira y con la razon. En el discurso de Don Quixote al Caballero del verde gaban (III.132), y en la conversacion con su hijo Don Lorenzo (III.154), da reglas y preceptos excelentes, y en el acróstico del nombre de Dulcinea, que pidió al Bachiller (III.35), se burla nuestro autor del servil estudio que pedian estas composiciones.

274 Tambien se burla del estudio y aplicacion que se emplea en cosas inútiles, en la enumeracion de las obras del estudiante que guiaba á Don Quixote á la cueva de Montesínos (III.191): es á saber, el *Libro de las libreas*, el de las *Transformaciones*, y el *Suplemento á Polidoro Virgilio*, obras á qual mas inútiles; pero muy semejantes á otras muchas que ocupaban, y aun en el dia están ocupando las prensas.

275 Del mismo jaez era tambien la traduccion que se estaba imprimiendo en Barcelona. El traductor no tenia otra mira que ganar dinero, y para eso se empleó en traducir un libro de bagatelas (IV.254). Sin duda eran muy semejantes los traductores de aquel tiempo á algunos de los del nuestro, que suelen escoger para sus traducciones las obras que ménos importan.

276 En varios lugares del Quixote parece que Cervántes desaprueba la ocupacion de traducir; pero si se repara con atencion, se verá que habla solo de las obras de ingenio, las quales, ó se han de traducir muy bien, como el Pastor Fido, y la Aminta, ó se han de dexar en su lengua original, pues no hay cosa tan insufrible como la necedad de los que se atreven á dar al público las traducciones que hacen quando están aprendiendo una lengua. Si los tales leyeran el diálogo de Don Quixote con el que traduxo las bagatelas, hallarian una graciosa burla de su atrevimiento.

277 No es ménos insufrible que la ignorancia de estos la pedantería de los que ostentan erudiciones, que no vienen al caso, llenando de acotaciones las márgenes, y de notas el fin de los libros; pero á fe que no es mala la leccion que les da Cervántes en su prólogo: aunque para burlarse de estos pedantes bastaba la nota que se encontró en el márgen de los pergaminos árabes, en que se aseguraba, que Dulcinea habia tenido gran mano para salar puercos (I.64).

278 La pesadez de muchos historiadores, que cuentan como circunstancias precisas de los hechos algunas menudencias despreciables, está discretamente pintada en el carácter de prolixidad, que supone en Cide Hamete (I.127, IV.41).

279 La ignorante vanidad de los que echan la culpa al impresor de los errores, que ellos mismos cometiéron, se vé ridiculizada en la respuesta de Sancho al cargo que le hacian de haber ido montado en el rucio despues de habérsele hurtado: pues él no sabiendo que responder, dice que seria yerro de imprenta (III.31).

280 La necia pretension de los que creen hablar con pureza alguna lengua solo porque son de parte donde se habla bien, como pretendian los Toledanos, se halla impugnada en una reflexîon del Licenciado que acompañaba á Don Quixote á las bodas de Camacho, en que demuestra que el hablar bien no viene de haber nacido en esta, ó la otra parte, sino de haber tenido buena

crianza (III.164): reflexîon que habia hecho ántes el Doctor Villalóbos.

281 Los plagios poéticos tan comunes en tiempo de Cervántes, tampoco pudiéron escapar de su juiciosa crítica, pues hizo que Don Quixote preguntase al mozo que junto al túmulo de Altisidora habia cantado, *¿que tenian que ver las estancias de Garcilaso con la muerte de aquella señora?* Á lo que el mozo solo pudo responder, que esos robos estaban muy en costumbre entre los intonsos poetas (IV.313).

282 Finalmente tampoco se quedó sin notar la pasion de ser celebrados, comun á todos los hombres, pero mucho mas fuerte en los estudiosos. Dice, *que se holgó Don Lorenzo de Miranda de verse alabar de Don Quixote, aunque le tenia por loco* (III.156). Y es de notar que Cervántes, que pocas veces habló en cabeza propia en todo el discurso de su fábula, habiendo dicho esto exclama luego: ¡*Ó fuerza de la adulacion á quanto te extiendes, y quan dilatados límites son los de tu jurisdiccion agradable*!

283 Á vista de tantas juiciosas críticas y sabias instrucciones, como hemos mostrado en la fábula de Cervántes, ya contra el espíritu caballeresco, ya contra los vicios y abusos comunes, y ya contra los defectos literarios, no me parece que se puede dudar que la Moral del Quixote es comparable á la de los mas famosos Filósofos. Y al ver la gracia con que da estos documentos, sazonados con el chiste y vestidos de todos los primores de la Oratoria y Poesía, es forzoso confesar, que su instruccion no es de menor utilidad, que la de los tratados de Ética mas acreditados y famosos.

ARTÍCULO VIII.

SATISFACCION Á VARIAS OBJECIONES CONTRA EL QUIXOTE.

284 Ya parece que tenemos concluido lo que propusímos al principio de este Discurso. En él hemos descubierto, que el objeto de la Fábula de Cervántes fué nuevo y original, y mas á propósito aun que el de las heroycas para enseñar deleytando: que de este objeto deduxo la accion, que es la locura de Don Quixote, accion sola, completa, de proporcionada duracion, verosímil y variada con episodios, enlazados naturalmente con ella: que los caractéres de las personas son constantes y propios de sus

calidades, y de las circunstancias en que se hallan, sobresaliendo entre todos el de Don Quixote como Héroe de la fábula: que su narracion es dramática, dulce y hermosa, precedida de una proposicion sencilla y natural, correspondiente á la accion: que su estilo es puro, enérgico y conveniente á la materia: y finalmente que con la hermosura y gracia que reyna en toda la fábula, envuelve los documentos de una moral discreta y juiciosa, alabando las virtudes, y reprehendiendo los vicios; pero especialmente los que mas conexîon tenian con su asunto, que son los de la caballería andante.

285 Con esto parece que habíamos concluido nuestro Discurso. Pero como la bondad de una obra no consiste solo en que se halle adornada de primores, si no se procura tambien evitar los defectos: y como por otra parte es imposible que carezca absolutamente de ellos ninguna obra hecha por un hombre, nos resta ahora exâminar los defectos del Quixote, para ver si son capaces de obscurecer su hermosura, y confundir su aplauso.

286 Para tratar con mas claridad esta materia, propondrémos primero los principales reparos, que se han puesto á esta fábula, y que miramos como injustos, y despues referirémos aquellos, cuya solucion no encontramos. De sola la lectura de estos cargos espero que resultará la conseqüencia, de que los defectos del Quixote son tan pequeños, que la vista mas perspicaz de la crítica apénas puede distinguir estas manchas, deslumbrada con la copiosa luz de su hermosura.

287 Si la objecion de que el Quixote ha sido causa de haberse disminuido entre los Españoles el espíritu nacional de honradez y valor fuese verdadera, bastaria sin duda para destruir todo el mérito de Cervántes. Pero es tan infundado este cargo, que (segun lo que largamente hemos demostrado, tratando de la moral) nadie puede producirle, sino quien no conozca el Quixote.

288 Omitiendo pues esta objecion por estar ya refutada, el principal cargo á que tenemos que responder es el de los anacronismos, ó por mejor decir, del continuo anacronismo que encuentra en esta fábula el erudito Don Gregorio Mayans y Siscar. Cargo mas digno de consideracion por haberle hecho no un hombre ligero y preocupado, sino un Sabio tan conocido en la Europa, y

un sugeto que exâminó con diligencia y juicio el Quixote, como se ve en las eruditas reflexîones de que está llena la vida de Cervántes, que escribió para poner al frente de la edicion hecha en Lóndres el año de 1738.

289 Supone Don Gregorio Mayans, que la intencion de Cervántes fué representar la accion de su fábula muy antigua, esto es de los tiempos de Amadis, ó los primeros siglos del christianismo. El principal fundamento que para esto tiene es, que Don Quixote explicando á Vivaldo el orígen y progresos de la caballería andante, dice que quasi en sus dias habia comunicado, visto y oido á Don Belianis de Grecia (1.98). Pero si se exâmina con reflexîon este argumento, se descubrirá que no tiene fuerza alguna, porque Don Quixote en punto de caballería era loco, y por consiguiente trastornaba los tiempos, equivocaba los lugares, y confundia las personas. Esto se ve claramente en todo el discurso de la fábula; pero (por no dexar de citar algun caso particular) puede con especialidad conocerse, quando despues de apaleado y molido á la vuelta de su primera salida, llegando á socorrerle un labrador vecino suyo, creyó sin duda que aquel era el Marques de Mantua, y que él era Valdovínos (1.32), y fué tal la vehemencia de su imaginacion, que por mas que el labrador le llamaba por su nombre, él siempre respondia con las palabras de Valdovínos segun las habia leido en el Romance. Á vista de esto, claro está, que quien fué capaz de juzgar á un pobre labrador Marques de Mantua, y juzgarse él otra persona distinta de sí mismo, lo era tambien de creer que habia visto, oido y comunicado á Don Belianis de Grecia, que se supone haber exîstido muchos siglos ántes.

290 Tambien confirma este modo de discurrir, la famosa batalla que tuvo Don Quixote con los títeres de Maese Pedro, pues quando, pasada ya la furia, pedia este el importe de sus figuras, volviéndo en sí Don Quixote dixo: *real y verdaderamente os digo, señores, que me ois, que á mí me pareció todo lo que aquí ha pasado, que pasaba al pie de la letra: que Melisendra era Melisendra, Don Gayféros Don Gayféros, Marsilio Marsilio, y Carlo Magno Carlo Magno* (III.237). Pues con todo que parecia ya desengañado, no bien le habia pedido Maese Pedro dos reales y doce maravedis por la figura de Melisendra desnarigada y con un ojo ménos, quando volvió de nuevo á su anterior manía, afir-

mando que Melisendra estaba en Paris con su esposo, y que en presentársela desnarigada le querian vender gato por liebre: prueba evidente de que el dicho de Don Quixote en la fuerza de su locura de ningun modo persuade, que Cervántes supusiese muy antigua la accion de su fábula.

291 Otra prueba de no haber querido nuestro autor dar á Don Quixote la antigüedad, que quiere inferir de esta conversacion el señor Mayans, es que en ella misma dixo Vivaldo, que la órden de la caballería era mas estrecha que la de la Cartuxa, de que se infiere, que ya en tiempo de Don Quixote era conocida la Cartuxa en España, en donde el primer monasterio que hubo de esta Religion, que es el de Scala Dei en Cataluña, se fundó el año de 1163, habiendo tenido principio la órden en el de 1084. Siendo pues la inmediacion á Belianis dicho de un loco, y la mencion de la Cartuxa de una persona muy discreta, es cierto que esto segundo es lo verdadero, y manifiesta que Cervántes supuso moderno á su Héroe.

292 Aun mas claramente se conoce esta verdad, quando dice, hablando de la librería de Don Quixote, que pues entre sus libros se habian hallado tan modernos como *Desengaños de zelos*, y *Ninfas y pastores de Henáres*, que tambien su historia debia de ser moderna (1.62). Pero la razon mas fuerte en apoyo de nuestro modo de pensar acerca del tiempo de la accion, es que en todo el discurso de la fábula se habla de las cosas que ocurren como exîstian estas en el tiempo de Cervántes. Estos que para el señor Mayans son anacronismos, mirándolos bien, son pruebas evidentes de que nuestro autor supuso á Don Quixote su contemporaneo: pues no parece posible que Cervántes estuviese siempre olvidado del tiempo en que habia querido representar la accion de su fábula.

293 Y para confirmarse en que no pudo ser esto descuido del autor, basta hacer reparo en que todas las personas que veian y oian á Don Quixote, se admiraban de su extraña figura y de sus caballerescas razones, y solo caian en su significacion los que, por estar versados en la lectura de los libros de caballerías, se imponian en el tema de su locura. Señal clara de que no vivió en los tiempos caballerescos.

294 No negaré que el encuentro de los cartapacios escritos en arábigo (1.63) y el de la caxa de plomo, que guardaba un antiguo

médico (II.408), se oponen á nuestro sistema de suponer á Don Quixote contemporaneo de Cervántes; pero mas fácil es creer que tuviese este autor dos, ó tres descuidos (de los quales hablarémos despues) que no persuadirse, á que desde el principio hasta el fin de su obra estuvo olvidado del tiempo, en que suponia haber sucedido la accion de ella, como debiera inferirse de la serie de anacronismos que le objeta el señor Mayans. Bien conoció este erudito escritor la fuerza de este argumento, segun se explica en el número 127. y aun le debemos agradecer, que no se dexase ántes persuadir de estas razones, pues con eso entre las pruebas de los anacronismos de Cervántes nos dexó muchas noticias concernientes á nuestra historia literaria, dando una muestra de su vasta erudicion y singular conocimiento de los autores Españoles.

295 Tambien censura á Cervántes el escritor de su vida de no haber guardado la verosimilitud en la aventura del Vizcaino (I.59), porque teniendo este como era regular las riendas en la mano izquierda, no parece posible que Don Quixote, que arremetió á él con ánimo de matarle, le diese tiempo para soltar la rienda, sacar la espada, y asir la almohada en que naturalmente vendria sentado alguno de los que ocupaban el coche. Á este reparo creo que habia satisfecho ya el mismo Cervántes refiriendo la batalla. Dice que el Vizcaino, oyendo que le negaban su hidalguía, desafió á Don Quixote, diciéndole: *si lanza arrojas, y espada sacas, el agua quan presto verás que al gato llevas*. Es muy natural, que quando provocaba á Don Quixote á que sacase su espada, echase él tambien mano á la suya, con lo qual despues la sacaria muy pronto. Dice tambien Cervántes, que *le avino bien* (al Vizcaino) *que se halló junto al coche, de donde pudo tomar una almohada*, de lo qual infiero, que no fué uno de los almohadones, que sirven para sentarse, sino una de aquellas almohadas pequeñas, que por mayor comodidad se suelen llevar sueltas en los viages. Á mas de que tambien Don Quixote tuvo que arrojar su lanza, embrazar su escudo y desnudar la espada, y así estaban los dos tantas á tantas en las acciones.

296 En el Gobierno de Sancho encuentra otro reparo Don Gregorio Mayans, porque le parece inverosímil que en un Lugar de mil vecinos (IV.86) pudiesen sufrir ocho, ó diez dias un Goberna-

dor de burlas. Pero consideradas las circunstancias desaparece esta inverosimilitud , respecto de que aquellos vasallos sabian muy bien, que era una burla inocente del Duque : el qual era un gran Señor , á quien no se atreverian á disgustar por tan pequeña causa. Fuera de que estando siempre al rededor de Sancho los criados del Duque , no podian los vecinos tener rezelo de que resultase en daño del pueblo la incapacidad del Gobernador : y aun para esto es claro que habria tomado ya el Duque las medidas convenientes, como que no esperaba se portase Sancho con la discrecion y buen tino que mostró despues la experiencia.

297 Este tino y esta discrecion es mirada por algunos como impropia del carácter , que dió á Sancho el autor de la fábula : y con efecto , á primera vista parecen demasiado discretas las providencias y ordenanzas que hizo en su Gobierno. Pero con todo no le parecerán inverosímiles á quien considere , que de ordinario supone Cervántes , que Sancho se acordaba de alguna cosa que habia oido , ó visto conexâ con el asunto de que se trataba , y que le daba luz para resolver : que el carácter de Sancho es de un hombre sencillo , pero no tonto : y finalmente que el fin de Cervántes es hacer conocer , que mas aciertan en el gobierno los hombres de mediano talento y de recta intencion , que los muy ingeniosos , si están dominados de sus pasiones , como lo habia indicado ya en boca del Canónigo de Toledo (II.387).

298 Otra inverosimilitud halla el señor Mayans en la caida de Sancho en la sima , donde habia una caverna de media legua de largo (IV.184) , y la razon en que se funda es , que no hay (segun dice) tal caverna en Aragon , y así mal pudo Sancho caer, ni andar por ella. Si todos los sucesos de una fábula debieran ser verdaderos , esta objecion haria mucha fuerza ; pero los autores de semejantes composiciones como la de Cervántes , tienen licencia de fingir con verosimilitud , y de crear é inventar cosas que ni exîsten , ni han exîstido , ni es creible que exîstirán en adelante. Tal es la Isla de Calipso , y otras muchas imaginaciones de Homero y de Virgilio. Que Cervántes fingiese con destreza y propiedad, no admite duda , pues supone que la caverna iba desde unos edificios muy antiguos hasta la inmediacion de la Quinta de los Duques , los quales sabian muy bien que habia aquella correspondencia de tiempo inmemorial , siendo cierto que los poderosos

quando edificaban castillos en los tiempos remotos, solian hacer estos ocultos caminos subterraneos para evadirse en caso de necesidad. Para apología de esta ficcion de Cervántes basta acordarse de las correspondencias subterraneas fingidas por el discreto Barclayo en su Argénis, con el fin de que Timóclea pudiese ocultar á Poliarco de la proscripcion que le amenazaba.

299 En la novela del *Curioso impertinente* (que, còmo dirémos adelante, es buena, pero intempestiva en el Quixote) nota de inverosímil Don Gregorio Mayans el soliloquio de Camila quando espera á Lotario, y está escondido Anselmo (II.198). Á la verdad los soliloquios no son muy verosímiles, pues vemos pocos exemplares de ellos en la vida humana; pero si algunos, aunque cortos, se le pueden permitir á un poeta cómico, como el mismo señor Mayans confiesa, con mas justa razon se le debe permitir este, aunque algo mas largo, al escritor de la novela. Lo primero porque la verosimilitud cómica no permite tantos ensanches como la de una novela, pues como esta se lee, pero no se representa, no ofende como la comedia con los hechos poco comunes, segun aquel precepto de Horacio en su Poética:

Segniùs irritant ánimos demissa per aures,
Quàm quae sunt oculis subiecta fidelibus.

Y lo segundo porque el autor previene este soliloquio con una situacion que le hace verosímil.

300 Estaba escondido Anselmo, lo sabia Camila, y queria engañarle haciéndole creer que estaba irritada contra Lotario. Á este fin supo fingir una agitacion interior tan fuerte que la sacaba fuera de sí. Esta situacion pinta Cervántes con estas vivas y elegantes expresiones: *Diciendo esto se paseaba* (Camila) *por la sala con la daga desenvaynada, dando tan desconcertados y desaforados pasos, y haciendo tales ademanes, que no parecia sino que le faltaba el juicio, y que no era muger delicada, sino un rufian desesperado.*

301 Quien haya procurado conocer el corazon humano, y la violencia con que le agitan las pasiones, quando se abandona á ellas, sabrá quan comun es en estos frenesíes, proferir la lengua lo que discurre el entendimiento, ó por mejor decir lo que siente el corazon.

302 Por eso nada tiene de inverosímil, que una muger que

prorrumpe en furiosos ademanes y desconcertados pasos, se explique tambien con expresiones de venganza todo el tiempo que precede al lance crítico, en que ha resuelto executarla. Y si esto es natural en sí mismo, mucho mas lo será quando se mira como escena estudiada y representada con reflexîon por una muger ingeniosa, que pretende deslumbrar á su esposo.

303 Estas objeciones hace á Cervántes su historiador Don Gregorio Mayans, mirando los descuidos que le atribuye, como unas inadvertencias de que no se libró ni el mismo Homero. Quien haya leido el Quixote imparcialmente como este erudito Valenciano, solo de este modo puede hablar de los defectos de Cervántes.

304 No todos le han censurado con tanta moderacion y respeto. Don Isidro Peráles dice en su prólogo al Quixote de Avellaneda, que, segun Cervántes, se podian enmendar todos los libros de caballerías. Si hubiera leido con cuidado el gracioso escrutinio que hiciéron el Cura y el Barbero de la librería de Don Quixote (I.37), no se hubiera atrevido á decir una falsedad tan manifiesta. Él sin duda se fundó en el plan que hizo el Canónigo de Toledo de un libro de caballería bueno, y sin los defectos ordinarios (II.364). Pero hay mucha diferencia de decir, que se puede escribir un libro de caballerías sin defectos, á sentar que se pueden corregir todos los libros de caballerías escritos.

305 Al ver que un Español no entendió á Cervántes, no hay que admirarse, de que no le entendiese el Marques de Argens, que fundado en un pasage de este escritor, asegura que los libros de las *Fortunas de amor* de Antonio Lofraso, son de los mejores que hay en España, siendo así que si los perdonó el Cura en su escrutinio, fué diciendo, *que desde que Apolo fué Apolo, y las Musas Musas, y los poetas poetas, tan gracioso, ni tan disparatado libro como ese no se habia compuesto* (I.43). No es mucho que un extrangero no entendiese, que en castellano se llama gracioso todo lo que hace reir: lo digno de extrañar es, que hable con tanto magisterio de lo que no entiende.

ARTÍCULO IX.

DESCUIDOS QUE TUVO CERVÁNTES EN ESTA FÁBULA.

306 Pero aunque estos cargos no sean verdaderos, no por eso

nos atreverémos á decir, que carece de defectos el Quixote. Algunos hemos encontrado en él, que, ó lo son verdaderamente, ó á lo ménos no hemos podido alcanzar su solucion: y entre ellos algunos, que el mismo Cervántes reconoció por tales.

307 El defecto mas notable que se encuentra en esta fábula, es el haber insertado en ella algunos episodios importunos y agenos de la accion principal. Tal es la Novela del Curioso impertinente, que introduxo el autor, sin otro motivo que haberla encontrado el Cura en una maleta que se habia dexado casualmente en la venta un pasagero (II.156). De suerte que como confiesa el mismo Cervántes en boca del Bachiller Sanson Carrasco, el defecto de esta novela no es ser mala, ó mal razonada, sino ser agena de aquel lugar, y no tener que ver con la historia de Don Quixote.

308 La Novela del Cautivo (II.248) no es tan importuna como la del Curioso impertinente, porque estaba él allí efectivamente, y así es uno de los interlocutores de la fábula, lo qual no sucede á los personages de la otra. Pero tiene el defecto de ser demasiado larga, pues como ni ántes, ni despues entra el Cautivo en la accion del Quixote, ni su relacion tiene enlace con los hechos de este, es claro que solo debia representarse en el quadro de la fábula como figura de quarto, ó quinto término, y su historia por consiguiente debia ser muy sucinta y de pocas lineas. No sucede esto á Cardenio y Dorotea, porque la gran parte que tuviéron en la aventura del Reyno de Micomicon (II.117) los hace ser figuras de segundo término, ó segundos personages en la fábula, y es natural y aun preciso, que se den á conocer mas, y para esto cuenten por menor sus historias (II.31,78,96).

309 Cervántes hecho cargo de quan importunas son en el Quixote las dos referidas novelas, quiere disculparse en boca de Cide Hamete quando va á tratar del Gobierno de Sancho (IV.74), y da por excusa la sequedad del asunto, y la dificultad que hay en mantener el diálogo entre pocas personas, y estar precisado á entretener á los lectores con solos los discursos de Don Quixote y Sancho. Hace ver (como es verdad) que en la segunda parte solo se encuentran episodios nacidos de los mismos sucesos, y aun estos con una moderacion tan grande, que merece mas alabanza por lo que calla, que por lo que dice. En todo esto tiene razon,

y nadie puede negar que es difícil entretener á los lectores con los sucesos y discursos de dos hombres solos; pero el mismo haberlo executado tan bien, y con tanta naturalidad en la segunda parte, hace que sean ménos disculpables los dilatados, é impertinentes episodios de la primera: y la mayor prueba de que no los insertó por precision, sino por dar noticia en el primero de sus novelas, y en el segundo de su valor y cautiverio, es, que sin ellos la primera parte del Quixote no solo no queda seca, sino ántes bien mas agradable por la naturalidad á que se oponen estos retazos, brillantes sin duda, pero zurcidos fuera de su lugar, por valerme de las expresiones de Horacio.

310 Tambien pudiera haber omitido Cervántes la aventura del gateamiento (IV.97), por ser algo fria respecto de las demas, y porque parece no muy decorosa á los Duques. Con todo no se puede graduar de inverosímil, pues siendo aquellos Señores muchachos, no es de admirar, que á pesar de la gravedad de su estado dexasen ver de quando en quando la ligereza de la edad juvenil: y aun podia servirles de disculpa el haberse executado de noche, y mucho mas el no haber creido ellos, que pudiese tener un éxîto tan desgraciado (IV.99).

311 De poco sirve para la bondad de una fábula, que todos los acaecimientos que en ella se refieren, sean oportunos y conexôs con la accion principal, si ellos en sí no son verosímiles. Por eso aunque nuestro autor es digno de la mayor alabanza por la oportunidad de todos sus episodios (á excepcion de los pocos que quedan referidos) con todo es preciso confesar que en algunos faltó á la verosimilitud.

312 Entre los singulares acaecimientos de la venta leemos, que apénas habia concluido su historia el Cautivo, quando llegó su hermano el Oidor (II.300), con quien se hizo el reconocimiento por medio del Cura, despues que el Cautivo se hubo asegurado por el nombre, patria y señas de que efectivamente era su hermano. El reconocimiento, el razonamiento del Cura, y todas las demas circunstancias están muy oportunamente puestas; pero la venida de este Oidor es tan pronta y tan á buen tiempo, que parece estaba concertado con su hermano, para entrar en la venta luego que él acabase su historia. El caso es posible, pero no verosímil, y esto solo es lo que debe entrar en la fábula. Todos los sucesos

que no hay precision, ó motivo para que sucedan, aunque convengan para el desenlace, son impropios y violentos, porque se conoce claramente, que sucediéron porque al autor le convenia, y no por otra razon.

313 En esta venta reunió Cervántes tantos sugetos y acumuló tantas aventuras, que aunque cada una de por sí sea verosímil, la concurrencia de todas no lo parece. Quizá si hubiese omitido los episodios del Cautivo, Oidor, Clara y Don Luis, que ninguna falta harian para el todo de la fábula, hubiera quedado mas ligera, y por consiguiente mas verosímil esta parte de su obra.

314 Si Cervántes no hubiera manifestado su pensamiento de continuar el Quixote en el último capítulo de la primera parte (II.408), se pudiera inferir del modo con que la concluye, que no pensaba escribir segunda, porque remata todos los episodios, sin dexar cosa alguna pendiente, que mueva la curiosidad de los lectores, mas que la locura del Héroe, y aun esta se puede mirar como concluida, estando ya Don Quixote sosegado en su casa. Y aunque para probar, que en la primera parte no queda del todo satisfecha la curiosidad de los lectores, pudiera decirse que los que la leen tienen mayor deseo de leer la segunda, esto no prueba que la fábula quede pendiente, sino que es tan agradable, que el que la lee no se cansa de ella. En una palabra, no es efecto de la curiosidad, sino del gusto: ni se busca en la segunda parte el complemento de la primera, sino una repeticion del placer que se sintió en su lectura.

315 Algunos acaecimientos, ó aventuras particulares hay que sin duda exceden los términos de la verosimilitud. Por exemplo el robo del rucio, que executó Gines de Pasamonte estando Sancho caballero en él (II.16). Aunque es claro que el objeto de Cervántes fué ridiculizar el de Brunelo, quando quitó del mismo modo el caballo á Sacripante (III.31).

316 Lo que absolutamente no puede disculparse, es la aventura del Clavileño Alígero (IV.55), el qual dice nuestro autor que era de madera, y que habiéndole pegado fuego por la cola, *al punto por estar lleno de cohetes tronadores, voló por los ayres con extraño ruido, y dió con Don Quixote y con Sancho en el suelo medio chamuscados*. Pero al instante refiere que se levantáron, y despues añade, que Don Quixote *dió muchas gracias al Cielo de que con tan poco*

peligro hubiese acabado tan gran fecho. Este suceso á primera vista se descubre que no cabe en la esfera de lo natural : pues volar por los ayres un caballo de madera con el impulso de la pólvora , y caer en tierra los que estaban sobre él, sin mas daño que un pequeño golpe, y quedar algo chamuscados, mas parece un milagro , que una burla.

317 Tampoco parece verosímil, que Altisidora quando refirió á Don Quixote lo que habia visto en el infierno , le contase que los diablos jugaban á la pelota con el Quixote de Avellaneda (IV.311), pues esto ninguna conexîon tenia con sus amores. Cervántes por no perder esta ocasion de dar á entender el poco valor de aquella obra , no cuidó de la verosimilitud.

318 Hay tambien cierta especie de acaecimientos, que siendo por sí mismos muy naturales y posibles, dexan de serlo por la oposicion , que tienen con otros ya referidos, ó supuestos. Esta especie de inverosimilitudes , que mas propiamente se deben llamar inconseqüencias , son mas freqüentes en el Quixote. De donde se puede inferir , que Cervántes componia sus obras de primera mano, sin detenerse despues á limarlas y pulirlas. Defecto propio de los grandes ingenios, que encuentran ménos dificultad en inventar, dexando correr el fecundo raudal de su imaginacion , que en perfeccionar sus invenciones, sujetando su talento á exâminar despacio y con precision un solo objeto.

319 Una de las expresadas inconseqüencias es hacer ir á Sancho caballero en su rucio, despues de habérsele hurtado. Y aunque en la segunda edicion de 1608 corrigió Cervántes este descuido en dos lugares, como se puede ver en las variantes 4 y 8 del tomo II. pag. 17, y 23, esto mismo prueba la priesa con que escribia sus obras, porque enmendándole en dos partes , le dexó sin corregir en otras tres. El Bachiller Carrasco reconviene á Sancho con esta inconseqüencia , y Sancho solo responde que seria engaño del autor , ó descuido del impresor: en cuya respuesta al mismo tiempo que censura Cervántes el ridículo efugio de los que atribuyen á los impresores sus defectos propios , como ya se ha notado en otra parte, reconoce sinceramente su falta. Otra cometió en la aventura del cuerpo muerto , pues habiendo dicho (I.162) que el Bachiller Alonso Lopez , á quien Don Quixote derribó en tierra, se fué luego que le pusiéron en la mula, y án-

tes que pasase la larga conversacion entre Don Quixote y Sancho sobre el motivo, que este habia tenido para haber llamado á su amo el *Caballero de la Triste Figura*, poco despues dice (I.164) que el Bachiller oyó la conversacion y se fué. En el cap. XIV. de la segunda parte hace decir á Sancho (III.112), que no tenia espada, ni en su vida se la habia puesto, olvidándose de que ántes habia dicho en varias partes (I.116,117,120) que la tenia, y aun que la habia sacado para reñir.

320 Semejante es el olvido que tuvo en la segunda parte, en donde leemos, que al tiempo que Don Quixote daba sus consejos á Sancho (IV.70), este le aseguró que sabia firmar su nombre, y poco despues quando le consultáron el caso del hombre, que venia á pasar por la puente, dixo que la resolucion que daba, la daria firmada de su nombre, si supiese firmar (IV.147). En la variante 16, pag. 89 del tomo quarto se nota tambien un descuido de la misma especie, y es, que cita como pasada la sentencia de la bolsa del ganadero, que aun no ha referido. Y en el mismo tomo encontramos, que despues de haber celebrado Cervántes las ordenanzas que hizo el gran Sancho Panza en su Gobierno, y haber dicho, que aun se conservaban (IV.154), le hace decir al mismo Sancho, que no habia hecho ordenanzas algunas (IV.188).

321 En la llegada del Oidor á la venta se olvidó nuestro autor de lo que habia escrito en los capítulos anteriores. En estos se refiere que al cerrar de la noche estaba dispuesta la cena, y que sentados á una mesa larga como de tinelo cenáron todos juntos mugeres y hombres, entre los quales estaba el Cautivo (II.238): miéntras la cena hizo Don Quixote su razonamiento sobre las armas y las letras (II.242), y de sobremesa (II.248) refirió el Cautivo su larga historia. Preciso era que en tantas cosas se consumiese una gran parte de la noche, y así no se puede conciliar, que llegase despues de todos estos pasages el Oidor, y que llegase al anochecer (II.300). Ni tampoco es compatible la cena, que se refiere despues de su llegada, con la que acabamos de decir, porque ni es regular, que cenasen dos veces los que estaban en la venta, ni podemos decir, que en ámbos lugares se habla de la misma cena, pues sobre ser distintos los acaecimientos de la una de los de la otra, en la primera se dice que se sentáron á la mesa todos, tanto mugeres como hombres, uno de los quales fué el Cautivo, y en

la segunda se expresa que ni este, ni las mugeres se encontráron.

322 Tambien la noche que salió Sancho á rondar su Ínsula, parece que cenó dos veces, porque despues de haber contado Cervántes, que le diéron de cenar un salpicon de vaca con cebolla, y unas manos de ternera (IV.121), y despues de haber referido algunos discursos que pasáron entre él, su maestresala y el mayordomo, inmediatamente dice, que llegó la noche y cenó el Gobernador. Á la verdad es difícil componer estas dos cenas separadas con una larga conversacion, y ámbas sin embargo al principio de la noche. Si el autor habló de una misma las dos veces, es necesario confesar, que fué con tanta confusion, que qualquiera creerá que hubo dos distintas. Pero aun se encuentra otro tercer pasage semejante á estos. Habian comido Don Quixote y Sancho muy á su placer con los pastores y pastoras de la fingida Arcadia, y pasado el infortunio de los toros, que sucedió inmediatamente despues de la comida, vemos que se sientan á comer á la márgen de una fuente (IV.215), y que Don Quixote no quiere probar bocado por haber resuelto, segun dice, dexarse morir de hambre.

323 Todos estos descuidos y algunos otros de la misma especie, que se notan en el plan cronológico, que va á continuacion de este Discurso, prueban, como ya hemos dicho, que Cervántes escribió de priesa su obra, y que no la corrigió despues. Pero no podemos atribuir á este principio la inconseqüencia de no dexar que entrase en Zaragoza su Héroe, habiendo dicho en la primera parte, que se conservaba en la Mancha la fama de haber asistido en dicha ciudad á unas Justas famosas (II.408). Cervántes no quiso que fuese su Quixote á Zaragoza, porque habia ido el de Avellaneda; pero no se puede dudar, que Avellaneda hizo bien en seguir la fama, y nuestro autor hizo muy mal en contradecirla, siendo él mismo quien la habia esparcido. Es muy de creer que el enfado de ver con que poca decencia habia desempeñado este episodio su rival, le hizo aborrecerle, y pensar en substituir otros mucho mas admirables y magníficos, para desmentir la escasez de ideas, que le atribuia Avellaneda, persuadiendo al público, que Cervántes no era capaz de continuar el Quixote, y así el despique fué la verdadera causa de este defecto.

324 Ni aun esta disculpa puede tener el suponer, que ya estaba impresa la historia de Don Quixote quando el Bachiller Car-

rasco volvió de Salamanca (III.20), no habiendo un mes que Don Quixote estaba en su casa, despues de concluida su segunda salida, y quando apénas se habian pasado dos desde el principio de su locura. En tan breve espacio no hubo tiempo de escribir y dar á la estampa sus hechos, mucho ménos habiéndose escrito primero en árabe, y traducido despues al castellano, como refirió el mismo Bachiller, quien para acabar de hacer mas imposible el suceso, añadió que se habian hecho ya muchas ediciones en Portugal, Barcelona, Valencia y Ambéres (III.22): y no contento con esto, aseguró tambien, que prometia el historiador segunda parte (III.32), quando aun no exîstia el asunto preciso de ella, pues Don Quixote ni habia hecho, ni aun determinado su tercera salida.

325 Tampoco es disculpable que quando Sancho contaba despropósitos despues del vuelo del Clavileño, le dixese su amo: *Sancho, pues vos quereis que se os crea lo que habeis visto en el cielo, yo quiero que vos me creais á mí lo que ví en la cueva de Montesínos* (IV.59). Esto da á entender que Don Quixote pretendia que le creyesen cosas, que él mismo juzgaba mentiras, y no era así, ántes bien él creia todas aquellas visiones como reales y verdaderas.

326 Ménos perdon merece el haber culpado á Avellaneda, porque llamó Mari Gutierrez á la muger de Sancho (IV.221). Este fué el nombre que la dió en su primera parte el mismo Cervántes (I.51); y así en él estuvo la falta quando en la segunda se le mudó en el de Teresa Panza, no en Avellaneda, que la conservó el primitivo. Con mas razon se podia hacer cargo á Cervántes de su inconseqüencia, porque habiéndola llamado al principio de la primera parte Juana Gutierrez, y Mari Gutierrez, al fin de la misma parte (II.407) la llama Juana Panza, diciendo expresamente: *que así se llamaba la muger de Sancho*, *aunque no eran parientes*. Tampoco es justo el cargo que le hace de haber pintado á Sancho comedor (IV.244), pues comedor le pinta tambien Cervántes quando en boca de Don Quixote le dice: *tú naciste para morir comiendo* (IV.215): y aunque es cierto que nuestro autor no le da el carácter de puerco, que le supone Avellaneda, el de comedor se le atribuye á cada paso, y el negarlo despues es una verdadera inconseqüencia, que no queda cubierta

con la respuesta de que si alguna vez parecia tragon, era porque se lo daban, pero que sabia pasarse muchos dias con nueces, ó bellotas, pues claro está, que por mas comilon que fuese, no teniendo otra cosa, habia de sujetarse por fuerza á pasar con estos manjares.

327 La poca exâctitud en la cronología y geografía puede tambien hacer inverosímiles los sucesos de la fábula, y de esta especie de descuidos se encuentran algunos en el Quixote: los quales se podrán ver por menor en el citado plan cronológico de la fábula, que se pone al fin de este Discurso. Pero será bueno hacer aquí una reflexîon, y es, que todas las fechas de la segunda parte están adelantadas cosa de unos tres, ó quatro meses mas de lo que corresponde á las de la primera, de donde se puede inferir, que Cervántes no consultó su primera parte al tiempo de escribir la segunda, contentándose con suponer, que sucedió esta en la estacion mas oportuna para los acaecimientos que en ella se refieren, esto es en el verano. De suerte que pone á los principios de este la tercera salida de Don Quixote, siendo así que correspondia fuese por Octubre, respecto de haber sido la primera en uno de los calurosos dias del mes de Julio, y haber pasado en ella, en la segunda, y en las detenciones en su casa, poco ménos de dos meses y medio. De esta anticipacion provienen los defectos, que por menor se expresan en dicho plan cronológico.

328 Pero no por esto se ha de creer que Cervántes solo faltó en anticipar las fechas, guardando despues conseqüencia en esta anticipacion: pues ademas de referirse como sucedidas en el verano las aventuras que correspondia sucediesen en el otoño, aun entre los tiempos de unas aventuras, y los de otras, se encuentra oposicion notable. Baste para prueba de esto, que despues de haber escrito Sancho en casa de los Duques una carta, fecha en 20 de Julio (IV.21), llega con su amo á Barcelona pasado un mes, y se halla ser la mañana de San Juan (IV.240).

329 Esto confirma lo que arriba se dixo: es á saber que Cervántes escribió su Quixote de primera mano, sin detenerse á confrontar unos lugares con otros, y sin sujetarse á llevar una serie calculada en la cronología de su fábula.

330 Á vista de los ligeros defectos que hemos notado, originados la mayor parte de no haber retocado y pulido Cervántes su

obra, es forzoso confesar ingenuamente, que no son capaces tan pequeñas manchas de afear la brillante hermosura del Quixote. Y habiendo ya demostrado que por la novedad de su objeto, por lo bien manejada que está la accion, por la fecunda variedad de sus episodios, por la propiedad de sus caractéres, por la naturalidad y gala de su narracion, por la dulzura de su estilo, y por la solidez de su moral, es digna esta fábula de ocupar un puesto de los mas señalados en el Alcázar de las Musas al lado de las mas famosas Epopeyas, no debemos extrañar que haya merecido tantos elogios de los sabios, no solo nacionales, sino tambien extrangeros, que se halle traducida en casi todas las lenguas vivas, y que se hayan hecho, y se hagan de ella continuamente tantas ediciones.

331 Acreedor es ciertamente el Quixote á todas estas demostraciones de aprecio, y acreedor es Cervántes á los aplausos de todos los literatos, por haber pisado con pie firme un camino de ninguno hollado hasta entónces, y en que ninguno le ha seguido, y por haber observado en su fábula, que es de una especie nueva, las reglas que dicta la razon, ayudada de la crítica. Reglas que no pudo encontrar escritas, pero reglas que deben servir en adelante para formar juicio de las composiciones de esta especie, si acaso se atreve alguno á seguir á Cervántes por tan difícil senda hasta la cumbre del Parnaso.

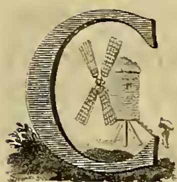




PLAN CRONOLÓGICO
DEL QUIXOTE.

PARTE I. TOMO I.

PRIMERA SALIDA.


CAPÍTULO II. Y III. Salió Don Quixote muy de madrugada por el Campo de Montiel un dia de los calurosos de Julio. Despues de haber caminado todo el dia, llegó al anochecer á una venta, en donde le armáron caballero.

CAP. IV. Y V. Sale de esta venta al otro dia de madrugada, armado ya caballero. Encuéntrase con los mercaderes de Toledo, que le dexan tendido en el suelo, y molido á palos. Recógele Pedro Alonso, vecino de su pueblo, adonde le llevó, y llegáron al anochecer.

SEGUNDA SALIDA.

CAP. VI. Y VII. Á otro dia se hizo el escrutinio de los libros de Don Quixote, quien durmió todo aquel dia, y estuvo otros dos en la cama, al cabo de los quales se levantó, y se mantuvo quince dias muy sosegado en casa. En este tiempo solicitó á Sancho Panza, para que le sirviese de escudero, y juntos saliéron una noche por el mismo Campo de Montiel, y por el propio camino que habia tomado Don Quixote en su primer viage. Hubo, segun esta cuenta, veinte dias de diferencia entre su primera y segunda salida.

CAP. VIII. El dia 21 de la accion de Don Quixote fué la aventura de los molinos de viento, despues de la qual siguiéron el camino del Puerto Lápice. Aquella noche la pasáron en una arboleda, y el dia 22 á las tres de la tarde descubriéron el Puerto,

en el qual sucedió la aventura de los Monges Benitos, y la del Vizcaino.

CAP. IX. HASTA EL XII. Dia 22 se acabó la batalla con el Vizcaino. Se entráron Sancho y su amo en un bosque, curóse Don Quixote la oreja, comiéron tarde y de priesa, y faltándoles tiempo para llegar á poblado, se quedáron en las chozas de unos cabreros, en donde estos contáron á Don Quixote la historia del pastor Grisóstomo.

CAP. XIII. HASTA EL XV. Dia 23 salió Don Quixote de la cabaña de los cabreros, fué al lugar de la sepultura del pastor Grisóstomo, á cuyo entierro asistió. Acabado este se entró, acompañado de Sancho, á buscar á la pastora Marcela por el monte en donde se habia ocultado. Habiendo andado por él mas de dos horas sin encontrarla, viniéron á parar á un prado, adonde se apeáron con ánimo de pasar allí la siesta, y les sucedió la desgraciada aventura de los Yangüeses: despues de la qual al anochecer de este dia llegáron á la famosa venta del encantamiento, que Don Quixote creia ser castillo.

CAP. XVI. HASTA EL XXI. Aquella noche la pasáron en esta venta, y en ella sucedió lo del arriero y Maritórnes, el quadrillero y bálsamo de Fierabras. Al otro dia que fué el 24 manteáron á Sancho en la misma venta. Habiendo salido de ella, peleó Don Quixote con los dos rebaños de ovejas, y por la noche del mismo dia sucedió la aventura del entierro y la de los batanes, la qual se concluyó al amanecer del otro dia, que fué el 25, y en él ganó el yelmo de Mambrino.

PARTE I. TOMO II.

CAP. XXII. Y XXIII. En el propio dia 25 de la accion dió Don Quixote libertad á los galeotes, y despues de esta aventura se entró con Sancho en Sierra Morena, en cuyas entrañas pasáron la noche. Al siguiente dia 26 se halláron en la misma Sierra la maleta, y encontráron á Cardenio.

CAP. XXIV. HASTA EL XXXII. El mismo dia 26 despues de la pendencia de Cardenio determinó Don Quixote quedarse haciendo penitencia, y enviar á Sancho con la carta á Dulcinea, y la libranza de los tres pollinos fecha en 22 de Agosto de aquel año.

De esta fecha se infiere, que siendo el dia 26 de la primera salida de Don Quixote el 22 de Agosto, aquella salida fué la madrugada del 28 de Julio del mismo año. Al siguiente 23 de Agosto, y 27 de la accion de Don Quixote llegó Sancho á medio dia á la venta, en donde encontró al Cura y al Barbero, que le hiciéron volver atras en busca de su amo. Á otro dia, que fué el 24 de Agosto y 28 de la accion, el Cura y el Barbero acompañados de Sancho llegáron á las tres de la tarde á la entrada de la Sierra. Sancho se internó para ir al lugar adonde habia dexado á su amo haciendo penitencia, y el Cura y el Barbero se quedáron allí aguardándole. En este intermedio se encontráron con Cardenio y Dorotea, quienes contáron su larga historia. Concluida esta volvió Sancho diciendo, que su amo no queria salir del lugar donde estaba, lo que les obligó á todos á irle á buscar, y habiendo andado tres quartos de legua, descubriéron entre unas peñas á Don Quixote, quien luego que oyó la súplica de Dorotea, se puso en camino con toda la comitiva, y llegáron á una fuentecilla en donde se apeáron. Todo esto sucedió en la misma tarde, y Cervántes olvidado de ello dice, que comiéron en la fuentecilla y despues de comer volviéron á tomar el camino. Tambien dice en boca del Cura, que desde la salida de la Sierra hasta la venta habia dos leguas, lo que no se compone bien con haber tardado en el camino aquella tarde, y toda la mañana del dia siguiente 25 de Agosto y 29 de la accion que llegáron á la venta, habiendo tardado el mismo tiempo el Cura, el Barbero y Sancho en ir desde la venta hasta la entrada de la Sierra, y por consiguiente debia haber mucho mas de dos leguas.

CAP. XXXIII. HASTA EL XLIII. En este mismo dia 29 de la accion y 25 de Agosto llegáron tambien á la venta Luscinda y Don Fernando, con lo que se concluyó felizmente el episodio de Cardenio y Dorotea. Despues llegó el Cautivo y Zorayda, cuya historia es otro episodio. Luego entró el Oidor hermano del Cautivo con su hija Doña Clara, motivo de otro episodio.

CAP. XLIII. HASTA EL XLVII. El dia 30 de la accion y 26 de Agosto llegáron á la venta los criados de Don Luis, que disfrazado en trage de mozo de mulas seguia á la hija del Oidor. Sucedió la historia de estos criados con Don Luis, la pendencia de Sancho con el barbero de la albarda, la de los quadrilleros y sus

compañeros con Don Quixote, la de este con Sancho porque habló mal de la Princesa Micomicona, y despues de sosegado todo, á otro dia 31 de la accion, y 27 de Agosto por la mañana fué el fingido encanto de Don Quixote, y su salida de la venta en un carro de bueyes.

CAP. XLVII. HASTA EL LII. El dia 31 de la accion, y 27 de Agosto se encontró el Canónigo de Toledo con Don Quixote y su comitiva, con quienes tuvo varios coloquios. Sucedió la llegada y episodio del cabrero, y la aventura de los diciplinantes. Concluida esta siguió Don Quixote con el Cura y el Barbero el camino de su aldea. Era entónces medio dia, y al cabo de seis dias entráron en la dicha aldea Domingo á la mitad del dia: que por esta cuenta era el 37 de la accion y 2 de Septiembre á medio dia.

RESÚMEN DE ESTE CÓMPUTO.

	DIAS	
Sale Don Quixote dia 28 de Julio, y vuelve á su casa dia 29.	.. 2	Total: 37 dias desde 28 de Julio hasta 2 de Septiembre, tiempo de la duracion de la fábula en la primera parte del Quixote.
Está en su casa 18 dias, esto es hasta el 16 de Agosto.....	..18	
Sale segunda vez con Sancho, y emplea 17 dias hasta la vuelta á su casa en 2 de Septiembre..................	..17	
	37	

PARTE II. TOMO III.

TERCERA SALIDA.

CAP. I. HASTA EL VII. Está Don Quixote casi un mes quieto en su casa. Gasta en varios coloquios dos dias, que juntos con los antecedentes vendrán á componer todo el mes de Septiembre. Despues de tres dias, esto es en 3 de Octubre salen Don Quixote y Sancho tercera vez al anochecer, y toman el camino del Toboso.

CAP. VIII. Pasan aquella noche y un dia camino del Toboso sin aventura, ni suceso, y á otro dia 5 de Octubre al anochecer llegáron á un encinar cerca del Toboso, y habiéndose aguardado allí, entráron en el Lugar á la media noche.

CAP. IX. HASTA EL XI. En el dia 6 de Octubre sucedió el encantamiento de Dulcinea, y despues siguiéron el camino de Zaragoza los dos aventureros. Al fin de este dia 6 de Octubre fué la aventura de los farsantes, que segun su relacion, habian hecho aquella mañana, que era la Octava del Córpus, el Auto de las Cortes de la muerte. Yerro de cronología en que incurrió Cervántes, poniendo en Octubre la Octava del Córpus. Tambien cometió otro yerro de geografía, diciendo, que al salir del Toboso Don Quixote y Sancho siguiéron el camino de Zaragoza, porque todos los Lugares de las aventuras desde el Toboso hasta las lagunas de Ruydera deben estar al medio dia del Toboso, direccion contraria á Zaragoza, que está al norte, como se demuestra en el itinerario señalado en el mapa desde el número 17 hasta el 22. Este yerro le repitió en el cap. XIV.

CAP. XII. HASTA EL XIV. La noche del dia 6 de Octubre fué la llegada del caballero de los Espejos: en ella pasó el coloquio de los dos escuderos y de los dos caballeros. Don Quixote refirió al de los Espejos que los encantadores habian transformado á Dulcinea dos dias habia en aldeana: y habiendo sucedido esto el dia anterior á aquella noche, no es verosímil, que tan presto se le hubiese olvidado. El dia 7 de Octubre al amanecer fué vencido el caballero de los Espejos por Don Quixote, quien junto con Sancho volvió á proseguir su camino de Zaragoza.

CAP. XV. HASTA EL XIX. El dia 7 de Octubre se encontró Don Quixote con el caballero del verde gaban, y sucedió la aventura de los leones, y á las dos de la tarde del mismo dia llegáron á la aldea y casa del del verde gaban, en donde se mantuviéron Don Quixote y Sancho quatro dias, esto es hasta mediado el dia 11 de Octubre, y al anochecer de este llegáron al Lugar de Camacho el rico.

CAP. XX. HASTA EL XXIII. Dia 12 de Octubre estuviéron en las bodas de Camacho: hasta el 15 se mantuviéron con Basilio y Quiteria, y el 16 partió Don Quixote con Sancho y el primo para la cueva de Montesínos, adonde llegáron el dia 17 á las dos de la tarde. Inmediatamente entráron á Don Quixote en la cueva, y le volviéron luego á sacar, y despues contó á Sancho y al primo lo que habia visto en ella.

CAP. XXIV. HASTA EL XXVIII. De allí volviéron á tomar el camino, en el que encontráron al mozo de las alabardas, y al page

que iba á sentar plaza de soldado, y al anochecer llegáron á la venta, en que sucedió la aventura de los títeres. Á otro dia á las ocho dexáron la venta Sancho y Don Quixote, y se pusiéron en camino, por el qual anduviéron dos dias sin acontecerles cosa digna de escribirse, hasta que al tercero dia, esto es el 20 de Octubre, llegáron cerca del Lugar del rebuzno, en donde sucedió la aventura, de que salió Sancho apaleado y apedreado Don Quixote. Queriéndose con este motivo despedir Sancho de su amo, este le ajusta la cuenta de sus salarios el dia 20 de Octubre, y le dice, que habia 25 dias que habian salido de su Lugar: error de cronología, pues habiendo salido el dia 3 de Octubre por la noche, no habia sino 17 dias. Dice tambien Don Quixote, que apénas habia andado dos meses en el discurso de sus salidas, lo que es cierto, pues solo eran 36 dias: los demas que habia de accion los habia pasado en su casa.

CAP. XXIX. Dos dias despues, esto es el 22 de Octubre, llegó Don Quixote al Ebro, en donde sucedió la aventura del barco encantado. Aquí cometió Cervántes un notable yerro de geografía, porque dividida en cinco jornadas la distancia que hay desde la venta de los títeres, que en el itinerario del mapa es el número 23, hasta el rio Ebro y aventura del barco encantado número 25, corresponde á cada jornada unas 14 leguas de andadura, y no es posible que Rocinante y el rucio anduviesen tanto camino en tan poco tiempo.

CAP. XXX. HASTA EL XXXIII. El dia 23 de Octubre al ponerse el sol encontró Don Quixote á los Duques, quienes le lleváron á su palacio, en donde fué recibido con ostentacion como caballero andante, y despues de haber comido se retiró á dormir la siesta. Aquí tuvo Cervántes un notable descuido, pues habiendo dicho, que Don Quixote encontró á los Duques al ponerse el sol, los hace comer luego que llegáron al palacio, como si fuese medio dia, é irse á dormir la siesta. Tambien cometió un yerro de cronología, porque supone, que esto sucedió en un dia de verano, siendo el 23 de Octubre.

PARTE II. TOMO IV.

CAP. XXXIV. Y XXXV. De allí á seis dias, esto es el 29 de Oc-

tubre se celebró la montería con que los Duques obsequiáron á Don Quixote. Dice Cervántes que era la mitad del verano, faltando á la verosimilitud, pues era el mes de Octubre, bien que concuerda con lo que habia dicho ántes.

CAP. XXXVI. HASTA EL XLI. El dia siguiente 30 de Octubre despues de comer fué la aventura de la Trifaldi, y á la noche la del Clavileño Alígero. Aquel dia escribió Sancho una carta á su muger fecha en 20 de Julio de 1614. Notable anacronismo, pues aquel dia era el 30 de Octubre segun la cronología que entabló Cervántes en su primera parte, y respecto que esta se imprimió el año de 1605, debia ser á lo ménos, para ser verosímil la fecha de la carta, de 30 de Octubre de 1604.

CAP. XLII. Y XLIII. Finalizada la aventura de la Trifaldi, ó Dueña Dolorida con el vuelo de Clavileño la noche del dia 30 de Octubre, al siguiente 31 del mismo mandó el Duque á Sancho que se dispusiese para ir al Gobierno de su Ínsula al dia siguiente 1 de Noviembre, y Don Quixote le dió los consejos sobre el modo con que habia de portarse en la Ínsula.

CAP. XLIV. Va Sancho al Gobierno el mismo dia 31 por la tarde, en lo que faltó Cervántes á la verosimilitud, pues el mismo dia habia dicho el Duque á Sancho, que no le habia de enviar hasta el dia siguiente, y no se alega causa ninguna para esta mudanza y aceleracion.

CAP. XLV. Llega Sancho á su Gobierno el dia 1 de Noviembre por la mañana: toma posesion, y despues hace los famosos juicios de la ramera y del viejo embustero, que encerró los diez escudos que debia en un báculo de caña, para jurar que los habia pagado, y tambien el del sastre de las caperuzas.

CAP. XLVI. En el mismo dia 1 de Noviembre que llegó Sancho á su Gobierno, despachó la Duquesa á un page con la carta de Sancho para Teresa Panza, y Don Quixote habló con Altisidora, de lo que resultó cantarle á esta Don Quixote á las once de la noche de aquel dia un Romance. Acabado este sucedió la aventura de los gatos, de cuya resulta estuvo Don Quixote en la cama cinco dias, esto es hasta el 6 de Noviembre inclusive.

CAP. XLVII. El dia 1 de Noviembre comió Sancho en público, y estando comiendo recibió una carta del Duque fecha el 16 de

Agosto. Dos anacronismos comete aquí Cervántes : el primero contra la cronología de su fábula , pues segun ella , la carta debia tener la fecha de 31 de Octubre , y el segundo respectivo á la fecha de la carta de Sancho á su muger , pues esta , que se escribió el dia ántes que la del Duque , tenia la fecha de 20 de Julio.

CAP. XLVIII. En el capítulo XLVI. dixo Cervántes que de resulta de la aventura de los gatos estuvo Don Quixote cinco dias en la cama, esto es hasta el 6 de Noviembre, ahora dice, que estuvo sin salir al público seis dias, esto es, hasta el 7 de Noviembre. En una noche de estas fué á visitar Doña Rodriguez á Don Quixote , y la azotáron la Duquesa y Altisidora.

CAP. XLIX. El dia 1 de Noviembre en la noche cenó Sancho con licencia del Dotor Pedro Recio : despues de la cena salió á rondar , y de allí á dos dias fué el fin trágico de su Gobierno.

CAP. L. En este capítulo repite Cervántes la embaxada , que la Duquesa envió despues de la aventura de Doña Rodriguez á Teresa Panza con un page , el qual llevaba una carta de su marido y el vestido de campo, con otra carta de la Duquesa y una gran sarta de corales ricos. Falta en esto á la verosimilitud , pues en el capítulo XLVI. habia despachado al mismo page con sola la carta de Sancho y el vestido ; pero ya se le habia olvidado , é incurrió en este descuido , y repeticion. Tambien cometió un yerro de geografía , porque en seis dias quando mas va el page al Lugar de Don Quixote , se detiene en él casi un dia , y vuelve con la respuesta , lo que no pudo ser, estando el Lugar de Don Quixote en la Mancha junto al Toboso , y el palacio de los Duques en Aragon á las orillas del Ebro.

CAP. LI. El dia 2 de Noviembre almorzó Sancho , y á la tarde de aquel dia hizo unas constituciones para el buen gobierno de su Ínsula. El mayordomo tenia dispuesto hacerle salir del Gobierno aquella noche.

CAP. LII. En este dia estaba ya sano Don Quixote de los araños de los gatos , en lo que tardó ocho dias , y habiéndolos recibido el 1 de Noviembre , debia ser este dia el 9 del mismo mes. Al medio dia del siguiente 10 de Noviembre llegó de vuelta el page que habia ido á casa de Sancho : cosa muy inverosímil,. que en tan corto tiempo pudiese haber ido y vuelto desde las orillas de

Ebro hasta Argamasilla de Alba. En el mismo dia desafió Don Quixote al agraviador de la hija de Doña Rodriguez : el Duque aplaza campo para este reto , y señala el plazo para de allí á seis dias, que seria el 16 de Noviembre.

CAP. LIII. La noche del séptimo dia del Gobierno fué la alarma fingida con que acabó Sancho su comision. Llegó á ella el dia 1 de Noviembre y así el dia 7 del mismo por la noche le sucedió esta aventura. Pero toda esta cuenta de Cervántes está muy errada , pues en el capítulo LI. ha dicho que el segundo dia del Gobierno fué quando sucedió su acabamiento : ademas de que el no decir ni en general, en que se ocupó los cinco dias, que aquí supone hubo de mas , siempre es descuido. En el mismo capítulo dice , que Sancho se fué el dia siguiente por la mañana , esto es el 8 de Noviembre temprano : de donde resulta que habia tenido el Gobierno solos siete dias , y el mayordomo le dice, que ha de dar residencia de los diez dias que habia tenido el Gobierno , y segun esto era el 11 de Noviembre por la mañana : otro anacronismo.

CAP. LIV. El dia 12 de Noviembre dixo el Duque á Don Quixote , que de allí á quatro dias se presentaria el agraviador de la hija de Doña Rodriguez , y el mismo dia venia Sancho de la Ínsula en busca de su amo : otro anacronismo.

CAP. LV. El dia 13 encontró Don Quixote la salida de la caverna donde habia caido Sancho la noche ántes , que por la verdadera cuenta debia ser el dia 4 de Noviembre , por el dicho de Cervántes el 9 , y por el del mayordomo , que confirmó Sancho despues de haber salido, el 12 del mismo mes : prueba de lo embrollado de la cronología. Tambien repite aquí Cervántes , que era verano, debiendo ser, segun su cronología, el mes de Noviembre.

CAP. LVI. El dia 16 de Noviembre fué el desafío aplazado para este dia, de cuyas resultas dixo Tosílos , que queria casarse con la hija de Doña Rodriguez.

CAP. LVII. HASTA EL LIX. Un dia despues del desafío se despide de los Duques Don Quixote , quien por el deseo que tenia de salir á otras aventuras, se puede creer, que lo haria poco despues del referido desafío. Cervántes no determina este dia, y así puede suponerse , que era el 18 de Noviembre. Al dia siguiente de

mañana se partió Don Quixote de casa de los Duques, esto es el 19 de Noviembre. En el mismo sucedió la aventura de los Santos, la de las pastoras y la de los toros, despues de la qual se encontró Don Quixote por la noche en la venta con Don Gerónimo, y al dia siguiente 20 de Noviembre salió temprano de la venta para Barcelona.

CAP. LX. En seis dias, esto es hasta el 26 de Noviembre nada aconteció digno de notar á nuestros aventureros. El dia 26 por la noche la pasáron en unas arboledas, en donde Sancho acoceó á su amo, y se asustó con los cuerpos de los ahorcados que estaban colgados de los árboles. Á otro dia al amanecer los sorprehendió Roque Guinart con su quadrilla de bandoleros.

CAP. LXI. HASTA EL LXIII. Tres dias y tres noches estuvo Don Quixote con los bandoleros hasta el 29 de Noviembre, que supone Cervántes contra la verosimilitud, ser víspera de San Juan. El dia siguiente 30 al salir el sol entró Don Quixote en Barcelona. Aquel dia hubo bayle por la noche en casa de Don Antonio Moreno, que hospedó á Don Quixote, y al siguiente 1 de Diciembre se hizo la experiencia de la cabeza encantada. Determináron correr sortija el dia 7, pero no se efectuó. Salió Don Quixote á pasear á pie por la ciudad, y vió la imprenta: todo esto el dia 1 de Diciembre, en cuya tarde fuéron tambien á ver las galeras.

CAP. LXIV. El dia 3 de Diciembre salió el barco para traer á Don Gregorio de Argel. Dia 5 se hiciéron á la vela las galeras para Levante, y el dia 6 saliendo Don Quixote á pasearse por la playa, se encontró con el caballero de la Blanca Luna, y fué vencido por él.

CAP. LXV. De resulta del vencimiento estuvo Don Quixote en cama seis dias, esto es, hasta el 11 de Diciembre inclusive. El dia 12 entró Don Antonio á decir á Don Quixote, que habia llegado de Argel Don Gregorio. De allí á dos dias, esto es el 14, tratáron sobre el modo de que Ricote y su hija quedasen en España. El 15 partiéron Don Antonio y Don Gregorio á Madrid, y el 18 saliéron Don Quixote y Sancho para su patria. Habia dos meses que Carrasco habia sido vencido por Don Quixote, y Cervántes olvidado de esto le hace decir, que habia ya tres meses.

CAP. LXVI. HASTA EL LXIX. El dia 23 de Diciembre llegáron

Don Quixote y Sancho á un Lugar camino de su patria. Aquella noche la pasáron al sereno, y el dia 24 encontráron un correo de á pie, que era el lacayo Tosílos. En aquel dia 24 pasáron varias cosas, y tuviéron en el campo la noche, en la qual sucedió la aventura de los cerdos. Al otro dia 25 de Diciembre al ponerse el sol saliéron al camino unos hombres, arrestáron á Don Quixote y á Sancho, y los lleváron á la Quinta de los Duques, y aquella misma noche sucedió la extraordinaria representacion de la resurreccion de Altisidora muerta por el desden de Don Quixote.

CAP. LXX. HASTA EL LXXII. El dia 26 de Diciembre despues de comer salió Don Quixote de casa de los Duques en prosecucion de su viage. En la noche de este dia comenzó á azotarse Sancho, y el siguiente 27 estuviéron, despues de haber andado tres leguas, esperando en un meson á que llegase la noche. En este meson fué el encuentro de Don Álvaro Tarfe. Á la tarde saliéron Don Quixote y Sancho y pasáron la noche entre unos árboles. El dia 28 continuáron su camino: á la noche acabó Sancho de azotarse por el desencanto de Dulcinea, y al siguiente dia 29 entráron en Argamasilla de Alba su patria. Es poco tiempo el que da aquí Cervántes á Don Quixote y Sancho, para llegar desde casa de los Duques hasta su Lugar.

CAP. LXXIII. Y LXXIV. El dia 29 se pasó en coloquios con el Cura y el Bachiller, y al fin con el Ama y la Sobrina, á quienes pide Don Quixote, que le lleven á la cama, porque se sentia no muy bueno. Seis dias estuvo con calentura, esto es desde el 30 de Diciembre hasta todo el 4 de Enero. El siguiente 5 vuelto ya en su acuerdo, hizo testamento, y el 8 murió.

RESÚMEN DE ESTE PLAN,
Y DURACION DE TODA LA FÁBULA.

Respecto á que Cervántes fingió á su Héroe moderno, y que á cada paso alude el mismo Don Quixote á sucesos recientes entónces, es fuerza suponerle contemporaneo de Cervántes, y habiéndose impreso el año de 1605 la primera parte del Quixote, su primera salida se supone haber sido el año anterior de 1604, y baxo de este supuesto se funda el siguiente cómputo.

	DIAS	Total: meses, dias.
Sale Don Quixote la primera vez el dia 28 de Julio de 1604, y vuelve el 29 del mismo....................	2	
Está en su casa diez y ocho dias... ..	18	
Sale segunda vez el dia 17 de Agosto, y no vuelve hasta el dia 2 de Septiembre.........................	17	
Se está en su casa treinta y un dias... ..	31	.....5.......12
Sale tercera vez el dia 3 de Octubre en la noche, y no vuelve hasta el 29 de Diciembre.....................	87	
Está enfermo desde el dia 30 de Diciembre de 1604 hasta el dia 8 de Enero de 1605 en que murió..........	10	
	165	





PRUEBAS Y DOCUMENTOS

QUE JUSTIFICAN

LA VIDA DE CERVÁNTES.

Los números corresponden á los que se han puesto en la vida.

1 Pág. *iii. Nació en Alcalá.* Acerca de la patria de Cervántes ha habido muchas y muy diversas opiniones. Ni la universal erudicion de Tomas Tamayo de Várgas, ni la vasta literatura de Don Nicolas Antonio, ni el haber vivido ámbos en el mismo siglo en que murió Cervántes, fué bastante para que supiesen su patria. El primero le hace natural de Esquívias [a] Lugar del Reyno de Toledo, fundándose sin duda en las expresiones del mismo Cervántes, que llama á Esquívias Lugar por mil causas famoso, y particularmente por sus ilustres linages. Esta expresion dicha por un hombre que á cada paso hacia mencion de su hidalguía, era motivo suficiente para creer, que tenia interes y enlace con las familias ilustres de Esquívias: y así era en realidad; pero este interes de Cervántes no era por sí mismo, sino por su muger Doña Catalina de Salazar. Tomas Tamayo de Várgas, que ignoraba este enlace, sacó una conseqüencia equivocada de aquel principio cierto y verdadero.

Don Nicolas Antonio se inclina á que Cervántes fué natural, ú oriundo de Sevilla [b]. Lo primero lo prueba con un dicho del mismo Cervántes en el prólogo de sus Comedias, donde asegura haber visto quando niño representar al famoso cómico Lope de Rueda. Lo segundo lo infiere de los apellidos Cervántes y Saavedra, que son propios de algunas familias distinguidas de Sevilla. Ámbas conjeturas no prueban lo que se intenta. La primera porque en ella hace Don Nicolas Antonio decir á Cervántes lo que no dixo: y la segunda porque es muy comun haber en un propio Lugar familias de un mismo apellido, que no tienen parentesco, ni conexîon alguna.

Otros han intentado hacer á Cervántes natural de Madrid. Lope de Vega parece que se inclinó á este dictámen, poniendo los elogios de Cervántes en boca de Laura Ninfa del rio Manzanáres, que refiere los hijos de Madrid dignos del Laurel de Apolo [c]. El fun-

a Contra id quod antea diximus de hujus patria, D. Thomas Tamajus Esquívias oppido agri Toletani eum adjudicat. *Nicol. Ant. Bibliot. Hisp.*

b Michaël de Cervantes Saavedra Hispalensis natu, aut origine; quorum primum confirmare is videtur, dum sibi puero Hispali visum fuisse Lupum de Rueda comœdiarum scriptorem, et actorem inter nos antiquissimum in prologo suarum comœdiarum scribit; alterum ex cognominibus, quæ Hispalensium familiarum nobilium sunt, infertur. *Nicol. Ant. Bibliot. Hisp.*

c *Laurel de Apolo Silva* 5. *pág.* 42. *y* 43. *Silva* 8. *pág.* 73.

damento principal de esta opinion es un dicho del mismo Cervántes en el primer capítulo de su Viage del Parnaso, donde despues de haber hecho una festiva despedida de esta Corte, para manifestar el miserable y estrecho estado á que su pobreza le habia reducido, concluye asi:

A Dios hambre sotil de algun hidalgo,
Que por no verme ante tus puertas muerto,
Hoy de mi patria, y de mí mismo salgo.

Los que son de este dictámen quieren que la expresion *mi patria* sea relativa á la villa de Madrid, y de aquí infieren que nació en ella Cervántes. El autor de su vida impresa en Lóndres el año de 1738 sigue esta opinion [a], y la propone como observacion propia; no obstante que se ve precisado á confesar que está anotada en las apuntaciones hechas por Don Nicolas Antonio para la correccion de la Biblioteca Hispana. A este sabio no hizo fuerza alguna, porque desde luego se impuso en la legítima inteligencia del referido lugar, en el qual claramente se conoce que Cervántes llama patria á toda España, y no á sola la villa de Madrid.

Algunos han querido ofuscar esta inteligencia tan natural y sencilla con interpretaciones voluntarias; pero de la misma relacion de Cervántes se infiere, que quando hizo esta despedida, estaba ya inmediato á Cartagena para salir de España: y esta frase y modo de hablar es muy propio y comun en todos los que salen de su reyno para los extraños. Así el hacer á Cervántes natural de Madrid carece de pruebas ciertas y positivas.

En igual caso está la opinion de los que dan á Lucena el honor de ser patria de Cervántes, alegando á su favor una tradicion que en el dia no subsiste, y que está desnuda de verdad, de razones y aun de conjeturas [b]; y ninguno de los referidos dictámenes tiene un fundamento sólido que convenza lo que pretenden sus autores.

El primero que escribió con solidez sobre la patria de Cervántes, fué el erudito Padre Maestro Sarmiento. En el capítulo XXIX. parte I. del Quixote, hablando el Cura con los que le acompañaban, les dixo: *haré cuenta que voy sobre el caballo Pegaso, sobre la cebra, ó alfana en que cabalgaba aquel famoso Moro Muzaraque, que aun hasta ahora yace encantado en la gran cuesta Zulema, que dista poco de la gran Compluto* [c]. El mencionado Padre Maestro Sarmiento extendiendo este lugar en su disertacion sobre la Cebra, que escribió en Madrid el año de 1752, continua así: *advierto de paso, que en llamar Cervántes á la capital la gran Compluto, miraria acaso á señalar su patria con aquel elogio de grande, siendo cierto que segun el Padre Haedo era Miguel de Cervántes un hidalgo principal de Alcalá de Henáres.* Esta conjetura que el Maestro Sarmiento saca de aquel elogio, apoyada con la autoridad del Padre Haedo, es sin duda de mucho peso; pero no tiene toda la fuerza precisa para un total asenso, y aunque nadie como el referido sabio podia por su grande erudicion resolver este problema, tuvo á bien dexarle en aquel estado.

Don Agustin Montiano se empeñó en dar á la opinion del Maestro Sarmiento todo el fundamento posible, y para ello, despues de varias diligencias encontró en Alcalá de Henáres una partida de bautismo, por la que consta que

[a] Mayans *Vida de Cervántes núm.* 4. [b] Mayans *Vida de Cervántes núm.* 3. [c] Cervántes *Quixote part.* I. *cap.* 29. *tom.* II. *pág.* 121.

el Reverendo señor Bachiller Serrano bautizó dia Domingo á 9 de Octubre del año de 1547 á Miguel, hijo de Rodrigo Cervántes, y de su muger Doña Leonor [a]. Con esta nueva y auténtica prueba parecia quedar enteramente verificada la patria de Cervántes, sin que quedase arbitrio, ni aun para dudar á los mas escrupulosos. Así lo creyó y publicó Don Agustin Montiano en el Discurso segundo sobre las Tragedias Españolas; no obstante jamas estuvo tan indecisa la patria de Cervántes, como despues de este descubrimento.

Á poco tiempo de haberse estampado la partida de bautismo que antecede, se encontró en Alcázar de San Juan, Lugar de la Mancha perteneciente al Gran Priorato de Castilla, otra fe, de cuyo tenor se deduce, que á 9 de Noviembre del año de 1558 fué bautizado por el Licenciado Alonso Díaz Pajáres un hijo de Blas Cervántes Saavedra, y de Catalina Lopez, al que se puso por nombre Miguel [b]. Estas partidas dexáron la qüestion aun mas dudosa que lo estaba ántes de hallarlas, como lo confesó siempre Don Agustin Montiano.

Aunque la fe de Alcalá de Henáres tiene á su favor la autoridad del Padre Haedo, son tan especiosos los fundamentos de la otra, que á primera vista parece que merecen preferirse. En primer lugar el orígen del segundo apellido Saavedra, que usó casi siempre nuestro autor, está patente en el Cervántes de la Mancha, y no se ha podido descubrir en el de Alcalá. De este no ha

a *Yo el Doctor Don Hermenegildo la Puerta, Canónigo de la Santa Iglesia Magistral de San Justo y Pástor en esta Ciudad de Alcalá, y Cura propio de la parroquial de Santa María la Mayor de ella, certifico: que en uno de los libros de partidas de bautismos de la referida parroquia, que dió principio en el año de* 1533, *y concluyó en el de* 1550, *al fol.* 192 *vuelta hay una partida del tenor siguiente.* = *Partida.* = *En Domingo 9 dias del mes de Octubre, año del Señor de* 1547 *años, fué bautizado Miguel, hijo de Rodrigo de Cervántes, y su muger Doña Leonor: fué su compadre Juan Pardo: bautizóle el Reverendo señor Bachiller Serrano, Cura de nuestra Señora: testigo Baltasar Vázquez Sacristan, y yo que le bauticé, y firmé de mi nombre.* = *Bachiller Serrano.* = *Concuerda con su original, que queda en el Archivo de esta Iglesia, y en mi poder, á que me remito, y por la verdad lo firmé en Alcalá en* 10 *dias del mes de Junio de* 1765. = *Doctor Don Hermenegildo la Puerta.* Montiano Discurso 2. sobre las Tragedias Españolas pág. 10.

b *Certifico yo Don Pedro de Córdoba, Teniente Cura Prior de la Iglesia parroquial y mayor de Santa María de esta Villa de Alcázar de San Juan, que en uno de los libros de bautismos de dicha Iglesia, que principió en* 10 *dias del mes de Septiembre de* 1506, *y finalizó en* 18 *de Febrero de* 1635, *al folio* 20 *hay una partida del tenor siguiente.* = *Partida.* = *En 9 dias del mes de Noviembre de* 1558 *bautizó el Licenciado señor Alonso Díaz Pajáres un hijo de Blas de Cervántes Saavedra, y de Catalina Lopez, que le puso por nombre Miguel: fué su padrino de pila Melchor de Ortega, acompañados Juan de Quiros y Francisco Alméndros, y sus mugeres de los dichos.* = *El Licenciado Alonso Díaz.* = *A el márgen de dicha partida se halla escrito por nota lo siguiente: Este fué el autor de la Historia de Don Quixote.* = *Concuerda con su original, á que me remito: y para que conste, y tenga los efectos que haya lugar en derecho, doy la presente en esta Villa de Alcázar de San Juan en* 28 *dias del mes de Agosto de* 1765. = *Don Pedro de Córdoba.* = *Certificacion.* = *Nos los infrascritos Notarios públicos y Apostólicos, que abaxo firmarémos y signarémos, de esta Villa de Alcázar de San Juan, y vecinos de ella, certificamos y damos fe, que Don Pedro de Córdoba, por quien va dada y firmada la certificacion precedente, es tal Teniente de Cura Prior de la Iglesia parroquial de Santa María de esta dicha Villa, segun y como se intitula, y la firma la que acostumbra poner en sus escritos, á los que siempre se les ha dado y da entera fe y crédito en juicio y fuera de él: y para que conste donde convenga damos la presente, que signamos y firmamos en dicha Villa de Alcázar á* 21 *de Septiembre de* 1765. = *Vicente Díaz Maroto.* = *Vicente Ximenez Avendaño.* = *Juan Martin Espadero.*

quedado rastro , ni memoria en Alcalá de Henáres , y de aquel se conserva la familia , la casa donde se crió , y la tradicion , en fuerza de la qual señalan con el dedo á todos los pasageros curiosos la expresada casa , y las particularidades de la familia. Á esto se agrega una nota , que exîste al márgen de la citada partida bautismal del Alcázar de San Juan , en que se asegura , que el autor del Quixote es el mismo de quien habla dicha partida : y aunque allí no consta la antigüedad de esta nota , unida á las anteriores pruebas , es sin duda un fuerte inductivo á favor del Cervántes de la Mancha.

En virtud de las razones expuestas se inclináron muchos sugetos de sólido juicio á creer que el Alcázar de San Juan fué la patria de Cervántes. Entre estos merece un distinguido lugar el erudito Ilustrisímo Señor Don Fr. Alonso Cano Obispo de Segorve , que inquirió con la exâctitud propia de su sabia crítica el orígen é historia de la mencionada tradicion , la qual se propagó y se conserva entre los hombres mas hábiles de aquella villa , y mas desviados de los caprichos y credulidad del vulgo.

Don Juan Francisco Ropero , Agente Fiscal de la Cámara de Castilla , que en el Alcázar de San Juan su patria fué pasante de un célebre Abogado llamado Quintanar , aseguraba haberle dicho este repetidas veces al pasar por una de las casas del Lugar : *esta es la casa donde nació Miguel de Cervántes autor del Quixote , y lo digo y prevengo á Vm. con el mismo fin con que á mí , siendo mozo y pasante del Doctor Ordóñez ,, me lo decia este , pasando igualmente por aquí , es á saber , para que se conserve la tradicion.* El mismo Don Juan Francisco Ropero averiguó que la pasantía de Quintanar con el Doctor Ordóñez fué por los años de 1690, siendo este ya muy anciano , de que se infiere que pudo haberlo oido y entendido de los mismos que conociéron á Miguel de Cervántes, que murió entrado ya el siglo XVII. A esto se debe añadir que las descripciones , ó pinturas que hizo este autor en la historia de Don Quixote de los batanes , lagunas de Ruydera , cueva de Montesínos , y otros parages de aquellos contornos , son tan propias y tan puntuales en todas sus circunstancias , que manifiestan haberse hecho por un hombre enterado por menor del pais , y que tenia interes en la conservacion y memoria de sus antigüedades.

Estos fundamentos , aunque de bastante peso , no son suficientes , mirados con desinteres , mas que para suspender el juicio ; pero no para determinarle á favor del Alcázar de San Juan : y así la qüestion queda con ellos tan problemática como ántes , y es forzoso recurrir á otras pruebas mas sólidas , y buscar razones positivas , con que deponer la perplexidad y duda que exîste sobre la verdadera patria de Miguel de Cervántes.

Las dos partidas de bautismo referidas excluyen el derecho de qualquiera otra ciudad , ó Lugar de España , que no presente iguales documentos , y limitan la disputa al Alcázar de San Juan y Alcalá de Henáres , entre las quales es forzoso decidir , afirmando , que el ilustre escritor Miguel de Cervántes Saavedra nació en Alcalá de Henáres á 9 de Octubre del año de 1547 , y fué hijo de Rodrigo Cervántes , y de Doña Leonor de Cortínas su muger.

La Cronología es en la Historia lo que el Álgebra en la Geometría : es la luz que descubre la verdad entre la confusion de los tiempos , y el hilo de oro para desenredarse de su laberinto , como sucede en la qüestion presente.

El verdadero autor del Quixote , el famoso Cervántes , asistió en calidad de soldado raso á la batalla naval , que se dió en el golfo de Lepanto dia 7 de Octubre del año de 1571 , y tuvo parte en aquella victoria , á que concurrió con valor propio , con pecho airado , y poseido de la gloria militar , como él mismo confiesa en varios lugares

de sus obras [a]. Testimonio evidente de que el legítimo Cervántes es el de Alcalá de Henáres, el qual en aquella sazon tenia ya veinte y tres años, quando el de la Mancha no habia cumplido aun trece. Edad enteramente incompatible con el uso de las armas, con la admision en el servicio, y lo que es mas, con el ánimo y valor que Cervántes manifestó en aquella accion, en que se expuso tanto que fué herido de un arcabuzazo, de cuyas resultas perdió la mano izquierda.

En el prólogo de las Novelas, en el qual Cervántes asegura este hecho, afirma tambien, que quando escribió dicho prólogo tenia cumplidos sesenta y quatro años. *Mi edad*, dice, *no está ya para burlarse con la otra vida, que al cincuenta y cinco de los años gano por nueve mas, y por la mano.* Las doce Novelas, al frente de las quales se estampó el mencionado prólogo, saliéron á luz por la primera vez en Madrid el año de 1613, impresas por Juan de la Cuesta. Si se coteja esta fecha constante é indubitable con la de las partidas de bautismo, se verá con evidencia, que confirma lo mismo que el anterior cómputo. La edad que tenia entónces el Cervántes de la Mancha eran precisamente cincuenta y cinco años: el verdadero Cervántes autor de dicho prólogo afirma y asegura que pasaba ya de esta edad, y que la excedia por nueve años mas, y por la mano, con que viene á declararnos él mismo, que no habia nacido en el Alcázar de San Juan.

El referido cálculo quadra perfectamente con la edad del Cervántes de Alcalá, que habiendo publicado su obra el año de 1613, era preciso la tuviese concluida en el de 1612, en que contaba justamente sesenta y quatro años y algunos meses. Y aunque en la vida de este autor ya mencionada, é impresa en Lóndres se asegura, que Cervántes escribió el expresado prólogo á 14 de Julio del año de 1613, es una asercion que no tiene el mas mínimo fundamento.

Cervántes escribió su prólogo sin data alguna, como es regular, y puso en la carta dedicatoria al Conde de Lémos la fecha de 14 de Julio de 1613. El autor de su vida trasladó voluntariamente esta fecha de la dedicatoria al prólogo para poder señalar así alguna época al nacimiento de Cervántes; pero todos saben que los prólogos son obras independientes de las dedicatorias, que no tienen relacion, ni enlace con ellas, y que no solo no es preciso que se escriban ámbas en un mismo dia, sino que ántes bien es regular ser la carta dedicatoria la última en el órden de la composicion. Así miéntras no se alegue un fundamento positivo para autorizar la supuesta fecha del mencionado prólogo, se debe creer que Cervántes le escribió ántes de la dedicatoria, y en tiempo que tenia sesenta y quatro años y algunos meses, conforme á la data de su nacimiento en Alcalá de Henáres [b].

Los dos cómputos cronológicos que acabamos de referir se esfuerzan y con-

a *Arrojóse mi vista á la campaña*
Rasa del mar, que truxo á mi memoria
Del heroyco Don Juan la heroyca hazaña.
Donde con alta de soldados gloria,
Y con propio valor, y airado pecho,
Tuve, aunque humilde, parte en la victoria.

Viag. al Parnaso cap. 1. *pág.* 4. *y* 6. *Prólogo de las doce Novelas. Prólogo de la segunda parte del Quixote.*

b Quando Cervántes fué rescatado en 19 de Septiembre de 1580, dixo él mismo (segun consta de la partida de rescate) que tenia treinta y un años de edad, siendo cierto que segun la fe de bautismo tenia treinta y tres años ménos muy pocos dias. Igualmente quando su madre entregó el dinero para ayuda al rescate en 31 de Julio de 1579, tenia Miguel

firman con el testimonio de Rodrigo Méndez de Silva, y del Padre Haedo, autores fidedignos, y contemporaneos de nuestro escritor. El primero asegura, que Miguel de Cervántes era noble y caballero Castellano [a], y el segundo dice con mas individualidad que fué un hidalgo principal de Alcalá de Henáres [b].

La autoridad de Rodrigo Méndez no es otra cosa que una confirmacion de lo que afirma el Padre Haedo, á quien enteramente sigue. Este historiador formó los Diálogos, que imprimió á continuacion de su Topografía de Argel sobre la relacion de los cautivos christianos, que se nombran en ellos, y fuéron testigos oculares de los mismos hechos referidos [c]. Los expresados Diálogos estaban concluidos desde el año de 1604, y se publicáron en 1612, quatro años ántes de la muerte de Cervántes: por consiguiente el testimonio del Padre Haedo está autorizado por el tácito consentimiento del mismo Cervántes, y por la uniforme deposicion de muchos sugetos que le conociéron durante su cautiverio en Argel.

Ni se puede dudar que el Cervántes de quien hace mencion este historiador sea el mismo autor de Don Quixote, porque lo están publicando las señas individuales que refiere de su cautiverio, de los hechos que durante él intentó, de las repetidas ocasiones en que estuvo á pique de perder la vida á manos de su amo, y sobre todo de su manquedad, y del nombre de su último dueño Azanaga, ó Azan Baxá Rey de Argel: caractéres del todo unívocos con los del famoso Cervántes, y confirmados por él mismo en sus obras, singularmente en la Novela del Cautivo que insertó al fin de la primera parte del Quixote.

Esta última observacion hecha sobre el contexto del Padre Haedo dió motivo á una reflexîon, que no habia ocurrido á ninguno de quantos habian escrito sobre la patria de Cervántes, y de ella resultó la pesquisa y hallazgo del documento mas positivo, y decisivo en la presente materia.

Reflexîonando el autor de estas pruebas, que los documentos pertenecientes al rescate de Cervántes era regular se encontrasen en el archivo de la Redencion general, y conociendo que su hallazgo decidiria la duda, y comprobaria la identidad del Cervántes del Padre Haedo con el autor del Quixote, pidió [d] al Ilustrísimo Señor Obispo de Segorve (entónces Redentor general)

de Cervántes treinta y un años, y diez meses, conforme á su fe de bautismo, y su madre no obstante se engañó tambien, y aseguró que tenia treinta y tres años. Estas equivocaciones son muy regulares quando se refiere la edad casualmente, y sin especial cuidado, como sucedió á Cervántes en el prólogo de las Novelas de que se trata.

a *Ascendencia ilustre del famoso Nuño Alfonso, impresa en Madrid año de 1648, pág. última.*

b *Topografía de Argel, Diálogo 2. pág. 185.*

c ,, La segunda razon (por que me muevo á dedicar á V. S. estos escritos) es haberlos ,, compuesto V. S. siendo informado de christianos cautivos, especialmente de los que se con- ,, tienen en los diálogos, que estuviéron muchos años en Argel &c. *Dedicatoria del P. Haedo al Arzobispo de Palermo.*

d Con fecha de primero de Septiembre de 1765 le escribió el autor de esta vida y análisis extractando la noticia del rescate de Cervántes por el Padre Fr. Juan Gil, que refiere Haedo, y pidiéndole hiciese registrar el archivo á fin de exâminar si en él se conservaba alguna noticia de este rescate, que pudiese ilustrar el asunto. La respuesta de dicho Padre Redentor, dada en Madrid á 7 dias del mismo mes y año fué la siguiente: ,, Muy ,, señor mio: logro particular satisfaccion en poderla dar á Vm. con la copia adjunta que ,, solicita, y es sacada de la redencion original, executada el año de 1580 en Argel por ,, el Reverendo P. Fr. Juan Gil, que se conserva en el archivo de la administracion ge- ,, neral de la redencion de este Convento, y quanto en ella se encuentra relativo á Mi-

hiciese registrar el expresado archivo desde el año de 1578, hasta el de 1580, y en él se encontráron efectivamente dos partidas correspondientes al rescate de Cervántes: una de limosna recibida en Madrid, fecha en la misma villa á 31 de Julio de 1579, y otra de rescate dada en Argel á 19 de Septiembre de 1580. Por ámbas consta, que Miguel de Cervántes era de Alcalá de Henáres, hijo de Rodrigo Cervántes, y de Doña Leonor de Cortínas, vecino

,, guel de Cervántes, cuyas aventuras y particulares nociones coluden admirablemente con ,, la identidad de este, y el autor de la historia de Don Quixote, y comprueban la opi- ,, nion de nuestro difunto Director y otros, que hacen á este último natural de Alcalá de ,, Henáres, y vecino de Madrid. Sin embargo el no advertirse en su padre, madre y ,, hermana rastro de su segundo apellido de Saavedra, sobre otros fundamentos positi- ,, vos y casi decisivos, que tengo para inclinarme á darle otra patria al célebre Mi- ,, guel de Cervántes Saavedra, para cuyo firme asenso solo me resta que comprobar ,, cierta data, me dexa todavía en la perplexidad de si el referido cautivo Cervántes es ,, distinto, ó idéntico con el segundo. De qualquier modo que sea, quedo extremamente ,, complacido en darle evacuado su encargo &c."

El autor escribió segunda vez al Padre Maestro Cano en 10 de Septiembre haciéndole presente la cronología, las circunstancias del cautiverio, de la manquedad y demas, que evidencian ser uno mismo el Cervántes del Padre Haedo, el de la partida bautismal de Alcalá, y el de las fees de rescate con el autor del Quixote, y que por consiguiente destruyen todas las razones de la partida del Alcázar de San Juan, á que se inclinaba dicho Padre Maestro. Su sabia, ingenua y discreta respuesta de 18 del mismo mes de Septiembre dice así: ,, Muy señor mio: á pocas horas de encontrado y re- ,, mitido el hallazgo me suscitáron sus señas individuales del cautivo Cervántes, la curio- ,, sidad de combinarlas con las que el autor de la Historia de Don Quixote da de sí en ,, ella, y en sus demas obras, que sin embargo de pasar de veinte años que no las leo, ,, conservo y procuré refrescar, conferenciándolo con un compañero nuestro, que tiene ,, visto de propósito el asunto, y las hallo tan idénticas, que no siendo verosímil, ni aun ,, prudentemente imaginable, como Vm. previene sabiamente, que concurran á un mismo ,, tiempo, en unos mismos lugares, y en una misma serie de acciones dos sugetos de un ,, mismo nombre y apellido, con otros caractéres personales unívocos, depuse la perple- ,, xidad en que me tenia esa misma partida bautismal del Alcázar de San Juan, que Vm. ,, cita, y para en mi poder auténtica y fortificada con la tradicion, y otras considera- ,, ciones que voy á insinuar."

Prosigue refiriendo la tradicion que se conserva en el Alcázar, y despues añade: ,, So- ,, lo me restaba que allanar el tropiezo de la fecha de la referida partida de bautismo en ,, que Vm. tan advertidamente repara, como inconciliable con los hechos y edad que el ,, mismo Cervántes refiere de sí en varias de sus obras, y esta es la data que apuntaba ,, en mi antecedente restarme que ratificar, siendo muy factible por lo dificultoso del ,, carácter, ó por error del copiante haber trasladado cincuenta y ocho por quarenta y ,, ocho, á cuyo efecto tenia encargado exâmen, y reconocimiento mas exâcto; pero ya ,, no lo espero para abrazar sin perplexidad su partido, que en virtud de nuestro docu- ,, mento lo juzgo historialmente demostrado."

Despues de añadir algunas reflexîones sobre el mismo asunto, concluye el Padre Maestro su carta diciendo: ,, Queda pues por Vm. el campo de esta lid, y la gloria de ,, haber dado el último alcance á esta liebre, que tantos han seguido en vano, sobrán- ,, dome á mí por trofeo la satisfaccion de haber concurrido á ministrarle el perentorio ,, indicativo del rastro."

El contexto de esta carta manifiesta bien claro, que el autor de estas pruebas fué el descubridor de las partidas de rescate: que el Padre Maestro Cano no registró el archivo para buscarlas hasta que tuvo su aviso: y asimismo que la noticia de los cómputos cronológicos, y demas razones que apoyan la opinion de Alcalá de Henáres las tuvo presentes desde luego el autor en la carta, que sobre este asunto escribió á dicho Padre Maestro, quien la comunicó con algunos amigos, como lo expresa en su respuesta.

de la villa de Madrid, mediano de cuerpo, bien barbado, estropeado del brazo y mano izquierda, y cautivo en Argel cinco años, primero de Alí Mamí, ó Arnaute Mamí, Capitan de los baxeles de la armada Argelina, y despues del Rey Azan Baxá [a]: circunstancias todas tan evidentes, tan menudas y tan conformes con las del autor del Quixote, con la relacion del Padre Haedo, y con la fe de bautismo de Alcalá, que dexan decidido el problema, y demostrada la patria de este grande hombre.

Las señales que resultan de las citadas partidas, peculiares todas del verdadero Cervántes, excluyen enteramente las razones de los partidarios del del Alcázar de San Juan, y dexan sin ninguna fuerza la tradicion y la conjetura fundada en el apellido Saavedra, que sin duda tomáron orígen de la misma partida de bautismo mal aplicada al autor del Quixote, y se propagáron despues sin mas motivo que la natural credulidad de los hombres, y su inclinacion á aquellas opiniones cuyo asenso trae consigo algun interes. Así sucedió con la nota marginal de dicha partida. Don Blas Nasarre, que habia pasado á la Mancha con una comision del Duque de Híjar, se persuadió de tal modo que el autor del Quixote era de Alcázar de San Juan, que añadió la citada nota de su puño, y esta voluntariedad de un hombre tan sabio hace ver lo poco que se puede fiar en semejantes documentos, y lo preciso que es exâminarlos bien, y descubrir su verdadero orígen ántes de darles crédito.

Verdad es que no se descubre en Alcalá de Henáres el orígen del segundo apellido Saavedra, que usó Cervántes; pero esto nace del poco cuidado con que se trataban en su tiempo los asuntos públicos. No se han podido encontrar las partidas de bautismo, casamiento y muerte de sus padres, donde era regular se hallase este descubrimiento, porque en el tiempo en que sucediéron no habia asientos, ni libros de esta especie en Alcalá. Es creible fuese sobrenombre de alguno de sus abuelos, ó de otro pariente inmediato que le criase, ó dexase alguna herencia, respecto que los apellidos de sus padres eran Cervántes y Cortínas, como consta de las partidas de rescate. En Castilla era costumbre entónces tomar los sobrenombres de los parientes á quienes se debia la educacion, de que hay una prueba palmaria en la muger del mismo Cervántes Doña Catalina de Salazar [b], fuera de que Cervántes usó de solo este apellido en varios lugares de sus obras, y con él solo le nombran el Padre Haedo, Rodrigo Méndez, Lope de Vega, Vicente Espinel y otros autores: de suerte que el no hallarse en Alcalá noticia del orígen del segundo apellido Saavedra, será quando mas un argumento de poca entidad, y puramente negativo para el presente asunto.

La noticia de los parages y lugares de la Mancha, que describe en el Quixote, la adquirió en el tiempo que residió en aquel pais. Se sabe que pasó á él con una comision, de cuyas resultas le arrestáron en la cárcel, donde escribió la primera parte del Quixote [c], cuyos festivos personages, que finge nacidos en la Mancha, manifiestan bien claro su sentimiento y despique.

Esta misma razon pudiera hacerse valer á favor de Alcalá de Henáres por los elogios con que este autor la nombra, y las particularidades que refiere de sus contornos. Tales son el encantamiento del famoso Moro Muzaraque, la noticia de la cuesta Zulema donde yace, y la de la cebra, ó alfana en que cabalgaba, cuentos que referirian á Cervántes quando niño, como peculiares de su patria, segun la costumbre de la nacion. En el propio lugar del Quixote

[a] Véase á la larga en el número 30 hasta el 36. [b] Consta de dos cartas de dicho Padre Maestro Cano, dadas en Madrid á 7 de Septiembre de 1765, y á 18 dias del mismo mes y año. [c] Mayans *Vida de Cervántes num.* 37.

donde Cervántes cuenta estas noticias [a], llama á Alcalá la gran Compluto, y en su Galatea [b] da el elogio de famoso al rio Henáres, y dice tambien que en sus riberas está fundada la famosa Compluto [c]. Pero no es menester recurrir á ninguna de estas razones y conjeturas en el precedente asunto. Son tan características las señas que da de sí mismo el autor del Quixote, tan conformes con las que se encuentran en sus partidas de rescate, y estas quadran tanto con la fe de bautismo de Alcalá de Henáres, que no se necesita otra prueba para evidenciar su patria, y la época de su nacimiento.

2 Pág. *iii* : *En esta villa estudió.* Juan Lopez de Hóyos, erudito teólogo, fué catedrático de letras humanas en la villa de Madrid ántes que los Regulares de la Compañía tuvieran á su cargo la instruccion de la juventud. Con este célebre profesor, á quien elogia el poeta Flamenco Enrique Coquo [d], estudió Cervántes la latinidad y letras humanas, como consta de la obra que el expresado Lopez de Hóyos imprimió en Madrid el año de 1569 intitulada: *Historia y relacion verdadera de la enfermedad, felicísimo tránsito y suntuosas exêquias fúnebres de la Serenísima Reyna de España Doña Isabel de Valois.* Pues en ella incluyó [e] unos versos de Miguel de Cervántes precedidos de las palabras siguientes: *Estas quatro redondillas castellanas á la muerte de S. M. en las quales, como en ellas parece, se usa de colores retóricos, y en la última se habla con S. M. son con una elegía que aquí va, de Miguel de Cervántes nuestro caro y amado discípulo.* Las redondillas son estas:

Quando un estado dichoso
esperaba nuestra suerte,
bien como ladron famoso
vino la invencible muerte
á robar nuestro reposo:
Y metió tanto la mano
aqueste fiero tirano
por órden del alto cielo,
que nos llevó deste suelo
el valor del ser humano.
¡Quan amarga es tu memoria,
ó dura y terrible faz!
Pero en aquesta victoria
si llevaste nuestra paz,
fué para dalle mas gloria.
Y aunquel dolor nos desuela,
una cosa nos consuela,
ver que al reyno soberano
ha dado un vuelo temprano
nuestra muy cara Isabela.
Una alma tan limpia y bella
tan enemiga de engaños,
¿que pudo merecer ella,
para que en tan tiernos años
dexase el mundo de vella?
Dirás, muerte, en quien se encierra
la causa de nuestra guerra,
(para nuestro desconsuelo)
que cosas que son del cielo,
no las merece la tierra.
Tanto de punto subiste
en el amor que mostraste,
que ya que al cielo te fuiste,
en la tierra nos dexaste
las prendas que mas quesiste.
¡Ó Isabela, Eugenia, Clara,
Catalina á todos cara,
claros luceros los dos,
no quiera y permita Dios,
se os muestre fortuna avara!

Despues al fol. 157, pág. 2 pone la elegía con este título : *La Elegía que en nombre de todo el Estudio, el sobredicho compuso dirigida al Ilustrísimo y Reverendísimo Cardenal Don Diego de Espinosa*, &c. *en la qual con bien elegante estilo, se ponen cosas dignas de memoria.*

Véase el número 5 donde se halla toda la elegía, que empieza así:

¿A quien irá mi doloroso canto,
O en cuya oreja sonará su acento, &c.

[a] *Part.* 1. *cap.* 29. *tom.* II. [b] *Lib.* 1. *pág.* 33. [c] *Lib.* 2. *pág.* 60. [d] Pellicer *Ensayo de Traductores pág.* 145. [e] *Fol.* 138. *que ha de ser* 147. *b.*

Estas son tambien las únicas composiciones, que en dicha obra pueden atribuirse á Miguel de Cervántes, de que se infiere padeció equivocacion Don Blas Nasarre, afirmando en el prólogo que precede á las comedias de Cervántes impresas en Madrid el año de 1749, que en dicha relacion se hallan versos en latin y en vulgar compuestos por Cervántes. La equivocacion acaso puede provenir, de que efectivamente se halla en dicha obra desde la pág. 138, que ha de ser 147 hasta la 157 otro pedazo de relacion de las honras, y en él inserta una elegía latina y unos dísticos sueltos. Ámbas composiciones son probablemente del Maestro Juan Lopez de Hóyos, en cuyo nombre se publicó la obra, y no de Cervántes, porque las de este están bien distinguidas con los epígrafes *de mi muy caro y amado discípulo*: *y del sobredicho*, que las precede y en la tabla de las cosas notables se lee: *Elegía de Miguel de Cervántes en verso castellano al Cardenal en la muerte de la Reyna*, y á las demas les faltó esta circunstancia.

3 Pág. *iii*: *Á la poesía.* Quando su temprana aficion á la poesía no la manifestaran las composiciones, que en su tierna edad hizo con motivo de la muerte de la Reyna Doña Isabel de Valois, hallándose aun estudiando con el Maestro Juan Lopez de Hóyos, y quedan referidas en el número anterior, la probarian indubitablemente la Galatea, el Viage del Parnaso, las Comedias, Entremeses y demas obras poéticas, que compuso, y lo que el mismo Cervántes expuso en la dedicatoria de la Galatea dirigida al Ilustrísimo Señor Don Ascanio Colona Abad de Santa Sofía, pues entre otras razones, que le moviéron para ofrecerle esta obra, dice: „ Mas considerando que el extremado (ingenio) de „ V. S. I. no solo vino á España para „ ilustrar las mejores Universidades de „ ella, sino tambien para ser norte por „ donde se encaminen los que alguna virtuosa ciencia profesan (especialmente „ los que en la poesía se exercitan) no he „ querido perder la ocasion de esta guia, &c." Pero lo que mas lo prueba, es lo que en el capítulo IV. del Viage del Parnaso dice Cervántes de sí mismo:

Desde mis tiernos años amé el arte
Dulce de la agradable poesía,
Y en ello procuré siempre agradarte.

4 Pág. *iii*: *Á las representaciones de Lope de Rueda.* Como Don Nicolas Antonio creyó que la patria de Cervántes era Sevilla, recurrió para probar su opinion á las dos débiles conjeturas que quedan referidas, é impugnadas en el número primero. Una de ellas, ademas de su debilidad, está fundada en haber hecho decir á Cervántes lo que en realidad no dixo, pues aunque Cervántes en el prólogo de sus comedias confiesa, que vió quando muchacho representar á Lope de Rueda, no dice que fué en Sevilla, como supone Don Nicolas Antonio [a]. Las palabras del prólogo son las siguientes: „ Los dias pasados me hallé „ en una conversacion de amigos, donde se trató de comedias...... y de „ tal manera las sutilizáron y atildáron, „ que á mi parecer viniéron á quedar „ en punto de toda perfeccion. Tratóse tambien de quien fué el primero „ que en España las sacó de mantillas „ y las puso en toldo, y vistió de „ gala y apariencia. Yo como el mas „ viejo que allí estaba, dixe que me „ acordaba de haber visto representar „ al gran Lope de Rueda, varon insigne en la representacion y en el entendimiento. Fué natural de Sevilla, y „ de oficio batihoja, que quiere decir „ de los que hacen panes de oro. Fué „ admirable en la poesía pastoril, y en „ este modo, ni entónces, ni despues „ acá, ninguno le ha llevado ventaja:

[a] *Bibliot. Hisp.*

„ y aunque por ser muchacho yo en„ tónces, no podia hacer juicio firme „ de la bondad de sus versos, por al„ gunos que me quedáron en la me„ moria, vistos agora en la edad madu„ ra que tengo, hallo ser verdad lo que „ he dicho."

De estas palabras se infiere no solo que Don Nicolas Antonio padeció equivocacion, haciendo patria de Cervántes la que lo era de Lope de Rueda, sino tambien, que supuso haber dicho Cervántes, que vió representar en Sevilla á este cómico. Pero no consta que Cervántes estuviese por aquellos tiempos en Sevilla, porque hasta el año de 1568, y veinte y uno de su edad permaneció en Madrid estudiando con el Maestro Juan Lopez de Hóyos, como se ha visto en los números anteriores.

Donde probablemente le vió representar fué en Madrid, pues se asegura que en la causa manuscrita hecha á Antonio Perez consta que Lope de Rueda representó en Madrid, y en las cartas de este Ministro impresas en Ginebra año de 1675 hay dos que lo confirman. La una es dirigida á un amigo, y se halla en la pág. 636 de dicha edicion: „ Tres años, dice, he vivido „ en una casa enfrente del Hostel de „ Borgoña, que llaman aquí en Paris, „ donde se representan las comedias, y „ de otro lado el Hostel de Mendoza, „ que así se llama, donde un voltea„ dor de maroma hacia sus habilidades. „ Nunca he entrado á ver lo uno, ni „ lo otro, con ver entrar Príncipes y „ damas y de todos estados. La cau„ sa, porque he visto muchas come„ dias originales de representantes gran„ des, haciendo yo mi personage en lo „ mas alto del teatro." Y porque no se crea que habla metafóricamente, y solo con alusion á sus desgracias, véase lo que dice pág. 1007 en la segunda carta á su muger Doña Juana Coello: „ Gracioso cuento cierto, y que á so„ las, en medio de toda mi melancolía, „ le he reido tan seguidamente, como „ pudiera reir en otro tiempo en una co„ media algun paso extraordinario de „ aquellos de Lope de Rueda &c." De estos dos lugares se infiere, que Antonio Perez vió representar en Madrid á Lope de Rueda siendo Ministro de Felipe II.

5 Pág. *iv*: *Una elegía*. Por esta elegía, y por las redondillas que van en el núm. 2 de estas pruebas se podrá juzgar del mérito de Cervántes en sus primeros ensayos poéticos, pero como la única obra en que se hallan dichas composiciones es la expresada relacion de las exêquias, y esta se ha hecho muy rara, ha parecido conveniente trasladarla aquí enteramente, para que el lector pueda hacer juicio por sí mismo, como de las redondillas que se trasladáron con este fin en el núm. 2.

¿Á quien irá mi doloroso canto,
Ó en cuya oreja sonará su acento
Que no deshaga el corazon en llanto?
Á ti, gran Cardenal, yo le presento,
Pues vemos te ha cabido tanta parte
Del hado executivo violento.
Aquí verás, quel bien no tiene parte,
Todo es dolor, tristeza y desconsuelo
Lo que en mi triste canto se reparte.
¿Quien dixera, Señor, que un solo vuelo
De una ánima beata la alta cumbre
Pusiera en confusion al baxo suelo?
¡Mas ay! que yace muerta nuestra lumbre:
El alma goza de perpetua gloria,
Y el cuerpo de terrena pesadumbre.

No se pase, Señor, de tu memoria
Como en un punto la invencible muerte
Lleva de nuestras vidas la victoria.
Al tiempo que esperaba nuestra suerte
Poderse mejorar, la sancta mano
Mostró por nuestro mal su furia fuerte.
Entristeció á la tierra su verano,
Secó su paraiso fresco y tierno,
El ornato añubló del ser christiano.
Volvió la primavera en frio invierno,
Trocó en pesar su gusto y alegría,
Tornó de arriba á baxo su gobierno,
Pasóse ya aquel ser, que ser solia
Á nuestra obscuridad claro lucero,
Sosiego del antigua tiranía.
Á mas andar el término postrero
Llegó, que dividió con furia insana
Del alma sancta el corazon sincero.
Quando ya nos venia la temprana
Dulce fruta del árbol deseado,
Vino sobre él la frígida mañana.
¿Quien detuvo el poder de Marte airado,
Que no pasase mas el alto monte,
Con prisiones de nieve aherrojado?
No pisará ya mas nuestro orizonte,
Que á los campos Elíseos es llevada,
Sin ver la obscura barca de Châronte.
Á ti, fiel pastor de la manada
Seguntina, es justo y te conviene
Aligerarnos carga tan pesada.
Mira el dolor que el gran Philippo tiene,
Allí tu discrecion muestre el alteza
Que en tu divino ingenio se contiene.
Bien sé que le dirás que á la baxeza
De nuestra humanidad es cosa cierta
No tener solo un punto de firmeza.
Y que si yace su esperanza muerta,
Y el dolor vida y alma le lastima,
Que á do la cierra Dios, abre otra puerta.
¿Mas que consuelo habrá, Señor, que oprima
Algun tanto sus lágrimas cansadas,
Si una prenda perdió de tanta estima?
Y mas si considera las amadas
Prendas que le dexó en la dulce vida,
Y con su amarga muerte lastimadas.
Alma bella, del cielo merecida,
Mira qual queda el miserable suelo
Sin la luz de tu vista esclarecida.
Verás que en árbor verde no hace vuelo
El ave mas alegre, ántes ofrece
En su amoroso canto triste duelo.

Contino en grave llanto se anochece
El triste dia, que te imaginamos
Con aquella virtud que no perece.
Mas deste imaginar nos consolamos
En ver que mereciéron tus deseos,
Que goces ya del bien que deseamos.
Acá nos quedarán por tus trofeos
Tu christiandad, valor y gran extraña,
De alma sancta, sanctísimos arreos.
De oy mas la sola y afligida España,
Quando mas sus clamores levantare
Al sumo hacedor y alta compaña:
Quando mas por salud le importunare
Al término postrero que perezca,
Y en el último trance se hallare,
Solo podrá pedirle, que le ofrezca
Otra paz, otro amparo, otra ventura,
Quen obras y virtudes le parezca.
El vano confiar, y la hermosura
¿De que nos sirve siempre quen un instante
Damos en manos de la sepultura?
Aquel firme esperar, sancto y constante,
Que concede á la fe su cierto asiento
Y á la querida hermana ir adelante,
Adonde mora Dios, en su aposento
Nos puede dar lugar dulce y sabroso,
Libre de tempestad y humano viento.
Aquí, Señor, el último reposo
No puede perturbarse, ni la vida
Temer mas otro trance doloroso.
Aquí con nuevo ser es conducida,
Entre las almas del inmenso coro,
Nuestra Isabela Reyna esclarecida.
Con tal sinceridad guardó el decoro
Do al precepto divino mas se aspira,
Que merece gozar de tal tesoro.
¡Ay muerte! ¿Contra quien tu amarga ira
Quesiste executar para templarme
Con profundo dolor mi triste lira?
Si nos cansais, Señor, ya descucharme,
Anudaré de nuevo el roto hilo,
Que la ocasion es tal que á desforzarme.
Lágrimas pediré al corriente Nilo,
Un nuevo corazon al alto cielo,
Y á las mas tristes Musas triste estilo.
Diré que al duro mal, al grave duelo,
Que á España en brazos de la muerte tiene,
No quiso Dios dexarle sin consuelo.
Dexóle al gran Philippo que sostiene,
Qual firme basa al alto firmamento,
El bien, ó desventura que le viene.

De aquesto vos llevais el vencimiento,
Pues dexa en vuestros hombros esta carga
Del cielo, y de la tierra y pensamiento.
La vida que en la vuestra ansí se encarga,
Muy bien puede vivir leda y segura,
Pues de tanto cuidado se descarga.
Gozando como goza tal ventura
El gran Señor del ancho suelo Hispano,
Su mal es ménos, y nuestra desventura.
Si el ánimo Real, si el soberano
Tesoro le robó en solo un dia
La muerte airada con esquiva mano,
Regalos son quel sumo Dios envia
Á aquel que ya le tiene aparejado
Sublime asiento en lalta hierarchía.
Quien goza quietud siempre en su estado,
Y el efecto le acude á la esperanza,
Y á lo que quiere, nada le es trocado.
Argúyese que poca confianza
Se puede tener del que goce y vea
Con claros ojos bienaventuranza,
Quando mas favorable el mundo sea,
Quando nos ria el bien todo delante,
Y venga al corazon lo que desea,
Tiénese de esperar que en un instante
Dará con ello la fortuna en tierra,
Que no fué, ni será jamas constante.
Y aquel que no ha gustado de la guerra,
Á do se aflige el cuerpo, y la memoria,
Parece Dios del cielo le destierra.
Porque no se coronan en la gloria,
Sino es los Capitanes valerosos,
Que llevan de sí mesmos la victoria.
Los amargos sospiros dolorosos,
Las lágrimas sin cuento que ha vertido,
Quien nos puede de su vista hacer dichosos.
¿El perder á su hijo tan querido?
¿Áquel mirarse, y verse qual se halla
De todo su placer desposeido?
¿Que se puede decir sino batalla,
Adonde lemos visto siempre armado
Con la paciencia ques muy fina malla?
Del alto cielo ha sido consolado,
Concederle acá vuestra persona,
Que mira por su honra y por su estado.
De aquí saldrá á gozar de una corona
Mas rica, mas preciosa y muy mas clara,
Que la que ciñe al hijo de Latona.
Con él vuestra virtud al mundo rara
Se tiene de extender de gente en gente,
Sin poderlo estorbar fortuna avara.

Resonará el valor tan excelente
Que os ciñe, cubre, ampara y os rodea
De donde sale el sol hasta occidente.
Y allá en el alto Alcázar do pasea
En mil contentos nuestra Reyna amada,
Si puede desear, solo desea,
Que sea por mil siglos levantada
Vuestra grandeza, pues que se engrandece
El valor de su prenda deseada.
Que vuestro poderío se parece
Del Cathólico Rey la suma alteza,
Que desde un polo al otro resplandece.
De oy mas dexe del llanto la fiereza
El afligida España levantando
Con verde lauro ornada la cabeza.
Que miéntra fuere el cielo mejorando,
Del soberano Rey la larga vida,
No es bien que se consuma lamentando.
Y en tanto que arribare á la subida
De la inmortalidad vuestra alma pura,
No se entregue al dolor tan de corrida.
Y mas quel grave rostro de hermosura,
Por cuya ausencia vive sin consuelo,
Goza de Dios en la celeste altura.
¡O trueco glorioso, ó sancto zelo,
Pues con gozar la tierra has merecido
Tender tus pasos por el alto cielo!
Con esto cese el canto dolorido,
Magnánimo Señor, que por mal diestro,
Queda tan temeroso y tan corrido,
Quanto yo quedo, gran Señor, por vuestro.

6 Pág. *iv*: *El mismo Cervántes refiere como suyas.* Cervántes en el Viage del Parnaso capítulo IV. dice que fué el autor de todas las referidas obras, y de otras que constan de los versos siguientes.

Yo corté con mi ingenio aquel vestido,
Con que al mundo la hermosa Galatea
Salió para librarse del olvido.
Soy por quien la Confusa *nada fea*
Pareció en los teatros admirable
(Si esto á su fama es justo que se crea).
Yo con estilo en parte razonable
He compuesto Comedias, *que en su tiempo*
Tuviéron de lo grave, y de lo afable.
Yo he dado en Don Quixote *pasatiempo*
Al pecho melancólico y mohino
En qualquiera sazon, en todo tiempo.
Yo he abierto en mis Novelas *un camino*
Por do la lengua castellana puede
Mostrar con propiedad un desatino.

Yo soy aquel que en la invencion excede
Á muchos, y al que falta en esta parte,
Es fuerza que su fama falta quede.
. . . . , ...
. . . .
Yo he compuesto Romances *infinitos,*
Y el de los zelos *es aquel que estimo*
Entre otros que los tengo por malditos.
Yo estoy (qual decir suelen) puesto á pique
Para dar á la estampa el gran Persíles,
Con que mi nombre, y obras multiplique.
Yo en pensamientos castos, y sotiles
(Dispuestos en Soneto *de á docena)*
He honrado tres sugetos fregoniles.
Tambien al par de Fílis *mi* Filena
Resonó por las selvas, que escucháron
Mas de una, y otra alegre cantilena.
Y en dulces varias rimas se llevâron
Mis esperanzas los ligeros vientos,
Que en ellos, y la arena se sembráron.

7 Pág. *v*: *Los papeles rotos.* Cervántes Quixote 1. part. cap.ix. tom. 1. pág. 63.

8 Pág. *v*: *Á quien sirvió de Camarero.* En la dedicatoria de la Galatea confiesa Cervántes haber pasado á Roma, y haber entrado de Camarero en casa del Cardenal Aquaviva, con estas palabras: „ juntando á esto el efecto de reverencia, „ que hacian en mi ánimo las cosas que „ como en profecía, oí muchas veces „ decir de V. S. I. al Cardenal Aquaviva, „ siendo yo su Camarero en Roma."

9 Pág. *vi*: *Se alistó en las banderas.* De la dedicatoria de la Galatea consta, que Cervántes sirvió baxo las órdenes de Marco Antonio Colona, pues dice á su hijo en ella: „ hágale „ V. S. I. buen acogimiento á mi deseo, „ el qual envio delante para dar algun „ ser á este mi pequeño servicio. Y si „ por esto no lo mereciere, merézcale „ á lo ménos por haber seguido algunos „ años las vencedoras banderas de aquel „ sol de la milicia, que ayer nos quitó „ el Cielo delante de los ojos, pero no „ de la memoria de aquellos que procuran tenerla de cosas dinas della, que „ fué el Excelentísimo Padre de V.S.I."

Fué este Marco Antonio Colona Duque de Paliano, que en el año de 1557 mandaba un cuerpo de tropas compuesto de mil Italianos, y despues de la toma de Sena, le envió el Duque de Alba á la campaña de Roma, donde consiguió grandes ventajas. El año de 1570 le nombró Pio V. General de las tropas eclesiásticas contra el Turco. El año siguiente mandó como Teniente general de Don Juan de Austria en la batalla de Lepanto, y murió el dia 1 de Agosto de 1585. Véase el Diccionario de Moreri.

10 Pág. *vi*: *Le dexó estropeado.* No solo en la dedicatoria de la Galatea, sino tambien en los prólogos de las Novelas, y segunda parte del Quixote confiesa Cervántes haber militado baxo las órdenes de Don Juan de Austria, haciendo gloriosa vanidad de haberse hallado en la batalla naval de Lepanto, y haber perdido en ella de un arcabuzazo la mano izquierda. „ Perdió (dice de sí mismo) en la batalla „ naval de Lepanto la mano izquierda de „ un arcabuzazo, herida que aunque pa„ rece fea, él la tiene por hermosa, por „ haberla cobrado en la mas memorable „ y alta ocasion, que viéron los pasados „ siglos, ni esperan ver los venideros, „ militando debaxo de las muy vencedo„ ras banderas del hijo del rayo de la „ guerra Cárlos V. de felice memoria."

La contradiccion en que parece incurrió Cervántes en estas últimas palabras comparadas con las de la dedicatoria de la Galatea, en que asegura sirvió baxo las órdenes de Marco Antonio Colona, queda satisfecha con lo que dexamos dicho, de que Colona era uno de los Generales que mandaba una de las tres divisiones de que se componia la armada, y todas estaban baxo el mando de Don Juan de Austria.

11 Pág. *vi*: *Los principales sucesos.* Quixote I. part. cap. XXXIX. tom. II. pág. 248.

12 Pág. *vi*: *Se alistó en las tropas de Nápoles.* Su larga residencia en Nápoles la confiesa en el cap. VIII. del Viage del Parnaso.

Y díxeme á mí mismo: no me engaño,
Esta ciudad es Nápoles la ilustre,
Que yo pisé sus ruas mas de un año.
. . . .
. . . .
Llegóse en esto á mí disimulado
Un mi amigo llamado Promontorio,
Mancebo en dias, pero gran soldado.
. . . .
. . . .
Díxome Promontorio: yo barrunto,
Padre, que algun gran caso á vuestras canas
Las trae tan léxos ya semidifunto.
En mis horas mas frescas, y tempranas
Esta tierra habité, hijo, le dixe,
Con fuerzas mas briosas, y lozanas.
. . . .
. . . .
Dixera mas, sino que un gran ruido
De pífaros, clarines y atambores
Me azoró el alma, y alegró el oido.

Estas expresiones al mismo tiempo que prueban indubitablemente haber estado en Nápoles mas de un año, dan bastante fundamento para creer que servia en los tercios de aquella guarnicion: y quando esto no lo probase, véase la partida de rescate, donde se halla esta cláusula: *cautivo en la galera del Sol, yendo de Nápoles á España, donde estuvo muchos tiempos en servicio de S. M.*

13 Pág. *vi*: *Fué cautivado.* Sin la diligencia del Autor de estas pruebas, que fué el primero á quien se le ofreció recurrir á las partidas de rescate para determinar con certeza la patria de Cervántes, se ignoraria el dia, año y demas circunstancias de su cautiverio, pues aunque Cervántes en varios lugares de sus obras, como en el prólogo de las Novelas, hace memoria de su cautiverio, ni dice el dia, ni el año, ni por quien fué apresado, ni en que embarcacion venia á España. Todas estas circunstancias constan de la partida de su rescate, que se referirán en el núm. 30. En efecto por ella se ve, que pasaba á España en la galera del Sol, despues de haber estado algunos años en Nápoles sirviendo en las tropas de Felipe II. y que el dia 26 de Septiembre del año de 1575 le cautivó el famoso corsario Arnaute Mamí. Véase el expresado núm.

14 Pág. *vii*: *Tan cruel enemigo.* El Padre Fr. Diego de Haedo *Topografía de Argel pág.* 176 *col.* 1, dice: „Le „lleváron (á Nicolo) al baño, y casa „del Capitan de la mar, que era entón„ces ese renegado Albanes Mamí Arnaut,

„ porque siendo este el mas cruel y fiero „ enemigo que hoy dia tienen los Chris„ tianos (como se ve cada dia en sus fic„ ras y extrañas crueldades que usa con „ ellos cada dia) les pareció tomar á es„ te por Capitan y cabeza de su bestial „ crueldad." Y en la pág. 187 vuelta col. 2. „ Año de nuestro Señor Jesuchris„ to 1579, á los 25 de Marzo salió en „ corso de Argel hácia Poniente Mamí „ Arnaut renegado Albanes, cruelísimo „ y fiero enemigo de Christianos."

15 Pág. *Desde la vii., hasta la x*: Todo lo que se dice desde el §. 14, hasta el 20, y comprehenden los números desde el 15 hasta el 28, está tomado del Padre Haedo en su *Topografía de Argel pág.* 184, cuyas palabras son las siguientes. „ En el mismo año 1577 á los „ primeros dias de Setiembre ciertos „ Christianos cautivos, que en Argel en„ tónces se hallaban, todos hombres prin„ cipales, y muchos de ellos caballeros „ Españoles, y tres Mallorquines, que „ serian por todos quince, concertáron „ como de Mallorca viniese un bergan„ tin, ó fragata, y los embarcase una „ noche y llevase á Mallorca, ó á Es„ paña. Este concierto hiciéron con un „ Christiano Mallorquin, que entónces de „ Argel iba rescatado, que se decia Via„ na, hombre plático en la mar y costa „ de Berbería, el qual en pocos dias se „ obligó á venir. Partido el Viana de „ Argel con este intento y propósito, á „ este tiempo casi todos los quince Chris„ tianos estaban recogidos en una cueva „ que estaba hecha, y muy secreta en „ el jardin del Alcayde Azán, renegado „ Griego, que está hácia levante como „ tres millas de Argel, y no muy léxos „ de la mar, porque era lugar muy có„ modo y á propósito de su intento, pa„ ra mejor y mas seguramente estar es„ condidos, y poderse embarcar. Solos „ dos Christianos lo sabian, uno de los „ quales era el jardinero del jardin, que „ hiciera mucho ántes la cueva, el qual „ estaba siempre en vela mirando si al„ guno venia: y el otro era uno (con„ vidado tambien para ir en el bergan„ tin) que naciera y se criara en la Vi„ lla de Melilla, un Lugar que está en „ la costa de Berbería, sujeto al Rey „ de España, en el Reyno de Treme„ cen, doscientas millas mas allende de „ Oran hácia poniente, y ciento ántes „ de llegar á Vélez y al Peñon, el qual „ habiendo renegado siendo mozo, des„ pues volvió á ser Christiano, y ahora „ la segunda vez habia sido cautivado, el „ qual por sobrenombre se decia el Do„ rador: y este particularmente tenia „ cuidado (de dineros que le daban) „ de comprar todo lo necesario para los „ que en la cueva estaban, y de llevar„ lo al jardin disimulada y ocultamen„ te. Por otra parte el Viana Mallor„ quin llegado que fué á Mallorca, en „ pocos dias, como hombre diligen„ te y de su palabra, luego que llegó „ (segun yo lo supe despues de tres „ Christianos, que entónces con él vinié„ ron) comenzó juntar otros compañe„ ros marineros hombres pláticos, y muy „ en breve, con el favor del señor Vir„ rey de Mallorca (para quien habia lle„ vado cartas de aquellos Christianos y „ caballeros) en pocos dias puso á pun„ to el bergantin: y como tenia concer„ tado á los últimos de Setiembre salió „ de Mallorca y tomó su camino para „ Argel, do llegó á los 28 del mismo „ mes. Y conforme á como estaba acor„ dado, y siendo media noche se acostó „ á tierra en aquella parte do la cueva „ y Christianos estaba (que él ántes que „ partiese habia muy bien visto con in„ tencion de saltar en tierra, y avisar á „ los Christianos que era llegado, para „ que viniesen á embarcarse). Pero fué „ la desventura, que al mismo punto y „ momento que la fragata, ó bergantin „ ponia la proa en tierra, acertáron á „ pasar ciertos Moros por allí, que quan„ to hacia obscuro divisáron la barca, „ y los christianos á ellos: y comenzáron „ luego los Moros dar voces, y apellidar „ á otros, diciendo: christianos, christia„ nos, barca, barca. Como los del baxel „ viéron y oyéron esto, por no ser des„ cubiertos, fuéron forzados hacerse lue-

„ go á la mar, y volverse por aquella „ vez sin hacer algun efecto. Con todo „ los Christianos que estaban en la cueva, „ aunque pasados algunos dias, veian y „ sabian como habia llegado, y se tor- „ nara. Tenian muy gran confianza que „ el Señor Dios los habia de remediar, „ y que Viana como hombre de bien „ no faltaria de su palabra: y por tanto „ allí do estaban en la cueva (que era „ muy húmida y obscura, de la qual „ todo el dia no salian, y por tanto ya „ estaban enfermos algunos de ellos) se „ consolaban con la esperanza de salir con „ su intento: quando el demonio, enemi- „ go de los hombres, cegando al Dora- „ dor (que diximos les llevaba de comer) „ hizo en él que se volviese otra vez Mo- „ ro, negando la segunda vez la fe de „ nuestro Señor Jesuchristo: y por tanto „ pareciéndole á él ganaria mucho con „ el Rey, y con los Turcos, y particu- „ larmente con los amos y patrones de „ los que en la cueva estaban escon- „ didos, el dia de San Gerónimo, que „ son 30 de Setiembre, se fué al Rey „ Azan, renegado Veneciano, diciéndole „ que él deseaba ser Moro, y que su „ Alteza lo diese para ello licencia: dixo „ mas, que para hacerle algun servicio, „ le descubria como en tal parte, y en „ tal cueva estaban quince Christianos es- „ condidos, que esperaban una barca de „ Mallorca. Holgóse el Rey, y le agra- „ deció mucho esta nueva, porque como „ era en gran manera tirano, hizo cuen- „ ta de tomarlos todos por perdidos para „ sí, contra toda razon y costumbre, „ y ansí no poniendo mas demora en es- „ to, mandó al momento que llamasen „ su guardian Baxí (el que tenia cargo „ de sus Christianos esclavos de guardar- „ los) y le dixo que llamase otros Moros „ y Turcos, y llevando aquel Christiano „ (que se queria hacer Moro) por guia, „ que se fuese al jardin del Alcayde „ Azan, y que hallaria allí quince Chris- „ tianos ascondidos en una cueva, y que „ todos se los truxese á buen recaudo, „ juntamente con el jardinero. Al punto „ hizo el guardian Baxí lo que el Rey „ le mandó, y llevando consigo hasta „ ocho, ó diez Turcos á caballo y otros „ veinte y quatro á pie, y los mas con „ sus escopetas y alfanges, y algunos con „ lanzas, fuéron con tan buena guia (co- „ mo otro Júdas iba delante) al jardin: „ y prendiendo luego al jardinero fuéron- „ se á la cueva, que el falso Júdas le „ mostró, y haciendo salir de ella los „ Christianos, los prendiéron luego á to- „ dos, y particularmente maniatáron á „ Miguel Cervántes un hidalgo principal „ de Alcalá de Henáres, que fuera el au- „ tor de este negocio, y era por tanto „ mas culpado, porque ansí lo mandó el „ Rey, á quien los presentáron luego. „ Holgóse mucho el Rey, de ver como „ los habia traido: y mandando por en- „ tónces llevarlos á su baño, y tener „ allí en buena guardia (tomándolos y „ teniéndolos ya por sus esclavos) retu- „ vo solamente en casa á Miguel de „ Cervántes, del qual por muchas pre- „ guntas que le hizo, y con muchas y „ terribles amenazas, no pudo jamas sa- „ ber quien era deste negocio sabedor „ y autor, porque presumia el Rey, que „ el R. P. Fr. George Olivar de la ór- „ den de la Merced, Comendador de „ Valencia (que entónces allí estaba por „ Redentor de la Corona de Aragon) „ ordenara esta: y aun se tenia por cier- „ to que el mismo Dorador Júdas se lo „ habia dicho y persuadido, y por tanto „ como codicioso tirano, con esta oca- „ sion deseaba echar mano del mismo Pa- „ dre para sacar dél buena cantidad de „ dineros: y como con todas sus ame- „ nazas, nunca otra cosa pudiese sacar „ de Miguel de Cervántes, sino que él, „ y no otro fuera el autor de este negocio „ (cargándose como hombre noble á sí „ solo la culpa) envióle á meter á su ba- „ ño, tomándole tambien por esclavo, „ aunque despues á él, y á otros tres, „ ó quatro hubo de volver por fuerza „ á los patrones cuyos eran. El Alcayde „ Azan luego que en su jardin prendié- „ ron los Christianos, y truxéron al jardi- „ nero con ellos, fué de todo avisado, y „ corriendo á casa del Rey, requeríale

„ con grande instancia, que hiciese justi-
„ cia de todos muy áspera, y particular-
„ mente que le dexase á él hacerla á su
„ gusto y contento del jardinero, mos-
„ trándose contra este en extremo furio-
„ so y airado, y la causa era porque el
„ Rey, á imitacion suya castigase á los
„ demas Christianos que habian estado
„ escondidos en la cueva. Cosa maravi-
„ llosa, que algunos dellos estuviéron
„ encerrados sin ver luz, sino de noche
„ quando de la cueva salian, mas de siete
„ meses, y algunos cinco, y otros ménos,
„ sustentándolos Miguel de Cervántes
„ con gran riesgo de su vida: la qual
„ quatro veces estuvo á pique de perde-
„ lla, empalado, ó enganchado, ó abra-
„ sado vivo, por cosas que intentó para
„ dar libertad á muchos: y si á su áni-
„ mo, industria y trazas correspondiera la
„ ventura, hoy fuera el dia que Argel
„ fuera de Christianos, porque no aspi-
„ raban á ménos sus intentos. Finalmente
„ el jardinero fué ahorcado por un pie,
„ y murió ahogado de la sangre. Era de
„ nacion Navarro, y buen Christiano.
„ De las cosas que en aquella cueva su-
„ cediéron en el discurso de los siete me-
„ ses que estos Christianos estuviéron en
„ ella, y del cautiverio y hazañas de
„ Miguel de Cervántes se pudiera hacer
„ una particular historia. Decia Azan Ba-
„ xá Rey de Argel, que como él tu-
„ viese guardado al estropeado Español,
„ tenia seguros sus Christianos, baxeles,
„ y aun toda la ciudad: tanto era lo
„ que temia las trazas de Miguel de Cer-
„ vántes, y si no le vendieran y descu-
„ brieran los que en ella le ayudaban,
„ dichoso hubiera sido su cautiverio, con
„ ser de los peores que en Argel habia:
„ y el remedio que tuvo para asegurarse
„ dél, fué compralle de su amo por 500
„ escudos, en que se habia concertado,
„ y luego le aherrojó y le tuvo en la
„ cárcel muchos dias, y despues le do-
„ bló la parada, y le pidió mil escudos
„ de oro, en que se rescató, habiendo
„ ayudado en mucho el Padre Fr. Juan
„ Gil, Redentor que entónces era por
„ la Santísima Trinidad en Argel." Al Padre Haedo sigue puntualmente Rodrigo Méndez de Silva sin añadir circunstancia alguna particular, como se ve en su obra intitulada *Ascendencia y hechos de Nuño Alfonso*, donde á la pág. 33. y 34. dice: „ Miguel de
„ Cervántes, noble caballero Castellano,
„ estando cautivo en Argel año de 1577
„ en compañía de otros catorce, los sus-
„ tentó á su costa siete meses en una
„ obscura cueva, por lo qual y otras co-
„ sas que intentó para libertar muchos
„ Christianos, corrió gran riesgo su vida,
„ y fué tal su heroyco ánimo, y singular
„ industria, que si le correspondiera la
„ fortuna, entregara al Monarca Felipe II.
„ la ciudad de Argel: á quien temió tan-
„ to el Rey Azan Baxá, que decia: *co-*
„ *mo tuviese seguro á este Español, lo*
„ *estaria Argel y sus baxeles.* Resca-
„ tóse al fin por mil escudos, de cuyas
„ proezas se pudiera hacer dilatada his-
„ toria. Así lo dice el Maestro Fr. Diego
„ Haedo Abad de Frómista en la Histo-
„ ria de Argel Diálogo 2. fol. 184. 185.

29 Pág. *x*: *Solo libró.* Quixote part. I. cap. XL. tom. II. pág. 262.

30 Pág. *xi*: *Entregáron trecientos ducados.* Todo lo que se contiene desde este núm. hasta el 36 se halla casi literalmente en las partidas siguientes:

Copia fiel y á la letra de dos partidas contenidas en el libro intitulado: Libro de Redencion de cautivos de Argel, recibo y empleo que hiciéron los M. R. PP. Fr. Juan Gil, Procurador general de la Órden de la Santísima Trinidad, y Fr. Antonio de la Vella, Ministro del Monasterio de la dicha Órden de la ciudad de Baeza, el año de 1579. *Nótase que la primera partida se halla entre las de recibo, y de que se hiciéron cargo los Redentores en Madrid ántes de salir á la redencion, y la segunda entre las de gasto, ó descargo del dinero empleado en Argel en la redencion.* = *Primera partida.* = *Despues de lo susodicho, en la dicha Villa de Madrid á* 31 *dias del mes de Julio del dicho año de* 1579, *en presencia de mí el Notario y testigos de yuso escritos, recibiéron los*

dichos Padres Fr. Juan Gil y Fr. Antonio de la Vella 300 ducados de á once reales cada un ducado, que suman 112⊕500 maravedis, los 250 ducados de mano de Doña Leonor de Cortínas viuda, muger que fué de Rodrigo de Cervántes, y los 50 ducados de Doña Andrea de Cervántes, vecinos de Alcalá, estantes en esta Corte, para ayuda del rescate de Miguel de Cervántes, vecino de la dicha villa, hijo y hermano de las susodichas, que está cautivo en Argel en poder de Alí Mamí, Capitan de los baxeles de la armada del Rey de Argel, que es de edad de 33 años, manco de la mano izquierda, y de ellos otorgáron dos obligaciones y cartas de pago, y recibo de los dichos maravedis ante mí el presente Notario, siendo testigos Juan de Quádros y Juan de la Peña Corredor, y Juan Fernandez, estantes en esta Corte, en fe de lo qual lo firmáron los dichos testigos, y Religiosos, é yo el dicho Notario. = Fr. Juan Gil. = Fr. Antonio de la Vella. = Pasó ante mí. = Pedro de Anaya y Zúñiga. = Segunda partida. = En la ciudad de Argel á 19 dias del mes de Septiembre del año de 1580, en presencia de mí el dicho Notario el M. R. P. Fr. Juan Gil, Redentor susodicho, rescató á Miguel de Cervántes, natural de Alcalá de Henáres, de edad de 31 años, hijo de Rodrigo de Cervántes, y de Doña Leonor de Cortínas, vecino de la villa de Madrid, mediano de cuerpo, bien barbado, estropeado del brazo y mano izquierda, cautivo en la galera del Sol, yendo de Nápoles á España, donde estuvo mucho tiempo en servicio de S. M. Perdióse á 26 de Septiembre del año de 1575: estaba en poder de Azan Baxá Rey, y costó su rescate 500 escudos de oro en oro de España porque si no, le enviaba á Constantinopla: é así atento á esta necesidad, y que este Christiano no se perdiese en tierra de Moros, se buscáron entre mercaderes 220 escudos á razon cada uno de 125 ásperos, porque los demas que fuéron 280, habia de limosna de la Redencion: los dichos 500 escudos son y hacen doblas, á razon de 135 ásperos cada escudo, 1340 doblas. Tuvo de adyutorio 300 ducados, que hacen doblas de Argel, contado cada real de á quatro por 47 ásperos, 775 y 25 dineros. Fué ayudado con la limosna de Francisco de Caramanchel, de que es Patron el muy Illustre señor Domingo de Cárdenas Zapata, del Consejo de S. M. con 50 doblas, é de la limosna general de la Orden fué ayudado con otros 50, é lo demas restante á el cómputo de las 1340 hizo obligacion de pagarlas acá dicha Orden por ser maravedis para otros cautivos que diéron deudos en España para sus rescates: y por no estar al presente en este Argel no se han rescatado, é estar obligada la dicha Orden á volver á las partes su dinero, no rescatando los tales cautivos: é mas se diéron nueve doblas á los oficiales de la galera del dicho Rey Azan Baxá, que pidiéron de sus derechos. En fe de lo qual lo firmáron de sus nombres. = Testigos. = Alonso Berdugo. = Francisco de Aguilar. = Miguel de Molina. = Rodrigo de Frias, Christianos. = Lo cancelado valga. = Fr. Juan Gil. = Pasó ante mí. = Pedro de Rivera, Notario Apostólico. = Corresponde con su original, de que yo el infraescrito Redentor General y Ministro de este Convento de la Santísima Trinidad de Madrid, doy fe en 6 de Septiembre de 1765. = Maestro Fr. Alonso Cano. =

37 Pág. *xi*: *El mismo dia se hizo á la vela.* „Reynó Azan Baxá en Argel „tres años dos meses y veinte dias." Véase su historia en el Padre Haedo *Topografía de Argel* desde la pág. 83 vuelta hasta la 86 vuelta.

38 Pág. *xii*: *Se desposó.* La Galatea se imprimió en Madrid el año de 1584, y su casamiento fué el dia doce de Diciembre del mismo año, como consta de la certificacion siguiente dada por Don Cosme Martinez Cabeza de Vaca.

Certifico yo Don Cosme Martinez Cabeza de Vaca, Cura propio de la Igle-

sia parroquial de Sancta María de la Asuncion de esta villa de Esquívias, que en un libro pergaminado, y foliado de dicha parroquial, que principia en veinte y cinco de Febrero del año de mil y quinientos y setenta y ocho, con la partida de difunto de Juan Palomo, *y prosiguen otras partidas de difuntos, hasta el folio de noventa y tres de dicho libro, y desde el folio noventa y quatro de él principia con la partida de matrimonio de* Juan de Pastrana *y* María Díaz, *celebrado en dos de Mayo del año de mil quinientos ochenta y tres, y siguen otros matrimonios hasta el folio noventa y ocho con la partida de* Francisco de Tórres, *con* Catalina Romana: *y desde dicho folio noventa y ocho vuelta repite varias partidas de difuntos hasta el folio ciento y sesenta y uno, en que finaliza dicho libro con la partida de difunto de* Diego Loarte *á veinte de Febrero del año de mil seiscientos y siete: á el folio noventa y cinco del expresado libro vuelta, se halla la partida de desposorio siguiente.*

Partida de Miguel Cervántes con Doña Catalina Palacios. = En 12 de Diciembre (no expresa el año, pero de las partidas antecedentes, y consiguientes colígese ser el de mil quinientos ochenta y quatro) el Reverendo señor Palacios (digo) Juan de Palacios Teniente, desposó á los Señores Miguel de Cervántes, vecino de Madrid, y Doña Catalina de Palacios, vecina de Esquívias. Testigos Rodrigo Mexía, Diego el Mozo, y Francisco Maras. = El Dr. Escribano. = Concuerda dicha partida con su citado original del precitado libro y folio, que queda colocado en el archivo de esta parroquial, á el que me remito: y para que conste donde convenga doy la presente, que firmo. Esquívias Septiembre veinte y cinco de mil setecientos y setenta y uno. = Don Cosme Martinez Cabeza de Vaca. =

Joseph Júdas Sanchez de Leyra, Escribano del Rey nuestro Señor, público del Número y Ayuntamiento de esta villa de Esquívias, doy fe, que el señor Don Cosme Martinez Cabeza de Vaca, de quien va firmada la certificacion antecedente, es tal Cura Párroco de la de esta villa, como se nomina, la firma de su puño y letra, y la que acostumbra en todos sus escritos, á los que se les ha dado y da entera fe y credito en juicio como fuera de él: y para que conste, de pedimento de Don Joseph Ximenez de el Aguila Presbítero, doy el presente, que signo y firmo dia de su certificado. = Joseph Júdas Sanchez de Leyra.

39 Pág. *xii*: *Se habia criado.* La particularidad de haberse criado Doña Catalina Palacios muger de Cervántes, en casa de su tio Don Francisco de Salazar, y de haberle este dexado un legado en su testamento, consta del capítulo de la carta siguiente, que á solicitud del autor de estas pruebas escribió en 14 de Febrero de 1771 Don Pedro Lope de Bibar á su sobrino Don Antonio Fernandez de Bústos, y dice asi:

,, Señor sobrino: doy respuesta á la ,, de Vm. celebrando su salud y ofre- ,, ciendo la que poseo, aunque con algu- ,, nos ayes, á su órden con buena ley.

,, Y digo es cierto estuvo casado Mi- ,, guel de Cervántes con nuestra parienta ,, Doña Catalina Palacios, á quien dexó ,, un legado Don Francisco Salazar de ,, Palacios su tio y nuestro, y de quien ,, poseo algunas memorias. Pero esto no ,, es bastante prueba para lo que solici- ,, ta su amigo de Vm. pues creeré sean ,, menester certificaciones del señor Cu- ,, ra de las partidas de nacimiento y casa- ,, miento, que esta creeré que la ha- ,, ya, pero de su nacimiento no.

,, Ademas habrá menester las testi- ,, monie el escribano por el mismo ca- ,, so que se va á dar á la estampa. Para ,, todo esto es menester tiempo, dinero, ,, y pasos. Es todo lo que puedo decir ,, á Vm. cuya vida pido á Dios colme ,, de felicidades. Esquívias Febrero 14 de ,, 1771. = Tio de Vm. que desea su ma- ,, yor bien. = Don Pedro Lope de Bi- ,, bar. = Señor sobrino Don Antonio Fer- ,, nandez de Bústos.

P. D. ,, Las capellanías que vacá-

„ ron por muerte de su hermano de
„ Vm. creeré se pierdan por falta de opo-
„ sicion, siendo Vms. sin oposicion de
„ ninguno los de mejor derecho.

La práctica de tomar los apellidos de los parientes á quienes se debia la educacion, se verifica con particularidad en la familia de los Salazares y Palacios de Esquívias, como lo ha demostrado Don Juan Antonio Pellicer, produciendo una esquela de Don Luis Celdran Cura de Esquívias del año de 1755, y se halla en su *Ensayo de Traductores pág.* 193, que dice así:

„ Habiendo leido la vida de Miguel
„ de Cervántes escrita por Mayans, tuve
„ la curiosidad de ver los libros de esta
„ Parroquia, y en el año de 1584 se
„ halla una partida de matrimonio de Mi-
„ guel Cervántes con Doña Catalina
„ Palacios. Me persuado á que esta es
„ la partida del matrimonio del autor
„ del Quixote, y que los que dixéron
„ era natural de Esquívias se fundáron
„ en que estuvo casado en dicho Lugar.
„ Pero yo me inclino á que la opinion
„ de Mayans es la mas fundada, pues
„ la partida dice ser vecino de Madrid,
„ y en las partidas que con tanta bre-
„ vedad escribian en aquellos tiempos
„ los señores Curas, este era el modo
„ con que exponian el Lugar de donde
„ eran los contrayentes. Persuádome á
„ que es la partida de matrimonio de
„ Cervántes autor de Don Quixote por
„ la identidad de los nombres y ape-
„ llidos, pues aunque en la licencia, que
„ segun el señor Mayans se dió á Doña
„ Catalina para la impresion de los
„ Trabajos de Persíles, se le da el ape-
„ llido de Salazar, y no de Palacios,
„ no se prueba otra cosa sino el que se
„ le dió uno de sus apellidos, pues es
„ constante que en Esquívias son una
„ misma cosa Palacios y Salazares, por
„ lo que en muchas partidas así de ma-
„ trimonio, como de bautismo unas ve-
„ ces se les da el apellido de Palacios, y
„ otras el de Salazar. Y aun á los que en
„ una misma partida de bautismo de su
„ hija se les da el apellido de Palacios,
„ luego en otras de otros hijos se les da
„ el de Salazar. Teniendo esta certeza, y
„ hallando que segun los cómputos que
„ hace Mayans del nacimiento y vida de
„ Cervántes pudo casarse en dicho año, y
„ que hemos de creer que un hombre co-
„ mo Tamayo tendria algun fundamento
„ para decir que fuese de Esquívias, no
„ he tomado el trabajo de buscar la par-
„ tida de bautismo de Doña Catalina, por
„ donde quedaba disuelta la dificultad
„ de la mudanza del apellido; pero así
„ de esta partida, como tambien el saber
„ si en estos libros se halla la partida
„ de bautismo de Cervántes, lo diré
„ luego que llegue á finalizar el índice
„ general, que estoy haciendo de los li-
„ bros y papeles del archivo de esta
„ parroquia, que juzgo será ántes de
„ Agosto: y entónces que ya se podrá
„ formar juicio mas cierto, compulsaré
„ las partidas conducentes."

40 Pág. *xiii*: *Compuso hasta treinta comedias.* El mismo Cervántes dice en el prólogo de las comedias, que compuso hasta treinta. „ Se viéron (dice) en los tea-
„ tros de Madrid representar los *Tratos*
„ *de Argel* que yo compuse, la *Destruc-*
„ *cion de Numancia*, y la *Batalla Na-*
„ *val*, donde me atreví á reducir las co-
„ medias á tres jornadas, de cinco que
„ tenian. Mostré, ó por mejor decir, fui el
„ primero que representase las imagina-
„ ciones, y los pensamientos escondidos
„ del alma, sacando figuras morales al
„ teatro con general y gustoso aplauso
„ de los oyentes. Compuse en este tiem-
„ po hasta veinte comedias, ó treinta, que
„ todas ellas se recitáron, sin que se les
„ ofreciese ofrenda de pepinos, ni de
„ otra cosa arrojadiza: corriéron su car-
„ rera sin silvos, gritas, ni barahundas."

41 Pág. *xiii*: *Vivió algunos años en Sevilla.* En fuerza de las observaciones que hizo el autor de estas pruebas, y de sus exquisitas diligencias conjeturó, que Cervántes estuvo en Sevilla algunos años y hasta fines del de 1598, probándolo con el soneto que se pone en el núm. 44. Pero esta conjetura ha pasado ya á la clase de un hecho histórico con el documento que ha publicado Don Juan

Antonio Pellicer en su *Ensayo de Traductores*, y consiste en un soneto inédito de que no pudo tener noticia el autor de estas pruebas, en el qual pinta los exercicios militares, que hizo la tropa que reclutó en Sevilla el Capitan Becerra para ir á socorrer á Cádiz, donde el Conde de Essex, que mandaba una esquadra de la Reyna Isabel de Inglaterra, desembarcó en el mes de Julio de 1596, y permaneció 24 dias, saqueando la ciudad, como refiere el Coronista Antonio de Herrera *Hist. gen. del mund. part. 3. lib. 12. cap. 12.* y siguientes. El soneto con su epígrafe es como sigue.

El Capitan Becerra vino á Sevilla á enseñar lo que habian de hacer los soldados, y á esto, y á la entrada del Duque de Medina en Cádiz hizo Cervántes este

SONETO.

Vímos en Julio otra semana santa,
Atestada de ciertas cofradías,
Que los soldados llaman compañías,
De quien el vulgo, y no el Ingles se espanta.
Hubo de plumas muchedumbre tanta,
Que en ménos de catorce, ó quince dias
Voláron sus pigmeos y Golías,
Y cayó su edificio por la planta.
Bramó el Becerro, y púsolos en sarta,
Tronó la tierra, escurecióse el cielo,
Amenazando una total ruina:
Y al cabo en Cádiz con mesura harta
(Ido ya el Conde sin ningun rezelo)
Triunfando entró el gran Duque de Medina.

42 Pág. *xiii*: *Un túmulo ostentoso.* La magnificencia y suntuosidad del túmulo que hizo Sevilla para las honras de Felipe II. se halla en la relacion que hizo de él Don Pablo Espinosa de los Montéros *Historia y Grandezas de Sevilla part. 2. pág.* 112. ,, Sevilla (di- ,, ce) determinó hacer á Felipe II. una ,, singular demostracion de su amor, y ,, fidelidad: así comenzó á tratar del fú- ,, neral oficio, para el qual mandó á su ,, Maestro mayor como tan eminente ar- ,, quitecto (que á la sazon era Juan de ,, Oviedo, caballero del hábito de Mon- ,, tesa) ordenase en bosquejo una traza ,, de túmulo la mejor que su ingenio ,, alcanzase, la qual puso en execucion, ,, y acabada la presentó al Cabildo, de ,, que todos quedáron muy agradados, ,, pareciendo cosa muy superior, y apro- ,, bada por otros Maestros del propio ,, arte, se siguió luego, sin perder perfil ,, del original, que se guardó puntual- ,, mente como en él se contenia todo, y ,, así se comenzó luego á fabricar una ,, de las mas peregrinas máquinas de tú- ,, mulo que humanos ojos han alcanzado ,, á ver: y así será imposible deseribir ,, ni pintar la grandeza, primor y bi- ,, zarría que tuvo; pero para cumplir ,, con el órden, y estilo de la histo- ,, ria &c.

43 Pág. *xiii*: *Se originó tal altercado.* ,, La muerte del Rey (Felipe II.) ,, dice Don Diego Ortiz de Zúñiga (*Ana- ,, les lib.* 16.) se avisó luego á esta ,, Ciudad escribiendo el nuevo Monarca ,, á sus dos Cabildos, como es costum- ,, bre .... Prevínose para las honras ,, túmulo suntuosísimo, animado de ele- ,, gantes inscripciones, que imprimió en ,, su historia Don Pablo de Espinosa...... ,, comenzándose á 24 de Noviembre con ,, asistencia de la Ciudad, á que por estar ,, ausente su Asistente Conde de Puñon- ,, rostro presidia el Licenciado Collázos ,, de Aguilar Teniente mayor: la Real ,, Audiencia con su Regente el Licenciado

„ Pedro Lopez de Alday , y el Santo „ Tribunal de la Inquisicion. El dia 25 „ destinado á la misa y oficio se atra- „ vesó tal competencia entre la Inqui- „ sicion y Audiencia Real por haber el „ Regente cubierto su asiento con un pa- „ ño negro , que fulminando excomunio- „ nes la Inquisicion , fué preciso que el „ Preste , que era el Doctor Luciano de „ Negron Canónigo , se retirase á acabar „ la misa en la Sacristía mayor , quedan- „ do los Tribunales en sus lugares gran „ parte del dia en autos , protestas y „ requerimientos , hasta que mediando el „ Marques de Algava Don Francisco de „ Guzman , se tomó el temperamento de „ que la Inquisicion absolviese , y ámbas „ partes diesen cuenta al Rey y al Con- „ sejo , cuya determinacion tardó hasta fin „ del mes de Diciembre , en que venida, „ se repitiéron las honras á 30 y 31 de „ él , predicándolas el Maestro Fr. Juan „ Bernal , de la Órden de la Merced , y „ habiendo todo este intermedio deteni- „ dose el túmulo y demas aparatos."

El citado Espinosa pág. 117 de la part. 2. „ El túmulo quedó puesto hasta „ 30 dias del mes de Diciembre."

44 Pág. *xiii*: *En un soneto.* El soneto siguiente le publicó Joseph Alfay entre otras varias poesías impresas en Zaragoza el año de 1654 y últimamente se ha publicado en el tom. IX. del Parnaso pág. 193. Es poco conocido , y por tanto digno de trasladarse aquí con el epígrafe y estrambote , que le acompañan.

AL TÚMULO DEL REY EN SEVILLA.

Voto á Dios que me espanta esta grandeza,
Y que diera un doblon por describilla,
Porque ¿á quien no suspende y maravilla
Esta máquina insigne , esta braveza?
Por Jesuchristo vivo , cada pieza
Vale mas que un millon , y que es mancilla
Que esto no dure un siglo , ¡ó gran Sevilla!
Roma triunfante en ánimo y riqueza.
Apostaré que el ánima del muerto
Por gozar este sitio hoy ha dexado
El cielo de que goza eternamente.
Esto oyó un valenton , y dixo : es cierto
Lo que dice voace , seor soldado,
Y quien dixere lo contrario miente.
Y luego en continente
Caló el chapeo , requirió la espada,
Miró al soslayo , fuese , y no hubo nada.

45 Pág. *xiv* : *La honra principal.* Viage del Parnaso cap. 4.

Yo el soneto compuse , que así empieza,
Por honra principal de mis escritos:
VOTO Á DIOS QUE ME ESPANTA ESTA GRANDEZA.

46 Pág. *xiv* : *En sus obras.* Cervántes Novelas.

47 Pág. *xv* : *Pusiéron en la cárcel.* El mismo Cervántes confiesa en el prólogo de la primera parte de Don Quixote , que la compuso en la cárcel. Sus palabras son : „ ¿que podrá engen- „ drar el estéril y mal cultivado ingenio „ mio , sino la historia de un hijo seco, „ avellanado , antojadizo y lleno de pen- „ samientos varios y nunca imaginados „ de otro alguno , bien como quien se

,, engendró en una cárcel, donde toda ,, incomodidad tiene su asiento? El so- ,, siego, el lugar apacible, la amenidad ,, de los campos, la serenidad de los cie- ,, los, el murmurar de las fuentes, la ,, quietud del espíritu son gran parte para ,, que las Musas mas estériles se mues- ,, tren fecundas, y ofrezcan partos al ,, mundo que le colmen de maravilla, y ,, de contento."

48 Pág. *xv*: *Discretos versos.*

Si de llegarte á los bué- &c.

Véanse al principio de este tomo pág. ccxv.

49 Pág. *xv*: *Alexo Venégas.* Entre los sabios Españoles, que declamáron contra los libros de caballerías y su perniciosa lectura, fué uno el Maestro Alexo Venégas, que en la *Exposicion de Momo, Conclusion* 2 dice: ,, En nuestros ,, tiempos con detrimento de las donce- ,, llas recogidas se escriben los libros de ,, caballerías, que no sirven sino de ser ,, unos sermonarios del diablo, con que ,, en los rincones caza los ánimos tier- ,, nos de las doncellas."

50 Pág. *xv*: *Pedro Mexía.* El Coronista Pedro Mexía declama justamente contra los libros de caballerías en la *Historia Imperial y Cesárea.* En la vida de Constantino *cap.* 1. dice: ,, y en pa- ,, go de quanto yo trabajé en lo recoger ,, y abreviar, pido agora atencion y avi- ,, so, pues lo suelen prestar á las trunfas ,, y mentiras de Amadis y de Lisuartes y ,, Clarianes y otros portentos, que con ,, tanta razon debrian ser desterrados de ,, España, como cosa contagiosa y daño- ,, sa á la república, pues tan mal hacen ,, gastar el tiempo á los autores y lecto- ,, res de ellos, y lo que es peor, que dan ,, muy malos exemplos, y muy peligrosos ,, para las costumbres. Á lo ménos son ,, un dechado de deshonestidades, cruel- ,, dades y mentiras: y segun se leen con ,, tanta atencion, de creer es que saldrán ,, grandes maestros de ellas. Á lo ménos ,, al autor de semejante obra no se le ,, debe dar crédito alguno, y tengo ,, por dificultoso que sepa decir verdad ,, quien un libro tan grande haya hecho ,, de mentiras, despues de la ofensa que ,, ha hecho á Dios en gastar su tiempo ,, y cansar su ingenio en las inventar ,, y hacerlas leer á todos, y aun creer ,, á muchos. Porque tales hombres hay ,, que piensan que pasáron así como las ,, leen y oyen, siendo como son las mas ,, de ellas cosas malas, profanas y des- ,, honestas. Abuso es muy grande y da- ,, ñoso, que entre otros inconvenientes se ,, sigue dél grande ignominia y afrenta ,, á las crónicas y historias verdaderas, ,, permitir que anden cosas tan nefandas ,, á la par con ellas. He querido hacer ,, esta breve digresion en este propósito ,, porque deseo muy mucho el reme- ,, dio dello: y si pensase que lo habia ,, de ver, hablara muy mas largo, que ,, campo y materia habia bastante para ,, ello. Por mi parte yo trabajo lo que ,, puedo dando á nuestro pueblo caste- ,, llano crónicas y cuentos verdaderos, ,, en que se exerciten y lean, donde ha- ,, llarán cosas tan grandes y ciertas como ,, las muy grandes fingidas."

51 Pág. *xv*: *Luis Víves.* Con gran vehemencia censuró Luis Víves la lectura de los libros de caballería en sus admirables tratados *De Christiana femina,* y *De causis corruptarum artium.* En el primero *lib.* 1. proponiendo los libros cuya lectura debia evitarse dice: *Hoc ergo curare leges, et Magistratus congruit. Tum et de pestiferis libris, cujusmodi sunt in Hispania Amadisus, Splandianus, Florisandus, Tirantus, Tristanus, quarum ineptiarum nullus est finis,* &c. y en el segundo al fin del libro 2: *Qui vero relegant non inveniunt, ut satius ducant libros legere aperte mendaces, et meris nugis refertos propter aliquod stili lenocinium, ut Amadisum, et Florisandum Hispanos, Lancilotum, et Mensam Rotundam Gallicam, Rolandum Italicum: qui libri ab hominibus sunt otiosis conficti, pleni eo mendaciorum genere, quod nec ad sciendum quidquam conferat, nec ad bene vel sentiendum de rebus, vel vivendum, tantum ad inanem quamdam, et præ-*

sentem titillationem voluptatis, quos legunt tamen homines corruptis ingeniis, ab otio atque indulgentia quadam sui: non aliter quam delicati quidam stomachi, et quibus plurimum est indultum, sacchareis modo et melleis quibusdam condituris sustentatur, cibum omnem solidum respuentes.

52 Pág. *xv*: *Del Diálogo.* El autor del Diálogo de las Lenguas pág. 158 de la edicion de 1737. „ Diez años los me„ jores de mi vida, que gasté en Pala„ cios y Cortes, no me empleé en exer„ cicio mas virtuoso que en leer estas „ mentiras, en las quales tomaba tanto „ sabor, que me comia las manos tras „ ellas: y mirad que cosa es tener el „ gusto estragado que si tomaba un li„ bro en la mano de los romanzados en „ latin, que son de historias verdaderas, „ ó á lo ménos que son tenidos por ta„ les, no podia acabar conmigo de leer„ los."

53 Pág. *xvi*: *Sabido el objeto.* Sin embargo de la repugnancia que manifestó el Duque de Béjar para admitir la dedicatoria de la primera parte del Quixote, se ve la carta dedicatoria en la primera edicion, y se repite aquí al principio de este tomo.

54 Pág. *xvii*: *Publicando el Buscapie.* Se ha dudado en estos ultímos tiempos de la exîstencia del *Buscapie*; pero á mas de que la opinion general de que le compuso Cervántes, fundada en la tradicion, que ha llegado hasta nuestros dias, seria siempre un argumento poderosísimo contra los que negasen su exîstencia, tenemos tambien un documento, que no nos dexa la menor duda. Tal es la carta siguiente, en que Don Antonio Ruidiaz asegura haberle visto y leido, y da las señas individuales de esta obrita, que por el extracto que hace de ella manifiesta es una de las invenciones propias del ingenio del autor del Quixote. El de esta carta es un sugeto fidedigno, y amante de las letras, que ha cultivado toda su vida con aficion. Como se ha hecho tan rara esta obra, ha dado lugar para creer que no ha exîstido; pero óigase al señor Ruidiaz que dice:

„ Muy señor mio y de mi mayor „ estimacion. Aunque recibí á su debido „ tiempo la apreciable carta de Vm. de „ 14 de Octubre próxîmo pasado, no „ me han permitido mis diarias precisas „ ocupaciones contestar á ella con mas „ puntualidad, á que se añade, que como „ la materia de que trata pende de los „ auxîlios de la memoria, y la mia es „ harto poco feliz, he necesitado mas „ tiempo para recoger las especies, y „ ponerlas con algun órden.

„ Díceme Vm. que le comunique la „ noticia mas individual que ser pueda „ del rarísimo *Buscapie*, obra anónima „ de Miguel de Cervántes, para usar de „ ella en las Memorias de la vida de este „ autor, que Vm. escribe de órden de „ la Academia Española, y con apro„ bacion de S. M.

„ De esta acertada eleccion debe„ mos congratularnos todos los verda„ deros patricios, porque se interesa la „ gloria de nuestra nacion en que se „ escriba dignamente y publique la vi„ da de un Español que ha merecido „ justa y generalmente los mas distingui„ dos elogios de todos los extrangeros, „ en especial por su ingeniosa, instruc„ tiva, y admirable obra del Quixote. „ Y porque se haya fiado este desem„ peño á un sugeto de las circunstancias „ de Vm. (hablo con la ingenuidad que „ acostumbro) en quien concurren sobre „ sus relevantes, y amabilísimas prendas, „ las que conducen al intento, por su „ vasta erudicion, y por su superior „ delicado, y aun envidiable ingenio. Es„ to supuesto, voy ya á obedecer á Vm.

„ El *Buscapie* que vi en casa del di„ funto Conde de Saceda habrá como „ unos diez y seis años, y leí en el corto „ espacio de tiempo que me le confió „ aquel erudito caballero, porque se le „ prestó para el mismo fin con igual pre„ cision (ignoro quien) era un tomito „ anónimo en 12 impreso en esta Corte „ con solo aquel titúlo (no tengo pre„ sente el año, ni en que oficina) su „ grueso como de unos seis pliegos de

,, impresion, buena letra, y mal papel. ,, De su asunto referiré sustancialmente ,, lo que me ofrezca mi limitada memo- ,, ria.

,, Presupone pues, ó finge nuestro ,, autor, que aunque habia ya algun tiem- ,, po que se publicó un libro intitulado ,, (vierte toda la portada de la primera ,, parte de su Quixote) y luego prosigue ,, diciendo, no le habia leido, así porque ,, se persuadió á que seria una de las ,, muchas novelas que se publicaban, co- ,, mo porque no tenia al autor por inge- ,, nio capaz de inventar cosa de grande ,, importancia: que en este concepto es- ,, tuvo perezoso (como los mas) en com- ,, prar y leer la obra; pero que al cabo ,, hizo uno y otro por mera curiosidad: ,, que leida la primera vez, le quedó ,, deseo de volverla á leer ya con mas ,, gusto y reflexîon: que entónces se ase- ,, guró en que era una produccion de las ,, mas ingeniosas que hasta entónces se ,, habian dado á luz, y una sátira llena ,, de instruccion y de gracias, contraida ,, con la mayor oportunidad y destreza ,, para lograr el destierro de la preocu- ,, pacion, que dominaba en general á la ,, nacion, y principalmente á los Gran- ,, des y demas nobleza, procedida de la ,, continua leccion de los extravagantes ,, libros de caballería, y que las perso- ,, nas que se introducian en la obra eran ,, de mera invencion, y con el fin de ,, ridiculizar á todos aquellos que estaban ,, encaprichados; pero no tan imagina- ,, rias que no tuviesen cierta relacion, y ,, representasen el carácter y algunas de ,, las acciones caballerescas que se aplau- ,, dian en un campeon con quien estuvo ,, indulgente en los elogios la fama, y en ,, otros paladines que le procuráron imi- ,, tar, como tambien las de otras perso- ,, nas que tenian á su cargo el gobierno ,, político, y económico de una region ,, la mas vasta y la mas opulenta del ,, mundo en otros tiempos. Prosigue pa- ,, rangonando los sucesos, y aunque ,, procuró desfigurarlos con arte, se tras- ,, luce no obstante que tuvo por obje- ,, to varias empresas y galanterías de ,, Cárlos V. porque la mayor parte de ,, las comparaciones son de este Héroe, ,, las quales no puedo puntualizar por ,, la razon que llevo expresada, y lo ,, mismo me sucede en quanto á los ,, otros personages. Finalmente concluye ,, diciendo, que para satisfacer en parte ,, á su autor el agravio que le hizo en el ,, primer juicio, contribuir al desengaño ,, de los preocupados, y que pudiesen ,, hallar el tesoro que se ocultaba debaxo ,, de aquel supuesto, se propuso echar ,, un *Buscapie*, que pusiese en movimien- ,, to á los embobados (que eran todos, ,, ó los mas de los Españoles) y que los ,, alentase á tomar en la mano y leer ,, la obra, bien persuadido de que con ,, sola una vez que pasasen por ella los ,, ojos, apreciarian lo que hasta entónces ,, habian tratado con menosprecio (como ,, á él le sucedió) ántes de haberla visto.

,, Esto es quanto ha podido sudar mi ,, remembranza en la prensa de los pre- ,, ceptos de Vm. á quien aseguro es un ,, compendio de lo que leí (como dexo ,, referido) en el *Buscapie* de Miguel de ,, Cervántes, y que de todos modos es ,, la menor parte de lo que comprehen- ,, de esta estimable y singular pieza. Vm. ,, podrá hacer el uso que juzgue conve- ,, niente de la noticia indicada, conce- ,, diéndome el favor de disimular los de- ,, fectos que no dexará de hallar en la ,, narracion, hecho cargo de que soy un ,, pobre mendigo en la república litera- ,, ria, y de que ando siempre alcanza- ,, do de tiempo.

,, Sin embargo, siendo regular que ,, Vm. se haga cargo de la dificultad que ,, ofrece lo raro y desconocido de este ,, librito, y persuadido de que tal vez ,, le será en algo útil un caso práctico ,, (entre otros) con que se puede res- ,, ponder suficientemente, me ha pare- ,, cido oportuno referírsele á Vm. y es ,, el siguiente.

,, Don Jorge Henin Irlandes de na- ,, cion, vinó á esta Corte á impulso y ,, eficaz diligencia de el Marques de Bed- ,, mar, entónces Embaxador de España en ,, Venecia en el Reynado del Señor Feli-

„ pe III. Habiendo penetrado el Duque „ de Lerma el superior talento de este „ hombre en las primeras conferencias „ que tuvo con él de órden del Rey, „ y trascendiendo su política, que si lle- „ gaba á efectuarse la junta mandada „ formar para oirle, se descubriria no „ solo lo despótico de su Ministerio, si- „ no es tambien el deplorable estado en „ que se hallaba el general gobierno de „ esta Monarquía, se valió el Duque del „ medio de apartarle de la vista del Rey, „ entreteniéndole con varios pretextos, „ y dando lugar á que fuese consumien- „ do el dinero que truxo (pues ninguna „ asignacion le hiciéron) y que no lle- „ gase el caso de celebrarse la primera „ junta, aunque estaban nombrados los „ Ministros y demas personas de que de- „ bia componerse. Procuró Henin expli- „ car por escrito las causas radicales de „ la decadencia de esta Monarquía, y „ proponer los medios conducentes para „ que fuese la mas opulenta del Orbe; „ pero sus repetidas representaciones „ nunca llegáron al Trono, porque el „ Duque estancaba su curso. Desenga- „ ñado el buen extrangero de no poder „ conseguir los progresos que intentaba „ á favor de esta Corona, que era el „ fin de su venida, y que se propuso el „ Marques de Bedmar, resolvió retirarse, „ y ántes de ponerlo en execucion, es- „ cribió un tratado refiriendo (si no me „ engaño) esta historia, y tocando en „ él los puntos mas esenciales pertene- „ cientes á política, guerra, marina, In- „ dias, comercio y económica. Mandó „ imprimirle, y que en la portada se es- „ tampase esta advertencia: *Lo fice im-* „ *primir con el debido recato*: de que „ se infiere quanto se cautelaba del poder „ del Duque.

„ Este excelente tratado le tuve en mi „ poder algunos años, hasta que en el de „ 1761 transferí la posesion de él á mejor „ dueño, con el fin de que pudiese „ aprovecharse de sus importantes má- „ xîmas en beneficio comun del Estado. „ Nunca le vi en biblioteca, ni librería „ alguna, ni entre los eruditos y aficio- „ nados á libros raros hallé quien me die- „ se noticia de él.

„ Contraido pues este caso al nues- „ tro, reconocerá Vm. que es casi idén- „ tico, sin otra diferencia sustancial, „ que poder señalar yo en el dia la per- „ sona que posee dicho tratado, y no el „ dueño que tuvo, ó quizá tendrá el „ *Buscapie*, que vi y leí. ¿Pero por sola „ esta razon se deberá negar su exîsten- „ cia? Parece que no, sin ofensa de la „ verdad que afirmo.

„ En quanto al tratado, no se puso „ el año de su impresion, ni la impren- „ ta, y segun la advertencia, es regular „ que solo se tirasen los exemplares muy „ precisos para repartir entre aquellos „ sugetos que le convenia al autor estu- „ viesen instruidos de todo el suceso, „ y del justo motivo que le obligaba á „ retirarse de la Corte, porque de lo con- „ trario era muy arriesgado lo entendie- „ se su declarado enemigo el Duque de „ Lerma.

„ Lo mismo discurro yo le sucederia „ á nuestro Cervántes con su *Buscapie*, „ y mas quando no podia ignorar que „ aquel propio Ministro no era amigo „ suyo. Perdóneme la política conjetu- „ ra, que persuade al señor Mayans á „ que no fué así, y lo mismo digo en „ lo demas que expresa á los númer. 143 „ y 144 de la vida de Cervántes, que „ escribió. Yo no sé si á Vm. le harán „ la misma poca fuerza que á mí las con- „ jeturas de este erudito escritor.

„ Por conclusion, Vm. tiene mejores „ noticias que yo, y es admirable su „ juicio crítico: con que dicho se está „ que hará el exámen correspondiente, „ así de mis toscas reflexîones, como de „ todo lo demas que dexo expuesto, y „ baxo de esta confianza, y del favor „ que Vm. me dispensa, me he atrevi- „ do á producirlo, por solo obedecerle, „ quedando siempre dispuesto á practi- „ carlo en quanto guste mandarme.

„ Dios guarde á Vm. muchos años, „ como deseo. Madrid 16 de Diciembre „ de 1775. P. D. Escrita esta, hube „ de suspender su remision con la noticia

„ que me diéron de que un sugeto tenia „ el *Buscapie* de Cervántes MS. y aun„ que esta circunstancia inducia la sos„ pecha de que fuese invencion agena, „ solicité ver este papel para formar juicio „ de su legitimidad; pero en vano, por„ que han sido inútiles mis diligencias, „ porque hasta ahora no ha parecido, „ sin embargo de las ofertas que me hi„ ciéron: con que se perdió este mas „ tiempo. B. L. M. de Vm. su mas atento „ y apasionado servidor = Don Antonio „ de Ruidiaz. = Señor Don Vicente de „ los Rios."

55 Pág. *xix*: *Dentro de una carta.* Cervántes en la *Adjunta al Parnaso* dice: „ estando yo en Valladolid llevá„ ron una carta á mi casa para mí con „ un real de porte, y recibióla y pagó „ el porte una sobrina mia..... Diéron„ mela, y venia en ella un soneto malo, „ desmayado, sin garbo, ni agudeza al„ guna, diciendo mal del Quixote, y de „ lo que me pesó fué del real."

56 Pág. *xix*: *Permaneció hasta Febrero.* Leon Pinelo *Anales de Madrid* MS. en la Biblioteca de la Real Academia de la Historia. Céspedes *Historia de Felipe IV. cap.* 1. Baltasar Porreño *Dichos y hechos de Felipe III. pág.* 229 *y* 240. „ El Rey Felipe III. pareciéndo„ le conveniente al bien universal del „ Reyno la mudanza de su Corte de „ Madrid á Valladolid, la decretó, é hi„ zo publicar en Diciembre del año de „ 1600, y la efectuó por Enero del si„ guiente año de 1601, manteniéndose „ en ella la Corte hasta el mes de Fe„ brero de 1606, en que salió este Mo„ narca de Valladolid, restituyendo otra „ vez su residencia y Corte á Madrid."

57 Pág. *xix*: *Estaba en Valladolid.* Véase el número 55 y lo que dice Don Juan Antonio Pellicer: *Ensayo de Traductores pág.* 171.

58 Pág. *xix*: *En la calle de las Huertas.* Que Cervántes se avecindó en la calle de las Huertas lo dice él mismo en la *Adjunta al Parnaso* con estas palabras: „ Aquí llegábamos con nuestra plá„ tica quando Pancracio puso la mano en „ el seno y sacó dél una carta con su „ cubierta, y besándola me la puso en la „ mano. Leí el sobrescrito que decia de „ esta manera: Á Miguel de Cervántes „ Saavedra, en la calle de las Huertas, „ frontero de las casas donde solia vivir „ el Príncipe de Marruécos, en Madrid. „ Al porte medio real, digo diez y sie„ te maravedis."

59 Pág. *xix*: *Despues en la del Leon.* Vivió en la calle del Leon, y en ella murió, como consta de la partida de difunto dada por Don Blas Ramonel, Teniente de Cura de la parroquia de San Sebastian. Véase á la larga en el número 87.

60 Pág. *xxi*: *Vida.* Cervántes Quixote Prólogo de la segunda parte.

61 Pág. *xxiii*: *Confiesa haberle compuesto.* Viage del Parnaso cap. I:

Un quidam Caporal Italiano
De patria Perusino (á lo que entiendo)
De ingenio Griego, y de valor Romano, &c.

62 Pág. *xxvi*: *Le obligó á pintar.* La queja de Cervántes se halla en el cap. III. del Viage del Parnaso, donde suponiendo que va embarcado con Mercurio, dice:

Luego se descubrió donde echó el resto
De su poder naturaleza, amiga
De formar de otros muchos un compuesto.
Vióse la pesadumbre sin fatiga
De la bella Parténope sentada
Á la orilla del mar que sus pies liga.
De castillos y torres coronada,
Por fuerte y por hermosa en igual grado
Tenida y conocida y estimada.

Mandóme el del alígero calzado,
Que me aprestase y fuese luego á tierra
Á dar á los Lupercios un recado,
En que les diese cuenta de la guerra
Temida, y que á venir les persuadiese
Al duro y fiero asalto, al cierra, cierra.
Señor (le respondí) si acaso hubiese
Otro que la embaxada les llevase,
Que mas grato á los dos hermanos fuese,
Que yo no soy, sé bien que negociase
Mejor. Dixo Mercurio: no te entiendo,
Y has de ir ántes que el tiempo mas se pase.
Que no me han de escuchar estoy temiendo,
Le repliqué, y así el ir yo no importa,
Puesto que todo obedecer pretendo:
Que no sé quien me dice y quien me exhorta,
Que tienen para mí á lo que imagino
La voluntad como la vista corta.
Que si esto así no fuera, este camino
Con tan pobre recámara no hiciera,
Ni diera en un tan hondo desatino:
Pues si alguna promesa se cumpliera
De aquellas muchas que al partir me hiciéron,
Lléveme Dios, si entrára en tu galera.
Mucho esperé, si mucho prometiéron:
Mas podia ser, que ocupaciones nuevas
Los obligue á olvidar lo que dixéron.

63 Pág. *xxvi*: *En el canto de Calíope.* La prueba mas auténtica de que Cervántes, á pesar del sentimiento que tenia de que los Argensolas hubieran olvidado las promesas que le hiciéron de interponer sus oficios con el Conde de Lémos, les conservaba sin embargo amistad, y hacia justicia á su mérito, es el elogio que hace de estos ilustres poetas en las dos octavas siguientes del canto de Calíope, que parece están solo dictadas por su amistad, y no por la crítica, como correspondia á la naturaleza de esta obra.

Serán testigos desto dos hermanos,
Dos luceros, dos soles de poesía,
Á quien el Cielo con abiertas manos
Dió quanto ingenio y arte dar podia:
Edad temprana, pensamientos canos,
Maduro trato, humilde fantasía,
Labran eterna y dina laureola
Á Lupercio Leonardo de Argensola.
Con santa envidia y competencia santa
Parece, que el menor hermano aspira
Á igualar al mayor, pues se adelanta,
Y sube do no llega humana mira:
Por esto escribe, y mil sucesos canta
Con tan suave y acordada lira,
Que este Bartolome menor merece,
Lo que al mayor Lupercio se le ofrece.

Estas dos octavas son el argumento mas poderoso contra los que pretenden reprehender á Cervántes de que por envidia, venganza, ó resentimiento, no hizo que los Argensolas asistieran al Parnaso, pues confesándoles el mérito superior que tenian, hizo al mismo tiempo un elogio fino y delicado al Conde de Lémos, de quien en boca de Mercurio dice en su Viage del Parnaso:

Ninguno, dixo, me hable de ese modo,
Que si me desembarco y los embisto,
Voto á Dios, que me traiga al Conde y todo.

Dando de este modo á entender, que el Conde era digno, en calidad de aficionado á las letras humanas, de ir al Parnaso, y que los Argensolas por estar ocupados en servicio del Conde no debia parecer extraño que no asistieran. Obsequiaba á su Mecénas y á sus amigos.

64 Pág. *xxvi*: *Y en la primera parte.* Quixote part. I. cap. XLVIII. tom. II. pág. 366.

65 y 66 Pág. *xxvi*, *y xxvii*: *Villégas.* La amistad que Don Estéban Manuel de Villégas tenia con los Argensolas, no puede justificar el precipitado juicio que hizo del mérito de Cervántes, diciendo en la elegía 7:

Irás del Elicon á la conquista,
Mejor que el mal poeta de Cervántes,
Donde no le valdrá ser Quixotista.

Este modo de hablar de un hombre del ingenio de Cervántes, solo puede tener por disculpa la poca edad de Villégas.

67 Pág. *xxvii*: *Asegurándole que de su prosa.* Cervántes „ *Prólogo de sus Comedias*: En esta sazon me dixo un librero, que él me las comprara, si un autor de título no le hubiera dicho, que de mi prosa se podia esperar mucho; pero que del verso nada: y si va á decir verdad, cierto que me dió pesadumbre el oirlo."

68 Pág. *xxviii*: *Que no eran desabridas.* Cervántes „ *Prólogo de sus Comedias*: algunos años ha que volví yo á mi antigua ociosidad, y pensando que aun duraban los siglos donde corrian mis alabanzas, volví á componer algunas comedias, pero no hallé páxaros en los nidos de antaño: quiero decir que no hallé autor que me las pidiese, puesto que sabian que las tenia, y así las arrinconé en un cofre, y las consagré y condené al perpetuo silencio...... Torné á pasar los ojos por mis comedias, y por algunos entremeses mios, que con ellas estaban arrinconados, y vi no ser tan malas, ni tan malos, que no mereciesen salir de las tinieblas del ingenio de aquel autor á la luz de otros autores ménos escrupulosos y mas entendidos. Aburríme, y vendíselas al tal librero: él me las pagó razonablemente, yo cogí mi dinero con suavidad, sin tener cuenta con dímes ni dirétes de recitantes.

69 Pág. *xxviii*: *Olvidándose.* El elogio que hace Cervántes en el prólogo de sus Comedias de Lope de Vega, dexa sin disculpa alguna la persecucion que le moviéron sus enemigos, pretendiendo que habia injuriado á Lope de Vega; pero fué un pretexto con que quisiéron ocultar el resentimiento que tenian de Cervántes, porque no hacia de sus obras, ni de sus ingenios el aprecio á que ellos presumian ser acreedores. Las palabras de Cervántes son: „ dexé la pluma, y las comedias, y entró luego el monstruo de naturaleza el gran Lope de Vega, y alzóse con la Monarquía cómica, avasalló y puso debaxo de su jurisdiccion á todos los farsantes: llenó el mundo de comedias propias, felices y bien razonadas, y tantas que pasan de diez mil pliegos los que tiene escritos, y todas (que es una

,, de las mayores cosas que puede decirse) ,, las ha visto representar, ú oido decir, ,, por lo ménos, que se han representado: ,, y si algunos (que hay muchos) han querido entrar á la parte y gloria de sus trabajos, todos juntos no llegan en lo que han ,, escrito á la mitad de lo que él solo."

Estas expresiones, al mismo tiempo que hacian honor á Lope de Vega, irritaban la envidia y resentimiento de los demas poetas.

70 Pág. *xxviii* : *Huarte dice.* Juan Huarte en su *Exámen de Ingenios*, en el segundo proemio al lector, despues de haber señalado las varias especies de ingenios que hay, dice: ,, Despues de haber entendido qual es la ciencia, que á ,, tu ingenio mas le responde, te queda ,, otra dificultad mayor por averiguar, y ,, es, si tu habilidad es mas acomodada á ,, la práctica, que á la teórica, porque ,, estas dos partes, en qualquier género ,, de letras que sea, son tan opuestas ,, entre sí, y piden tan diferentes ingenios, ,, que la una á la otra se remiten como ,, si fueran verdaderos contrarios."

71 Pág. *xxix* : *Que insertó en la primera parte.* Cervántes Quixote part. I. cap. XLVIII. tom. II. pág. 364.

72 Pág. *xxix* : *Para captar el aplauso.* Lope de Vega *Arte nuevo de hacer comedias en este tiempo*:

Mas ninguno de todos llamar puedo
Mas bárbaro que yo, pues contra el arte
Me atrevo á dar preceptos, y me dexo
Llevar de la vulgar corriente, adonde
Me llamen ignorante Italia y Francia.
Pero ¿que puedo hacer, si tengo escritas
Con una que he acabado esta semana,
Quatrocientas y ochenta y tres comedias?
Porque fuera de seis, las demas todas
Pecáron contra el arte gravemente.
Sustento en fin lo que escribí, y conozco
Que aunque fuera mejor de otra manera,
No tuviéran el gusto que han tenido,
Porque á veces lo que es contra lo justo,
Por la misma razon deleyta el gusto.

Y ántes había dicho:

Y escribo por el arte que inventáron
Los que el vulgar aplauso pretendiéron,
Porque como las paga el vulgo, es justo
Hablarle en necio para darle gusto.

73 Pág. *xxxi*: *Ahuyentó.* Así se infiere de la escasez de exemplares del Quixote de Avellaneda, y de no haberse impreso mas que una vez, hasta que el año de 1732 le volvió á publicar Don Isidro Peráles. Véase el cotejo que hace Don Gregorio Mayans entre Avellaneda y Cervántes en la Vida de este al principio del Quixote de la edicion de Lóndres.

74 Pág. *xxxii*: *Como Don Nicolas Antonio.* ,, Alphonsus Fernandez de Avellaneda patriâ ex oppido Tordesillas, Pintianae Dioecesis, continuavit, *sed absque genio illo, qui principem Michaelis ,, Cervántes adinventionem promovit, et ,, comitatus est.*" Bibliot. Hisp.

75 Pág. *xxxiii* : *Quando dice.* Salafranca en sus *Memorias literarias.*

76 Pág. *xxxiii*: *Avellaneda confiesa.* Prólogo de la II. parte de Don Quixote, que publicó Avellaneda, dice: ,, Como

„ casi es comedia toda la historia de Don „ Quixote de la Mancha, no puede ni „ debe ir sin prólogo, y así sale al prin- „ cipio de esta segunda parte de sus ha- „ zañas este ménos cacareado y agre- „ sor de sus lectores, que el que á su „ primera parte puso Miguel de Cer- „ vántes Saavedra, y mas humilde que „ el segundo en sus Novelas, mas satíri- „ cas, que exemplares." No pensó del mismo modo que Avellaneda del prólogo del Quixote el Doctor Chrisóstomo Matanasio, nombre con que se disfrazó el autor de la obra intitulada: *Le chef d'oeuvre d'un inconnu*, que unos atribuyen á Mr. de Fontenelle, otros á Mr. de Belair, y un moderno á una Sociedad literaria. Véase el Diario enciclopédico, mes de Abril de 1780, tom. 3. part. 1. El juicio de este sabio crítico servirá para confundir á Avellaneda y sus sequaces.

„ AU FAMEUX AUTEUR DE LA FEUË „ HISTOIRE CRITIQUE DE LA REPU- „ BLIQUE DES LETRES.

„ MONSIEUR.

„ En attendant que je vous envoye „ les amples commentaires que je prépare „ sur la Préface du Livre intitulé: *Vida „ y hechos del ingenioso Caballero Don „ Quixote de la Mancha*; j'ai l'honneur „ de vous envoyer la traduction de cette „ même Préface. Les nouveaux traduc- „ teurs François de cet insipide Roman „ ne l'ont pas traduite, et si vous en „ voulez sçavoir la raison, c'est sans dou- „ te, parce qu'ils ont cru qu'elle ne „ feroit pas honneur á Miguel de Cer- „ vántes Saavedra. En effet on y voit „ un ecrivain qui ose plaisanter sur les „ choses les plus considérables de la Lit- „ térature, qui méprise les Préfaces, qui „ se mocque des éloges, qui tourne en „ ridicule les citations, qui se rit des no- „ tes marginales, des remarques, et des „ observations dont les savans ont coû- „ tume d'orner leurs ouvrages. Selon lui „ il suffiroit pour faire un bon livre, „ qu'avec un style simple, noble, expres- „ sif, on allât directement au but qu'on „ se propose, qu'on crût que c'est de- „ guiser la raison en courtisane, que „ d'emprunter pour elle des ornemens „ étrangers; qu'une chose qui est vraye „ par elle-même l'est independamment „ de l'autorité des anciens, & des suffra- „ ges des modernes, & que toute la „ reputation d'Aristóte, de Ciceron & „ de Virgile ne feront pas qu'une chose „ fausse soit vraye. *Exultat demens.* „ C'est bien-lá penser comme l'auteur „ de Don Quixote. Si cela étoit, je „ vous prie, que deviendroient la litte- „ rature & les Livraires? Que de gens ne „ seroient jamais Auteurs, que d'Auteurs „ cesseroient de l'étre? J'en apelle á vous, „ Monsieur, j'en veux pour juge votre „ érudition,

Quae maxima semper
Dicetur nobis, et erit quae maxima semper.
Virg. AEneid. lib. VIII. 271.

„ Á quoi serviroit á bien de gens tant „ de Grec, d'Hebreu, de Latin, si ceux „ qui savent ces langues, & qui com- „ posent des livres ne pouvoient pas „ en détacher des lambeaux & les „ coudre avec art pour faire briller leur „ savoir? Il vaudroit autant ne pas étu- „ dier.

Scire tuum nihil est, nisi te scire hoc sciat alter.
Pers. Sat. I. 27.

„ Je m'en rapporte encore á vous, Mon- „ sieur, vous qui parlez si savamment „ des choses mêmes que vous ignorez, si „ tant est que vous en ignoriez quelques-

„ unes. J'aurois bien des choses á vous dire „ sur cet sujet, mais ce sera pour une autre „ occasion. Je vous supplie seulement „ aujourd'huy de favoriser mon entréprise.

Da facilem cursum, atque audacibus annue coeptis.
Virg. Georg. lib. I. 40.

„ Et je vous demande la grace de croire, que

Dumque thymo pascentur apes, dum rore cicadae,
Semper honos, nomenque tuum, laudesque manebunt.
Virg. Eclog. v. 77.

„ Y atienda vuestra merced á su salud „ por ahora. Je suis toujours avec tout „ le respect & la venération que vous „ pouvez vous imaginer.

„ MONSIEUR:

„ Vôtre tres-humble et tres-obéissant
„ serviteur

„ *Le Docteur Chrisostome*
„ *Mathanasius.*"

77 Pág. *xxxiv* : *Añade.* Cervántes Quixote en la Dedicatoria de la segunda parte, su fecha en Madrid á 31 de Octubre de 1615.

78 Pág. *xxxv* : *Dixo.* Porreño *Dichos y hechos de Felipe III.* Mayans *Vida de Cervántes.*

79 y 80 Pág. *xxxvi y xxxvii* : Todo lo que se refiere en este párrafo consta de una certificacion del Licenciado Márquez Tórres, que él mismo insertó en la aprobacion, que de órden del Doctor Gutierre de Cetina Vicario Eclesiástico de Madrid dió á la segunda parte del Quixote á 27 de Febrero de 1615, la qual se puede ver al principio del tomo III. de esta edicion, en donde se ha puesto á la letra.

81 Pág. *xxxviii* : *Desde el año de* 1615. En la dedicatoria de las Comedias al Conde de Lémos: „ Don Quixote de „ la Mancha queda calzadas las espuelas „ en su segunda parte para ir á besar „ los pies á V. E."

82 Pág. *xxxviii*: *Repitió.* En la dedicatoria de la segunda parte del Quixote al Conde de Lémos, que va al principio del tomo III. „ Enviando á V. E. los dias „ pasados mis comedias ántes impresas, „ que representadas, si bien me acuerdo, „ dixe, que Don Quixote quedaba calza- „ das las espuelas para ir á besar las ma- „ nos á V. E. y ahora digo que se las ha „ calzado, y se ha puesto en camino."

83 Pág. *xxxix* : *Conservada por el mismo.* Prólogo de Persíles y Sigismunda.

84 Pág. *xxxix* : *Administráron la Extrema Uncion.* Consta de la dedicatoria de Persíles y Sigismunda escrita á 19 de Abril de 1616, en que dice al Conde de Lémos: *Ayer me diéron la Extrema Uncion, y hoy escribo esta.*

85 Pág. *xl*: *Á ser agradecidos los otros.* Dedicatoria de Persíles y Sigismunda.

86 Pág. *xl*: *De esta carta.* Las expresiones de esta carta escrita en la ocasion de considerarse próxîmo á la muerte, es, si no el mayor testimonio, uno de los mayores que han dado los hombres de verdadero y honrado agradecimiento. Y si esta es una virtud inspirada por la naturaleza, no se alcanza el motivo que tuvo el Doctor Christóbal Suárez de Figueroa para calificarla de debilidad. „ Dura, *dice Figueroa en la pág.* 118 *del Pasagero*, „ esta flaqueza „ en no pocos hasta la muerte, hacien- „ do prólogos y dedicatorias hasta el „ punto de morir." No merecia esta recompensa Cervántes del Doctor Figueroa, pues habia exceptuado en el cap. LXII. del Quixote la traduccion del Pastor Fido, que hizo Figueroa, de las malas traducciones castellanas.

87 y 88 Pág. *xl.* Lo que se dice en

estos números consta de la partida de difunto dada por Don Blas Ramonel Teniente de Cura de San Sebastian, que dice: *Como Teniente Cura de la Iglesia parroquial de San Sebastian de esta Corte, certifico, que en uno de los libros de difuntos de ella al folio doscientos y setenta se halla la partida del tenor siguiente*: = *En veinte y tres de Abril de mil seiscientos diez y seis años murió Miguel Cervántes Saavedra, casado con Doña Catalina de Salazar, calle del Leon: recibió los santos Sacramentos de mano del Licenciado Francisco Lopez: mandóse enterrar en las Monjas Trinitarias: mandó dos misas de alma, y las demas á voluntad de su muger, que es testamentaria, y el Licenciado Francisco Nuñez, que vive allí.* = *Concuerda con la partida original del citado libro, á que me remito. San Sebastian de Madrid y Junio cinco de mil setecientos sesenta y cinco.* = *Doctor Don Blas Ramonel.* =

Los Escribanos del Rey nuestro Señor, vecinos de esta villa de Madrid, que aquí signamos y firmamos, certificamos y damos fe, que el Doctor Don Blas Ramonel, de quien parece va firmada la certificacion de la vuelta, es Teniente Cura de la Iglesia parroquial de San Sebastian de esta Corte, como se titula y nombra, fiel legal y de toda confianza, y á todas sus certificaciones se les ha dado y da entera fe y crédito, así judicial como extrajudicialmente: y para que conste donde convenga damos la presente en esta dicha villa de Madrid á cinco dias del mes de Junio año de mil setecientos y sesenta y cinco. = *Enmendado* = *en.* = *Manuel Teslon Llorente.* = *Francisco Antonio Viret.* = *Julian del Castillo y Pinedo.* =

89 Pág. *xli*: *Tenia rostro*: El mismo Cervántes se retrata en el prólogo de las Novelas con estas palabras: „Este que veis aquí de rostro aguileño, de cabello castaño, frente lisa „y desembarazada, de alegres ojos, y „de nariz corva, aunque bien proporcionada: las barbas de plata, que no „ha veinte años que fuéron de oro, los „bigotes grandes, la boca pequeña, los „dientes ni menudos, ni crecidos, porque no tiene sino seis, y esos mal „acondicionados, y peor puestos, porque no tienen correspondencia los unos „con los otros: el cuerpo entre dos extremos, ni grande ni pequeño: la color „viva, ántes blanca que morena, algo „cargado de espaldas, y no muy ligero „de pies. Este digo, que es el autor de „la *Galatea*, y de *Don Quixote de la Mancha*, y del que hizo el *Viage al Parnaso*, á imitacion del de César Caporal Perusino, y otras obras que andan por ahí descarriadas, y quizá sin „el nombre de su dueño. Llámase comunmente *Miguel de Cervántes Saavedra*. Fué soldado muchos años, y „cinco y medio cautivo, donde aprendió á tener paciencia en las adversidades."

Del mismo prólogo se sabe que fué tartamudo: „En fin (prosigue) pues ya „esta ocasion se pasó, y yo he quedado „en blanco, y sin figura, será forzoso „valerme por mi pico, que aunque *tartamudo*, no lo será para decir verdades."

90 Pág. *xlii*: *De este autor*. Consta que componia estas obras de la dedicatoria de Persíles, y Sigismunda, donde dice al Conde de Lémos: „todavía me quedan en el alma ciertas „reliquias, y asomos de las *Semanas del jardin*, y del famoso *Bernardo*, si á „dicha, por buena ventura mia, que ya „no seria ventura, sino milagro, me diese el Cielo vida, y con ellas fin á la „*Galatea*, de quien sé está aficionado V. E."

91 Pág. *xlii*: *Obtuvo privilegio*. Se halla impreso este privilegio en la primera edicion del *Persíles* hecha en Madrid el año de 1617. En el mismo año se volvió á imprimir la obra sin el privilegio en Barcelona por Bautista Sorita, y á costa de Miguel Gracian: circunstancias que manifiestan el aprecio que se hizo de ella.



PRINCIPIOS
DE LA PRIMERA EDICION.

TASA.

Yo Juan Gallo de Andrada Escribano de Cámara del Rey nuestro Señor de los que residen en su Consejo, certifico, y doy fe, que habiéndose visto por los Señores de él un libro intitulado: *El ingenioso Hidalgo de la Mancha*, compuesto por Miguel de Cervántes Saavedra, tasáron cada pliego del dicho libro á tres maravedis y medio, el qual tiene ochenta y tres pliegos, que al dicho precio monta el dicho libro doscientos y noventa maravedis y medio, en que se ha de vender en papel, y diéron licencia para que á este precio se pueda vender. Y mandáron que esta tasa se ponga al principio del libro, y no se pueda vender sin ella. Y para que de ello conste dí la presente en Valladolid á veinte dias del mes de Diciembre de mil y seiscientos y quatro años. = *Juan Gallo de Andrada.*

EL REY. Por quanto por parte de vos Miguel de Cervántes nos fué fecha relacion, que habíades compuesto un libro intitulado: *El ingenioso Hidalgo de la Mancha*, el qual os habia costado mucho trabajo, y era muy útil y provechoso, nos pedistes y suplicastes os mandásemos dar licencia y facultad para le poder imprimir, y privilegio por el tiempo que fuésemos servidos, ó como la nuestra merced fuese. Lo qual visto por los del nuestro Consejo, por quanto en el dicho libro se hiciéron las diligencias, que la premática últimamente por Nos fecha sobre la impresion de los libros dispone, fué acordado, que debíamos mandar dar esta nuestra Cédula para vos en la dicha razon, y Nos tuvímoslo por bien. Por la qual, por os hacer bien y merced, os damos licencia y facultad para que vos, ó la persona que vuestro poder hubiere, y no otra alguna, podais imprimir el dicho libro intitulado: *El ingenioso Hidalgo de la Mancha*, que de suso se hace mencion, en todos estos nuestros Reynos de Castilla por tiempo y espacio de diez años, que corran y se cuenten desde el dicho dia de la data desta nuestra Cédula, so pena que la persona, ó personas que sin tener vüestro poder lo imprimiere, ó vendiere, ó hiciere imprimir, ó vender, por el mesmo caso pierda la impresion que hiciere, con los moldes y aparejos della, y mas incurra en pena de cincuenta mil maravedis cada vez que lo contrario hiciere. La qual dicha pena sea la tercia parte para la persona que lo acusare, y la otra tercia parte para nuestra Cámara, y la otra tercia parte para el Juez que lo sentenciare. Con tanto, que todas las veces que hubiéredes de hacer imprimir el dicho libro durante el tiempo de los dichos diez años, le traigais al nuestro Consejo, juntamente con el original que en él fué visto, que va rubricado cada plana, y firmado al fin dél de Juan Gallo de Andrada nuestro Escribano de Cámara de los que en él residen, para saber si la dicha impresion está conforme al original, ó traigais fe en pública forma, de como por Corrector nombrado por nuestro mandado se vió y corrigió la dicha impresion por el original, y se

imprimió conforme á él, y quedan impresas las erratas por él apuntadas para cada un libro de los que así fueren impresos, para que se tase el precio que por cada volúmen hubiéredes de haber. Y mandamos al impresor que así imprimiere el dicho libro, no imprima el principio, ni el primer pliego dél, ni entregue mas de un solo libro con el original al autor, ó persona á cuya costa lo imprimiere, ni otro alguno para efecto de la dicha correccion y tasa, hasta que ántes y primero el dicho libro esté corregido y tasado por los del nuestro Consejo: y estando hecho, y no de otra manera, pueda imprimir el dicho principio y primer pliego, y succesivamente ponga esta nuestra Cédula, y la aprobacion, tasa y erratas, so pena de caer, é incurrir en las penas contenidas en las leyes y premáticas de estos nuestros Reynos. Y mandamos á los del nuestro Consejo y á otras qualesquier justicias de ellos, guarden y cumplan esta nuestra Cédula, y lo en ella contenido. Fecha en Valladolid á veinte y seis dias del mes de Setiembre de mil y seiscientos y quatro años. = YO EL REY. = Por mandado del Rey nuestro Señor = *Juan de Amezqueta.*

EU EL REY. Fazo saber a os que este alvara vierem, que eu hei por bem de fazer merced á Miguel de Cervántes de Saavedra, de le dar licença para que possa imprimir nos meus Renhos de Portugal ó livro intitulado: *Ingenioso Hidalgo Don Quixote de la Mancha.* É isto por tempo de dez anhos, que començaraom da feytura deste em diante. Dentro do qual tempo hei por bem, é mando, que nenhum impressor, nem livreiro, nem otra alguã pessoa de qualquier calidad, é condiçaõ que seia non possaõ imprimir nem vender, ó dito livro, nos ditos meus Renhos, é senhorios, nem tracellos de fora delles, salvo aquellos livreiros, ou pessoas que para isso tiurem poder, é licença do dito Miguel de Cervántes. É qualquier outra pessoa que sem sua licença imprimir, vender, ou traxer de fora, ó dito livro, durante os ditos dez anhos, perderá pera elle todos os volumes que lle forem achados: é alẽ disso encorrerá en pena de cinquenta crusados, á metade pera minha Cámara, é outra metade pera quem ó acusar. É mando á todas minhas justiças, oficiaes, é pessoas dos destos meus Renhos, é Senhorios á que este alvara for mostrado, e o conhecimento delle pertenecer, que ó cumpraõ, é guardem, é façaõ inteiramente cumprir, é guardar, como nelle se cõthem. Ó qual quero que vala, tenha força, é vigor, como se fosse carta per mi asinada, é passada pela Chancellería, sem embargo da ordenaçaom do segundo livro titul. 40. que diz, que as cosas cuyo effeito ouver de durar maes de hum anho passe per cartas; é passando por alvaras naõ va kaõ, é vallera outrosi, posto que naõ seia passado pela Chancellería, sin embargo da ordenazaom en contrario. Antonio Campello ó fez en Valladolid nove de Febreyro de mil seiscientos e sinco anhos. = REY.





AL DUQUE DE BÉJAR,

MARQUES DE GIBRALEON,

CONDE DE BENALCÁZAR Y BAÑÁRES,

VIZCONDE DE LA PUEBLA DE ALCOCER,

SEÑOR DE LAS VILLAS DE CAPILLA,

CURIEL Y BURGUÍLLOS.

En fe del buen acogimiento y honra que hace Vuestra Excelencia á toda suerte de libros, como Príncipe tan inclinado á favorecer las buenas artes, mayormente las que por su nobleza no se abaten al servicio y granjerías del vulgo, he determinado de sacar á luz al

ingenioso Hidalgo Don Quixote de la Mancha, al abrigo del clarísimo nombre de Vuestra Excelencia, á quien, con el acatamiento que debo á tanta grandeza, suplico le reciba agradablemente en su proteccion, para que á su sombra, aunque desnudo de aquel precioso ornamento de elegancia y erudicion, de que suelen andar vestidas las obras, que se componen en las casas de los hombres que saben, ose parecer seguramente en el juicio de algunos, que no conteniéndose en los límites de su ignorancia, suelen condenar con mas rigor y ménos justicia los trabajos agenos: que poniendo los ojos la prudencia de Vuestra Excelencia en mi buen deseo, fio que no desdeñará la cortedad de tan humilde servicio.

Miguel de Cervántes Saavedra.





PRÓLOGO.

Desocupado lector: sin juramento me podrás creer, que quisiera que este libro, como hijo del entendimiento, fuera el mas hermoso, el mas gallardo y mas discreto, que pudiera imaginarse. Pero no he podido yo contravenir la órden de naturaleza, que en ella cada cosa engendra su semejante. Y así ¿que podia engendrar el estéril y mal cultivado ingenio mio, sino la historia de un hijo seco, avellanado, antojadizo y lleno de pensamientos varios, y nunca imaginados de otro alguno: bien como quien se engendró en una cárcel, donde toda incomodidad tiene su asiento, y donde todo triste ruido hace su habitacion? El sosiego, el lugar apacible, la amenidad de los campos, la serenidad de los cielos, el murmurar de las fuentes, la quietud del espíritu son grande parte para que las Musas mas estériles se muestren fecundas, y ofrezcan partos al mundo, que le colmen de maravilla y de contento. Acontece tener un padre un hijo feo y sin gracia alguna, y el amor que le tiene, le pone una venda en los ojos para que no vea sus faltas, ántes las juzga por discreciones y lindezas, y las cuenta á sus amigos por agudezas y donayres. Pero yo, que aunque parezco padre, soy padrastro de Don

Quixote, no quiero irme con la corriente del uso, ni suplicarte casi con las lágrimas en los ojos, como otros hacen, lector carísimo, que perdones, ó disimules las faltas que en este mi hijo vieres: y pues ni eres su pariente, ni su amigo, y tienes tu alma en tu cuerpo, y tu libre albedrío, como el mas pintado, y estás en tu casa, donde eres Señor della, como el Rey de sus alcabalas, y sabes lo que comunmente se dice, que debaxo de mi manto al Rey mato. Todo lo qual te exênta y hace libre de todo respecto y obligacion, y así puedes decir de la historia todo aquello que te pareciere, sin temor que te calunien por el mal, ni te premien por el bien que dixeres della.

Solo quisiera dártela monda y desnuda, sin el ornato de prólogo, ni de la inumerabilidad y catálogo de los acostumbrados sonetos, epigramas y elogios que al principio de los libros suelen ponerse. Porque te sé decir, que aunque me costó algun trabajo componerla, ninguno tuve por mayor, que hacer esta prefacion que vas leyendo. Muchas veces tomé la pluma para escribilla, y muchas la dexé por no saber lo que escribiria: y estando una suspenso, con el papel delante, la pluma en la oreja, el codo en el bufete, y la mano en la mexilla, pensando lo que diria, entró á deshora un amigo mio gracioso y bien entendido, el qual viéndome tan imaginativo, me preguntó la causa, y no encubriéndosela yo, le dixe, que pensaba en el prólogo que habia de hacer á la historia de Don Quixote, y que me tenia de suerte, que ni queria hacerle, ni ménos sacar á luz las haza-

ñas de tan noble caballero. Porque ¿como quereis vos que no me tenga confuso, el que dirá el antiguo legislador, que llaman vulgo, quando vea que al cabo de tantos años como ha que duermo en el silencio del olvido, salgo ahora con todos mis años á cuestas, con una leyenda seca como un esparto, agena de invencion, menguada de estilo, pobre de concetos, y falta de toda erudicion y dotrina, sin acotaciones en las márgenes, y sin anotaciones en el fin del libro, como veo que están otros libros, aunque sean fabulosos y profanos, tan llenos de sentencias de Aristóteles, de Platon y de toda la caterva de filósofos, que admiran á los leyentes, y tienen á sus autores por hombres leidos, eruditos y eloqüentes? ¡Pues que quando citan la divina Escritura! No dirán sino que son unos Santos Tomases, y otros Doctores de la Iglesia, guardando en esto un decoro tan ingenioso, que en un renglon han pintado un enamorado distraido, y en otro hacen un sermoncico christiano, que es un contento y un regalo oirle, ó leelle. De todo esto ha de carecer mi libro, porque ni tengo que acotar en el márgen, ni que anotar en el fin, ni ménos sé, que autores sigo en él, para ponerlos al principio, como hacen todos, por las letras del A B C, comenzando en Aristóteles, y acabando en Xenofonte y en Zoylo, ó Zeuxîs, aunque fué maldiciente el uno y pintor el otro. Tambien ha de carecer mi libro de sonetos al principio, aloménos de sonetos, cuyos autores sean Duques, Marqueses, Condes, Obispos, Damas, ó Poetas celebérrimos. Aunque si yo los pidiese á dos, ó tres Oficiales amigos, yo sé que

me los darian , y tales que no les igualasen los de aquellos que tienen mas nombre en nuestra España.

En fin , señor y amigo mio , proseguí , yo determino , que el señor Don Quixote se quede sepultado en sus archivos en la Mancha , hasta que el Cielo depare quien le adorne de tantas cosas como le faltan , porque yo me hallo incapaz de remediarlas por mi insuficiencia y pocas letras , y porque naturalmente soy poltron y perezoso de andarme buscando autores , que digan lo que yo me sé decir sin ellos. De aquí nace la suspension y elevamiento en que me hallastes : bastante causa para ponerme en ella la que de mí habeis oido. Oyendo lo qual mi amigo , dándose una palmada en la frente, y disparando en una larga risa , me dixo : por Dios, hermano , que ahora me acabo de desengañar de un engaño en que he estado todo el mucho tiempo que ha que os conozco , en el qual siempre os he tenido por discreto y prudente en todas vuestras acciones. Pero ahora veo , que estais tan léxos de serlo, como lo está el cielo de la tierra.

¿Como que es posible , que cosas de tan poco momento , y tan fáciles de remediar , puedan tener fuerzas de suspender y absortar un ingenio tan maduro como el vuestro y tan hecho á romper y atropellar por otras dificultades mayores? Á la fe , esto no nace de falta de habilidad , sino de sobra de pereza y penuria de discurso. ¿Quereis ver si es verdad lo que digo? Pues estadme atento , y veréis como en un abrir y cerrar de ojos confundo todas vuestras dificultades , y remedio todas las faltas que decis, que

os suspenden y acobardan, para dexar de sacar á la luz del mundo la historia de vuestro famoso Don Quixote, luz y espejo de toda la caballería andante. Decid, le repliqué yo, oyendo lo que me decia, ¿de que modo pensais llenar el vacío de mi temor, y reducir á claridad el cáos de mi confusion? Á lo qual él dixo, lo primero en que reparais de los sonetos, epigramas, ó elogios, que os faltan para el principio, y que sean de personages graves y de título, se puede remediar, con que vos mesmo tomeis algun trabajo en hacerlos, y despues los podeis bautizar y poner el nombre que quisiéredes, ahijándolos al Preste Juan de las Indias, ó al Emperador de Trapisonda, de quien yo sé que hay noticia, que fuéron famosos Poetas: y quando no lo hayan sido, y hubiere algunos pedantes y bachilleres, que por detras os muerdan y murmuren desta verdad, no se os dé dos maravedis, porque ya que os averigüen la mentira, no os han de cortar la mano con que lo escribistes.

En lo de citar en las márgenes los libros y autores de donde sacáredes las sentencias y dichos que pusiéredes en vuestra historia, no hay mas sino hacer de manera que vengan á pelo algunas sentencias, ó latines que vos sepais de memoria, ó aloménos que os cuesten poco trabajo el buscallos, como será poner, tratando de libertad y cautiverio:

Non bene pro toto libertas venditur auro.

Y luego en el márgen citar á Horacio, ó á quien lo

dixo. Si tratáredes del poder de la muerte, acudir luego con:

Pallida mors aequo pulsat pede
Pauperum tabernas, regumque turres.

Si de la amistad, y amor que Dios manda que se tenga al enemigo, entraros luego al punto por la Escritura divina, que lo podeis hacer con tantico de curiosidad, y decir las palabras por lo ménos del mismo Dios: *Ego autem dico vobis, diligite inimicos vestros.* Si tratáredes de malos pensamientos, acudid con el Evangelio: *De corde exeunt cogitationes malae.* Si de la instabilidad de los amigos, ahí está Caton, que os dará su dístico:

Donec eris felix, multos numerabis amicos,
Tempora si fuerint nubila, solus eris.

Y con estos latinicos, y otros tales os tendrán siquiera por Gramático, que el serlo no es de poca honra y provecho el dia de hoy. En lo que toca el poner anotaciones al fin del libro, seguramente lo podeis hacer desta manera. Si nombrais algun gigante en vuestro libro, hacelde que sea el gigante Golías, y con solo esto, que os costará casi nada, teneis una grande anotacion, pues podeis poner: *El gigante Golías, ó Goliat, fué un Filisteo, á quien el pastor David mató de una gran pedrada en el valle de Terebinto, segun se cuenta en el libro de los Reyes, en el capítulo que vos halláredes que se escribe.*

Tras esto, para mostraros hombre erudito en letras humanas, y Cosmógrafo, haced de modo como en vuestra historia se nombre el rio Tajo, y veréisos luego con otra famosa anotacion, poniendo: *El rio Tajo fué así dicho por un Rey de las Españas: tiene su nacimiento en tal lugar, y muere en el mar Océano, besando los muros de la famosa ciudad de Lisboa, y es opinion que tiene las arenas de oro*, &c. Si tratáredes de ladrones, yo os daré la historia de Caco, que la sé de coro. Si de mugeres rameras, ahí está el Obispo de Mondoñedo, que os prestará á Lamia, Layda, y Flora, cuya anotacion os dará gran crédito. Si de crueles, Ovidio os entregará á Medea. Si de encantadoras y hechiceras, Homero tiene á Calípso, y Virgilio á Circe. Si de Capitanes valerosos, el mesmo Julio César os prestará á sí mismo en sus Comentarios, y Plutarco os dará mil Alexandros. Si tratáredes de amores, con dos onzas que sepais de la lengua Toscana, topareis con Leon Hebreo, que os hincha las medidas. Y si no quereis andaros por tierras extrañas, en vuestra casa teneis á Fonseca *Del Amor de Dios*, donde se cifra todo lo que vos y el mas ingenioso acertare á desear en tal materia. En resolucion, no hay mas sino que vos procureis nombrar estos nombres, ó tocar estas historias en la vuestra, que aquí he dicho, y dexadme á mí el cargo de poner las anotaciones y acotaciones, que yo os voto á tal de llenaros los márgenes, y de gastar quatro pliegos en el fin del libro.

Vengamos ahora á la citacion de los autores, que los otros libros tienen, que en el vuestro os faltan.

El remedio que esto tiene es muy fácil, porque no habeis de hacer otra cosa, que buscar un libro que los acote todos, desde la A hasta la Z, como vos decis. Pues ese mismo abecedario pondréis vos en vuestro libro: que puesto que á la clara se vea la mentira, por la poca necesidad que vos teníades de aprovecharos dellos, no importa nada: y quizá alguno habrá tan simple, que crea que de todos os habeis aprovechado en la simple y sencilla historia vuestra. Y quando no sirva de otra cosa, por lo ménos servirá aquel largo catálogo de autores, á dar de improviso autoridad al libro. Y mas, que no habrá quien se ponga á averiguar, si los seguistes, ó no los seguistes, no yéndole nada en ello. Quanto mas, que si bien caigo en la cuenta, este vuestro libro no tiene necesidad de ninguna cosa de aquellas que vos decis que le falta, porque todo él es una invectiva contra los libros de caballerías, de quien nunca se acordó Aristóteles, ni dixo nada San Basilio, ni alcanzó Ciceron: ni caen debaxo de la cuenta de sus fabulosos disparates las puntualidades de la verdad, ni las observaciones de la Astrología: ni le son de importancia las medidas geométricas, ni la confutacion de los argumentos de quien se sirve la Retórica: ni tiene para que predicar á ninguno, mezclando lo humano con lo divino, que es un género de mezcla, de quien no se ha de vestir ningun christiano entendimiento. Solo tiene que aprovecharse de la imitacion en lo que fuere escribiendo, que quanto ella fuere mas perfecta, tanto mejor será lo que se escribiere. Y pues esta vuestra escritura no mira á mas, que á

deshacer la autoridad y cabida que en el mundo, y en el vulgo tienen los libros de caballerías, no hay para que andeis mendigando sentencias de filósofos, consejos de la divina Escritura, fábulas de poetas, oraciones de retóricos, milagros de Santos, sino procurar que á la llana, con palabras significantes, honestas y bien colocadas, salga vuestra oracion y período sonoro y festivo, pintando en todo lo que alcanzáredes, y fuere posible vuestra intencion, dando á entender vuestros conceptos, sin intricarlos y escurecerlos. Procurad tambien, que leyendo vuestra historia, el melancólico [2] se mueva á risa, el risueño la acreciente, el simple no se enfade, el discreto se admire de la invencion, el grave no la desprecie, ni el prudente dexe de alabarla. En efecto, llevad la mira puesta á derribar la máquina mal fundada destos caballerescos libros, aborrecidos de tantos, y alabados de muchos mas: que si esto alcanzásedes, no habríades alcanzado poco.

Con silencio grande estuve escuchando lo que mi amigo me decia, y de tal manera se imprimiéron en mí sus razones, que sin ponerlas en disputa, las aprobé por buenas, y de ellas mismas quise hacer este prólogo: en el qual verás, lector suave, la discrecion de mi amigo, la buena ventura mia en hallar en tiempo tan necesitado tal consejero, y el alivio tuyo en hallar tan sincera y tan sin revueltas la historia del famoso Don Quixote de la Mancha, de quien hay opinion por todos los habitadores del distrito del Campo de Montiel, que fué el mas casto enamorado, y el mas valiente caballero que de mu-

chos años á esta parte se vió en aquellos contornos. Yo no quiero encarecerte el servicio que te hago en darte á conocer tan notable y tan honrado caballero, pero quiero que me agradezcas el conocimiento que tendrás del famoso Sancho Panza su escudero, en quien á mi parecer te doy cifradas todas las gracias escuderiles, que en la caterva de los libros vanos de caballerías estan esparcidas. Y con esto, Dios te dé salud, y á mí no olvide. VALE.





AL LIBRO

DE DON QUIXOTE DE LA MANCHA

URGANDA LA DESCONOCIDA.

Si de llegarte á los bue-
Libro fueres con letu-
No te dirá el boquirru-
Que no pones bien los de-
Mas si el pan no se te cue-
Por ir á manos de idio-
Verás de manos á bo-
Aun no dar una en el cla-
Si bien se comen las ma-
Por mostrar que son curio-
Y pues la experiencia ense-
Que el que á buen árbol se arri-
Buena sombra le cobi-
En Béjar tu buena estre-
Un árbol real te ofre-
Que da Príncipes por fru-
En el qual florece un Du-
Que es nuevo Alexandro Ma-
Llega á su sombra, que á osa-
Favorece la fortu-
De un noble hidalgo Manche-
Contarás[3] *las aventu-*

Á quien ociosa letu-
Trastornáron la cabe-
Damas , armas , caballe-
Le provocáron de mo-
Que qual Orlando furio-
Templado á lo enamora-
Alcanzó á fuerza de bra-
Á Dulcinea del Tobo-
No indiscretos hierogli-
Estampes en el escu-
Que , quando es todo figu-
Con ruines puntos se embi-
Si en la direccion te humi-
No dirá mofante algu-
Que Don Álvaro de Lu-
Que Aníbal el de Carta-
Que Rey Francisco en Espa-
Se queja de la fortu-
Pues al Cielo no le plu-
Que salieses tan ladi-
Como el negro Juan Lati-
Hablar latines rehu-
No me despuntes de agu-
Ni me alegues con filo-
Porque torciendo la bo-
Dirá el que entiende la le-
No un palmo de las ore-
¿Para que conmigo flo-
No te metas en dibu-
Ni en saber vidas age-
Que en lo que no va ni vie-

Pasar de largo es cordu-
Que suelen en caperu-
Darles á los que grace-
Mas tú quémate las ce-
Solo en cobrar buena fa-
Que el que imprime neceda-
Dalas á censo perpe-
Advierte que es desati-
Siendo de vidrio el teja-
Tomar piedras en la ma-
Para tirar al veci-
Dexa que el hombre de jui-
En las obras que compo-
Se vaya con pies de plo-
Que el que saca á luz pape-
Para entretener donce-
Escribe á tontas y á lo-

AMADIS DE GAULA Á DON QUIXOTE DE LA MANCHA.

SONETO.

Tú, que imitaste la llorosa vida,
Que tuve ausente y desdeñado sobre
El gran ribazo de la peña pobre,
De alegre á penitencia reducida.
Tú á quien los ojos diéron la bebida
De abundante licor, aunque salobre,
Y alzándote la plata, estaño y cobre,
Te dió la tierra en tierra la comida:
Vive seguro de que eternamente,
En tanto al ménos que en la quarta esfera
Sus caballos aguije el rubio Apolo,

Tendrás claro renombre de valiente,
Tu patria será en todas la primera,
Tu sabio autor al mundo único y solo.

DON BELIANIS DE GRECIA Á DON QUIXOTE DE LA MANCHA.

SONETO.

Rompí, corté, abollé, y dixe, y hice,
Mas que en el orbe caballero andante,
Fuí diestro, fuí valiente, fuí arrogante,
Mil agravios vengué, cien mil deshice.
Hazañas dí á la fama que eternice,
Fuí comedido y regalado amante,
Fué enano para mí todo gigante,
Y al duelo en qualquier punto satisfice.
Tuve á mis pies postrada la fortuna,
Y traxo del copete mi cordura
Á la calva ocasion al estricote.
Mas, aunque sobre el cuerno de la luna
Siempre se vió encumbrada mi ventura,
Tus proezas envidio, ó gran Quixote.

LA SEÑORA ORIANA Á DULCINEA DEL TOBOSO.

SONETO.

¡Ó quien tuviera, hermosa Dulcinea,
Por mas comodidad y mas reposo,
Á Miraflóres puesto en el Toboso,
Y trocara sus Lóndres con tu aldea!
¡Ó quien de tus deseos y librea,
Alma y cuerpo adornara, y del famoso

Caballero, que heciste venturoso,
Mirara alguna desigual pelea!
¡Ó quien tan castamente se escapara
Del señor Amadis, como tú heciste
Del comedido hidalgo Don Quixote!
Que así envidiada fuera, y no envidiara,
Y fuera alegre el tiempo que fué triste,
Y gozara los gustos sin escote.

GANDALIN ESCUDERO DE AMADIS DE GAULA Á SANCHO PANZA, ESCUDERO DE DON QUIXOTE.

SONETO.

Salve, varon famoso, á quien fortuna,
Quando en el trato escuderil te puso,
Tan blanda y cuerdamente lo dispuso,
Que lo pasaste sin desgracia alguna.
Ya la azada, ó la hoz poco repuna
Al andante exercicio, ya está en uso
La llaneza escudera, con que acuso
Al soberbio, que intenta hollar la luna.
Envidio á tu jumento, y á tu nombre,
Y á tus alforjas igualmente envidio,
Que mostráron tu cuerda providencia.
Salve otra vez, ó Sancho, tan buen hombre,
Que á solo tú nuestro Español Ovidio,
Con buz corona te hace reverencia.

DEL DONOSO POETA ENTREVERADO Á SANCHO PANZA Y ROCINANTE.

Soy Sancho Panza escude-
Del Manchego Don Quixo-
Puse pies en polvoro-

Por vivir á lo discre-
Que el tácito Villadie-
Toda su razon de Esta-
Cifró en una retira-
Segun siente Celesti-
Libro en mi opinion divi-
Si encubriera mas lo huma-

Á ROCINANTE.

Soy Rocinante el famo-
Bisnieto del gran Babie-
Por pecados de flaque-
Fuí á poder de un Don Quixo-
Parejas corrí á lo flo-
Mas por uña de caba-
No se me escapó ceba-
Que esto saqué á Lazari-
Quando para hurtar el vi-
Al ciego le dí la pa-

ORLANDO FURIOSO Á DON QUIXOTE DE LA MANCHA.

SONETO.

Si no eres Par, tampoco le has tenido,
Que Par pudieras ser entre mil Pares,
Ni puede haberle donde tú te hallares,
Invicto vencedor, jamas vencido.
Orlando soy, Quixote, que perdido
Por Angélica vi remotos mares,
Ofreciendo á la fama en sus altares
Aquel valor que respetó el olvido.

No puedo ser tu igual, que este decoro
Se debe á tus proezas, y á tu fama,
Puesto que como yo perdiste el seso.
Mas serlo has mio, si al soberbio Moro,
Y Scita fiero domas, que hoy nos llama
Iguales en amor con mal suceso.

EL CABALLERO DEL FEBO Á DON QUIXOTE DE LA MANCHA.

SONETO.

Á vuestra espada no igualó la mia,
Febo Español, curioso cortesano,
Ni á la alta gloria de valor mi mano,
Que rayo fué do nace y muere el dia.
Imperios desprecié, y la Monarquía,
Que me ofreció el Oriente roxo en vano,
Dexé por ver el rostro soberano
De Claridiana, Aurora hermosa mia.
Améla por milagro único y raro,
Y ausente en su desgracia, el propio infierno
Temió mi brazo, que domó su rabia.
Mas vos, Godo Quixote, ilustre y claro,
Por Dulcinea sois al mundo eterno,
Y ella por vos famosa, honesta y sabia.

DE SOLISDAN Á DON QUIXOTE DE LA MANCHA.

SONETO.

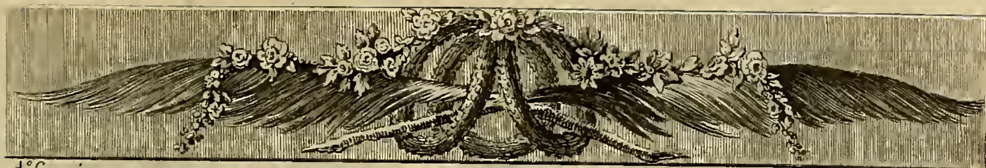
Magüer, señor Quixote, que sandeces
Vos tengan el cerbelo derrumbado,
Nunca seréis de alguno reprochado
Por hombre de obras viles y soeces.

Serán vuesas fazañas los joeces,
Pues tuertos desfaciendo habeis andado,
Siendo vegadas mil apaleado,
Por follones cautivos y raheces.
Y si la vuesa linda Dulcinea,
Desaguisado contra vos comete,
Ni á vuesas cuitas muestra buen talante,
En tal desman vueso conorte sea,
Que Sancho Panza fué mal alcahuete,
Necio él, dura ella, y vos no amante.

DIÁLOGO ENTRE BABIECA Y ROCINANTE.

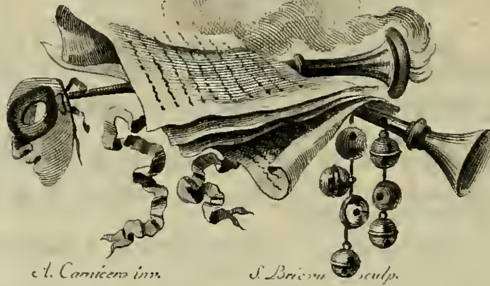
SONETO.

B. *¿Como estais, Rocinante, tan delgado?*
R. *Porque nunca se come, y se trabaja.*
B. *¿Pues que es de la cebada y de la paja?*
R. *No me dexa mi amo ni un bocado.*
B. *Andá, señor, que estais muy mal criado,*
Pues vuestra lengua de asno al amo ultraja.
R. *Asno se es de la cuna á la mortaja.*
¿Quereislo ver? miraldo enamorado.
B. *¿Es necedad amar?* R. *No es gran prudencia.*
B. *Metafísico estais.* R. *Es que no como.*
B. *Quejaos del escudero.* R. *No es bastante.*
¿Como me he de quejar en mi dolencia,
Si el amo y escudero, ó mayordomo,
Son tan rocines como Rocinante?



TABLA

DE LOS CAPÍTULOS DE ESTE TOMO.


A. Carnicero inv. S. Brieva sculp.



PRIMERA PARTE
DEL INGENIOSO HIDALGO
DON QUIXOTE
DE LA MANCHA.

CAPÍTULO PRIMERO.

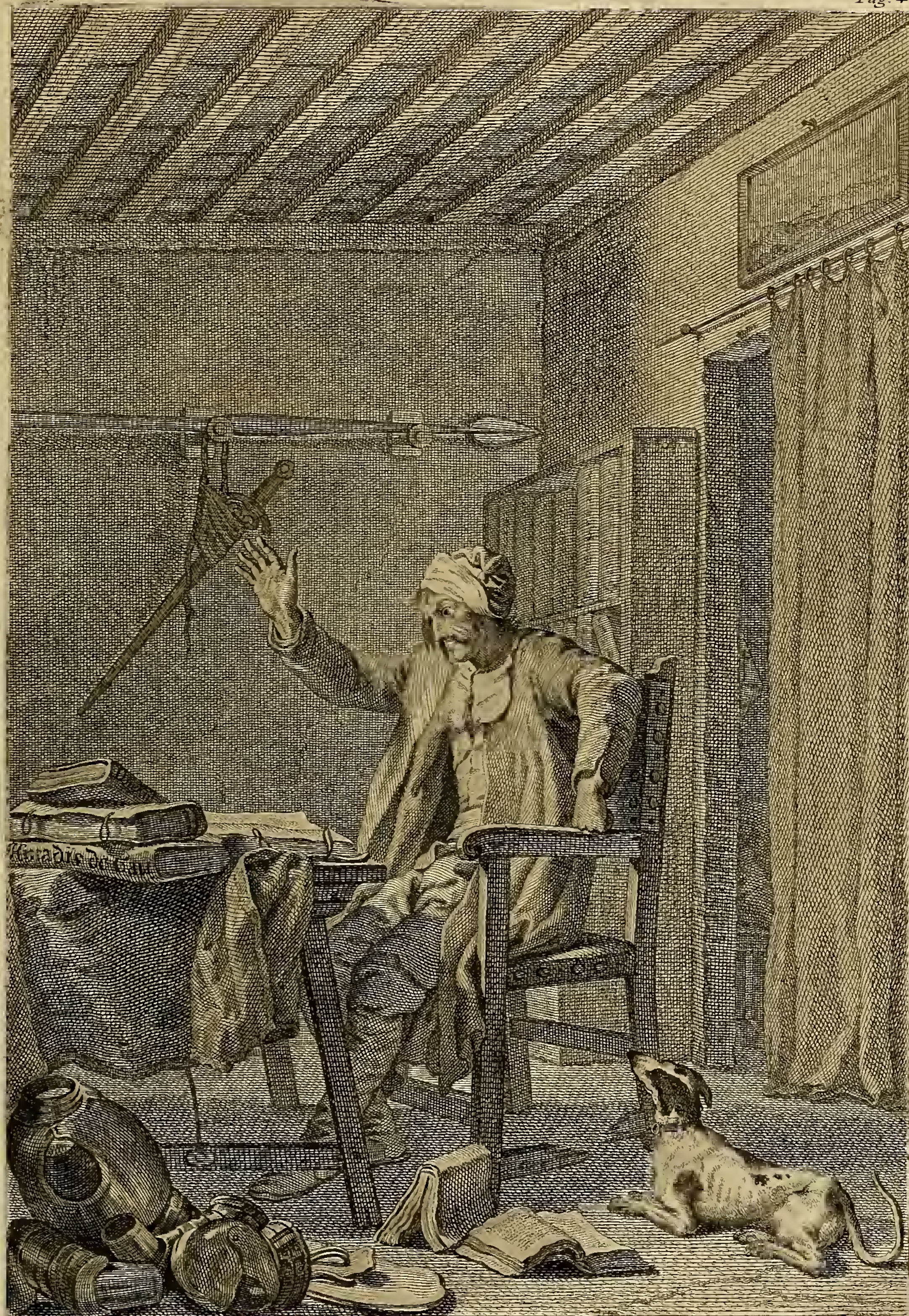
Que trata de la condicion, y exercicio del famoso hidalgo Don Quixote de la Mancha.

n un Lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que vivia un hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocin flaco, y galgo corredor. Una olla de algo mas vaca que carnero, salpicon las mas noches, duelos y quebrantos los sábados, lantejas los viernes, algun palomino de añadidura los domingos consumian las tres partes de su hacienda. El resto della concluian sayo de velarte, calzas de velludo para las fiestas con sus pantuflos de lo mesmo, y los dias de entre semana se honraba con su vello-

rí de lo mas fino. Tenia en su casa una Ama que pasaba de los quarenta, y una Sobrina que no llegaba á los veinte, y un mozo de campo y plaza, que así ensillaba el rocin como tomaba la podadera. Frisaba la edad de nuestro hidalgo con los cincuenta años: era de complexîon recia, seco de carnes, enxuto de rostro, gran madrugador, y amigo de la caza. Quieren decir, que tenia el sobrenombre de Quixada, ó Quesada (que en esto hay alguna diferencia en los autores que deste caso escriben) aunque por conjeturas verosímiles se dexa entender, que se llamaba Quixana. Pero esto importa poco á nuestro cuento, basta que en la narracion dél no se salga un punto de la verdad. Es pues de saber, que este sobredicho hidalgo, los ratos que estaba ocioso (que eran los mas del año) se daba á leer libros de caballerías con tanta aficion y gusto, que olvidó casi de todo punto el exercicio de la caza, y aun la administracion de su hacienda: y llegó á tanto su curiosidad y desatino en esto, que vendió muchas hanegas de tierra de sembradura, para comprar libros de caballerías en que leer: y así llevó á su casa todos quantos pudo haber dellos, y de todos, ningunos le parecian tan bien, como los que compuso el famoso Feliciano de Silva: porque la claridad de su prosa, y aquellas entricadas razones suyas, le parecian de perlas: y mas quando llegaba á leer aquellos requiebros, y cartas de desafíos, donde en muchas partes hallaba escrito: *la razon de la sinrazon que á mi razon se hace, de tal manera mi razon enflaquece, que con razon me quexo de la vuestra fermosura.* Y tambien quando leia: *los altos cielos que de vuestra divinidad divinamente con las estrellas os fortifican, y*

os hacen merecedora del merecimiento que merece la vuestra grandeza. Con estas y semejantes razones perdia el pobre caballero el juicio, y desvelábase por entenderlas y desentrañarles el sentido, que no se lo sacara, ni las entendiera el mesmo Aristóteles, si resucitara para solo ello. No estaba muy bien con las heridas que Don Belianis daba, y recebia, porque se imaginaba, que por grandes maestros que le hubiesen curado, no dexaria de tener el rostro y todo el cuerpo lleno de cicatrices y señales. Pero con todo alababa en su autor aquel acabar su libro con la promesa de aquella inacabable aventura, y muchas veces le vino deseo de tomar la pluma, y dalle fin al pie de la letra como allí se promete: y sin duda alguna lo hiciera, y aun saliera con ello, si otros mayores y continuos pensamientos no se lo estorbaran. Tuvo muchas veces competencia con el Cura de su Lugar (que era hombre docto, graduado en Sigüenza) sobre qual habia sido mejor caballero, Palmerin de Ingalaterra, ó Amadis de Gaula: mas Maese Nicolas, Barbero del mesmo pueblo, decia que ninguno llegaba al caballero del Febo, y que si alguno se le podia comparar, era Don Galaor, hermano de Amadis de Gaula, porque tenia muy acomodada condicion para todo, que no era caballero melindroso, ni tan lloron como su hermano, y que en lo de la valentía no le iba en zaga. En resolucion, él se enfrascó tanto en su letura, que se le pasaban las noches leyendo de claro en claro, y los dias de turbio en turbio: y así del poco dormir, y del mucho leer, se le secó el celebro, de manera que vino á perder el juicio. Llenósele la fantasía de todo aquello que leia en los libros, así de encan-

tamentos, como de pendencias, batallas, desafíos, heridas, requiebros, amores, tormentas, y disparates imposibles. Y asentósele de tal modo en la imaginacion que era verdad toda aquella máquina de aquellas soñadas invenciones que leia, que para él no habia otra historia mas cierta en el mundo. Decia él, que el Cid Rui Diaz habia sido muy buen caballero; pero que no tenia que ver con el caballero de la Ardiente Espada, que de solo un reves habia partido por medio dos fieros y descomunales gigantes. Mejor estaba con Bernardo del Carpio, porque en Roncesvalles habia muerto á Roldan el encantado, valiéndose de la industria de Hércules, quando ahogó á Anteon el hijo de la Tierra entre los brazos. Decia mucho bien del gigante Morgante, porque con ser de aquella generacion gigantea, que todos son soberbios y descomedidos, él solo era afable y bien criado. Pero sobre todos estaba bien con Reynaldos de Montalvan, y mas quando le veia salir de su castillo, y robar quantos topaba, y quando en Allende robó aquel ídolo de Mahoma, que era todo de oro segun dice su historia. Diera él por dar una mano de coces al traidor de Galalon, al Ama que tenia, y aun á su Sobrina de añadidura. En efeto rematado ya su juicio, vino á dar en el mas estraño pensamiento, que jamas dió loco en el mundo, y fué que le pareció convenible y necesario, así para el aumento de su honra, como para el servicio de su República hacerse caballero andante, y irse por todo el mundo con sus armas y caballo, á buscar las aventuras, y á exercitarse en todo aquello que él habia leido que los caballeros andantes se exercitaban, deshaciendo todo género de agravio, y poniéndose en ocasiones y peligros, donde



Joseph del Castillo la inventó y dibuxó. *Manuel Salvador y Carmona la grabó.*

acabándolos, cobrase eterno nombre y fama. Imaginábase el pobre ya coronado por el valor de su brazo, por lo ménos del Imperio de Trapisonda: y así con estos tan agradables pensamientos, llevado del estraño gusto que en ellos sentia, se dió priesa á poner en efeto lo que deseaba. Y lo primero que hizo, fué limpiar unas armas, que habian sido de sus bisabuelos,[4] que tomadas de orin y llenas de moho, luengos siglos habia que estaban puestas y olvidadas en un rincon. Limpiólas, y aderezólas lo mejor que pudo, pero vió que tenian una gran falta, y era que no tenian celada de encaxe, sino morrion simple: mas á esto suplió su industria, porque de cartones hizo un modo de media celada, que encaxada con el morrion, hacia una apariencia de celada entera. Es verdad, que para probar si era fuerte y podia estar al riesgo de una cuchillada, sacó su espada, y le dió dos golpes, y con el primero y en un punto deshizo lo que habia hecho en una semana: y no dexó de parecerle mal la facilidad con que la habia hecho pedazos, y por asegurarse deste peligro, la tornó á hacer de nuevo, poniéndole unas barras de hierro por de dentro, de tal manera que él quedó satisfecho de su fortaleza, y sin querer hacer nueva experiencia della, la diputó, y tuvo por celada finísima de encaxe. Fué luego á ver á su rocin, y aunque tenia mas quartos que un real, y mas tachas que el caballo de Gonela, que *tantum pellis, et ossa fuit*, le pareció que ni el Bucéfalo de Alexandro, ni Babieca el del Cid con él se igualaban. Quatro dias se le pasáron en imaginar que nombre le pondria, porque (segun se decia él á sí mismo) no era razon, que caballo de caballero tan famoso, y tan bueno él por sí, es-

tuviese sin nombre conocido, y así procuraba acomodársele, de manera que declarase quien habia sido ántes que fuese de caballero andante, y lo que era entónces: pues estaba muy puesto en razon, que mudando su señor estado, mudase él tambien el nombre, y le cobrase famoso y de estruendo, como convenia á la nueva órden, y al nuevo exercicio que ya profesaba: y así despues de muchos nombres que formó, borró, y quitó, añadió, deshizo, y tornó á hacer en su memoria é imaginacion, al fin le vino á llamar *ROCINANTE*, nombre á su parecer, alto, sonoro, y significativo de lo que habia sido quando fué rocin ántes de lo que ahora era, que era ántes y primero de todos los rocines del mundo. Puesto nombre, y tan á su gusto, á su caballo, quiso ponérsele á sí mismo, y en este pensamiento duró otros ocho dias, y al cabo se vino á llamar *DON QUIXOTE*: de donde, como queda dicho, tomáron ocasion los autores desta tan verdadera historia, que sin duda se debia llamar Quixada, y no Quesada, como otros quisiéron decir: pero acordándose, que el valeroso Amadis no solo se habia contentado con llamarse Amadis á secas, sino que añadió el nombre de su Reyno y patria, por hacerla famosa, y se llamó Amadis de Gaula, así quiso, como buen caballero, añadir al suyo el nombre de la suya, y llamarse *DON QUIXOTE DE LA MANCHA*, con que á su parecer declaraba muy al vivo su linage y patria, y la honraba con tomar el sobrenombre della. Limpias pues sus armas, hecho del morrion celada, puesto nombre á su rocin, y confirmándose á sí mismo, se dió á entender, que no le faltaba otra cosa, sino buscar una dama de quien enamorarse, porque el caballero andante

sin amores, era árbol sin hojas y sin fruto, y cuerpo sin alma. Decíase él: si yo por malos de mis pecados ó por mi buena suerte me encuentro por ahí con algun gigante, como de ordinario les acontece á los caballeros andantes, y le derribo de un encuentro, ó le parto por mitad del cuerpo, ó finalmente le venzo y le rindo ¿no será bien tener á quien embiarle presentado, y que entre, y se hinque de rodillas ante mi dulce señora, y diga con voz humilde y rendida: yo, [5] señora, soy el gigante Caraculiambro, señor de la Ínsula Malindrania, á quien venció en singular batalla el jamas como se debe alabado caballero Don Quixote de la Mancha, el qual me mandó, que me presentase ante la vuestra merced, para que la vuestra grandeza disponga de mí á su talante? ¡Ó como se holgó nuestro buen caballero, quando hubo hecho este discurso, y mas quando halló á quien dar nombre de su dama! Y fué, á lo que se cree, que en un Lugar cerca del suyo habia una moza labradora de muy buen parecer, de quien él un tiempo anduvo enamorado (aunque segun se entiende, ella jamas lo supo, ni se dió cata dello). Llamábase Aldonza Lorenzo, y á esta le pareció ser bien darle título de señora de sus pensamientos: y buscándole nombre que no desdixese mucho del suyo, y que tirase y se encaminase al de Princesa y gran señora, vino á llamarla *DULCINEA DEL TOBOSO*, porque era natural del Toboso, nombre á su parecer músico y peregrino y significativo como todos los demas, que á él y á sus cosas habia puesto.

CAPÍTULO II.

Que trata de la primera salida que de su tierra hizo el ingenioso Don Quixote.

Hechas pues estas prevenciones, no quiso aguardar mas tiempo á poner en efeto su pensamiento, apretándole á ello la falta que él pensaba que hacia en el mundo su tardanza, segun eran los agravios que pensaba deshacer, tuertos que enderezar, sinrazones que enmendar, y abusos que mejorar, y deudas que satisfacer. Y así sin dar parte á persona alguna de su intencion, y sin que nadie le viese, una mañana ántes del dia (que era uno de los calurosos del mes de Julio) se armó de todas sus armas, subió sobre Rocinante, puesta su mal compuesta celada, embrazó su adarga, tomó su lanza, y por la puerta falsa de un corral, salió al campo con grandísimo contento y alborozo de ver con quanta facilidad habia dado principio á su buen deseo: mas apénas se vió en el campo, quando le asaltó un pensamiento terrible, y tal que por poco le hiciera dexar la comenzada empresa: y fué, que le vino á la memoria, que no era armado caballero, y que conforme á la ley de la caballería, ni podia, ni debia tomar armas con ningun caballero: y puesto que lo fuera, habia de llevar armas blancas, como novel caballero, sin empresa en el escudo, hasta que por su esfuerzo la ganase. Estos pensamientos le hiciéron titubear en su propósito; mas pudiendo mas su locura que otra razon alguna, propuso de hacerse armar caballero del primero que topase, á imitacion de

otros muchos que así lo hiciéron, segun él habia leido en los libros que tal le tenian. En lo de las armas blancas pensaba limpiarlas de manera (en teniendo lugar) que lo fuesen mas que un armiño : y con esto se quietó, y prosiguió su camino sin llevar otro que el que su caballo queria, creyendo que en aquello consistia la fuerza de las aventuras. Yendo pues caminando nuestro flamante aventurero, iba hablando consigo mesmo, y diciendo : ¿quien duda, sino que en los venideros tiempos, quando salga á luz la verdadera historia de mis famosos hechos, que el sabio que los escribiere no ponga, quando llegue á contar esta mi primera salida tan de mañana, desta manera? Apénas habia el rubicundo Apolo tendido por la faz de la ancha y espaciosa tierra las doradas hebras de sus hermosos cabellos, y apénas los pequeños y pintados paxarillos con sus harpadas lenguas habian saludado con dulce y melíflua harmonía la venida de la rosada Aurora, que dexando la blanda cama del zeloso marido, por las puertas y balcones del manchego orizonte á los mortales se mostraba, quando el famoso caballero Don Quixote de la Mancha, dexando las ociosas plumas, subió sobre su famoso caballo Rocinante, y comenzó á caminar por el antiguo y conocido Campo de Montiel (y era la verdad que por él caminaba) y añadió diciendo: dichosa edad, y siglo dichoso aquel adonde saldrán á luz las famosas hazañas mias, dignas de entallarse en bronces, esculpirse en mármoles, y pintarse en tablas, para memoria en lo futuro. ¡O tú, sabio encantador, quien quiera que seas, á quien ha de tocar el ser coronista desta peregrina historia! ruégote que no te olvides de mi buen Rocinante, compa-

ñero eterno mio en todos mis caminos y carreras. Luego volvia diciendo, como si verdaderamente fuera enamorado: ¡ó Princesa Dulcinea, señora deste cautivo corazon! mucho agravio me habédes fecho en despedirme y reprocharme, con el riguroso afincamiento de mandarme no parecer ante la vuestra fermosura. Plegáos, señora, de membráros deste vuestro sujeto corazon, que tantas cuitas por vuestro amor padece. Con estos iba ensartando otros disparates, todos al modo de los que sus libros le habian enseñado, imitando en quanto podia su lenguage: y con esto caminaba tan de espacio, y el sol entraba tan apriesa y con tanto ardor, que fuera bastante á derretirle los sesos si algunos tuviera. Casi todo aquel dia caminó sin acontecerle cosa que de contar fuese, de lo qual se desesperaba, porque quisiera topar luego luego con quien hacer experiencia del valor de su fuerte brazo. Autores hay que dicen, que la primera aventura que le avino fué la del puerto Lápice, otros dicen que la de los molinos de viento: pero lo que yo he podido averiguar en este caso, y lo que he hallado escrito en los anales de la Mancha, es que él anduvo todo aquel dia, y al anochecer, su rocin y él se hallaron cansados y muertos de hambre: y que mirando á todas partes, por ver si descubriria algun castillo ó alguna majada de pastores donde recogerse, y adonde pudiese remediar su mucha necesidad, vió no léxos del camino por donde iba, una venta que fué como si viera una estrella que á los portales, si no á los alcázares de su redencion le encaminaba. Dióse priesa á caminar, y llegó á ella á tiempo que anochecia. Estaban acaso á la puerta dos mugeres mozas, destas que llaman *del partido,*

las quales iban á Sevilla con unos arrieros, que en la venta aquella noche acertáron á hacer jornada: y como á nuestro aventurero, todo quanto pensaba, veia ó imaginaba, le parecia ser hecho y pasar al modo de lo que habia leido, luego que vió la venta, se le representó que era un castillo con sus quatro torres y chapiteles de luciente plata, sin faltarle su puente levadiza, y honda cava, con todos aquellos adherentes que semejantes castillos se pintan. Fuése llegando á la venta (que á él le parecia castillo) y á poco trecho della detuvo las riendas á Rocinante, esperando que algun enano se pusiese entre las almenas á dar señal con alguna trompeta de que llegaba caballero al castillo. Pero como vió que se tardaban, y que Rocinante se daba priesa por llegar á la caballeriza, se llegó á la puerta de la venta, y vió á las dos destrahidas [6] mozas que allí estaban, que á él le pareciéron dos hermosas doncellas, ó dos graciosas damas, que delante de la puerta del castillo se estaban solazando. En esto sucedió acaso que un porquero que andaba recogiendo de unos rastrojos una manada de puercos (que sin perdon así se llaman) tocó un cuerno, á cuya señal ellos se recogen, y al instante se le representó á Don Quixote lo que deseaba, que era que algun enano hacia señal de su venida: y así con estraño contento llegó á la venta, y á las damas: las quales como viéron venir un hombre de aquella suerte armado, y con lanza y adarga, llenas de miedo se iban á entrar en la venta: pero Don Quixote, coligiendo por su huida su miedo, alzándose la visera de papelon, y descubriendo su seco y polvoroso rostro, con gentil talante y voz reposada les dixo: non fuyan las vuestras mercedes, nin

teman desaguisado alguno, ca á la órden de caballería que profeso, non toca ni atañe facerle á ninguno, quanto mas á tan altas doncellas como vuestras presencias demuestran. Mirábanle las mozas, y andaban con los ojos buscándole el rostro que la mala visera le encubria, mas como se oyéron llamar doncellas, cosa tan fuera de su profesion, no pudiéron tener la risa, y fué de manera que Don Quixote vino á correrse, y á decirles: bien parece la mesura en las fermosas, y es mucha sandez ademas la risa que de leve causa procede; pero non vos lo digo porque os acuitédes, ni mostrédes mal talante, que el mio non es de al que de serviros. El lenguage no entendido de las señoras, y el mal talle de nuestro caballero, acrecentaba en ellas la risa, y en él el enojo, y pasara muy adelante, si á aquel punto no saliera el Ventero, hombre que por ser muy gordo era muy pacífico, el qual viendo aquella figura contrahecha, armada de armas tan desiguales, como eran la brida, lanza, adarga y coselete, no estuvo en nada en acompañar á las doncellas en las muestras de su contento. Mas en efeto, temiendo la máquina de tantos pertrechos, determinó de hablarle comedidamente, y así le dixo: si vuestra merced, señor caballero, busca posada, amen del lecho (porque en esta venta no hay ninguno) todo lo demas se hallará en ella en mucha abundancia. Viendo Don Quixote la humildad del Alcayde de la fortaleza (que tal le pareció á él el Ventero y la venta) respondió: para mí, señor Castellano, qualquiera cosa basta, porque mis arreos son las armas, mi descanso el pelear &c. Pensó el huésped, que el haberle llamado Castellano habia sido por haberle parecido de los sanos de

Castilla, aunque él era Andaluz, y de los de la playa de Sanlucar, no ménos ladron que Caco, ni ménos maleante que estudiante ó page. Y así le respondió: segun eso, las camas de vuestra merced serán duras peñas, y su dormir siempre velar: y siendo así, bien se puede apear con seguridad de hallar en esta choza ocasion y ocasiones para no dormir en todo un año, quanto mas en una noche. Y diciendo esto, fué á tener del estribo á Don Quixote, el qual se apeó con mucha dificultad y trabajo, como aquel que en todo aquel dia no se habia desayunado. Dixo luego al huésped que le tuviese mucho cuidado de su caballo, porque era la mejor pieza que comia pan en el mundo. Miróle el Ventero, y no le pareció tan bueno como Don Quixote decia, ni aun la mitad: y acomodándole en la caballeriza, volvió á ver lo que su huésped mandaba, al qual estaban desarmando las doncellas (que ya se habian reconciliado con él) las quales, aunque le habian quitado el peto y el espaldar, jamas supiéron ni pudiéron desencaxarle la gola, ni quitarle la contrahecha celada que traia atada con unas cintas verdes, y era menester cortarlas, por no poderse quitar los ñudos, mas él no lo quiso consentir en ninguna manera: y así se quedó toda aquella noche con la celada puesta, que era la mas graciosa y estraña figura que se pudiera pensar: y al desarmarle (como él se imaginaba que aquellas traidas y llevadas que le desarmaban, eran algunas principales señoras y damas de aquel castillo) les dixo con mucho donayre:

Nunca fuera caballero
de damas tan bien servido,
como fuera Don Quixote

quando de su aldea vino.
Doncellas curaban dél,
Princesas de su Rocino,

ó Rocinante, que este es el nombre, señoras mias, de mi caballo, y Don Quixote de la Mancha el mio: que puesto que no quisiera descubrirme fasta que las fazañas fechas en vuestro servicio y pro me descubrieran, la fuerza de acomodar al propósito presente este romance viejo de Lanzarote, ha sido causa que sepais mi nombre ántes de toda sazon: pero tiempo vendrá en que las vuestras señorías me manden, y yo obedezca, y el valor de mi brazo descubra el deseo que tengo de serviros. Las mozas que no estaban hechas á oir semejantes retóricas, no respondian palabra, solo le preguntáron si queria comer alguna cosa. Qualquiera yantaria yo, respondió Don Quixote, porque á lo que entiendo me haria mucho al caso. A dicha acertó á ser viernes aquel dia, y no habia en toda la venta sino unas raciones de un pescado, que en Castilla llaman abadejo, y en Andalucia bacallao, y en otras partes curadillo, y en otras truchuela. Preguntáronle si por ventura comeria su merced truchuela, que no habia otro pescado que darle á comer. Como haya muchas truchuelas, respondió Don Quixote, podrán servir de una trucha, porque eso se me da que me dén ocho reales en sencillos, que una pieza de á ocho. Quanto mas, que podria ser que fuesen estas truchuelas como la ternera, que es mejor que la vaca, y el cabrito que el cabron. Pero sea lo que fuere, venga luego, que el trabajo y peso de las armas no se puede llevar sin el gobierno de las tripas. Pusiéronle la mesa á la puerta de la venta por el fresco, y trúxole el

huésped una porcion del mal remojado y peor cocido bacallao, y un pan tan negro y mugriento como sus armas: pero era materia de grande risa verle comer, porque como tenia puesta la celada, y alzada la visera, no podia poner nada en la boca con sus manos, si otro no se lo daba y ponia, y así una de aquellas señoras servia deste menester: mas al darle de beber no fué posible, ni lo fuera si el Ventero no horadara una caña, y puesto el un cabo en la boca, por el otro le iba echando el vino: y todo esto lo recebia en paciencia, á trueco de no romper las cintas de la celada. Estando en esto, llegó acaso á la venta un castrador de puercos, y así como llegó sonó su silvato de cañas quatro ó cinco veces, con lo qual acabó de confirmar Don Quixote que estaba en algun famoso castillo, y que le servian con música, y que el abadejo eran truchas, el pan[7] candeal, y las rameras damas, y el Ventero Castellano del castillo, y con esto daba por bien empleada su determinacion y salida. Mas lo que mas le fatigaba era el no verse armado caballero, por parecerle que no se podria poner legítimamente en aventura alguna sin recebir la órden de caballería.

CAPÍTULO III.

Donde se cuenta la graciosa manera que tuvo Don Quixote en armarse caballero.

Y así fatigado deste pensamiento, abrevió su venteril y limitada cena, la qual acabada, llamó al Ventero, y encerrándose con él en la caballeriza, se hincó de rodillas ante él, diciéndole: no me levantaré jamas de donde es-

toy, valeroso caballero, fasta que la vuestra cortesía me otorgue un don que pedirle quiero, el qual redundará en alabanza vuestra, y en pro del género humano. El Ventero que vió á su huésped á sus pies, y oyó semejantes razones, estaba confuso, mirándole sin saber que hacerse ni decirle, y porfiaba con él que se levantase, y jamas quiso, hasta que le hubo de decir que él le otorgaba el don que le pedia. No esperaba yo ménos de la gran magnificencia vuestra, señor mio, respondió Don Quixote: y así os digo, que el don que os he pedido y de vuestra liberalidad me ha sido otorgado, es que mañana en aquel dia me habeis de armar caballero, y esta noche en la capilla deste vuestro castillo velaré las armas, y mañana, como tengo dicho, se cumplirá lo que tanto deseo, para poder, como se debe, ir por todas las quatro partes del mundo, buscando las aventuras en pro de los menesterosos, como está á cargo de la caballería, y de los caballeros andantes como yo soy, cuyo deseo á semejantes fazañas es inclinado. El Ventero que, como está dicho, era un poco socarron, y ya tenia algunos barruntos de la falta de juicio de su huésped, acabó de creerlo quando acabó de oir semejantes razones, y por tener que reir aquella noche, determinó de seguirle el humor, y así le dixo, que andaba muy acertado en lo que deseaba y pedia, y que tal prosupuesto era propio y natural de los caballeros tan principales como él parecia, y como su gallarda presencia mostraba, y que él ansimesmo en los años de su mocedad se habia dado á aquel honroso exercicio, andando por diversas partes del mundo buscando sus aventuras, sin que hubiese dexado los percheles de Málaga, islas de Riaran, compas de Sevi-

lla, azoguejo de Segovia, la olivera de Valencia, rondilla de Granada, playa de Sanlucar, potro de Córdova, y las ventillas de Toledo, y otras diversas partes donde habia exercitado la ligereza de sus pies, y sutileza de sus manos, haciendo muchos tuertos, requestando muchas viudas, deshaciendo algunas doncellas, y engañando á muchos pupilos, y finalmente dándose á conocer por quantas audiencias y tribunales hay casi en toda España: y que á lo último se habia venido á recoger á aquel su castillo, donde vivia con su hacienda, y con las agenas, recogiendo en él á todos los caballeros andantes de qualquiera calidad y condicion que fuesen, solo por la mucha aficion que les tenia, y porque partiesen con él de sus haberes en pago de su buen deseo. Díxole tambien, que en aquel su castillo no habia capilla alguna, donde poder velar las armas, porque estaba derribada para hacerla de nuevo: pero en caso de necesidad, él sabia que se podian velar donde quiera, y que aquella noche las podria velar en un patio del castillo, que á la mañana, siendo Dios servido, se harian las debidas ceremonias, de manera que él quedase armado caballero, y tan caballero, que no pudiese ser mas en el mundo. Preguntóle si traia dineros: respondió Don Quixote que no traia blanca, porque él nunca habia leido en las historias de los caballeros andantes que ninguno los hubiese traido. A esto dixo el Ventero que se engañaba, que puesto caso que en las historias no se escribia, por haberles parecido á los autores dellas que no era menester escribir una cosa tan clara, y tan necesaria de traerse, como eran dineros y camisas limpias, no por eso se habia de creer que no los truxéron: y así tuviese por cier-

to y averiguado, que todos los caballeros andantes (de que tantos libros están llenos y atestados) llevaban bien herradas las bolsas por lo que pudiese sucederles, y que asimesmo llevaban camisas, y una arqueta pequeña llena de ungüentos para curar las heridas que recebian, porque no todas veces en los campos y desiertos donde se combatian y salian heridos, habia quien los curase, si ya no era que tenian algun sabio encantador por amigo, que luego los socorria, trayendo por el ayre en alguna nube alguna doncella ó enano con alguna redoma de agua de tal virtud, que en gustando alguna gota della, luego al punto quedaban sanos de sus llagas y heridas, como si mal alguno no hubiesen tenido: mas que en tanto que esto no hubiese, tuviéron los pasados caballeros por cosa acertada, que sus escuderos fuesen proveidos de dineros, y de otras cosas necesarias, como eran hilas y ungüentos para curarse: y quando sucedia, que los tales caballeros no tenian escuderos (que eran pocas y raras veces) ellos mesmos lo llevaban todo en unas alforjas muy sutiles, que casi no se parecian, á las ancas del caballo, como que era otra cosa de mas importancia: porque no siendo por ocasion semejante, esto de llevar alforjas, no fué muy admitido entre los caballeros andantes: y por esto le daba por consejo (pues aun se lo podia mandar como á su ahijado que tan presto lo habia de ser) que no caminase de allí adelante sin dineros, y sin las prevenciones referidas, y que veria quan bien se hallaba con ellas, quando ménos se pensase. Prometióle Don Quixote de hacer lo que se le aconsejaba, con toda puntualidad: y así se dió luego órden como velase las armas en un corral grande que á un lado de la ven-

ta estaba, y recogiéndolas Don Quixote todas, las puso sobre una pila que junto á un pozo estaba, y embrazando su adarga, asió de su lanza, y con gentil continente se comenzó á pasear delante de la pila, y quando comenzó el paseo, comenzaba á cerrar la noche. Contó el Ventero á todos quantos estaban en la venta, la locura de su huésped, la vela de las armas, y la armazon de caballería que esperaba. Admiráronse [8] de tan estraño género de locura, y fuéronselo á mirar desde léxos, y viéron que con sosegado ademan unas veces se paseaba, otras arrimado á su lanza, ponia los ojos en las armas, sin quitarlos por un buen espacio de ellas. Acabó de cerrar la noche, pero [9] con tanta claridad de la luna, que podia competir con el que se la prestaba, de manera que quanto el novel caballero hacia era bien visto de todos. Antojósele en esto á uno de los arrieros que estaban en la venta, ir á dar agua á su recua, y fué menester quitar las armas de Don Quixote, que estaban sobre la pila, el qual viéndole llegar, en voz alta le dixo: ó tú quien quiera que seas, atrevido caballero, que llegas á tocar las armas del mas valeroso andante que jamas se ciñó espada, mira lo que haces, y no las toques, si no quieres dexar la vida en pago de tu atrevimiento. No se curó el arriero destas razones (y fuera mejor que se curara, porque fuera curarse en salud) ántes travando de las correas, las arrojó gran trecho de sí. Lo qual visto por Don Quixote, alzó los ojos al cielo, y puesto el pensamiento (á lo que pareció) en su señora Dulcinea, dixo: acorredme, señora mia, en esta primera afrenta, que á este vuestro avasallado pecho se le ofrece: no me desfallezca en este primero trance vuestro favor

y amparo: y diciendo estas y otras semejantes razones, soltando la adarga, alzó la lanza á dos manos, y dió con ella tan gran golpe al arriero en la cabeza, que le derribó en el suelo tan mal trecho, que si segundara con otro, no tuviera necesidad de maestro que le curara. Hecho esto, recogió sus armas, y tornó á pasearse con el mismo reposo que primero. Desde allí á poco, sin saberse lo que habia pasado (porque aun estaba aturdido el arriero) llegó otro con la mesma intencion de dar agua á sus mulos, y llegando á quitar las armas para desembarazar la pila, sin hablar Don Quixote palabra, y sin pedir favor á nadie, soltó otra vez la adarga, y alzó otra vez la lanza, y sin hacerla pedazos, hizo mas de tres la cabeza del segundo arriero, porque se la abrió por quatro. Al ruido acudió toda la gente de la venta, y entre ellos el Ventero. Viendo esto Don Quixote, embrazó su adarga, y puesta mano á su espada, dixo: ó señora de la fermosura, esfuerzo y vigor del debilitado corazon mio, ahora es tiempo que vuelvas los ojos de tu grandeza á este tu cautivo caballero, que tamaña aventura está atendiendo. Con esto cobró á su parecer tanto ánimo, que si le acometieran todos los arrieros del mundo, no volviera el pie atras. Los compañeros de los heridos que tales los viéron, comenzáron desde léxos á llover piedras sobre Don Quixote, el qual lo mejor que podia se reparaba con su adarga, y no se osaba apartar de la pila, por no desamparar las armas. El Ventero daba voces que le dexasen, porque ya les habia dicho como era loco, y que por loco se libraria, aunque los matase á todos. Tambien Don Quixote las daba mayores, llamándolos de alevosos y traydores, y que el señor del castillo era un follon y mal

nacido caballero, pues de tal manera consentia, que se tratasen los andantes caballeros, y que si él hubiera recebido la órden de caballería, que él le diera á entender su alevosía; pero de vosotros, soez y baxa canalla, no hago caso alguno: tirad, llegad, venid, ofendedme en quanto pudiéredes, que vosotros veréis el pago que llevais de vuestra sandez y demasía. Decia esto con tanto brío y denuedo, que infundió un terrible temor en los que le acometian: y así por esto, como por las persuasiones del Ventero le dexáron de tirar; y él dexó retirar á los heridos, y tornó á la vela de sus armas con la misma quietud y sosiego que primero. No le pareciéron bien al Ventero las burlas de su huésped, y determinó abreviar y darle la negra órden de caballería luego, ántes que otra desgracia sucediese: y así llegándose á él, se desculpó de la insolencia que aquella gente baxa con él habia usado, sin que él supiese cosa alguna; pero que bien castigados quedaban de su atrevimiento. Díxole como ya le habia dicho, que en aquel castillo no habia capilla, y para lo que restaba de hacer, tampoco era necesaria: que todo el toque de quedar armado caballero consistia en la pescozada, y en el espaldarazo, segun él tenia noticia del ceremonial de la órden, y que aquello en mitad de un campo se podia hacer: y que ya habia cumplido con lo que tocaba al velar de las armas, que con solas dos horas de vela se cumplia, quanto mas, que él habia estado mas de quatro. Todo se lo creyó Don Quixote, y dixo que él estaba allí pronto para obedecerle, y que concluyese con la mayor brevedad que pudiese: porque si fuese otra vez acometido, y se viese armado caballero, no pensaba dexar persona viva en

el castillo , eceto aquellas que él le mandase , á quien por su respeto dexaria. Advertido y medroso desto el Castellano , truxo luego un libro donde asentaba la paja y cebada que daba á los arrieros, y con un cabo de vela que le traia un muchacho , y con las dos ya dichas doncellas , se vino adonde Don Quixote estaba, al qual mandó hincar de rodillas , y leyendo en su manual, como que decia alguna devota oracion , en mitad de la leyenda alzó la mano, y dióle sobre el cuello un buen [10] golpe , y tras él con su mesma espada un gentil espaldarazo (siempre murmurando entre dientes, como que rezaba). Hecho esto , mandó á una de aquellas damas , que le ciñesen la espada , la qual lo hizo con mucha desenvoltura y discrecion , porque no fué menester poca para no reventar de risa á cada punto de las ceremonias: pero las proezas que ya habian visto del novel caballero , les tenia la risa á raya. Al ceñirle la espada , dixo la buena señora : Dios haga á vuestra merced muy venturoso caballero , y le dé ventura en lides. Don Quixote le preguntó como se llamaba , porque él supiese de allí adelante á quien quedaba obligado por la merced recebida , porque pensaba darle alguna parte de la honra que alcanzase por el valor de su brazo. Ella respondió con mucha humildad , que se llamaba la Tolosa , y que era hija de un remendon natural de Toledo que vivia á las tendillas de Sanchobienaya , y que donde quiera que ella estuviese le serviria , y le tendria por señor. Don Quixote le replicó , que por su amor le hiciese merced , que de allí adelante se pusiese Don , y se llamase Doña Tolosa. Ella se lo prometió , y la otra le calzó la espuela , con la qual le pasó casi el mismo colo-



Joseph del Castillo la inventó y dibuxó. Geronimo A.º Gil la grabó.

quio, que con la de la espada. Preguntóle su nombre, y dixo que se llamaba la Molinera, y que era hija de un honrado molinero de Antequera, á la qual tambien rogó Don Quixote, que se pusiese Don, y se llamase Doña Molinera, ofreciéndole nuevos servicios y mercedes. Hechas pues de galope y apriesa las hasta allí nunca vistas ceremonias, no vió la hora Don Quixote de verse á caballo, y salir buscando las aventuras: y ensillando luego á Rocinante, subió en él, y abrazando á su huésped, le dixo cosas tan estrañas, agradeciéndole la merced de haberle armado caballero, que no es posible acertar á referirlas. El Ventero por verle ya fuera de la venta, con no ménos retóricas, aunque con mas breves palabras, respondió á las suyas, y sin pedirle la costa de la posada, le dexó ir á la buena hora.

CAPÍTULO IV.

De lo que le sucedió á nuestro caballero quando salió de la venta.

La del alva seria, quando Don Quixote salió de la venta tan contento, tan gallardo, tan alborozado, por verse ya armado caballero, que el gozo le reventaba por las cinchas del caballo. Mas viniéndole á la memoria los consejos de su huésped cerca de las prevenciones tan necesarias, que habia de llevar consigo, especial la de los dineros y camisas, determinó volver á su casa, y acomodarse de todo, y de un escudero, haciendo cuenta de recebir á un labrador vecino suyo, que era pobre, y con hijos; pero muy á propósito para el oficio escuderil de la caballería. Con este pensamiento

guió á Rocinante hácia su aldea, el qual casi conociendo la querencia, con tanta gana comenzó á caminar, que parecia que no ponia los pies en el suelo. No habia andado mucho, quando le pareció que á su diestra mano, de la espesura de un bosque que allí estaba, salian unas voces delicadas como de persona que se quexaba. Y apénas las hubo oido, quando dixo: gracias doy al cielo por la merced que me hace, pues tan presto me pone ocasiones delante, donde yo pueda cumplir con lo que debo á mi profesion, y donde pueda coger el fruto de mis buenos deseos: estas voces sin duda son de algun menesteroso ó menesterosa que ha menester mi favor y ayuda: y volviendo las riendas, encaminó á Rocinante hácia donde le pareció que las voces salian. Y á pocos pasos que entró por el bosque vió atada una yegua á una encina, y atado en otra un muchacho, desnudo de medio cuerpo arriba, hasta de edad de quince años, que era el que las voces daba, y no sin causa, porque le estaba dando con una pretina muchos azotes un labrador de buen talle, y cada azote le acompañaba con una reprehension y consejo, porque decia: la lengua queda, y los ojos listos. Y el muchacho respondia: no lo haré otra vez, señor mio: por la pasion de Dios, que no lo haré otra vez, y yo prometo de tener de aquí adelante mas cuidado con el hato. Y viendo Don Quixote lo que pasaba, con voz ayrada dixo: descortes caballero, mal parece tomaros con quien defender no se puede: subid sobre vuestro caballo, y tomad vuestra lanza, (que tambien tenia una lanza arrimada á la encina, adonde estaba arrendada la yegua) que yo os haré conocer ser de cobardes lo que estais ha-

ciendo. El labrador que vió sobre sí aquella figura llena de armas, blandiendo la lanza sobre su rostro, túvose por muerto, y con buenas palabras respondió: señor caballero, este muchacho que estoy castigando, es un mi criado que me sirve de guardar una manada de ovejas que tengo en estos contornos, el qual es tan descuidado, que cada dia me falta una, y porque castigo su descuido ó bellaquería, dice que lo hago de miserable, por no pagalle la soldada que le debo, y en Dios y en mi ánima que miente. ¿Miente, delante de mí, ruin villano? dixo Don Quixote. Por el sol que nos alumbra, que estoy por pasaros de parte á parte con esta lanza: pagalde luego sin mas réplica, si no, por el Dios que nos rige, que os concluya y aniquile en este punto: desataldo luego. El labrador baxó la cabeza, y sin responder palabra, desató á su criado: al qual preguntó Don Quixote que quanto le debia su amo: él dixo que nueve meses á siete reales cada mes: hizo la cuenta Don Quixote, y halló que montaban sesenta y tres reales, y díxole al labrador que al momento los desembolsase, si no queria morir por ello. Respondió el medroso villano, que por el paso en que estaba, y juramento que habia hecho (y aun no habia jurado nada) que no eran tantos, porque se le habian de descontar y recebir en cuenta tres pares de zapatos que le habia dado, y un real de dos sangrías que le habian hecho estando enfermo. Bien está todo eso, replicó Don Quixote, pero quédense los zapatos y las sangrías por los azotes que sin culpa le habeis dado, que si él rompió el cuero de los zapatos que vos pagastes, vos le habeis rompido el de su cuerpo, y si le sacó el barbero sangre estando enfermo, vos en

sanidad se la habeis sacado : así que por esta parte no os debe nada. El daño está, señor caballero, en que no tengo aquí dineros : véngase Andres conmigo á mi casa, que yo se los pagaré un real sobre otro. ¿Irme yo con él, dixo el muchacho, mas? ¡mal año! no señor, ni por pienso, porque en viéndose solo me desollará como á un San Bartolomé. No hará tal, replicó Don Quixote, basta que yo se lo mande para que me tenga respeto, y con que él me lo jure por la ley de caballería que ha recebido, le dexaré ir libre, y aseguraré la paga. Mire vuestra merced, señor, lo que dice, dixo el muchacho, que este mi amo no es caballero, ni ha recebido órden de caballería alguna, que es Juan Haldudo el rico, el vecino del Quintanar. Importa poco eso, respondió Don Quixote, que Haldudos puede haber caballeros, quanto mas que cada uno es hijo de sus obras. Así es verdad, dixo Andres ¿pero este mi amo de que obras es hijo, pues me niega mi soldada y mi sudor y trabajo? No niego, hermano Andres, respondió el labrador, y hacedme placer de veniros conmigo, que yo juro por todas las órdenes que de caballerías hay en el mundo, de pagaros como tengo dicho, un real sobre otro, y aun sahumados. Del sahumerio os hago gracia, dixo Don Quixote, dádselos en reales, que con eso me contento : y mirad que lo cumplais como lo habeis jurado, si no, por el mismo juramento os juro de volver á buscaros, y á castigaros, y que os tengo de hallar aunque os escondais mas que una lagartija. Y si quereis saber quien os manda esto para quedar con mas véras obligado á cumplirlo, sabed que yo soy el valeroso Don Quixote de la Mancha, el desfacedor de agra-

vios y sinrazones, y á Dios quedad, y no se os parta de las mientes lo prometido y jurado, sopena de la pena pronunciada. Y en diciendo esto picó á su Rocinante, y en breve espacio se apartó dellos. Siguióle el labrador con los ojos, y quando vió que habia traspuesto del bosque, y que ya no parecia, volvióse á su criado Andres, y díxole: venid acá, hijo mio, que os quiero pagar lo que os debo, como aquel deshacedor de agravios me dexó mandado. Eso juro yo, dixo Andres, y como que andará vuestra merced acertado en cumplir el mandamiento de aquel buen caballero, que mil años viva, que segun es de valeroso y de buen juez, vive Roque, que si no me paga, que vuelva y execute lo que dixo. Tambien lo juro yo, dixo el labrador; pero por lo mucho que os quiero, quiero acrecentar la deuda por acrecentar la paga. Y asiéndole del brazo, le tornó á atar á la encina, donde le dió tantos azotes que le dexó por muerto. Llamad, señor Andres, ahora, decia el labrador, al desfacedor de agravios, veréis como no desface aqueste, aunque creo que no está acabado de hacer, porque me viene gana de desollaros vivo, como vos temíades: pero al fin le desató, y le dió licencia que fuese á buscar á su juez, para que executase la pronunciada sentencia. Andres se partió algo mohino, jurando de ir á buscar al valeroso Don Quixote de la Mancha, y contarle punto por punto lo que habia pasado, y que se lo habia de pagar con las setenas. Pero con todo esto él se partió llorando, y su amo se quedó riendo: y desta manera deshizo el agravio el valeroso Don Quixote, el qual contentísimo de lo sucedido, pareciéndole que habia dado felicísimo y alto principio á sus caballerías, con gran

satisfacion de sí mismo iba caminando hácia su aldea, diciendo á media voz: bien te puedes llamar dichosa sobre quantas hoy viven en la tierra, ó sobre las bellas bella Dulcinea del Toboso, pues te cupo en suerte tener sujeto y rendido á toda tu voluntad é talante, á un tan valiente y tan nombrado caballero, como lo es y será Don Quixote de la Mancha, el qual, como todo el mundo sabe, ayer recibió la órden de caballería, y hoy ha desfecho el mayor tuerto y agravio que formó la sinrazon y cometió la crueldad. Hoy quitó el látigo de la mano á aquel desapiadado enemigo, que tan sin ocasion vapulaba á aquel delicado infante. En esto llegó á un camino, que en quatro se dividia, y luego se le vino á la imaginacion las encrucijadas, donde los caballeros andantes se ponian á pensar qual camino de aquellos tomarian: y por imitarlos estuvo un rato quedo, y al cabo de haberlo muy bien pensado, soltó la rienda á Rocinante, dexando á la voluntad del rocin la suya, el qual siguió su primer intento, que fué el irse camino de su caballeriza. Y habiendo andado como dos millas, descubrió Don Quixote un grande tropel de gente, que como despues se supo, eran unos mercaderes toledanos, que iban á comprar seda á Murcia. Eran seis, y venian con sus quitasoles, con otros quatro criados á caballo, y tres mozos de mulas á pie. Apénas los divisó Don Quixote, quando se imaginó ser cosa de nueva aventura, y por imitar en todo quanto á él le parecia posible los pasos que habia leido en sus libros, le pareció venir allí de molde uno que pensaba hacer. Y así, con gentil continente y denuedo, se afirmó bien en los estribos, apretó la lanza, llegó la adarga al pecho, y puesto en la mi-

tad del camino, estuvo esperando que aquellos caballeros andantes llegasen (que ya él por tales los tenia y juzgaba) y quando llegáron á trecho que se pudiéron ver y oir, levantó Don Quixote la voz, y con ademan arrogante dixo: todo el mundo se tenga, si todo el mundo no confiesa que no hay en el mundo todo doncella mas hermosa que la Emperatriz de la Mancha, la sin par Dulcinea del Toboso. Paráronse los mercaderes al son de estas razones, y á ver la estraña figura del que las decia: y por la figura y por ellas luego echáron de ver la locura de su dueño, mas quisiéron ver despacio en que paraba aquella confesion que se les pedia, y uno dellos, que era un poco burlon y muy mucho discreto le dixo: señor caballero, nosotros no conocemos quien es esa buena señora que decis, mostrádnosla, que si ella fuere de tanta hermosura como significais", de buena gana y sin apremio alguno confesarémos la verdad que por parte vuestra nos es pedida. Si os la mostrara, replicó Don Quixote ¿que hiciérades vosotros en confesar una verdad tan notoria? La importancia está en que sin verla lo habeis de creer, confesar, afirmar, jurar y defender: donde no, conmigo sois en batalla, gente descomunal y soberbia: que ahora vengais uno á uno, como pide la órden de caballería, ora todos juntos, como es costumbre y mala usanza de los de vuestra ralea, aquí os aguardo y espero, confiado en la razon que de mi parte tengo. Señor caballero, replicó el mercader, suplico á vuestra merced en nombre de todos estos Príncipes que aquí estámos, que porque no encarguemos nuestras conciencias, confesando una cosa por nosotros jamas vista ni oida, y mas siendo tan

en perjuicio de las Emperatrices y Reynas del Alcarria y Estremadura, que vuestra merced sea servido de mostrarnos algun retrato de esa señora, aunque sea tamaño como un grano de trigo, que por el hilo se sacará el ovillo, y quedarémos con esto satisfechos y seguros, y vuestra merced quedará contento y pagado: y aun creo que estámos ya tan de su parte, que aunque su retrato nos muestre que es tuerta de un ojo, y que del otro le mana bermellon y piedra azufre, con todo eso, por complacer á vuestra merced, dirémos en su favor todo lo que quisiere. No le mana, canalla infame, respondió Don Quixote encendido en cólera, no le mana, digo, eso que dices; sino ámbar y algalia entre algodones, y no es tuerta ni corcobada, sino mas derecha que un huso de Guadarrama: pero vosotros pagaréis la grande blasfemia que habeis dicho contra tamaña beldad como es la de mi señora. Y en diciendo esto, arremetió con la lanza baxa contra el que lo habia dicho, con tanta furia y enojo, que si la buena suerte no hiciera que en la mitad del camino tropezara y cayera Rocinante, lo pasara mal el atrevido mercader. Cayó Rocinante y fué rodando su amo una buena pieza por el campo, y queriéndose levantar, jamas pudo: tal embarazo le causaban la lanza, adarga, espuelas y celada, con el peso de las antiguas armas. Y entretanto que pugnaba por levantarse y no podia, estaba diciendo: non fuyais, gente cobarde, gente cautiva, atended que no por culpa mia, sino de mi caballo estoy aquí tendido. Un mozo de mulas de los que allí venian, que no debia de ser muy bien intencionado, oyendo decir al pobre caido tantas arrogancias, no lo pudo sufrir sin darle la

respuesta en las costillas. Y llegándose á él tomó la lanza, y despues de haberla hecho pedazos, con uno dellos comenzó á dar á nuestro Don Quixote tantos palos, que á despecho y pesar de sus armas, le molió como cibera. Dábanle voces sus amos, que no le diese tanto, y que le dexase, pero estaba ya el mozo picado, y no quiso dexar el juego hasta embidar todo el resto de su cólera, y acudiendo por los demas trozos de la lanza, los acabó de deshacer sobre el miserable caido, que con toda aquella tempestad de palos que sobre él[12] via, no cerraba la boca, amenazando al cielo y á la tierra, y á los malandrines, que tal le parecian. Cansóse el mozo, y los mercaderes siguiéron su camino, llevando que contar en todo él del pobre apaleado, el qual despues que se vió solo, tornó á probar si podia levantarse: pero si no lo pudo hacer quando sano y bueno ¿como lo haria molido y casi deshecho? Y aun se tenia por dichoso, pareciéndole que aquella era propia desgracia de caballeros andantes, y toda la atribuia á la falta de su caballo, y no era posible levantarse, segun tenia brumado todo el cuerpo.

CAPÍTULO V.

Donde se prosigue la narracion de la desgracia de nuestro caballero.

Viendo pues que en efeto no podia menearse, acordó de acogerse á su ordinario remedio, que era pensar en algun paso de sus libros, y trúxole su cólera á la memoria aquel de Valdovinos y del Marques de Mantua, quando Carloto le dexó herido en la montaña (historia sabida de los niños, no ignorada de los mozos, celebrada y

aun creida de los viejos, y con todo esto, no mas verdadera que los milagros de Mahoma). Esta pues le pareció á él que le venia de molde para el paso en que se hallaba, y así con muestras de grande sentimiento, se comenzó á volcar por la tierra, y á decir con debilitado aliento lo mesmo que dicen decia el herido caballero del bosque:

¿Donde estás, señora mia,
que no te duele mi mal?
Ó no lo sabes, señora,
ó eres falsa y desleal.

Y desta manera fué prosiguiendo el romance, hasta aquellos versos que dicen:

Ó noble Marques de Mantua
mi tio y señor carnal.

Y quiso la suerte, que quando llegó á este verso, acertó á pasar por allí un labrador de su mesmo lugar, y vecino suyo, que venia de llevar una carga de trigo al molino: el qual viendo aquel hombre allí tendido, se llegó á él, y le preguntó que quien era, y que mal sentia, que tan tristemente se quexaba. Don Quixote creyó sin duda, que aquel era el Marques de Mantua su tio, y así no le respondió otra cosa, sino fué proseguir en su romance, donde le daba cuenta de su desgracia y de los amores del hijo del Emperante con su esposa, todo de la mesma manera que el romance lo canta. El labrador estaba admirado, oyendo aquellos disparates, y quitándole la visera, que ya estaba hecha pedazos de los palos, le limpió el rostro, que lo tenia lleno de polvo. Y apénas le hubo limpiado, quando le conoció y le dixo: señor Quixada (que así se debia de llamar quando él tenia juicio, y no habia pasado de hidalgo sosegado

á caballero andante) ¿quien ha puesto á vuestra merced desta suerte? pero él seguia con su romance á quanto le preguntaba. Viendo esto el buen hombre, lo mejor que pudo le quitó el peto y espaldar, para ver si tenia alguna herida, pero no vió sangre ni señal alguna. Procuró levantarle del suelo, y no con poco trabajo le subió sobre su jumento, por parecerle caballería mas sosegada. Recogió las armas, hasta las hastillas de la lanza, y liólas sobre Rocinante, al qual tomó de la rienda, y del cabestro al asno, y se encaminó hácia su pueblo, bien pensativo de oir los disparates que Don Quixote decia, y no ménos iba Don Quixote, que de puro molido y quebrantado no se podia tener en el borrico, y de quando en quando daba unos [13] suspiros que los ponia en el cielo, de modo que de nuevo obligó á que el labrador le preguntase, le dixese que mal sentia, y no parece sino que el diablo le traia á la memoria los cuentos acomodados á sus sucesos, porque en aquel punto, olvidándose de Valdovinos, se acordó del Moro Abindarraez, quando el Alcayde de Antequera Rodrigo de Narvaez le prendió, y llevó cautivo á su Alcaydía. De suerte que quando el labrador le volvió á preguntar que como estaba, y que sentia, le respondió las mesmas palabras y razones que el cautivo Abencerraje respondia á Rodrigo de Narvaez, del mesmo modo que él habia leido la historia en la Diana de Jorge de Montemayor, donde se escribe: aprovechándose della tan de propósito, que el labrador se iba dando al diablo de oir tanta máquina de necedades. Por donde conoció, que su vecino estaba loco, y dábale priesa á llegar al pueblo, por escusar el enfado que Don Quixote le causaba con

su larga arenga. Al cabo de lo qual dixo : sepa vuestra merced, señor Don Rodrigo de Narvaez, que esta hermosa Xarifa que he dicho, es ahora la linda Dulcinea del Toboso, por quien yo he hecho, hago y haré los mas famosos hechos de caballerías que se han visto, vean, ni verán en el mundo. A esto respondió el labrador: mire vuestra merced, señor ¡pecador de mí! que yo no soy Don Rodrigo de Narvaez, ni el Marques de Mantua, sino Pedro Alonso su vecino, ni vuestra merced es Valdovinos, ni Abindarraez, sino el honrado hidalgo del señor Quixada. Yo sé quien soy, respondió Don Quixote, y sé que puedo ser no solo los que he dicho, sino todos los doce Pares de Francia, y aun todos los nueve de la fama, pues á todas las hazañas, que ellos todos juntos y cada uno de por sí hiciéron, se aventajarán las mias. En estas pláticas y en otras semejantes, llegáron al Lugar á la hora que anochecia; pero el labrador aguardó á que fuese algo mas noche, porque no viesen al molido hidalgo tan mal caballero. Llegada pues la hora que le pareció, entró en el pueblo, y en casa de Don Quixote, la qual halló toda alborotada, y estaba en ella el Cura y el Barbero del Lugar que eran grandes amigos de Don Quixote, que estaba diciéndoles su Ama á voces ¿que le parece á vuestra merced, señor Licenciado Pero Perez (que así se llamaba el Cura) de la desgracia de mi señor? Seis dias ha que no parece él, ni el rocin, ni la adarga, ni la lanza, ni las armas: ¡desventurada de mí! que me doy á entender; y así es ello la verdad, como nací para morir, que estos malditos libros de caballerías que él tiene, y suele leer tan de ordinario, le han vuelto el juicio: que ahora me acuer-

do haberle oido decir muchas veces, hablando entre sí, que queria ser caballero andante, é irse á buscar las aventuras por esos mundos. Encomendados sean á Satanas y á Barrabas tales libros, que así han echado á perder el mas delicado entendimiento que habia en toda la Mancha. La Sobrina decia lo mesmo, y aun decia mas: sepa, señor Maese Nicolas (que este era el nombre del Barbero) que muchas veces le aconteció á mi señor tio, estarse leyendo en estos desalmados libros de desventuras dos dias con sus noches, al cabo de los quales arrojaba el libro de las manos, y ponia mano á la espada, y andaba á cuchilladas con las paredes, y quando estaba muy cansado, decia que habia muerto á quatro gigantes como quatro torres, y el sudor que sudaba del cansancio, decia que era sangre de las feridas que habia recebido en la batalla, y bebíase luego un gran jarro de agua fria, y quedaba sano y sosegado, diciendo que aquella agua era una preciosísima bebida, que le habia traido el sabio Esquife, un grande encantador y amigo suyo: mas yo me tengo la culpa de todo, que no avisé á vuestras mercedes de los disparates de mi señor tio, para que lo remediaran ántes de llegar á lo que ha llegado, y quemaran todos estos descomulgados libros (que tiene muchos) que bien merecen ser abrasados como si fuesen de hereges. Esto digo yo tambien, dixo el Cura, y á fe que no se pase el dia de mañana, sin que dellos no se haga acto público, y sean condenados al fuego, porque no dén ocasion á quien los leyere, de hacer lo que mi buen amigo debe de haber hecho. Todo esto estaban oyendo el labrador y Don Quixote, con que acabó de entender el labrador la enfermedad de su vecino, y así

comenzó á decir á voces: abran vuestras mercedes al señor Valdovinos, y al señor Marques de Mantua que viene mal ferido, y al señor Moro Abindarraez, que trae cautivo el valeroso Rodrigo de Narvaez, Alcayde de Antequera. A estas voces saliéron todos, y como conociéron, los unos á su amigo, las otras á su amo y tio, que aun no se habia apeado del jumento porque no podia, corriéron á abrazarle. Él dixo: ténganse todos, que vengo mal ferido por la culpa de mi caballo, llévenme á mi lecho, y llámese si fuere posible, á la sabia Urganda, que cure y cate de mis feridas. Mira, en hora mala, dixo á este punto el Ama, si me decia á mí bien mi corazon del pie que coxeaba mi señor. Suba vuestra merced en buen hora, que sin que venga esa [14] urgada, le sabrémos aquí curar. Malditos, digo, sean otra vez y otras ciento estos libros de caballerías que tal han parado á vuestra merced. Lleváronle luego á la cama, y catándole las feridas, no le halláron ninguna, y él dixo, que todo era molimiento, por haber dado una gran caida con Rocinante su caballo, combatiéndose con diez jayanes, los mas desaforados y atrevidos que se pudieran fallar en gran parte de la tierra. Ta, ta, dixo el Cura ¿jayanes hay en la danza? Para mi santiguada, que yo los queme mañana ántes que llegue la noche. Hiciéronle á Don Quixote mil preguntas, y á ninguna quiso responder otra cosa, sino que le diesen de comer, y le dexasen dormir, que era lo que mas le importaba. Hízose así, y el Cura se informó muy á la larga del labrador del modo que habia hallado á Don Quixote: él se lo contó todo con los disparates que al hallarle y al traerle habia dicho, que fué poner mas deseo en el Licenciado de ha-

cer lo que otro dia hizo, que fué llamar á su amigo el Barbero Maese Nicolas, con el qual se vino á casa de Don Quixote.

CAPÍTULO VI.

Del donoso y grande escrutinio que el Cura y el Barbero hiciéron en la librería de nuestro ingenioso hidalgo.

El qual aun todavía dormia. Pidió las llaves á la Sobrina del aposento, donde estaban los libros autores del daño, y ella se las dió de muy buena gana, entráron dentro todos, y la Ama con ellos, y halláron mas de cien cuerpos de libros grandes muy bien enquadernados y otros pequeños, y así como el Ama los vió, volvióse á salir del aposento con gran priesa, y tornó luego con una escudilla de agua bendita y un hisopo, y dixo: tome vuestra merced, señor Licenciado, rocíe este aposento, no esté aquí algun encantador de los muchos que tienen estos libros, y nos encanten, en pena de las[15] que les queremos dar echándolos del mundo. Causó risa al Licenciado la simplicidad del Ama, y mandó al Barbero que le fuese dando de aquellos libros uno á uno, para ver de que trataban, pues podia ser hallar algunos que no mereciesen castigo de fuego. No, dixo la Sobrina, no hay para que perdonar á ninguno, porque todos han sido los dañadores, mejor será arrojarlos por las ventanas al patio, y hacer un rimero dellos, y pegarles fuego, y si no, llevarlos al corral, y allí se hará la hoguera, y no ofenderá el humo. Lo mismo dixo el Ama, tal era la gana que las dos tenian de la muer-

te de aquellos inocentes; mas el Cura no vino en ello, sin primero leer siquiera los títulos. Y el primero que Maese Nicolas le dió en las manos fué los quatro de *Amadis de Gaula*, y dixo el Cura: parece cosa de misterio esta, porque segun he oido decir, este libro fué el primero de caballerías que se imprimió en España, y todos los demas han tomado principio y orígen deste, y así me parece que como á dogmatizador de una secta[16] tan mala le debemos sin escusa alguna condenar al fuego. No señor, dixo el Barbero, que tambien he oido decir que es el mejor de todos los libros que de este género se han compuesto, y así como á único en su arte se debe perdonar. Así es verdad, dixo el Cura, y por esa razon se le otorga la vida por ahora. Veamos esotro que está junto á él. Es, dixo el Barbero, *Las Sergas de Esplandian*, hijo legítimo de Amadis de Gaula. Pues en verdad, dixo el Cura, que no le ha de valer al hijo la bondad del padre, tomad, señora Ama, abrid esa ventana, y echalde al corral y dé principio al monton de la hoguera que se ha de hacer. Hízolo así el Ama con mucho contento, y el bueno de Esplandian fué volando al corral, esperando con toda paciencia el fuego que le amenazaba. Adelante, dixo el Cura. Este que viene, dixo el Barbero, es *Amadis de Grecia*, y aun todos los deste lado, á lo que creo, son del mesmo linage de Amadis. Pues vayan todos al corral, dixo el Cura, que á trueco de quemar á la Reyna Pintiquiniestra, y al pastor Darinel y á sus Églogas, y á las endiabladas y revueltas razones de su autor, quemara con ellos al padre que me engendró, si anduviera en figura de caballero andante. De ese parecer soy yo, dixo el

Barbero, y aun yo, añadió la Sobrina. Pues así es, dixo el Ama, venga, y al corral con ellos. Diéronselos, que eran muchos, y ella ahorró la escalera, y dió con ellos por la ventana abaxo. ¿Quien es ese tonel? dixo el Cura. Este es, respondió el Barbero, *Don Olivante de Laura.* El autor dese libro, dixo el Cura, fué el mesmo que compuso á *Jardin de Flores*; y en verdad que no sepa determinar qual de los dos libros es mas verdadero, ó por decir mejor, ménos mentiroso, solo sé decir, que este irá al corral por disparatado y arrogante. Este que se sigue, es *Florismarte de Hircania*, dixo el Barbero. ¿Ahí está el señor Florismarte? replicó el Cura, pues á fe que ha de parar presto en el corral, á pesar de su estraño nacimiento y soñadas aventuras, que no da lugar á otra cosa la dureza y sequedad de su estilo, al corral con él, y con esotro, señora Ama. Que me place, señor mio, respondia ella, y con mucha alegría executaba lo que le era mandado. Este es *El Caballero Platir*, dixo el Barbero. Antiguo libro es ese, dixo el Cura, y no hallo en él cosa que merezca venia, acompañe á los demas sin réplica, y así fué hecho. Abrióse otro libro, y viéron que tenia por título *El Caballero de la cruz.* Por nombre tan santo como este libro tiene se podia perdonar su ignorancia, mas tambien se suele decir, tras la cruz está el diablo, vaya al fuego. Tomando el Barbero otro libro, dixo: este es *Espejo de caballerías.* Ya conozco á su merced, dixo el Cura: ahí anda el señor Reynaldos de Montalvan con sus amigos y compañeros, mas ladrones que Caco, y los doce Pares, con el verdadero historiador Turpin, y en verdad que estoy por condenarlos no mas que á destierro perpetuo, si-

quiera porque tienen parte de la invencion del famoso Mateo Boyardo, de donde tambien texió su tela el christiano poeta Ludovico Ariosto, al qual si aquí le hallo, y que habla en otra lengua que la suya, no le guardaré respeto alguno; pero si habla en su idioma, le pondré sobre mi cabeza. Pues yo le tengo en italiano, dixo el Barbero, mas no le entiendo. Ni aun fuera bien que vos le entendiérades, respondió el Cura, y aquí le perdonáramos al señor Capitan, que no le hubiera traido á España, y hecho castellano, que le quitó mucho de su natural valor, y lo mesmo harán todos aquellos que los libros de verso quisieren volver en otra lengua, que por mucho cuidado que pongan, y habilidad que muestren, jamas llegarán al punto que ellos tienen en su primer nacimiento. Digo en efeto que este libro, y todos los que se hallaren, que tratan destas cosas de Francia, se echen, y depositen en un pozo seco, hasta que con mas acuerdo se vea lo que se ha de hacer dellos, ecetuando [17] á un *Bernardo del Carpio*, que anda por ahí, y á otro llamado *Roncesvalles*, que estos en llegando á mis manos, han de estar en las del Ama, y dellas en las del fuego sin remision alguna. Todo lo confirmó el Barbero, y lo tuvo por bien, y por cosa muy acertada, por entender que era el Cura tan buen christiano, y tan amigo de la verdad que no diria otra cosa, por todas las del mundo. Y abriendo otro libro, vió que era *Palmerin de Oliva*, y junto á él estaba otro, que se llamaba *Palmerin de Ingalaterra*, lo qual visto por el Licenciado, dixo: esa Oliva se haga luego rajas y se queme, que aun no queden della las cenizas, y esa palma de Ingalaterra se guarde, y se conserve como á co-

sa única, y se haga para ella otra caxa como la que halló Alexandro en los despojos de Darío, que la diputó para guardar en ella las obras del Poeta Homero. Este libro, señor compadre, tiene autoridad por dos cosas, la una, porque él por sí es muy bueno, y la otra, porque es fama que le compuso un discreto Rey de Portugal. Todas las aventuras del castillo de Miraguarda son bonísimas, y de grande artificio, las razones cortesanas y claras, que guardan y miran el decoro del que habla, con mucha propiedad y entendimiento. Digo pues, salvo vuestro buen parecer, señor Maese Nicolas, que este y Amadis de Gaula, queden libres del fuego, y todos los demas, sin hacer mas cala y cata, perezcan. No señor compadre, replicó el Barbero, que este que aquí tengo es el afamado *Don Belianis*. Pues ese, replicó el Cura, con la segunda, tercera y quarta parte, tienen necesidad de un poco de ruibarbo, para purgar la demasiada cólera suya, y es menester quitarles todo aquello del castillo de la fama, y otras impertinencias de mas importancia, para lo qual se les da término ultramarino, y como se enmendaren, así se usará con ellos de misericordia ó de justicia, y en tanto tenedlos vos, compadre, en vuestra casa, mas no los dexeis leer á ninguno. Que me place, respondió el Barbero, y sin querer cansarse mas en leer libros de caballerías, mandó al Ama, que tomase todos los grandes, y diese con ellos en el corral. No se dixo á tonta ni á sorda, sino á quien tenia mas gana de quemallos, que de echar una tela por grande y delgada que fuera, y asiendo casi ocho de una vez, los arrojó por la ventana. Por tomar muchos juntos, se le cayó uno á los pies del Barbero, que

le tomó gana de ver de quien era, y vió que decia: *Historia del famoso caballero Tirante el Blanco.* Válame Dios, dixo el Cura, dando una gran voz, ¡que aquí esté Tirante el Blanco! Dádmele, compadre, que hago cuenta que he hallado en él un tesoro de contento, y una mina de pasatiempos. Aquí está Don Kirieleison de Montalvan, valeroso caballero, y su hermano Tomas de Montalvan, y el caballero Fonseca, con la batalla que el valiente Detriante hizo con el Alano, y las agudezas de la doncella Placerdemivida, con los amores y embustes de la viuda Reposada, y la señora Emperatriz, enamorada de Hipólito su escudero. Dígoos verdad, señor compadre, que por su estilo es este el mejor libro del mundo: aquí comen los caballeros, y duermen y mueren en sus camas, y hacen testamento ántes de su muerte, con otras cosas, de que todos los demas libros deste género carecen. Con todo eso os digo, que merecia el que lo compuso, pues no hizo tantas necedades de industria, que le echaran á galeras por todos los dias de su vida. Llevalde á casa, y leelde, y veréis que es verdad quanto dél os he dicho. Así será, respondió el Barbero, pero ¿que harémos destos pequeños libros que quedan? Estos, dixo el Cura, no deben de ser de caballerías, sino de Poesía: y abriendo uno vió que era *La Diana de Jorge de Montemayor*, y dixo: (creyendo que todos los demas eran del mesmo género) estos no merecen ser quemados como los demas, porque no hacen ni harán el daño que los de caballerías han hecho, que son libros de entendimiento, sin perjuicio de tercero. ¡Ay señor! dixo la Sobrina, bien los puede vuestra merced mandar quemar como á los demas, por-

que no seria mucho, que habiendo sanado mi señor tio de la enfermedad caballeresca, leyendo estos se le antojase de hacerse pastor, y andarse por los bosques y prados cantando y tañendo, y lo que seria peor, hacerse poeta, que segun dicen, es enfermedad incurable y pegadiza. Verdad dice esta doncella, dixo el Cura, y será bien quitarle á nuestro amigo este tropiezo y ocasion delante. Y pues comenzamos por la Diana de Montemayor, soy de parecer que no se queme, sino que se le quite todo aquello que trata de la sabia Felicia, y de la agua encantada, y casi todos los versos mayores, y quédesele en hora buena la prosa y la honra de ser primero en semejantes libros. Este que se sigue, dixo el Barbero, es *La Diana*, llamada: *Segunda del Salmantino*, y este otro que tiene el mesmo nombre, cuyo autor es *Gil Polo*. Pues la del Salmantino, respondió el Cura, acompañe y acreciente el número de los condenados al corral, y la de Gil Polo se guarde como si fuera del mesmo Apolo, y pase adelante, señor compadre, y démonos priesa, que se va haciendo tarde. Este libro es, dixo el Barbero, abriendo otro, *Los diez libros de Fortuna de Amor*, compuestos por *Antonio de Lofraso*, poeta Sardo. Por las órdenes que recebí, dixo el Cura, que desde que Apolo fué Apolo, y las Musas Musas, y los Poetas Poetas, tan gracioso ni tan disparatado libro como ese no se ha compuesto, y que por su camino es el mejor y el mas único de quantos deste género han salido á la luz del mundo, y el que no le ha leido, puede hacer cuenta que no ha leido jamas cosa de gusto. Dádmele acá, compadre, que precio mas haberle hallado, que si me dieran una sota-

na de raja de Florencia. Púsole aparte con grandísimo gusto, y el Barbero prosiguió diciendo: estos que se siguen son *El Pastor de Iberia*, *Ninfas de Henares*, y *Desengaños de zelos*. Pues no hay mas que hacer, dixo el Cura, sino entregarlos al brazo seglar del Ama, y no se me pregunte el porque, que seria nunca acabar. Este que viene es *El Pastor de Fílida*. No es ese pastor, dixo el Cura, sino muy discreto cortesano, guárdese como joya preciosa. Este grande que aquí viene se intitula, dixo el Barbero, *Tesoro de varias Poesías*. Como ellas no fueran tantas, dixo el Cura, fueran mas estimadas, menester es que este libro se escarde y limpie de algunas baxezas, que entre sus grandezas tiene, guárdese, porque su autor es amigo mio, y por respeto de otras mas heroycas y levantadas obras que ha escrito. Este es, siguió el Barbero, *El Cancionero de Lopez Maldonado*. Tambien el autor dese libro, replicó el Cura, es grande amigo mio, y sus versos en su boca admiran á quien los oye, y tal es la suavidad de la voz con que los canta, que encanta. Algo largo es en las Églogas; pero nunca lo bueno fué mucho, guárdese con los escogidos. ¿Pero que libro es ese que está junto á él? *La Galatea de Miguel de Cervantes*, dixo el Barbero. Muchos años ha que es grande amigo mio ese Cervantes, y sé que es mas versado en desdichas, que en versos. Su libro tiene algo de buena invencion, propone algo, y no concluye nada, es menester esperar la segunda parte que promete, quizá con la enmienda alcanzará del todo la misericordia que ahora se le niega, y entretanto que esto se ve, tenelde recluso en vuestra posada, señor compadre. Que me place, respondió el Barbero, y aquí vienen tres to-

dos juntos: *La Araucana de Don Alonso de Ercilla, La Austriada de Juan Rufo, Jurado de Córdova*, y *El Monserrato de Cristóbal de Virues*, poeta valenciano. Todos esos [18] tres libros, dixo el Cura, son los mejores que en verso heroyco en lengua castellana están escritos, y pueden competir con los mas famosos de Italia, guárdense como las mas ricas prendas de poesía que tiene España. Cansóse el Cura de ver mas libros, y así á carga cerrada quiso que todos los demas se quemasen, pero ya tenia abierto uno el Barbero, que se llamaba: *Las lágrimas de Angélica.* Lloráralas yo, dixo el Cura en oyendo el nombre, si tal libro hubiera mandado quemar, porque su autor fué uno de los famosos poetas del mundo, no solo de España, y fué felicísimo en la traducion de algunas fábulas de Ovidio.

CAPÍTULO VII.

De la segunda salida de nuestro buen caballero Don Quixote de la Mancha.

Estando en esto, comenzó á dar voces Don Quixote, diciendo: aquí, aquí, valerosos caballeros, aquí es menester mostrar la fuerza de vuestros valerosos brazos, que los cortesanos llevan lo mejor del torneo. Por acudir á este ruido y estruendo no se pasó adelante con el escrutinio de los demas libros que quedaban, y así se crée que fuéron al fuego sin ser vistos ni oidos *La Carolea*, y *Leon de España*, con los hechos del Emperador, compuestos por Don Luis de Ávila, que sin duda debian de estar entre los que quedaban, y quizá si el Cura los viera, no pasaran por tan rigurosa sentencia.

Quando llegáron á Don Quixote, ya él estaba levantado de la cama, y proseguia en sus voces y en sus desatinos, dando cuchilladas y reveses á todas partes, estando tan despierto, como si nunca hubiera dormido. Abrazáronse con él, y por fuerza le volviéron al lecho, y despues que hubo sosegado un poco, volviéndose á hablar con el Cura, le dixo: por cierto, señor Arzobispo Turpin, que es gran mengua de los que nos llamamos doce Pares, dexar tan sin mas ni mas llevar la vitoria deste torneo á los caballeros cortesanos, habiendo nosotros los aventureros ganado el prez en los tres dias antecedentes. Calle vuestra merced, señor compadre, dixo el Cura, que Dios será servido que la suerte se mude, y que lo que hoy se pierde, se gane mañana, y atienda vuestra merced á su salud por ahora, que me parece que debe de estar demasiadamente cansado, si ya no es que está mal ferido. Ferido no, dixo Don Quixote; pero molido y quebrantado no hay duda en ello, porque aquel bastardo de Don Roldan me ha molido á palos con el tronco de una encina, y todo de envidia, porque ve que yo solo soy el opuesto de sus valentías; mas no me llamaria yo Reynaldos de Montalvan, si en levantándome deste lecho no me lo pagare, á pesar de todos sus encantamentos, y por ahora tráyganme de yantar, que sé que es lo que mas me hará al caso, y quédese lo del vengarme á mi cargo. Hiciéronlo así, diéronle de comer, y quedóse otra vez dormido, y ellos admirados de su locura. Aquella noche quemó y abrasó el Ama quantos libros habia en el corral y en toda la casa, y tales debiéron de arder, que merecian guardarse en perpetuos archivos, mas no lo permitió su suer-

te y la pereza del escrutiñador[19], y así se cumplió el refran en ellos, de que pagan á las veces justos por pecadores. Uno de los remedios que el Cura y el Barbero diéron por entónces para el mal de su amigo, fué que le murasen y tapiasen el aposento de los libros, porque quando se levantase no los hallase, quizá quitando la causa, cesaria el efeto, y que dixesen, que un encantador se los habia llevado, y el aposento y todo, y así fué hecho con mucha presteza. De allí á dos dias se levantó Don Quixote, y lo primero que hizo fué ir á ver sus libros, y como no hallaba el aposento donde le habia dexado, andaba de una en otra parte buscándole. Llegaba adonde solia tener la puerta, y tentábala con las manos, y volvia y revolvia los ojos por todo sin decir palabra; pero al cabo de una buena pieza, preguntó á su Ama, que hácia que parte estaba el aposento de sus libros. El Ama, que ya estaba bien advertida de lo que habia de responder, le dixo: ¿que aposento, ó que nada busca vuestra merced? Ya no hay aposento, ni libros en esta casa, porque todo se lo llevó el mesmo diablo. No era diablo, replicó la Sobrina, sino un encantador, que vino sobre una nube una noche despues del dia que vuestra merced de aquí se partió, y apeándose de una sierpe, en que venia caballero, entró en el aposento, y no sé lo que[20] se hizo dentro, que acabo de poca pieza salió volando por el texado, y dexó la casa llena de humo, y quando acordamos á mirar lo que dexaba hecho, no vimos libro, ni aposento alguno, solo se nos acuerda muy bien, á mí y al Ama, que al tiempo del partirse aquel mal viejo, dixo en altas voces, que por enemistad secreta

que tenia al dueño de aquellos libros, y aposento, dexaba hecho el daño en aquella casa, que despues se veria; dixo tambien, que se llamaba el sabio Muñaton. Freston diria, dixo Don Quixote. No sé, respondió el Ama, si se llamaba Freston ó friton, solo sé que acabó en ton su nombre. Así es, dixo Don Quixote, que ese es un sabio encantador grande enemigo mio, que me tiene ojeriza, porque sabe por sus artes y letras, que tengo de venir, andando los tiempos, á pelear en singular batalla con un caballero á quien él favorece, y le tengo de vencer sin que él lo pueda estorbar, y por esto procura hacerme todos los sinsabores que puede: y mándole yo, que mal podrá él contradecir ni evitar lo que por el cielo está ordenado. Quien duda de eso, dixo la Sobrina ¿pero quien le mete á vuestra merced, señor tio, en esas pendencias? ¿no será mejor estarse pacífico en su casa, y no irse por el mundo á buscar pan de trastrigo, sin considerar que muchos van por lana, y vuelven tresquilados? ¡O Sobrina mia! respondió Don Quixote, y quan mal que estás en la cuenta: primero que á mí me tresquilen, tendré peladas y quitadas las barbas á quantos imaginaren tocarme en la punta de un solo cabello. No quisiéron las dos replicarle mas, porque viéron que se le encendia la cólera. Es pues el caso, que él estuvo quince dias en casa muy sosegado sin dar muestras de querer segundar sus primeros devaneos, en los quales dias pasó graciosísimos cuentos con sus dos compadres el Cura y el Barbero, sobre que él decia que la cosa de que mas necesidad tenia el mundo, era de caballeros andantes, y de que en él se resucitase la caballería andantesca. El Cura algunas veces le contradecia, y

otras concedia, porque si no guardaba este artificio, no habia poder averiguarse con él. En este tiempo solicitó Don Quixote á un labrador vecino suyo, hombre de bien (si es que este título se puede dar al que es pobre) pero de muy poca sal en la mollera. En resolucion, tanto le dixo, tanto le persuadió y prometió, que el pobre villano se determinó de salirse con él y servirle de escudero. Decíale entre otras cosas Don Quixote, que se dispusiese á ir con él de buena gana, porque tal vez le podia suceder aventura, que ganase en quítame allá esas pajas alguna Ínsula, y le dexase á él por Gobernador della. Con estas promesas y otras tales, *SANCHO PANZA* (que así se llamaba el labrador) dexó su muger y hijos, y asentó por escudero de su vecino. Dió luego Don Quixote órden en buscar dineros: y vendiendo una cosa y empeñando otra, y malbaratándolas todas, llegó una razonable cantidad. Acomodóse asimesmo de una rodela que pidió prestada á un su amigo, y pertrechando su rota celada lo mejor que pudo, avisó á su escudero Sancho del dia y la hora que pensaba ponerse en camino, para que él se acomodase de lo que viese que mas le era menester: sobre todo le encargó que llevase alforjas, él dixo que sí llevaria, y que ansimesmo pensaba llevar un asno, que tenia muy bueno, porque él no estaba duecho á andar mucho á pie. En lo del asno reparó un poco Don Quixote, imaginando si se le acordaba, si algun caballero andante habia traido escudero caballero asnalmente; pero nunca le vino alguno á la memoria: mas con todo esto determinó que le llevase, con presupuesto de acomodarle de mas honrada caballería, en habiendo ocasion para ello, quitándole el caballo al

primer descortes caballero que topase. Proveyóse de camisas y de las demas cosas que él pudo, conforme al consejo que el Ventero le habia dado. Todo lo qual hecho y cumplido, sin despedirse Panza de sus hijos y muger, ni Don Quixote de su Ama y Sobrina, una noche se saliéron del Lugar sin que persona los viese, en la qual camináron tanto, que al amanecer se tuviéron por seguros de que no los hallarian, aunque los buscasen. Iba Sancho Panza sobre su jumento como un Patriarca, con sus alforjas y su bota, y con mucho deseo de verse ya Gobernador de la Ínsula, que su amo le habia prometido. Acertó Don Quixote á tomar la misma derrota y camino que el que él habia ántes tomado en su primer viage, que fué por el Campo de Montiel, por el qual caminaba con ménos pesadumbre que la vez pasada, porque por ser la hora de la mañana, y herirles á soslayo los rayos del sol, no les fatigaban. Dixo en esto Sancho Panza á su amo: mire vuestra merced, señor caballero andante, que no se le olvide lo que de la Ínsula me tiene prometido, que yo la sabré gobernar por grande que sea. A lo qual respondió Don Quixote: has de saber, amigo Sancho Panza, que fué costumbre muy usada de los caballeros andantes antiguos, hacer Gobernadores á sus escuderos de las Ínsulas ó Reynos que ganaban, y yo tengo determinado, de que por mí no falte tan agradecida usanza; ántes pienso aventajarme en ella, porque ellos algunas veces, y quizá las mas, esperaban á que sus escuderos fuesen viejos, y ya despues de hartos de servir y de llevar malos dias y peores noches, les daban algun título de Conde, ó por lo ménos de Marques de algun Valle ó Provincia de poco mas á mé-



Josef del Castillo la inventó y dibuxó. Fernando Selma la gravó en Madrid 1779.

nos ; pero si tú vives y yo vivo , bien podria ser , que ántes de seis dias ganase yo tal Reyno , que tuviese otros á él adherentes , que viniesen de molde para coronarte por Rey de uno dellos. Y no lo tengas á mucho, que cosas y casos acontecen á los tales caballeros , por modos tan nunca vistos ni pensados , que con facilidad te podria dar aun mas de lo que te prometo. Desa manera, respondió Sancho Panza , si yo fuese Rey por algun milagro de los que vuestra merced dice , por lo ménos Juana Gutierrez mi oislo vendria á ser Reyna , y mis hijos Infantes. ¿Pues quien lo duda? respondió Don Quixote. Yo lo dudo , replicó Sancho Panza , porque tengo para mí , que aunque lloviese Dios Reynos sobre la tierra , ninguno asentaria bien sobre la cabeza de Mari Gutierrez. Sepa , señor , que no vale dos maravedis para Reyna , Condesa le caerá mejor , y aun Dios y ayuda. Encomiéndalo tú á Dios , Sancho , respondió Don Quixote , que él le[21] dará lo que mas le convenga ; pero no apoques tu ánimo tanto , que te vengas á contentar con ménos que con ser Adelantado. No haré , señor mio, respondió Sancho , y mas teniendo tan principal amo en vuestra merced que me sabrá dar todo aquello que me esté bien , y yo pueda llevar.

CAPÍTULO VIII.

Del buen suceso que el valeroso Don Quixote tuvo en la espantable y jamas imaginada aventura de los molinos de viento , con otros sucesos dignos de felice recordacion.

En esto descubriéron treinta ó quarenta molinos de

viento que hay en aquel Campo, y así como Don Quixote los vió, dixo á su escudero: la ventura va guiando nuestras cosas mejor de lo que acertáramos á desear. Porque ves allí, amigo Sancho Panza, donde se descubren treinta ó pocos mas desaforados gigantes con quien pienso hacer batalla, y quitarles á todos las vidas, con cuyos despojos comenzarémos á enriquecer, que esta es buena guerra, y es gran servicio de Dios quitar tan mala simiente de sobre la faz de la tierra. ¿Que gigantes? dixo Sancho Panza. Aquellos que allí ves, respondió su amo, de los brazos largos, que los suelen tener algunos de casi dos leguas. Mire vuestra merced, respondió Sancho, que aquellos que allí se parecen no son gigantes, sino molinos de viento, y lo que en ellos parecen brazos, son las aspas, que volteadas del viento hacen andar la piedra del molino. Bien parece, respondió Don Quixote, que no estás cursado en esto de las aventuras, ellos son gigantes, y si tienes miedo, quítate de ahí, y ponte en oracion en el espacio que yo voy á entrar con ellos en fiera y desigual batalla. Y diciendo esto, dió de espuelas á su caballo Rocinante, sin atender á las voces que su escudero Sancho le daba, advirtiéndole que sin duda alguna eran molinos de viento, y no gigantes aquellos que iba á acometer. Pero él iba tan puesto en que eran gigantes, que ni oia las voces de su escudero Sancho, ni echaba de ver, aunque estaba ya bien cerca, lo que eran, ántes iba diciendo en voces altas: non fuyades, cobardes y viles criaturas, que un solo caballero es el que os acomete. Levantóse en esto un poco de viento, y las grandes aspas comenzáron á moverse, lo qual visto por Don Quixote, dixo: pues aunque movais mas brazos que

los del gigante Briareo, me lo habeis de pagar. Y en diciendo esto, y encomendándose de todo corazon á su señora Dulcinea, pidiéndole que en tal trance le socorriese, bien cubierto de su rodela, con la lanza en el ristre, arremetió á todo el galope de Rocinante, y envistió con el primero molino que estaba delante, y dándole una lanzada en el aspa, la volvió el viento con tanta furia, que hizo la lanza pedazos, llevándose tras sí al caballo y al caballero, que fué rodando muy mal trecho por el campo. Acudió Sancho Panza á socorrerle á todo el correr de su asno, y quando llegó, halló que no se podia menear: tal fué el golpe que dió con él Rocinante. ¡Válame Dios! dixo Sancho ¿no le dixe yo á vuestra merced, que mirase bien lo que hacia, que no eran sino molinos de viento, y no lo podia ignorar sino quien llevase otros tales en la cabeza? Calla, amigo Sancho, respondió Don Quixote, que las cosas de la guerra, mas que otras están sujetas á continua mudanza, quanto mas, que yo pienso, y es así verdad, que aquel sabio Freston, que me robó el aposento y los libros, ha vuelto estos gigantes en molinos, por quitarme la gloria de su vencimiento: tal es la enemistad que me tiene, mas al cabo al cabo han de poder poco sus malas artes contra la bondad de mi espada. Dios lo haga como puede, respondió Sancho Panza, y ayudándole á levantar, tornó á subir sobre Rocinante, que medio despaldado estaba, y hablando en la pasada aventura, siguiéron el camino del puerto Lápice, porque allí decia Don Quixote, que no era posible dexar de hallarse muchas y diversas aventuras, por ser lugar muy pasagero, sino que iba muy pesaroso por haberle faltado la lanza, y diciéndoselo á su escude-

ro, le dixo: yo me acuerdo haber leido, que un caballero español, llamado Diego Perez de Vargas, habiéndosele en una batalla roto la espada, desgajó de una encina un pesado ramo ó tronco, y con él hizo tales cosas aquel dia, y machacó tantos Moros, que le quedó por sobrenombre Machuca, y así él como sus descendientes se llamáron desde aquel dia en adelante Vargas y Machuca. Hete dicho esto, porque de la primera encina ó roble que se me depare, pienso desgajar otro tronco, tal y tan bueno como aquel, que me imagino y pienso hacer con él tales hazañas, que tú te tengas por bien afortunado de haber merecido venir á verlas, y á ser testigo de cosas que apénas podrán ser creidas. A la mano de Dios, dixo Sancho, yo lo creo todo así, como vuestra merced lo dice, pero enderécese un poco, que parece que va de medio lado, y debe de ser molimiento de la caida. Así es la verdad, respondió Don Quixote, y si no me quexo del dolor, es porque no es dado á los caballeros andantes quexarse de herida alguna, aunque se le salgan las tripas por ella. Si eso es así, no tengo yo que replicar, respondió Sancho, pero sabe Dios si yo me holgara que vuestra merced se quexara quando alguna cosa le doliera. De mí sé decir que me he de quexar del mas pequeño dolor que tenga, si ya no se entiende tambien con los escuderos de los caballeros andantes eso del no quexarse. No se dexó de reir Don Quixote de la simplicidad de su escudero, y así le declaró, que podia muy bien quexarse, como y quando quisiese, sin gana ó con ella, que hasta entónces no habia leido cosa en contrario en la órden de caballería. Díxole Sancho, que mirase que era hora de comer. Respondióle su amo, que

por entónces no le hacia menester, que comiese él quando se le antojase. Con esta licencia se acomodó Sancho lo mejor que pudo sobre su jumento, y sacando de las alforjas lo que en ellas habia puesto, iba caminando y comiendo detras de su amo, muy de espacio, y de quando en quando empinaba la bota con tanto gusto, que le pudiera embidiar el mas regalado bodegonero de Málaga. Y en tanto que él iba de aquella manera menudeando tragos, no se le acordaba de ninguna promesa que su amo le hubiese hecho, ni tenia por ningun trabajo, sino por mucho descanso, andar buscando las aventuras por peligrosas que fuesen. En resolucion, aquella noche la pasáron entre unos árboles, y del uno dellos desgajó Don Quixote un ramo seco, que casi le podia servir de lanza, y puso en él el hierro que quitó de la que se le habia quebrado. Toda aquella noche no durmió Don Quixote, pensando en su señora Dulcinea, por acomodarse á lo que habia leido en sus libros, quando los caballeros pasaban sin dormir muchas noches en las florestas y despoblados, entretenidos con las memorias de sus señoras. No la pasó así Sancho Panza, que como tenia el estómago lleno, y no de agua de chicoria, de un sueño se la llevó toda, y no fueran parte para despertarle, si su amo no le llamara, los rayos del sol que le daban en el rostro, ni el canto de las aves, que muchas y muy regocijadamente la venida del nuevo dia saludaban. Al levantarse dió un tiento á la bota, y hallóla algo mas flaca que la noche ántes, y afligiósele el corazon, por parecerle que no llevaban camino de remediar tan presto su falta. No quiso desayunarse Don Quixote, porque como está dicho, dió en sustentarse de sabrosas memorias.

Tornáron á su comenzado camino del puerto Lápice, y á obra de las tres del dia le descubriéron. Aquí, dixo en viéndole Don Quixote, podemos, hermano Sancho Panza, meter las manos hasta los codos en esto que llaman aventuras. Mas advierte, que aunque me veas en los mayores peligros del mundo, no has de poner mano á tu espada para defenderme, si ya no vieres que los que me ofenden es canalla y gente baxa, que en tal caso bien puedes ayudarme; pero si fueren caballeros, en ninguna manera te es lícito ni concedido por las leyes de caballería que me ayudes, hasta que seas armado caballero. Por cierto, señor, respondió Sancho, que vuestra merced sea muy bien obedecido en esto, y mas que yo de mio me soy pacífico y enemigo de meterme en ruidos ni pendencias, bien es verdad, que en lo que tocare á defender mi persona, no tendré mucha cuenta con esas leyes, pues las divinas y humanas permiten que cada uno se defienda de quien quisiere agraviarle. No digo yo ménos, respondió Don Quixote; pero en esto de ayudarme contra caballeros, has de tener á raya tus naturales ímpetus. Digo que así lo haré, respondió Sancho, y que guardaré ese preceto tan bien como el dia del domingo. Estando en estas razones, asomáron por el camino dos frayles de la órden de San Benito, caballeros sobre dos dromedarios, que no eran mas pequeñas dos mulas en que venian. Traian sus antojos de camino y sus quitasoles. Detras dellos venia un coche con quatro ó cinco de á caballo que le acompañaban, y dos mozos de mulas á pie. Venia en el coche, como despues se supo, una señora vizcayna, que iba á Sevilla donde estaba su marido, que pasaba á las Indias con un muy honroso

cargo. No venian los frayles con ella, aunque iban el mesmo camino: mas apénas los divisó Don Quixote, quando dixo á su escudero: ó yo me engaño, ó esta ha de ser la mas famosa aventura que se ha visto, porque aquellos bultos negros que allí parecen, deben de ser, y son sin duda algunos encantadores, que llevan hurtada alguna Princesa en aquel coche, y es menester deshacer este tuerto á todo mi poderío. Peor será esto que los molinos de viento, dixo Sancho: mire, señor, que aquellos son frayles de San Benito, y el coche debe de ser de alguna gente pasagera. Mire que digo, que mire bien lo que hace, no sea el diablo que le engañe. Ya te he dicho, Sancho, respondió Don Quixote, que sabes poco de achaque de aventuras, lo que yo digo es verdad, y ahora lo verás: y diciendo esto se adelantó, y se puso en la mitad del camino por donde los frayles venian, y en llegando tan cerca que á él le pareció que le podian oir lo que dixese, en alta voz dixo: gente endiablada y descomunal, dexad luego al punto las altas Princesas, que en ese coche llevais forzadas, si no aparejáos á recebir presta muerte, por justo castigo de vuestras malas obras. Detuviéron los frayles las riendas, y quedáron admirados, así de la figura de Don Quixote, como de sus razones, á las quales respondiéron: señor caballero, nosotros no somos endiablados ni descomunales, sino dos religiosos de San Benito, que vamos nuestro camino, y no sabemos si en este coche vienen ó no ningunas forzadas Princesas. Para conmigo no hay palabras blandas, que ya yo os conozco, fementida canalla, dixo Don Quixote: y sin esperar mas respuesta picó á Rocinante, y la lanza baxa

arremetió contra el primero frayle, con tanta furia y denuedo, que si el frayle no se dexara caer de la mula, él le hiciera venir al suelo mal de su grado, y aun mal ferido, si no cayera muerto. El segundo religioso, que vió del modo que trataban á su compañero, puso piernas al castillo de su buena mula, y comenzó á correr por aquella campaña mas ligero que el mismo viento. Sancho Panza que vió en el suelo al frayle, apeándose ligeramente de su asno, arremetió á él y le comenzó á quitar los hábitos. Llegáron en esto dos mozos de los frayles, y preguntáronle, que porque le desnudaba: respondióles Sancho, que aquello le tocaba á él legítimamente, como despojos de la batalla, que su señor Don Quixote habia ganado. Los mozos que no sabian de burlas, ni entendian aquello de despojos ni batallas, viendo que ya Don Quixote estaba desviado de allí, hablando con las que en el coche venian, arremetiéron con Sancho, y diéron con él en el suelo, y sin dexarle pelo en las barbas le moliéron á coces, y le dexáron tendido en el suelo, sin aliento ni sentido: y sin detenerse un punto tornó á subir el frayle todo temeroso y acobardado y sin color en el rostro: y quando se vió á caballo picó tras su compañero, que un buen espacio de allí le estaba aguardando, y esperando en que paraba aquel sobresalto: y sin querer aguardar el fin de todo aquel comenzado suceso, siguiéron su camino, haciéndose mas cruces que si llevaran al diablo á las espaldas. Don Quixote estaba, como se ha dicho, hablando con la señora del coche, diciéndole: la vuestra fermosura, señora mia, puede facer de su persona lo que mas le viniere en talante, porque ya la soberbia de vuestros robadores yace por el



Joseph del Castillo lo inv.to y dibuxó. Manuel Salvador Carmona la grabó en Madrid 1777.

suelo, derribada por este mi fuerte brazo: y porque no peneis por saber el nombre de vuestro libertador, sabed que yo me llamo Don Quixote de la Mancha, caballero andante y aventurero[22], y cautivo de la sin par y hermosa Doña Dulcinea del Toboso: y en pago del beneficio que de mí habeis recebido, no quiero otra cosa, sino que volvais al Toboso, y que de mi parte os presenteis ante esta señora, y le digais lo que por vuestra libertad he fecho. Todo esto que Don Quixote decia, escuchaba un escudero de los que el coche acompañaban, que era vizcaino: el qual viendo que no queria dexar pasar el coche adelante, sino que decia, que luego habia de dar la vuelta al Toboso, se fué para Don Quixote, y asiéndole de la lanza, le dixo en mala lengua castellana, y peor vizcaina desta manera: anda caballero, que mal andes, por el Dios que crióme, que si no dexas coche, así te matas como estás ahí vizcaino. Entendióle muy bien Don Quixote, y con mucho sosiego le respondió: si fueras caballero, como no lo eres, ya yo hubiera castigado tu sandez y atrevimiento, cautiva criatura. A lo qual replicó el vizcaino: ¿yo no caballero? juro á Dios tan mientes como christiano. Si lanza arrojas, y espada sacas, el agua quan presto verás, que al gato llevas: vizcaino por tierra, hidalgo por mar, hidalgo por el diablo, y mientes, que mira si otra dices cosa. Ahora lo verédes, dixo Agrages, respodió Don Quixote, y arrojando la lanza en el suelo, sacó su espada, y embrazó su rodela, y arremetió al vizcaino, con determinacion de quitarle la vida. El vizcaino que así le vió venir, aunque quisiera apearse de la mula, que por ser de las malas de alquiler no habia

que fiar en ella, no pudo hacer otra cosa sino sacar su espada: pero avínole bien que se halló junto al coche, de donde pudo tomar una almohada que le sirvió de escudo, y luego fuéron el uno para el otro, como si fueran dos mortales enemigos. La demas gente quisiera ponerlos en paz; mas no pudo, porque decia el vizcaino en sus mal travadas razones, que si no le dexaban acabar su batalla, que él mismo habia de matar á su ama, y á toda la gente, que se lo estorbase. La señora del coche, admirada y temerosa de lo que veia, hizo al cochero que se desviase de allí algun poco, y desde léxos se puso á mirar la rigurosa contienda, en el discurso de la qual dió el vizcaino una gran cuchillada á Don Quixote encima de un hombro por encima de la rodela, que á dársela sin defensa, le abriera hasta la cintura. Don Quixote, que sintió la pesadumbre de aquel desaforado golpe, dió una gran voz diciendo: ó señora de mi alma Dulcinea, flor de la fermosura, socorred á este vuestro caballero, que por satisfacer á la vuestra mucha bondad, en este riguroso trance se halla. El decir esto, y el apretar la espada, y el cubrirse bien de su rodela, y el arremeter al vizcaino, todo fué en un tiempo, llevando determinacion de aventurarlo todo á la de un solo golpe. El vizcaino que así le vió venir contra él, bien entendió por su denuedo su corage, y determinó de hacer lo mesmo que Don Quixote: y así le aguardó bien cubierto de su almohada, sin poder rodear la mula á una ni á otra parte, que ya de puro cansada, y no hecha á semejantes niñerías, no podia dar un paso. Venia pues, como se ha dicho, Don Quixote, contra el cauto vizcaino, con la espada en alto, con

determinacion de abrirle por medio, y el vizcaino le aguardaba ansimesmo, levantada la espada y aforrado con su almohada, y todos los circunstantes estaban temerosos y colgados de lo que habia de suceder de aquellos tamaños golpes con que se amenazaban, y la señora del coche, y las demas criadas suyas estaban haciendo mil votos y ofrecimientos á todas las Imágenes y casas de devocion de España, porque Dios librase á su escudero y á ellas de aquel tan grande peligro en que se hallaban. Pero está el daño de todo esto, que en este punto y término dexa pendiente el autor desta historia esta batalla, disculpándose que no halló mas escrito destas hazañas de Don Quixote de las que dexa referidas. Bien es verdad, que el segundo autor desta obra no quiso creer, que tan curiosa historia estuviese entregada á las leyes del olvido, ni que hubiesen sido tan poco curiosos los ingenios de la Mancha, que no tuviesen en sus archivos ó en sus escritorios algunos papeles que deste famoso caballero tratasen: y así con esta imaginacion, no se desesperó de hallar el fin desta apacible historia, el qual siéndole el cielo favorable, le halló del modo que se contará en la segunda parte[23].

CAPÍTULO IX.

Donde se concluye y da fin á la estupenda batalla que el gallardo vizcaino, y el valiente manchego tuviéron.

Dexámos en la primera parte desta historia al valeroso vizcaino y al famoso Don Quixote con las espadas altas y desnudas, en guisa de descargar dos furibundos

fendientes, tales que si en lleno se acertaban, por lo ménos se dividirian y fenderian de arriba abaxo, y abririan como una granada: y que en aquel punto tan dudoso paró y quedó destroncada tan sabrosa historia, sin que nos diese noticia su autor donde se podria hallar lo que della faltaba. Causóme esto mucha pesadumbre, porque el gusto de haber leido tan poco, se volvia en disgusto de pensar el mal camino que se ofrecia para hallar lo mucho que á mi parecer faltaba de tan sabroso cuento. Parecióme cosa imposible y fuera de toda buena costumbre, que á tan buen caballero le hubiese faltado algun sabio que tomara á cargo el escribir sus nunca vistas hazañas, cosa que no faltó á ninguno de los caballeros andantes de los que dicen las gentes que van á sus aventuras: porque cada uno dellos tenia uno ó dos sabios como de molde, que no solamente escribian sus hechos, sino que pintaban sus mas mínimos pensamientos y niñerías, por mas escondidas que fuesen. Y no habia de ser tan desdichado tan buen caballero, que le faltase á él lo que sobró á Platir y á otros semejantes. Y así no podia inclinarme á creer, que tan gallarda historia hubiese quedado manca y estropeada, y echaba la culpa á la malignidad del tiempo devorador y consumidor de todas las cosas, el qual, ó la tenia oculta ó consumida. Por otra parte me parecia, que pues entre sus libros se habian hallado tan modernos, como *Desengaños de zelos*, y *Ninfas y Pastores de Henares*, que tambien su historia debia de ser moderna, y que ya que no estuviese escrita, estaria en la memoria de la gente de su aldea, y de las á ella circunvecinas. Esta imaginacion me traia confuso y deseoso de saber real y verdadera-

mente toda la vida y milagros de nuestro famoso español Don Quixote de la Mancha, luz y espejo de la caballería manchega, y el primero que en nuestra edad, y en estos tan calamitosos tiempos se puso al trabajo y exercicio de las andantes armas, y al de desfacer agravios, socorrer viudas, amparar doncellas, de aquellas que andaban con sus azotes y palafrenes, y con toda su virginidad á cuestas, de monte en monte y de valle en valle: que si no era que algun follon, ó algun villano de acha y capellina, ó algun descomunal gigante las forzaba, doncella hubo en los pasados tiempos, que al cabo de ochenta años, que en todos ellos no durmió un dia debaxo de texado, se fué tan entera á la sepultura como la madre que la habia parido. Digo pues, que por estos y otros muchos respetos, es digno nuestro gallardo Quixote de continuas y memorables alabanzas, y aun á mí no se me deben negar por el trabajo y diligencia que puse en buscar el fin desta agradable historia: aunque bien sé, que si el cielo, el caso y la fortuna no me ayudaran, el mundo quedara falto y sin el pasatiempo y gusto que bien casi dos horas podrá tener el que con atencion la leyere. Pasó pues el hallarla en esta manera.

Estando yo un dia en el Alcana de Toledo, llegó un muchacho á vender unos cartapacios y papeles viejos á un sedero: y como soy aficionado á leer, aunque sean los papeles rotos de las calles, llevado desta mi natural inclinacion, tomé un cartapacio de los que el muchacho vendia, víle con caractéres, que conocí ser arábigos: y puesto que aunque los conocia, no los sabia leer, anduve mirando, si parecia por allí algun mo-

risco aljamiado que los leyese, y no fué muy dificultoso hallar intérprete semejante, pues aunque le buscara de otra mejor y mas antigua lengua le hallara. En fin, la suerte me deparó uno, que diciéndole mi deseo, y poniéndole el libro en las manos, le abrió por medio, y leyendo un poco en él se comenzó á reir. Preguntéle, que de que se reia: y respondióme, que de una cosa que tenia aquel libro escrita en el márgen por anotacion. Díxele que me la dixese, y él sin dexar la risa dixo: está, como he dicho, aquí en el márgen escrito esto: *esta Dulcinea del Toboso, tantas veces en esta historia referida, dicen que tuvo la mejor mano para salar puercos que otra muger de toda la Mancha.* Quando yo oí decir Dulcinea del Toboso, quedé atónito y suspenso, porque luego se me representó que aquellos cartapacios contenian la historia de Don Quixote. Con esta imaginacion le dí priesa que leyese el principio, y haciéndolo así, volviendo de improviso el arábigo en castellano, dixo que decia: *Historia de Don Quixote de la Mancha, escrita por Cide Hamete Benengeli historiador arábigo.* Mucha discrecion fué menester para disimular el contento que recebí quando llegó á mis oidos el título del libro, y salteándosele al sedero, compré al muchacho todos los papeles y cartapacios por medio real: que si él tuviera discrecion, y supiera lo que yo los deseaba, bien se pudiera prometer y llevar mas de seis reales de la compra. Apartéme luego con el morisco por el claustro de la Iglesia mayor, y roguéle me volviese aquellos cartapacios, todos los que trataban de Don Quixote, en lengua castellana sin quitarles ni añadirles nada, ofreciéndole la

paga que él quisiese. Contentóse con dos arrobas de pasas y dos fanegas de trigo, y prometió de traducirlos bien y fielmente y con mucha brevedad. Pero yo por facilitar mas el negocio, y por no dexar de la mano tan buen hallazgo, le truxe á mi casa, donde en poco mas de mes y medio la traduxo toda del mesmo modo que aquí se refiere. Estaba en el primero cartapacio pintada muy al natural la batalla de Don Quixote con el vizcaino, puestos en la mesma postura que la historia cuenta, levantadas las espadas, el uno cubierto de su rodela, el otro de la almohada, y la mula del vizcaino tan al vivo, que estaba mostrando ser de alquiler á tiro de ballesta. Tenia á los pies escrito el vizcaino un título que decia: *Don Sancho de Azpeytia*, que sin duda debia de ser su nombre, y á los pies de Rocinante estaba otro que decia: *Don Quixote.* Estaba Rocinante maravillosamente pintado, tan largo y tendido, tan atenuado y flaco, con tanto espinazo, tan ético confirmado, que mostraba bien al descubierto con quanta advertencia y propiedad se le habia puesto el nombre de Rocinante. Junto á él estaba Sancho Panza, que tenia del cabestro á su asno, á los pies del qual estaba otro rétulo que decia: *Sancho Zancas*, y debia de ser que tenia, á lo que mostraba la pintura, la barriga grande, el talle corto, y las zancas largas: y por esto se le debió de poner nombre de Panza y de Zancas, que con estos dos sobrenombres le llama algunas veces la historia. Otras algunas menudencias habia que advertir, pero todas son de poca importancia, y que no hacen al caso á la verdadera relacion de la historia, que ninguna es mala como sea verdadera. Si á esta se le puede poner alguna

objecion cerca de su verdad, no podrá ser otra sino haber sido su autor arábigo, siendo muy propio de los de aquella nacion ser mentirosos, aunque por ser tan nuestros enemigos, ántes se puede entender haber quedado falto en ella que demasiado. Y así me parece á mí, pues quando pudiera y debiera extender la pluma en las alabanzas de tan buen caballero, parece que de industria las pasa en silencio. Cosa mal hecha y peor pensada, habiendo y debiendo ser los historiadores puntuales, verdaderos, y no nada apasionados, y que ni el interes ni el miedo, el rancor ni la aficion, no les haga torcer del camino de la verdad, cuya madre es la historia, émula del tiempo, depósito de las acciones, testigo de lo pasado, exemplo y aviso de lo presente, advertencia de lo por venir. En esta sé que se hallará todo lo que se acertare á desear en la mas apacible, y si algo bueno en ella faltare, para mí tengo que fué por culpa del galgo de su autor, ántes que por falta del sujeto. En fin su segunda parte[24], siguiendo la traducion, comenzaba desta manera.

Puestas y levantadas en alto las cortadoras espadas de los dos valerosos y enojados combatientes, no parecia sino que estaban amenazando al cielo, á la tierra y al abismo: tal era el denuedo y continente que tenian. Y el primero que fué á descargar el golpe, fué el colérico vizcaino, el qual fué dado con tanta fuerza y tanta furia, que á no volvérsele la espada en el camino, aquel solo golpe fuera bastante para dar fin á su rigurosa contienda, y á todas las aventuras de nuestro caballero; mas la buena suerte, que para mayores cosas le tenia guardado, torció la espada de su contrario, de

modo que aunque le acertó en el hombro izquierdo, no le hizo otro daño que desarmarle todo aquel lado, llevándole de camino gran parte de la celada con la mitad de la oreja, que todo ello con espantosa ruina vino al suelo, dexándole muy mal trecho. ¡Válame Dios, y quien será aquel que buenamente pueda contar ahora la rabia que entró en el corazon de nuestro manchego, viéndose parar de aquella manera! No se diga mas, sino que fué de manera, que se alzó de nuevo en los estribos, y apretando mas la espada en las dos manos, con tal furia descargó sobre el vizcaino, acertándole de lleno sobre el almohada y sobre la cabeza, que sin ser parte tan buena defensa, como si cayera sobre él una montaña, comenzó á echar sangre por las narices, y por la boca, y por los oidos, y á dar muestras de caer de la mula abaxo, de donde cayera sin duda, si no se abrazara con el cuello; pero con todo eso sacó los pies de los estribos, y luego soltó los brazos, y la mula espantada del terrible golpe dió á correr por el campo, y á pocos corcobos dió con su dueño en tierra. Estábaselo con mucho sosiego mirando Don Quixote, y como lo vió caer, saltó de su caballo, y con mucha ligereza se llegó á él, y poniéndole la punta de la espada en los ojos le dixo que se rindiese, si no que le cortaria la cabeza. Estaba el vizcaino tan turbado que no podia responder palabra, y él lo pasara mal, segun estaba ciego Don Quixote, si las señoras del coche, que hasta entónces con gran desmayo habian mirado la pendencia, no fueran adonde estaba, y le pidieran con mucho encarecimiento, les hiciese tan gran merced y favor de perdonar la vida á aquel su escudero. A lo

qual Don Quixote respondió con mucho entono y gravedad : por cierto , fermosas señoras , yo soy muy contento de hacer lo que me pedis , mas ha de ser con una condicion y concierto , y es , que este caballero me ha de prometer de ir al Lugar del Toboso , y presentarse de mi parte ante la sin par Doña Dulcinea , para que ella haga dél lo que mas fuere de su voluntad. Las temerosas y desconsoladas señoras , sin entrar en cuenta de lo que Don Quixote pedia , y sin preguntar quien Dulcinea fuese , le prometiéron , que el escudero haria todo aquello que de su parte le fuese mandado. Pues en fe de esa palabra , yo no le haré mas daño , puesto que me lo tenia bien merecido.

CAPÍTULO X.

De los graciosos razonamientos que pasáron entre Don Quixote y Sancho Panza su escudero[25].

Ya en este tiempo se habia levantado Sancho Panza algo maltratado de los mozos de los frayles , y habia estado atento á la batalla de su señor Don Quixote , y rogaba á Dios en su corazon , fuese servido de darle vitoria , y que en ella ganase alguna Ínsula de donde le hiciese Gobernador , como se lo habia prometido. Viendo pues ya acabada la pendencia , y que su amo volvia á subir sobre Rocinante , llegó á tenerle el estribo , y ántes que subiese , se hincó de rodillas delante dél , y asiéndole de la mano , se la besó y le dixo : sea vuestra merced servido , señor Don Quixote mio , de darme el gobierno de la Ínsula que en esta rigurosa

pendencia se ha ganado, que por grande que sea, yo me siento con fuerzas de saberla gobernar tal y tan bien como otro que haya gobernado Ínsulas en el mundo. Á lo qual respondió Don Quixote: advertid, hermano Sancho, que esta aventura, y las á esta semejantes, no son aventuras de Ínsulas, sino de encrucijadas, en las quales no se gana otra cosa que sacar rota la cabeza, ó una oreja ménos. Tened paciencia, que aventuras se ofrecerán, donde no solamente os pueda hacer Gobernador, sino mas adelante. Agradecióselo mucho Sancho, y besándole otra vez la mano y la falda de la loriga, le ayudó á subir sobre Rocinante, y él subió sobre su asno, y comenzó á seguir á su señor que á paso tirado, sin despedirse ni hablar mas con las del coche, se entró por un bosque que allí junto estaba. Seguíale Sancho á todo el trote de su jumento, pero caminaba tanto Rocinante, que viéndose quedar atras, le fué forzoso dar voces á su amo que se aguardase. Hízolo así Don Quixote, teniendo las riendas á Rocinante hasta que llegase su cansado escudero, el qual en llegando le dixo: paréceme, señor, que seria acertado irnos á retraer á alguna Iglesia, que segun quedó mal trecho aquel con quien os combatistes, no será mucho que dén noticia del caso á la santa Hermandad, y nos prendan: y á fe que si lo hacen, que primero que salgamos de la cárcel, que nos ha de sudar el hopo. Calla, dixo Don Quixote ¿y donde has visto tú ó leido jamas, que caballero andante haya sido puesto ante la justicia por mas homicidios que hubiese cometido? Yo no sé nada de omecillos, respondió Sancho, ni en mi vida le caté á ninguno: solo sé, que la santa Herman-

dad tiene que ver con los que pelean en el campo, y en esotro no me entremeto. Pues no tengas pena, amigo, respondió Don Quixote, que yo te sacaré de las manos de los Caldeos, quanto mas de las de la Hermandad. Pero dime por tu vida ¿has tú visto mas valeroso caballero que yo en todo lo descubierto de la tierra? ¿Has leido en historias otro que tenga ni haya tenido mas brio en acometer, mas aliento en el perseverar, mas destreza en el herir, ni mas maña en el derribar? La verdad sea, respondió Sancho, que yo no he leido ninguna historia jamas, porque ni sé leer, ni escrebir; mas lo que osaré apostar es, que mas atrevido amo que vuestra merced, yo no le he servido en todos los dias de mi vida, y quiera Dios que estos atrevimientos no se paguen donde tengo dicho. Lo que le ruego á vuestra merced es, que se cure, que le va mucha sangre de esa oreja, que aquí traygo hilas, y un poco de ungüento blanco en las alforjas. Todo eso fuera bien escusado, respondió Don Quixote, si á mí se me acordara de hacer una redoma del bálsamo de Fierabras, que con sola una gota se ahorraran tiempo y medicinas. ¿Que redoma, y que bálsamo es ese? dixo Sancho Panza. Es un bálsamo, respondió Don Quixote, de quien tengo la receta en la memoria, con el qual no hay que tener temor á la muerte, ni hay pensar morir de ferida alguna. Y así, quando yo le haga y te le dé, no tienes mas que hacer, sino que quando vieres que en alguna batalla me han partido por medio del cuerpo, como muchas veces suele acontecer, bonitamente la parte del cuerpo que hubiere caido en el suelo, y con mucha sotileza, ántes que la sangre se yele, la pondrás

sobre la otra mitad que quedare en la silla, advirtiendo de encaxallo igualmente y al justo. Luego me darás á beber solos dos tragos del bálsamo que he dicho, y verásme quedar mas sano que una manzana. Si eso hay, dixo Panza, yo renuncio desde aquí el gobierno de la prometida Ínsula, y no quiero otra cosa en pago de mis muchos y buenos servicios, sino que vuestra merced me dé la receta de ese estremado licor, que para mí tengo que valdrá la onza adonde quiera mas de á dos reales, y no he menester yo mas para pasar esta vida honrada y descansadamente. Pero es de saber ahora si tiene mucha costa el hacelle. Con ménos de tres reales se pueden hacer tres azumbres, respondió Don Quixote. Pecador de mí, replicó Sancho, ¿pues á que aguarda vuestra merced á hacerle, y á enseñármele? Calla, amigo, respondió Don Quixote, que mayores secretos pienso enseñarte, y mayores mercedes hacerte: y por ahora curémonos, que la oreja me duele mas de lo que yo quisiera. Sacó Sancho de las alforjas hilas y ungüento; mas quando Don Quixote llegó á ver rota su celada, pensó perder el juicio, y puesta la mano en la espada, y alzando los ojos al cielo dixo: yo hago juramento al Criador de todas las cosas, y á los santos quatro Evangelios, donde mas largamente están escritos, de hacer la vida que hizo el grande Marques de Mantua quando juró de vengar la muerte de su sobrino Valdovinos: que fué de no comer pan á manteles, ni con su muger folgar, y otras cosas, que aunque dellas no me acuerdo, las doy aquí por expresadas, hasta tomar entera venganza del que tal desaguisado me fizo. Oyendo esto Sancho, le dixo: advierta vues-

tra merced , señor Don Quixote , que si el caballero cumplió lo que se le dexó ordenado de irse á presentar ante mi señora Dulcinea del Toboso , ya habrá cumplido con lo que debia , y no merece otra pena, si no comete nuevo delito. Has hablado y apuntado muy bien , respondió Don Quixote , y así anulo el juramento , en quanto lo que toca á tomar dél nueva venganza ; pero hágole , y confírmole de nuevo , de hacer la vida que he dicho , hasta tanto que quite por fuerza otra celada tal y tan buena como esta á algun caballero. Y no pienses , Sancho , que así á humo de pajas hago esto , que bien tengo á quien imitar en ello , que esto mesmo pasó al pie de la letra sobre el yelmo de Mambrino, que tan caro le costó á Sacripante. Que dé al diablo vuestra merced tales juramentos , señor mio , replicó Sancho , que son muy en daño de la salud , y muy en perjuicio de la conciencia. Si no dígame ahora : si acaso en muchos dias no topamos hombre armado con celada ¿que hemos de hacer? ¿Hase de cumplir el juramento á despecho de tantos inconvenientes , é incomodidades , como será el dormir vestido , y el no dormir en poblado , y otras mil penitencias , que contenia el juramento de aquel loco viejo del Marques de Mantua que vuestra merced quiere revalidar ahora? Mire vuestra merced bien , que por todos estos caminos no andan hombres armados , sino arrieros y carreteros , que no solo no traen celadas ; pero quizá no las han oido nombrar en todos los dias de su vida. Engáñaste en eso, dixo Don Quixote , porque no habrémos estado dos horas por estas encrucijadas , quando veamos mas armados que los que viniéron sobre Albraca á la conquista de An-

gélica la Bella. Alto pues, sea así, dixo Sancho, y á Dios prazga, que nos suceda bien, y que se llegue ya el tiempo de ganar esa Ínsula, que tan cara me cuesta, y muérame yo luego. Ya te he dicho, Sancho, que no te dé eso cuidado alguno, que quando faltare Ínsula, ahí está el Reyno de Dinamarca, ó el de Sobradisa que te vendrán como anillo al dedo, y mas que por ser en tierra firme te debes mas alegrar. Pero dexemos esto para su tiempo, y mira si traes algo en esas alforjas que comamos, porque vamos luego en busca de algun castillo donde alojemos esta noche, y hagamos el bálsamo que te he dicho, porque yo te voto á Dios que me va doliendo mucho la oreja. Aquí trayo una cebolla y un poco de queso, y no sé quantos mendrugos de pan, dixo Sancho; pero no son manjares, que pertenecen á tan valiente caballero como vuestra merced. Que mal lo entiendes, respondió Don Quixote: hágote saber, Sancho, que es honra de los caballeros andantes no comer en un mes, y ya que coman, sea de aquello que hallaren mas á mano: y esto se te hiciera cierto, si hubieras leido tantas historias como yo, que aunque han sido muchas, en todas ellas no he hallado hecha relacion de que los caballeros andantes comiesen, si no era acaso, y en algunos suntuosos banquetes que les hacian, y los demas dias se los pasaban en flores. Y aunque se dexa entender que no podian pasar sin comer, y sin hacer todos los otros menesteres naturales, porque en efeto eran hombres como nosotros, hase de entender tambien, que andando lo mas del tiempo de su vida por las florestas y despoblados y sin cocinero, que su mas ordinaria comida seria de viandas rústicas, tales como las

que tú ahora me ofreces. Así que, Sancho amigo, no te congoge lo que á mí me da gusto, ni quieras tú hacer mundo nuevo, ni sacar la caballería andante de sus quicios. Perdóneme vuestra merced, dixo Sancho, que como yo no sé leer ni escrebir, como otra vez he dicho, no sé ni he caido en las reglas de la profesion caballeresca: y de aquí adelante yo proveeré las alforjas de todo género de fruta seca para vuestra merced que es caballero, y para mí las proveeré, pues no lo soy, de otras cosas volátiles y de mas sustancia. No digo yo, Sancho, replicó Don Quixote, que sea forzoso á los caballeros andantes no comer otra cosa sino las frutas que dices; sino que su mas ordinario sustento debia de ser dellas, y de algunas yerbas, que hallaban por los campos, que ellos conocian, y yo tambien conozco. Virtud es, respondió Sancho, conocer esas yerbas que, segun yo me voy imaginando, algun dia será menester usar de ese conocimiento. Y sacando en esto lo que dixo que traia, comiéron los dos en buena paz y compaña. Pero deseosos de buscar adonde alojar aquella noche, acabáron con mucha brevedad su pobre y seca comida. Subiéron luego á caballo, y diéronse priesa por llegar á poblado ántes que anocheciese; pero faltóles el sol y la esperanza de alcanzar lo que deseaban junto á unas chozas de unos cabreros, y así determináron de pasarla allí: que quanto fué de pesadumbre para Sancho no llegar á poblado, fué de contento para su amo, dormirla al cielo descubierto, por parecerle que cada vez que esto le sucedia, era hacer un acto posesivo que facilitaba la prueba de su caballería.

CAPÍTULO XI.

De lo que le sucedió á Don Quixote con unos cabreros.

Fué recogido de los cabreros con buen ánimo, y habiendo Sancho, lo mejor que pudo, acomodado á Rocinante y á su jumento, se fué tras el olor que despedian de sí ciertos tasajos de cabra, que hirviendo al fuego en un caldero estaban: y aunque él quisiera en aquel mesmo punto ver si estaban en sazon de trasladarlos del caldero al estómago, lo dexó de hacer porque los cabreros los quitáron del fuego, y tendiendo por el suelo unas pieles de ovejas, aderezáron con mucha priesa su rústica mesa, y convidáron á los dos, con muestras de muy buena voluntad, con lo que tenian. Sentáronse á la redonda de las pieles seis dellos, que eran los que en la majada habia, habiendo primero con groseras ceremonias rogado á Don Quixote que se sentase sobre un dornajo que vuelto del reves le pusiéron. Sentóse Don Quixote, y quedábase Sancho en pie para servirle la copa, que era hecha de cuerno. Viéndole en pie su amo, le dixo: porque veas, Sancho, el bien que en sí encierra la andante caballería, y quan á pique están los que en qualquiera ministerio della se exercitan, de venir brevemente á ser honrados y estimados del mundo, quiero que aquí á mi lado, y en compañía desta buena gente te sientes, y que seas una misma cosa conmigo, que soy tu amo y natural señor, que comas en mi plato y bebas por donde yo bebiere: porque de la caballería andante se puede decir lo mesmo, que

del amor se dice, que todas las cosas iguala. ¡Gran merced! dixo Sancho, pero sé decir á vuestra merced, que como yo tuviese bien de comer, tan bien y mejor me lo comeria en pie y á mis solas, como sentado á par de un Emperador. Y aun si va á decir verdad, mucho mejor me sabe lo que como en mi rincon sin melindres ni respetos aunque sea pan y cebolla, que los gallipavos de otras mesas, donde me sea forzoso mascar despacio, beber poco, limpiarme á menudo, no estornudar ni toser si me viene gana, ni hacer otras cosas que la soledad y la libertad traen consigo. Así que, señor mio, estas honras que vuestra merced quiere darme, por ser ministro y adherente de la caballería andante, como lo soy siendo escudero de vuestra merced, conviértalas en otras cosas que me sean de mas cómodo y provecho, que estas, aunque las doy por bien recebidas, las renuncio para desde aquí al fin del mundo. Con todo eso te has de sentar, porque á quien se humilla Dios le ensalza, y asiéndole por el brazo, le forzó á que junto á él se sentase. No entendian los cabreros aquella gerigonza de escuderos y de caballeros andantes, y no hacian otra cosa que comer y callar, y mirar á sus huéspedes, que con mucho donayre y gana embaulaban tasajo como el puño. Acabado el servicio de carne, tendiéron sobre las zaleas gran cantidad de bellotas avellanadas, y juntamente pusiéron un medio queso mas duro que si fuera hecho de argamasa. No estaba en esto ocioso el cuerno, porque andaba á la redonda tan á menudo, ya lleno, ya vacio como arcaduz de noria, que con facilidad vació un zaque, de dos que estaban de manifiesto. Despues que Don Quixote hubo bien satis-

fecho su estómago, tomó un puño de bellotas en la mano, y mirándolas atentamente, soltó la voz á semejantes razones: dichosa edad y siglos dichosos, aquellos á quien los antiguos pusiéron nombre de dorados, y no porque en ellos el oro, que en esta nuestra edad de hierro tanto se estima, se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino porque entónces los que en ella vivian, ignoraban estas dos palabras de *tuyo* y *mio*. Eran en aquella santa edad todas las cosas comunes: á nadie le era necesario para alcanzar su ordinario sustento tomar otro trabajo que alzar la mano, y alcanzarle de las robustas encinas que liberalmente les estaban convidando con su dulce y sazonado fruto. Las claras fuentes y corrientes rios, en magnífica abundancia, sabrosas y transparentes aguas les ofrecian. En las quiebras de las peñas y en lo hueco de los árboles formaban su república las solícitas y discretas abejas, ofreciendo á qualquiera mano sin interes alguno la fértil cosecha de su dulcísimo trabajo. Los valientes alcornoques despedian de sí, sin otro artificio que el de su cortesía, sus anchas y livianas cortezas con que se comenzáron á cubrir las casas sobre rústicas estacas sustentadas, no mas que para defensa de las inclemencias del cielo. Todo era paz entónces, todo amistad, todo concordia: aun no se habia atrevido la pesada reja del corvo arado á abrir ni visitar las entrañas piadosas de nuestra primera madre, que ella sin ser forzada ofrecia por todas las partes de su fértil y espacioso seno lo que pudiese hartar, sustentar y deleytar á los hijos que entónces la poseian. Entónces sí, que andaban las simples y hermosas zagalejas de valle en valle, y de otero en otero en trenza y en cabello,

sin mas vestidos de aquellos que eran menester para cubrir honestamente lo que la honestidad quiere, y ha querido siempre que se cubra, y no eran sus adornos de los que ahora se usan, á quien la púrpura de Tiro, y la por tantos modos martirizada seda encarecen, sino de algunas hojas de verdes lampazos y yedra entretexidas, con lo que quizá iban tan pomposas y compuestas, como van ahora nuestras cortesanas con las raras y peregrinas invenciones que la curiosidad ociosa les ha mostrado. Entónces se decoraban los concetos amorosos del alma simple y sencillamente, del mesmo modo y manera que ella los concebia, sin buscar artificioso rodeo de palabras para encarecerlos. No habia la fraude, el engaño ni la malicia mezcládose con la verdad y llaneza. La justicia se estaba en sus propios términos, sin que la osasen turbar ni ofender los del favor y los del interese que tanto ahora la menoscaban, turban y persiguen. La ley del encaxe aun no se habia sentado en el entendimiento del juez, porque entónces no habia que juzgar ni quien fuese juzgado. Las doncellas, y la honestidad andaban, como tengo dicho, por donde quiera, solas y señoras, sin temor que la agena desenvoltura y lascivo intento las menoscabasen, y su perdicion nacia de su gusto y propia voluntad. Y ahora en estos nuestros detestables siglos, no está segura ninguna, aunque la oculte y cierre otro nuevo laberinto como el de Creta, porque allí por los resquicios ó por el ayre, con el zelo de la maldita solicitud se les entra la amorosa pestilencia, y les hace dar con todo su recogimiento al traste. Para cuya seguridad, andando mas los tiempos, y creciendo mas la malicia, se instituyó

la órden de los caballeros andantes para defender las doncellas, amparar las viudas, y socorrer á los huérfanos y á los menesterosos. Desta órden soy yo, hermanos cabreros, á quien agradezco el agasajo y buen acogimiento que haceis á mí y á mi escudero: que aunque por ley natural están todos los que viven obligados á favorecer á los caballeros andantes, todavía por saber que sin saber vosotros esta obligacion me acogistes y regalastes, es razon que con la voluntad á mí posible os agradezca la vuestra. Toda esta larga arenga (que se pudiera muy bien escusar) dixo nuestro caballero, porque las bellotas que le diéron, le truxéron á la memoria la edad dorada, y antojósele hacer aquel inútil razonamiento á los cabreros que sin respondelle palabra, embobados y suspensos le estuviéron escuchando. Sancho asimesmo callaba, y comia bellotas, y visitaba muy á menudo el segundo zaque que, porque se enfriase el vino, le tenian colgado de un alcornoque. Mas tardó en hablar Don Quixote, que en acabarse la cena, al fin de la qual, uno de los cabreros dixo: para que con mas véras pueda vuestra merced decir, señor caballero andante, que le agasajamos con pronta y buena voluntad, queremos darle solaz y contento con hacer que cante un compañero nuestro que no tardará mucho en estar aquí, el qual es un zagal entendido y muy enamorado, y que sobre todo sabe leer y escrebir, y es músico de un rabel, que no hay mas que desear. Apénas habia el cabrero acabado de decir esto, quando llegó á sus oidos el son del rabel, y de allí á poco llegó el que le tañia, que era un mozo de hasta veinte y dos años, de muy buena gracia. Preguntáronle sus compa-

ñeros, si habia cenado, y respondiendo que sí, el que habia hecho los ofrecimientos le dixo: de esa manera, Antonio, bien podrás hacernos placer de cantar un poco, porque vea este señor huésped que tenemos, que tambien por los montes y selvas hay quien sepa de música. Hémosle dicho tus buenas habilidades, y deseamos que las muestres, y nos saques verdaderos, y así te ruego por tu vida que te sientes y cantes el romance de tus amores que te compuso el Beneficiado tu tio, que en el pueblo ha parecido muy bien. Que me place, respondió el mozo, y sin hacerse mas de rogar, se sentó en el tronco de una desmochada encina, y templando su rabel, de allí á poco con muy buena gracia comenzó á cantar, diciendo desta manera:

ANTONIO.

Yo sé, Olalla, que me adoras,
puesto que no me lo has dicho,
ni aun con los ojos siquiera,
mudas lenguas de amoríos.
Porque sé que eres sabida,
en que me quieres me afirmo,
que nunca fué desdichado
amor que fué conocido.
Bien es verdad que tal vez,
Olalla, me has dado indicio
que tienes de bronce el alma,
y el blanco pecho de risco.
Mas allá entre tus reproches,
y honestísimos desvíos,
tal vez la esperanza muestra
la orilla de su vestido.

Abalánzase al señuelo
mi fe, que nunca ha podido
ni menguar por no llamado,
ni crecer por escogido.
Si el amor es cortesía,
de la que tienes colijo,
que el fin de mis esperanzas
ha de ser qual imagino.
Y si son servicios parte
de hacer un pecho benigno,
algunos de los que he hecho
fortalecen mi partido.
Porque si has mirado en ello,
mas de una vez habrás visto,
que me he vestido en los lunes
lo que me honraba el domingo.
Como el amor y la gala
andan un mesmo camino,
en todo tiempo á tus ojos
quise mostrarme polido.
Dexo el baylar por tu causa,
ni las músicas te pinto,
que has escuchado á deshoras
y al canto del gallo primo.
No cuento las alabanzas,
que de tu belleza he dicho,
que, aunque verdaderas, hacen
ser yo de algunas malquisto.
Teresa del Berrocal,
yo alabándote, me dixo:
tal piensa que adora un Ángel,

y viene á adorar á un ximio.
Merced á los muchos dixes
y á los cabellos postizos,
y á hipócritas hermosuras,
que engañan al amor mismo.
Desmentíla, y enojóse,
volvió por ella su primo,
desafióme, y ya sabes
lo que yo hice, y él hizo.
No te quiero yo á monton,
ni te pretendo y te sirvo
por lo de barraganía,
que mas bueno es mi designio.
Coyundas tiene la Iglesia,
que son lazadas de sirgo,
pon tu cuello en la gamella,
verás como pongo el mio.
Donde no, desde aquí juro
por el santo mas bendito,
de no salir destas sierras
sino para capuchino.

Con esto dió el cabrero fin á su canto, y aunque Don Quixote le rogó que algo mas cantase, no lo consintió Sancho Panza, porque estaba mas para dormir que para oir canciones. Y así dixo á su amo: bien puede vuestra merced acomodarse desde luego adonde ha de posar esta noche, que el trabajo que estos buenos hombres tienen todo el dia no permite que pasen las noches cantando. Ya te entiendo, Sancho, le respondió Don Quixote, que bien se me trasluce que las visitas del zaque piden mas recompensa de sueño que de mú-

sica. A todos nos sabe bien, bendito sea Dios, respondió Sancho. No lo niego, replicó Don Quixote, pero acomódate tú donde quisieres, que los de mi profesion mejor parecen velando que durmiendo; pero con todo esto[26] seria bien, Sancho, que me vuelvas á curar esta oreja, que me va doliendo mas de lo que es menester. Hizo Sancho lo que se le mandaba: y viendo uno de los cabreros la herida, le dixo que no tuviese pena, que él pondria remedio con que fácilmente se sanase: y tomando algunas hojas de romero, de mucho que por allí habia, las mascó y las mezcló con un poco de sal, y aplicándoselas á la oreja, se la vendó muy bien, asegurándole que no habia menester otra medicina, y así fué la verdad.

CAPÍTULO XII.

De lo que contó un cabrero á los que estaban con Don Quixote.

Estando en esto, llegó otro mozo de los que les traian del aldea el bastimento, y dixo: ¿sabeis lo que pasa en el Lugar, compañeros? Como lo podemos saber, respondió uno dellos. Pues sabed, prosiguió el mozo, que murió esta mañana aquel famoso pastor estudiante llamado Grisóstomo, y se murmura que ha muerto de amores de aquella endiablada moza de Marcela, la hija de Guillermo el rico, aquella que se anda en hábito de pastora por esos andurriales. Por Marcela dirás, dixo uno. Por esa digo, respondió el cabrero: y es lo bueno, que mandó en su testamento que le enterrasen en el campo, como si fuera moro, y que sea al pie de

la peña donde está la fuente del alcornoque, porque segun es fama (y él dicen que lo dixo) aquel lugar es adonde él la vió la vez primera. Y tambien mandó otras cosas tales, que los Abades del pueblo dicen que no se han de cumplir, ni es bien que se cumplan porque parecen de gentiles. A todo lo qual responde aquel gran su amigo Ambrosio el estudiante, que tambien se vistió de pastor con él, que se ha de cumplir todo sin faltar nada como lo dexó mandado Grisóstomo, y sobre esto anda el pueblo alborotado: mas á lo que se dice, en fin se hará lo que Ambrosio y todos los pastores sus amigos quieren, y mañana le vienen á enterrar con gran pompa adonde tengo dicho: y tengo para mí que ha de ser cosa muy de ver, á lo ménos yo no dexaré de ir á verla, si supiese no volver mañana al Lugar. Todos harémos lo mesmo, respondiéron los cabreros, y echarémos suertes á quien ha de quedar á guardar las cabras de todos. Bien dices, Pedro, dixo uno de ellos, aunque no será menester usar de esa diligencia, que yo me quedaré por todos: y no lo atribuyas á virtud, y á poca curiosidad mia, sino á que no me dexa andar el garrancho que el otro dia me pasó este pie. Con todo eso te lo agradecemos, respondió Pedro. Y Don Quixote rogó á Pedro le dixese que muerto era aquel, y que pastora aquella. A lo qual Pedro respondió, que lo que sabia era, que el muerto era un hijodalgo rico, vecino de un Lugar que estaba en aquellas sierras, el qual habia sido estudiante muchos años en Salamanca, al cabo de los quales habia vuelto á su Lugar con opinion de muy sabio y muy leido. Principalmente decian, que sabia la ciencia de las estrellas, y de lo que pasan allá en el

cielo el sol y la luna, porque puntualmente nos decia el cris del sol y de la luna. Eclipse se llama, amigo, que no cris, el escurecerse esos dos luminares mayores, dixo Don Quixote. Mas Pedro no reparando en niñerías, prosiguió su cuento, diciendo: asimesmo adevinaba quando habia de ser el año abundante ó estil. Estéril quereis decir, amigo, dixo Don Quixote. Estéril ó estil, respondió Pedro, todo se sale allá. Y digo, que con esto que decia, se hiciéron su padre y sus amigos que le daban crédito muy ricos, porque hacian lo que él les aconsejaba, diciéndoles: sembrad este año cebada, no trigo, en este podeis sembrar garbanzos, y no cebada, el que viene será de guilla de aceyte, los tres siguientes no se cogerá gota. Esa ciencia se llama *Astrología*, dixo Don Quixote. Nö sé yo como se llama, replicó Pedro; mas sé que todo esto sabia, y aun mas. Finalmente, no pasáron muchos meses despues que vino de Salamanca, quando un dia remaneció vestido de pastor con su ganado[27] y pellico, habiéndose quitado los hábitos largos, que como escolar traia, y juntamente se vistió con él de pastor otro su grande amigo llamado Ambrosio, que habia sido su compañero en los estudios. Olvidábaseme de decir como Grisóstomo el difunto, fué grande hombre de componer coplas, tanto que él hacia los villancicos para la noche del Nacimiento del Señor, y los autos para el dia de Dios, que los representaban los mozos de nuestro pueblo, y todos decian que eran por el cabo. Quando los del Lugar viéron tan de improviso vestidos de pastores á los dos escolares, quedáron admirados, y no podian adivinar la causa que les habia movido á hacer aquella tan estraña

mudanza. Ya en este tiempo era muerto el padre de nuestro Grisóstomo, y él quedó heredado en mucha cantidad de hacienda, ansí en muebles como en raices, y en no pequeña cantidad de ganado mayor y menor, y en gran cantidad de dineros: de todo lo qual quedó el mozo señor desoluto, y en verdad que todo lo merecia, que era muy buen compañero y caritativo y amigo de los buenos, y tenia una cara como una bendicion. Despues se vino á entender, que el haberse mudado de trage, no habia sido por otra cosa que por andarse por estos despoblados empos de aquella pastora Marcela que nuestro zagal nombró denántes, de la qual se habia enamorado el pobre difunto de Grisóstomo. Y quiéroos decir ahora (porque es bien que lo sepais) quien es esta rapaza, quizá y aun sin quizá no habréis oido semejante cosa en todos los dias de vuestra vida, aunque vivais mas años que sarna. Decid Sarra, replicó Don Quixote, no pudiendo sufrir el trocar de los vocablos del cabrero. Harto vive la sarna, respondió Pedro, y si es, señor, que me habeis de andar zaheriendo á cada paso los vocablos, no acabarémos en un año. Perdonad amigo, dixo Don Quixote, que por haber tanta diferencia de sarna á Sarra os lo dixe, pero vos respondístes muy bien, porque vive mas sarna que Sarra: y proseguid vuestra historia, que no os replicaré mas en nada. Digo pues, señor mio de mi alma, dixo el cabrero, que en nuestra aldea hubo un labrador, aun mas rico que el padre de Grisóstomo, el qual se llamaba Guillermo, y al qual dió Dios, amen de las muchas y grandes riquezas, una hija de cuyo parto murió su madre, que fué la mas honrada muger que hubo en todos estos con-

tornos : no parece sino que ahora la veo con aquella cara , que del un cabo tenia el sol y del otro la luna, y sobre todo hacendosa y amiga de los pobres, por lo que creo que debe de estar su ánima á la hora de hora gozando de Dios en el otro mundo. De pesar de la muerte de tan buena muger murió su marido Guillermo, dexando á su hija Marcela muchacha y rica en poder de un tio suyo Sacerdote, y Beneficiado en nuestro Lugar. Creció la niña con tanta belleza, que nos hacia acordar de la de su madre que la tuvo muy grande, y con todo esto se juzgaba que le habia de pasar la de la hija: y así fué, que quando llegó á edad de catorce á quince años, nadie la miraba que no bendecia á Dios que tan hermosa la habia criado, y los mas quedaban enamorados y perdidos por ella. Guardábala su tio con mucho recato y con mucho encerramiento; pero con todo esto, la fama de su mucha hermosura se extendió de manera, que así por ella como por sus muchas riquezas, no solamente de los de nuestro pueblo, sino de los de muchas leguas á la redonda, y de los mejores dellos, era rogado, solicitado é importunado su tio se la diese por muger. Mas él, que á las derechas es buen christiano, aunque quisiera casarla luego, así como la via[28] de edad, no quiso hacerlo sin su consentimiento, sin tener ojo á la ganancia y grangería que le ofrecia el tener la hacienda de la moza, dilatando su casamiento. Y á fe que se dixo esto en mas de un corrillo en el pueblo en alabanza del buen Sacerdote. Que quiero que sepa, señor andante, que en estos Lugares cortos de todo se trata, y de todo se murmura: y tened para vos, como yo tengo para mí, que debia de ser demasiadamente bueno el

clérigo que obliga á sus feligreses á que digan bien dél, especialmente en las aldeas. Así es la verdad, dixo Don Quixote, y proseguid adelante, que el cuento es muy bueno, y vos, buen Pedro, le contais con buena gracia. La del Señor no me falte, que es la que hace al caso. Y en lo demas sabréis, que aunque el tio proponia á la sobrina, y le decia las calidades de cada uno en particular de los muchos que por muger la pedian, rogándole que se casase, y escogiese á su gusto, jamas ella respondió otra cosa, sino que por entónces no queria casarse, y que por ser tan muchacha no se sentia hábil para poder llevar la carga del matrimonio. Con estas que daba al parecer justas escusas, dexaba el tio de importunarla, y esperaba á que entrase algo mas en edad, y ella supiese escoger compañía á su gusto. Porque decia él, y decia muy bien, que no habian de dar los padres á sus hijos estado contra su voluntad. Pero hételo aquí, quando no me cato, que remanece un dia la melindrosa Marcela hecha pastora: y sin ser parte su tio ni todos los del pueblo que se lo desaconsejaban, dió en irse al campo con las demas zagalas del Lugar, y dió en guardar su mesmo ganado. Y así como ella salió en público, y su hermosura se vió al descubierto, no os sabré buenamente decir, quantos ricos mancebos, hidalgos y labradores, han tomado el trage de Grisóstomo, y la andan requebrando por esos campos. Uno de los quales, como ya está dicho, fué nuestro difunto, del qual decian que la dexaba de querer, y la adoraba. Y no se piense que porque Marcela se puso en aquella libertad y vida tan suelta, y de tan poco ó de ningun recogimiento, que por eso ha dado indicio ni por

semejas, que venga en menoscabo de su honestidad y recato; ántes es tanta y tal la vigilancia con que mira por su honra, que de quantos la sirven y solicitan, ninguno se ha alabado, ni con verdad se podrá alabar que le haya dado alguna pequeña esperanza de alcanzar su deseo. Que puesto que no huye ni se esquiva de la compañía y conversacion de los pastores, y los trata cortes y amigablemente, en llegando á descubrirle su intencion qualquiera dellos, aunque sea tan justa y santa como la del matrimonio, los arroja de sí como con un trabuco. Y con esta manera de condicion hace mas daño en esta tierra que si por ella entrara la pestilencia, porque su afabilidad y hermosura atrae los corazones de los que la tratan, á servirla y á amarla; pero su desden y desengaño los conduce á términos de desesperarse, y así no saben que decirle, sino llamarla á voces cruel y desagradecida, con otros títulos á este semejantes, que bien la calidad de su condicion manifiestan: y si aquí estuviésedes, señor, algun dia, veríades resonar estas sierras y estos valles con los lamentos de los desengañados que la siguen. No está muy léxos de aquí un sitio, donde hay casi dos docenas de altas hayas, y no hay ninguna que en su lisa corteza no tenga grabado y escrito el nombre de Marcela, y encima de alguna una corona grabada en el mesmo árbol, como si mas claramente dixera su amante, que Marcela la lleva y la merece de toda la hermosura humana. Aquí suspira un pastor, allí se quexa otro, acullá se oyen amorosas canciones, acá desesperadas endechas. Qual hay que pasa todas las horas de la noche sentado al pie de alguna encina ó peñasco, y allí sin plegar los llorosos

ojos embevecido y transportado en sus pensamientos le halló el sol á la mañana: y qual hay que sin dar vado ni tregua á sus suspiros, en mitad del ardor de la mas enfadosa siesta del verano, tendido sobre la ardiente arena, embia sus quexas al piadoso cielo: y deste y de aquel, y de aquellos y destos, libre y desenfadadamente triunfa la hermosa Marcela. Y todos los que la conocemos estámos esperando en que ha de parar su altivez, y quien ha de ser el dichoso que ha de venir á domeñar condicion tan terrible, y gozar de una hermosura tan extremada. Por ser todo lo que he contado tan averiguada verdad, me doy á entender que tambien lo es la que nuestro zagal dixo que se decia de la causa de la muerte de Grisóstomo. Y así os aconsejo, señor, que no dexeis de hallaros mañana á su entierro, que será muy de ver, porque Grisóstomo tiene muchos amigos, y no está deste lugar á aquel donde manda enterrarse media legua. En cuidado me lo tengo, dixo Don Quixote, y agradézcoos el gusto que me habeis dado con la narracion de tan sabroso cuento. O! replicó el cabrero, aun no sé yo la mitad de los casos sucedidos á los amantes de Marcela; mas podria ser que mañana topásemos en el camino algun pastor que nos los dixese: y por ahora bien será que os vais á dormir debaxo de techado, porque el sereno os podria dañar la herida, puesto que es tal la medicina que se os ha puesto, que no hay que temer de contrario[29] acidente. Sancho Panza que ya daba al diablo el tanto hablar del cabrero, solicitó por su parte que su amo se entrase á dormir en la choza de Pedro. Hízolo así, y todo lo mas de la noche se la pasó en memorias de su señora Dulcinea, á imitacion de los

amantes de Marcela. Sancho Panza se acomodó entre Rocinante y su jumento, y durmió, no como enamorado desfavorecido, sino como hombre molido á coces.

CAPÍTULO XIII.

Donde se da fin al cuento de la pastora Marcela, con otros sucesos.

Mas apénas comenzó á descubrirse el dia por los balcones del oriente, quando los cinco de los seis cabreros se levantáron, y fuéron á despertar á Don Quixote, y á decille si estaba todavía con propósito de ir á ver el famoso entierro de Grisóstomo, y que ellos le harian compañía. Don Quixote, que otra cosa no deseaba, se levantó, y mandó á Sancho que ensillase y enalbardase al momento, lo qual él hizo con mucha diligencia, y con la mesma se pusiéron luego todos en camino. Y no hubiéron andado un quarto de legua, quando al cruzar de una senda, viéron venir hácia ellos hasta seis pastores vestidos con pellicos negros, y coronadas las cabezas con guirnaldas de cipres y de amarga adelfa. Traia cada uno un grueso baston de acebo en la mano: venian con ellos asimesmo dos gentileshombres de á caballo, muy bien aderezados de camino, con otros tres mozos de á pie que los acompañaban. En llegándose á juntar, se saludáron cortesmente, y preguntándose los unos á los otros donde iban, supiéron que todos se encaminaban al lugar del entierro, y así comenzáron á caminar todos juntos. Uno de los de á caballo, hablando con su compañero le dixo: paréceme, señor Vivaldo, que habemos de dar por bien empleada la tardanza que hi-

ciéremos en ver este famoso entierro, que no podrá dexar de ser famoso, segun estos pastores nos han contado estrañezas, así del muerto pastor, como de la pastora homicida. Así me lo parece á mí, respondió Vivaldo, y no digo yo hacer tardanza de un dia; pero de quatro la hiciera á trueco de verle. Preguntóles Don Quixote, que era lo que habian oido de Marcela y de Grisostómo. El caminante dixo, que aquella madrugada habian encontrado con aquellos pastores, y que por haberles visto en aquel tan triste trage, les habian preguntado la ocasion porque iban de aquella manera: que uno dellos se lo contó, contando la estrañeza y hermosura de una pastora llamada Marcela, y los amores de muchos que la requestaban, con la muerte de aquel Grisóstomo á cuyo entierro iban. Finalmente él contó todo lo que Pedro á Don Quixote habia contado. Cesó esta plática, y comenzóse otra, preguntando el que se llamaba Vivaldo á Don Quixote, que era la ocasion que le movia á andar armado de aquella manera por tierra tan pacífica. A lo qual respondió Don Quixote: la profesion de mi exercicio no consiente ni permite que yo ande de otra manera: el buen paso, el regalo y el reposo, allá se inventó para los blandos cortesanos; mas el trabajo, la inquietud y las armas, solo se inventáron é hiciéron para aquellos que el mundo llama caballeros andantes, de los quales yo, aunque indigno, soy el menor de todos. Apénas le oyéron esto, quando todos le tuviéron por loco, y por averiguarlo mas, y ver que género de locura era el suyo, le tornó á preguntar Vivaldo, que que queria decir caballeros andantes. ¿No han vuestras mercedes leido, respondió Don Qui-

xote, los anales é historias de Ingalaterra donde se tratan las famosas fazañas del Rey Arturo que continuamente en nuestro romance castellano llamamos el Rey Artus, de quien es tradicion antigua y comun en todo aquel Reyno de la Gran Bretaña, que este Rey no murió, sino que por arte de encantamento se convirtió en cuervo, y que andando los tiempos ha de volver á reynar, y á cobrar su Reyno y cetro: á cuya causa no se probará que desde aquel tiempo á este haya ningun Ingles muerto cuervo alguno? Pues en tiempo deste buen Rey fué instituida aquella famosa órden de caballería de los caballeros de la Tabla Redonda, y pasáron sin faltar un punto los amores que allí se cuentan de Don Lanzarote del Lago con la Reyna Ginebra, siendo medianera dellos y sabidora aquella tan honrada dueña Quintañona, de donde nació aquel tan sabido romance, y tan decantado en nuestra España de:

Nunca fuera caballero
de damas tan bien servido,
como fuera Lanzarote,
quando de Bretaña vino,

con aquel progreso tan dulce y tan suave de sus amorosos y fuertes fechos. Pues desde entónces, de mano en mano fué aquella órden de caballería extendiéndose y dilatándose por muchas y diversas partes del mundo: y en ella fuéron famosos y conocidos por sus fechos el valiente Amadis de Gaula con todos sus hijos y nietos, hasta la quinta generacion, y el valeroso Felixmarte de Hircania, y el nunca como se debe alabado Tirante el Blanco, y casi que en nuestros dias vímos y comunicámos y oímos al invencible y valeroso caba-

llero Don Belianis de Grecia. Esto pues, señores, es ser caballero andante, y la que he dicho, es la órden de su caballería, en la qual, como otra vez he dicho, yo aunque pecador, he hecho profesion, y lo mesmo que profesáron los caballeros referidos, profeso yo, y así me voy por estas soledades y despoblados buscando las aventuras, con ánimo deliberado de ofrecer mi brazo y mi persona á la mas peligrosa, que la suerte me depare, en ayuda de los flacos y menesterosos. Por estas razones que dixo acabáron de enterarse los caminantes que era Don Quixote falto de juicio, y del género de locura que lo señoreaba, de lo qual recibiéron la mesma admiracion que recebian todos aquellos que de nuevo venian en conocimiento della. Y Vivaldo, que era persona muy discreta y de alegre condicion, por pasar sin pesadumbre el poco camino que decian que les faltaba á llegar á la sierra del entierro, quiso darle ocasion á que pasase mas adelante con sus disparates. Y así le dixo: paréceme, señor caballero andante, que vuestra merced ha profesado una de las mas estrechas profesiones que hay en la tierra, y tengo para mí que aun la de los frayles cartuxos no es tan estrecha. Tan estrecha bien podia ser, respondió nuestro Don Quixote; pero tan necesaria en el mundo, no estoy en dos dedos de ponerlo en duda. Porque si va á decir verdad, no hace ménos el soldado que pone en execucion lo que su Capitan le manda, que el mesmo Capitan que se lo ordena. Quiero decir, que los religiosos, con toda paz y sosiego piden al cielo el bien de la tierra; pero los soldados y caballeros ponemos en execucion lo que ellos piden, defendiéndola con el valor de nuestros brazos

y filos de nuestras espadas: no debaxo de cubierta, sino al cielo abierto, puestos por blanco de los insufribles rayos del sol en verano, y de los erizados yelos del invierno. Así que somos ministros de Dios en la tierra, y brazos por quien se executa en ella su justicia. Y como las cosas de la guerra, y las á ellas tocantes y concernientes, no se pueden poner en execucion sino sudando, afanando[30] y trabajando, síguese que aquellos que la profesan, tienen sin duda mayor trabajo, que aquellos que en sosegada paz y reposo están rogando á Dios favorezca á los que poco pueden. No quiero yo decir, ni me pasa por pensamiento, que es tan buen estado el de caballero andante como el del encerrado religioso; solo quiero inferir por lo que yo padezco, que sin duda es mas trabajoso y mas aporreado y mas hambriento y sediento, miserable, roto y piojoso, porque no hay duda, sino que los caballeros andantes pasados pasáron mucha mala ventura en el discurso de su vida. Y si algunos subiéron á ser Emperadores por el valor de su brazo, á fe que les costó buen porque de su sangre y de su sudor: y que si á los que á tal grado subiéron, les faltaran encantadores y sabios que los ayudaran, que ellos quedaran bien defraudados de sus deseos, y bien engañados de sus esperanzas. De ese parecer estoy yo, replicó el caminante: pero una cosa entre otras muchas me parece muy mal de los caballeros andantes, y es, que quando se ven en ocasion de acometer una grande y peligrosa aventura en que se ve manifiesto peligro de perder la vida, nunca en aquel instante de acometella se acuerdan de encomendarse á Dios, como cada christiano está obligado á ha-

cer en peligros semejantes, ántes se encomiendan á sus damas con tanta gana y devocion, como si ellas fueran su Dios, cosa que me parece que huele algo á gentilidad. Señor, respondió Don Quixote, eso no puede ser ménos en ninguna manera, y caeria en mal caso el caballero andante que otra cosa hiciese, que ya está en uso y costumbre en la caballería andantesca, que el caballero andante que al acometer algun gran fecho de armas tuviese su señora delante, vuelva á ella los ojos blanda y amorosamente como que le pide con ellos le favorezca y ampare en el dudoso trance que acomete: y aun si nadie le oye, está obligado á decir algunas palabras entre dientes en que de todo corazon se le encomiende, y desto tenemos inumerables exemplos en las historias. Y no se ha de entender por esto que han de dexar de encomendarse á Dios, que tiempo y lugar les queda para hacerlo en el discurso de la obra. Con todo eso, replicó el caminante, me queda un escrúpulo, y es, que muchas veces he leido, que se traban palabras entre dos andantes caballeros, y de una en otra se les viene á encender la cólera, y á volver los caballos, y á tomar una buena pieza del campo, y luego sin mas ni mas, á todo el correr dellos se vuelven á encontrar, y en mitad de la corrida se encomiendan á sus damas, y lo que suele suceder del encuentro es, que el uno cae por las ancas del caballo pasado con la lanza del contrario de parte á parte, y al otro le aviene tambien, que á no tenerse á las crines del suyo, no pudiera dexar de venir al suelo: y no sé yo, como el muerto tuvo lugar para encomendarse á Dios en el discurso desta tan acelerada obra. Mejor fuera que las palabras que en la

carrera gastó, encomendándose á su dama, las gastara en lo que debia y estaba obligado como christiano: quanto mas que yo tengo para mí, que no todos los caballeros andantes tienen damas á quien encomendarse, porque no todos son enamorados. Eso no puede ser, respondió Don Quixote: digo que no puede ser que haya caballero andante sin dama, porque tan propio y tan natural les es á los tales ser enamorados como al cielo tener estrellas, y á buen seguro que no se haya visto historia, donde se halle caballero andante sin amores, y por el mesmo caso que estuviese sin ellos, no seria tenido por legítimo caballero, sino por bastardo, y que entró en la fortaleza de la caballería dicha, no por la puerta, sino por las bardas como salteador y ladron. Con todo eso, dixo el caminante, me parece, si mal no me acuerdo, haber leido que Don Galaor, hermano del valeroso Amadis de Gaula, nunca tuvo dama señalada á quien pudiese encomendarse, y con todo esto no fué tenido en ménos, y fué un muy valiente y famoso caballero. A lo qual respondió nuestro Don Quixote: señor, una golondrina sola no hace verano: quanto mas, que yo sé que de secreto estaba ese caballero muy bien enamorado, fuera que aquello de querer á todas bien, quantas bien le parecian, era condicion natural á quien no podia ir á la mano. Pero en resolucion averiguado está muy bien que él tenia una sola á quien él habia hecho señora de su voluntad, á la qual se encomendaba muy á menudo y muy secretamente, porque se preció de secreto caballero. Luego si es de esencia que todo caballero andante haya de ser enamorado, dixo el caminante, bien se puede

creer que vuestra merced lo es, pues es de la profesion: y si es que vuestra merced no se precia de ser tan secreto como Don Galaor, con las véras que puedo le suplico en nombre de toda esta compañía y en el mio, nos diga el nombre, patria, calidad y hermosura de su dama, que ella se tendria por dichosa de que todo el mundo sepa que es querida y servida de un tal caballero como vuestra merced parece. Aquí dió un gran suspiro Don Quixote, y dixo: yo no podré afirmar si la dulce mi enemiga gusta ó no de que el mundo sepa que yo la sirvo; solo sé decir, respondiendo á lo que con tanto comedimiento se me pide, que su nombre es Dulcinea, su patria el Toboso un Lugar de la Mancha, su calidad por lo ménos ha de ser de Princesa, pues es Reyna y señora mia, su hermosura sobrehumana, pues en ella se vienen á hacer verdaderos todos los imposibles y quiméricos atributos de belleza que los poetas dan á sus damas: que sus cabellos son oro, su frente campos elíseos, sus cejas arcos del cielo, sus ojos soles, sus mexillas rosas, sus labios corales, pérlas sus dientes, alabastro su cuello, mármol su pecho, marfil sus manos, su blancura nieve, y las partes que á la vista humana encubrió la honestidad son tales, segun yo pienso y entiendo, que sola la discreta consideracion puede encarecerlas, y no compararlas. El linage, prosapia y alcurnia querriamos saber, replicó Vivaldo. Á lo qual respondió Don Quixote: no es de los antiguos Curcios, Gayos, y Cipiones romanos, ni de los modernos Colonas, y Ursinos, ni de los Moncadas, y Requesenes de Cataluña, ni ménos de los Rebellas, y Villanovas de Valencia, y Palafoxes, Nuzas, Rocabertis,

Corellas, Lunas, Alagones, Urreas, Foces, y Gurreas de Aragon: Cerdas, Manriques, Mendozas, y Guzmanes de Castilla: Alencastros, Pallas, y Meneses de Portugal; pero es de los del Toboso de la Mancha, linage aunque moderno, tal que puede dar generoso principio á las mas ilustres familias de los venideros siglos: y no se me replique en esto, si no fuere con las condiciones que puso Cerbino al pie del trofeo de las armas de Orlando, que decia: *Nadie las mueva que estar no pueda con Roldan á prueba.* Aunque el mio es de los Cachopines de Laredo, respondió el caminante, no le osaré yo poner con el del Toboso de la Mancha: puesto que para decir verdad, semejante apellido hasta ahora no ha llegado á mis oidos. Como eso no habrá llegado, replicó Don Quixote. Con gran atencion iban escuchando todos los demas la plática de los dos, y aun hasta los mesmos cabreros y pastores conociéron la demasiada falta de juicio de nuestro Don Quixote. Solo Sancho Panza pensaba que quanto su amo decia era verdad, sabiendo él quien era, y habiéndole conocido desde su nacimiento: y en lo que dudaba algo, era en creer aquello de la linda Dulcinea del Toboso, porque nunca tal nombre ni tal Princesa habia llegado jamas á su noticia, aunque vivia tan cerca del Toboso. En estas pláticas iban quando viéron que por la quiebra que dos altas montañas hacian, baxaban hasta veinte pastores, todos con pellicos de negra lana vestidos, y coronados con guirnaldas que á lo que despues pareció eran qual de texo, y qual de cipres. Entre seis dellos traian unas andas cubiertas de mucha diversidad de flores y de ramos. Lo qual visto por uno de los cabreros dixo:

aquellos que allí vienen son los que traen el cuerpo de Grisóstomo, y el pie de aquella montaña es el lugar donde él mandó que le enterrasen. Por esto se diéron priesa á llegar, y fué á tiempo que ya los que venian habian puesto las andas en el suelo, y quatro dellos con agudos picos estaban cabando la sepultura á un lado de una dura peña. Recibiéronse los unos y los otros cortesmente, y luego Don Quixote y los que con él venian se pusiéron á mirar las andas, y en ellas viéron cubierto de flores un cuerpo muerto, y vestido como pastor, de edad al parecer de treinta años: y aunque muerto, mostraba que vivo habia sido de rostro hermoso y de disposicion gallarda. Al rededor dél tenia en las mesmas andas algunos libros, y muchos papeles abiertos, y cerrados: y así los que esto miraban como los que abrian la sepultura, y todos los demas que allí habia, guardaban un maravilloso silencio, hasta que uno de los que al muerto truxéron dixo á otro: mira bien, Ambrosio, si es este el lugar que Grisóstomo dixo, ya que quereis que tan puntualmente se cumpla lo que dexó mandado en su testamento. Este es, respondió Ambrosio, que muchas veces en él me contó mi desdichado amigo la historia de su desventura. Allí me dixo él, que vió la vez primera á aquella enemiga mortal del linage humano, y allí fué tambien donde la primera vez le declaró su pensamiento tan honesto como enamorado, y allí fué la última vez donde Marcela le acabó de desengañar y desdeñar, de suerte que puso fin á la tragedia de su miserable vida: y aquí, en memoria de tantas desdichas, quiso él que le depositasen en las entrañas del eterno olvido. Y volviéndose á Don Quixote, y á

los caminantes, prosiguió diciendo: ese cuerpo, señores, que con piadosos ojos estais mirando, fué depositario de una alma en quien el cielo puso infinita parte de sus riquezas. Ese es el cuerpo de Grisóstomo, que fué único en el ingenio, solo en la cortesía, extremo en la gentileza, fenix en la amistad, magnífico sin tasa, grave sin presuncion, alegre sin baxeza, y finalmente primero en todo lo que es ser bueno, y sin segundo en todo lo que fué ser desdichado. Quiso bien, fué aborrecido, adoró, fué desdeñado, rogó á una fiera, importunó á un mármol, corrió tras el viento, dió voces á la soledad, sirvió á la ingratitud, de quien alcanzó por premio ser despojo de la muerte en la mitad de la carrera de su vida, á la qual dió fin una pastora, á quien él procuraba eternizar para que viviera en la memoria de las gentes, qual lo pudieran mostrar bien esos papeles que estais mirando, si él no me hubiera mandado que los entregara al fuego, en habiendo entregado su cuerpo á la tierra. De mayor rigor y crueldad usaréis vos con ellos, dixo Vivaldo, que su mesmo dueño, pues no es justo ni acertado que se cumpla la voluntad de quien lo que ordena, va fuera de todo razonable discurso: y no le tuviera bueno Augusto César, si consintiera que se pusiera en execucion lo que el divino Mantuano dexó en su testamento mandado: así que, señor Ambrosio, ya que deis el cuerpo de vuestro amigo á la tierra, no querais dar sus escritos al olvido, que si él ordenó como agraviado, no es bien que vos cumplais como indiscreto; ántes haced, dando la vida á estos papeles, que la tenga siempre la crueldad de Marcela para que sirva de exemplo en los tiempos que están

por venir á los vivientes para que se aparten y huyan de caer en semejantes despeñaderos : que ya sé yo y los que aquí venimos la historia deste vuestro enamorado y desesperado amigo , y sabemos la amistad vuestra y la ocasion de su muerte, y lo que dexó mandado al acabar de la vida : de la qual lamentable historia se puede sacar quanta haya sido la crueldad de Marcela, el amor de Grisóstomo, la fe de la amistad vuestra , con el paradero que tienen los que á rienda suelta corren por la senda que el desvariado amor delante de los ojos les pone. Anoche supímos la muerte de Grisóstomo , y que en este lugar habia de ser enterrado , y así de curiosidad y de lástima dexámos nuestro derecho viage , y acordámos de venir á ver con los ojos lo que tanto nos habia lastimado en oillo, y en pago desta lástima, y del deseo que en nosotros nació de remedialla si pudiéramos , te rogámos, ó discreto Ambrosio, á lo ménos yo te lo suplico de mi parte , que dexando de abrasar estos papeles , me dexes llevar algunos dellos. Y sin aguardar que el pastor respondiese , alargó la mano y tomó algunos de los que mas cerca estaban : viendo lo qual Ambrosio , dixo : por cortesía consentiré que os quedeis , señor, con los que ya habeis tomado ; pero pensar que dexaré de quemar los que quedan, es pensamiento vano. Vivaldo que deseaba ver lo que los papeles decian , abrió luego el uno dellos , y vió que tenia por título : *Cancion desesperada.* Oyólo Ambrosio y dixo : ese es el último papel que escribió el desdichado, y porque veais , señor , en el término que le tenian sus desventuras , leelde de modo que seais oido , que bien os dará lugar á ello el que se tardare en abrir la

sepultura. Eso haré yo de muy buena gana, dixo Vivaldo: y como todos los circunstantes tenian el mesmo deseo, se le pusiéron á la redonda, y él leyendo en voz clara, vió que así decia.

CAPÍTULO XIV.

Donde se ponen los versos desesperados del difunto pastor, con otros no esperados sucesos.

CANCION DE GRISÓSTOMO.

Ya que quieres, cruel, que se publique
De lengua en lengua, y de una en otra gente,
Del áspero rigor tuyo la fuerza,
Haré que el mesmo infierno comunique
Al triste pecho mio un son doliente,
Con que el uso comun de mi voz tuerza.
Y al par de mi deseo que se esfuerza
Á decir mi dolor y tus hazañas,
De la espantable voz irá el acento,
Y en él mezclados por mayor tormento
Pedazos de las míseras entrañas.
Escucha pues, y presta atento oido,
No al concertado son, sino al ruido,
Que de lo hondo de mi amargo pecho,
Llevado de un forzoso desvarío,
Por gusto mio sale, y tu despecho.
El rugir del leon, del lobo fiero
El temeroso aullido, el silbo horrendo
De escamosa serpiente, el espantable
Baladro de algun monstruo, el agorero
Graznar de la corneja, y el estruendo

Del viento contrastado en mar instable:
Del ya vencido toro el implacable
Bramido, y de la viuda tortolilla
El sentible arrullar, el triste canto
Del enviudado buho, con el llanto
De toda la infernal negra quadrilla,
Salgan con la doliente ánima fuera,
Mezclados en un son de tal manera,
Que se confundan los sentidos todos,
Pues la pena cruel que en mí se halla,
Para contalla pide nuevos modos.
De tanta confusion, no las arenas
Del padre Tajo oirán los tristes ecos,
Ni del famoso Bétis las olivas:
Que allí se esparcirán mis duras penas
En altos riscos y en profundos huecos,
Con muerta lengua y con palabras vivas,
Ó ya en escuros valles, ó en esquivas
Playas desnudas de contrato humano,
Ó adonde el sol jamas mostró su lumbre,
Ó entre la venenosa muchedumbre
De fieras que alimenta el libre[31] *llano:*
Que puesto que en los páramos desiertos
Los ecos roncos de mi mal inciertos
Suenen con tu rigor tan sin segundo,
Por privilegio de mis cortos hados,
Serán llevados por el ancho mundo.
Mata un desden, atierra la paciencia
Ó verdadera ó falsa una sospecha,
Matan los zelos con rigor mas fuerte,
Desconcierta la vida larga ausencia,

Contra un temor de olvido no aprovecha
Firme esperanza de dichosa suerte.
  En todo hay cierta inevitable muerte,
Mas yo ¡milagro nunca visto! vivo
Zeloso, ausente, desdeñado, y cierto
De las sospechas que me tienen muerto:
Y en el olvido en quien mi fuego avivo,
  Y entre tantos tormentos, nunca alcanza
Mi vista á ver en sombra á la esperanza,
No[32] *yo desesperado la procuro;*
Ántes por extremarme en mi querella,
Estar sin ella eternamente juro.
  ¿Puédese por ventura en un instante
Esperar y temer, ó es bien hacello,
Siendo las causas del temor mas ciertas?
  ¿Tengo, si el duro zelo está delante,
De cerrar estos ojos, si he de vello
Por mil heridas en el alma abiertas?
  ¿Quien no abrirá de par en par las puertas
Á la desconfianza, quando mira
Descubierto el desden, y las sospechas
¡O amarga conversion! verdades hechas,
Y la limpia verdad vuelta en mentira?
  ¡Ó en el Reyno de amor fieros tiranos
Zelos! ponedme un hierro en estas manos,
Dame, desden, una torcida soga.
¡Mas ay de mí! que con cruel vitoria
Vuestra memoria el sufrimiento ahoga.
  Yo muero en fin, y porque nunca espere
Buen suceso en la muerte ni en la vida,
Pertinaz estaré en mi fantasía:

Diré que va acertado el que bien quiere,
Y que es mas libre èl alma mas rendida
Á la de amor antigua tiranía:
Diré que la enemiga siempre mia,
Hermosa el alma como el cuerpo tiene,
Y que su olvido de mi culpa nace,
Y que en fe de los males que nos hace
Amor su imperio en justa paz mantiene.
Y con esta opinion y un duro lazo,
Acelerando el miserable plazo
Á que me han conducido sus desdenes,
Ofreceré á los vientos cuerpo y alma,
Sin lauro ó palma de futuros bienes.
Tú que con tantas sinrazones muestras
La razon que me fuerza á que la haga
Á la cansada vida que aborrezco:
Pues ya ves que te da notorias muestras
Esta del corazon profunda llaga,
De como alegre á tu rigor me ofrezco:
Si por dicha conoces que merezco,
Que el cielo claro de tus bellos ojos
En mi muerte se turbe, no lo hagas,
Que no quiero que en nada satisfagas
Al darte de mi alma los despojos.
Ántes con risa en la ocasion funesta
Descubre que el fin mio fué tu fiesta:
Mas gran simpleza es avisarte desto,
Pues sé que está tu gloria conocida
En que mi vida llegue al fin tan presto.
Venga, que es tiempo ya, del hondo abismo
Tántalo con su sed, Sísifo venga

Con el peso terrible de su canto,
Ticio traiga su buytre, y ansimismo
Con su rueda Egion no se detenga,
Ni las hermanas que trabajan tanto.
Y todos juntos su mortal quebranto
Trasladen en mi pecho, y en voz baxa
(Si ya á un desesperado son debidas)
Canten obsequias tristes, doloridas
Al cuerpo, á quien se niegue aun la mortaja.
Y el portero infernal de los tres rostros,
Con otras mil quimeras y mil monstruos[33]
Lleven el doloroso contrapunto,
Que otra pompa mejor no me parece,
Que la merece un amador difunto.
Cancion desesperada, no te quexes
Quando mi triste compañía dexes;
Ántes pues que la causa do naciste
Con mi desdicha aumenta su ventura,
Aun en la sepultura no estés triste.

Bien les pareció á los que escuchado habian la cancion de Grisóstomo, puesto que el que la leyó dixo que no le parecia que conformaba con la relacion que él habia oido del recato y bondad de Marcela, porque en ella se quexaba Grisóstomo de zelos, sospechas, y de ausencia, todo en perjuicio del buen crédito y buena fama de Marcela: á lo qual respondió Ambrosio, como aquel que sabia bien los mas escondidos pensamientos de su amigo, para que, señor, os satisfagais desa duda, es bien que sepais, que quando este desdichado escribió esta cancion estaba ausente de Marcela, de quien se habia ausentado por su voluntad, por ver si usa-

ba con él la ausencia de sus ordinarios fueros : y como al enamorado ausente no hay cosa que no le fatigue, ni temor que no le dé alcance, así le fatigaban á Grisóstomo los zelos imaginados y las sospechas temidas como si fueran verdaderas: y con esto queda en su punto la verdad que la fama pregona de la bondad de Marcela : la qual fuera de ser cruel y un poco arrogante y un mucho desdeñosa, la mesma embidia ni debe ni puede ponerle falta alguna. Así es la verdad, respondió Vivaldo, y queriendo leer otro papel de los que habia reservado del fuego, lo estorbó una maravillosa vision (que tal parecia ella) que improvisamente se les ofreció á los ojos, y fué que por cima de la peña donde se cavaba la sepultura pareció la pastora Marcela tan hermosa que pasaba á su fama su hermosura. Los que hasta entónces no la habian visto la miraban con admiracion y silencio, y los que ya estaban acostumbrados á verla no quedáron ménos suspensos que los que nunca la habian visto. Mas apénas la hubo visto Ambrosio, quando con muestras de ánimo indignado le dixo ¿vienes á ver por ventura, ó fiero basilisco destas montañas, si con tu presencia vierten sangre las heridas deste miserable á quien tu crueldad quitó la vida, ó vienes á ufanarte en las crueles hazañas de tu condicion, ó á ver desde esa altura, como otro despiadado[34] Nero el incendio de su abrasada Roma, ó á pisar arrogante este desdichado cadáver, como la ingrata hija al de su padre Tarquino? Dinos presto á lo que vienes, ó que es aquello de que mas gustas, que por saber yo que los pensamientos de Grisóstomo jamas dexáron de obedecerte en vida, haré que aun él muerto, te obedezcan los de todos aque-

llos que se llamáron sus amigos. No vengo, ó Ambrosio, á ninguna cosa de las que has dicho, respondió Marcela, sino á volver por mí misma, y á dar á entender quan fuera de razon van todos aquellos que de sus penas y de la muerte de Grisóstomo me culpan: y así ruego á todos los que aquí estais me esteis atentos, que no será menester mucho tiempo ni gastar muchas palabras para persuadir una verdad á los discretos. Hízome el cielo, segun vosotros decis, hermosa, y de tal manera, que sin ser poderosos á otra cosa, á que me ameis os mueve mi hermosura, y por el amor que me mostrais, decis y aun quereis, que esté yo obligada á amaros. Yo conozco con el natural entendimiento que Dios me ha dado que todo lo hermoso es amable; mas no alcanzo que por razon de ser amado, esté obligado lo que es amado por hermoso á amar á quien le ama: y mas, que podria acontecer que el amador de lo hermoso fuese feo, y siendo lo feo digno de ser aborrecido, cae muy mal el decir: quiérote por hermosa, hasme de amar aunque sea feo. Pero puesto caso que corran igualmente las hermosuras, no por eso han de correr iguales los deseos, que no todas hermosuras enamoran, que algunas alegran la vista y no rinden la voluntad: que si todas las bellezas enamorasen y rindiesen, seria un andar las voluntades confusas y descaminadas sin saber en qual habian de parar, porque siendo infinitos los sujetos hermosos, infinitos habian de ser los deseos: y segun yo he oido decir, el verdadero amor no se divide, y ha de ser voluntario y no forzoso. Siendo esto así, como yo creo que lo es ¿porque quereis que rinda mi voluntad por fuerza, obligada no mas de que decis que me quereis bien? Si no,

decidme ¿si como el cielo me hizo hermosa me hiciera fea, fuera justo que me quexara de vosotros porque no me amábades? Quanto mas, que habeis de considerar, que yo no escogí la hermosura que tengo, que tal qual es, el cielo me la dió de gracia sin yo pedilla ni escogella: y así como la vívora no merece ser culpada por la ponzoña que tiene, puesto que con ella mata, por habérsela dado naturaleza, tampoco yo merezco ser reprehendida por ser hermosa, que la hermosura en la muger honesta es como el fuego apartado, ó como la espada aguda, que ni él quema, ni ella corta á quien á ellos no se acerca. La honra y las virtudes son adornos del alma sin las quales el cuerpo, aunque lo sea, no debe de parecer hermoso: pues si la honestidad es una de las virtudes que al cuerpo y alma mas adornan y hermosean ¿porque la ha de perder la que es amada por hermosa, por corresponder á la intencion de aquel que por solo su gusto con todas sus fuerzas é industrias procura la pierda? Yo nací libre, y para poder vivir libre escogí la soledad de los campos: los árboles destas montañas son mi compañía, las claras aguas destos arroyos mis espejos, con los árboles y con las aguas comunico mis pensamientos y hermosura. Fuego soy apartado, y espada puesta léxos. Á los que he enamorado con la vista he desengañado con palabras: y si los deseos se sustentan con esperanzas, no habiendo yo dado alguna á Grisóstomo ni á otro alguno, el fin[35] de ninguno dellos, bien se puede decir, que ántes le mató su porfía que mi crueldad: y si se me hace cargo que eran honestos sus pensamientos, y que por esto estaba obligada á corresponder á ellos, digo que quando en ese mesmo lugar, donde aho-

ra se cava su sepultura, me descubrió la bondad de su intencion, le dixe yo que la mia era vivir en perpetua soledad, y de que sola la tierra gozase el fruto de mi recogimiento y los despojos de mi hermosura: y si él con todo este desengaño quiso porfiar contra la esperanza, y navegar contra el viento ¿que mucho que se anegase en la mitad del golfo de su desatino? Si yo le entretuviera, fuera falsa, si le contentara, hiciera contra mi mejor intencion y prosupuesto. Porfió desengañado, desesperó sin ser aborrecido: mirad ahora, si será razon que de su pena se me dé á mí la culpa. Quéxese el engañado, desespérese aquel á quien le faltáron las prometidas esperanzas, confíese el que yo llamare, ufánese el que yo admitiere; pero no me llame cruel ni homicida aquel á quien yo no prometo, engaño, llamo, ni admito. El cielo aun hasta ahora no ha querido que yo ame por destino, y el pensar que tengo de amar por elecion es escusado. Este general desengaño sirva á cada uno de los que me solicitan de su particular provecho, y entiéndase de aquí adelante, que si alguno por mí muriere, no muere de zeloso ni desdichado, porque quien á nadie quiere á ninguno debe dar zelos, que los desengaños no se han de tomar en cuenta de desdenes. El que me llama fiera y basilisco, déxeme como cosa perjudicial y mala, el que me llama ingrata, no me sirva, el que desconocida, no me conozca, quien cruel, no me siga: que esta fiera, este basilisco, esta ingrata, esta cruel, y esta desconocida, ni los buscará, servirá, conocerá, ni seguirá en ninguna manera. Que si á Grisóstomo mató su impaciencia y arrojado deseo ¿porque se ha de culpar mi honesto proceder y recato?

Si yo conservo mi limpieza con la compañía de los árboles ¿porque ha de querer que la pierda el que quiere que la tenga con los hombres? Yo, como sabeis, tengo riquezas propias, y no codicio las agenas, tengo libre condicion, y no gusto de sujetarme: ni quiero, ni aborrezco á nadie: no engaño á este, ni solicito aquel, ni burlo con uno, ni me entretengo con el otro. La conversacion honesta de las zagalas destas aldeas, y el cuidado de mis cabras me entretiene: tienen mis deseos por término estas montañas, y si de aquí salen, es á contemplar la hermosura del cielo, pasos con que camina el alma á su morada primera. Y en diciendo esto, sin querer oir respuesta alguna, volvió las espaldas, y se entró por lo mas cerrado de un monte que allí cerca estaba, dexando admirados tanto de su discrecion como de su hermosura á todos los que allí estaban. Y algunos diéron muestras (de aquellos que de la poderosa flecha de los rayos de sus bellos ojos estaban heridos) de quererla seguir, sin aprovecharse del manifiesto desengaño que habian oido. Lo qual visto por Don Quixote, pareciéndole que allí venia bien usar de su caballería socorriendo á las doncellas menesterosas, puesta la mano en el puño de su espada en altas é intelegibles voces dixo: ninguna persona, de qualquiera estado y condicion que sea, se atreva á seguir á la hermosa Marcela, sopena de caer en la furiosa indignacion mia. Ella ha mostrado con claras y suficientes razones la poca ó ninguna culpa que ha tenido en la muerte de Grisóstomo, y quan agena vive de condescender con los deseos de ninguno de sus amantes: á cuya causa, es justo que en lugar de ser seguida y perseguida, sea honrada y estimada de to-

dos los buenos del mundo, pues muestra que en él ella es sola la que con tan honesta intencion vive. Ó ya que fuese por las amenazas de Don Quixote, ó porque Ambrosio les dixo que concluyesen con lo que á su buen amigo debian, ninguno de los pastores se movió ni apartó de allí, hasta que acabada la sepultura, y abrasados los papeles de Grisóstomo, pusiéron su cuerpo en ella, no sin muchas lágrimas de los circunstantes. Cerráron la sepultura con una gruesa peña en tanto que se acababa una losa que, segun Ambrosio dixo, pensaba mandar hacer con un epitafio que habia de decir desta manera:

Yace aquí de un amador
el mísero cuerpo helado,
que fué pastor de ganado,
perdido por desamor.
Murió á manos del rigor
de una esquiva hermosa ingrata
con quien su imperio dilata
la tiranía de amor.

Luego esparciéron por cima de la sepultura muchas flores y ramos, y dando todos el pésame á su amigo Ambrosio se despidiéron dél. Lo mesmo hiciéron Vivaldo y su compañero, y Don Quixote se despidió de sus huéspedes y de los caminantes, los quales le rogáron se viniese con ellos á Sevilla por ser lugar tan acomodado á hallar aventuras, que en cada calle y tras cada esquina se ofrecen mas que en otro alguno. Don Quixote les agradeció el aviso, y el ánimo que mostraban de hacerle merced, y dixo que por entónces no queria ni debia ir á Sevilla, hasta que hubiese despojado todas aquellas sierras de ladrones malandrines, de quien era fama que to-

das estaban llenas. Viendo su buena determinacion, no quisiéron los caminantes importunarle mas, sino tornándose á despedir de nuevo, le dexáron, y prosiguiéron su camino, en el qual no les faltó de qué tratar, así de la historia de Marcela y Grisóstomo, como de las locuras de Don Quixote, el qual determinó de ir á buscar á la pastora Marcela, y ofrecerle todo lo que él podia en su servicio; mas no le avino como él pensaba, segun se cuenta en el discurso desta verdadera historia, dando aquí fin la segunda parte[36].

CAPÍTULO XV.

Donde se cuenta la desgraciada aventura que se topó Don Quixote en topar con unos desalmados Yangüeses.

Cuenta el sabio Cide Hamete Benengeli, que así como Don Quixote se despidió de sus huéspedes y de todos los que se halláron al entierro del pastor Grisóstomo, él y su escudero se entráron por el mesmo bosque donde viéron que se habia entrado la pastora Marcela, y habiendo andado mas de dos horas por él buscándola por todas partes sin poder hallarla, viniéron á parar á un prado lleno de fresca yerba, junto del qual corria un arroyo apacible y fresco, tanto que convidó y forzó á pasar allí las horas de la siesta que rigurosamente comenzaba ya á entrar. Apeáronse Don Quixote y Sancho, y dexando al jumento y á Rocinante á sus anchuras pacer de la mucha yerba que allí habia, diéron saco á las alforjas, y sin ceremonia alguna en buena paz y compañía amo y mozo comiéron lo que en ellas halláron.

No se habia curado Sancho de echar sueltas á Rocinante, seguro de que le conocia por tan manso y tan poco rixoso, que todas las yeguas de la dehesa de Córdova no le hicieran tomar mal siniestro. Ordenó pues la suerte, y el diablo, que no todas veces duerme, que andaban por aquel valle paciendo una manada de hacas galicianas de unos arrieros yangüeses, de los quales es costumbre sestear con su recua en lugares y sitios de yerba y agua, y aquel donde acertó á hallarse Don Quixote era muy á propósito de los Yangüeses. Sucedió pues que á Rocinante le vino en deseo de refocilarse con las señoras facas, y saliendo, así como las olió, de su natural paso y costumbre sin pedir licencia á su dueño tomó un trotillo algo picadillo, y se fué á comunicar su necesidad con ellas; mas ellas que á lo que pareció debian de tener mas gana de pacer que de al, recibiéronle con las herraduras y con los dientes, de tal manera que á poco espacio se le rompiéron las cinchas, y quedó sin silla en pelota; pero lo que él debió mas de sentir fué, que viendo los arrieros la fuerza que á sus yeguas se les hacia, acudiéron con estacas, y tantos palos le diéron, que le derribáron malparado en el suelo. Ya en esto Don Quixote y Sancho, que la paliza de Rocinante habian visto, llegaban hijadeando, y dixo Don Quixote á Sancho: á lo que yo veo, amigo Sancho, estos no son caballeros, sino gente soez y de baxa ralea: dígolo, porque bien me puedes ayudar á tomar la debida venganza del agravio que delante de nuestros ojos se le ha hecho á Rocinante. ¿Que diablos de venganza hemos de tomar, respondió Sancho, si estos son mas de veinte, y nosotros no mas de dos, y aun quizá nosotros, sino

uno y medio? Yo valgo por ciento, replicó Don Quixote, y sin hacer mas discursos echó mano á su espada y arremetió á los Yangüeses, y lo mesmo hizo Sancho Panza incitado y movido del exemplo de su amo: y á las primeras dió Don Quixote una cuchillada á uno que le abrió un sayo de cuero de que venia vestido con gran parte de la espalda. Los Yangüeses que se viéron maltratar de aquellos dos hombres solos, siendo ellos tantos, acudiéron á sus estacas, y cogiendo á los dos en medio comenzáron á menudear sobre ellos con grande ahinco y vehemencia: verdad es que al segundo toque diéron con Sancho en el suelo, y lo mesmo le avino á Don Quixote, sin que le valiese su destreza y buen ánimo, y quiso su ventura, que viniese á caer á los pies de Rocinante que aun no se habia levantado: donde se echa de ver la furia con que machacan estacas puestas en manos rústicas y enojadas. Viendo pues los Yangüeses el mal recado que habian hecho, con la mayor presteza que pudiéron, cargáron su recua y siguiéron su camino, dexando á los dos aventureros de mala traza y de peor talante. El primero que se resintió fué Sancho Panza, y hallándose junto á su señor con voz enferma y lastimada dixo: señor Don Quixote, ah señor Don Quixote. Que quieres, Sancho hermano, respondió Don Quixote con el mesmo tono afeminado y doliente que Sancho. Querria si fuese posible, respondió Sancho Panza, que vuestra merced me diese dos tragos de aquella bebida del feo Blas, si es que la tiene vuestra merced ahí á mano, quizá será de provecho para los quebrantamientos de huesos como lo es para las feridas. Pues á tenerla yo aquí, desgraciado yo, ¿que nos faltaba? respon-



Joseph del Castillo lo dibujó. P. P. Moles la Gravó.

dió Don Quixote : mas yo te juro , Sancho Panza , á fe de caballero andante, que ántes que pasen dos dias , si la fortuna no ordena otra cosa , la tengo de tener en mi poder , ó mal me han de andar las manos. ¿Pues en quantos le parece á vuestra merced que podrémos mover los pies? replicó Sancho Panza. De mí sé decir , dixo el molido caballero Don Quixote , que no sabré poner término á esos dias ; mas yo me tengo la culpa de todo, que no habia de poner mano á la espada contra hombres que no fuesen armados caballeros como yo , y así creo , que en pena de haber pasado las leyes de la caballería , ha permitido el Dios de las batallas que se me diese este castigo , por lo qual , hermano Sancho, conviene que estés advertido en esto que ahora te diré , porque importa mucho á la salud de entrambos : y es, que quando veas que semejante canalla nos hace algun agravio no aguardes á que yo ponga mano á la espada para ellos , porque no lo haré en ninguna manera , sino pon tú mano á tu espada y castígalos muy á tu sabor, que si en su ayuda y defensa acudieren caballeros , yo te sabré defender y ofendellos con todo mi poder , que ya habrás visto por mil señales y experiencias , hasta adonde se extiende el valor de este mi fuerte brazo : tal quedó de arrogante el pobre señor con el vencimiento del valiente vizcaino : Mas no le pareció tan bien á Sancho Panza el aviso de su amo que dexase de responder diciendo : señor , yo soy hombre pacífico , manso, sosegado , y sé disimular qualquiera injuria , porque tengo muger y hijos que sustentar y criar : así que séale á vuestra merced tambien aviso , pues no puede ser mandato , que en ninguna manera pondré mano á la espada,

ni contra villano, ni contra caballero, y que desde aquí para delante de Dios perdono quantos agravios me han hecho y han de hacer, ora me los haya hecho, ó haga, ó haya de hacer persona alta ó baxa, rico ó pobre, hidalgo ó pechero, sin eceptar estado ni condicion alguna. Lo qual oido por su amo, le respondió: quisiera tener aliento para poder hablar un poco descansado, y que el dolor que tengo en esta costilla se aplacara tanto quanto, para darte á entender, Panza, en el error en que estás. Ven acá, pecador, si el viento de la fortuna, hasta ahora tan contrario, en nuestro favor se vuelve, llenándonos las velas del deseo para que seguramente y sin contraste alguno tomemos puerto en alguna de las Ínsulas que te tengo prometida, ¿que seria de tí, si ganándola yo, te hiciese señor della? Pues lo vendrás á imposibilitar por no ser caballero, ni quererlo ser, ni tener valor ni intencion de vengar tus injurias, y defender tu señorío: porque has de saber, que en los Reynos y Provincias nuevamente conquistados nunca están tan quietos los ánimos de sus naturales, ni tan de parte del nuevo señor que no se tenga temor de que han de hacer alguna novedad para alterar de nuevo las cosas, y volver, como dicen, á probar ventura: y así es menester, que el nuevo posesor tenga entendimiento para saberse gobernar, y valor para ofender y defenderse en qualquier acontecimiento. En este que ahora nos ha acontecido, respondió Sancho, quisiera yo tener ese entendimiento y ese valor que vuestra merced dice: mas yo le juro, á fe de pobre hombre, que mas estoy para vizmas que para pláticas. Mire vuestra merced si se puede levantar, y ayudarémos á Rocinante, aunque no lo merece, porque él

fué la causa principal de todo este molimiento : jamas tal creí de Rocinante, que le tenia por persona casta y tan pacífica como yo. En fin, bien dicen que es menester mucho tiempo para venir á conocer las personas, y que no hay cosa segura en esta vida. ¿Quien dixera que tras de aquellas tan grandes cuchilladas como vuestra merced dió á aquel desdichado andante, habia de venir por la posta y en seguimiento suyo esta tan grande tempestad de palos que ha descargado sobre nuestras espaldas? Aun las tuyas, Sancho, replicó Don Quixote, deben de estar hechas á semejantes nublados; pero las mias criadas entre sinabafas y olandas, claro está que sentirán mas el dolor desta desgracia, y si no fuese porque imagino, que digo imagino, sé muy cierto que todas estas incomodidades son muy anexâs al exercicio de las armas, aquí me dexaria morir de puro enojo. A esto replicó el escudero : señor, ya que estas desgracias son de la cosecha de la caballería, dígame vuestra merced si suceden muy á menudo, ó si tienen sus tiempos limitados en que acaecen, porque me parece á mí que á dos cosechas quedarémos inútiles para la tercera, si Dios por su infinita misericordia no nos socorre. Sábete, amigo Sancho, respondió Don Quixote, que la vida de los caballeros andantes está sujeta á mil peligros y desventuras, y ni mas ni ménos está en potencia propinqua de ser los caballeros andantes Reyes y Emperadores, como lo ha mostrado la experiencia en muchos y diversos caballeros de cuyas historias yo tengo entera noticia: y pudiérate contar ahora, si el dolor me diera lugar, de algunos que solo por el valor de su brazo han subido á los altos grados que he contado, y estos mes-

mos se viéron ántes y despues en diversas calamidades y miserias: porque el valeroso Amadis de Gaula se vió en poder de su mortal enemigo Arcalaus el encantador, de quien se tiene por averiguado que le dió teniéndole preso mas de docientos azotes con las riendas de su caballo, atado á una coluna de un patio, y aun hay un autor secreto y de no poco crédito que dice, que habiendo cogido al caballero del Febo con una cierta trampa que se le hundió debaxo de los pies en un cierto castillo, y al caer se halló en una honda sima debaxo de tierra atado de pies y manos, y allí le echáron una destas que llaman melecinas de agua de nieve y arena, de lo que llegó muy al cabo, y si no fuera socorrido en aquella gran cuita de un sabio grande amigo suyo, lo pasara muy mal el pobre caballero: así que bien puedo yo pasar entre tanta buena gente, que mayores afrentas son las que estos pasáron que no las que ahora nosotros pasamos: porque quiero hacerte sabidor, Sancho, que no afrentan las heridas que se dan con los instrumentos que acaso se hallan en las manos, y esto está en la ley del duelo escrito por palabras expresas: que si el zapatero da á otro con la horma que tiene en la mano, puesto que verdaderamente es de palo, no por eso se dirá que queda apaleado aquel á quien dió con ella. Digo esto, porque no pienses que puesto que quedámos desta pendencia molidos, quedámos afrentados, porque las armas que aquellos hombres traian con que nos machacáron no eran otras que sus estacas, y ninguno dellos, á lo que se me acuerda, tenia estoque, espada ni puñal. No me diéron á mí lugar, respondió Sancho, á que mirase en tanto, porque apénas puse mano á mi tizona, quando

me santiguáron los hombros con sus pinos, de manera que me quitáron la vista de los ojos y la fuerza de los pies, dando conmigo adonde ahora yago, y adonde no me da pena alguna el pensar si fué afrenta ó no lo de los estacazos, como me la da el dolor de los golpes, que me han de quedar tan impresos en la memoria como en las espaldas. Con todo eso te hago saber, hermano Panza, replicó Don Quixote, que no hay memoria á quien el tiempo no acabe, ni dolor que muerte no le consuma. ¿Pues que mayor desdicha puede ser, replicó Panza, que aquella que aguarda al tiempo que la consuma, y á la muerte que la acabe? Si esta nuestra desgracia fuera de aquellas que con un par de vizmas se curan, aun no tan malo; pero voy viendo que no han de bastar todos los emplastos de un hospital para ponerlas en buen término siquiera. Déxate deso, y saca fuerzas de flaqueza, Sancho, respondió Don Quixote, que así haré yo, y veamos como está Rocinante, que á lo que me parece, no le ha cabido al pobre la menor parte desta desgracia. No hay de que maravillarse deso, respondió Sancho, siendo él tambien caballero andante: de lo que yo me maravillo es, de que mi jumento haya quedado libre y sin costas, donde nosotros salimos sin costillas. Siempre dexa la ventura una puerta abierta en las desdichas para dar remedio á ellas, dixo Don Quixote, dígolo, porque esa bestezuela podrá suplir ahora la falta de Rocinante, llevándome á mí desde aquí á algun castillo, donde sea curado de mis feridas. Y mas, que no tendré á deshonra la tal caballería, porque me acuerdo haber leido, que aquel buen viejo Sileno, ayo y pedagogo del alegre Dios de la risa, quando entró en

la ciudad de las cien puertas, iba muy á su placer caballero sobre un muy hermoso asno. Verdad será que él debia de ir caballero, como vuestra merced dice, respondió Sancho; pero hay grande diferencia del ir caballero, al ir atravesado como costal de basura. A lo qual respondió Don Quixote: las feridas que se reciben en las batallas, ántes dan honra que la quitan: así que, Panza amigo, no me repliques mas, sino como ya te he dicho, levántate lo mejor que pudieres, y ponme de la manera que mas te agradare encima de tu jumento, y vamos de aquí ántes que la noche venga, y nos saltée en este despoblado. Pues yo he oido decir á vuestra merced, dixo Panza, que es muy de caballeros andantes el dormir en los páramos y desiertos lo mas del año, y que lo tienen á mucha ventura. Eso es, dixo Don Quixote, quando no pueden mas, ó quando están enamorados: y es tan verdad esto, que ha habido caballero que se ha estado sobre una peña al sol y á la sombra, y á las inclemencias del cielo dos años sin que lo supiese su señora, y uno destos fué Amadis quando llamándose Beltenebros se alojó en la peña Pobre, ni sé si ocho años, ó ocho meses, que no estoy muy bien en la cuenta: basta que él estuvo allí haciendo penitencia por no sé que sinsabor que le hizo la señora Oriana: pero dexemos ya esto, Sancho, y acaba ántes que suceda otra desgracia al jumento como á Rocinante. Aun ahí seria el diablo, dixo Sancho, y despidiendo treinta ayes, y sesenta sospiros, y ciento y veinte pésetes y reniegos de quien allí le habia traido, se levantó quedándose agoviado en la mitad del camino como arco turquesco, sin poder acabar de enderezarse: y con todo este trabajo aparejó su

asno, que tambien habia andado algo[37] destraido con la demasiada libertad de aquel dia: levantó luego á Rocinante, el qual si tuviera lengua con que quexarse, á buen seguro que Sancho ni su amo no le fueran en zaga. En resolucion, Sancho acomodó á Don Quixote sobre el asno, y puso de reata á Rocinante, y llevando al asno del cabestro, se encaminó poco mas á ménos hácia donde le pareció que podia estar el camino real: y la suerte que sus cosas de bien en mejor iba guiando, aun no hubo andado una pequeña legua, quando le deparó el camino, en el qual descubrió una venta que á pesar suyo y gusto de Don Quixote habia de ser castillo: porfiaba Sancho que era venta, y su amo que no, sino castillo, y tanto duró la porfía que tuviéron lugar sin acabarla de llegar á ella, en la qual Sancho se entró sin mas averiguacion con toda su recua.

CAPÍTULO XVI.

De lo que le sucedió al ingenioso hidalgo en la venta que él imaginaba ser castillo.

El ventero, que vió á Don Quixote atravesado en el asno, preguntó á Sancho que mal traia. Sancho le respondió que no era nada, sino que habia dado una caida de una peña abaxo, y que venia algo brumadas las costillas. Tenia el ventero por muger á una, no de la condicion que suelen tener las de semejante trato, porque naturalmente era caritativa, y se dolia de las calamidades de sus próximos: y así acudió luego á curar á Don Quixote, y hizo que una hija suya doncella, muchacha y de muy buen parecer, la ayudase á curar á su huésped.

Servia en la venta asimesmo una moza asturiana, ancha de cara, llana de cogote, de nariz roma, del un ojo tuerta, y del otro no muy sana: verdad es, que la gallardía del cuerpo suplia las demas faltas: no tenia siete palmos de los pies á la cabeza, y las espaldas, que algun tanto le cargaban, la hacian mirar al suelo mas de lo que ella quisiera. Esta gentil moza pues ayudó á la doncella, y las dos hiciéron una muy mala cama á Don Quixote en un camaranchon que en otros tiempos daba manifiestos indicios que habia servido de pajar muchos años, en el qual tambien alojaba un arriero, que tenia su cama hecha un poco mas allá de la de nuestro Don Quixote, y aunque era de las enxalmas y mantas de sus machos, hacia mucha ventaja á la de Don Quixote, que solo contenia quatro mal lisas tablas sobre dos no muy iguales bancos, y un colchon que en lo sutil parecia colcha, lleno de bodoques, que á no mostrar que eran de lana por algunas roturas, al tiento en la dureza semejaban de guijarro, y dos sábanas hechas de cuero de adarga, y una frazada cuyos hilos si se quisieran contar, no se perdiera uno solo de la cuenta. En esta maldita cama se acostó Don Quixote: y luego la ventera y su hija le emplastáron de arriba abaxo alumbrándoles Maritornes, que así se llamaba la asturiana: y como al vizmalle viese la ventera tan acardenalado á partes á Don Quixote, dixo que aquello mas parecian golpes que caida. No fuéron golpes, dixo Sancho, sino que la peña tenia muchos picos y tropezones, y que cada uno habia hecho su cardenal, y tambien, le dixo, haga vuestra merced, señora, de manera que queden algunas estopas, que no faltará quien las haya menester, que tambien me duelen á

mí un poco los lomos. ¿Desa manera, respondió la ventera, tambien debistes vos de caer? No caí, dixo Sancho Panza, sino que del sobresalto que tomé de ver caer á mi amo, de tal manera me duele á mí el cuerpo, que me parece que me han dado mil palos. Bien podrá[38] ser eso, dixo la doncella, que á mí me ha acontecido muchas veces soñar que caia de una torre abaxo, y que nunca acababa de llegar al suelo, y quando despertaba del sueño, hallarme tan molida y quebrantada como si verdaderamente hubiera caido. Ahí está el toque, señora, respondió Sancho Panza, que yo sin soñar nada, sino estando mas despierto que ahora estoy, me hallo con pocos ménos cardenales que mi señor Don Quixote. ¿Como se llama este caballero? preguntó la asturiana Maritornes. Don Quixote de la Mancha, respondió Sancho Panza, y es caballero aventurero, y de los mejores y mas fuertes que de luengos tiempos acá se han visto en el mundo. ¿Que es caballero aventurero? replicó la moza. ¿Tan nueva sois en el mundo que no lo sabeis vos? respondió Sancho Panza. Pues sabed, hermana mia, que caballero aventurero es una cosa que en dos palabras se ve apaleado, y Emperador: hoy está la mas desdichada criatura del mundo y la mas menesterosa, y mañana tendrá dos ó tres coronas de Reynos que dar á su escudero. ¿Pues como vos, siéndolo deste tan buen señor, dixo la ventera, no teneis, á lo que parece, siquiera algun Condado? Aun es temprano, respondió Sancho, porque no ha sino un mes que andamos buscando las aventuras, y hasta ahora no hemos topado con ninguna que lo sea, y tal vez hay que se busca una cosa, y se halla otra: verdad es, que si mi señor Don

Quixote sana de esta herida ó caida, y yo no quedo contrecho della, no trocaria mis esperanzas con el mejor título de España. Todas estas pláticas estaba escuchando muy atento Don Quixote, y sentándose en el lecho como pudo, tomando de la mano á la ventera le dixo: creedme, fermosa señora, que os podeis llamar venturosa por haber alojado en este vuestro castillo á mi persona, que es tal que si yo no la alabo, es por lo que suele decirse, que la alabanza propia envilece, pero mi escudero os dirá quien soy: solo os digo, que tendré eternamente escrito en mi memoria el servicio que me habedes fecho para agradecéroslo mientras la vida me durare: y pluguiera á los altos cielos, que el amor no me tuviera tan rendido y tan sujeto á sus leyes, y los ojos de aquella hermosa ingrata que digo entre mis dientes, que los desta fermosa doncella fueran señores de mi libertad. Confusas estaban la ventera, y su hija, y la buena de Maritornes, oyendo las razones del andante caballero, que así las entendian como si hablara en griego: aunque bien alcanzáron que todas se encaminaban á ofrecimiento y requiebros: y como no usadas á semejante lenguage mirábanle, y admirábanse, y parecíales otro hombre de los que se usaban, y agradeciéndole con venteriles razones sus ofrecimientos, le dexáron, y la asturiana Maritornes curó á Sancho que no ménos lo habia menester que su amo. Habia el arriero concertado con ella, que aquella noche se refocilarian juntos, y ella le habia dado su palabra de que en estando sosegados los huéspedes, y durmiendo sus amos, le iria á buscar, y satisfacerle el gusto en quanto le mandase. Y cuéntase desta buena moza, que jamas dió semejantes palabras que

no las cumpliese, aunque las diese en un monte y sin testigo alguno, porque presumia muy de hidalga, y no tenia por afrenta estar en aquel exercicio de servir en la venta: porque decia ella, que desgracias y malos sucesos la habian traido á aquel estado. El duro, estrecho, apocado y fementido lecho de Don Quixote estaba primero en mitad de aquel estrellado establo: y luego junto á él hizo el suyo Sancho, que solo contenia una estera de enea, y una manta que ántes mostraba ser de angeo tundido que de lana: sucedia á estos dos lechos el del arriero, fabricado, como se ha dicho, de las enxalmas, y de todo el adorno de los dos mejores mulos que traia, aunque eran doce, lucios, muy gordos y famosos, porque era uno de los ricos arrieros de Arévalo, segun lo dice el autor desta historia, que deste arriero hace particular mencion, porque le conocia muy bien, y aun quieren decir que era algo pariente suyo: fuera de que Cide Hamete Benengeli fué historiador muy curioso, y muy puntual en todas cosas, y échase bien de ver, pues las que quedan referidas, con ser tan mínimas y tan rateras, no las quiso pasar en silencio: de donde podrán tomar exemplo los historiadores graves que nos cuentan las acciones tan corta y sucintamente, que apénas nos llegan á los labios, dexándose en el tintero, ya por descuido, por malicia, ó ignorancia, lo mas sustancial de la obra. Bien haya mil veces el autor de *Tablante*, de *Ricamonte*, y aquel del otro libro donde se cuentan los hechos del *Conde Tomillas* ¡y con que puntualidad lo describen todo! Digo pues, que despues de haber visitado el arriero á su recua, y dádole el segundo pienso, se tendió en sus enxalmas, y se dió á esperar á

su puntualísima Maritornes. Ya estaba Sancho vizmado y acostado, y aunque procuraba dormir, no lo consentia el dolor de sus costillas: y Don Quixote con el dolor de las suyas tenia los ojos abiertos como liebre. Toda la venta estaba en silencio, y en toda ella no habia otra luz que la que daba una lámpara, que colgada en medio del portal ardia. Esta maravillosa quietud y los pensamientos que siempre nuestro caballero traia de los sucesos que á cada paso se cuentan en los libros, autores de su desgracia, le truxo á la imaginacion una de las estrañas locuras que buenamente imaginarse pueden: y fué, que él se imaginó haber llegado á un famoso castillo (que como se ha dicho, castillos eran á su parecer todas las ventas donde alojaba) y que la hija del ventero lo era del señor del castillo, la qual vencida de su gentileza se habia enamorado dél, y prometido que aquella noche á furto de sus padres vendria á yacer con él una buena pieza: y teniendo toda esta quimera, que él se habia fabricado, por firme y valedera, se comenzó á acuitar, y á pensar en el peligroso trance en que su honestidad se habia de ver, y propuso en su corazon de no cometer alevosía á su señora Dulcinea del Toboso, aunque la mesma Reyna Ginebra con su dama Quintañona se le pusiesen delante. Pensando pues en estos disparates, se llegó el tiempo y la hora (que para él fué menguada) de la venida de la asturiana, la qual en camisa y descalza, cogidos los cabellos en una albanega de fustan, con tácitos y atentados pasos entró en el aposento donde los tres alojaban, en busca del arriero: pero apénas llegó á la puerta, quando Don Quixote la sintió, y sentándose en la cama á pesar de sus vizmas, y con dolor de sus

costillas, tendió los brazos para recebir á su fermosa doncella la asturiana, que toda recogida y callando iba con las manos delante buscando á su querido: topó con los brazos de Don Quixote, el qual la asió fuertemente de una muñeca, y tirándola hácia sí, sin que ella osase hablar palabra, la hizo sentar sobre la cama: tentóle luego la camisa, y aunque ella era de arpillera, á él le pareció ser de finísimo y delgado cendal. Traia en las muñecas unas cuentas de vidro, pero á él le diéron vislumbres de preciosas perlas orientales: los cabellos, que en alguna manera tiraban á crines, él los marcó por hebras de lucidísimo oro de Arabia, cuyo resplandor al del mesmo sol escurecia, y el aliento, que sin duda alguna olia á ensalada fiambre y trasnochada, á él le pareció que arrojaba de su boca un olor suave y aromático, y finalmente él la pintó en su imaginacion de la misma traza y modo que lo que habia leido en sus libros de la otra Princesa, que vino á ver al mal ferido caballero vencido de sus amores con todos los adornos que aquí van puestos, y era tanta la ceguedad del pobre hidalgo, que el tacto, ni el aliento, ni otras cosas que traia en sí la buena doncella no le desengañaban, las quales pudieran hacer vomitar á otro que no fuera arriero; ántes le parecia que tenia entre sus brazos á la Diosa de la hermosura: y teniéndola bien asida con voz amorosa y baxa le comenzó á decir: quisiera hallarme en términos, fermosa y alta señora, de poder pagar tamaña merced como la que con la vista de vuestra gran fermosura me habedes fecho; pero ha querido la fortuna, que no se cansa de perseguir á los buenos, ponerme en este lecho donde yago tan molido y quebrantado, que aunque de

mi voluntad quisiera satisfacer á la vuestra, fuera imposible: y mas que se añade á esta imposibilidad otra mayor, que es la prometida fe que tengo dada á la sin par Dulcinea del Toboso, única señora de mis mas escondidos pensamientos, que si esto no hubiera de por medio, no fuera yo tan sandio caballero, que dexara pasar en blanco la venturosa ocasion en que vuestra gran bondad me ha puesto. Maritornes estaba congojadísima y trasudando de verse tan asida de Don Quixote, y sin entender, ni estar atenta á las razones que le decia, procuraba sin hablar palabra desasirse. El bueno del arriero, á quien tenian despierto sus malos deseos, desde el punto que entró su coyma por la puerta, la sintió, estuvo atentamente escuchando todo lo que Don Quixote decia, y zeloso de que la asturiana le hubiese faltado á la palabra por otro, se fué llegando mas al lecho de Don Quixote, y estúvose quedo hasta ver en que paraban aquellas razones, que él no podia entender; pero como vió que la moza forcejaba por desasirse, y Don Quixote trabajaba por tenerla, pareciéndole mal la burla enarboló el brazo en alto, y descargó tan terrible puñada sobre las estrechas quixadas del enamorado caballero, que le bañó toda la boca en sangre, y no contento con esto se le subió encima de las costillas, y con los pies mas que de trote se las paseó todas de cabo á cabo. El lecho, que era un poco endeble y de no firmes fundamentos, no pudiendo sufrir la añadidura del arriero, dió consigo en el suelo, á cuyo gran ruido despertó el ventero, y luego imaginó que debian de ser pendencias de Maritornes, porque habiéndola llamado á voces no respondia: con esta sospecha se levantó, y encendiendo un

candil, se fué hácia donde habia sentido la pelaza. La moza, viendo que su amo venia, y que era de condicion terrible, toda medrosica y alborotada se acogió á la cama de Sancho Panza, que aun dormia, y allí se acorrucó y se hizo un ovillo. El ventero entró diciendo: ¿adonde estás puta? á buen seguro que son tus cosas estas. En esto despertó Sancho, y sintiendo aquel bulto casi encima de sí, pensó que tenia la pesadilla, y comenzó á dar puñadas á una y otra parte, y entre otras alcanzó con no sé quantas á Maritornes, la qual sentida del dolor echando á rodar la honestidad dió el retorno á Sancho con tantas, que á su despecho le quitó el sueño: el qual viéndose tratar de aquella manera y sin saber de quien, alzándose como pudo se abrazó con Maritornes, y comenzáron entre los dos la mas reñida y graciosa escaramuza del mundo. Viendo pues el arriero á la lumbre del candil del ventero qual andaba su dama, dexando á Don Quixote, acudió á dalle el socorro necesario: lo mismo hizo el ventero, pero con intencion diferente, porque fué á castigar á la moza, creyendo sin duda que ella sola era la ocasion de toda aquella armonía. Y así como suele decirse, el gato al rato, el rato á la cuerda, la cuerda al palo, daba el arriero á Sancho, Sancho á la moza, la moza á él, el ventero á la moza, y todos menudeaban con tanta priesa, que no se daban punto de reposo, y fué lo bueno que al ventero se le apagó el candil, y como quedáron ascuras, dábanse tan sin compasion todos á bulto, que á do quiera que ponian la mano, no dexaban cosa sana. Alojaba acaso aquella noche en la venta un quadrillero de los que llaman de la santa Hermandad vieja de Toledo, el qual oyendo asi-

mesmo el estraño estruendo de la pelea asió de su media vara y de la caxa de lata de sus títulos, y entró ascuras en el aposento diciendo: ténganse á la justicia, ténganse á la santa Hermandad, y el primero con quien topó fué con el apuñeado de Don Quixote, que estaba en su derribado lecho tendido boca arriba sin sentido alguno, y echándole á tiento mano á las barbas no cesaba de decir: favor á la justicia, pero viendo que el que tenia asido no se bullia ni meneaba, se dió á entender que estaba muerto, y que los que allí dentro estaban eran sus matadores, y con esta sospecha reforzó la voz diciendo: ciérrese la puerta de la venta, miren no se vaya nadie, que han muerto aquí á un hombre. Esta voz sobresaltó á todos, y cada qual dexó la pendencia en el grado que le tomó la voz. Retiróse el ventero á su aposento, el arriero á sus enxalmas, la moza á su rancho, solos los desventurados Don Quixote y Sancho no se pudiéron mover de donde estaban. Soltó en esto el quadrillero la barba de Don Quixote, y salió á buscar luz para buscar y prender los delinqüentes; mas no la halló, porque el ventero de industria habia muerto la lámpara quando se retiró á su estancia, y fuéle forzoso acudir á la chimenea, donde con mucho trabajo y tiempo encendió el quadrillero otro candil.

CAPÍTULO XVII.

Donde se prosiguen los inumerables trabajos que el bravo Don Quixote y su buen escudero Sancho Panza pasáron en la venta, que por su mal pensó que era castillo.

Habia ya vuelto en este tiempo de su parasismo Don

Quixote, y con el mesmo tono de voz con que el dia ántes habia llamado á su escudero, quando estaba tendido en el val de las estacas, le comenzó á llamar diciendo: ¿Sancho amigo, duermes? ¿duermes, amigo Sancho? Que tengo de dormir pesia á mí, respondió Sancho lleno de pesadumbre y de despecho, que no parece sino que todos los diablos han andado conmigo esta noche. Puédeslo creer así sin duda, respondió Don Quixote, porque ó yo sé poco, ó este castillo es encantado, porque has de saber...mas esto que ahora quiero decirte hasme de jurar que lo tendrás secreto hasta despues de mi muerte. Sí juro, respondió Sancho. Dígolo, respondió Don Quixote, porque soy enemigo de que se quite la honra á nadie. Digo que sí juro, tornó á decir Sancho, que lo callaré hasta despues de los dias de vuestra merced, y plega á Dios que lo pueda descubrir mañana. ¿Tan malas obras te hago, Sancho, respondió Don Quixote, que me querrias ver muerto con tanta brevedad? No es por eso, respondió Sancho, sino porque soy enemigo de guardar mucho las cosas, y no querria que se me pudriesen de guardadas. Sea por lo que fuere, dixo Don Quixote, que mas fio de tu amor y de tu cortesía, y así has de saber que esta noche me ha sucedido una de las mas estrañas aventuras que yo sabré encarecer, y por contártela en breve, sabrás que poco ha que á mí vino la hija del señor deste castillo, que es la mas apuesta y fermosa doncella que en gran parte de la tierra se puede hallar. ¡Que te podria decir del adorno de su persona! ¡Que de su gallardo entendimiento! ¡Que de otras cosas ocultas, que por guardar la fe que debo á mi señora Dulcinea del Toboso, dexaré pasar intactas y en si-

lencio! Solo te quiero decir que embidioso el cielo de tanto bien como la ventura me habia puesto en las manos, ó quizá (y esto es lo mas cierto) que como tengo dicho es encantado este castillo, al tiempo que yo estaba con ella en dulcísimos y amorosísimos coloquios, sin que yo la viese, ni supiese por donde venia, vino una mano pegada á algun brazo de algun descomunal gigante, y asentóme una puñada en las quixadas, tal que las tengo todas bañadas en sangre, y despues me molió de tal suerte, que estoy peor que ayer quando los arrieros, que por demasías de Rocinante nos hiciéron el agravio que sabes: por donde conjeturo que el tesoro de la fermosura desta doncella le debe de guardar algun encantado moro, y no debe de ser para mí. Ni para mí tampoco, respondió Sancho, porque mas de quatrocientos moros me han aporreado de manera, que el molimiento de las estacas fué tortas y pan pintado; pero dígame señor ¿como llama á esta buena y rara aventura, habiendo quedado della qual quedámos? Aun vuestra merced ménos mal, pues tuvo en sus manos aquella incomparable fermosura que ha dicho; pero yo ¿que tuve, sino los mayores porrazos que pienso recebir en toda mi vida? Desdichado de mí, y de la madre que me parió, que no soy caballero andante ni lo pienso ser jamas, y de todas las malandanzas me cabe la mayor parte. ¿Luego tambien estás tú aporreado? respondió Don Quixote. ¿No le he dicho que sí, pese á mi linage? dixo Sancho. No tengas pena, amigo, dixo Don Quixote, que yo haré ahora el bálsamo precioso con que sanarémos en un abrir y cerrar de ojos. Acabó en esto de encender el candil el quadrillero, y entró á ver el que pensaba que era muerto,

y así como le vió entrar Sancho, viéndole venir en camisa y con su paño de cabeza, y candil en la mano, y con una muy mala cara, preguntó á su amo: señor ¿si será este á dicha el moro encantado que nos vuelve á castigar, si se dexó algo en el tintero? No puede ser el moro, respondió Don Quixote, porque los encantados no se dexan ver de nadie. Si no se dexan ver, déxanse sentir, dixo Sancho, si no díganlo mis espaldas. Tambien lo podrian decir las mias, respondió Don Quixote, pero no es bastante indicio ese para creer que este que se ve sea el encantado moro. Llegó el quadrillero, y como los halló hablando en tan sosegada conversacion, quedó suspenso. Bien es verdad que aun Don Quixote se estaba boca arriba, sin poderse menear de puro molido y emplastado. Llegóse á él el quadrillero, y díxole: pues ¿como va buen hombre? Hablara yo mas bien criado, respondió Don Quixote, si fuera que vos ¿úsase en esta tierra hablar desa suerte á los caballeros andantes, majadero? El quadrillero que se vió tratar tan mal de un hombre de tan mal parecer, no lo pudo sufrir, y alzando el candil con todo su aceyte dió á Don Quixote con él en la cabeza, de suerte que le dexó muy bien descalabrado, y como todo quedó á escuras, salióse luego, y Sancho Panza dixo: sin duda, señor, que este es el moro encantado, y debe de guardar el tesoro para otros, y para nosotros solo guarda las puñadas y los candilazos. Así es, respondió Don Quixote, y no hay que hacer caso destas cosas de encantamentos, ni hay para que tomar cólera ni enojo con ellas, que como son invisibles y fantásticas, no hallarémos de quien vengarnos aunque mas lo procuremos: levántate Sancho si puedes, y llama al Alcayde desta fortaleza,

y procura que se me dé un poco de aceyte, vino, sal y romero, para hacer el salutífero bálsamo, que en verdad que creo que lo he bien menester ahora, porque se me va mucha sangre de la herida que esta fantasma me ha dado. Levantóse Sancho con harto dolor de sus huesos, y fué ascuras donde estaba el ventero, y encontrándose con el quadrillero que estaba escuchando en que paraba su enemigo, le dixo: señor, quien quiera que seais, hacednos merced y beneficio de darnos un poco de romero, aceyte, sal y vino, que es menester para curar uno de los mejores caballeros andantes que hay en la tierra, el qual yace en aquella cama mal ferido por las manos del encantado moro que está en esta venta. Quando el quadrillero tal oyó, túvole por hombre falto de seso: y porque ya comenzaba á amanecer, abrió la puerta de la venta, y llamando al ventero le dixo lo que aquel buen hombre queria. El ventero le proveyó de quanto quiso, y Sancho se lo llevó á Don Quixote que estaba con las manos en la cabeza, quexándose del dolor del candilazo, que no le habia hecho mas mal que levantarle dos chichones algo crecidos, y lo que él pensaba que era sangre, no era sino sudor que sudaba con la congoja de la pasada tormenta. En resolucion, él tomó sus simples, de los quales hizo un compuesto, mezclándolos todos y cociéndolos un buen espacio, hasta que le pareció que estaban en su punto: pidió luego alguna redoma para echallo, y como no la hubo en la venta, se resolvió de ponello en una alcuza ó aceytera de hoja de lata, de quien el ventero le hizo grata donacion: y luego dixo sobre la alcuza mas de ochenta Pater nostres y otras tantas Ave Marias, Salves y Credos, y á cada palabra acom-

pañaba una cruz á modo de bendicion: á todo lo qual se halláron presentes Sancho, el ventero y quadrillero, que ya el arriero sosegadamente andaba entendiendo en el beneficio de sus machos. Hecho esto, quiso él mesmo hacer luego la experiencia de la virtud de aquel precioso bálsamo que él se imaginaba, y así se bebió de lo que no pudo caber en la alcuza, y quedaba en la olla donde se habia cocido casi media azumbre, y apénas lo acabó de beber, quando comenzó á vomitar de manera que no le quedó cosa en el estómago, y con las ansias y agitacion del vómito le dió un sudor copiosísimo, por lo qual mandó que le arropasen y le dexasen solo. Hiciéronlo así, y quedóse dormido mas de tres horas, al cabo de las quales despertó, y se sintió aliviadísimo del cuerpo, y en tal manera mejor de su quebrantamiento que se tuvo por sano, y verdaderamente creyó que habia acertado con el bálsamo de Fierabras, y que con aquel remedio podia acometer desde allí adelante sin temor alguno qualesquiera ruinas, batallas y pendencias por peligrosas que fuesen. Sancho Panza, que tambien tuvo á milagro la mejoría de su amo, le rogó que le diese á él lo que quedaba en la olla, que no era poca cantidad. Concedióselo Don Quixote, y él tomándola á dos manos con buena fe y mejor talante se la echó á pechos, y envasó bien poco ménos que su amo. Es pues el caso, que el estómago del pobre Sancho no debia de ser tan delicado como el de su amo, y así primero que vomitase le diéron tantas ansias y bascas con tantos trasudores y desmayos, que él pensó bien y verdaderamente que era llegada su última hora, y viéndose tan afligido y congojado, maldecia el bálsamo y al ladron que se lo habia da-

do. Viéndole así Don Quixote le dixo : yo creo , Sancho , que todo este mal te viene de no ser armado caballero , porque tengo para mí que este licor no debe de aprovechar á los que no lo son. Si eso sabia vuestra merced, replicó Sancho , mal haya yo y toda mi parentela ¿para que consintió que lo gustase? En esto hizo su operacion el brebage, y comenzó el pobre escudero á desaguarse por entrambas canales con tanta priesa , que la estera de enea sobre quien se habia vuelto á echar , ni la manta de angeo con que se cubria fuéron mas de provecho : sudaba y trasudaba con tales parasismos y accidentes , que no solamente él, sino todos pensáron que se le acababa la vida : duróle esta borrasca y mala andanza casi dos horas , al cabo de las quales no quedó como su amo , sino tan molido y quebrantado que no se podia tener; pero Don Quixote que , como se ha dicho, se sintió aliviado y sano, quiso partirse luego á buscar aventuras, pareciéndole que todo el tiempo que allí se tardaba era quitársele al mundo, y á los en él menesterosos de su favor y amparo , y mas con la seguridad y confianza que llevaba en su bálsamo , y así forzado deste deseo él mismo ensilló á Rocinante, y enalbardó al jumento de su escudero , á quien tambien ayudó á vestir y á subir en el asno : púsose luego á caballo , y llegándose á un rincon de la venta asió de un lanzon que allí estaba para que le sirviese de lanza. Estábanle mirando todos quantos habia en la venta que pasaban de mas de veinte personas, mirábale tambien la hija del ventero, y él tambien no quitaba los ojos della, y de quando en quando arrojaba un suspiro , que parecia que le arrancaba de lo profundo de sus entrañas, y todos

pensaban que debia de ser del dolor que sentia en las costillas, á lo ménos pensábanlo aquellos que la noche ántes le habian visto vizmar. Ya que estuviéron los dos á caballo, puesto á la puerta de la venta llamó al ventero, y con voz muy reposada y grave le dixo: muchas y muy grandes son las mercedes, señor Alcayde, que en este vuestro castillo he recebido, y quedo obligadísimo á agradecéroslas todos los dias de mi vida: si os las puedo pagar en haceros vengado de algun soberbio que os haya fecho algun agravio, sabed que mi oficio no es otro sino valer á los que poco pueden, y vengar á los que reciben tuertos, y castigar alevosías: recorred vuestra memoria, y si hallais alguna cosa deste jaez que encomendarme, no hay sino decilla, que yo os prometo por la órden de caballero que recebí, de faceros satisfecho y pagado á toda vuestra voluntad. El ventero le respondió con el mesmo sosiego: señor caballero, yo no tengo necesidad de que vuestra merced me vengue ningun agravio, porque yo sé tomar la venganza que me parece, quando se me hacen: solo he menester que vuestra merced me pague el gasto que esta noche ha hecho en la venta, así de la paja y cebada de sus dos bestias, como de la cena y camas. ¿Luego venta es esta? replicó Don Quixote. Y muy honrada, respondió el ventero. Engañado he vivido hasta aquí, respondió Don Quixote, que en verdad que pensé que era castillo, y no malo; pero pues es así que no es castillo, sino venta, lo que se podrá hacer por ahora es, que perdoneis por la paga, que yo no puedo contravenir á la órden de los caballeros andantes, de los quales sé cierto (sin que hasta ahora haya leido cosa en contrario) que jamas pagáron posada, ni otra cosa en ven-

ta donde estuviesen, porque se les debe de fuero y de derecho qualquier buen acogimiento que se les hiciere, en pago del insufrible trabajo que padecen, buscando las aventuras de noche y de dia, en invierno y en verano, á pie y á caballo, con sed y con hambre, con calor y con frio, sujetos á todas las inclemencias del cielo, y á todos los incómodos de la tierra. Poco tengo yo que ver en eso, respondió el ventero: págueseme lo que se me debe, y dexémonos de cuentos ni de caballerías, que yo no tengo cuenta con otra cosa que con cobrar mi hacienda. Vos sois un sándio y mal hostalero, respondió Don Quixote, y poniendo piernas á Rocinante, y terciando su lanzon, se salió de la venta sin que nadie le detuviese, y él, sin mirar si le seguia su escudero, se alongó un buen trecho. El ventero que le vió ir, y que no le pagaba, acudió á cobrar de Sancho Panza, el qual dixo, que pues su señor no habia querido pagar, que tampoco él pagaria, porque siendo él escudero de caballero andante como era, la mesma regla y razon corria por él como por su amo en no pagar cosa alguna en los mesones y ventas. Amohinóse mucho desto el ventero, y amenazóle que si no le pagaba, que lo cobraria de modo que le pesase, á lo qual Sancho respondió, que por la ley de caballería que su amo habia recebido, no pagaria un solo cornado aunque le costase la vida, porque no habia de perder por él la buena y antigua usanza de los caballeros andantes, ni se habian de quexar dél los escuderos de los tales que estaban por venir al mundo, reprochándole el quebrantamiento de tan justo fuero. Quiso la mala suerte del desdichado Sancho, que entre la gente que estaba en la venta se hallasen quatro perayles de Se-

govia, tres agujeros del Potro de Córdova, y dos vecinos de la heria de Sevilla, gente alegre, bien intencionada, maleante y juguetona, los quales casi como instigados y movidos de un mismo espíritu se llegáron á Sancho, y apeándole del asno, uno dellos entró por la manta de la cama del huésped, y echándole en ella, alzáron los ojos, y viéron que el techo era algo mas baxo de lo que habian menester para su obra, y determináron salirse al corral, que tenia por límite el cielo, y allí puesto Sancho en mitad de la manta, comenzáron á levantarle en alto, y á holgarse con él, como con perro por carnestoléndas. Las voces que el mísero manteado daba fuéron tantas que llegáron á los oidos de su amo, el qual deteniéndose á escuchar atentamente, creyó que alguna nueva aventura le venia, hasta que claramente conoció que el que gritaba era su escudero, y volviendo las riendas, con un penado galope llegó á la venta, y hallándola cerrada, la rodeó por ver si hallaba por donde entrar; pero no hubo llegado á las paredes del corral, que no eran muy altas, quando vió el mal juego que se le hacia á su escudero. Vióle baxar y subir por el ayre con tanta gracia y presteza, que si la cólera le dexara, tengo para mí que se riera. Probó á subir desde el caballo á las bardas, pero estaba tan molido y quebrantado, que aun apearse no pudo, y así desde encima del caballo comenzó á decir tantos denuestos y baldones á los que á Sancho manteaban, que no es posible acertar á escrebillos; mas no por esto cesaban ellos de su risa y de su obra, ni el volador Sancho dexaba sus quexas mezcladas ya con amenazas, ya con ruegos; mas todo aprovechaba poco, ni aprovechó, hasta que de puro cansados le

dexáron. Truxéronle allí su asno, y subiéndole encima, le arropáron con su gaban, y la compasiva de Maritórnes viéndole tan fatigado, le pareció ser bien socorrelle con un jarro de agua, y así se le truxo del pozo por ser mas fria. Tomóle Sancho, y llevándole á la boca se paró á las voces que su amo le daba diciendo: hijo Sancho, no bebas agua, hijo, no la bebas, que te matará: ves aquí tengo el santísimo bálsamo (y enseñábale la alcuza del brebage) que con dos gotas que dél bebas sanarás sin duda. Á estas voces volvió Sancho los ojos como de traves, y dixo con otras mayores: ¿por dicha, hásele olvidado á vuestra merced, como yo no soy caballero, ó quiere que acabe de vomitar las entrañas que me quedáron de anoche? Guárdese su licor con todos los diablos, y déxeme á mí: y el acabar de decir esto, y el comenzar á beber todo fué uno, mas como al primer trago vió que era agua, no quiso pasar adelante, y rogó á Maritórnes que se le truxese de vino, y así lo hizo ella de muy buena voluntad, y lo pagó de su mesmo dinero, porque en efecto se dice della, que aunque estaba en aquel trato tenia unas sombras y léxos de christiana. Así como bebió Sancho, dió de los carcaños á su asno, y abriéndole la puerta de la venta de par en par, se salió della muy contento de no haber pagado nada, y de haber salido con su intencion, aunque habia sido á costa de sus acostumbrados fiadores, que eran sus espaldas. Verdad es que el ventero se quedó con sus alforjas en pago de lo que se le debia, mas Sancho no las echó ménos, segun salió turbado. Quiso el ventero atrancar bien la puerta, así como le vió fuera; mas no lo consintiéron los manteadores, que era gente que aunque Don Quixote fuera ver-

daderamente de los caballeros andantes de la Tabla Redonda no le estimaran en dos ardites.

CAPÍTULO XVIII.

Donde se cuentan las razones que pasó Sancho Panza con su señor Don Quixote, con otras aventuras dignas de ser contadas.

Llegó Sancho á su amo marchito y desmayado, tanto que no podia arrear á su jumento. Quando así le vió Don Quixote le dixo: ahora acabo de creer, Sancho bueno, que aquel castillo ó venta es encantado sin duda, porque aquellos que tan atrozmente tomáron pasatiempo contigo ¿que podian ser sino fantasmas y gente del otro mundo? y confirmo esto, por haber visto que quando estaba por las bardas del corral mirando los actos de tu triste tragedia no me fué posible subir por ellas, ni ménos pude apearme de Rocinante, porque me debian de tener encantado: que te juro por la fe de quien soy, que si pudiera subir ó apearme, que yo te hiciera vengado, de manera que aquellos follones y malandrines se acordaran de la burla para siempre, aunque en ello supiera contravenir á las leyes de caballería, que como ya muchas veces te he dicho, no consienten que caballero ponga mano contra quien no lo sea, si no fuere en defensa de su propia vida y persona, en caso de urgente y gran necesidad. Tambien me vengara yo si pudiera, fuera ó no fuera armado caballero; pero no pude, aunque tengo para mí que aquellos que se holgáron conmigo no eran fantasmas, ni hombres encantados, como vuestra merced dice, sino hombres de carne y de hueso como noso-

tros, y todos, segun los oí nombrar quando me volteaban, tenian sus nombres, que el uno se llamaba Pedro Martinez, y el otro Tenorio Hernandez, y el ventero oí que se llamaba Juan Palomeque el Zurdo: así que, señor, el no poder saltar las bardas del corral, ni apearse del caballo, en al estuvo que en encantamentos, y lo que yo saco en limpio de todo esto es, que estas aventuras que andamos buscando al cabo al cabo nos han de traer á tantas desventuras, que no sepamos qual es nuestro pie derecho, y lo que seria mejor y mas acertado, segun mi poco entendimiento, fuera el volvernos á nuestro Lugar ahora que es tiempo de la siega, y de entender en la hacienda, dexándonos de andar de ceca en meca y de zoca en colodra, como dicen. Que poco sabes, Sancho, respondió Don Quixote, de achaque de caballería: calla y ten paciencia, que dia vendrá donde veas por vista de ojos quan honrosa cosa es andar en este exercicio: si no, dime ¿que mayor contento puede haber en el mundo, ó que gusto puede igualarse al de vencer una batalla, y al de triunfar de su enemigo? ninguno sin duda alguna. Así debe de ser, respondió Sancho, puesto que yo no lo sé, solo sé, que despues que somos caballeros andantes, ó vuestra merced lo es (que yo no hay para que me cuente en tan honroso número) jamas hemos vencido batalla alguna, sino fué la del vizcaino, y aun de aquella salió vuestra merced con media oreja y media celada ménos: que despues acá todo ha sido palos y mas palos, puñadas y mas puñadas, llevando yo de ventaja el manteamiento, y haberme sucedido por personas encantadas de quien no puedo vengarme, para saber hasta donde llega el gusto del vencimiento del

enemigo, como vuestra merced dice. Esa es la pena que yo tengo, y la que tú debes tener, Sancho, respondió Don Quixote; pero de aquí adelante yo procuraré haber á las manos alguna espada hecha por tal maestría, que al que la truxere consigo no le puedan hacer ningun género de encantamentos, y aun podria ser que me deparase la ventura aquella de Amadis, quando se llamaba *El caballero de la Ardiente Espada*, que fué una de las mejores espadas que tuvo caballero en el mundo, porque fuera que tenia la virtud dicha, cortaba como una navaja, y no habia armadura, por fuerte y encantada que fuese, que se le parase delante. Yo soy tan venturoso, dixo Sancho, que quando eso fuese, y vuestra merced viniese á hallar espada semejante, solo vendria á servir y aprovechar á los armados caballeros, como el bálsamo, y á los escuderos que se los papen duelos. No temas eso, Sancho, dixo Don Quixote, que mejor lo hará el cielo contigo. En estos coloquios iban Don Quixote y su escudero, quando vió Don Quixote que por el camino que iban venia hácia ellos una grande y espesa polvareda, y en viéndola, se volvió á Sancho, y le dixo: este es el dia, ó Sancho, en el qual se ha de ver el bien que me tiene guardado mi suerte: este es el dia, digo, en que se ha de mostrar tanto como en otro alguno el valor de mi brazo, y en el que tengo de hacer obras que queden escritas en el libro de la fama por todos los venideros siglos ¿ves aquella polvareda que allí se levanta, Sancho? pues toda es cuaxada de un copiosísimo exército que de diversas é inumerables gentes por allí viene marchando. Á esa cuenta, dos deben de ser, dixo Sancho, porque desta parte contra-

ria se levanta asimesmo otra semejante polvareda. Volvió á mirarlo Don Quixote, y vió que así era la verdad, y alegrándose sobremanera, pensó sin duda alguna que eran dos exércitos que venian á embestirse, y á encontrarse en mitad de aquella espaciosa llanura, porque tenia á todas horas y momentos llena la fantasía de aquellas batallas, encantamentos, sucesos, desatinos, amores, desafíos, que en los libros de caballerías se cuentan: y todo quanto hablaba, pensaba ó hacia, era encaminado á cosas semejantes, y la polvareda que habia visto, la levantaban dos grandes manadas de ovejas y carneros que por aquel mesmo camino, de dos diferentes partes venian, las quales con el polvo no se echáron de ver hasta que llegáron cerca, y con tanto ahinco afirmaba Don Quixote que eran exércitos, que Sancho lo vino á creer y á decirle: señor ¿pues que hemos de hacer nosotros? ¿Que? dixo Don Quixote, favorecer y ayudar á los menesterosos y desvalidos, y has de saber, Sancho, que este que viene por nuestra frente, le conduce y guia el grande Emperador Alifanfaron, señor de la grande Isla Trapobana, este otro que á mis espaldas marcha es el de su enemigo el Rey de los Garamantas, Pentapolin del arremangado brazo, porque siempre entra en las batallas con el brazo derecho desnudo. ¿Pues porque se quieren tan mal estos dos señores? preguntó Sancho. Quiérense mal, respondió Don Quixote, porque este Alifanfaron es un furibundo pagano y está enamorado de la hija de Pentapolin, que es una muy fermosa y ademas agraciada señora, y es christiana, y su padre no se la quiere entregar al Rey pagano, si no dexa primero la ley de su falso Profeta Mahoma, y se

vuelve á la suya. Para mis barbas, dixo Sancho, sino hace muy bien Pentapolin, y que le tengo de ayudar en quanto pudiere. En eso harás lo que debes, Sancho, dixo Don Quixote, porque para entrar en batallas semejantes no se requiere ser armado caballero. Bien se me alcanza eso, respondió Sancho ¿pero donde pondrémos á este asno que estémos ciertos de hallarle despues de pasada la refriega, porque el entrar en ella en semejante caballería, no creo que está en uso hasta ahora? Así es verdad, dixo Don Quixote, lo que puedes hacer dél es dexarle á sus aventuras, ahora se pierda ó no, porque serán tantos los caballos que tendrémos despues que salgamos vencedores, que aun corre peligro Rocinante no le trueque por otro; pero estame atento y mira, que te quiero dar cuenta de los caballeros mas principales que en estos dos exércitos vienen, y para que mejor los veas y notes, retirémonos á aquel altillo que allí se hace, de donde se deben de descubrir los dos exércitos. Hiciéronlo así, y pusiéronse sobre una loma, desde la qual se verian bien las dos manadas, que á Don Quixote se le hiciéron exército, si las nubes del polvo que levantaban no les turbara y cegara la vista; pero con todo esto, viendo en su imaginacion lo que no veia ni habia, con voz levantada comenzó á decir: aquel caballero que allí ves de las armas jaldes, que trae en el escudo un leon coronado rendido á los pies de una doncella, es el valeroso Laurcalco, señor de la puente de plata: el otro de las armas de las flores de oro que trae en el escudo tres coronas de plata en campo azul, es el temido Micocolembo, gran Duque de Quirocia: el otro de los miembros giganteos que está á su derecha mano,

es el nunca medroso Brandabarbaran de Boliche, señor de las tres Arabias, que viene armado de aquel cuero de serpiente, y tiene por escudo una puerta que segun es fama es una de las del templo que derribó Sanson, quando con su muerte se vengó de sus enemigos; pero vuelve los ojos á estotra parte, y verás delante y en la frente de estotro exército al siempre vencedor y jamas vencido Timonel de Carcajona, Príncipe de la nueva Vizcaya, que viene armado con las armas partidas á quarteles azules, verdes, blancas y amarillas, y trae en el escudo un gato de oro en campo leonado con una letra que dice: *miau*[39], que es el principio del nombre de su dama, que segun se dice, es la sin par Miulina hija del Duque de Alfeñiquen del Algarve: el otro que carga y oprime los lomos de aquella poderosa alfana, que trae las armas como nieve blancas, y el escudo es blanco y sin empresa alguna, es un caballero novel, de nacion Frances, llamado Pierres Papin, señor de las Baronías de Utrique: el otro que bate las hijadas con los herrados carcaños á aquella pintada y ligera cebra, y trae las armas de los veros azules, es el poderoso Duque de Nerbia Espartafilardo del Bosque, que trae por empresa en el escudo una esparraguera con una letra en castellano que dice así: *rastrea mi suerte.* Y desta manera fué nombrando muchos caballeros del uno y del otro esquadron que él se imaginaba, y á todos les dió sus armas, colores, empresas y motes de improviso, llevado de la imaginacion de su nunca vista locura, y sin parar prosiguió diciendo: á este esquadron frontero forman y hacen gentes de diversas naciones: aquí están los que beben las dulces aguas del famoso Xanto, los Montuosos

que pisan los Masílicos campos, los que criban el finísimo y menudo oro en la felice Arabia, los que gozan las famosas y frescas riberas del claro Termodonte, los que sangran por muchas y diversas vias al dorado Pactolo, los Numidas dudosos en sus promesas, los Persas en arcos y flechas famosos, los Partos, los Medos, que pelean huyendo, los Árabes de mudables casas, los Citas tan crueles como blancos, los Etíopes de horadados labios, y otras infinitas naciones cuyos rostros conozco y veo, aunque de los nombres no me acuerdo. En estotro esquadron vienen los que beben las corrientes cristalinas del olivífero Betis, los que tersan, y pulen sus rostros con el licor del siempre rico y dorado Tajo, los que gozan las provechosas aguas del divino Genil, los que pisan los Tartesios campos de pastos abundantes, los que se alegran en los Elíseos Xerezanos prados, los Manchegos ricos y coronados de rubias espigas, los de hierro vestidos, reliquias antiguas de la sangre Goda, los que en Pisuerga se bañan, famoso por la mansedumbre de su corriente, los que su ganado apacientan en las extendidas dehesas del tortuoso Guadiana, celebrado por su escondido curso, los que tiemblan con el frio del silvoso Pirineo y con los blancos copos del levantado Apenino: finalmente quantos toda la Europa en sí contiene y encierra. ¡Válame Dios, y quantas Provincias dixo, quantas naciones nombró, dándole á cada una con maravillosa presteza los atributos que le pertenecian, todo absorto y empapado en lo que habia leido en sus libros mentirosos! Estaba Sancho Panza colgado de sus palabras sin hablar ninguna, y de quando en quando volvia la cabeza á ver si veia los caballeros y gigantes, que

su amo nombraba, y como no descubria á ninguno, le dixo: señor, encomiendo al diablo, hombre, ni gigante, ni caballero de quantos vuestra merced dice parece por todo esto, aloménos yo no los veo, quizá todo debe de ser encantamento, como las fantasmas de anoche. ¿Como dices eso? respondió Don Quixote ¿no oyes el relinchar de los caballos, el tocar de los clarines, el ruido de los atambores? No oigo otra cosa, respondió Sancho, sino muchos balidos de ovejas y carneros: y así era la verdad, porque ya llegaban cerca los dos rebaños. El miedo que tienes, dixo Don Quixote, te hace, Sancho, que ni veas ni oyas á derechas, porque uno de los efectos[40] del miedo es turbar los sentidos, y hacer que las cosas no parezcan lo que son: y si es que tanto temes, retírate á una parte, y déxame solo, que solo basto á dar la vitoria á la parte á quien yo diere mi ayuda: y diciendo esto, puso las espuelas á Rocinante, y puesta la lanza en el ristre, baxó de la costezuela como un rayo. Dióle voces Sancho, diciéndole: vuélvase vuestra merced, señor Don Quixote, que voto á Dios, que son carneros y ovejas las que va á embestir, vuélvase, desdichado del padre que me engendró ¡que locura es esta! mire que no hay gigante, ni caballero alguno, ni gatos, ni armas, ni escudos partidos ni enteros, ni veros azules, ni endiablados ¿que es lo que hace? pecador soy yo á Dios. Ni por esas volvió Don Quixote, ántes en altas voces iba diciendo: ea caballeros, los que seguis y militais debaxo de las banderas del valeroso Emperador Pentapolin del arremangado brazo, seguidme todos, veréis quan fácilmente le doy venganza de su enemigo Alifanfaron de la Trapobana. Esto di-

ciendo, se entró por medio del esquadron de las ovejas, y comenzó de alanceallas con tanto corage y denuedo como si de veras alanceara á sus mortales enemigos. Los pastores y ganaderos que con la manada venian, dábanle voces que no hiciese aquello; pero viendo que no aprovechaban, desciñéronse las hondas, y comenzáron á saludalle los oidos con piedras como el puño. Don Quixote no se curaba de las piedras, ántes discurriendo á todas partes decia: adonde estas, soberbio Alifanfaron, vente á mí, que un caballero solo soy que desea de solo á solo probar tus fuerzas y quitarte la vida en pena de la que das al valeroso Pentapolin Garamanta. Llegó en esto una peladilla de arroyo, y dándole en un lado, le sepultó dos costillas en el cuerpo. Viéndose tan mal trecho, creyó sin duda que estaba muerto ó mal ferido, y acordándose de su licor, sacó su alcuza y púsosela á la boca, y comenzó á echar licor en el estómago: mas ántes que acabase de embasar lo que á él le parecia que era bastante, llegó otra almendra, y dióle en la mano y en el alcuza tan de lleno que se la hizo pedazos, llevándole de camino tres ó quatro dientes y muelas de la boca, y machucándole malamente dos dedos de la mano. Tal fué el golpe primero, y tal el segundo que le fué forzoso al pobre caballero dar consigo del caballo abaxo. Llegáronse á él los pastores, y creyéron que le habian muerto, y así con mucha priesa recogiéron su ganado, y cargáron de las reses muertas que pasaban de siete, y sin averiguar otra cosa se fuéron. Estábase todo este tiempo Sancho sobre la cuesta, mirando las locuras que su amo hacia, y arrancábase las barbas, maldiciendo la hora y el punto en que la fortuna se le habia dado á cono-

cer: viéndole pues caido en el suelo, y que ya los pastores se habian ido, baxó de la cuesta, y llegóse á él, y hallóle de muy mal arte, aunque no habia perdido el sentido, y díxole ¿no le decia yo, señor Don Quixote, que se volviese, que los que iba á acometer no eran exércitos sino manadas de carneros? Como eso puede desparecer y contrahacer aquel ladron del sabio mi enemigo: sábete, Sancho, que es muy fácil cosa á los tales hacernos parecer lo que quieren, y este maligno que me persigue, envidioso de la gloria que vió que yo habia de alcanzar desta batalla, ha vuelto los esquadrones de enemigos en manadas de ovejas: si no, haz una cosa, Sancho, por mi vida, porque te desengañes y veas ser verdad lo que te digo: sube en tu asno, y síguelos bonitamente, y verás como en alexándose de aquí algun poco, se vuelven en su ser primero, y dexando de ser carneros, son hombres hechos y derechos como yo te los pinté primero; pero no vayas ahora, que he menester tu ayuda y favor, llégate á mí, y mira quantas muelas y dientes me faltan, que me parece que no me ha quedado ninguno en la boca. Llegóse Sancho tan cerca, que casi le metia los ojos en la boca, y fué á tiempo que ya habia obrado el bálsamo en el estómago de Don Quixote, y al tiempo que Sancho llegó á mirarle la boca, arrojó de sí mas recio que una escopeta quanto dentro tenia, y dió con todo ello en las barbas del compasivo escudero. ¡Santa Maria! dixo Sancho ¿y que es esto que me ha sucedido? sin duda este pecador está herido de muerte, pues vomita sangre por la boca; pero reparando un poco mas en ello, echó de ver en la color, sabor y olor, que no era sangre, sino el bálsamo de la al-

cuza que él le habia visto beber, y fué tanto el asco que tomó, que revolviéndosele el estómago vomitó las tripas sobre su mismo señor, y quedáron entrambos como de perlas. Acudió Sancho á su asno para sacar de las alforjas con que limpiarse, y con que curar á su amo, y como no las halló, estuvo á punto de perder el juicio: maldíxose de nuevo, y propuso en su corazon de dexar á su amo, y volverse á su tierra, aunque perdiese el salario de lo servido y las esperanzas del gobierno de la prometida Ínsula. Levantóse en esto Don Quixote, y puesta la mano izquierda en la boca porque no se le acabasen de salir los dientes asió con la otra las riendas de Rocinante, que nunca se habia movido de junto á su amo (tal era de leal y bien acondicionado) y fuese adonde su escudero estaba de pechos sobre su asno con la mano en la mexilla en guisa de hombre pensativo ademas, y viéndole Don Quixote de aquella manera con muestras de tanta tristeza le dixo: sábete, Sancho, que no es un hombre mas que otro si no hace mas que otro: todas estas borrascas que nos suceden son señales de que presto ha de serenar el tiempo, y han de sucedernos bien las cosas, porque no es posible que el mal ni el bien sean durables, y de aquí se sigue que habiendo durado mucho el mal, el bien está ya cerca: así que no debes congojarte por las desgracias que á mí me suceden, pues á tí no te cabe parte dellas ¿Como no? respondió Sancho ¿por ventura el que ayer manteáron era otro que el hijo de mi padre? ¿y las alforjas que hoy me faltan con todas mis alhajas son de otro que del mismo? ¿Que te faltan las alforjas, Sancho? dixo Don Quixote. Sí que me faltan, respondió Sancho. Dese modo no tenemos

que comer hoy, replicó Don Quixote. Eso fuera, respondió Sancho, quando faltaran por estos prados las yerbas, que vuestra merced dice que conoce, con que suelen suplir semejantes faltas los tan mal aventurados caballeros andantes como vuestra merced es. Con todo eso, respondió Don Quixote, tomara yo ahora mas aina un quartal de pan, ó una hogaza y dos cabezas de sardinas arenques, que quantas yerbas describe Dioscórides, aunque fuera el ilustrado por el Doctor Laguna; mas con todo esto sube en tu jumento, Sancho el bueno, y vente tras mí, que Dios que es proveedor de todas las cosas no nos ha de faltar, y mas andando tan en su servicio como andamos, pues no falta á los mosquitos del ayre, ni á los gusanillos de la tierra, ni á los renacuajos del agua, y es tan piadoso, que hace salir su sol sobre los buenos y malos, y llueve sobre los injustos y justos. Mas bueno era vuestra merced, dixo Sancho, para predicador que para caballero andante. De todo sabian y han de saber los caballeros andantes, Sancho, dixo Don Quixote, porque caballero andante hubo en los pasados siglos, que así se paraba á hacer un sermon ó plática en mitad de un campo real, como si fuera graduado por la Universidad de Paris: de donde se infiere que nunca la lanza embotó la pluma, ni la pluma la lanza. Ahora bien, sea así como vuestra merced dice, respondió Sancho, vamos ahora de aquí, y procuremos donde alojar esta noche, y quiera Dios que sea en parte donde no haya mantas, ni manteadores, ni fantasmas, ni moros encantados que, si los hay, daré al diablo el hato y el garabato. Pídeselo tú á Dios, hijo, dixo Don Quixote, y guia tú por donde quisieres, que esta vez quiero dexar á tu eleccion el alo-

jarnos; pero dame acá la mano, y atiéntame con el dedo, y mira bien quantos dientes y muelas me faltan deste lado derecho de la quixada alta, que allí siento el dolor. Metió Sancho los dedos, y estándole atentando, le dixo: ¿quantas muelas solia vuestra merced tener en esta parte? Quatro, respondió Don Quixote, fuera de la cordal, todas enteras y muy sanas. Mire vuestra merced bien lo que dice, señor, respondió Sancho. Digo quatro, si no eran cinco, respondió Don Quixote, porque en toda mi vida me han sacado diente ni muela de la boca, ni se me ha caido, ni comido de neguijon, ni de réuma alguna. Pues en esta parte de abaxo, dixo Sancho, no tiene vuestra merced mas de dos muelas y media, y en la de arriba, ni media, ni ninguna, que toda está rasa como la palma de la mano. Sin ventura yo, dixo Don Quixote, oyendo las tristes nuevas que su escudero le daba, que mas quisiera que me hubieran derribado un brazo, como no fuera el de la espada, porque te hago saber, Sancho, que la boca sin muelas es como molino sin piedra, y en mucho mas se ha de estimar un diente que un diamante; mas á todo esto estámos sujetos los que profesamos la estrecha órden de la caballería: sube amigo, y guia, que yo te seguiré al paso que quisieres. Hízolo así Sancho, y encaminóse hácia donde le pareció que podia hallar acogimiento, sin salir del camino real que por allí iba muy seguido: yéndose pues poco á poco, porque el dolor de las quixadas de Don Quixote no le dexaba sosegar, ni atender á darse priesa, quiso Sancho entretenelle y divertirle diciéndole alguna cosa, y entre otras que le dixo fué lo que se dirá en el siguiente capítulo.

CAPÍTULO XIX.

De las discretas razones que Sancho pasaba con su amo, y de la aventura que le sucedió con un cuerpo muerto, con otros acontecimientos famosos.

Paréceme, señor mio, que todas estas desventuras que estos dias nos han sucedido, sin duda alguna han sido pena del pecado cometido por vuestra merced contra la órden de su caballería, no habiendo cumplido el juramento que hizo de no comer pan á manteles ni con la Reyna folgar, con todo aquello que á esto se sigue, y vuestra merced juró de cumplir, hasta quitar aquel almete de Malandrino ó como se llama el moro, que no me acuerdo bien. Tienes mucha razon, Sancho, dixo Don Quixote; mas para decirte verdad, ello se me habia pasado de la memoria, y tambien puedes tener por cierto, que por la culpa de no habérmelo tú acordado en tiempo te sucedió aquello de la manta; pero yo haré la enmienda, que modos hay de composicion en la órden de la caballería para todo. ¿Pues juré yo algo por dicha? respondió Sancho. No importa que no hayas jurado, dixo Don Quixote, basta que yo entiendo que de participantes no estás muy seguro, y por si ó por no, no será malo proveernos de remedio. Pues si ello es así, dixo Sancho, mire vuestra merced no se le torne á olvidar esto como lo del juramento, quizá les volverá la gana á las fantasmas de solazarse otra vez conmigo, y aun con vuestra merced si le ven tan pertinaz. En estas y otras pláticas les tomó la noche en mitad del camino, sin tener ni descubrir donde aquella noche se recogie-

sen, y lo que no habia de bueno en ello era, que perecian de hambre, que con la falta de las alforjas les faltó toda la despensa y matalotage, y para acabar de confirmar esta desgracia, les sucedió una aventura que sin artificio alguno verdaderamente lo parecia, y fué, que la noche cerró con alguna escuridad; pero con todo esto caminaban, creyendo Sancho que pues aquel camino era real á una ó dos leguas de buena razon hallaria en él alguna venta. Yendo pues desta manera, la noche escura, el escudero hambriento, y el amo con gana de comer, viéron que por el mesmo camino que iban venian hácia ellos gran multitud de lumbres, que no parecian sino estrellas que se movian. Pasmóse Sancho en viéndolas, y Don Quixote no las tuvo todas consigo: tiró el uno del cabestro á su asno, y el otro de las riendas á su rocino, y estuviéron quedos mirando atentamente lo que podia ser aquello, y viéron que las lumbres se iban acercando á ellos, y mientras mas se llegaban mayores parecian, á cuya vista Sancho comenzó á temblar como un azogado, y los cabellos de la cabeza se le erizáron á Don Quixote, el qual animándose un poco dixo: esta sin duda, Sancho, debe de ser grandísima y peligrosísima aventura, donde será necesario que yo muestre todo mi valor y esfuerzo. ¡Desdichado de mí! respondió Sancho, si acaso esta aventura fuese de fantasmas como me lo va pareciendo ¿adonde habrá costillas que la sufran? Por mas fantasmas que sean, dixo Don Quixote, no consentiré yo que te toquen en el pelo de la ropa, que si la otra vez se burláron contigo, fué porque no pude yo saltar las paredes del corral; pero ahora estámos en campo raso, donde podré yo como quisiere esgre-

mir mi espada. Y si le encantan y entomecen, como la otra vez lo hiciéron, dixo Sancho ¿que aprovechará estar en campo abierto ó no? Con todo eso, replicó Don Quixote, te ruego, Sancho, que tengas buen ánimo, que la experiencia te dará á entender el que yo tengo. Sí tendré, si á Dios place, respondió Sancho, y apartándose los dos á un lado del camino tornáron á mirar atentamente lo que aquello de aquellas lumbres que caminaban podia ser, y de allí á muy poco descubriéron muchos encamisados, cuya temerosa vision de todo punto remató el ánimo de Sancho Panza, el qual comenzó á dar diente con diente como quien tiene frio de quartana, y creció mas el batir y dentellear, quando distintamente viéron lo que era, porque descubriéron hasta veinte encamisados, todos á caballo, con sus hachas encendidas en las manos, detras de los quales venia una litera cubierta de luto, á la qual seguian otros seis de á caballo enlutados hasta los pies de las mulas, que bien viéron que no eran caballos en el sosiego con que caminaban: iban los encamisados murmurando entre sí con una voz baxa y compasiva. Esta estraña vision á tales horas y en tal despoblado, bien bastaba para poner miedo en el corazon de Sancho, y aun en el de su amo, y así fuera en quanto á Don Quixote, que ya Sancho habia dado al traves con todo su esfuerzo: lo contrario le avino á su amo, al qual en aquel punto se le representó en su imaginacion al vivo, que aquella era una de las aventuras de sus libros: figurósele que la litera eran andas donde debia de ir algun mal ferido ó muerto caballero, cuya venganza á él solo estaba reservada, y sin hacer otro discurso, enristró su lanzon, púsose bien en

la silla, y con gentil brio y continente se puso en la mitad del camino por donde los encamisados forzosamente habian de pasar, y quando los vió cerca alzó la voz y dixo: deteneos, caballeros, quien quiera que seais, y dadme cuenta de quien sois, de donde venis, adonde vais, que es lo que en aquellas andas llevais, que segun las muestras, ó vosotros habeis fecho, ó vos han fecho algun desaguisado, y conviene y es menester que yo lo sepa, ó bien para castigaros del mal que fecistes, ó bien para vengaros del tuerto que vos ficiéron. Vamos de priesa, respondió uno de los encamisados, y está la venta léxos y no nos podemos detener á dar tanta cuenta como pedis, y picando la mula, pasó delante. Sintióse desta respuesta grandemente Don Quixote, y travando del freno dixo: deteneos, y sed mas bien criado, y dadme cuenta de lo que os he preguntado, si no conmigo sois todos en batalla. Era la mula asombradiza, y al tomarla del freno se espantó de manera que alzándose en los pies dió con su dueño por las ancas en el suelo. Un mozo que iba á pie viendo caer el encamisado, comenzó á denostar á Don Quixote, el qual ya encolerizado, sin esperar mas, enristrando su lanzon arremetió á uno de los enlutados, y mal ferido dió con él en tierra, y revolviéndose por los demas, era cosa de ver con la presteza que los acometia y desbarataba, que no parecia sino que en aquel instante le habian nacido alas á Rocinante, segun andaba de ligero y orgulloso. Todos los encamisados era gente medrosa y sin armas, y así con facilidad, en un momento dexáron la refriega, y comenzáron á correr por aquel campo con las hachas encendidas, que no parecian sino á los de las máscaras, que

en noche de regocijo y fiesta corren. Los enlutados asimesmo revueltos y envueltos en sus faldamentos y lobas, no se podian mover, así que muy á su salvo Don Quixote los apaleó á todos, y les hizo dexar el sitio mal de su grado, porque todos pensáron que aquel no era hombre sino diablo del infierno que les salia á quitar el cuerpo muerto que en la litera llevaban. Todo lo miraba Sancho admirado del ardimiento de su señor, y decia entre sí: sin duda este mi amo es tan valiente y esforzado como él dice. Estaba una hacha ardiendo en el suelo junto al primero que derribó la mula, á cuya luz le pudo ver Don Quixote, y llegándose á él le puso la punta del lanzon en el rostro diciéndole que se rindiese, si no que le mataria, á lo qual respondió el caido: harto rendido estoy, pues no me puedo mover, que tengo una pierna quebrada: suplico á vuestra merced, si es caballero christiano, que no me mate, que cometerá un gran sacrilegio, que soy Licenciado y tengo las primeras órdenes. ¿Pues quien diablos os ha traido aquí, dixo Don Quixote, siendo hombre de Iglesia? ¿Quien, señor? replicó el caido, mi desventura. Pues otra mayor os amenaza, dixo Don Quixote, si no me satisfaceis á todo quanto primero os pregunté. Con facilidad será vuestra merced satisfecho, respondió el Licenciado, y así sabrá vuestra merced, que aunque denántes dixe que yo era Licenciado, no soy sino Bachiller, y llámome Alonso Lopez, soy natural de Alcovéndas, vengo de la ciudad de Baeza con otros once Sacerdotes, que son los que huyéron con las hachas, vamos á la ciudad de Segovia, acompañando un cuerpo muerto que va en aquella litera, que es de un caballero que murió en Baeza, donde fué depositado, y

ahora, como digo, llevábamos sus huesos á su sepultura que está en Segovia, de donde es natural. ¿Y quien le mató? preguntó Don Quixote. Dios, por medio de unas calenturas pestilentes que le diéron, respondió el Bachiller. Desa suerte, dixo Don Quixote, quitado me ha nuestro Señor del trabajo que habia de tomar en vengar su muerte si otro alguno le hubiera muerto; pero habiéndole muerto quien le mató, no hay sino callar y encoger los hombros, porque lo mesmo hiciera si á mí mesmo me matara: y quiero que sepa vuestra Reverencia, que yo soy un caballero de la Mancha, llamado Don Quixote, y es mi oficio y exercicio andar por el mundo enderezando tuertos y desfaciendo agravios. No sé como pueda ser eso de enderezar tuertos, dixo el Bachiller, pues á mí de derecho me habeis vuelto tuerto, dexándome una pierna quebrada, la qual no se verá derecha en todos los dias de su vida, y el agravio que en mí habeis deshecho, ha sido dexarme agraviado de manera que me quedaré agraviado para siempre, y harta desventura ha sido topar con vos que vais buscando aventuras. No todas las cosas, respondió Don Quixote, suceden de un mismo modo: el daño estuvo, señor Bachiller Alonso Lopez, en venir como veníades de noche, vestidos con aquellas sobrepellices[42] con las hachas encendidas, rezando, cubiertos de luto, que propiamente semejábades cosa mala y del otro mundo, y así yo no pude dexar de cumplir con mi obligacion acometiéndoos, y os acometiera, aunque verdaderamente supiera que érades los mesmos Satanases del infierno, que por tales os juzgué y tuve siempre. Ya que así lo ha querido mi suerte, dixo el Bachiller, suplico á vuestra merced, señor caballe-

ro andante, que tan mala andanza me ha dado, me ayude á salir de debaxo desta mula, que me tiene tomada una pierna entre el estribo y la silla. Hablara yo para mañana, dixo Don Quixote ¿y hasta quando aguardábades á decirme vuestro afan? Dió luego voces á Sancho Panza que viniese; pero él no se curó de venir, porque andaba ocupado desbalijando una acémila de repuesto que traian aquellos buenos señores bien bastecida de cosas de comer. Hizo Sancho costal de su gaban, y cogiendo todo lo que pudo y cupo en el talego, cargó su jumento, y luego acudió á las voces de su amo, y ayudó á sacar al señor Bachiller de la opresion de la mula, y poniéndole encima della, le dió la hacha, y Don Quixote le dixo que siguiese la derrota de sus compañeros, á quien de su parte pidiese perdon del agravio, que no habia sido en su mano dexar de haberle hecho. Díxole tambien Sancho: si acaso quisieren saber esos señores quien ha sido el valeroso que tales los puso, diráles vuestra merced, que es el famoso Don Quixote de la Mancha, que por otro nombre se llama *El Caballero de la Triste Figura.* Con esto se fué el Bachiller, y Don Quixote preguntó á Sancho, que que le habia movido á llamarle *El Caballero de la Triste Figura* mas entónces que nunca. Yo se lo diré, respondió Sancho, porque le he estado mirando un rato á la luz de aquella hacha que lleva aquel mal andante, y verdaderamente tiene vuestra merced la mas mala figura de poco acá, que jamas he visto: y débelo de haber causado, ó ya el cansancio deste combate, ó ya la falta de las muelas y dientes. No es eso, respondió Don Quixote, sino que el Sabio á cuyo cargo debe de estar el escrebir la historia de mis hazañas, le habrá parecido, que

será bien que yo tome algun nombre apelativo como lo tomaban todos los caballeros pasados: qual se llamaba *El de la Ardiente Espada*, qual *El del Unicornio*, aquel *De las Doncellas*, aqueste *El del ave Fenix*, el otro *El Caballero del Grifo*, estotro *El de la Muerte*, y por estos nombres é insignias eran conocidos por toda la redondez de la tierra, y así digo, que el Sabio ya dicho te habrá puesto en la lengua y en el pensamiento ahora que me llamases *El Caballero de la Triste Figura*, como pienso llamarme desde hoy en adelante, y para que mejor me quadre tal nombre, determino de hacer pintar quando haya lugar en mi escudo una muy triste figura. No hay para que gastar tiempo[43] y dineros en hacer esa figura, dixo Sancho, sino lo que se ha de hacer es, que vuestra merced descubra la suya, y dé rostro á los que le miraren, que sin mas ni mas, y sin otra imágen ni escudo, le llamarán *El de la Triste Figura*: y créame que le digo verdad, porque le prometo á vuestra merced, señor (y esto sea dicho en burlas) que le hace tan mala cara la hambre y la falta de las muelas que, como ya tengo dicho, se podrá muy bien escusar la triste pintura. Rióse Don Quixote del donayre de Sancho, pero con todo propuso de llamarse de aquel nombre, en pudiendo pintar su escudo ó rodela, como habia imaginado, y díxole: yo entiendo, Sancho, que quedo descomulgado por haber puesto las manos violentamente en cosa sagrada, *juxta illud: si quis suadente diabolo etc.* aunque sé bien que no puse las manos, sino este lanzon, quanto mas, que yo no pensé que ofendia á Sacerdotes, ni á cosas de la Iglesia, á quien respeto y adoro, como católico y fiel christiano que soy, sino á

fantasmas y á vestiglos del otro mundo, y quando eso así fuese, en la memoria tengo lo que pasó al Cid Rui Diaz quando quebró la silla del Embaxador de aquel Rey delante de su Santidad el Papa, por lo qual lo descomulgó, y anduvo aquel dia el buen Rodrigo de Vivar como muy honrado y valiente caballero. En oyendo esto el Bachiller se fué, como queda dicho, sin replicarle palabra. Quisiera Don Quixote mirar si el cuerpo que venia en la litera eran huesos ó no, pero no lo consintió Sancho, diciéndole: señor, vuestra merced ha acabado esta peligrosa aventura lo mas á su salvo de todas las que yo he visto: esta gente, aunque vencida y desbaratada, podria ser que cayese en la cuenta de que los venció sola una persona, y corridos y avergonzados desto volviesen á rehacerse y á buscarnos, y nos diesen en que[44] entender: el jumento está como conviene, la montaña[45] cerca, la hambre carga, no hay que hacer sino retirarnos con gentil compas de pies y, como dicen, váyase el muerto á la sepultura y el vivo á la hogaza: y antecogiendo su asno, rogó á su señor que le siguiese, el qual pareciéndole que Sancho tenia razon, sin volverle á replicar le siguió: y á poco trecho que caminaban por entre dos montañuelas, se halláron en un espacioso y escondido valle, donde se apeáron, y Sancho alivió el jumento, y tendidos sobre la verde yerba, con la salsa de su hambre almorzáron, comiéron, merendáron, y cenáron á un mesmo punto, satisfaciendo sus estómagos con mas de una fiambrera que los señores clérigos del difunto (que pocas veces se dexan mal pasar) en la acémila de su repuesto traian; mas sucediósles otra desgracia, que Sancho la tuvo por la peor de todas, y fué que

no tenian vino que beber, ni aun agua que llegar á la boca, y acosados de la sed, dixo Sancho, viendo que el prado donde estaban estaba colmado de verde y menuda yerba, lo que se dirá en el siguiente capítulo.

CAPÍTULO XX.

De la jamas vista ni oida aventura que con mas poco peligro fué acabada de famoso caballero en el mundo, como la que acabó el valeroso Don Quixote de la Mancha

No es posible, señor mio, sino que estas yerbas dan testimonio de que por aquí cerca debe de estar alguna fuente ó arroyo que estas yerbas humedece, y así será bien que vamos un poco mas adelante, que ya toparémos donde podamos mitigar esta terrible sed que nos fatiga, que sin duda causa mayor pena que la hambre. Parecióle bien el consejo á Don Quixote, y tomando de la rienda á Rocinante, y Sancho del cabestro á su asno, despues de haber puesto sobre él los relieves que de la cena quedáron comenzáron á caminar por el prado arriba á tiento, porque la escuridad de la noche no les dexaba ver cosa alguna; mas no hubiéron andado docientos pasos, quando llegó á sus oidos un grande ruido de agua, como que de algunos grandes y levantados riscos se despeñaba: alegróles el ruido en gran manera, y parándose á escuchar hácia que parte sonaba, oyéron á deshora otro estruendo que les aguó el contento del agua, especialmente á Sancho que naturalmente era medroso y de poco ánimo: digo que oyéron que daban unos golpes á compas, con un cierto cruxir de hierros y cade-

nas, que acompañados del furioso estruendo del agua, pusieran pavor á qualquier otro corazon que no fuera el de Don Quixote. Era la noche, como se ha dicho, escura, y ellos acertáron á entrar entre unos árboles altos, cuyas hojas movidas del blando viento, hacian un temeroso y manso ruido: de manera que la soledad, el sitio, la escuridad, el ruido de la agua con el susurro de las hojas, todo causaba horror y espanto, y mas quando viéron, que ni los golpes cesaban, ni el viento dormia, ni la mañana llegaba, añadiéndose á todo esto el ignorar el lugar donde se hallaban; pero Don Quixote, acompañado de su intrépido corazon, saltó sobre Rocinante, y embrazando su rodela, terció su lanzon, y dixo: Sancho amigo, has de saber que yo nací, por querer del cielo en esta nuestra edad de hierro, para resucitar en ella la de oro ó la dorada, como suele llamarse: yo soy aquel para quien están guardados los peligros, las grandes hazañas, los valerosos hechos: yo soy digo otra vez, quien ha de resucitar los de la Tabla Redonda, los doce de Francia, y los nueve de la fama, y el que ha de poner en olvido los Platires, los Tablantes, Olivantes y Tirantes, los Febos y Belianises, con toda la caterva de los famosos caballeros andantes del pasado tiempo, haciendo en este en que me hallo tales grandezas, estrañezas y fechos de armas, que escurezcan las mas claras que ellos ficiéron: bien notas, escudero fiel y legal, las tinieblas desta noche, su estraño silencio, el sordo y confuso estruendo destos árboles, el temeroso ruido de aquella agua en cuya busca venimos, que parece que se despeña y derrumba desde los altos montes de la luna, y aquel incesable golpear que nos hiere y lastima los

oidos, las quales cosas todas juntas y cada una por sí son bastantes á infundir miedo, temor y espanto en el pecho del mesmo Marte, quanto mas en aquel que no está acostumbrado á semejantes acontecimientos y aventuras: pues todo esto que yo te pinto son incentivos y despertadores de mi ánimo, que ya hace que el corazon me reviente en el pecho con el deseo que tiene de acometer esta aventura, por mas dificultosa que se muestra: así que aprieta un poco las cinchas á Rocinante, y quédate á Dios, y espérame aquí hasta tres dias no mas, en los quales si no volviere, puedes tú volverte á nuestra aldea, y desde allí, por hacerme merced y buena obra, irás al Toboso, donde dirás á la incomparable señora mia Dulcinea, que su cautivo caballero murió por acometer cosas que le hiciesen digno de poder llamarse suyo. Quando Sancho oyó las palabras de su amo, comenzó á llorar con la mayor ternura del mundo, y á decirle: señor, yo no sé porque quiere vuestra merced acometer esta tan temerosa aventura: ahora es de noche, aquí no nos ve nadie, bien podemos torcer el camino y desviarnos del peligro aunque no bebamos en tres dias: y pues no hay quien nos vea, ménos habrá quien nos note de cobardes: quanto mas que yo he[46] oido predicar al Cura de nuestro lugar, que vuestra merced bien conoce, que quien busca el peligro perece en él: así que no es bien tentar á Dios, acometiendo tan desaforado hecho, donde no se puede escapar sino por milagro: y basta los que ha hecho el cielo con vuestra merced en librarle de ser manteado como yo lo fuí y en sacarle vencedor, libre y salvo de entre tantos enemigos como acompañaban al difunto: y quando todo esto no mueva ni ablande

ese duro corazon, muévale el pensar y creer, que apénas se habrá vuestra merced apartado de aquí, quando yo de miedo dé mi ánima á quien quisiere llevarla: yo salí de mi tierra y dexé hijos y muger por venir á servir á vuestra merced, creyendo valer mas, y no ménos; pero como la cudicia rompe el saco, á mí me ha rasgado mis esperanzas, pues quando mas vivas las tenia de alcanzar aquella negra y mal hadada Ínsula que tantas veces vuestra merced me ha prometido, veo que en pago y trueco della me quiere ahora dexar en un lugar tan apartado del trato humano: por un solo Dios, señor mio, que non se me faga tal desaguisado, y ya que del todo no quiera vuestra merced desistir de acometer este fecho, dilátelo aloménos hasta la mañana, que á lo que á mí me muestra la ciencia que aprendí quando era pastor, no debe de haber desde aquí al alba tres horas, porque la boca de la bocina está encima de la cabeza, y hace la media noche en la linea del brazo izquierdo. ¿Como puedes tú, Sancho, dixo Don Quixote, ver donde hace esa linea, ni donde está esa boca ó ese colodrillo que dices, si hace la noche tan escura que no parece en todo el cielo estrella alguna? Así es, dixo Sancho, pero tiene el miedo muchos ojos y ve las cosas debaxo de tierra, quanto mas encima en el cielo, puesto que por buen discurso bien se puede entender que hay poco de aquí al dia. Falte lo que faltare, respondió Don Quixote, que no se ha de decir por mí ahora ni en ningun tiempo, que lágrimas y ruegos me apartáron de hacer lo que debia á estilo de caballero: y así te ruego, Sancho, que calles, que Dios que me ha puesto en corazon de acometer ahora esta tan

no vista y tan temerosa aventura tendrá cuidado de mirar por mi salud, y de consolar tu tristeza: lo que has de hacer es apretar bien las cinchas á Rocinante y quedarte aquí, que yo daré la vuelta presto, ó vivo ó muerto. Viendo pues Sancho la última resolucion de su amo, y quan poco valian con él sus lágrimas, consejos y ruegos, determinó de aprovecharse de su industria, y hacerle esperar hasta el dia si pudiese, y así, quando apretaba las cinchas al caballo, bonitamente y sin ser sentido ató con el cabestro de su asno ambos pies á Rocinante, de manera que quando Don Quixote se quiso partir, no pudo porque el caballo no se podia mover sino á saltos. Viendo Sancho Panza el buen suceso de su embuste, dixo: ea señor, que el cielo conmovido de mis lágrimas y plegarias, ha ordenado que no se pueda mover Rocinante, y si vos quereis porfiar y espolear y dalle, será enojar á la fortuna, y dar coces, como dicen, contra el aguijon. Desesperábase con esto Don Quixote, y por mas que ponia las piernas al caballo, ménos le podia mover, y sin caer en la cuenta de la ligadura, tuvo por bien de sosegarse y esperar, ó á que amaneciese, ó á que Rocinante se menease, creyendo sin duda que aquello venia de otra parte que de la industria de Sancho, y así le dixo: pues así es, Sancho, que Rocinante no puede moverse, yo soy contento de esperar á que ria el alba, aunque yo llore lo que ella tardare en venir. No hay que llorar, respondió Sancho, que yo entretendré á vuestra merced contando cuentos desde aquí al dia, si ya no es que se quiere apear, y echarse á dormir un poco sobre la verde yerba á uso de caballeros andantes, para hallarse mas descansado quando llegue el dia y punto de aco-

meter esta tan desemejable aventura que le espera. ¿Á que llamas apear, ó á que dormir? dixo Don Quixote ¿soy yo por ventura de aquellos caballeros que toman reposo en los peligros? duerme tú, que naciste para dormir, ó haz lo que quisieres, que yo haré lo que viere que mas viene con mi pretension. No se enoje vuestra merced, señor mio, respondió Sancho, que no lo dixe por tanto, y llegándose á él, puso la una mano en el arzon delantero, y la otra en el otro, de modo que quedó abrazado con el muslo izquierdo de su amo, sin osarse apartar dél un dedo: tal era el miedo que tenia á los golpes, que todavía alternativamente sonaban. Díxole Don Quixote que contase algun cuento para entretenerle como se lo habia prometido: á lo qual Sancho dixo, que sí hiciera, si le dexara el temor de lo que oia; pero con todo eso yo me esforzaré á decir una historia, que si la acierto á contar y no me van á la mano es la mejor de las historias, y estéme vuestra merced atento que ya comienzo: érase que se era, el bien que viniere para todos sea, y el mal para quien lo fuere á buscar, y advierta vuestra merced, señor mio, que el principio que los antiguos diéron á sus consejas, no fué así como quiera, que fué una sentencia de Caton Zonzorino Romano que dice: *y el mal para quien lo fuere á buscar*, que viene aquí como anillo al dedo, para que vuestra merced se esté quedo, y no vaya á buscar el mal á ninguna parte, sino que nos volvamos por otro camino, pues nadie nos fuerza á que sigamos este, donde tantos miedos nos sobresaltan. Sigue tu cuento, Sancho, dixo Don Quixote, y del camino que hemos de seguir déxame á mí el cuidado. Digo pues, prosiguió Sancho, que en un Lugar de

Estremadura habia un pastor cabrerizo, quiero decir, que guardaba cabras, el qual pastor ó cabrerizo, como digo de mi cuento, se llamaba Lope Ruiz, y este Lope Ruiz andaba enamorado de una pastora, que se llamaba Torralva, la qual pastora llamada Torralva era hija de un ganadero rico, y este ganadero rico..... Si desa manera cuentas tu cuento, Sancho, dixo Don Quixote, repitiendo dos veces lo que vas diciendo, no acabarás en dos dias: dilo seguidamente, y cuéntalo como hombre de entendimiento, y si no no digas nada. De la misma manera que yo lo cuento, respondió Sancho, se cuentan en mi tierra todas las consejas, y yo no sé contarlo de otra, ni es bien que vuestra merced me pida que haga usos nuevos. Dí como quisieres, respondió Don Quixote, que pues la suerte quiere que no pueda dexar de escucharte, prosigue. Así que, señor mio de mi ánima, prosiguió Sancho, que como ya tengo dicho, este pastor andaba enamorado de Torralva la pastora, que era una moza rolliza, zahareña, y tiraba algo á hombruna, porque tenia unos pocos vigotes, que parece que ahora la veo. ¿Luego conocístela tú? dixo Don Quixote. No la conocí yo, respondió Sancho, pero quien me contó este cuento, me dixo que era tan cierto y verdadero que podia bien quando lo contase á otro afirmar y jurar que lo habia visto todo: así que, yendo dias y viniendo dias, el diablo que no duerme y que todo lo añasca hizo de manera, que el amor que el pastor tenia á su pastora se volviese en omecillo y mala voluntad: y la causa fué segun malas lenguas una cierta cantidad de zelillos que ella le dió, tales que pasaban de la raya, y llegaban á lo vedado, y fué tanto lo que el pastor la aborreció de allí

adelante, que por no verla se quiso ausentar de aquella tierra, é irse donde sus ojos no la viesen jamas: la Torralva, que se vió desdeñada del Lope, luego le quiso bien mas que nunca le habia querido. Esa es natural condicion de mugeres, dixo Don Quixote, desdeñar á quien las quiere, y amar á quien las aborrece: pasa adelante, Sancho. Sucedió, dixo Sancho, que el pastor puso por obra su determinacion, y antecogiendo sus cabras, se encaminó por los campos de Estremadura para pasarse á los Reynos de Portugal: la Torralva que lo supo se fué tras él, y seguíale á pie y descalza desde léxos con un bordon en la mano y con unas alforjas al cuello, donde llevaba, segun es fama, un pedazo de espejo, y otro de un peyne, y no sé que botecillo de mudas para la cara; mas llevase lo que llevase, que yo no me quiero meter ahora en averiguallo, solo diré, que dicen que el pastor llegó con su ganado á pasar el rio Guadiana, y en aquella sazon iba crecido y casi fuera de madre, y por la parte que llegó no habia barca ni barco, ni quien le pasase á él ni á su ganado de la otra parte, de lo que se congojó mucho, porque veia que la Torralva venia ya muy cerca, y le habia de dar mucha pesadumbre con sus ruegos y lágrimas; mas tanto anduvo mirando, que vió un pescador que tenia junto á sí un barco tan pequeño, que solamente podian caber en él una persona y una cabra, y con todo esto le habló y concertó con él, que le pasase á él y á trecientas cabras que llevaba: entró el pescador en el barco y pasó una cabra, volvió y pasó otra, tornó á volver y tornó á pasar otra: tenga vuestra merced cuenta en las cabras que el pescador va pasando, porque si se pierde una de la memoria, se acabará el

cuento, y no será posible contar mas palabra dél: sigo pues y digo, que el desembarcadero de la otra parte estaba lleno de cieno y resbaloso, y tardaba el pescador mucho tiempo en ir y volver: con todo esto volvió por otra cabra, y otra y otra. Haz cuenta que las pasó todas, dixo Don Quixote, no andes yendo y viniendo desa manera, que no acabarás de pasarlas en un año. ¿Quantas han pasado hasta ahora? dixo Sancho. Yo que diablos sé, respondió Don Quixote. He ahí lo que yo dixe, que tuviese buena cuenta: pues por Dios que se ha acabado el cuento, que no hay pasar adelante. ¿Como puede ser eso? respondió Don Quixote ¿tan de esencia de la historia es saber las cabras que han pasado por extenso, que si se yerra una del número no puedes seguir adelante con la historia? No señor, en ninguna manera, respondió Sancho, porque así como yo pregunté á vuestra merced que me dixese quantas cabras habian pasado, y me respondió que no sabia, en aquel mesmo instante se me fué á mí de la memoria quanto me quedaba por decir, y á fe, que era de mucha virtud y contento. ¿De modo, dixo Don Quixote, que ya la historia es acabada? Tan acabada es como mi madre, dixo Sancho. Dígote de verdad, respondió Don Quixote, que tú has contado una de las mas nuevas consejas, cuento, ó historia, que nadie pudo pensar en el mundo, y que tal modo de contarla, ni dexarla, jamas se podrá ver, ni habrá visto en toda la vida, aunque no esperaba yo otra cosa de tu buen discurso; mas no me maravillo, pues quizá estos golpes, que no cesan, te deben de tener turbado el entendimiento. Todo puede ser, respondió Sancho, mas yo sé, que en lo de mi cuento no hay mas que decir,

que allí se acaba do comienza el yerro de la cuenta del pasage de las cabras. Acabe norabuena donde quisiere, dixo Don Quixote, y veamos si se puede mover Rocinante: tornóle á poner las piernas, y él tornó á dar saltos, y á estarse quedo, tanto estaba de bien atado. En esto parece ser, ó que el frio de la mañana que ya venia, ó que Sancho hubiese cenado algunas cosas lenitivas, ó que fuese cosa natural (que es lo que mas se debe creer) á él le vino en voluntad y deseo de hacer lo que otro no pudiera hacer por él; mas era tanto el miedo que habia entrado en su corazon, que no osaba apartarse un negro de uña de su amo: pues pensar de no hacer lo que tenia gana, tampoco era posible, y así lo que hizo por bien de paz fué soltar la mano derecha que tenia asida al arzon trasero, con la qual bonitamente y sin rumor alguno se soltó la lazada corrediza con que los calzones se sostenian sin ayuda de otra alguna, y en quitándosela, diéron luego abaxo, y se le quedáron como grillos: tras esto alzó la camisa lo mejor que pudo, y echó al ayre entrambas posaderas, que no eran muy pequeñas: hecho esto (que él pensó que era lo mas que tenia que hacer para salir de aquel terrible aprieto y angustia) le sobrevino otra mayor, que fué que le pareció que no podia mudarse sin hacer estrépito y ruido, y comenzó á apretar los dientes, y encoger los hombros, recogiendo en sí el aliento todo quanto podia: pero con todas estas diligencias fué tan desdichado, que al cabo al cabo vino á hacer un poco de ruido, bien diferente de aquel que á él le ponia tanto miedo. Oyólo Don Quixote y dixo ¿que rumor es ese, Sancho? No sé, señor, respondió él, alguna cosa nueva debe de ser, que las aventuras y desventuras nunca

comienzan por poco: tornó otra vez á probar ventura, y sucedióle tan bien, que sin mas ruido ni alboroto que el pasado, se halló libre de la carga que tanta pesadumbre le habia dado; mas como Don Quixote tenia el sentido del olfato tan vivo como el de los oidos, y Sancho estaba tan junto y cosido con él, que casi por linea recta subian los vapores hácia arriba, no se pudo escusar de que algunos no llegasen á sus narices, y apénas hubiéron llegado, quando él fué al socorro apretándolas entre los dos dedos, y con tono algo gangoso dixo: paréceme, Sancho, que tienes mucho miedo. Sí tengo, respondió Sancho ¿mas en que lo echa de ver vuestra merced ahora mas que nunca? En que ahora mas que nunca hueles, y no á ámbar, respondió Don Quixote. Bien podrá ser, dixo Sancho, mas yo no tengo la culpa, sino vuestra merced que me trae á deshoras y por estos no acostumbrados pasos. Retírate tres ó quatro allá, amigo, dixo Don Quixote (todo esto, sin quitarse los dedos de las narices) y desde aquí adelante ten mas cuenta con tu persona, y con la que debes á la mia, que la mucha conversacion que tengo contigo ha engendrado este menosprecio. Apostaré, replicó Sancho, que piensa vuestra merced que yo he hecho de mi persona alguna cosa que no deba. Peor es meneallo, amigo Sancho, respondió Don Quixote. En estos coloquios y otros semejantes pasáron la noche amo y mozo; mas viendo Sancho, que á mas andar se venia la mañana, con mucho tiento desligó á Rocinante y se ató los calzones. Como Rocinante se vió libre, aunque él de suyo no era nada brioso, parece que se resintió, y comenzó á dar manotadas, porque corvetas, con perdon suyo, no las sabia ha-

cer: viendo pues Don Quixote que ya Rocinante se movia, lo tuvo á buena señal, y creyó que lo era de que acometiese aquella temerosa aventura. Acabó en esto de descubrirse el alba, y de parecer distintamente las cosas, y vió Don Quixote que estaba entre unos árboles altos, que eran castaños, que hacen la sombra muy escura: sintió tambien que el golpear no cesaba, pero no vió quien lo podia causar, y así sin mas detenerse hizo sentir las espuelas á Rocinante, y tornando á despedirse de Sancho le mandó que allí le aguardase tres dias á lo mas largo, como ya otra vez se lo habia dicho, y que si al cabo dellos no hubiese vuelto, tuviese por cierto que Dios habia sido servido de que en aquella peligrosa aventura se le acabasen sus dias: tornóle á referir el recado y embaxada que habia de llevar de su parte á su señora Dulcinea, y que en lo que tocaba á la paga de sus servicios no tuviese pena, porque él habia dexado hecho su testamento ántes que saliera de su Lugar, donde se hallaria gratificado de todo lo tocante á su salario, rata por cantidad del tiempo que hubiese servido: pero que si Dios le sacaba de aquel peligro sano y salvo y sin cautela, se podia tener por muy mas que cierta la prometida Ínsula. De nuevo tornó á llorar Sancho, oyendo de nuevo las lastimeras razones de su buen señor, y se determinó de no dexarle hasta el último tránsito y fin de aquel negocio. Destas lágrimas y determinacion tan honrada de Sancho Panza saca el autor desta historia que debia de ser bien nacido, y por lo ménos christiano viejo: cuyo sentimiento enterneció algo á su amo; pero no tanto que mostrase flaqueza alguna, ántes disimulando lo mejor que pudo, comenzó á caminar hácia la parte por

donde le pareció que el ruido del agua y del golpear venia. Seguíale Sancho á pie llevando, como tenia de costumbre, del cabestro á su jumento, perpetuo compañero de sus prósperas y adversas fortunas: y habiendo andado una buena pieza por entre aquellos castaños y árboles sombríos, diéron en un pradecillo que al pie de unas altas peñas se hacia, de las quales se precipitaba un grandísimo golpe de agua: al pie de las peñas estaban unas casas mal hechas, que mas parecian ruinas de edificios que casas, de entre las quales advirtiéron que salia el ruido y estruendo de aquel golpear que aun no cesaba. Alborotóse Rocinante con el estruendo del agua y de los golpes, y sosegándole Don Quixote, se fué llegando poco á poco á las casas, encomendándose de todo corazon á su señora, suplicándole que en aquella temerosa jornada y empresa le favoreciese, y de camino se encomendaba tambien á Dios que no le olvidase. No se le quitaba Sancho del lado, el qual alargaba quanto podia el cuello y la vista por entre las piernas de Rocinante por ver si veria ya lo que tan suspenso y medroso le tenia. Otros cien pasos serian los que anduviéron, quando al doblar de una punta pareció descubierta y patente la misma causa, sin que pudiese ser otra, de aquel horrísono y para ellos espantable ruido, que tan suspensos y medrosos toda la noche los habia tenido, y eran (si no lo has, ó lector, por pesadumbre y enojo) seis mazos de batan, que con sus alternativos golpes aquel estruendo formaban. Quando Don Quixote vió lo que era, enmudeció y pasmóse de arriba abaxo. Miróle Sancho, y vió que tenia la cabeza inclinada sobre el pecho con muestras de estar corrido. Miró tambien Don Quixote á San-

cho, y vióle que tenia los carrillos hinchados, y la boca llena de risa con evidentes señales de querer reventar con ella, y no pudo su melancolía tanto con él, que á la vista de Sancho pudiese dexar de reirse: y como vió Sancho que su amo habia comenzado, soltó la presa de manera, que tuvo necesidad de apretarse las hijadas con los puños por no reventar[47] riendo. Quatro veces sosegó, y otras tantas volvió á su risa con el mismo ímpetu que primero, de lo qual ya se daba al diablo Don Quixote, y mas quando le oyó decir, como por modo de fisga: has de saber, ó Sancho amigo, que yo nací por querer del cielo en esta nuestra edad de hierro para resucitar en ella la dorada ó de oro: yo soy aquel para quien están guardados los peligros, las hazañas grandes, los valerosos fechos, y por aquí fué repitiendo todas ó las mas razones que Don Quixote dixo la vez primera que oyéron los temerosos golpes. Viendo pues Don Quixote que Sancho hacia burla dél, se corrió y enojó en tanta manera, que alzó el lanzon y le asentó dos palos, tales que si como los recibió en las espaldas los recibiera en la cabeza, quedara libre de pagarle el salario, si no fuera á sus herederos. Viendo Sancho que sacaba tan malas véras de sus burlas, con temor de que su amo no pasase adelante en ellas, con mucha humildad le dixo: sosiéguese vuestra merced, que por Dios que me burlo. Pues porque os burlais, no me burlo yo, respondió Don Quixote. Venid acá, señor alegre ¿paréceos á vos, que si como estos fuéron mazos de batan, fueran otra peligrosa aventura, no habia yo mostrado el ánimo que convenia para emprendella y acaballa? ¿Estoy yo obligado á dicha, siendo como soy

caballero, á conocer y distinguir los sones, y saber quales son de batan ó no? y mas que podria ser, como es verdad, que no los he visto en mi vida, como vos los habréis visto, como villano ruin que sois, criado y nacido entre ellos: sino haced vos que estos seis mazos se vuelvan en seis jayanes, y echádmelos á las barbas uno á uno, ó todos juntos, y quando yo no diere con todos patas arriba, haced de mí la burla que quisiéredes. No haya mas, señor mio, replicó Sancho, que yo confieso que he andado algo risueño en demasía; pero dígame vuestra merced, ahora que estamos en paz, así Dios le saque de todas las aventuras que le sucedieren tan sano y salvo como le ha sacado desta ¿no ha sido cosa de reir, y lo es de contar, el gran miedo que hemos tenido? aloménos el que yo tuve, que de vuestra merced ya yo sé que no le conoce, ni sabe que es temor ni espanto. No niego yo, respondió Don Quixote, que lo que nos ha sucedido no sea cosa digna de risa; pero no es digna de contarse, que no son todas las personas tan discretas que sepan poner en su punto las cosas. Aloménos, respondió Sancho, supo vuestra merced poner en su punto el lanzon, apuntándome á la cabeza, y dándome en las espaldas: gracias á Dios, y á la diligencia que puse en ladearme; pero vaya que todo saldrá en la colada, que yo he oido decir: ese te quiere bien que te hace llorar, y mas que suelen los principales señores tras una mala palabra que dicen á un criado darle luego unas calzas, aunque no sé lo que le suelen dar tras haberle dado de palos, si ya no es que los caballeros andantes dan tras palos Ínsulas, ó Reynos en tierra firme. Tal podria correr el dado, dixo Don Qui-

xote, que todo lo que dices viniese á ser verdad, y perdona lo pasado, pues eres discreto, y sabes que los primeros movimientos no son en mano del hombre, y está advertido de aquí adelante en una cosa, para que te abstengas, y reportes en el hablar demasiado conmigo, que en quantos libros de caballerías he leido, que son infinitos, jamas he hallado que ningun escudero hablase tanto con su señor como tú con el tuyo, y en verdad que lo tengo á gran falta tuya y mia: tuya, en que me estimas en poco: mia, en que no me dexo estimar en mas: sí que Gandalin escudero de Amadis de Gaula, Conde fué de la Ínsula firme, y se lee dél, que siempre hablaba á su señor con la gorra en la mano, inclinada la cabeza, y doblado el cuerpo *more turquesco*. ¿Pues que diremos de Gasabal, escudero de Don Galaor, que fué tan callado, que para declararnos la excelencia de su maravilloso silencio, sola una vez se nombra su nombre en toda aquella tan grande como verdadera historia? De todo lo que he dicho has de inferir, Sancho, que es menester hacer diferencia de amo á mozo, de señor á criado, y de caballero á escudero: así que desde hoy en adelante nos hemos de tratar con mas respeto, sin darnos cordelejo, porque de qualquiera manera que yo me enoje con vos, ha de ser mal para el cántaro: las mercedes, y beneficios que yo os he prometido, llegarán á su tiempo, y si no llegaren, el salario aloménos no se ha de perder, como ya os he dicho. Está bien quanto vuestra merced dice, dixo Sancho, pero querria yo saber (por si acaso no llegase el tiempo de las mercedes, y fuese necesario acudir al de los salarios) quanto ganaba un escudero de un caballero andante en aquellos tiem-

pos, y si se concertaban por meses ó por dias, como peones de albañir. No creo yo, respondió Don Quixote, que jamas los tales escuderos estuviéron á salario, sino á merced, y si yo ahora te le he señalado á tí en el testamento cerrado que dexé en mi casa, fué por lo que podria suceder, que aun no sé como prueba en estos tan calamitosos tiempos nuestros la caballería, y no querria que por pocas cosas penase mi ánima en el otro mundo, porque quiero que sepas, Sancho, que en él no hay estado mas peligroso que el de los aventureros. Así es verdad, dixo Sancho, pues solo el ruido de los mazos de un batan pudo alborotar y desasosegar el corazon de un tan valeroso andante aventurero como es vuestra merced; mas bien puede estar seguro que de aquí adelante no despliegue mis labios para hacer donayre de las cosas de vuestra merced, sino fuere para honrarle como á mi amo y señor natural. Desa manera, replicó Don Quixote, vivirás sobre la haz de la tierra, porque despues de á los padres, á los amos se ha de respetar como si lo fuesen.

CAPÍTULO XXI.

Que trata de la alta aventura y rica ganancia del yelmo de Mambrino, con otras cosas sucedidas á nuestro invencible caballero.

En esto comenzó á llover un poco, y quisiera Sancho que se entraran en el molino de los batanes; mas habíales cobrado tal aborrecimiento Don Quixote por la pasada burla, que en ninguna manera quiso entrar dentro, y así torciendo el camino á la derecha mano diéron en otro como el que habian llevado el dia de ántes. De allí

á poco descubrió Don Quixote un hombre á caballo, que traia en la cabeza una cosa que relumbraba, como si fuera de oro, y aun él apénas le hubo visto, quando se volvió á Sancho y le dixo: paréceme, Sancho, que no hay refran que no sea verdadero, porque todos son sentencias sacadas de la mesma experiencia, madre de las ciencias todas, especialmente aquel que dice: donde una puerta se cierra otra se abre, dígolo, porque si anoche nos cerró la ventura la puerta de la que buscábamos, engañándonos con los batanes, ahora nos abre de par en par otra para otra mejor y mas cierta aventura, que si yo no acertare á entrar por ella, mia será la culpa, sin que la pueda dar á la poca noticia de batanes, ni á la escuridad de la noche: digo esto, porque si no me engaño hácia nosotros viene uno que trae en su cabeza puesto el yelmo de Mambrino sobre que yo hice el juramento que sabes. Mire vuestra merced bien lo que dice, y mejor lo que hace, dixo Sancho, que no querria que fuesen otros batanes que nos acabasen de batanar y aporrear el sentido. Válate el diablo por hombre, replicó Don Quixote ¿que va de yelmo á batanes? No sé nada, respondió Sancho, mas á fe, que si yo pudiera hablar tanto como solia, que quizá diera tales razones, que vuestra merced viera que se engañaba en lo que dice. ¿Como me puedo engañar en lo que digo, traidor escrupuloso? dixo Don Quixote: dime ¿no ves aquel caballero, que hácia nosotros viene sobre un caballo rucio rodado, que trae puesto en la cabeza un yelmo de oro? Lo que yo[48] veo y columbro, respondió Sancho, no es sino un hombre sobre un asno pardo como el mio, que trae sobre la cabeza una cosa que relumbra. Pues ese es

el yelmo de Mambrino, dixo Don Quixote: apártate á una parte, y déxame con él á solas, verás quan sin hablar palabra, por ahorrar del tiempo, concluyo esta aventura, y queda por mio el yelmo que tanto he deseado. Yo me tengo en cuidado el apartarme, replicó Sancho; mas quiera Dios, torno á decir, que orégano sea, y no batanes. Ya os he dicho, hermano, que no me menteis, ni por pienso mas eso de los batanes, dixo Don Quixote, que voto... y no digo mas, que os batanée el alma. Calló Sancho con temor que su amo no cumpliese el voto que le habia echado redondo como una bola. Es pues el caso, que el yelmo, y el caballo, y caballero que Don Quixote veia, era esto, que en aquel contorno habia dos Lugares, el uno tan pequeño, que ni tenia botica ni barbero, y el otro que estaba junto á él sí, y así el barbero del mayor servia al menor, en el qual tuvo necesidad un enfermo de sangrarse, y otro de hacerse la barba, para lo qual venia el barbero, y traia una bacía de azófar, y quiso la suerte que al tiempo que venia comenzó á llover, y porque no se le manchase el sombrero, que debia de ser nuevo, se puso la bacía sobre la cabeza, y como estaba limpia, desde media legua relumbraba: venia sobre un asno pardo, como Sancho dixo, y esta fué la ocasion que á Don Quixote le pareció caballo rucio rodado, y caballero, y yelmo de oro: que todas las cosas que veia con mucha facilidad las acomodaba á sus desvariadas caballerías y mal andantes pensamientos, y quando él vió que el pobre caballero llegaba cerca, sin ponerse con él en razones, á todo correr de Rocinante le enristró con el lanzon baxo, llevando intencion de pasar-

le de parte á parte : mas quando á él llegaba, sin detener la furia de su carrera le dixo : defiéndete, cautiva criatura, ó entriégame de tu voluntad lo que con tanta razon se me debe. El barbero, que tan sin pensarlo, ni temerlo vió venir aquella fantasma sobre sí, no tuvo otro remedio para poder guardarse del golpe de la lanza, sino fué el dexarse caer del asno abaxo, y no hubo tocado al suelo, quando se levantó mas ligero que un gamo, y comenzó á correr por aquel llano, que no le alcanzara el viento : dexóse la bacía en el suelo, con la qual se contentó Don Quixote, y dixo que el pagano habia andado discreto, y que habia imitado al Castor, el qual viéndose acosado de los cazadores, se taraza, y corta con los dientes aquello por lo que él por distinto natural sabe que es perseguido : mandó á Sancho que alzase el yelmo, el qual tomándole en las manos, dixo : por Dios que la bacía es buena, y que vale un real de á ocho como un maravedí, y dándosela á su amo, se la puso luego en la cabeza, rodeándola á una parte y á otra, buscándole el encaxe, y como no se le hallaba dixo : sin duda que el pagano, á cuya medida se forjó primero esta famosa celada, debia de tener grandísima cabeza, y lo peor dello es que le falta la mitad. Quando Sancho oyó llamar á la bacía celada no pudo tener la risa, mas vínosele á las mientes la cólera de su amo, y calló en la mitad della. ¿De que te ries, Sancho? dixo Don Quixote. Ríome, respondió él, de considerar la gran cabeza que tenia el pagano, dueño deste almete, que no semeja sino una bacía de barbero pintiparada. ¿Sabes que imagino, Sancho? que esta famosa pieza deste encantado yelmo, por algun estraño acidente debió de venir á manos de quien



Antonio Carnicero la inv.ᵒ y dibuxó. Fernando Selma la grabó en Madrid 1777.

no supo conocer ni estimar su valor, y sin saber lo que hacia, viéndola de oro purísimo, debió de fundir la otra mitad para aprovecharse del precio, y de la otra mitad hizo esta que parece bacía de barbero, como tú dices; pero sea lo que fuere, que para mí que la conozco no hace al caso su transmutacion, que yo la aderezaré en el primer Lugar donde haya herrero, y de suerte que no le haga ventaja, ni aun le llegue la que hizo y forjó el Dios de las herrerías para el Dios de las batallas: y en este entretanto la traeré como pudiere, que mas vale algo que no nada, quanto mas que bien será bastante para defenderme de alguna pedrada. Eso será, dixo Sancho, si no se tira con honda, como se tiráron en la pelea de los dos exércitos, quando le santiguáron á vuestra merced las muelas, y le rompiéron el alcuza donde venia aquel benditísimo brebage que me hizo vomitar las asaduras. No me da mucha pena el haberle perdido, que ya sabes tú, Sancho, dixo Don Quixote, que yo tengo la receta en la memoria. Tambien la tengo yo, respondió Sancho; pero si yo le hiciere ni le probare mas en mi vida, aquí sea mi hora: quanto mas que no pienso ponerme en ocasion de haberle menester, porque pienso guardarme con todos mis cinco sentidos de ser ferido, ni de ferir á nadie: de lo del ser otra vez manteado, no digo nada, que semejantes desgracias mal se pueden prevenir, y si vienen, no hay que hacer otra cosa sino encoger los hombros, detener el aliento, cerrar los ojos, y dexarse ir por donde la suerte y la manta nos llevare. Mal christiano eres, Sancho, dixo oyendo esto Don Quixote, porque nunca olvidas la injuria que una vez te han hecho: pues sábete que es de pechos nobles y generosos no hacer caso

de niñerías ¿que pie sacaste coxo? que costilla quebrada? ¿que cabeza rota, para que no se te olvide aquella burla? que bien apurada la cosa, burla fué, y pasatiempo, que á no entenderlo yo así, ya yo hubiera vuelto allá, y hubiera hecho en tu venganza mas daño que el que hiciéron los Griegos por la robada Elena: la qual si fuera en este tiempo, ó mi Dulcinea fuera en aquel, pudiera estar segura que no tuviera tanta fama de hermosa como tiene: y aquí dió un suspiro, y le puso en las nubes, y dixo Sancho: pase por burlas, pues la venganza no puede pasar en véras, pero yo sé de que calidad fuéron las véras y las burlas, y sé tambien que no se me caerán de la memoria, como nunca se quitarán de las espaldas; pero dexando esto á parte, dígame vuestra merced que harémos deste caballo rucio rodado, que parece asno pardo, que dexó aquí desamparado aquel Martino que vuestra merced derribó, que segun él puso los pies en polvorosa, y cogió las de Villadiego, no lleva pergenio de volver por él jamas, y para mis barbas sino es bueno el rucio. Nunca yo acostumbro, dixo Don Quixote, despojar á los que venzo, ni es uso de caballería quitarles los caballos y dexarlos á pie: si ya no fuese que el vencedor hubiese perdido en la pendencia el suyo, que en tal caso lícito es tomar el del vencido, como ganado en guerra lícita: así que, Sancho, dexa ese caballo, ó asno, ó lo que tú quisieres que sea, que como su dueño nos vea alongados de aquí, volverá por él. Dios sabe si quisiera llevarle, replicó Sancho, ó por lo ménos trocalle con este mio, que no me parece tan bueno: verdaderamente que son estrechas las leyes de caballería, pues no se extienden á dexar trocar un asno por

otro, y querria saber si podria trocar los aparejos siquiera. En eso no estoy muy cierto, respondió Don Quixote, y en caso de duda, hasta estar mejor informado digo que los trueques, si es que tienes dellos necesidad extrema. Tan extrema es, respondió Sancho, que si fueran para mi mesma persona, no los hubiera menester mas: y luego habilitado con aquella licencia, hizo *mutatio caparum*, y puso su jumento á las mil lindezas, dexándole mejorado en tercio y quinto. Hecho esto almorzáron de las sobras del real que del acémila despojáron, bebiéron del agua del arroyo de los batanes, sin volver la cara á mirallos: tal era el aborrecimiento que les tenian por el miedo en que les habian puesto, que cortada la cólera y aun la malenconía[49], subiéron á caballo, y sin tomar determinado camino (por ser muy de caballeros andantes el no tomar ninguno cierto) se pusiéron á caminar por donde la voluntad de Rocinante quiso, que se llevaba tras sí la de su amo, y aun la del asno, que siempre le seguia por donde quiera que guiaba en buen amor y compañía: con todo esto volviéron al camino real, y siguiéron por él, á la ventura, sin otro designio alguno. Yendo pues así caminando, dixo Sancho á su amo: señor ¿quiere vuestra merced darme licencia que departa un poco con él? que despues que me puso aquel áspero mandamiento del silencio, se me han podrido mas de quatro cosas en el estómago, y una sola que ahora tengo en el pico de la lengua, no querria que se malograse. Dila, dixo Don Quixote, y sé breve en tus razonamientos, que ninguno hay gustoso si es largo. Digo pues, señor, respondió Sancho, que de algunos dias á esta parte he considerado quan poco se gana y grangea de andar buscan-

do estas aventuras que vuestra merced busca por estos desiertos y encrucijadas de caminos, donde ya que se venzan y acaben las mas peligrosas, no hay quien las vea ni sepa, y así se han de quedar en perpetuo silencio, y en perjuicio de la intencion de vuestra merced, y de lo que ellas merecen: y así me parece que seria mejor (salvo el mejor parecer de vuestra merced) que nos fuésemos á servir á algun Emperador, ó á otro Príncipe grande que tenga alguna guerra, en cuyo servicio vuestra merced muestre el valor de su persona, sus grandes fuerzas, y mayor entendimiento: que visto esto del señor á quien servirémos, por fuerza nos ha de remunerar á cada qual segun sus méritos: y allí no faltará quien ponga en escrito las hazañas de vuestra merced para perpetua memoria: de las mias no digo nada, pues no han de salir de los límites escuderiles; aunque sé decir que si se usa en la caballería escribir hazañas de escuderos, que no pienso que se han de quedar las mias entre renglones. No dices mal, Sancho, respondió Don Quixote; mas ántes que se llegue á ese término es menester andar por el mundo, como en aprobacion, buscando las aventuras, para que acabando algunas, se cobre nombre y fama, tal que quando se fuere á la Corte de algun gran Monarca, ya sea el caballero conocido por sus obras, y que apénas le hayan visto entrar los muchachos por la puerta de la ciudad, quando todos le sigan y rodéen dando voces, diciendo: este es el caballero del Sol, ó de la Sierpe, ó de otra insignia alguna, debaxo de la qual hubiere acabado grandes hazañas: este es, dirán, el que venció en singular batalla al gigantazo Brocabruno de la gran fuerza, el que desencantó al gran Mameluco de

Persia del largo encantamento en que habia estado casi novecientos años: así que de mano en mano irán pregonando sus hechos, y luego al alboroto de los muchachos y de la demas gente se parará á las fenestras de su Real Palacio el Rey de aquel Reyno: y así como vea al caballero, conociéndole por las armas ó por la empresa del escudo, forzosamente ha de decir: ea sus, salgan mis caballeros quantos en mi Corte están á recebir á la flor de la caballería que allí viene: á cuyo mandamiento saldrán todos, y él llegará hasta la mitad de la escalera, y le abrazará estrechísimamente, y le dará paz, besándole en el rostro, y luego le llevará por la mano al aposento de la señora Reyna, adonde el caballero la hallará con la Infanta su hija, que ha de ser una de las mas fermosas y acabadas doncellas que en gran parte de lo descubierto de la tierra á duras penas se puede hallar: sucederá tras esto luego en continente, que ella ponga los ojos en el caballero, y él en los della, y cada uno parezca á otro cosa mas divina que humana, y sin saber como, ni como no, han de quedar presos y enlazados en la intricable red amorosa, y con gran cuita en sus corazones por no saber como se han de fablar para descubrir sus ansias y sentimientos: desde allí le llevarán sin duda á algun quarto del Palacio ricamente aderezado, donde habiéndole quitado las armas, le traerán un rico manton de escarlata con que se cubra: y si bien pareció armado, tan bien y mejor ha de parecer en farseto: venida la noche cenará con el Rey, Reyna, é Infanta, donde nunca quitará los ojos della, mirándola á furto de los circunstantes, y ella hará lo mesmo con la mesma sagacidad, porque como tengo dicho, es muy discreta donce-

lla : levantarse han las tablas, y entrará á deshora por la puerta de la sala un feo y pequeño enano con una fermosa dueña, que entre dos gigantes detras del enano viene con cierta aventura hecha por un antiquísimo sabio, que el que la acabare será tenido por el mejor caballero del mundo : mandará luego el Rey que todos los que están presentes la prueben, y ninguno le dará fin y cima, sino el caballero huésped, en mucho pro de su fama, de lo qual quedará contentísima la Infanta, y se tendrá por contenta y pagada ademas por haber puesto y colocado sus pensamientos en tan alta parte : y lo bueno es, que este Rey ó Príncipe, ó lo que es, tiene una muy reñida guerra con otro tan poderoso como él, y el caballero huésped le pide (al cabo de algunos dias que ha estado en su Corte) licencia para ir á servirle en aquella guerra dicha : darásela el Rey de muy buen talante, y el caballero le besará cortesmente las manos por la merced que le face : y aquella noche se despedirá de su señora la Infanta por las rejas de un jardin que cae en el aposento donde ella duerme, por las quales ya otras muchas veces la habia fablado, siendo medianera y sabidora de todo una doncella de quien la Infanta mucho se fia : suspirará él, desmayaráse ella, traerá agua la doncella, acuitaráse mucho porque viene la mañana, y no querria que fuesen descubiertos por la honra de su señora : finalmente la Infanta volverá en sí, y dará sus blancas manos por la reja al caballero, el qual se las besará mil y mil veces, y se las bañará en lágrimas : quedará concertado entre los dos del modo que se han de hacer saber sus buenos ó malos sucesos, y rogarále la Princesa que se detenga lo ménos que pudiere : prometérselo ha

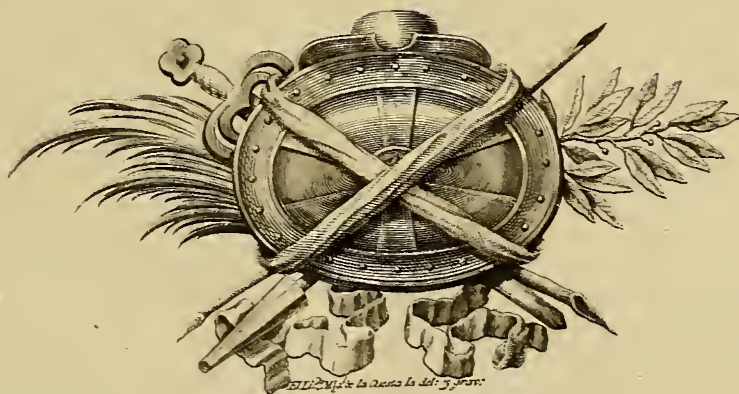
él con muchos juramentos : tórnale á besar las manos, y despídese con tanto sentimiento, que estará poco por acabar la vida : vase desde allí á su aposento, échase sobre su lecho, no puede dormir del dolor de la partida, madruga muy de mañana, vase á despedir del Rey y de la Reyna, y de la Infanta : dícenle, habiéndose[50] despedido de los dos, que la señora Infanta está mal dispuesta, y que no puede recebir visita : piensa el caballero que es de pena de su partida, traspásasele el corazon, y falta poco de no dar indicio manifiesto de su pena : está la doncella medianera delante, halo de notar todo, váselo á decir á su señora, la qual la recibe con lágrimas, y le dice que una de las mayores penas que tiene es no saber quien sea su caballero, y si es de linage de Reyes ó no : asegúrala[51] la doncella que no puede caber tanta cortesía, gentileza y valentía como la de su caballero sino en subjeto[52] Real y grave : consuélase con esto la cuitada, y procura consolarse por no dar mal indicio de sí á sus padres, y á cabo de dos dias sale en público. Ya se es ido el caballero : pelea en la guerra, vence al enemigo del Rey, gana muchas ciudades, triunfa de muchas batallas : vuelve á la Corte, ve á su señora por donde suele, conciértase que la pida á su padre por muger en pago de sus servicios : no se la quiere dar el Rey, porque no sabe quien es; pero con todo esto, ó robada, ó de otra qualquier suerte que sea, la Infanta viene á ser su esposa, y su padre lo viene á tener á gran ventura, porque se vino á averiguar que el tal caballero es hijo de un valeroso Rey de no sé que Reyno, porque creo que no debe de estar en el mapa : muérese el padre, hereda la Infanta, queda Rey el caballero en dos pala-

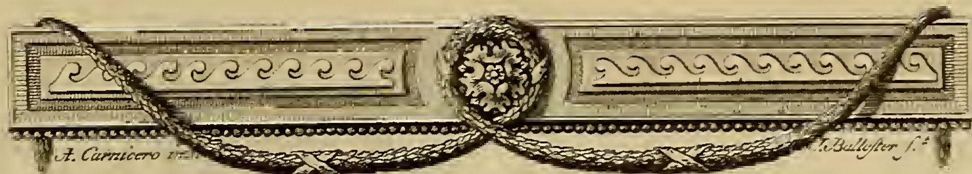
bras. Aquí entra luego el hacer mercedes á su escudero y á todos aquellos que le ayudáron á subir á tan alto estado : casa á su escudero con una doncella de la Infanta, que será sin duda la que fué tercera en sus amores, que es hija de un Duque muy principal. Eso pido, y barras derechas, dixo Sancho, á eso me atengo, porque todo al pie de la letra ha de suceder por vuestra merced, llamándose : *El Caballero de la Triste Figura.* No lo dudes, Sancho, replicó Don Quixote, porque del mesmo modo y por los mesmos pasos que esto he contado, suben y han subido los caballeros andantes á ser Reyes y Emperadores : solo falta ahora mirar que Rey de los christianos, ó de los paganos tengan guerra, y tenga hija hermosa; pero tiempo habrá para pensar esto, pues como te tengo dicho, primero se ha de cobrar fama por otras partes, que se acuda á la Corte : tambien me falta otra cosa, que puesto caso que se halle Rey con guerra y con hija hermosa, y que yo haya cobrado fama increible por todo el universo, no sé yo como se podia hallar que yo sea de linage de Reyes, ó por lo ménos, primo segundo de Emperador : porque no me querrá el Rey dar á su hija por muger, si no está primero muy enterado en esto, aunque mas lo merezcan mis famosos hechos : así que por esta falta temo perder lo que mi brazo tiene bien merecido : bien es verdad que yo soy hijodalgo de solar conocido, de posesion y propiedad, y de devengar quinientos sueldos : y podria ser que el sabio que escribiese mi historia deslindase de tal manera mi parentela y descendencia, que me hallase quinto, ó sexto nieto de Rey : porque te hago saber, Sancho, que hay dos maneras de linages en el mundo unos, que traen

y derivan su descendencia de Príncipes y Monarcas, á quien poco á poco el tiempo ha deshecho, y han acabado en punta como pirámides: otros tuviéron principio de gente baxa, y van subiendo de grado en grado, hasta llegar á ser grandes Señores: de manera que está la diferencia, en que unos fuéron que ya no son, y otros son que ya no fuéron, y podria ser yo destos que despues de averiguado, hubiese sido mi principio grande, y famoso, con lo qual se debia de contentar el Rey mi suegro que hubiere de ser: y quando no, la Infanta me ha de querer de manera, que á pesar de su padre, aunque claramente sepa que soy hijo de un azacan, me ha de admitir por señor y por esposo: y si no, aquí entra el roballa, y llevarla donde mas gusto me diere, que el tiempo ó la muerte ha de acabar el enojo de sus padres. Ahí entra bien tambien, dixo Sancho, lo que algunos desalmados dicen: no pidas de grado lo que puedes tomar por fuerza, aunque mejor quadra decir: mas vale salto de mata, que ruego de hombres buenos. Dígolo, porque si el Señor Rey suegro de vuestra merced no se quisiere domeñar á entregarle á mi Señora la Infanta, no hay sino, como vuestra merced dice, roballa, y trasponella; pero está el daño, que en tanto que se hagan las paces y se goce pacíficamente del Reyno, el pobre escudero se podrá estar á diente en esto de las mercedes: si ya no es que la doncella tercera, que ha de ser su muger, se sale con la Infanta, y él pasa con ella su mala ventura, hasta que el Cielo ordene otra cosa: porque bien podrá, creo yo, desde luego dársela su señor por legítima esposa. Eso no hay quien lo quite, dixo Don Quixote. Pues como eso sea, respondió Sancho,

no hay sino encomendarnos á Dios, y dexar correr la suerte por donde mejor lo encaminare. Hágalo Dios, respondió Don Quixote, como yo deseo, y tú, Sancho, has menester, y ruin sea quien por ruin se tiene. Sea par Dios, dixo Sancho, que yo christiano viejo soy, y para ser Conde, esto me basta. Y aun te sobra, dixo Don Quixote, y quando no lo fueras, no hacia nada al caso, porque siendo yo el Rey, bien te puedo dar nobleza sin que la compres, ni me sirvas con nada, porque en haciéndote Conde cátate ahí caballero, y digan lo que dixeren, que á buena fe que te han de llamar Señoría mal que les pese. Y montas, que no sabria yo autorizar el litado, dixo Sancho. Dictado[53] has de decir, que no litado, dixo su amo. Sea así, respondió Sancho Panza: digo que le sabria bien acomodar, porque por vida mia, que un tiempo fuí muñidor de una cofradía, y que me asentaba tan bien la ropa de muñidor, que decian todos que tenia presencia para poder ser Prioste de la mesma cofradía. ¿Pues que será quando me ponga un ropon ducal acuestas, ó me vista de oro y de perlas á uso de Conde extrangero? Para mí tengo que me han de venir á ver de cien leguas. Bien parecerás, dixo Don Quixote, pero será menester que te rapes las barbas á menudo, que segun las tienes de espesas, aborrascadas y mal puestas, si no te las rapas á navaja cada dos dias por lo ménos, á tiro de escopeta se echará de ver lo que eres. Que hay mas, dixo Sancho, sino tomar un barbero, y tenerle asalariado en casa, y aun si fuere menester le haré que ande tras mí, como caballerizo de Grande. ¿Pues como sabes tú, preguntó Don Quixote, que los Grandes llevan detras de sí á sus caballerizos? Yo se

lo diré, respondió Sancho. Los años pasados estuve un mes en la Corte, y allí vi, que paseándose un Señor muy pequeño, que decian que era muy grande, un hombre le seguia á caballo á todas las vueltas que daba, que no parecia sino que era su rabo. Pregunté que como aquel hombre no se juntaba con el otro, sino que siempre andaba tras dél. Respondiéronme que era su caballerizo, y que era uso de Grandes llevar tras sí á los tales: desde entónces lo sé tan bien, que nunca se me ha olvidado. Digo que tienes razon, dixo Don Quixote, y que así puedes tú llevar á tu barbero, que los usos no viniéron todos juntos, ni se inventáron á una, y puedes ser tú el primer Conde que lleve tras sí su barbero: y aun es de mas confianza el hacer la barba que ensillar un caballo. Quédese eso del barbero á mi cargo, dixo Sancho, y al de vuestra merced se quede el procurar venir á ser Rey, y el hacerme Conde. Así será, respondió Don Quixote, y alzando los ojos vió lo que se dirá en el siguiente capítulo.





VARIANTES
DE ESTE TOMO PRIMERO.

Los números arábigos corresponden á los que van esparcidos por la obra, y tambien se notan las páginas en que están dichos números.

1 Prólogo pág. *ccix.* Se puede remediar con que vos *mesmo* tomeis algun trabajo en hacerlos. En donde la primera edicion de 1605 dice: *mesmo*, *asimesmo*, *ansimesmo*, la segunda de 1608 dice constantemente: *mismo*, *asimismo*, *ansimismo*, lo que se advierte aquí de una vez para evitar la repeticion de notas sobre una misma cosa.

2 Prólogo pág. *ccxiii.* El *melancólico* se mueva á risa. *La segunda*: el *malencólico* se mueva á risa.

3 En los versos pág. *ccxv.* *Contarás las aventu- La segunda*: *cantarás* las aventu-

4 Pág. 5. Unas armas que habian sido de sus *bisabuelos*. *La segunda*: unas armas que habian sido de sus *bisagüelos*.

5 Pag. 7. Yo, *Señora*, soy el gigante Caraculiambro. *La segunda*: yo soy el gigante Caraculiambro.

6 Pág. 11. Vió á las dos *destraidas* mozas. *La segunda*: vió á las dos *distraidas* mozas.

7 Pág. 15. El pan *candeal*. *La segunda*: el pan *candial*.

8 Pág. 19. *Admiráronse* de tan extraño género de locura, *y* fuéronselo á mirar. *La segunda*: *admirándose* de tan extraño género de locura, fuéronselo á mirar.

9 Pág. 19. Acabó de cerrar la noche, *pero* con tanta claridad de la luna, que podia competir con el que se la prestaba. *La segunda*: acabó de cerrar la noche, con tanta claridad de la luna, que podia &c.

10 Pág. 22. Dióle sobre el cuello un *buen* golpe. *La segunda*: dióle sobre el cuello un *gran* golpe.

11 Pág. 29. Como *significais*. *La segunda*: como *sinificais*.

12 Pág. 31. Con toda aquella tempestad de palos que sobre él *via*, no cerraba la boca. Como estas palabras hacen sentido, y se hallan en las primeras ediciones, que se han tenido presentes para la correcion, no ha parecido conveniente alterar el texto poniendo: *que sobre él llovia*, como se hizo en la edicion de Lóndres de 1738.

13 Pág. 33. Daba unos *suspiros*, que los ponia en el cielo. *La segunda*: daba unos *sospiros* &c.

14 Pág. 36. Sin que venga esa *urgada*. *La segunda*: sin que venga esa *Urganda*.

15 Pág. 37. Nos encanten en pena de *las* que les queremos dar. *La segunda*: nos encanten en pena de *la* que les queremos dar.

16 Pág. 38. Dogmatizador de una *secta* tan mala. *La segunda*: de una *seta* tan mala.

17 Pág. 40. *Ecetuando* á un Bernardo del Carpio. *La segunda*: *escetuando* á un Bernardo del Carpio.

18 Pág. 45. Todos *esos* tres libros. *La segunda*: todos *estos* tres libros.

19 Pág. 47. La pereza del *escrutiñador*. *La segunda*: la pereza del *escrudiñador*.

20 Pág. 47. No sé lo que *se* hizo dentro. *La segunda*: no sé lo que hizo dentro.

21 Pág. 51. Él le dará lo que mas *le* convenga. *La segunda*: él le dará lo que mas *te* convenga.

22 Pág. 59. Caballero andante y *aventurero*, y cautivo de la sin par .... Dulcinea. *La segunda*: Caballero andante y cautivo de la sin par .... Dulcinea.

23, y 24 Pág. 61, y 66. *Del modo que se contará en la segunda parte .... En fin su segunda parte.* En el capítulo IX. comenzaba la segunda parte de las quatro en que Cervántes dividió el primer tomo. El motivo que la Academia ha tenido para no conservar esta division le ha dicho en su prólogo número 12.

25 Pág. 68. El epígrafe de este capítulo X. en las primeras ediciones dice: *De lo que mas le avino á Don Quixote con el Vizcaino, y del peligro en que se vió con una turba de Yangüeses.* Pero es error conocido, como consta del contexto de todo el capítulo, en el qual ni se trata ya de la aventura del Vizcaino, que se concluyó en el antecedente, ni de la de los Yangüeses, de la que no se habla hasta el capítulo XV. y el X. no contiene otra cosa que un razonamiento entre Don Quixote y Sancho, por lo qual se ha puesto en la forma que se ve en esta edicion.

26 Pág. 83. Con todo *esto* seria bien. *La segunda*: con todo *eso* seria bien.

27 Pág. 85. Con su *ganado* y pellico. La edicion de Lóndres corrigió: con su *cayado* y pellico. Pero haciendo sentido del primer modo, se ha conservado el texto como está en las primeras ediciones.

28 Pág. 87. Así como la *via* de edad, no quiso hacerlo sin su consentimiento. La edicion de Lóndres corrigió: así como la *vió* de edad &c. Pero se ha conservado el texto como está en las primeras ediciones por la misma razon que el pasage antecedente,

29 Pág. 90. No hay que temer de contrario *acidente*: *La segunda*: no hay que temer de contrario *accidente*.

30 Pág. 95. Sudando, afanando, y trabajando. *La segunda*: sudando, afanando, y trabajando *excesivamente*.

31 Pág. 104. De fieras que alimenta el *libre* llano. *La segunda*: de fieras que alimenta el *Nilo* llano.

32 Pág. 105. *No* yo desesperado la procuro. *La segunda*: *Ni* yo desesperado la procuro.

33 Pág. 107. Mil quimeras y mil *monstruos*. *La segunda*: mil quimeras y mil *mostruos*.

34 Pág. 108. Como otro *despiadado* Nero. *La segunda*: como otro *desapiadado* Nero.

35 Pág. 110. Si los deseos se sustentan con esperanzas, no habiendo yo dado alguna á Grisóstomo ni á otro alguno, *el fin de ninguno dellos*, bien se puede decir, que ántes le mató su porfía que mi crueldad. Así se halla este pasage en todas las ediciones, inclusas las primeras. Pero sobran las palabras: *el fin de ninguno dellos*, ó, lo que es mas regular, faltan otras, que acaso se omitiéron por olvido del autor, ó descuido del impresor.

36 Pág. 114. *Dando aquí fin la segunda parte.* En el siguiente capítulo, que es el XV. comienza la tercera parte de las quatro en que Cervántes dividió el primer tomo. Véase lo que sobre esto se ha dicho en el prólogo, número 12.

37 Pág. 123. Habia andado algo *destraido*. *La segunda*: algo *distraido*.

38 Pág. 125. Bien *podrá* ser eso. *La segunda*: bien *podria* ser eso.

39 Pág. 148. con una letra que dice: *Miau*. *La segunda*: con una letra que dice *Miu*.

40 Pág. 150. Uno de los *efectos* del miedo. *La segunda*: uno de los *efetos*.

41 Pág. 158. Donde podré yo como quisiere *esgremir* mi espada. *La segunda*: donde podré .... *esgrimir* mi espada.

42 Pag. 161. Vestidos con aquellas *sobrepellices*. *La segunda*: vestidos con aquellas *sobrepelices*.

43 Pág. 163. No hay para que gastar tiempo y dineros en hacer esa figura. *La segunda*: no hay para que, *señor*, *querer* gastar tiempo y dineros en hacer esa figura.

44 Pág. 164. Y nos diesen en que

entender. *La segunda* : y nos diesen *muy bien* en que entender.

45 Pág. 164. El jumento está como conviene, la montaña cerca. *La segunda* : el jumento está como conviene, la montaña *es* cerca.

46 Pág. 167. Yo he oido predicar al Cura de nuestro Lugar, que vuestra merced bien conoce. *La segunda* : yo he oido *muchas veces* predicar al Cura de nuestro Lugar, que vuestra merced *muy* bien conoce.

47 Pág. 178. Por no reventar *riendo*. *La segunda*: por no reventar *riyendo*.

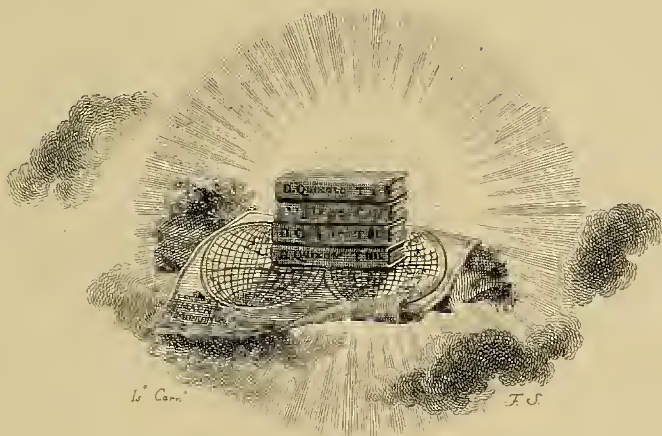
48 Pág. 182. Lo que *yo* veo y columbro. *La segunda* : lo que veo y columbro.

49 Pág. 187. Y aun la *malenconía*. *La segunda* : y aun la *malencolía*.

50 Pág. 191. *Dícenle* , habiéndose despedido de los dos, que la Señora Infanta está mal dispuesta, y que no puede recebir visita : piensa el caballero que es de pena de su partida. *La segunda* : *diciéndole* (habiéndose despedido de los dos) que la Señora Infanta está mal dispuesta, y que no puede recebir visita, piensa el caballero que es de pena de su partida.

51 y 52 Pág. 191. *Asegúrala* la doncella que no puede caber tanta cortesía, gentileza y valentía como en la de su caballero, sino en *subjeto* Real y grave. *La segunda* : *asegura* la doncella que no puede caber tanta cortesía.... sino en *sujeto* Real y grave.

53 Pág. 194. *Dictado* has de decir. *La segunda* : *ditado* has de decir.





15
Calcena
Tabuenca
Plasencia
Zaragoza
Mesones
Epila
Aranda
Ricla
Muel
Morata
El Almunia
Villaroya
Cariñena
R E
Ateca
Calatayud
Villafeliche
Daroca
Sisamon
Aldegüela
R. Xiloca
Lago de Gallocanta
Molina
R. Gallo
Calamocha
Monreal
Alcoróches
Rubielos
Orihuela
Checa
Alfambra
Albarracin
R. Guadalaviar
Origen del Rio Tajo, y otros
A R A G
Villel
Tragacete
El Cuervo
Riode
Uña
R. Cabriel
Castelfabey
Adamuz
Moya
Cañete
Layes
Valdemorillo
Los Oteros
Alpuente
Almodovar del Pinar
Villora
R. Moya
R. Ranera
Fuenterobres
Campillo de Altobuey
Utiel
Reque
Motilla del Palancar
Minglanilla
Villanueva de la Xara
R. Cabriel
Quintanar del Rey
Hiniesta
Cofrentes
Madrigueras
Villatoya
Ayora
Mahora
V
Jorquera
Carcelen
la Gineta
Almansa
R E Y N O
Albacete
Montealegre
Chinchilla
D E
Yecla
M U R C I A
Tobarra
2
3



MAPA DE UNA PORCION DEL
REYNO DE ESPAÑA
QUE COMPREHENDE LOS PARAGES POR DONDE ANDUVO
DON QUIXOTE,
Y LOS SITIOS DE SUS AVENTURAS
Delineado por D. Tomás Lopez Geografo de S. M. segun las observaciones hechas sobre el terreno por D. Joseph de Hermosilla Capitan de Ingenieros
Primera salida de D. Quixote solo
1 Venta donde fué armado Caballero.
2 Aventura del muchacho Andres
3 Encrucijada donde estuvo dudoso que camino seguiria.
4 Aventura de los Mercaderes donde quedó molido á palos, y le conduxo á su Lugar Pedro Alonso su vecino
Segunda salida con Sancho por el Campo de Montiel.
5 Aventura de los molinos de viento.
6 Aventura de los frailes y el Vizcaino.
7 Bosque donde durmio con los Cabreros, y entierro de Grisóstomo.
8 Aventura de los Yangüeses.
9 Venta de inumerables aventuras y sucesos, donde se hizo el Balsamo de Fierabras, y el manteamiento de Sancho Panza
10 Batalla de las Ovejas.
11 Aventura del cuerpo muerto donde tomó el nombre del Caballero de la TRISTE FIGURA.
12 Aventura de los Batanes
13 Batalla con el barbero, á quien ganó el yelmo de Mambrino.
14 Da libertad á los Galeotes
15 Ocultase en Sierra morena
16 Sitio en la misma Sierra donde hizo penitencia
Nota
Desde este sitio le traxéron á la Venta, de donde le volviéron encantado á su Lugar.
Tercera salida
17 Lugar en donde encontró á Dulcinea encantada.
18 Aventura del Carro de las Cortes de la Muerte
19 Aventura del Caballero del Bosque.
20 Aventura de los leones, de donde tomó el nombre de Caballero de los LEONES.
21 Bodas de Camacho
22 Lagunas de Ruydera y Cueva de Montesinos
23 Encuentro de la aventura del Rebuzno
24 Venta donde sucedió la aventura de los titeres, y las del Maese Pedro, y el mono adivino
Reyno de Aragon
25 Aventura del Barco encantado
26 Aventura de la bella Cazadora
27 Palacio del Duque donde sucediéron muchas aventuras.
28 Insula Barataria Gobierno de Sancho.
29 Sitio donde encontró Sancho los moriscos de vuelta del Gobierno.
30 Sima donde cayó Sancho con su jumento de vuelta del Gobierno.
31 Aventura de las Redes y batalla con los toros.
32 Aventura de los ladrones en el bosque.
33 Sitio de la Batalla del Caballero de la blanca luna en la playa de Barcelona, donde quedó vencido
34 Aventura de los cerdos
35 Donde le encontráron los criados del Duque y le lleváron al Palacio desde donde se volvio á su aldea, y murió
Leguas de una hora de camino, de las que entran veinte en un grado.
5 10 15 20
Longitud Oriental de Madrid
Longitud oriental del Pico de Teyde
CASTILLA LA VIEJA
CATALUÑA
REYNO DE ARAGON
CASTILLA LA NUEVA
LA MANCHA
CAMPO DE MONTIEL
REYNO DE VALENCIA
REYNO DE MURCIA
MEDITERRANEO
MAR
MORENA
Zaragoza
Lerida
Cervera
Barcel
Tarragona
Calatayud
Daroca
Teruel
Albarracin
Segovia
S. Ildefonso
El Escorial
MADRID
Guadalajara
Alcalá
Aranjuez
Toled
Cuenca
Huete
Siguenza
Soria
Osma
Ciudad Real
Alcaraz
Valencia
San Felipe
Gandia
Denia
Alicante
Xixona
Chinchilla
Villena
Albacete
Peñiscola
Alcañiz
Tortosa
Fraga
Segorve
El Toboso
Villanueva de los Infantes

XVIII Ill.Bücher, Spanien (Lit.)

CERVANTES, M.de, El ingenioso hidalgo Don Quixote de la Mancha. Nueva edicion corregida por la Real Academia Espanola. 4 vols, Madrid, Don Joaquin Ibarra 1780, in-4, mit 4 gest. Frontispicen, 1 gest. Porträt, 31 Kupferstichen, zahlreichen Vignetten u. culs-de-lampe. Prachtvolle marmorierte Lederbde d.Zt m. reicher Bandbordüre auf den Deckeln, hübsch verzierten Rücken (Blütendekor) u. roten Schildchen, Steh- und Innenkanten-Vergoldung, dreis. Goldschnitt, Rückenvergoldung, etwas ausgeblasst, geschickt restauriert. VJBX

Cohen 218. Ed. avec les figures avant la lettre. "Magnifique éd. comme typographie et comme ornementation". Palau II/146. " Magnifica edición" Von dem bedeutendsten spanischen Künstlern illustrierte Ausgabe in luxuriöser Ausstattung. Wohl die schönste Cervantes-Ausgabe des 18.Jahrhunderts.

156127

XVIII. Ill. Bdr. Spanien (Lit.)

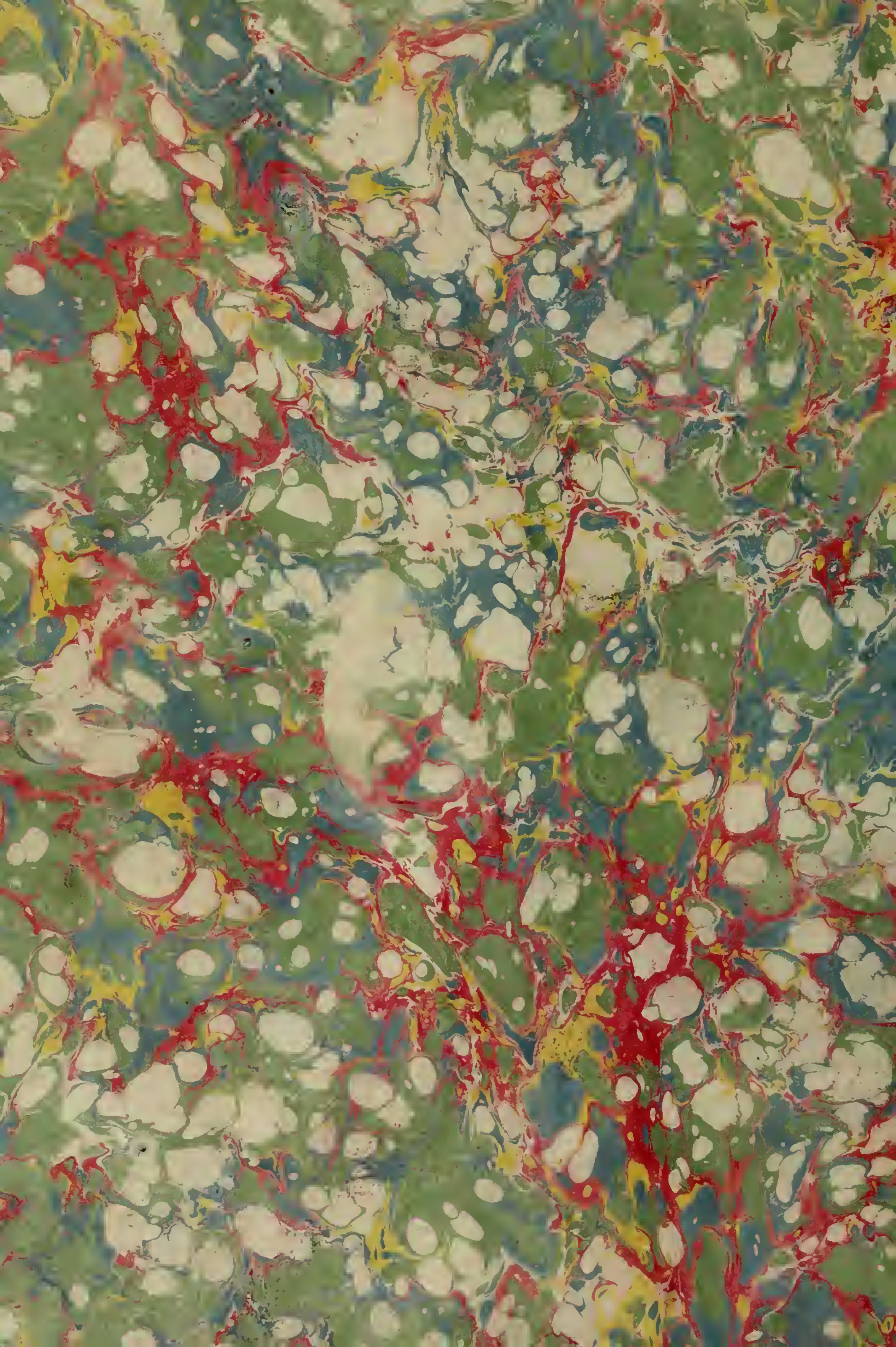
Cervantes, M. de, El ingenioso hidalgo Don Quixote de la Mancha. ~~compuesto~~ Nueva edicion corregida por la Real Academia Española. 4 vols, Madrid, Don Joaquin Ibarra 1780, in-4, mit 4 gest. Frontispicen, 1 gest. Porträt, 31 Kupferstichen, zahlreichen Vignetten u. culs-de-lampe. Prachtvolle

marmorierte Lederbde d. Zt mit reicher Bandlbordüre auf d. Deckeln, ~~u.~~ hübsche verzierten Rücken (Blütendekor) u. roten Schildchen, Steh- u. Innenkanten-Vergoldung, dreis. Goldschnitt. Rückenvergold. ö. S. Vjbx.– etwas ausgeblasst, geschickt restauriert.

Cohen 218. Éd. avec les figures avant la lettre. „Magnifique éd. comme typographie et comme ornementation." Palau II/146. „Magnifica edición." Von den bedeutendsten spanischen

Künstlern illustrierte Ausgabe in luxuriöser Ausstattung. Wohl die <u>schönste Cervantes-Aus-</u>
<u>gabe</u> des 18. Jahrhunderts.

gni-



Cervantes, M. de, El ingenioso hidalgo Don Quixote de la Mancha. Nueva edicion corregida por la Real Academia Espanola. 4 vols, Madrid, Don Joaquin Ibarra 1780, in-4, mit 4 gest. Frontispicen, 1 gest. Porträt, 31 Kupferstichen, zahlreichen Vignetten u. culs-de-lampe. Prachtvolle marmorierte Lederbde. d. Zt. m. reicher Bandbordüre auf den Deckeln, hübsch verzierten Rücken (Blütendekor) u. roten Schildchen, Steh- und Innenkanten-Vergoldung, dreis. Goldschnitt, Rückenvergoldung, etwas ausgeblaßt, geschickt restauriert. V. A. Heck, Wien 29.12.1956 4500.—

Cohen 218. Ed. avec les figures avant la lettre. „Magnifique éd. comme typographie et comme ornementation." **Palau** II/146. „Magnifica edición". Von den bedeutendsten spanischen Künstlern illustrierte Ausgabe in luxuriöser Ausstattung. Wohl die **schönste Cervantes-Ausgabe** des 18. Jahrhunderts.

